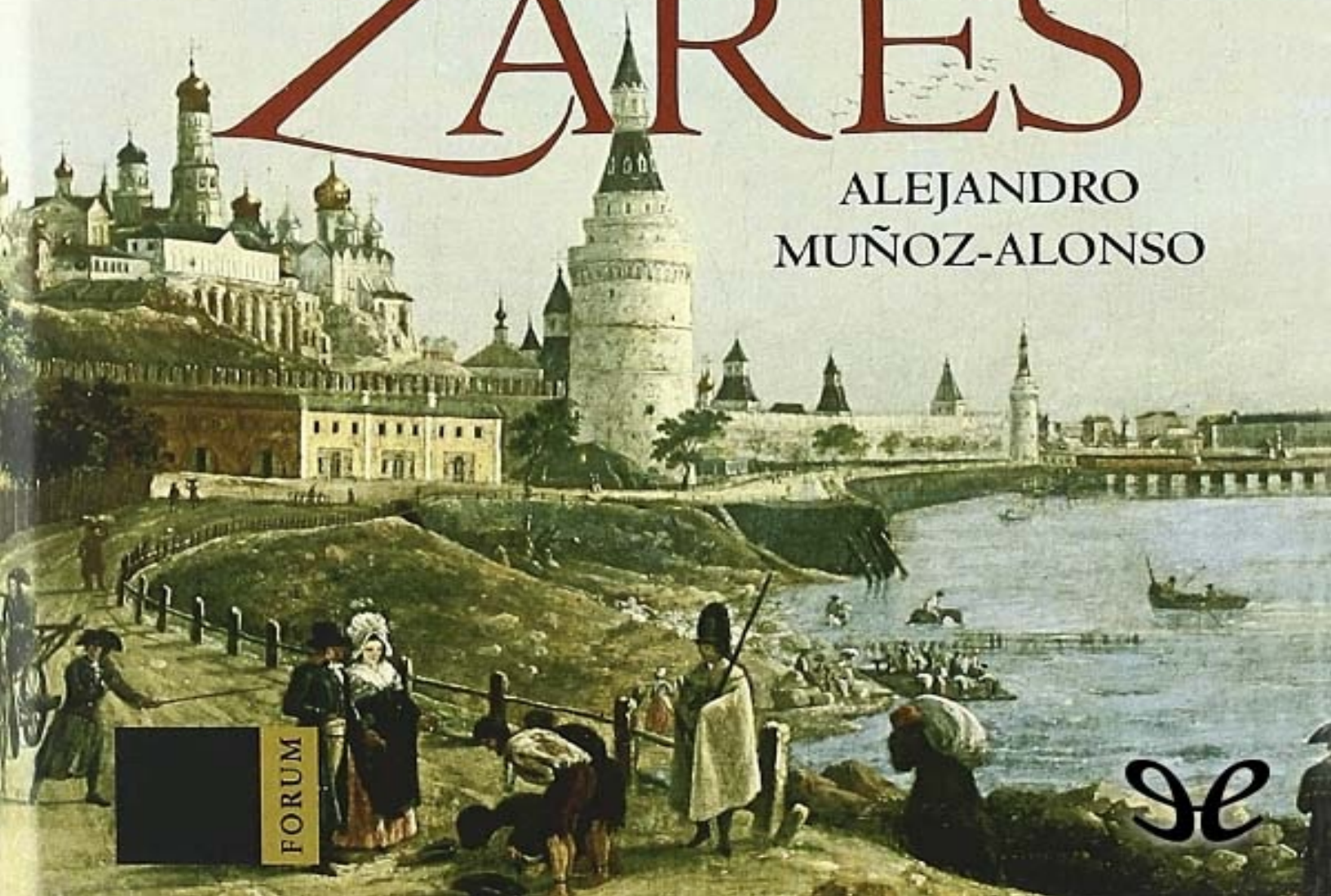




LA RUSIA DE LOS ZARES

ALEJANDRO
MUÑOZ-ALONSO



FORUM

de

Rusia no es una entidad eterna que haya existido siempre, sino el fruto de una evolución que paulatinamente ha ido cobrando forma. A lo largo de más de mil años, desde sus orígenes en Kiev hasta el destronamiento de Nicolás II en 1917, la entidad política que hoy llamamos Rusia ha pasado por numerosas vicisitudes. Lo que a finales de la Edad Media era el principado de Moscovia se convierte en algo menos de dos siglos en un formidable imperio que llega a ser, a principios del siglo xx, el más extenso conglomerado territorial del planeta: de Polonia al Pacífico y del Báltico y el océano Ártico hasta el mar Negro y Asia central. El expansionismo ruso —que será continuado después por la Unión Soviética, Estado sucesor del zarismo— es una constante de su historia, que se entreteje con intrigas palaciegas, regicidios y traiciones al servicio de una voluntad de poder que ha hecho de este imperio euroasiático, al menos desde el siglo xviii, uno de los países con más peso e influencia en la historia de Europa y del mundo.

El libro es un recorrido cronológico que comprende desde el siglo xvi hasta la revolución rusa de 1917. Los orígenes de este formidable imperio se remontan a la creación por el legendario Rurik de la primera entidad rusa conocida, en el año 857, si bien su esplendor llegaría con los zares Iván el Terrible, Pedro I el Grande o Catalina la Grande, para finalizar con los reinados de Alejandro III y Nicolás II.



Alejandro Muñoz-Alonso

La Rusia de los Zares

ePub r1.0
liete 09.06.14

Título original: *La Rusia de los Zares*
Alejandro Muñoz-Alonso, 2007

Editor digital: liete
ePub base r1.1



*A Isabel, mi otro yo.
A mis hijos Sacha (†), Nacho, Guillermo y Lorena.*

PRÓLOGO

Durante la última década del recién pasado siglo xx tuve oportunidad de viajar con bastante frecuencia a Rusia, en mi condición de diputado a Cortes y miembro de la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso. Recuerdo muy especialmente un viaje en la última semana de noviembre de 1991, cuando a la Unión Soviética le quedaba menos de un mes de existencia. La suerte de aquel enorme conglomerado de pueblos estaba echada y desde Occidente se contemplaba con preocupación la evolución de los acontecimientos. Tanto en Estados Unidos como en Europa occidental se percibía una ambivalencia de sentimientos, porque si, por una parte, muchos se alegraban abierta o secretamente por el patente desmoronamiento del enemigo la víspera, por la otra se temía la desestabilización de aquel inmenso imperio, que hasta entonces se había mantenido unido, con mano de hierro, desde Moscú. Gorbachov —con quien pudimos mantener una larga entrevista— intentaba transformar la URSS en una «Unión de Estados Soberanos» de estilo confederal, mientras que Yeltsin —con quien también debatimos la situación— apostaba por una Rusia, de la que ya era presidente por elección popular, que no tuviera que depender de ningún «centro», como se denominaba al aparato soviético. Todavía, por apenas unas semanas, ondearía sobre una de las torres del palacio-fortaleza del Kremlin la roja enseña de la Unión Soviética, la entidad política que representaba Gorbachov. Pero desde que Yeltsin —tras el golpe de Estado que había tenido lugar el mes de agosto de aquel mismo año— se había trasladado también al Kremlin, reclamado como patrimonio histórico de Rusia, flameaba sobre la gran cúpula la recuperada bandera tricolor de la Rusia anterior a la Revolución soviética. Cuando unos días después, ya iniciado el invierno, el 25 de diciembre, Gorbachov renunció a su cargo de presidente de la Unión Soviética y fue arriada la roja bandera de la hoz y el martillo, desaparecía formalmente el imperio comunista que, con el nombre de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, había sido, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, una de las dos superpotencias y cabeza de uno de los dos bloques que dividían al planeta. Era la segunda vez en el siglo xx que se desintegraba un imperio formado en torno a Rusia. La anterior había sido en 1917 cuando se hundió el zarismo, que había regido Rusia desde el siglo xv.

Ante nuestros ojos se extinguía el mayor imperio, por extensión territorial, que había existido nunca, y en mí nació una enorme curiosidad por estudiar cómo se había llegado a formar tan formidable acumulación de territorios. Como tantos otros españoles con afición a la Historia, conocía bastante bien la evolución histórica de los países de Europa occidental. Pero debo confesar que mis informaciones sobre Rusia —como sobre otros países de Europa central y oriental, que también habían de pasar en los próximos años a primer plano de actualidad— eran muy escasas. Me propuse, entonces, estudiar a fondo la historia de Rusia, especialmente la creación de su imperio. Un imperio que, en su momento más culminante e incluyendo sus satélites, se había extendido del Elba al Pacífico, del Báltico al mar Negro, del océano Ártico a las estepas de Asia central. Un imperio que convirtió a los dirigentes del Kremlin —primero a los zares autocráticos, después a los dirigentes soviéticos, que dieron a su dominación un peculiar

carácter ideológico— en los gobernantes con más poder que ha tenido nadie en la historia de la humanidad. Un poder ejercido, además —especialmente en determinados períodos, como las épocas de Iván el Terrible o Stalin—, del modo más brutal, cruel e implacable.

Me animaba en mi tarea el hecho de que en España nunca se hubiera abordado una historia de Rusia que pudiera parangonarse con las que se han editado en el Reino Unido, Estados Unidos, Francia o Alemania. Salvo una bibliografía, sin duda abundante y casi siempre traducida, sobre la época soviética, en España no se ha publicado apenas nada sobre ese milenio (menos cuarenta años) que va de la creación por el legendario Rurik de la primera entidad rusa conocida, en el año 856, a la caída del zarismo, con la abdicación de Nicolás II, en 1917. Pero, a medida que profundizaba en mi estudio, me daba cuenta de que no era posible analizar la creación del imperio de los zares y su transformación, ya en el siglo xx, en imperio soviético si no se encuadraba esa investigación en el más amplio marco de la evolución de la política exterior de Rusia, en la que se detectan unas constantes que se repiten a lo largo de su historia, casi desde los orígenes, con unos u otros zares, y que, con inevitables matices, se pueden percibir también durante la época soviética. Pero, pensando en los lectores españoles, para la mayoría de los cuales Rusia es un país lejano, de cuya historia solo conocen algunos datos superficiales, llegué a la conclusión de que lo que tenía que abordar era la redacción de una historia de Rusia, lo más detallada y completa posible, para facilitar a los interesados un conocimiento cabal y suficiente de toda la evolución histórica de aquel país, grande no solo por la extensión de su territorio, sino por sus aportaciones culturales y por su papel en la historia europea y del mundo.

Este libro es el fruto de varios años de dedicación y estudio, de una larga zambullida en la historia de Rusia, tan apasionante como desconocida, de esos viajes a los que ya he aludido, que me han permitido trabar contacto con algunos de los grandes actores de su prolongada transición a la democracia. Y está escrito desde el respeto y el afecto por un gran país, víctima de tantos tópicos y de tantos prejuicios, que por su cultura, su literatura, su música, su ciencia pertenece al selecto puñado de pueblos que han modelado la historia del género humano. Los occidentales tenemos que superar —a mí también me costó trabajo conseguirlo— la tendencia a no ver lo ruso sino a través de las anteojeras que nos lo presentaban como el país del comunismo. Y no debemos olvidar que si para nosotros el comunismo fue una amenaza a nuestros valores y a nuestro sistema de vida, para los rusos fue una torva realidad, opresora y castradora, que han tenido que sufrir día tras día durante casi ochenta años. Como Hélène Carrère d'Encausse escribió con gran acierto, solo unos años después de la caída del comunismo y cuando parecía que aquel país no acertaba a salir de una situación muy próxima al caos, «lo que sucede a Rusia no se debe a que ya no haya comunismo, sino, precisamente, a que lo ha habido».

Debo advertir que a lo largo de estos años de investigación y estudio, he llegado a producir una obra de más de 2.000 folios o, por usar las pautas propias de las editoriales, de más de cinco millones de caracteres con espacios. En los planes editoriales tiene difícil cabida una obra tan extensa y que, lógicamente, no puede aspirar a ser un superventas, ya que, por su tema, solo puede interesar a un determinado sector de lectores. Vivimos en España un auge de la novela histórica, que mezcla la realidad histórica con la fantasía, quizá porque está muy de moda el deseo de

rehacer el pasado a nuestro gusto, como queda reflejado en esa tendencia llamada de la «memoria histórica», cuyo fruto inmediato suele ser la recreación caprichosa y engañosa del pasado reciente o remoto. Pero me parece que el interés por la historia real es menos pronunciado, sobre todo si se refiere a un país lejano, por importante que sea. Y este libro, desde luego, aspira a ser un relato lo más fiel posible de la larga historia de Rusia.

Esta obra podría haber quedado inédita, en el disco duro de mi ordenador personal, si no hubiera sido por el interés hacia la misma que ha mostrado la editorial Espasa Calpe y, en concreto, Lola Cruz, que me animó a afrontar su publicación; pero, eso sí, llevando a cabo una dolorosa —para el autor— tarea de poda y reducción. El libro que ahora aparece es la cuarta parte, quizás algo menos, del texto escrito inicialmente por el autor. He prescindido de capítulos enteros —por ejemplo, los dedicados a analizar las teorías sobre el expansionismo ruso, la cultura y el pensamiento políticos, la aparición de la *intelligentsia*—, y en los capítulos publicados he reducido al máximo los detalles relativos a las medidas de reforma interior, cambios del personal político, negociaciones diplomáticas, desarrollo de guerras y batallas, etc. En buena medida, el relato era casi una historia de las relaciones internacionales desde el punto de vista ruso, pero en la presente versión he renunciado a ese ambicioso enfoque. También por consejo de la editorial, decidimos afrontar la publicación de un libro que abordara la historia de *La Rusia de los zares*, lo que obligaba a dejar fuera todo lo que tenía escrito sobre la época soviética, que había sido abordada sobre todo desde el punto de vista de la política exterior y el imperio multinacional soviético. El material que queda sin publicar es, por tanto, mucho más extenso que el que ahora ve la luz. Quizás en el futuro haya oportunidad de editar una historia completa de la política exterior ruso-soviética, así como una historia de la cultura y el pensamiento político rusos.

La Rusia de los zares pretende ser el relato y el análisis de cómo se creó y evolucionó el gran imperio zarista. Ha quedado fuera, repito, lo relativo a esa «novación del imperio» que llevaron a cabo Lenin y Stalin, así como el análisis sobre las posibilidades de que se reconstituya de nuevo en torno a Moscú —que históricamente ha desempeñado el papel de federador y unificador de «las tierras de la Rus»— una nueva entidad multinacional. Aunque la situación actual parece descartar cualquier posibilidad en este sentido, la historia rusa nos muestra cómo en otras ocasiones de su pasado ese gran país supo encontrar fuerzas y recursos para reconstituir el Estado y aun el imperio. A principios del siglo XVII, durante el período que los historiadores denominan los Tiempos Turbulentos (*smutnoie vremia*), una Rusia fracturada, ocupada por los polacos y los suecos y desgarrada por las luchas intestinas parecía haber llegado al fin de su existencia histórica. Pero en un breve espacio de tiempo, la recuperación llegó desde las provincias. Desde las inmensidades del país brotó el impulso popular y nacional que, en muy pocos decenios, convirtió a Rusia, con Pedro I, en un actor fundamental de la historia europea. A veces, las clases dirigentes de un país parecen decididas al suicidio colectivo; a veces, también, los traidores llegan a los centros de poder y llevan a cabo una tarea de demolición consciente. Pero, los pueblos no siempre se resignan a la derrota, y menos aún a la desaparición, y, a veces, saben encontrar en sus entrañas los recursos necesarios para recuperar su pulso y su identidad.

Mi primer agradecimiento debe dirigirse a los autores de las decenas, seguramente centenares,

de libros y artículos que he leído para preparar este largo texto. Por supuesto también a Espasa Calpe y a Lola Cruz por su acogida y su estímulo. Pero, sobre todo, tengo que agradecerle a mi mujer, Isabel, la infinita paciencia —esmaltada, de vez en cuando, con alguna amable protesta— con la que ha sobrellevado las interminables horas de estudio y trabajo, los viajes suspendidos, etc., que han sido mi tributo, y el suyo, a este libro. Casi más por ella que por mí, me gustaría que encontrara una acogida favorable entre quienes aborden su lectura.

LOS ORÍGENES: DE KIEV A MOSCOVIA

LA ENTRADA DE RUSIA EN LA HISTORIA

Posiblemente no hay ningún otro país en el que sea tan difícil fijar de una manera concluyente los hechos que marcan su entrada en la Historia. Las escasas fuentes documentales existentes, de fecha tardía, posterior en varios siglos a los acontecimientos que relatan, mezclan leyenda con datos comprobados, contienen inexactitudes flagrantes en cuestión de fechas y hacen sospechar una finalidad política, al servicio de intereses de la época en que fueron redactadas. Por otra parte —y como sucede con los demás países o naciones—, Rusia no es una entidad eterna que haya existido siempre, cuyo desarrollo pueda rastrearse en el pasado, sino el fruto de una evolución que poco a poco ha ido cobrando forma. No es posible «encontrar» a Rusia en aquellos siglos iniciales sencillamente porque no existía. Como escriben Simon Franklin y Jonathan Shepard: «Solo en la fantasía nacionalista puede la palabra “Rusia” mantenerse como una especie de forma platónica, inmanente incluso cuando es invisible, constante en su esencia aunque variable en sus encarnaciones históricas»^[1].

Por otra parte, el hecho de que la historia rusa comenzara en lo que hoy es territorio de Ucrania plantea problemas y «conflictos de patriotismo», agudizados sobre todo desde la recuperada independencia de esta otra gran nación eslava. A pesar de todo, nadie niega abiertamente, ni podría hacerlo, que fue en Kiev —cualesquiera que hayan sido después los avatares históricos— donde se puso en marcha la civilización rusa. James Billington escribe, en este sentido, refiriéndose a Kiev, que

[...] pese a su debilitamiento y transformación en años posteriores, pese a las pretensiones separadas de los historiadores polacos y ucranianos, Kiev continúa siendo la «madre de las ciudades rusas» y la «alegría del mundo» de los cronistas [...]. De acuerdo con el proverbio popular, Moscú era el corazón de Rusia; San Petersburgo, su cabeza: pero Kiev era su madre^[2].

El territorio que hoy ocupa la Rusia europea ha sido habitado, recorrido, invadido a lo largo de la historia por pueblos diversos, y solo muy tardíamente —respecto de la evolución de Europa occidental— se constituye una entidad a la que se puede llamar Rusia y considerar ya un Estado ruso en ciernes, antecedente directo del que ha llegado a nosotros. Lo cierto y comprobado por el

estudio de los hallazgos arqueológicos más recientes es que el enorme territorio de lo que hoy es Rusia estuvo ocupado por tribus y pueblos diversos que, entre otras actividades, se dedicaban al comercio, relacionando el Báltico con el mar Negro y el Mediterráneo. En contra de la imagen de aislamiento y marginalidad que suele atribuirse a aquellos lejanos parajes, lo cierto es que, desde una etapa relativamente temprana de la Edad Media, por allí pasaban las rutas que relacionaban a la Europa del norte con Bizancio, el mundo árabe y Asia central. La abundancia de monedas de plata procedentes de esas últimas zonas y de algunos instrumentos, como espadas, originarias de Europa occidental corrobora la existencia de estas corrientes.

En este proceso, los grandes ríos rusos desempeñan un papel fundamental que debe destacarse. Si Heródoto dijo que Egipto era un don del Nilo, podría afirmarse que Rusia fue una consecuencia, un resultado, un fruto de esos grandes ríos que fluyen de sur a norte o de norte a sur y que fueron las vías naturales de relación y comercio. La «ruta de los Varegos» o «ruta del ámbar», que iba de Escandinavia hasta «los Griegos», transcurre precisamente utilizando esos ríos, que son las grandes arterias comerciales y de comunicación. El único documento ruso que trata del período inicial de la historia rusa, la llamada *Crónica Primaria* —cuyo nombre original es *Povest' vremennykh let*, esto es «Historia de los viejos tiempos»— escrita a principios del siglo XII por el monje Néstor, pero que se refiere a hechos ocurridos más de dos siglos antes, ya destaca el papel de los ríos. Se subraya el valor del Dniéper (a cuyas orillas está Kiev, capital del principado a cuyo servicio están los redactores de la *Crónica*) y en el texto se explica que desde este río, directamente o utilizando sus afluentes, se puede llegar, hacia el norte, al «mar de los Varegos» (el Báltico) o, hacia el sur, a Zargrado (Constantinopla) y desde allí a Roma. Se señala que el Dniéper nace en el bosque de Okovski, situado al sur del lago Ilmen, y que el Dvina occidental, que fluye hacia el norte, y el Volga, que fluye hacia el este (para después girar al sur y llegar al mar Caspio), también tienen sus fuentes en las proximidades del mismo bosque. Por eso Franklin y Shepard afirman que «en la medida en que se pueda designar un punto de partida dentro de las tierras de la *Rus*, este sería el bosque de Okovski». No puede extrañar, en consecuencia, que los primeros establecimientos de los pueblos que habitaron aquellas tierras estén situados no muy lejos de esa zona de nacimiento de los más importantes ríos, según han revelado las excavaciones arqueológicas.

Heródoto estimaba que el Dniéper era, después del Nilo, el más productivo «no solamente de Escitia (así llamaban los griegos a esta zona al norte del mar Negro), sino de todo el mundo». El historiador griego ya se refería a las posibilidades que ofrecía el Dniéper, que con sus afluentes unía el Báltico y el mar Negro. Este papel central del Dniéper ha sido reconocido, por tanto, desde los orígenes, y desde entonces no ha hecho más que crecer. De alguna manera este río viene a ser como la fuente natalicia de Rusia.

Además de su red fluvial, el otro aspecto geográfico de importancia en las tierras rusas es la existencia de dos grandes zonas, una enorme de bosques al norte, otra de estepas al sur. Los ríos ofrecían una posibilidad, la única, de traspasar las masas boscosas, impenetrables en cualquier otro caso. Por su parte, las estepas del sur, fácilmente accesibles desde Asia, fueron la puerta de entrada de las continuas invasiones de los «pueblos de las estepas» que asolaban de forma

periódica aquellos territorios. La relación y la alternancia entre bosque y estepas es uno de los factores más notables de la historia rusa. Iniciada esta en la zona de los bosques del norte, donde nacen los más importantes ríos, se traslada después su centro de gravedad a las estepas del sur, donde se desarrolla «la *Rus* de Kiev», la primera formación política rusa consolidada. Pero destruida esta estructura política, sobre todo a partir de la invasión mongola en el siglo XIII, Rusia vuelve de nuevo a la zona de bosques donde habían comenzado sus balbuceos históricos. Se trataría de tres etapas de la historia rusa que pueden simbolizarse en tres ciudades, Novgorod, Kiev y Moscú, a las que necesariamente hay que añadir una cuarta, San Petersburgo, que representa el apogeo imperial de Rusia.

En la zona de los bosques del norte y centro de la actual Rusia se habían ido instalando paulatinamente tribus del tronco ugro-finés, de cuya lengua proceden el finlandés y el húngaro moderno. Estas tribus procedían del norte de Escandinavia y de los Urales y se habían extendido a lo largo del curso del Volga hasta la confluencia con el río Kama. Hallazgos arqueológicos inducen a los historiadores a estimar que entre esas tribus también había elementos bálticos y escandinavos. Es más, hay autores que aseguran que en algunos establecimientos —como el de Staraja-Ladoga, situado en la orilla sur del lago del mismo nombre, en la desembocadura del río Volkhov— los primeros habitantes fueron escandinavos. Mucho más tarde, a partir de los siglos IX y X de nuestra era, los fineses se fueron mezclando con los eslavos del este, esto es, los rusos, que los absorbieron. Pero los fineses han dejado su impronta tanto en los caracteres físicos de los rusos del norte como en la toponimia. Se dice, por ejemplo, que Moscú, Moskva, sería un nombre de origen finés.

Bastante antes, a partir del año 200 de nuestra era, un nuevo pueblo había invadido la zona de las estepas del sur. Se trataba de los godos, que procedían del Báltico y que muy pronto se dividieron, precisamente en Rusia, en ostrogodos y visigodos. Los primeros, los «godos del este», bajo la égida de su rey Ermanarico, crearon una entidad política a orillas del mar Negro, entre el Dniester y el Don. La etapa de dominación goda termina cuando en el año 371 los hunos, procedentes como tantos otros pueblos de Asia central, invaden el sur de Rusia y obligan a los godos, junto con muchos de los otros pueblos que allí habitaban, a desplazarse hacia el oeste, penetrando en el Imperio romano en una de las oleadas más importantes de lo que la historia clásica denomina «invasión de los bárbaros del norte». Las raíces de estos pueblos y, especialmente las de los godos, tan vinculados a la historia de España, eran bálticas y escandinavas, pero su procedencia inmediata era, como vemos, el este y, más en concreto, las estepas del sur de la actual Rusia, esto es, Ucrania.

¿Cuándo podemos empezar a hablar de los eslavos? El término «eslavo» aparece por primera vez utilizado en el siglo VI por el historiador bizantino Procopio de Cesarea y por el godo Jordanes, que se refieren a las tribus eslavas de los «antes», los «venedos» y los «esclavenos», que a partir de la segunda mitad del siglo V habrían ocupado la zona comprendida entre el mar Negro y los ríos Dniéster y Dniéper. Según la historiografía clásica, los eslavos procederían de una patria común situada en las proximidades del valle del Vístula y en la vertiente norte de los Cárpatos y

en el siglo VI se habría producido la importante división entre eslavos orientales, occidentales y meridionales. Según esta teoría, habría sido entre los siglos VII y IX cuando los eslavos orientales se habrían establecido en Rusia. Pero historiadores más recientes, apoyándose en hallazgos arqueológicos, ponen en duda estas hipótesis y niegan la existencia de ese lugar de origen común de los eslavos, ya que se han encontrado rastros de la presencia eslava en Rusia mucho antes de esas fechas y en zonas mucho más dispersas.

Lo que no admite ninguna duda es que, desde la segunda mitad del siglo IX, los *Rus* entran en la Historia, ya que su presencia es atestiguada por fuentes muy numerosas, y empiezan a tener impacto en la vida de otros pueblos. El acontecimiento más notable es el ataque contra Constantinopla en junio del año 860. Los asaltantes no lograron conquistar la capital y se limitaron a devastar los alrededores, para desaparecer después como habían llegado. En los sermones del patriarca Focio se alude en detalle a esta incursión llevada a cabo por «una gente bárbara e irresistible». Los historiadores subrayan el hecho de que por aquellas mismas fechas los vikingos estaban llevando a cabo incursiones marítimas similares contra Francia, España y, según algunas fuentes, habrían llegado tan lejos como Alejandría y territorios del Imperio bizantino.

ORIGEN Y PRIMERAS ETAPAS DEL PRINCIPADO DE KIEV

Según relata la *Crónica Primaria*, en el año 856 Rurik, un jefe varego o escandinavo, fundó la primera entidad política rusa con base en Novgorod, en el norte. Tres años después de su muerte, en 882, Oleg, sucesor suyo, tomó Kiev, «pequeña ciudad edificada sobre una colina» a orillas del río Dniéper, que dominaba las estepas pobladas por los eslavos orientales. Otro relato legendario, también recogido en la *Crónica*, pero sin pruebas que lo apoyen, atribuye la fundación de Kiev a tres hermanos, Kii, Scek y Choriv, que construyeron una pequeña fortaleza (*gorodok*) y echaron los cimientos de la primitiva Kiev (*Starokievskaiia*), denominada así en honor del mayor de los tres. Los actuales ciudadanos de Kiev celebraron en 1982 el 1.500 aniversario de la fundación, que quedaría así fijada en el año 482, pero Franklin y Shepard dudan de que los restos hallados sean anteriores al siglo VII y afirman que bien podrían ser del VIII.

Oleg, personaje oscuro y confuso, cuyo perfil histórico-biográfico no está bien definido, eliminó previamente a Askold y Dir, que eran los gobernantes de Kiev y que, dice la *Crónica*, «no eran del clan de Rurik». A continuación, Kiev afirmó su poder en la zona y empezó por controlar la importante tribu de los polianos (una de las quince tribus eslavas descritas por la *Crónica*), pero

muy pronto extendió su dominación al resto de las tribus, por el procedimiento de exigirles un tributo que debían pagar de grado o por la fuerza. Fusionado, de hecho, este principado con el de Novgorod, Kiev se convirtió en «madre de las ciudades rusas» y centro de un esplendoroso Estado que controlaba la comunicación fluvial en su mayor parte en aquel tiempo, como hemos dicho, entre el Báltico y el mar Negro, esto es, entre Europa del Norte y Bizancio.

La *Rus* de Kiev es, por tanto, una creación eslavo-escandinava en la que, muy pronto, acaba predominando el elemento mayoritario eslavo que absorbe al elemento directivo y minoritario escandinavo, representado por la dinastía de Rurik y Oleg y por sus nobles, los boyardos, que constituían la *druzhina*. La creación de este núcleo político no fue, por otra parte, algo excepcional, sino que fue uno más de los establecimientos fundados por los *Rus* desde mediados o finales del siglo IX a lo largo del Dniéper, ya que su posible expansión más al este, en la cuenca del Volga, era imposible por la existencia en la zona de una poderosa entidad política, la del los búlgaros del Volga.

Desde el principio, y todavía bajo el poder de Oleg, la presencia de la nueva entidad política kieviana se hace sentir en la zona, tanto desde el punto de vista mercantil como militar, ya que se atreve incluso a enfrentarse con Bizancio. Tanto en los textos rusos como en los bizantinos se hace referencia al tratado concluido entre ambas partes en 911, en lo que sería el primer acuerdo internacional firmado por los rusos. Se concedía a estos el derecho de comerciar libremente en Constantinopla, se les reservaba como residencia un barrio de la ciudad y se establecían normas para resolución de conflictos, intercambio de prisioneros, recuperación de esclavos y criminales huidos, etc. Puede afirmarse que, a partir de aquel momento, la primera entidad política rusa, la *Rus* de Kiev, adquiría personalidad política internacional.

El principado de Kiev llegó a extender su dominio desde el lago Ladoga hasta el mar Negro a lo largo de todo el valle del Dniéper, así como los cursos superiores del Volga, del Dvina occidental y del Don. Su pretensión era la de extender su dominio sobre toda la tierra rusa, la *Rous'ka Zemlia*, una aspiración en la que late ya una cierta voluntad imperial que no hará más que afirmarse desde aquel momento.

Mucho más importante que las amenazas exteriores fueron para el principado de Kiev los conflictos y las divisiones internas, consecuencia de los peculiares usos hereditarios de los *Rus*, no demasiado diferentes, por otra parte, de los de otros pueblos en aquella época. En efecto, aunque se entendía que el conjunto de la herencia correspondía nominalmente al hijo mayor del gran príncipe (*Veliki Kniaz*), que heredaba además esa denominación, los demás hijos o príncipes de la sangre o de la dinastía (*Kniazí Ruski*) recibían, de acuerdo con la tradición escandinava, un territorio o principado sobre el que ejercían poder. Las querellas sucesorias, las luchas entre hermanos y parientes que compartían la herencia, son así una constante en la historia rusa. La aspiración de todos los contendientes era alcanzar el título de gran príncipe, que confería una primacía algo más que honorífica sobre los demás príncipes de la dinastía. Aquellas estructuras políticas y sus prácticas sucesorias eran bastante similares a las que existían en la misma época en Europa occidental y corroborarían el carácter «europeo» de aquella Rusia de Kiev, que establece muy pronto relaciones, como hemos señalado, con el Imperio bizantino e incluso con las entidades

políticas de Europa central.

A la muerte de Oleg, en 913, le sucede en el trono kieviano el príncipe Igor, que continúa con las campañas guerreras, una actitud que revela la voluntad expansiva del nuevo Estado. Su empuje bélico se vio frenado, sin embargo, por la aparición en 915 de los pechenegos, pueblo nómada procedente de Asia, de origen turco, especialmente feroz y primitivo, que se convirtió en un formidable enemigo para Kiev.

A Igor le sucedió su viuda, Olga, que ejerció la regencia en nombre de su hijo Sviatoslav. Se supone que Olga (Helga) era una princesa escandinava, procedente seguramente de Pskov, la ciudad más relevante del norte de aquella Rusia, tras Novgorod. Olga, la primera mujer importante de la historia de Rusia, se preocupó también por consolidar las relaciones entre Kiev y Novgorod, afirmando la primacía kieviana y asegurando las vías de comunicación entre ambas ciudades rusas. Un dato significativo es que Olga se convirtió al cristianismo, probablemente en 955, aunque algunas fuentes sitúan la solemne ceremonia en 957, con ocasión del viaje que hizo, acompañada de un vistoso séquito, a Constantinopla. Olga mantuvo largas entrevistas con el emperador Constantino VII Porfirogéneta, padrino en la ceremonia bautismal, que relató en su *Libro de las ceremonias* la fiesta dada en su honor. Olga, a pesar de todo, se resistió a las pretensiones políticas de su huésped, que intentaba incluir el principado de Kiev en lo que hoy llamaríamos su «zona de influencia», sobre todo porque Bizancio estimaba que la conversión de un príncipe al cristianismo hacía automáticamente de su país un vasallo del Imperio. Por eso la visita, que había empezado tan prometedoramente, no terminó demasiado bien. Posiblemente esa fue la razón que llevó a Olga a enviar, en el año 959, una embajada a Occidente, a las tierras del rey de Germania Otón I (que sería consagrado emperador en 962), a quien pidió el envío de misioneros. La misión se llevó a cabo, encabezada por Adalberto de Tréveris, que la narró en una crónica, pero concluyó en el fracaso: varios de los acompañantes de Adalberto fueron asesinados y él mismo escapó de milagro. No cabe duda de que si la misión de Adalberto hubiera tenido éxito, el destino de Rusia y del cristianismo habría sido muy diferente. La conversión de Olga no significó, sin embargo, la conversión «oficial» del principado de Kiev, aunque parece evidente que, desde tiempo atrás, muchos de sus habitantes ya se habían convertido.

CONSOLIDACIÓN, CRISTIANIZACIÓN Y APOGEO DE LA RUS DE KIEV

Sviatoslav, el hijo de Olga —primer príncipe de Kiev que lleva un nombre eslavo— reinó solo durante ocho años (964-972), pero dejó una marcada impronta en la *Rus* kieviana, ya que con él el nuevo Estado encuentra su forma definitiva y se hace un lugar en la llanura de Europa oriental. Sviatoslav era, ante todo, un guerrero y se le ha comparado con los cosacos y con los vikingos, por sus maneras rudas y osadas. En Sviatoslav se puede percibir también una clara voluntad expansionista que no se limitó a los territorios que hasta entonces habían interesado a los príncipes de Kiev, pues amplió sus objetivos hasta los Balcanes.

Tanto con Sviatoslav como después con su hijo Vladimiro I aparece ya de un modo muy claro otro de los rasgos persistentes de la historia rusa: la necesidad de establecer una defensa efectiva frente a las constantes invasiones de los pueblos de las estepas de Asia central, especialmente, como ya hemos señalado, de los pechenegos, que en aquel momento eran la amenaza inmediata. La necesidad de defender las imprecisas y movibles fronteras, sobre todo del sur y del este, se concreta en la creación de fortines y en la fundación de aldeas pobladas por soldados-campesinos. Como sus antecesores, Vladimiro empezó su reinado con campañas contra las tribus que se negaban a pagar el tributo, lo que demuestra que el dominio de Kiev no estaba todavía plenamente asegurado. Como Sviatoslav, también Vladimiro miró hacia Occidente y se enfrentó con tribus polacas establecidas al norte de los Cárpatos en la zona de Cracovia, que algunos años más tarde sería conquistada por Mieszko I, primer soberano histórico de Polonia. Era, según algunos historiadores, la primera manifestación de la lucha contra el Occidente latino, que ha sido otra constante de la historia rusa. En 987 el emperador Basilio II pide ayuda a Vladimiro después de varios reveses militares. El príncipe de Kiev logró sacar de apuros al bizantino, pero en contrapartida exigió la mano de Ana, princesa «porfirogéneta», hermana de los emperadores Basilio II y Constantino VIII. Bizancio se opuso, en principio, a la pretensión de Vladimiro porque tradicionalmente no se entregaba nunca en matrimonio a un extranjero a una princesa «nacida en la púrpura», esto es, mientras su padre reinaba y mucho menos si el pretendiente no era cristiano, pero cuando el gran príncipe de Kiev conquista la costa norte del mar Negro y la importante ciudad de Querson, los obstáculos desaparecen y en 988 —fecha destacada en la historia de Rusia— Vladimiro se convierte al cristianismo y toma en matrimonio a la princesa bizantina.

Según cuenta la *Crónica*, Vladimiro —dispuesto a abandonar un paganismo que había quedado obsoleto— se decide por el cristianismo ortodoxo después de que una «comisión de investigación» indagara las ventajas y los inconvenientes de las tres religiones monoteístas. Hasta se celebró en Kiev un «torneo de religiones», algo así como un debate público, antes de tomar la decisión final. Emisarios de Vladimiro también viajaron por el extranjero para presenciar cómo eran y cómo se expresaban las diferentes religiones. Los emisarios informaron que los musulmanes rezaban «sin alegría», «los templos alemanes estaban desprovistos de belleza», mientras que en los griegos «la belleza y el espectáculo» eran tan excelsos que —según declaran los enviados— no sabían si estaban «en el cielo o en la tierra». Vladimiro —a quien, según parece, le gustaba la buena vida— también valoró la prohibición musulmana de beber y comer cerdo y la *Crónica* pone en su boca este comentario: «La alegría de los rusos es la bebida, no podríamos prescindir de ella»^[3]. Pero en la conversión de Vladimiro hubo también una motivación política.

En aquella segunda parte del siglo X, casi todos los dirigentes de los países de Europa central, oriental y del norte se habían ido convirtiendo al cristianismo, y Vladimiro se dio cuenta de que el prestigio y el reconocimiento internacional que estaba buscando no podría conseguirlo promoviendo el culto de Perún y de los otros dioses paganos, como había hecho hasta entonces.

La conversión al cristianismo, un siglo después de la fundación de Kiev, y el matrimonio de Vladimiro I con Ana fortaleció los lazos con el Imperio de Bizancio y consolidó la posición de Kiev en el contexto europeo. La elección del cristianismo ortodoxo tuvo consecuencias no solo religiosas, sino también políticas de largo alcance, y es muy posible que también pesara en la decisión de Vladimiro su admiración por el sistema político bizantino. Rusia se convierte así en la avanzadilla de la Cristiandad, que todavía no había sido desgarrada por el Gran Cisma. La presencia como evangelizadores de sacerdotes de origen búlgaro introdujo el eslavón como lengua litúrgica, lo que marca ya desde entonces una neta diferencia de la Iglesia rusa con la bizantina y con las occidentales, cuyas lenguas litúrgicas eran, respectivamente, el griego y el latín. El establecimiento en 1037 en Kiev de un metropolitano o arzobispo dependiente del patriarca de Constantinopla refuerza los vínculos bizantinos de la Iglesia rusa y cuando en 1054 Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, rompa con Roma en nombre de la Ortodoxia, la Iglesia rusa no vacilará en seguir a los que, desde Occidente, eran considerados cismáticos.

Los lazos religiosos y culturales con Bizancio y el rechazo oficial de lo latino no obstaculizan, sin embargo, el interés político y militar por Occidente. Como sus predecesores, Vladimiro no quería, en ningún caso, convertirse en una especie de satélite de Bizancio. En consecuencia, trata de fortalecer sus vínculos dinásticos con Occidente y son frecuentes los matrimonios con príncipes y princesas de los reinos «latinos».

Cuando Vladimiro muere en el año 1015, se plantea de nuevo la cuestión de la herencia y el principado kieviano se sume en una larga serie de luchas fratricidas. Tras Sviatopolk, que ha pasado a la historia con el sobrenombre de *el Maldito*, ocupa el trono Yaroslav, que llegó a ser denominado *el Sabio*. El poder y el prestigio del gran príncipe de Kiev alcanzan con él su punto culminante y, como subrayan Franklin y Shepard, desde 1036 hasta su muerte en 1054, Yaroslav dispone de un poder político, militar, económico y territorial sin posibles competidores o antagonistas. Su modelo y su fuente de inspiración cultural fue Bizancio y la ideología a la que responde su obra es la de la nueva fe cristiana, que llegará a convertirse en la más característica señal de identidad de la *Rus*. Yaroslav quiso darle a Kiev «un aura de Constantinopla» y en buena medida lo consiguió^[4]. Por toda su intensa actividad cultural, urbanística y legisladora, no puede extrañar que Yaroslav haya sido considerado el Carlomagno de Rusia, pues no cabe duda de que llevó a Kiev a su apogeo político y cultural.

LA DECADENCIA DE KIEV, LA DIVISIÓN DE LA RUS Y EL DESPLAZAMIENTO HACIA EL NORESTE

Con la muerte de Yaroslav el Sabio en 1054, el principado de Kiev inició un período de decadencia que se prolongaría hasta la invasión mongola que comenzó en el año 1223. Tras una serie de guerras civiles e intentos de arreglo entre los príncipes de la familia, ocupó el poder Vladimiro II, llamado *Monomakho* por su ascendencia bizantina, ya que su madre era hija del emperador Constantino IX, que reinó hasta su muerte en 1125. Su reinado y el de su hijo Mstislav (1125-1132), que será llamado *el Grande* y que, además, será canonizado, marcan el último momento de esplendor de Kiev y, por un instante, pudo parecer que la decadencia, que ya era tan palpable, se había detenido.

En este período es cada vez más patente la influencia de la Iglesia, que se convierte en uno de los pilares esenciales del orden kieviano. Desde 1054 el Gran Cisma era una realidad y el pretexto formal fue la cuestión del *filioque*, un típico bizantinismo teológico. Según Roma, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo (*filioque*), mientras que en Bizancio se niega la participación de la Segunda Persona en el proceso trinitario. Pero había otras muchas causas que explican la ruptura. Desde Constantinopla se contemplaba despectivamente al Cristianismo romano, al que se veía sumido en la barbarie tras la caída del Imperio de la «Primera Roma» y no eran propicios a reconocerle ningún primado sobre Bizancio, que no solo había mantenido la continuidad imperial, sino un alto grado de civilización, bien evidente frente al retroceso que se había sufrido en Occidente.

La *Rus* de Kiev entra en su etapa terminal, caracterizada porque los príncipes de sus diferentes territorios dejan de reconocer la primacía kieviana, o bien lo hacen de una manera puramente retórica. La *Primera Crónica de Novgorod* escribe contundentemente, al dar cuenta de la muerte de Mstislav: «Entonces, toda la Tierra rusa se hunde». A partir de ese momento, se multiplica la división territorial, que ya no se detendrá hasta que en el siglo XIV los príncipes de Moscovia inicien el proceso de recuperación y reunificación de las tierras de la *Rus*. Los historiadores calculan que a mediados del siglo XII existían quince principados; a principios del siglo XIII eran ya casi cincuenta y en el siglo XIV aproximadamente doscientos cincuenta.

Los no pocos autores que han querido ver ciertas semejanzas en los desarrollos históricos de Rusia y España podrían encontrar aquí un primer paralelismo, al que, sin embargo, no se suele prestar atención. Como la España visigoda, la *Rus* pierde la unidad preexistente, pero no como consecuencia de un ataque procedente del exterior, que en nuestro país fue la invasión musulmana, sino por causas internas anteriores a la invasión mongola, que suele ser el habitual elemento de comparación. Cuando los mongoles llegan a la *Rus* en 1223, Kiev había perdido, hacía varios decenios, su prestigio y su capitalidad, que se había trasladado a Vladimir, en la zona boscosa del centro-norte. Pero, de la misma manera que en España se mantiene viva la idea y el recuerdo de la unidad visigótica, en Rusia permaneció también vivo, antes y después de la invasión mongola, el recuerdo de la *Rus* kieviana, que extendió su dominio sobre un extenso territorio, parte muy

importante de lo que después se llamará Rusia. Como en la España posvisigótica, en la dividida *Rus* de finales del siglo XII y principios del XIII se conserva la idea de la unidad de la *Rus*, en la que se ve una necesidad insoslayable de hacer frente al enemigo exterior, sean estos los povlotsianos o los mongoles-tártaros.

La segunda mitad del siglo XII contempla la aceleración de un proceso de traslación hacia el noreste de la población, de la actividad económica y de los centros de poder. La decadencia de Kiev traslada el centro de gravedad de la *Rus* desde las estepas meridionales a la zona boscosa del norte, lo que supone cambios de enorme importancia, que están motivados por causas de muy distinto tipo, de las que no pueden excluirse las de carácter defensivo. En este sentido hay que subrayar que, ante la constante amenaza de los pueblos nómadas esteparios, la región de los bosques permite organizar la defensa de un modo mucho más eficaz que en los espacios abiertos del sur. La nueva entidad hegemónica es el principado de Vladimir-Suzdal, que vivió un momento de esplendor bajo el reinado de Vsevolod III (1176-1212).

LA INVASIÓN DE LOS MONGOLES

En la última década del siglo XII se había ido generando en Asia oriental un nuevo y formidable poder militar y político que en menos de cien años llegaría a formar un inmenso imperio euroasiático, uno de los más extensos que han existido en la historia de la humanidad. Los mongoles eran una confederación de tribus procedentes del alto Amur que posteriormente se habían instalado en las orillas de los ríos Onon y Kerülen, hasta llegar a la Mongolia y las tierras próximas al lago Baikal. En guerra continua con otras tribus, especialmente con sus vecinos orientales, los tártaros, con los que llegaron a ser identificados, los mongoles eran un pueblo nómada y pastoril que vivía permanentemente a caballo. Estos hábitos esteparios les otorgaron la posibilidad de crear la más impresionante y temible caballería militar que jamás haya existido, convirtiendo a aquellas tribus primitivas en una asombrosa máquina de guerra. En el año 1194, Temujin, retoño de una de las familias dirigentes de aquellas modestas tribus, fue elegido rey o khan de los mongoles y adoptó el nombre de Genghis, que significa *el Fuerte*. A partir de ese momento Genghis Khan llevó a cabo, en un tiempo muy breve, la conquista de todo el territorio comprendido entre la cuenca del Tarim, el Amur y la gran muralla de China. En 1206, un *kurultai*—asamblea de todos los jefes tribales, que se reunía para tomar decisiones importantes o para elegir sucesor del khan— confirma los poderes de Genghis Khan y, como piensa Jean-Paul Roux, le sitúa en un nivel más elevado y le atribuye una autoridad más extensa de la que había tenido

hasta entonces^[5].

A partir de ese momento, los mongoles emprenden sus fulgurantes conquistas, ya que Genghis Khan tiene la capacidad de darles un designio imperial, que aspira a la creación de una monarquía universal.

Dos de los generales mongoles, Yebe y Subotai, llegaron por el sur al Cáucaso y se enfrentaron con los georgianos, que, como escribe Roux, «eran soldados y pertenecían a la fina flor de la caballería cristiana de la Edad Media». La lucha fue dura y los de Georgia resistieron e incluso vencieron a los mongoles en algunas batallas, pero al final la formidable máquina de los nómadas de las estepas se impuso abrumadoramente. Desde allí, atravesando el Cáucaso por el desfiladero de Derbent, se dirigieron a la estepa habitada entonces por los polovtsianos, que se extendía entre el mar Negro y el Caspio septentrional. El ejército mongol había ido entretanto engrosando sus efectivos con muchos fugitivos, eslavos o turcos, antecesores de lo que más tarde serán los cosacos, enemigos de cualquier Estado organizado que les obligara a pagar impuestos o que pretendiera dirigir sus vidas.

En contra de ciertas visiones sumarias y legendarias, que describen a los invasores como una fuerza ciega y bárbara con la que sería impensable cualquier trato, las mismas crónicas rusas —al menos algunas de ellas— presentan un panorama mucho más matizado y casi podríamos decir que civilizado. Como explica la *Primera Crónica de Novgorod*, los generales mongoles, Yebe y Subotai, envían una embajada a los príncipes rusos que les advierte sin rodeos:

Nos hemos enterado de que habéis prestado oídos a las apelaciones de los polovtsianos [...]. Pero nosotros no hemos tomado vuestras tierras, ni vuestras ciudades, ni vuestras aldeas y no marchamos contra vosotros, sino, incitados por Dios, contra nuestros esclavos [...]. Si los descreídos polovtsianos huyen a vuestras tierras, castigadlos, expulsadlos y quedaos con sus bienes.

Pero, como respuesta, los príncipes rusos ejecutaron a los enviados mongoles y prosiguieron su avance contra los invasores al frente de un ejército de unos 80.000 hombres. Es muy probable que esas frases no fueran más que un invento, pero expresan el deseo de los tártaros de no comprometerse en una guerra mayor con los rusos y su voluntad de no invadir las tierras situadas al oeste del Dniéper.

Durante diecisiete días los mongoles retrocedieron tácticamente, lo que llevó a los rusos a creerse vencedores. Recibieron entonces una nueva embajada mongola en la que se reiteraba la advertencia: «Habéis escuchado a los polovtsianos y matado a nuestros enviados y ahora marcháis contra nosotros. Sois vosotros los que atacáis y Dios es testigo de que no os hemos causado ningún daño». Para los rusos esa actitud demuestra que los tártaros tienen miedo y, en consecuencia, se niegan a cualquier negociación, mientras los príncipes discuten entre sí sin alcanzar acuerdo alguno. El 31 de mayo del 1222, los mongoles dieron inesperadamente la vuelta y atacaron un ejército combinado ruso-polovtsiano a las orillas del Kalka, un pequeño río, probablemente un afluente del Kalmius, que desembocaba en el mar de Azov, al oeste del Don. La batalla, que duró tres días, fue un completo desastre para los rusos, aunque no tuvo consecuencias inmediatas en la historia de Rusia, ya que los mongoles volvieron a sus bases asiáticas atravesando el Volga y por

el norte del Caspio. A pesar de todo, la batalla del Kalka se considera el punto de partida de la invasión mongola, que, en realidad, no se produjo hasta quince años después, cuando los tártaros vuelven para quedarse, sometiendo a las Tierras rusas a su dominio, que se prolongará durante más de dos siglos. La *Crónica de Novgorod* dará cuenta de esta histórica batalla de un modo que demuestra qué poco sabían de los mongoles los rusos y, en general, todos los europeos: «Los tártaros se han marchado sin que sepamos de dónde venían ni a dónde se han ido». Y otra crónica rusa, la *Laurentina*, reflejará una actitud similar: «El mismo año, aparecieron unos pueblos de los que nadie sabía con certeza quiénes eran, ni de dónde venían, qué lengua hablaban, de qué tribu o de qué confesión»^[6].

En cuatro años los mongoles habían recorrido unos 20.000 kilómetros, batallando incansablemente con ejércitos superiores en número a los suyos sin ser nunca derrotados. Pero aquella no fue una simple expedición militar, ya que, además, aprendieron mucho de Occidente y, como subraya Roux, «sus conocimientos no se perderían». Por todo eso Gibbon afirma que esta fantástica cabalgada «no había sido jamás intentada ni será jamás repetida». Cuando Genghis Khan muere en 1227 su imperio se extiende ya desde Corea al Caspio y comprende una gran parte de China, el Asia central, Afganistán y Persia. Sus sucesores continuarán su designio imperial de conquistar el mundo y ampliarán mucho más aquellos ya inmensos territorios.

En el otoño de 1236 —tras un *kurultai* que había decidido la invasión de Occidente— se puso en marcha un formidable ejército mongol al mando de Batú, nieto de Genghis Khan, que entró en Rusia por el norte del Caspio. Una tras otra cayeron en manos del invasor todas las ciudades principescas de la *Rus*, Riazan, Kolomna, Moscú, Suzdal y Vladimir, la capital residencia del gran príncipe. Todas ellas fueron tomadas a sangre y fuego. El temor a los problemas de desplazamiento de la caballería en la época del deshielo aconsejó a los asiáticos retirarse, lo que impidió la caída de Novgorod, cuando estaban a solo 200 kilómetros. Pero la ciudad debió hacer acto de vasallaje y pagar el impuesto.

Un año después comenzó la segunda fase de la invasión. Batú atacó el sureste y entre marzo de 1239 y finales de 1240 cayeron Pereiaslav, Chernigov y, finalmente, Kiev, conquistada el 6 de diciembre, fiesta de San Nicolás, después de una brava resistencia que indujo a los tártaros a perdonar la vida de su comandante, Dmitrii. Se hundía así, definitivamente, el proyecto político que había durado casi cuatro siglos. En solo tres años los mongoles se habían apoderado de toda la Tierra rusa. Después de la toma de Kiev y de la Galitzia, los mongoles dividieron sus tropas y mientras un ejército penetraba en Polonia, otro invadía Hungría. En cualquier caso, va más allá de nuestro propósito relatar la historia de la invasión mongola en Europa central.

Muchos historiadores se han preguntado cómo pudieron los mongoles apoderarse con tanta facilidad y rapidez de unos territorios tan extensos. Evidentemente, la primera causa fue la falta de unidad y de preparación militar de los rusos. El gran príncipe de Vladimir tenía una autoridad puramente nominal sobre los otros príncipes de los territorios del noreste, respecto de los que no era más que un *primus inter pares*, casi nunca reconocido plenamente. Y en cuanto a los

principados del sur y suroeste la endémica guerra civil hacía ilusoria cualquier pretensión de unidad o resistencia. Se atribuye una importancia decisiva a la extraordinaria capacidad militar de los tártaros, que no solo disponían de superioridad numérica, sino también de una estrategia y unas tácticas mucho más eficaces. El ejército mongol tenía unos efectivos de unos 120.000-140.000 soldados, según los cálculos del historiador soviético Kargalov, frente a unas tropas rusas que, según Soloviev, llegaban, como mucho, a los 100.000, incluidos auxiliares. Pero, sobre todo, los tártaros prestaban atención a lo que hoy llamaríamos «inteligencia», no descuidaban la guerra psicológica, imponían una rígida disciplina y disponían de una excelente organización, de la que se ha podido decir que, en ciertos aspectos, se parecía a la de un estado mayor moderno. Muy eficaces con la caballería, también usaban a la infantería, formada por habitantes de las ciudades tomadas, hechos prisioneros. Y eran muy hábiles en las técnicas de sitio, entre las que se incluía el uso de catapultas, rampas y fuego griego. No responde a la realidad la imagen que los presenta como unos puros jinetes de la estepa.

Los mongoles establecieron el control directo de toda la zona suroriental de Rusia y Ucrania, el Cáucaso y toda la ribera norte del mar Negro. En el centro y norte de Rusia subsistieron los principados rusos, como tributarios del imperio mongol de la Horda de Oro, cuya capital se había establecido en Sarai, en el curso bajo del Volga. La recaudación del impuesto así como la leva de hombres para el ejército se organizaba regular y sistemáticamente desde 1257 y para ello los mongoles levantaron un censo de población y de recursos, el primero de la historia de Rusia. Una vez pacificada la Tierra rusa, los mongoles establecieron relaciones privilegiadas con la nobleza rusa y con el clero, aproximando estos estamentos al sistema imperial que habían implantado. De entre todos los príncipes rusos, el khan designaba un gran príncipe, que recibía el *yarlik* o autorización para gobernar y se convertía así en el primero de los príncipes cristianos rusos. Esa es una de las peculiaridades más notables del Imperio mongol, que no era un «régimen de ocupación», sino que, para sus fines, utilizaba el sistema institucional existente, aunque ya hemos señalado que en el sur establecieron un dominio directo.

Se ha debatido mucho cuáles fueron los efectos de la dominación mongola, del «yugo tártaro», como llaman al período las fuentes rusas. Según el punto de vista tradicional, la única impronta que habrían dejado los mongoles sería la de la destrucción, que arrasó ciudades, masacró poblaciones o las sometió a la esclavitud y dejó muchas zonas convertidas en desierto. Pero en ningún otro aspecto de la vida social, política o cultural los mongoles habrían dejado huellas relevantes. Por el contrario, la escuela llamada «euroasiática» sostiene que la influencia mongola no solo habría sido importante y profunda, sino muy positiva. Pero Nicholas Riasanovsky estima que estas tesis no resisten apenas el análisis y, además de señalar la tendencia de la teoría «euroasiática» a idealizar la naturaleza de los Estados mongoles, recuerda que por las mismas fechas en que se estaba formando la autocracia moscovita, en los Estados europeos, «del Atlántico al Ural la monarquía absoluta tendía a reemplazar al feudalismo y sus divisiones». Este mismo autor no niega toda influencia, pero afirma que fue muy limitada. En todo caso, la invasión mongola no alteró la vida normal de los principados del norte o lo hizo solo momentáneamente. El comercio con Occidente, a través de Novgorod y Smolensko, que escaparon indemnes de la

invasión tártara, no se vio afectado, sobre todo el que utilizaba la vía del Báltico, y una buena prueba es que durante la segunda mitad del siglo XIII se firmaron varios tratados comerciales^[7].

RESISTENCIA O SOMETIMIENTO: ALEKSANDR NEVSKY

El khan mongol concedió el *yarlik* de gran príncipe a Aleksandr, que tenía unos veinticinco o veintiséis años y que ya era muy conocido tanto por su defensa de las fronteras occidentales de Suzdalia como por su discutida gobernación de la difícil ciudad de Novgorod y de su extenso territorio, que su padre, otro gran príncipe llamado Yaroslav, le había encomendado. Aleksandr, que estaba decidido a llevar la política de colaboración con los mongoles hasta el límite, era ya un héroe prestigioso por su victoria sobre los suecos en el Neva (1240) —de donde le vino el apelativo de Nevsky con el que ha pasado a la historia— y sobre los Caballeros Teutónicos en el lago Peipus (1242). Con la determinación del que sabe muy bien lo que quiere, Aleksandr decidió aceptar la protección mongola para mejor defenderse de los occidentales o «latinos», que en aquel momento eran, seguramente, la amenaza más inminente para los principados rusos. Durante las tres primeras décadas del siglo XIII, los Caballeros de la Orden Católica de los Portaespadas, fusionados desde 1237 con los de la Orden Teutónica, denominación con la que serán conocidos, habían penetrado en lo que hoy día es Letonia y Estonia, amenazando las fronteras occidentales de Suzdalia. Nada hizo Aleksandr para impedir la penetración lituana por el sur de la *Rus*, pero tuvo más éxito en detener las acometidas contra la zona de Novgorod y Pskov, en el norte. Fennell estima que las batallas del Neva y del Peipus, a las que ya hemos aludido, fueron «dos victorias relativamente menores» y cree que el «tratamiento hagiográfico, con plegarias, visiones de los santos Boris y Gleb, asistencia angélica aérea, clichés e hipérbole» que da la *Vida* de Aleksandr obedece al exclusivo propósito de glorificar al héroe que estaba a punto de ser canonizado por la Iglesia ortodoxa cuando, cuarenta años después de las batallas y por encargo del metropolitano Kiril, se escribe ese texto. Se trataba de presentar una visión contraria a todo lo que representaba el Occidente latino, haciendo de Aleksandr el campeón de la fe ortodoxa frente a la agresión de los católicos. Muchos autores estiman que la batalla del Neva no fue sino un choque más en el enfrentamiento permanente entre rusos y suecos por el control de Finlandia y Carelia. Asimismo estima que la visión heroica y laudatoria de Nevsky que da su *Vida* posiblemente solo intentaba compensar su posterior sometimiento a los mongoles, que debió de sorprender un tanto a sus contemporáneos, poco comprensivos de la colaboración con el invasor infiel.

Aleksandr Nevsky reinará durante once años (1252-1263), período sobre el que las crónicas son casi mudas, muy probablemente porque de su política solo se puede decir que estuvo marcada por la colaboración e incluso el sometimiento a la voluntad de los tártaros, como insinúa Michel Heller, por «un agudo sentimiento de la amenaza occidental». Recuerda este autor la escena del guión de *Aleksandr Nevsky*, escrito por Serguei Eisenstein en 1937, en la que el príncipe de Novgorod le dice a su pueblo: «Por lo que hace a los tártaros se puede esperar. Hay un enemigo más peligroso que ellos [...] más próximo, más agresivo y del que no nos libraremos con un tributo: el Alemán». Y añade que, en la película, Nevsky expone la estrategia de Stalin en aquel año de 1937: ante la amenaza alemana al oeste y la japonesa al este, la más peligrosa en aquel momento era la occidental. Pero dos años después se firmó el acuerdo Molotov-Von Ribbentrop y los alemanes se convirtieron en aliados circunstanciales. *Aleksandr Nevsky*, la película de Eisenstein, fue entonces retirada de las pantallas.

Desde muchos puntos de vista, Aleksandr puede ser considerado un dócil instrumento en manos de los tártaros. Esta política de colaboración —o de apaciguamiento, como la llama John Fennell— con los tártaros infieles era apoyada por la Iglesia ortodoxa, molesta por la política unionista del Papa Inocencio IV, que pretendía someter a Roma aquella lejana Cristiandad oriental. Mientras que los cruzados católicos de las citadas órdenes militares convertían a la fuerza a las poblaciones conquistadas, los mongoles eran mucho más tolerantes en materia religiosa, ya que no solo permitían el culto, sino que eximían de impuestos a la Iglesia y a los clérigos. Poderosas razones todas ellas que explican esa actitud colaboracionista del clero ruso, que a primera vista puede parecer sorprendente. Las buenas relaciones de la Iglesia con los tártaros continúan incluso cuando estos se convierten al islam, y en 1261, el khan Berke, ya musulmán, autoriza la creación de una sede episcopal en su capital, Sarai.

Pero si en los altos estamentos de la sociedad rusa la norma fue la colaboración con los mongoles, el pueblo mantuvo una sorda resistencia frente a un invasor que, a menudo, le hacía víctima de sus excesos y sus arbitrariedades. En esta resistencia popular se va fraguando la conciencia nacional rusa que encuentra en el cristianismo, en los consuelos de la religión, tan necesarios en aquella época dura y oscura, las claves de su propia identidad. Los monasterios, que se multiplican por doquier, se convierten no solo en centros religiosos y culturales, sino también en motores de un movimiento de recuperación nacional que se propone como objetivo la expulsión de los mongoles. Así es como la Iglesia combina su colaboracionismo con la defensa de la idea de la identidad y unidad rusas, tanto más necesaria en aquel momento en que —estimulada por los tártaros, que practican con habilidad la política de *divide et impera*— prosigue la fragmentación de las tierras rusas: el número de principados se multiplica por dos y solo en la región noreste se cuentan dieciocho, bajo la primacía nominal y evanescente del gran príncipe de Vladimir.

Después de la muerte de Aleksandr Nevsky, y tras las habituales luchas dinásticas y la búsqueda del patrocinio mongol, el principado hegemónico de Vladimir-Suzdal entra en una fase de decadencia. Entretanto se estaban formando en el noreste de Rusia dos nuevos polos de poder que aspiran a la hegemonía y al título de gran príncipe. Los primos Mikhail Yaroslavich y Daniil

Aleksandrovich, hijo este de Nevsky, príncipes respectivamente de Tver y de Moscú, se perfilan ya en la última década del siglo XIII como los poderes en alza que durante el siglo siguiente lucharán por esa hegemonía. Ya sabemos cuál de las dos ciudades conseguirá la victoria final, pero mientras duró el enfrentamiento los recursos y las posibilidades de ambas parecían muy igualados y ninguna de las dos tenía ganada la partida de antemano. Cuando Daniil Aleksandrovich de Moscú muere en 1302, la oscura ciudad fundada por Yuri Dolgoruki un siglo y medio atrás es ya un influyente centro de poder.

LOS COMIENZOS DEL ESPLENDOR DE MOSCOVIA: IVÁN I KALITA

La primera referencia escrita de Moscú aparece en la *Primera Crónica*, donde se dice, muy de pasada, que el 4 de abril de 1147 Yuri Dolgoruki, gran príncipe de Vladimir-Suzdal, invitó a su pariente y aliado, el príncipe de Novgorod-Seversky, a celebrar un banquete «en Moscú». La fecha recibió reconocimiento oficial cuando en 1947 Stalin ordenó celebrar solemnemente el octavo centenario de la fundación de la ciudad. Se sabe también por las viejas crónicas que, poco después de aquella fecha, en 1156 el mismo Dolgoruki mandó construir las primeras fortificaciones moscovitas constituidas, como era costumbre en aquellos tiempos y en aquellas tierras, por terraplenes rodeados de zanjas y coronados por una empalizada. Aquel fue el primer *kremlin* (esto es, parte central, fortificada, de la ciudad) de Moscú, que estaba situado en una elevación del terreno entre el río Moscova y su afluente, el Neglinnaya. Además de su condición de puesto fortificado militar, Moscú se beneficia de su situación geográfica, en medio de la red fluvial del noreste ruso, y se convierte enseguida en un centro comercial y artesanal que, a finales del siglo XIII, ya rivaliza en importancia con Suzdal y Vladimir. Pero, como otras ciudades de la zona, Moscú había sufrido el asalto de los tártaros, que en el crucial invierno de 1237 la tomaron e incendiaron. La ciudad fue objeto de un nuevo saqueo por parte de los mongoles en 1293 en la llamada «campana de Dyuden», por el nombre del jefe de las tropas tártaras. A partir de entonces empieza a crecer la prosperidad económica y la relevancia política de Moscú, que da la bienvenida al siglo XIV como una de las ciudades más importantes de la zona, con una dinastía propia con una clara voluntad de desempeñar un papel decisivo en el complejo mosaico de principados rusos del noreste.

Muerto sin herederos directos el gran príncipe Yuri Daniilovich, nieto de Aleksandr Nevsky, es sucedido en el trono de Moscú por su hermano menor, Iván I, llamado *Kalita*, esto es, «escarcela», porque siempre llevaba colgada de la cintura una bolsa o monedero, unos dicen que

para dar limosna a los pobres, por su espíritu caritativo, otros que para no dejar escapar ni una moneda, por su tacañería o espíritu ahorrativo. Iván I Kalita (1325-1340) consigue hacer de Moscú el centro político y religioso de la renaciente Rusia. Iván transfiere la capitalidad del principado a Moscú y asume el título de Príncipe de Moscú y de toda Rusia, pero sigue siendo vasallo de la Horda de Oro mongola.

El metropolitano Pedro, que tenía su residencia en Vladimir, la traslada a Moscú a instancias de Iván y poco antes de morir proclama, en lo que se considera una profecía, la misión universal de Moscú y de la dinastía que la rige: «Dios te bendecirá y te colocará más alto que todos los príncipes; y extenderá la gloria de esta ciudad más que de ninguna otra; tu descendencia conservará este lugar por los siglos de los siglos y la mano del Altísimo se abatirá sobre vuestros enemigos». De este modo la Iglesia se compromete con la nueva dinastía, tomándola bajo su protección y asigna a la naciente Rusia una misión imperial. Aquí está ya prefigurada la tesis de la Tercera Roma, que, en el futuro, será uno de los conceptos básicos del imperialismo ruso. Moscú ya no es solo la capital del más importante de los principados rusos, sino el centro espiritual de toda la Tierra rusa, lo que supondrá un reforzamiento del poder de sus príncipes y confirmará la estrecha relación entre poder político y poder religioso.

¿Por qué consigue Moscú alzarse con la hegemonía? Son muchas las explicaciones que se han dado, pero ninguna de ellas es convincente por sí sola. Heller hace un análisis de los razonamientos más manejados para explicar la ascensión de Moscú. La primera explicación es la geográfica y ya hemos aludido anteriormente a ella. Según este argumento, Moscú tendría una situación ideal, en el corazón de los bosques y en la encrucijada de las vías de comunicación fluvial, lo que le habría producido innegables beneficios económicos, además de la seguridad de estar al abrigo de las incursiones enemigas. Se explicaría también así que Moscú se hubiera convertido en una tierra de refugio, con el consiguiente aumento de población. Pero no pocos historiadores estiman que otras ciudades, como Nizhni-Novgorod o Tver, disfrutaban de ventajas geográficas similares^[8]. Billington es todavía más tajante y escribe que

[...] de todas las ciudades del norte ortodoxo que sobreviven al inicial asalto mongol, Moscú debía de parecer uno de los menos probables candidatos para la futura grandeza. Era un establecimiento relativamente nuevo construido en madera a lo largo de un tributario del Volga, con unas gastadas murallas que ni siquiera eran de roble. No tenía las catedrales ni los vínculos históricos con Kiev y Bizancio de Vladimir y Suzdal; la fortaleza económica y los contactos occidentales de Novgorod y Tver ni la posición fortificada de Smolensko^[9].

Recuerda Heller que apenas fundada la ciudad se hizo popular la máxima según la cual «Moscú se construyó sobre la sangre», porque la tierra sobre la que se edificó pertenecía al boyardo Kutchka, pariente por su esposa de Andrei Bogoliubsky, quien sería el asesino de este príncipe. Heller aporta además el dato de que, muchos siglos después, el antiguo «campo de Kutchka» sería la calle de la Lubianka y la plaza Dzerzhinski, fundador este de la CHEKA o policía política soviética, antecesora del KGB, que tendría su sede en un sombrío edificio en aquella calle. Abundando en esta visión tan tenebrosa, Heller escribe que «los primeros príncipes moscovitas se conducen [respecto de los otros príncipes rusos] como lobos en un redil que

tuvieran el apoyo del pastor», esto es, del khan mongol.

También se valora como una de las razones de la ascensión de Moscú el abandono del sistema tradicional de sucesión, que había sido una de las causas más evidentes de la decadencia de la *Rus* de Kiev y del propio principado de Vladimir. Aunque no desaparece totalmente la costumbre de dividir el territorio entre los hijos, desde Iván Kalita se respeta el derecho de primogenitura, en virtud del cual el mayor de los hijos siempre se lleva la mayor y la mejor parte. El francés Anatole Leroy-Beaulieu también se inclina por la visión crítica de estos príncipes moscovitas

[...] hombres astutos, ávidos, poco caballerescos, poco escrupulosos, que preparan pacientemente la grandeza por la bajeza; príncipes por lo general de un espíritu mediocre, muy alejados de las brillantes cualidades de los príncipes de la época precedente; figuras apagadas, con poco relieve, poca personalidad, cuyos rasgos parecen confundirse en la distancia, estos Ivanes y Vasiliis del siglo XIV acumulan riquezas y amplían su patrimonio al modo de una herencia privada^[10].

El factor religioso no puede dejar de tenerse en cuenta al analizar las razones del auge de Moscú, que gracias a los metropolitans se convierte en centro religioso de un enorme país que, como señala Billington, «mucho antes de que tuviera una homogeneidad política o económica [...] tenía un vínculo religioso». En este sentido, debe señalarse que la ola de restauración monástica, que tanta importancia tuvo en la elaboración de la «ideología moscovita» y en la formación de una identidad nacional rusa que se desarrolla a mediados del siglo XIV, es estimulada por los príncipes de Moscovia y por los metropolitans. En estos monasterios se genera la idea de que Rusia tiene una misión universal y que corresponde a los príncipes de Moscovia asumir el liderazgo de la misma^[11].

Después de Iván I Kalita, que murió en 1340, reinaron dos grandes príncipes menos notorios, su hijo Simeón (1340-1353) y el hermano de este, Iván II, que murió en 1359. Le sucedió el hijo menor de este último, Dmitrii (1359-1389), que había de convertirse en uno de los príncipes más destacados de Moscovia y el primero que se opuso abiertamente al «yugo tártaro». Durante toda su minoría de edad, el notable metropolitano Aleksis dirigió la administración y se ocupó de las relaciones con los otros príncipes y con la Horda de Oro.

La hegemonía moscovita no estaba definitivamente establecida y todavía en las décadas centrales del siglo Moscú debe enfrentarse con nuevos aspirantes a la misma. Enfrentado con Mikhail de Tver, se produce la inevitable guerra en la que Moscú estuvo a punto de ser conquistada (1368). La salvan las nuevas fortificaciones de piedra. El asalto se repite dos años después, pero nuevamente fracasa. La situación de tira y afloja se prolonga hasta 1375, fecha en la que De Tver renuncia definitivamente a su pretensiones y reconoce a Dmitrii como «su hermano mayor».

LA IGLESIA, LOS MONASTERIOS Y LOS ORÍGENES DE LA IDEOLOGÍA MOSCOVITA

Nunca se insistirá bastante sobre el papel fundamental que desempeña la Iglesia ortodoxa en la construcción de la hegemonía de Moscovia y, en general, en el despliegue posterior de la historia rusa. En ese sentido, el metropolitano Aleksis es una de las figuras clave para entender este importante período de la historia moscovita que transcurre a lo largo de los dos últimos tercios del siglo XIV. Pero si Moscú tuvo que mantener una dura y prolongada lucha para que su supremacía fuera reconocida por los otros principados rusos, no fueron menores los esfuerzos para que se aceptara su preeminencia espiritual y religiosa. Bizancio-Constantinopla estaba inmersa en un proceso de franca decadencia, pero, mucho antes de que Moscú hiciera suya la pretensión de alzarse como «Tercera Roma», en los Balcanes habían surgido centros de poder con amplias ambiciones políticas y religiosas. Cuando los turcos otomanos derrotaron a los serbios y sus aliados en la batalla de Kosovo en 1389, desaparecerán estos centros de poder, pero es necesario tenerlos en cuenta porque allí se fraguan algunas ideas que después Moscú hará suyas y formarán parte de lo que podemos llamar la ideología moscovita. No podemos entrar en estas vicisitudes de carácter religioso, que, sin embargo, tienen una innegable incidencia política.

En la lucha de Moscú por la hegemonía, tan peligroso como los principados rusos, tal es el caso de Tver, era el reto que representaba una Lituania en expansión, que, de haber triunfado, podría haber cambiado el desarrollo de la historia. Como escribe Heller,

[...] entre 1360-1370, las fuerzas de los dos adversarios [Moscovia y Lituania] son aproximadamente iguales y ambas partes en presencia temen lanzarse en auténticas acciones militares, ya que cada una se siente amenazada en su retaguardia: una, por los tártaros, la otra, por los cruzados alemanes. En este contexto la Iglesia va a desempeñar un papel decisivo haciendo inclinar uno de los platos de la balanza. Algún autor ha llegado a estimar que Aleksis es para Rusia lo que Gregorio VII para la Iglesia de Roma, Solón para Atenas y Zarathustra para Persia^[12].

En la ascensión de Moscovia a la hegemonía rusa los monasterios son un factor de la máxima importancia. La figura central de la nueva oleada de monasticismo que se desarrolla durante el siglo XIV es Sergio de Radonezh, que en 1337 fundó el monasterio de la Santa Trinidad, con el fin de renovar la vida monástica, que había entrado en decadencia. Este monasterio, situado cerca de Moscú en lo que hoy es ciudad de Sergiyev Posad (Zagorsk durante la época comunista), se convirtió en el centro de recuperación económica y cultural más importante de Rusia, después del retroceso producido por la invasión de los mongoles. Allí se creó una escuela monástica en la que se formaron los misioneros que evangelizaron el norte de Rusia y de allí partió el impulso que se concretó en la creación de numerosos monasterios, más de un centenar, casi todos en zonas inhóspitas, ya que se trataba de volver al «desierto», como los primitivos eremitas. Sergio de Radonezh (san Sergio, para la Iglesia ortodoxa), además de una actividad política decisiva para consolidar las aspiraciones hegemónicas de Moscovia, enseñó a los campesinos métodos para cultivar la tierra. La actividad misionera de estos monasterios consiguió la integración de los pueblos que habitaban en los extensos territorios del este y el norte en la Rusia que se estaba

forjando. Los monasterios de Moscovia desempeñaron vitales funciones de índole militar (como el de Zagorsk, algunos eran imponentes fortalezas y lugares de refugio), social y política. También eran centros de asistencia social y sanitaria, de aprendizaje y cultura. La literatura que se produce en los monasterios o por su impulso e influencia tiene un carácter mixto religioso y político, en una imbricación de ambos planos típicamente rusa y muy difícil de encontrar en otros países. Solo la historia española muestra, en algunos momentos, rasgos similares.

En este ambiente monástico se va fraguando, a partir de la segunda mitad del siglo XIV y durante el siglo siguiente, esa ideología moscovita que está en la raíz del proyecto imperial ruso, que se desplegará en toda su amplitud en los siglos siguientes, a partir de Iván III el Grande y, sobre todo, de Iván IV el Terrible. El primer elemento de esta ideología es la unificación de todas las Tierras de Rusia, objetivo por el que, en una buena parte del siglo XIV, Moscovia compite con Lituania, que también aspira a ser el centro de un gran Estado ruso-lituano. A veces se habla de «reunificación», como si se tratara de volver a un pasado ideal de unidad rusa que, si bien existió bajo Kiev, en ocasiones incluye territorios que nunca habían sido propiamente rusos.

El aspecto mesiánico de esta ideología es el que, sobre todo en sus formas más elaboradas, presenta a la Cristiandad ortodoxa como la coronación de la historia sagrada o de la historia de la salvación de la Humanidad. Los monjes rusos, ante lo que parece la inminente caída de Constantinopla, ven a Moscú como la heredera necesaria de todo lo que representa la capital del Imperio bizantino, que si desde el siglo IV había sido considerada la Nueva Roma, desde que en el año 638 cayera Jerusalén en poder de los musulmanes, era vista también como la Nueva Jerusalén. La teología ortodoxa quiere hacer del Imperio el anticipo y la prefiguración de la agustiniana Ciudad de Dios y para eso le asignan una misión trascendente que, ante el fracaso de Constantinopla, creen que debe asumir Moscú, correspondiendo a sus príncipes la responsabilidad político-religiosa de llevarla a cabo.

Para conseguir alcanzar estos objetivos políticos (la reunificación de las Tierras de Rusia) y religiosos (la misión espiritual heredada de Constantinopla) es preciso reforzar el poder de Moscovia y de sus príncipes, una meta que el metropolitano Aleksis persigue denodadamente hasta su muerte en 1378. Esto implica la consolidación de la autocracia, como expresión de un poder absoluto, que no admite ningún contrapeso y que no se siente responsable ante ninguna instancia terrenal. Por eso se hace cada vez más insostenible el yugo tártaro y la propia Iglesia no vacila en conciliar su buenas relaciones con los mongoles, tan tolerantes desde el punto de vista religioso, con la doctrina de una especie de «liberación nacional» que expulse de la Tierra rusa al invasor infiel. Esta incipiente autocracia también supone erradicar cualquier atisbo de estructuras o instituciones capaces de resistir o controlar al gran príncipe.

LA VICTORIA DE DMITRII DONSKOY SOBRE LOS TÁRTAROS

Durante estos últimos años de la década de los setenta del siglo XIV, los enfrentamientos de los rusos con los tártaros son constantes y se multiplican los encuentros en los que los moscovitas unas veces vencen y otras son vencidos. Como señala Heller, todo eso les da a los militares moscovitas una gran experiencia en el arte de hacer la guerra contra los tártaros. La lucha contra los mongoles llega a su momento culminante en 1380, cuando el khan Mamai forma una gran coalición para dirigirse contra Moscovia, de la que forman parte el nuevo gran duque de Lituania, Jagelón o Jagielo, algunos príncipes rusos que prefieren la tutela tártara a la de Moscovia, como el de Riazan, y contingentes genoveses de las colonias de esta ciudad italiana en el mar Negro. Por el contrario, del lado de Dmitrii se sitúan dos príncipes lituanos enemigos de su medio hermano Jagelón, así como otros príncipes rusos. La batalla tiene lugar el 8 de septiembre de 1380, en Kulikovo, cerca del Don, en la desembocadura del río Nepriavda y las tropas moscovitas, que antes de la batalla son bendecidas por Sergio de Radonezh, logran una aplastante victoria sobre los mongoles, antes de que los lituanos de Jagelón logren unirse al grueso del ejército. La victoria le valió a Dmitrii el apelativo de Donskoy (el del Don), con el que es conocido, pero no fue una victoria definitiva, como muestra el hecho de que, solo dos años después, en 1382 los tártaros de Tokhtamysh, el nuevo khan de Sarai, saquearon Moscú. No obstante, los efectos psicológicos del triunfo militar fueron decisivos, ya que el príncipe de Moscovia había pasado de ser un súbdito a un rival poderoso del khan tártaro. La batalla de Kulikovo es considerada un excepcional hito histórico que reveló la existencia de una incipiente conciencia nacional, fuertemente teñida de sentimiento religioso. Un punto de inflexión en la historia de Rusia y una confirmación del papel hegemónico de Moscovia. Los grandes príncipes de Moscovia logran establecer su indiscutible derecho al título de grandes príncipes de Vladimir y su condición de primeros protectores de la Iglesia ortodoxa de Rusia. La solidez del principado ruso con capitalidad en Moscú parece asegurada entonces, aunque, por el momento, su autoridad es puramente moral.

Diversos historiadores subrayan que la antigua etnia rusa aparece dividida desde el siglo XIV en tres grupos distintos, cuyo particularismo cultural y lingüístico será cada vez más patente. Al norte, de Novgorod al Ural, están los «Grandes Rusos», que son el grupo dominante, que acaba asimilándose a «Rusos», sin más, y que son el producto de la mezcla de los rusos con otros grupos étnicos, sobre todo fineses. Frente a la noción de Gran Rusia (*Velikaia Rus*) y por oposición a ella, el clero griego de Constantinopla —como consecuencia de la división de la Iglesia rusa en dos metrópolis, la de Kiev, trasladada a Vladimir, y la de Galitch— introduce la noción de Pequeña Rusia (*Malaia Rus*), que muy pronto comenzará a llamarse Ucrania (*Ukrajina*, tierra de frontera). Es esa la tierra que gobernaron directamente los mongoles y que después se disputaron polacos y lituanos. También por entonces aparece la noción de Rusia Blanca (*Bielaiia Rus*), que designa las tierras situadas al oeste, cuyos habitantes los Rusos blancos o Bielorrusos, convertidos en súbditos lituanos, ocupan las regiones del Pripet y la cuenca del Dvina occidental. Poco a poco, cada uno de estos pueblos, procedentes de un núcleo común, desarrollará su particularismo nacional y

religioso, afirmando así su propia identidad. Tres Rusias que los azares históricos han unido o separado, pero con una raíz común en Kiev, la primera de las Rusias.

Dmitrii Donskoy murió en 1389, el mismo año en que el mundo ortodoxo tuvo que lamentar la derrota de Lázaro de Serbia y otros príncipes de los Balcanes ante el sultán otomano Murad, en la batalla de Kosovo. Con los mongoles ya islamizados imponiendo su ley en las Tierras rusas y los turcos otomanos apoderándose sin pausa de territorios del Imperio bizantino y de los principados balcánicos, las cristiandades —tanto la ortodoxa como la católica— comenzaron a experimentar la angustia del acoso musulmán, que ya no cedería hasta Lepanto y el sitio de Viena.

Dmitrii dejó la mayor y mejor parte de su herencia a su hijo Vasili I, que aquel mismo año recibiría el *yarlik* de gran príncipe de Moscovia, no sin antes entregar al khan una enorme suma en oro y plata. Vasili intenta proseguir así la política de expansión territorial iniciada por sus antecesores en el trono moscovita, pero no tendrá mucha fortuna. El nuevo gran príncipe llevó sus miras expansionistas a las lejanas tierras del Dvina del norte, que se revolvían contra su teórico soberano, la poderosa ciudad de Novgorod. Pero Vasili fracasó en sus intentos de conservar esos territorios y hasta perdió algunas partes del principado de Nizhni-Novgorod. Tampoco tuvo éxito en su política respecto de los otros principados rusos, que ganaron amplios márgenes de independencia. La gran política moscovita sufría así un claro retroceso que, con toda seguridad, confirmó los puntos de vista de quienes no veían a Moscú liderando el proceso de unificación de las Tierras rusas.

En 1395 Moscú se enfrentó a la amenaza del poderoso y destructivo Tamerlán, que, en guerra con el khan de Sarai, Tokhtamysh, se propuso devastar sus territorios vasallos. Mientras Vasili hacía los preparativos militares y los moscovitas se disponían a otro nuevo asedio, el metropolitano Cipriano decidió trasladar a Moscú el icono más famoso y reverenciado de Rusia, la *Madre de Dios* de Vladimir, también llamada *Nuestra Señora de Kazan*, a la que se atribuían poderes milagrosos. Se trata de un bello icono del siglo XII, procedente de Constantinopla y trasladado a Kiev y, más tarde, a Vladimir. Inesperadamente, Tamerlán dio media vuelta y abandonó el territorio ruso, según algún cronista porque tuvo una visión en la que la Virgen, al frente de un ejército celestial, defendía Moscú mientras le pedía que se retirase. En la opinión de los historiadores modernos, Tamerlán, consciente de que había ya destruido la resistencia de Tokhtamysh, comprendió que no valía la pena gastar esfuerzos en unos territorios que nunca habían entrado en sus planes de conquista.

LA CONSOLIDACIÓN DEL PODER DE MOSCOVIA

Derrotado y exiliado Tokhtamysh, la Horda de Oro entró en un período de imparable decadencia que, ya en el siglo xv, desembocaría en su fragmentación, apareciendo sobre sus ruinas los nuevos khanatos de Kazan y Crimea. Para Rusia, el peligro lituano cobró una nueva dimensión después de que, en 1410, una coalición polaco-lituana a la que se sumaron algunos príncipes rusos derrotara a los Caballeros de la Orden Teutónica en la batalla de Grunwald, que los alemanes denominan Tannenberg. Aquella batalla, que detuvo definitivamente el avance alemán hacia el este, se convirtió en el símbolo del enfrentamiento entre eslavos y alemanes y, como señala Heller, «para estos últimos la derrota es una mancha negra en su historia, una vergüenza que no será lavada, en su espíritu, hasta agosto de 1914, cuando el ejército ruso sea derrotado en Prusia oriental, en la batalla de Tannenberg». Witowt, el gran duque de Lituania salió, indudablemente, muy reforzado de aquel victorioso encuentro con los occidentales, pero Moscovia se alarma, hasta el punto de que, después de quince años de no pagar el tributo a los tártaros, reanuda la ominosa obligación y Vasili I viaja de nuevo a Sarai cargado de presentes para el khan. El peligro polaco-lituano se incrementa aún más cuando en 1413 una dieta conjunta de ambas naciones aprueba un nuevo tratado de unión que refuerza los vínculos entre ambos, pero dando una neta primacía a Polonia. Muerto Vasili I en 1425, le sucede su hijo Vasili II, que pasa su reinado empeñado en luchas sucesorias.

Por aquellas mismas fechas se planteó un problema religioso en relación con la vieja aspiración católico-romana de la unión de las Iglesias, que habría de tener amplias repercusiones en la vida política de Moscovia. La sede metropolitana de Moscú había quedado vacante desde la muerte de Photius, y era preciso que el patriarca de Constantinopla nombrara un sucesor. Tras diversas vicisitudes, con el problema del Cisma al fondo, en 1448, un concilio de obispos rusos eligió a Jonás, el obispo de Riazan, para la vacante sede metropolitana. El hecho tuvo una gran importancia, ya que a partir de entonces la Iglesia rusa no solo se convierte en Iglesia nacional, sino también en autocéfala, esto es, independiente de Bizancio. Con este acontecimiento Moscú acrecienta su prestigio y consolida su posición de capital religiosa de todas las Rusias, lo que potencia las aspiraciones de sus grandes príncipes a rematar su misión de grandes federadores del fragmentado mundo ruso, compuesto todavía de tantos principados con diversos grados de independencia.

El orden de sucesión basado en la primogenitura recibe una nueva confirmación cuando Vasili II —cuyo reinado había estado tan convulsionado por las cuestiones sucesorias— designa en 1448 a su hijo Iván —el futuro Iván III— como heredero y le asocia a la gobernación, según una práctica habitual en el mundo bizantino. El hecho de que este paso lo diese Vasili unilateralmente, sin contar con la decadente Horda de Oro, demuestra hasta qué punto la situación se había transformado en beneficio de los príncipes de Moscovia. Una muestra de esta nueva situación es que Vasili empieza a usar la denominación de *gosudar*, que puede ser una versión directa del griego *despotes* y que implica una condición de señorío indiscutible, dotado de «soberanía», en el sentido en que esta última palabra será más tarde utilizada en Occidente. Ya muy al final de su reinado, los escritores eclesiásticos califican al gran príncipe como *zar* y *samoderzhets* (autócrata), en un proceso de ensalzamiento que ya no se detendrá. Vasili II

reafirmó también el control sobre las ciudades y principados menos dispuestos al sometimiento a Moscú, como Novgorod, Viatka, Pskov y Riazan. Hasta Tver, uno de los más acérrimos rivales de Moscú, se aproximó a Moscú en los últimos años de Vasilií II.

Iván III, cuyo reinado (1462-1505) ocupa el último tercio del siglo xv y el primer tercio del xvi, ha pasado a la historia con el sobrenombre de *el Grande* porque con él los objetivos seculares de Moscovia —la expansión territorial, el reforzamiento de su poder y la aceptación de su hegemonía por el resto de los príncipes rusos— alcanzan un punto culminante. Durante los reinados de Iván III el Grande y de su hijo Vasilií III, Moscovia culminará el proceso de expansión territorial y de consolidación de la autocracia. Los historiadores suelen tratar como una unidad ambos reinados, que abarcan el período que va de 1462 a 1533, porque su acción política, tanto interior como exterior, sigue las mismas líneas de fuerza, hasta el punto de que las del segundo se pueden considerar una continuación de las del primero. Fennell, biógrafo de Iván III, escribe que «su objetivo era la unión de todas las Rusias —la Grande, la Pequeña y la Blanca— bajo el liderazgo independiente del gran príncipe de Moscú, y la creación de un Estado centralizado»^[13]. Vasilií III persiguió los mismos objetivos, utilizando los mismos métodos, esto es, las presiones sobre los nobles rusos en territorio lituano, los otros príncipes y el gran duque lituano; las alianzas matrimoniales; la diplomacia con los países occidentales, incluidos el Sacro Imperio de los Habsburgo y los khanatos tártaros (diplomacias todas ellas que obedecen a distintos usos y convenciones) y la acción militar, cuando los anteriores métodos no daban resultado. Esta política, proseguida sistemáticamente durante más de setenta años, produce unos espléndidos resultados, ya que al final del período el territorio del principado de Moscovia se ha más que triplicado, hasta alcanzar una extensión aproximada de unos 3.000.000 de kilómetros cuadrados, una inmensidad si se la compara con los reinos de Europa occidental. El designio político al que obedece esta política estaba muy claro en la mente de estos grandes príncipes moscovitas, hasta el punto de que Iván III manifestará abiertamente que «desde los tiempos de nuestros antepasados, la totalidad de la tierra rusa ha sido nuestro patrimonio».

Con la anexión en 1478 de Novgorod, la Moscovia de Iván III lleva su territorio hasta el océano Glacial Ártico y los Urales y aporta una plataforma para la futura expansión a Siberia y el Pacífico, pero, desde otro punto de vista, contribuye al debilitamiento de las relaciones con Occidente, que Novgorod había mantenido secularmente. No solo Lituania había sido desde mucho tiempo atrás socio comercial de Novgorod, sino también las ciudades hanseáticas alemanas. Quizá lo más importante es que con la caída de esta peculiar ciudad-estado desaparece el único atisbo de democracia que ha existido en Rusia. Como escribe Heller, «un sistema, extraño a la concepción moscovita de poder absoluto, quedaba liquidado»^[14]. La política represiva y confiscatoria de Iván en relación con Novgorod continuó durante los últimos años del siglo xv y supuso un revolucionario cambio de propiedades e importantes movimientos de población. Debe subrayarse la peculiaridad de los sistemas rusos de propiedad, tan alejados de los occidentales, no solo en aquellos tiempos, sino después, mucho más recientemente. Esta inexistencia en Rusia de un sistema de propiedad privada similar al que, procedente del Derecho Romano, es propio de los

países occidentales explica, en muy buena medida, las dificultades que ha encontrado la Rusia poscomunista para establecer una economía de mercado. A esto añadimos la existencia de comunidades rurales, esto es, de unidades corporativas que regulaban el aprovechamiento colectivo de los pastos, de los bosques, de los ríos, y, en parte también, de los cortes de las hierbas.

Conquistadas Tver, Pskov y Riazan, Moscovia ve asegurada su hegemonía. Según concluye Robert O. Crummey, «Moscú regía ahora todas las tierras del norte y del este de Rusia que durante un tiempo habían sido independientes. En el proceso de expansión, Iván III y Vasili III transformaron Moscovia de un ambicioso principado en una nación-estado de enorme dimensión»^[15].

El khanato de Crimea, que además de esta península comprendía los territorios limitados por los cursos inferiores del Don, al este, y del Dniéper, al oeste, es, durante el reinado de Iván III, un aliado de Moscú. Su khan, Mengli-Girey, dispone del apoyo de Moscú en sus luchas contra otros jefes tártaros, especialmente con lo poco que queda de la Horda de Oro. Pero los moscovitas siempre tuvieron la conciencia de que en su frontera sur persistía un peligro potencial. Muy diferente es el problema del khanato de Kazan, sumido en luchas intestinas sucesorias, en las que se injieren tanto Moscú como Crimea. Las relaciones entre Moscú y Kazan mejoraron, a pesar de lo cual no desaparecieron los choques armados en torno a Nizhni-Novgorod. Algo parecido ocurre con las relaciones con Lituania, que estuvieron marcadas por el signo de la confrontación, con el añadido de las diferencias religiosas entre los católicos lituanos y los ortodoxos rusos. Una primera guerra lituana de Iván III terminó con un tratado firmado en 1494 que reconoció el derecho de Moscovia a conservar las tierras conquistadas, así como las de los nobles que habían desertado. El gran duque de Lituania reconocía además al gran príncipe de Moscovia el título de soberano de toda la Rusia (*gosudar vseia Rusi*), que venía a significar el derecho moscovita a regir todas las tierras rusas, se supone que también las que todavía estaban en territorio lituano. Otras guerras se suceden hasta que una nueva tregua acordada en 1522 establece la frontera ruso-lituana para el resto del siglo. La importante plaza de Smolensko ya formaba parte de Moscovia.

CULMINACIÓN DE LA IDEOLOGÍA MOSCOVITA: LA TERCERA ROMA

Como acertadamente señala Goehrke —en contra de la historiografía marxista, oficial en la

época soviética—, en el proceso de consolidación del principado moscovita, ya desde el segundo cuarto del siglo xv, «los aspectos ideológicos, políticos y religiosos desempeñaron un papel por lo menos tan importante como los intereses económicos»^[16]. En este sentido la afirmación de la autocracia se produce consistentemente a lo largo de los reinados de Iván III y Vasilií III. Ya Vasilií II había hecho acuñar monedas con la expresión de soberano (*gosudar*) de todo el territorio de Rusia, simplificado después por soberano de toda Rusia. En este proceso de consolidación del poder autocrático de los grandes príncipes —que no tardarán en convertirse en zares— es esencial el papel desempeñado por la Iglesia ortodoxa, que contribuye decisivamente a fortalecer el poder del gran príncipe, a la larga en perjuicio propio. Así, cuando el sínodo ruso de 1459 elige a un metropolitano, por primera vez sin la aprobación del patriarca de Constantinopla, se establece que bastaba la aprobación del gran príncipe, lo que supone reconocerle algo más que un protectorado sobre la Iglesia.

A partir de ahí se configura una especie de «cesaropapismo» en virtud del cual el soberano llega a asumir algunas funciones espirituales propias de la autoridad eclesiástica. En cualquier caso, en Oriente la idea de dos poderes —*sacerdotium* e *imperium*— totalmente separados no madura nunca plenamente, a diferencia de lo que ocurre en Occidente. Estas diferencias en cuanto al sistema de relaciones entre la Iglesia y el Estado quizá expliquen, más de lo que pudiera parecer a simple vista, las peculiaridades de Rusia respecto al mundo occidental. La insuficiente autonomía espiritual de la Iglesia ortodoxa rusa explicaría así la peculiar evolución de Rusia y la tardía recepción en aquellas tierras de la idea de los derechos humanos y de las libertades. La aplicación de todas estas ideas al gran principado de Moscovia explica la tendencia de los metropolitanos rusos a fortalecer la autoridad del gran príncipe, en el entendimiento de que eso es conveniente para la protección de la Iglesia y por exigencias de la propia tradición ortodoxa. La conclusión es que la Iglesia se convierte en un firme apoyo de la dinastía y en un instrumento de sus planes políticos.

Estas ideas se concretarán, de una manera más articulada, en el concepto de la «Tercera Roma» que surge durante el reinado de Iván III, aunque la primera constancia escrita es de 1511, fecha de la famosa carta-profecía del monje Filoteus, del monasterio Eleazer de Pskov, dirigida al gran príncipe Vasilií Ivanovich, hijo de Iván y de la princesa bizantina —dato importante— Sofía Paleólogo. Se describe en la epístola el destino fatal de las dos precedentes Romas y se le asigna una misión a la Tercera y definitiva, esto es, Moscú:

La Iglesia de la antigua Roma cayó a causa de la herejía apolinaria como la segunda Roma —la Iglesia de Constantinopla— ha sido tajada por el hacha de los agarenos. Pero esta tercera nueva Roma, la Iglesia Universal Apostólica, bajo tu poderosa autoridad, irradia la fe ortodoxa cristiana hasta los confines de la tierra, más brillantemente que el sol [...]. En todo el universo tú eres el único zar de los cristianos [...] escúchame, oh piadoso zar, todos los reinos cristianos han convergido en el tuyo solo. Dos Romas han caído, la tercera es sólida y no habrá una cuarta.

Es un hecho comprobado, además, que la «profecía» de Filoteus conoció en Rusia una amplia difusión y que, hasta el reinado de Pedro el Grande, formó parte, palabra por palabra, del rito de coronación de los zares.

Relacionado con esta pretendida herencia bizantina está el creciente uso del título de zar, palabra que deriva del latín *caesar*^[17], que en los textos medievales rusos se reservaba para los emperadores bizantinos y para los khanes de la Horda de Oro. Usos ocasionales anteriores aparte, es con Iván III con quien se inicia el uso sistemático, si bien cauteloso y prudente, del título de zar en los documentos oficiales y, lo que es aún más importante y significativo, en sus negociaciones con los Habsburgo. Estas negociaciones son el fruto del viaje de un caballero alemán, Nicolás Poppel, que, en 1487, a su vuelta de Moscovia, informa al emperador Federico III del creciente poderío de aquel nuevo Estado, que acababa de sacudirse el yugo tártaro y que se había enfrentado con éxito con los lituano-polacos. Federico III, aplicando el viejo principio de que «los vecinos de mis enemigos son mis amigos», cree que Iván III puede ser un buen aliado contra la Polonia de los Jagelones y vuelve a enviar a Poppel en calidad de embajador imperial, con la oferta de casar a su sobrino, el margrave Alberto, con la hija del gran príncipe ruso, al tiempo que le ofrecía el título de rey. La respuesta de este no puede ser más significativa: Los soberanos moscovitas, «nombrados por Dios [...] no han recibido jamás la investidura de nadie, ni tampoco la quieren ahora». En el contexto de estas negociaciones Iván insiste en darse a sí mismo el título de zar, pretensión a la que se resiste el emperador habsburgo. Por fin en 1512, y dentro del tratado firmado entre el ya emperador Maximiliano I y Vasili III, este recibe el título de zar y el reconocimiento de igualdad que implica. En la década de los noventa del siglo xv, Iván empieza a utilizar también el águila de dos cabezas, como símbolo de soberanía e igualdad con los emperadores. En contra de la tesis tradicional, que veía en el águila bicéfala un emblema bizantino, un trabajo, ya clásico, de Gustave Alef de 1966 ha demostrado que este símbolo se adopta en imitación del escudo de armas de los Habsburgo, aunque, por ser Moscovia un Estado oriental ortodoxo, se copia un diseño bizantino.

En el mesianismo de la ideología de la Tercera Roma hay también un fuerte componente milenarista derivado del hecho de que el viejo calendario ortodoxo llegaba solo hasta el año 1492, fecha en la que se cumplían los 7000 años desde la creación del mundo, que, según el mismo calendario, habría tenido lugar en el año 5508 a. C. Esto dio origen a la creencia de que se acercaba «el fin de la historia» (quinientos años antes que Fukuyama), cuando no el fin del mundo. Para Philoteus, «el “zarato” ruso es el último reino terrenal, que será seguido por el eterno reino de Cristo», aunque en plena psicosis escatológica otro monje de Pskov verá en el zar conquistador un heraldo del Anticristo.

Por cierto que, en este contexto, despertó un enorme interés la figura del mallorquín Raimundo Lulio y sus pretensiones de encontrar una «ciencia universal», hasta el punto de que su obra *Ars Magna, Generalis et Ultima* fue traducida al ruso. No fue esta la única influencia mallorquina y del propio Lulio en la Moscovia de esta época, ya que, por sorprendente que pueda parecer, según la tesis de G. Uspensky, en una obra publicada en Kharkov en 1818, la destilación del vodka se perfeccionó en Mallorca y fue transmitida a los genoveses por el propio Raimundo Lulio, de forma que este conocimiento llegó a Rusia a finales del siglo xiv o principios del xv, vía las colonias genovesas de Crimea. Desde nuestra perspectiva de finales del siglo xx resulta curioso

señalar que fueron los médicos los principales introductores del vodka en Rusia y que esta bebida era popularmente considerada una especie de elixir de vida dotado de ocultas cualidades curativas. Se explica quizá así la rápida difusión del consumo de vodka entre todas las clases sociales, hasta llegar a ser uno de los más graves problemas que siguen afectando a la sociedad rusa^[18].

En este ambiente semiapocalíptico surgió una herejía, la de los «judaizantes», que arraigó sobre todo en Novgorod procedente de Occidente, de carácter nítidamente cristiano, a pesar de su nombre. Extendida hasta Moscú y bien acogida por las clases dirigentes, el arzobispo de Novgorod, Gennadius, inicia la lucha contra esta herejía. Vale la pena destacar que, informado por un fraile dominico que vivía en Novgorod de los objetivos y métodos de la Inquisición, que acababa de ser instaurada en Castilla por los Reyes Católicos, Gennadius organiza incluso una especie de auto de fe.

Durante los reinados de Iván III y Vasilií III, Moscovia se configura como una potencia, la más importante de la zona y se diseñan, con trazos ya muy señalados, algunas de las constantes estratégicas de la política exterior rusa. En suma, Moscovia empieza a contar en el escenario político internacional, aunque, como escribe Heller, «a principios del siglo xv, Moscú conoce al mundo incomparablemente mejor de lo que el mundo conoce a Moscú». Empiezan a existir, no obstante, relatos de viajeros occidentales que narran aspectos de la vida moscovita. El más importante de estos relatos es el *Rerum Moscovitarum Comentarium*, del diplomático alemán Segismund de Herberstein, que viaja a Moscú dos veces, en 1517 y 1526, durante el reinado de Vasilií III, como embajador del emperador Maximiliano I. Herberstein se queda impresionado por el poder de que dispone el soberano de Moscú, lo que le lleva a escribir: «Por el poder que ejerce sobre sus súbditos supera fácilmente a todos los monarcas del mundo [...] Su poder se aplica tanto al clero como a los laicos y dispone a su gusto y sin el menor obstáculo de la vida y de los bienes de todos».

El recelo ante esta gran potencia que está surgiendo en los confines orientales de Europa alimenta, ya desde entonces, una cierta *rusofobia*, que también va a ser una constante en la historia europea. Así, en el contexto de la guerra contra Lituania y después de que las tropas rusas fueran derrotadas en la batalla de Orcha (1514), el emperador Maximiliano I se dirige al gran maestro de la Orden Teutónica (1518) para pedirle que no apoye a Moscú en sus guerras de conquista y le escribe: «La integridad de Lituania [...] es provechosa para el conjunto de Europa; la potencia de Moscovia es peligrosa». Por cierto que los historiadores bielorrusos actuales consideran esa batalla de Orcha la revelación de un cierto «Estado bielorruso-lituano», que sería un antecedente de la Belarús-Bielorrusia nacida tras la desintegración de la Unión Soviética.

LOS COMIENZOS DEL GRAN IMPERIALISMO RUSO: IVÁN IV EL TERRIBLE

FORMACIÓN Y CARÁCTER DE IVÁN VASILIEVICH. LA REGENCIA

Con Iván IV, que había de llegar a ser conocido como *el Terrible (Grozny)*, la hegemonía de Moscovia y su conversión en una potencia imperial alcanzan su punto culminante. Dice Carrère d'Encausse en su bello libro *Le malheur russe*, que «el reinado de Iván IV, que abarca medio siglo (1533-1584), fue el más largo y el más decisivo de toda la historia de Rusia»¹. En efecto, Iván IV, sobre todo en la primera parte de su reinado, lleva a cabo la tarea de sentar las bases de un Estado moderno, similar desde muchos puntos de vista a los creados poco antes por los monarcas europeos occidentales, aunque no se desarrollará plenamente hasta el siglo siguiente. Al mismo tiempo, se inicia la expansión imperial de Rusia a gran escala y desbordando los límites tradicionales de la Tierra rusa. Desgraciadamente, a la historia y al anecdotario han pasado, casi exclusivamente, la crueldad y los excesos que caracterizaron la segunda parte de su reinado y que justifican largamente el apelativo con el que es conocido. También es habitual encontrar en Iván IV, más o menos razonablemente, algunas de las famosas constantes de la historia rusa, hasta el punto de que se ha llegado a ver en él una anticipación del terror staliniano. Se sabe, en efecto, que, en busca de modelos y precedentes históricos, el brutal dictador del siglo xx prefirió al zar del xvi, al que solo reprochaba su religiosidad, a otras figuras como Pedro I o Catalina II, demasiado preocupadas por una occidentalización que, por razones obvias, no suscitaba sus simpatías.

La personalidad de Iván IV es uno de los temas más apasionantes y, a la vez, más enigmáticos de la historia rusa porque, más que en ningún otro monarca, el sentido y significado de su reinado —que empieza con una enorme brillantez y un gran despliegue de poderío y termina dejando a Rusia en la ruina y la confusión— no puede establecerse convincentemente si no se intenta encontrar algunas claves en su compleja psicología. Los historiadores han recurrido con frecuencia a la psiquiatría para intentar explicar una biografía shakespeariana en la que no es difícil encontrar rasgos patológicos propios de un esquizofrénico o de un enfermo de manía persecutoria, porque casi todo en la dramática trayectoria vital de Iván IV le aleja de la normalidad. Para Edward L. Kennan, Iván era un enfermo crónico e inválido, incapacitado por las

drogas y el alcohol que consumía para aliviar sus dolores. Pero la polémica sobre este atormentado zar, seguramente el más famoso, junto con Pedro el Grande, de los monarcas rusos está muy lejos de haber sido resuelta, y mientras algunos han visto en él un príncipe del Renacimiento o le han comparado con Enrique VIII de Inglaterra o con Felipe II de España, otros le niegan cualquier grandeza, estiman que lo positivo que se hizo durante su reinado fue obra de sus regentes, consejeros y colaboradores, y le consideran casi un analfabeto. En esta línea, muchos niegan, como hace el propio Kennan, que Iván fuera el autor de las sugestivas cartas que intercambió con el príncipe Kurbskii, un noble moscovita que pasó de hombre de confianza del zar a desertor exiliado en Lituania, textos que la mayor parte de los historiadores consideran esenciales para comprender a Iván y su reinado².

Cuando Vasili III muere en 1533, Moscovia es ya la gran potencia de la zona, más temida que admirada por su demostrada capacidad expansiva y porque sus objetivos a corto y largo plazo — los khanatos tártaros y la salida al Báltico— todos sus vecinos conocen o adivinan. Pero las perspectivas inmediatas no podían ser más complicadas, ya que, a la muerte de su padre, Iván tenía solo tres años, lo que condenaba a Moscovia a un largo período de regencia, con todas las incertidumbres que aquello implicaba. Las luchas dinásticas entre los miembros de la familia del gran príncipe parecían haber quedado atrás, pero los príncipes patrimoniales, que habían perdido sus *udieles* o territorios y formaban parte de la corte moscovita, no habían olvidado sus ambiciones ni su capacidad para la intriga, las cuales tendrían ocasión de desplegar a cabo de forma extensa durante la larga minoría de edad del pequeño gran príncipe. Las reglas sucesorias según las cuales la corona pasaba del padre al primogénito, y si este faltaba, a los otros hijos, estaban sólidamente establecidas y reconocidas, pero no tanto como para que los viejos usos estuvieran totalmente olvidados.

Iván había nacido el 25 de agosto de 1530, después de que su padre, el gran príncipe Vasili III, repudiara a su esposa Salomé, de la que estaba muy enamorado pero que no había podido darle descendencia. La elegida como nueva esposa del gran príncipe fue Elena Glinskaia, hija de un tráfuga lituano católico, lo que no dejó de producir descontento entre los boyardos. Escribe Henri Troyat que

[...] Elena era hermosa, inteligente, apasionada. Había sido educada «a la alemana» y descollaba por su cultura y su libertad de costumbres sobre las doncellas rusas de la época, ancladas en la ignorancia, la mojigatería, las supersticiones y las modestas virtudes caseras. El soberano estaba tan enamorado de ella que para quitarse años se afeitó la barba, lo cual, para los hombres piadosos de su tiempo, rayaba en el sacrilegio³.

Tres años después, en diciembre de 1533, Vasili III murió dejando Moscovia ante la incertidumbre de una larga regencia, hasta que Iván alcanzara la mayoría de edad.

Vasili III había nombrado regente del joven Iván IV a su viuda, la ambiciosa Elena Glinskaia, asistida por un consejo de siete tutores, la *semiboïarchina* o regencia de los siete boyardos, entre los que destaca Mikhail Glinskii, tío de Elena, a quien Vasili había encomendado tanto a su mujer como a su hijo. En el consejo figuraban, además de los hermanos del fallecido Vasili, Yuri de Dimitrov y Andrei de Staritsa, los representantes de las familias boyardas más distinguidas, como

los Shuiskii, los Bielskii, los Obolenskii, Vorontzov, Zakharin y Morozov. Todos ellos aspiraban a aprovechar la larga regencia para recuperar los abusivos poderes que, en buena medida, habían perdido bajo el reinado de Vasilií III. Muy pronto quedaron excluidos del consejo los dos tíos del nuevo gran príncipe, los únicos que, según las viejas reglas sucesorias, podrían aspirar al trono. Como ya hemos avanzado, Elena no respondía, en absoluto, a la imagen de la mujer rusa de aquel momento, encerrada en el *terem* —zona del palacio reservada para ellas— y totalmente alejada de los asuntos públicos. Culta y enérgica, era evidente que no se resignaría al papel de figurante, sino que estaba decidida a ejercer en plenitud sus funciones de regente. Carrère d'Encausse —que, en nuestra opinión, hace la interpretación más coherente y aceptable del reinado de Iván el Terrible— la describe así: «Esta mujer, que por su educación parecía más próxima de las costumbres refinadas del Renacimiento europeo que de sus compatriotas, no duda en recurrir a los medios más crueles que se usaban en Rusia para eliminar a sus enemigos»⁴. Su primera víctima fue Yuri de Dimitrov, que ya había sido condenado al celibato por su hermano Vasilií III, con el propósito de evitar futuros pretendientes que pudieran rivalizar con su propia descendencia. Acusado de haber buscado apoyo entre algunos boyardos para disputarle el trono a su sobrino, Yuri fue encarcelado y murió al cabo de dos años sin haber recobrado la libertad. A continuación Elena eliminó a su propio tío Mikhail, que aspiraba a convertirse en el verdadero regente, sin haber medido la voluntad de poder de su sobrina, dispuesta a todo para que nadie le hiciese sombra. A Mikhail se le sacaron los ojos y fue encerrado en un monasterio, donde no tardó mucho en morir. Después llegó el turno de Andrei de Staritsa, el único hermano superviviente de Vasilií III, que, temiendo por su vida, pensó en la rebelión como única salida.

La inquietud de los boyardos ante el expeditivo modo de gobernar de Elena, por llamarlo de alguna manera, había ido en aumento, a pesar de que, tanto en la gestión administrativa como en la acción militar, los cinco años de regencia de Elena Glinskaia presentan un balance positivo. Los ejércitos moscovitas derrotaron en varias ocasiones a los tártaros de los khanatos independientes y a las tropas lituanas que pretendían ayudar a los boyardos contrarios a Elena. Pero estos no necesitaron de ninguna ayuda exterior para desembarazarse de la cruel regente, que en 1538 murió entre atroces dolores, seguramente por efecto del veneno, tradicional modo de eliminación política, tanto en Rusia como en la Europa renacentista. Desaparecida Elena, la lucha por el poder y las intrigas palaciegas no solo no desaparecieron, sino que se incrementaron con el consiguiente efecto negativo sobre la acción política, que se deslizó hacia la inoperancia. Los Glinskiis, que sin Mikhail pero amparados por Elena habían desempeñado un papel preponderante durante la regencia, perdieron temporalmente el poder desplazados por los Shuiskiis, uno de los cuales, Vasilií, que se decía descendiente, como el propio Iván, de Aleksandr Nevsky, aspiraba al trono al que decía tener más derechos que el joven gran príncipe.

En este ambiente de intrigas y rivalidades, perdido el apoyo de su madre, un joven Iván de ocho años va desarrollando una personalidad retorcida y atormentada, que seguramente explica muchos de sus excesos futuros. Utilizado por todos, nadie parece tomarle verdaderamente en serio. Cuando se celebra en la corte alguna ceremonia importante, como la recepción de algún embajador, se le reviste de todas las galas y se le sienta en el trono, pero terminada la recepción

«es de nuevo relegado a su miseria moral y material»⁵. No puede extrañar que en aquel pobre niño creciera un enorme resentimiento contra aquellos orgullosos boyardos e incluso una instintiva proclividad a la venganza que se manifestará en la crueldad desatada con que trata a los animales. En la primera de las cartas que escribiría más tarde al príncipe Kurbskii, Iván relata la situación a la que se habían visto sometidos tanto él como su hermano menor Yuri. Enfrascados en sus peleas intestinas por el poder, los boyardos no prestaban la menor atención a aquellos dos pobres niños que vivían presas del terror. Un terror que, como oscura venganza, Iván proyectaría después contra los odiados boyardos y contra la población en general.

Un acontecimiento que tiene lugar en 1543, cuando Iván tiene trece años, deja entrever al futuro zar *Terrible*. Convocó a los boyardos inesperadamente y anunció su propósito de castigar al más importante de todos ellos, para que sirviera de ejemplo a todos los demás. El elegido para ese papel de víctima ejemplar fue Andrei Shuiskii, verdadero jefe del gobierno en aquel momento, que en el acto fue detenido por su guardia personal y arrojado a los perros de caza, que lo destrozaron a dentelladas. Carrère d'Encausse califica como «golpe de Estado» este acto que, en cualquier caso, es una brutal advertencia para los díscolos boyardos y una ilustración anticipada de la concepción absoluta del poder que Iván aplicará durante su reinado. Pero este incidente fue, hasta el momento, un hecho aislado: faltaba todavía mucho para que Iván ejerciera directamente el poder. Tras aquel arranque de autoridad, los boyardos continuaron destrozándose entre ellos mientras Iván, sumido en el miedo y la impotencia, rumiaba su venganza. Tenía solo dieciséis años cuando estando con el ejército en Kolomna e imaginándose víctima de una conspiración, mandó traer ante sí a los supuestos organizadores, Iván Kubenskii y los hermanos Vorontzov. Sin más dilación Iván ordenó que les cortara la cabeza delante de los demás boyardos. Troyat comenta que «en el rostro de Iván no se estremeció ni un solo músculo».

COMIENZO EFECTIVO DEL REINADO. PRIMERAS REFORMAS

Un año después de esta nueva demostración de autoridad y crueldad, en 1547, Iván asumió personalmente el poder y se hizo coronar por el metropolitano Macario como «zar de toda Rusia». Tenía diecisiete años y era la primera vez que un monarca moscovita se involucra oficialmente en la dignidad imperial, ya que zar, en cuanto derivado de César, suponía una clara referencia a la condición imperial. Iván consideraba el nuevo título como expresión de plena independencia nacional y de no sometimiento a ninguna otra autoridad terrenal. Para que el uso del nuevo título, que implicaba la dignidad imperial, estuviera plenamente legitimado, se recabó la investidura del

patriarca ecuménico de Constantinopla, que no la concedió hasta 1561, a pesar de haber recibido, hasta tres veces, una cuantiosa contraprestación económica por parte del monarca moscovita.

Desde hacía varios años, Iván se había planteado el matrimonio y varias embajadas habían intentado encontrarle novia. Pero, como escribe Heller, «Moscú no atrae entonces a sus vecinos» e Iván opta por una joven rusa, Anastasia, perteneciente a una familia de la vieja nobleza, los Zakharin-Kochkin, de la que derivan los Romanov, que reinarán como zares desde 1613 hasta 1917. La boda se celebró el 3 de febrero de 1547 en la catedral de la Asunción y tanto el pueblo como los boyardos mostraron su alborozo, especialmente felices porque el zar hubiera elegido como esposa a una joven rusa. Pero apenas terminados los fastos de la coronación y del matrimonio, el 21 de junio de 1547, un fuego devastador arrasó Moscú, sembrando el desconcierto y el pánico entre la supersticiosa población, que veía en el horroroso incendio un mal presagio y pronto lo consideró un castigo de Dios, encolerizado por los pecados de los hombres, especialmente los gobernantes. No era ese el primer fuego que sufría Moscú y tampoco sería el último: solo un par de meses antes otro incendio había destruido casas, iglesias y almacenes en el barrio central de Kitai Gorod. Pero en esta ocasión un furioso huracán extendió con rapidez el fuego y nada se pudo hacer para detenerlo. Construida casi exclusivamente en madera, cada cinco o diez años Moscú era pasto de las llamas, a veces por efecto de pirómanos. Zabelin, historiador de Moscú, supone que «las gentes, ofendidas y furiosas, pegaban fuego a esta ciudad envilecida». Y recuerda que el primer edificio de piedra databa de 1470 y que en el siglo XVII Moscú no tenía mucho más de doscientas casas de piedra⁶.

El incendio de 1547 dejó reducida a cenizas la ciudad, que entonces contaba con unos cien mil habitantes. Cinco días después, el 26 de junio, los moscovitas se echan a la calle, asaltan el Kremlin y dan muerte a Yuri Glinskii, tío de Iván. Parece como si el pueblo quisiera completar el castigo atribuido a Dios haciendo pagar las culpas de los gobernantes en la cabeza de uno de sus representantes más caracterizados, pariente próximo del propio zar. Se había extendido, además, el rumor de que los Glinskii, a los que se atribuían prácticas de brujería, eran los responsables directos del incendio. Iván IV huyó de Moscú y se refugió con su familia en Vorobievo, al otro lado del Moscova, mientras ordenaba dispersar a los revoltosos. Pero, en contra de lo que ya era habitual en él, Iván descartó la represión y optó por el perdón y la clemencia, seguramente a causa de la benéfica influencia de su joven esposa, Anastasia. Más aún, en la plaza situada enfrente del Kremlin, hizo un acto público de contrición y prometió gobernar en adelante teniendo como único objetivo el bien del pueblo. Se estableció así un sólido vínculo entre el pueblo y el zar, que apartó de su lado a los boyardos, considerados representantes de un viejo orden en declive.

A sus diecisiete años, Iván inicia un prometedor período de reformas encaminadas a la modernización y centralización del Estado. Podría decirse que quiere hacer en Rusia lo que los Reyes Católicos, Enrique VIII o Luis XI habían llevado a cabo poco antes en sus respectivos países. Son unos años durante los cuales Iván presenta muchos rasgos en común con los príncipes renacentistas. Carrère d'Encausse, que no disimula su simpatía por este joven Iván reformador, describe así al Iván de estos años, que parece no tener nada que ver con el futuro zar *Terrible*, ni con el muchacho juerguista y depravado de poco antes:

Un adolescente, después un jovencísimo soberano, que se sumerge en la lectura, en todas las lecturas, con el mismo frenesí que pone en la diversión. Esta sed de aprender le dota de un cerebro enciclopédico, aunque el saber acumulado, que es el de un autodidacta, no haya sido digerido del todo. Pero Iván está hecho a imagen de los grandes espíritus de su tiempo, para quienes, de acuerdo con Pico della Mirandola, el saber no se divide, porque para ellos todo lo que ha sido escrito, dicho, acumulado por los hombres a lo largo de los siglos debe ser absorbido por quien quiera conocer el mundo. Y ese es su caso.

Aludiendo a su religiosidad y a la felicidad que le proporciona el matrimonio con Anastasia, esta autora añade: «Se imagina uno el soberano excepcional, humanista en el siglo del humanismo, que hubiera podido ser Iván si esta tensión hacia la luz hubiera podido mantenerse plenamente»⁷.

El joven zar se rodea de un pequeño equipo de consejeros, que nada tienen que ver con los viejos clanes boyardos, a los que no ha dejado de odiar. El metropolitano Macario y el padre Silvestre, su confesor, son las dos figuras eclesiásticas más destacadas e influyentes. En el plano estrictamente político, el joven chambelán Aleksis Adashev y el brillante príncipe Andrei Kurbskii son los predilectos de Iván, que les distingue con su confianza. Con su ayuda se ponen en marcha las reformas que empiezan con la convocatoria, en 1549, de la Duma de los Boyardos — asamblea de la alta nobleza— y de un concilio de la Iglesia a los que presenta sus planes de reforma, al tiempo que pide a los grandes nobles que no opriman a los campesinos ni a los pequeños nobles, como, según él había comprobado directamente, se hacía durante su niñez. Esta convocatoria es la primera de una serie que tienen lugar durante los años cincuenta y sesenta del siglo XVI y que evolucionan hasta convertirse, por primera vez en la historia de Rusia, en un *Zemski Sobor* (asamblea de la tierra) de carácter consultivo, en la que están representados no solo elementos procedentes del clero y de la alta nobleza, sino funcionarios, mercaderes y artesanos, además de miembros de la pequeña nobleza y, en algunas convocatorias posteriores, hasta campesinos. Pero no se puede equiparar esta asamblea a las instituciones parlamentarias occidentales, ya que no disponen de poder decisorio y, por lo general, solo toman nota y aprueban las decisiones ya tomadas por el zar y sus consejeros. Sin embargo, no deja de ser curioso que haya sido el monarca que mejor caracteriza el absolutismo moscovita el que haya puesto en marcha estas instituciones representativas, aunque, como señala Kliuchevsky, su finalidad fuera, exclusivamente, movilizar a la población en apoyo de sus medidas políticas.

Las reformas de Iván IV se concretan sobre todo en cuatro sectores, el judicial, el administrativo, el militar y el eclesiástico. En el plano judicial Iván promulgó en 1550 un nuevo código, el *Sudebnik*, que no introdujo novedades radicales, ya que no era sino un perfeccionamiento del que su abuelo Iván III había promulgado en 1497. Se definen de un modo más preciso los delitos y las penas, se persigue de un modo específico la corrupción y, en línea con los principios básicos de la política de Iván, se trata de fortalecer la autoridad del Estado y de debilitar a los viejos clanes nobiliarios, mientras se intenta favorecer a los nuevos sectores sociales, sobre los que el zar quiere fundamentar su acción política. Podría decirse que Iván trata de sustituir la heredada «monarquía nobiliaria», en la que los boyardos son el factor más importante, por una «monarquía popular». Una versión rusa, en suma, de lo que antes habían

hecho los Reyes Católicos o de lo que más tarde hará Luis XIII, en lucha contra la Fronda nobiliaria.

En el plano de la reforma administrativa Iván intenta que se desarrolle un auténtico poder local, basado en un sistema electivo, que permita a los habitantes elegir a sus representantes locales. Por otra parte, se fortalece la administración central creando el embrión de lo que más tarde serán los ministerios, que en un primer momento se denominan *izby* y, más tarde, *prikazy*. Destacan las oficinas dedicadas a recibir y estudiar las peticiones que se reciben, la de la lucha contra el bandidaje y la del servicio de postas, además de las más recientes que se ocupan de los asuntos exteriores, de la movilización militar y la que lleva el control de las tierras poseídas condicionalmente (*pomestie*) y vinculadas a la prestación de un servicio militar. El sistema administrativo que se diseña en tiempos de Iván IV se mantiene hasta las grandes reformas de Pedro I, aunque durante el siglo XVII crecerá espectacularmente.

La reforma militar se orienta a la creación de un ejército permanente y profesional. La caballería, arma nobiliaria, sigue siendo la principal fuerza militar, pero para incrementar su eficacia Iván regula el orden de precedencia y las relaciones entre los jefes militares (*mestnichestvo*), una cuestión que había producido en el pasado serios conflictos en el propio campo de batalla. La proximidad de la campaña de Kazán exigía no dejar nada a la improvisación. Como núcleo del ejército permanente, Iván ordena en 1550 la formación de seis compañías de mosqueteros (*streltsy*), que recibirán su bautismo de fuego también en la campaña de Kazán y que en el futuro desempeñarán también funciones de guarnición y de policía. Los *streltsy* eran hombres libres que se comprometían a un servicio militar vitalicio. En la misma línea de reforma militar, Iván estableció una lista de mil hombres jóvenes procedentes de la pequeña nobleza entre los que distribuyó tierras en los alrededores de Moscú —lo que suponía un disputado privilegio— a cambio del compromiso de estar dispuestos para la movilización inmediata, facilitada por la proximidad a la capital. Al mismo tiempo, la artillería se había ido desarrollando y desde el reinado de Iván III ya no era necesario importar los cañones, pues se fabricaban en Moscú. El embajador inglés, Giles Fletcher, llegó a decir que ningún soberano cristiano poseía una potencia de fuego semejante a la del zar. Implicada Moscovia en guerras permanentes, unas veces defensivas, otras de expansión territorial, el aparato militar era esencial para el estado moscovita.

La reforma eclesiástica se puso en marcha en el concilio de 1551, llamado de los Cien Capítulos (*Stoglav*), que reguló minuciosamente todas las cuestiones religiosas, tanto litúrgicas como de disciplina, además de limitar la compra de tierras por los monasterios y la cesión testamentaria a los mismos de haciendas nobiliarias. Un *ukase* del zar confiscó todas las tierras donadas a obispos y monasterios por los boyardos desde la muerte de Vasili III y prohibió que la Iglesia adquiriera nuevas tierras sin informar previamente a las autoridades del Estado. No se trataba de una desamortización, porque la Iglesia conservó la mayor parte de su patrimonio inmobiliario, pero se frenó la desaforada ampliación de las tierras en poder del clero. Además, la Iglesia perdió las *tarkhanas*, cartas que la eximían de impuestos desde los tiempos de los tártaros. Asimismo el concilio actualizó el santoral —tarea necesaria porque muchos santos lo eran por la mera proclamación popular—, además de emprender no menos de sesenta nuevas canonizaciones.

EXPANSIÓN IMPERIAL Y POLÍTICA EXTERIOR

Expulsados de las tierras tradicionales rusas, los mongoles o tártaros, tras la decadencia del imperio de la Horda de Oro, habían consolidado varios estados o khanatos desde los que llevaban a cabo frecuentes incursiones sobre las tierras bajo el dominio de Moscú. Como ya sabemos, estos khanatos eran, en primer lugar y en orden de proximidad a Moscú, el de Kazán, al este de la capital, en el curso medio del Volga; el segundo de los khanatos era el de Ástrakhan, situado a orillas del Caspio, en el delta del mismo río Volga y en lo que había sido el núcleo central de la Horda de Oro. Finalmente estaba el khanato de Crimea, en el mar Negro, el más sólido de los tres y por eso mismo el más duradero, pues pervivirá hasta finales del siglo XVIII, en que será conquistado por Catalina II la Grande. Estos tres khanatos eran algo así como las «Granadas» rusas, que testimoniaban la secular dominación mongola, aunque habría que advertir que la mayor parte de sus territorios no habían formado nunca parte de las tradicionales Tierras rusas. Su conquista no obedecía, por tanto, a la política de «reunificación de la Tierra rusa», sino que se planteó como una exigencia defensiva y estratégica, como una manifestación del típico «imperialismo defensivo» ruso. De los khanatos de Kazán y, sobre todo, de Crimea partían las incursiones que devastaban el territorio de Moscovia, y volvían a sus bases con un cuantioso botín, incluidos miles de prisioneros de ambos sexos que se convertían en esclavos.

Iván IV se propuso acabar con aquella situación y el momento no podía ser más oportuno después de las reformas militares que habían puesto a punto al ejército moscovita. Durante la segunda mitad de la década de los cuarenta el acoso a Kazán había sido constante y la integración del khanato en Moscovia un objetivo claro de la política exterior del nuevo zar. Moscú, además, intervenía activamente en la política interior de Kazán, en el que existía un «partido moscovita». Moscú había utilizado, asimismo, en beneficio propio, el descontento de los pueblos no tártaros del khanato, como los cheremises, propicios a la revuelta contra los gobernantes de Kazán. Con ayuda de la Iglesia y del metropolitano Macario, Iván puso en marcha, además, una inteligente campaña de preparación ideológica que presentaba la conquista de Kazán como una cruzada contra los infieles y como una empresa necesaria para que Moscovia y su Iglesia consiguieran la paz y la seguridad. No deja de ser curioso que, en esta «cruzada», Moscovia contase con la ayuda de los tártaros de la confederación Nogai, que ocupaban la estepa al este del bajo Volga. Iván intentó en vano la conquista dos veces, en 1547 y 1549. El establecimiento por los moscovitas en 1551 de la fortaleza de Sviashsk, en la zona del territorio del khanato en la que vivían los cheremises, en el curso medio del Volga y muy cerca de Kazán, fue la preparación inmediata del asalto definitivo. Este, sin embargo, fue precedido por un proceso negociador iniciado por los kazaníes, que, para evitar la guerra, llegaron a ofrecer el trono al promoscovita Shah Ali. Agotada la vía diplomática, el ejército moscovita asaltó la ciudad de Kazán, que, tras una encarnizada resistencia que se prolongó durante seis semanas, fue conquistada por las tropas que dirigían los príncipes Mikhail Vorotynski y Andrei Kurbskii. Iván IV, que tenía en aquel momento veintidós años de edad, entró triunfalmente en la conquistada ciudad el 4 de octubre de 1552. Durante cinco

largos años los moscovitas tuvieron todavía que luchar para controlar la totalidad del territorio del khanato. La completa pacificación de Kazán fue así, durante mucho tiempo, la preocupación más destacada del zar, lo que le obligó a nuevas expediciones militares para someter a los rebeldes. Como muestra de que el dominio moscovita ya era indiscutible y de que el antiguo khanato era tierra cristiana, en 1555 se erigió en Kazán una sede episcopal.

Si la conquista de Crimea se presentaba por el momento como imposible, no ocurría lo mismo con el khanato de Ástrakhan, situado en el territorio original de la que había sido la formidable Horda de Oro y donde había estado situada su capital, Saray. El khanato se extendía hasta el Don por el oeste y llegaba por el sur hasta los ríos Kuban y Terek. Inicialmente, los moscovitas habían logrado convertir al khanato en un protectorado, colocando en el trono a un khan que les rendía vasallaje. Pero los tártaros de Ástrakhan aspiraban a sacudirse la tutela rusa con ayuda de sus hermanos de Crimea y declararon la guerra santa contra los moscovitas. Iván decidió la ocupación pura y simple del khanato, que se incorporaría sin más a las tierras rusas, y con rapidez, para que los de Crimea no pudieran prepararse militarmente, envió un ejército. Las tropas de Moscovia descendieron por el Volga sin encontrar resistencia ni el menor rastro del enemigo, que había abandonado la ciudad ante el avance de los rusos. El ejército tártaro fue perseguido y aniquilado y Ástrakhan fue primero conquistada (1554) y dos años después se incorporó plenamente al naciente Imperio ruso. De esta manera Moscú lograba el control del bajo Volga y el acceso al mar Caspio. Además, desde ahí, se ponía en contacto con Persia y Asia central. El territorio de Moscovia se había ampliado de manera considerable y bajo la égida del zar quedaban pueblos de diversas etnias, culturas y religiones. Iván IV ya no era solo el gobernante de los Grandes Rusos, y Moscovia empezaba a convertirse en lo que en nuestra época llamamos un «imperio multinacional». Para celebrar el triunfo, Iván ordenó la construcción de la catedral de San Vasilii, en la Plaza Roja de Moscú, una de las manifestaciones más genuinas del arte moscovita de la época, que más que un lugar de culto —sus dimensiones internas son muy reducidas— es un monumento para contemplar desde fuera.

En contra de la opinión de algunos de sus consejeros, como los Adashev, que le pedían que acabase con el tercero de los khanatos, Iván no se atrevió, sin embargo, con Crimea, que, desaparecida la Horda de Oro, se había acogido a la protección del poderoso sultán otomano. Crimea estaba a mucha mayor distancia de Moscú, por lo que se planteaban serios problemas logísticos para los que el ejército de Iván todavía no estaba preparado. Por otra parte, la península era una fortaleza natural prácticamente inexpugnable, como había mostrado una fracasada expedición en 1559. Finalmente, atacar Crimea suponía provocar a su protector, el sultán otomano, lo que implicaba una guerra contra el poderoso Imperio turco. Estas razones fueron decisivas para que Iván, de acuerdo con su consejero en «asuntos exteriores», Iván Viskovatii, decidiera que el siguiente objetivo de su política exterior debía ser la conquista de Livonia, que le daría acceso al mar Báltico y facilitaría los contactos con Europa central y occidental, una opción estratégica que Iván estaba decidido a convertir en una de las prioridades de su política exterior.

La estrategia rusa dejaba, por el momento, de mirar hacia el este y el sur y proyectaba su atención sobre el norte y el noroeste. Como recoge Crummey, en 1547, el año en que asumió

formalmente el poder, Iván había enviado a Europa central a Hans Schlitte, un alemán que estaba a su servicio, para que reclutara médicos, profesores y artesanos. Por otra parte, un acontecimiento fortuito había abierto la vía para establecer relaciones comerciales con Inglaterra. Fue en 1553 cuando un grupo de mercaderes de Londres organizaron una expedición para intentar llegar a Asia bordeando por vía marítima las costas del norte de Europa, ya que las rutas del sur, por el Índico, estaban controladas por sus enemigos españoles y portugueses. De los tres barcos que formaban la expedición, dos se perdieron con toda su tripulación en las heladas y estériles costas del Ártico, pero el tercero, el *Edward Bonaventura*, capitaneado por Richard Chancellor, logró refugiarse en el mar Blanco, en la desembocadura del Dvina. Trasladada a Moscú la tripulación superviviente, adonde llegaron en diciembre de 1553, Iván les recibió y Chancellor entregó al zar una carta de su rey, Eduardo VI, en la que solicitaba asistencia y ayuda para sus súbditos. Iván se volcó con los ingleses, a los que sentó a su mesa y ofreció un fastuoso banquete que duró cinco horas y satisfizo vivamente a sus huéspedes. Los ingleses regresaron a su país en febrero de 1554, no solo con una amable respuesta de Iván a su «hermano y primo Eduardo» (que, de hecho, sería recibida por su sucesora, María Tudor), sino, además, con una carta en virtud de la cual concedía a los ingleses el derecho a comerciar en sus dominios. Chancellor fundó la Russia Company y volvió a Rusia en 1555 con dos navíos y con poderes para firmar un tratado comercial con el zar. La Russia Company estableció representación en Moscú y Kholgomory, donde el Dvina del norte desemboca en el mar Blanco. Se puso así en marcha una fructífera relación comercial, no exenta de dificultades, ya que el mar Blanco, la vía de acceso de Inglaterra a Moscovia, estaba helado la mayor parte del año. Esto intensificó el interés moscovita por Occidente y, al mismo tiempo, la necesidad de contar con puertos en aguas más templadas que permitiesen mantener ininterrumpidas las relaciones comerciales durante todo el año. Cuando Chancellor regresó de nuevo a Inglaterra en julio de 1556, aparte de un rico cargamento en cinco barcos, llevaba con él al primer embajador del zar en Londres, Joseph Grigorievich Nepeia. Una terrible tempestad, ya en las costas de Escocia, hizo naufragar a la expedición y Chancellor murió ahogado. Solo llegó a Londres, haciendo honor a su nombre, el afortunado *Edward Bonaventura* con Nepeia a bordo. El embajador ruso fue calurosamente recibido por la reina María Tudor y por su esposo, Felipe II de España. Nepeia volvió a su país en un buque de la Russia Company, cargado de regalos y de noticias. Nada halagó más a Iván que María y Felipe se dirigieran a él, en la carta que le enviaron, con el tratamiento de augusto emperador. Porque, como veremos, no todos los monarcas aceptaban que Iván se hubiese autodesignado zar, es decir, emperador⁸.

Livonia comprendía aproximadamente los territorios de las modernas Estonia y Letonia, y políticamente era una laxa confederación de obispados, ciudades libres y territorios controlados directamente por la Orden de los Caballeros Teutónicos de Livonia, que eran la principal fuerza política de la zona y la que la daba una cierta unidad. La difusión del protestantismo había roto aquel equilibrio y Livonia se convirtió en una presa deseada por sus ambiciosos vecinos, Suecia, Dinamarca y Polonia-Lituania, además de Moscovia. Debe recordarse también que los Caballeros Teutónicos eran enemigos tradicionales de los príncipes rusos desde el siglo XIII, en los tiempos de Aleksandr Nevsky. Iván no ocultaba sus ambiciones, que chocaban con las pretensiones del rey de

Polonia y gran duque de Lituania, Segismundo Augusto, que, ante la palpable decadencia del régimen de la Orden Teutónica, aspiraba a incluir Livonia en su órbita de influencia. Con el deliberado propósito de ofender a Iván, en 1553 envió embajadores a Moscú que, en sus credenciales, figuraban como representantes ante Su Majestad el gran duque de Moscú, en vez de Su Majestad el zar de Rusia. Iván respondió con una misiva dirigida no al rey de Polonia, sino al gran duque de Lituania. Pero su irritación no quedó ahí y esta ofensa protocolaria influyó, sin duda, en su decisión de hacer la guerra a los polaco-lituanos. Además, como ya sabemos, una de las constantes de la acción exterior de Moscovia había sido la «reunificación de las tierras de la Rus» y, seguramente, la más importante de esas tierras perdidas era la región de Kiev, donde había nacido la primera Rus, que en aquel momento pertenecía al gran imperio polaco-lituano, que se extendía desde el Báltico hasta el mar Negro.

Se trataba, por tanto, de una razón más, y muy poderosa, para enfrentarse a Polonia, aunque, de momento, prefirió no hacerlo directamente. Iván IV decidió, en efecto, declarar la guerra a los «alemanes» de Livonia, a pesar de que, como ya hemos anticipado, la mayor parte de sus consejeros se oponían. La decisión de emprender la guerra contra Livonia estuvo, pues, precedida por un intenso debate estratégico entre quienes deseaban la guerra contra «los alemanes» y quienes preferían luchar contra los *bessermans*, esto es, los musulmanes. Pero no se trata de un mero conflicto de concepciones estratégicas, ya que algunos historiadores conectan esta cuestión con la de los bienes patrimoniales de la Iglesia, a cuya secularización aspiraban los boyardos. Algunos otros ven en este debate un anticipo de la histórica polémica entre occidentalistas y antioccidentalistas que arreciaría siglos más tarde. En efecto, mientras los primeros habrían sido los partidarios de dirigir las armas contra Crimea, los segundos serían los que apostarían por la guerra contra Livonia.

Pero Iván estaba decidido a la guerra contra Livonia y la polémica solo consiguió retrasar la puesta en marcha de la iniciativa. En enero de 1558 las tropas moscovitas, al mando, por cierto, del antiguo khan de Kazán, Sha Ali; invadieron el territorio livonio, sin encontrar apenas resistencia. Un ejército formado en buena parte por tártaros asoló al país y masacró a sus indefensos habitantes. La fortaleza costera de Narva, considerada inexpugnable, cayó el 12 de mayo en manos del boyardo Aleksei Basmanov y, «purgada de la religión latina y de la luterana», se le permitió comerciar con Rusia. Dos meses después, el 18 de julio, cayó la ciudad de Dorpat (actual Tartu) y, controlada toda la Livonia meridional, los rusos se acercaron peligrosamente a Reval (Tallin) y Riga, las ciudades más importantes. Las tropas ruso-tártaras volvieron a la carga el año siguiente y entraron en Curlandia, donde derrotaron de nuevo a los Caballeros Teutónicos. Pero el partido contrario a la guerra contra Livonia, dirigido por Adashev, se impuso y logró, al año siguiente, que se detuviera la ofensiva, precisamente en el momento más favorable para los moscovitas y con el pretexto de que se estaba preparando una expedición contra Crimea que, en su opinión, debía ser prioritaria. La tregua de seis meses les dio a los teutónicos un inapreciable respiro que les permitió reorganizar la resistencia. Este acontecimiento, que nos revela a un Iván

incapaz de imponer sus decisiones, alimentó, sin duda, el resentimiento del zar contra sus consejeros y contra los boyardos, que estallarían brutalmente en la segunda parte de su reinado. En septiembre de 1559, el gran maestro Gotthard Kettler obtuvo por fin la promesa de ayuda de Segismundo Augusto, que inmediatamente se dirigió a Iván exigiéndole que sus tropas se retirasen de Livonia. El zar contestó que Livonia había sido siempre tributaria de Rusia y que solo admitió la tregua a la que ya nos hemos referido porque, efectivamente, el khan de Crimea amenazaba de nuevo a Rusia y parecía decidido a llegar hasta Moscú. La amenaza del sur obligó al zar a retirar tropas del frente livonio y, en el verano de 1559, envió un ejército que derrotó en varios encuentros al khan crimeano, Devlet Giray.

Kettler rompió unilateralmente la tregua y sitió Dorpat, y la guerra se reanudó, ya en 1560, con el nuevo envío de fuertes contingentes rusos a Livonia. El emperador Fernando I intentó inútilmente frenar la acometida rusa recordándole a Iván que Livonia era un territorio dependiente del sacro Imperio en una carta en la que cometió el error de no usar el título de zar, lo que provocó el rechazo de Iván, al que no importaban demasiado las advertencias del lejano emperador Habsburgo. Para entonces el conflicto se había transformado abiertamente en una conflagración internacional en la que intervinieron otras potencias, que intentaban obtener alguna parte del territorio livonio.

Un importante cambio de situación se produjo en Livonia cuando, el 21 de noviembre de 1561, la Orden de los Caballeros Portaespadas se autodisolvió, sus tierras fueron secularizadas y su último gran maestro, Gotthard Kettler, se convirtió en duque hereditario de Curlandia y vasallo del rey de Polonia, que, de este modo, se encontraba legitimado para intervenir. Catalina, la hermana de Segismundo Augusto a la que había pretendido Iván, se casó con el heredero del trono sueco, Juan, duque de Finlandia. Se configuraba así una coalición de las dos potencias bálticas contra Rusia. A pesar de todo, las tropas del zar consiguieron conquistar, en 1563, la ciudad de Polotsk —capital de uno de los principados históricos rusos— y llegaron a amenazar Vilnius, capital histórica de Lituania. Pero, al año siguiente, los rusos sufrieron una importante derrota frente a los polaco-lituanos, en las orillas del río Ulla, con un efecto demoledor sobre la moral moscovita. La contraofensiva polaco-lituana planteó un serio problema militar a los moscovitas, que se vieron obligados a luchar en dos frentes a la vez, ya que el khan de Crimea, aprovechando la situación, llevó a cabo una de las habituales incursiones tártaras, que logró llegar hasta Riazan.

LA SEGUNDA PARTE DEL REINADO DE IVÁN IV: LA OPRITCHNINA

En el año 1564 se puede situar el fin la primera parte del reinado de Iván, la que muchos historiadores consideran la parte «buena», caracterizada por las reformas interiores y los éxitos militares en el exterior, y se inicia entonces la etapa que le ha hecho acreedor de su sobrenombre. Una etapa en la que Iván vuelve toda su furia, contenida desde la infancia, contra los boyardos y contra sus consejeros.

Como precedente de esta nueva situación, hay que referirse a la crisis de 1553, producida como consecuencia de una grave enfermedad de Iván, que lo llevó, y también a aquellos que lo rodeaban, a pensar que había llegado su última hora. Iván cayó enfermo en marzo de aquel año, poco después de que recibiera preocupantes noticias acerca de la situación en Kazán, que no acababa de pacificarse. Se trataba, seguramente, de una infección pulmonar, frente a la que los galenos de entonces se mostraron impotentes. El buen pueblo de Moscú, que consideraba a Iván un santo, se echó a la calle mientras en las iglesias se rezaba incesantemente por su curación. Como era habitual entonces, los más humildes pensaban que como castigo por los pecados del pueblo y de los boyardos, Dios se llevaba al zar, padre de todos. Presionado por los boyardos, Mikhailov, secretario del zar, se acercó al doliente lecho y le sugirió que hiciese testamento. Con el propósito de garantizar su sucesión de acuerdo con las reglas moscovitas basadas en el derecho del primogénito, Iván intentó que los boyardos prestasen juramento de fidelidad a su hijo Dmitrii, que no era más que un bebé. Pero el recuerdo de la propia minoría de edad de Iván, con las permanentes luchas intestinas entre los diversos clanes boyardos indujo a algunos de los principales consejeros áulicos, como el padre Silvestre, a negarse al juramento. Como solución alternativa, los que no aceptaban la candidatura del pequeño hijo de Iván, propusieron como sucesor a Vladimir de Staritsa, hijo de aquel Andrei de Staritsa, tío de Iván, que había sido víctima de Elena Glinskaia, la madre del zar, durante la regencia. Vladimir, a pesar de estos precedentes, había anudado unas buenas relaciones con su primo, el zar, que le distinguía con su confianza. La crisis quedó resuelta porque, finalmente, los boyardos, incluido el propio Vladimir, acataron los deseos de Iván, con más o menos buena disposición, y juraron lealtad a Dmitrii.

Poco después el zar recobró la salud y, aparentemente, todo volvió a la normalidad, pero el rencoroso Iván nunca iba a olvidar el incidente, que quedó grabado en su conciencia como muestra irrefragable de que su entorno inmediato, sus consejeros y toda la casta de los boyardos eran traidores en potencia frente a los que todas las cautelas eran escasas. Sin embargo, en contra de lo que cabía esperar, Iván no se vengó inmediatamente de los desleales boyardos, porque, al borde de la muerte, había prometido a Dios que si lograba recuperar la salud perdonaría a todos los que tan escasa fidelidad le habían mostrado. Pero ya no confiaba en nadie, ni siquiera en el padre Silvestre ni en Aleksei Adashev, que hasta la enfermedad habían sido sus más próximos colaboradores. Para el zar no cabía ninguna duda de que la deslealtad de estos dos antiguos colaboradores había quedado en evidencia. Solo podía confiar en adelante en su amada esposa Anastasia, que, por cierto, también le puso en guardia contra esos antiguos hombres de confianza. Todavía débil y en plena convalecencia, Iván emprendió una peregrinación por algunos de los más importantes monasterios, cumpliendo así otra promesa hecha durante la enfermedad. Le acompañaban Anastasia y el pequeño zarevich Dmitrii, pero los males de Iván no habían terminado, porque

cuando se encontraban en el punto final del viaje, el monasterio de la Trinidad, en Kirilov, el niño enfermó y murió. Deshecho por el dolor y la desesperación, Iván ordenó el inmediato regreso a Moscú. Un rayo de esperanza brilló nueve meses después, en marzo de 1554, cuando Anastasia dio a luz un nuevo niño, que recibió el nombre de Iván y que estaba llamado también a un cruel destino. En plena guerra de Livonia, en mayo de 1557, Anastasia le dio al zar un nuevo hijo, Fedor, que era quien había de sucederle. Era el sexto parto de una debilitada Anastasia que le había dado, además del fallecido Dmitrii y de otra hija también muerta, María, dos hijos, Iván y Fedor, y dos hijas, Ana y Eudoxia.

Iván recibió un nuevo y definitivo golpe en julio de 1560 cuando Anastasia, su amada y escuchada esposa, que había tenido sobre el zar una influencia moderadora y benéfica, murió, después de una enfermedad que se había iniciado en noviembre anterior, en el curso de otro viaje por las desoladas tierras rusas. Convencido de que había sido envenenada por el pope Silvestre y por Adashev, Iván les hizo objeto de un procedimiento sumarísimo, sin posibilidad de defensa, que terminó con la condena de ambos. Silvestre fue recluido en un alejado monasterio y Adashev fue enviado a prisión, donde, como tantos otros antes y después de él, murió al poco tiempo. El régimen del terror ivaniano daba así sus primeros pasos —si hacemos caso omiso de tantas otras atrocidades anteriores— y entre los boyardos cundió el pánico, lo que impulsó a muchos a huir a Lituania. Algunos de estos fugitivos fueron detenidos y sobre ellos Iván descargó su furia, al tiempo que crecía su convicción de que en cada boyardo había un traidor en potencia. Entre estos fugitivos, el más notable fue, sin duda, Andrei Kurbskii, amigo desde la infancia y colaborador estrecho del zar, que huyó en 1564. Con Kurbskii —al que algunos consideran el primero de una larga serie secular de emigrados rusos—, a pesar de la ruptura y de la huida, Iván intercambiará una serie de cartas que son un documento indispensable para conocer los hechos del reinado del Terrible y las concepciones políticas imperantes en aquel momento. Aunque, como ya hemos advertido, Edward L. Kennan, en solitario y contra la opinión más generalizada de los historiadores, niega la autenticidad de esas cartas.

Con la muerte de Anastasia se abre un período de transición entre las dos partes del reinado de Iván el Terrible; la primera, caracterizada por las reformas y las conquistas, y la segunda, la que le ha hecho acreedor de la negra fama con la que ha pasado a la historia. Durante esta segunda parte, la irracionalidad, el despotismo más arbitrario, el terror sistemático y la más inaudita y sádica de las crueldades serán la marca definitoria. A lo largo de los dieciocho años que dura esta etapa desaparece todo lo que quedaba del zar piadoso que en algunos momentos fue, e Iván se nos presenta con los lúgubres y demoníacos rasgos de un autócrata sin freno ni medida, encarnación de la maldad más increíble, como un sádico enfermizo que solo disfruta con la destrucción de cuanto le rodea y con el sufrimiento de los demás. Como corresponde a un tirano de estas características, Iván estaba siempre dispuesto a escuchar a los acusadores gratuitos que, sin pruebas, le advertían de imaginadas conspiraciones.

La gran crisis que se conoce con el nombre de *opritchnina* —que también da nombre a esta segunda parte del reinado de Iván IV— estalló abiertamente el 3 de diciembre de 1564, cuando Iván IV, acompañado de toda su familia y de un gran séquito, a bordo de una gran caravana de

trineos en la que incluso se transportaba el tesoro del zar, abandonó Moscú con el pretexto de celebrar la fiesta de San Nicolás. Pero, en contra de lo que todos esperaban, ya no regresó, sino que se instaló en su pabellón de caza en Aleksandrovskaja Sloboda, una pequeña población a unos noventa kilómetros de Moscú. Tras un mes de inquietud creciente entre los moscovitas por la inexplicable ausencia del zar, el 3 de enero de 1565, Iván dirigió dos cartas al metropolitano Afanasií en las que denunciaba con duras palabras las traiciones de los boyardos, de los *voivodas* o gobernadores, del clero y, en general, de todos los altos personajes de la corte y de la administración. Concluía declarando que, como no estaba dispuesto a tolerar más traiciones, se proponía abdicar. En la segunda carta, que Iván ordenaba que se leyera ante el pueblo, manifestaba que nada tenía en contra de la gente del común. Ante tan sorprendente amenaza de abdicación, una delegación de los boyardos y del clero se dirigió a Aleksandrovskaja para rogarle al zar que permaneciese en el trono y que tratase a los traidores como mejor le pareciese. Satisfecho con su victoria, el zar accedió a retirar la supuesta abdicación, exigiendo como condición tener en adelante las manos totalmente libres para castigar a los traidores con el destierro y la muerte y la confiscación de sus bienes, sin verse obligado a soportar las críticas del clero.

Más seguro que nunca de sus poderes, Iván regresó triunfante a Moscú, entre el alborozo del pueblo, que se sentía agradecido por haber recuperado a su soberano. Solo unos días después firmó un *ukase*, febrero de 1565, en virtud del cual se establecía la *opritchnina*: el territorio de Moscovia quedaba dividido en dos partes, la *opritchnina*, que quedaba excluida de la administración general del país y que sería regida directamente por el zar, y el resto del territorio, la *zemshchina*, que continuaría sometido al régimen ordinario. *Opritchnina* es una palabra rusa no usada anteriormente, pues parece ser que fue acuñada por el propio Iván, que da idea de exclusión (*opritch* significa «fuera de» y originalmente se había utilizado para designar la parte de la herencia reservada a la viuda) y suponía el establecimiento de un dominio reservado a la exclusiva y omnímoda voluntad del zar, en el que podría actuar sin sometimiento a ninguna norma. El carácter de esta peculiar institución cobraba pleno sentido si añadimos que otra de las condiciones de la vuelta de Iván había consistido en que se le daba el derecho a castigar a los traidores y criminales como mejor le pareciese, confiscando sus bienes y entregándolos al verdugo sin ninguna restricción procedimental.

El territorio que formaba la *opritchnina* fue cuidadosamente fijado por el zar, y no constituía un todo compacto, sino una serie de ciudades y territorios dispersos por todo el país, incluida una parte de Moscú en la que Iván se hizo construir un nuevo palacio. En total, el dominio reservado representaba aproximadamente un tercio del territorio de Moscovia. Enseguida el significado del término *opritchnina* se amplió para incluir no solo el territorio que Iván se reservaba, sino también el cuerpo de funcionarios armados a las órdenes directas del zar y encargado de aplicar sus decisiones. Los miembros de la *opritchnina* se denominaron *opritchniki* y pronto se convirtieron en Moscovia en la misma imagen del terror y de la arbitrariedad. Vestidos totalmente de negro, cabalgando sobre caballos negros y llevando colgados de la silla de montar una cabeza de perro y una escoba (expresión simbólica de la voluntad de Iván de morder y barrer a los boyardos), los *opritchniki* fueron un instrumento de exterminación en manos del zar. Los mil

opritchniki iniciales llegaron a ser unos seis mil y en sus filas se incluían muchos extranjeros y una legión de desalmados en busca de aventuras y riquezas. Las incursiones de los *opritchniki* destruyeron la riqueza rusa acumulada a lo largo de muchas generaciones y fueron una de las causas principales de la postración en que quedó Rusia tras el reinado del Terrible.

Heller subraya cómo Stalin, después de haber considerado fugazmente como referente histórico a Pedro el Grande, tomó a Iván el Terrible, a partir de los años cuarenta, como modelo político. Alude a una entrevista, el 25 febrero de 1947, con Eisenstein y Nicolai Cherkassov, que encarnaba el personaje del zar en la película *Iván el Terrible*, como consecuencia de que la segunda parte de la película había sido prohibida y condenada por las autoridades culturales soviéticas. El dictador, expresando con cinismo «su punto de vista de espectador», reprochó a los cineastas la imagen que daban de Iván el Terrible y les dijo que no le habían entendido:

Vuestro zar es irresoluto, se diría que es un Hamlet. Cada cual no deja de soplarle lo que debe hacer y no toma las decisiones él mismo... El zar Iván era un soberano grande y prudente y, comparado a Luis XI (¿han leído ustedes las obras sobre Luis XI que prepara el absolutismo de Luis XIV?), Iván el Terrible está cien codos por encima [...]. No presentáis la *opritchnina* como es conveniente. La *opritchnina* es un ejército real. A diferencia del ejército feudal, que en cualquier momento podía plegar banderas y abandonar el combate, se formó un ejército regular, un ejército progresista.

Stalin añade:

Iván el Terrible era muy cruel. Se puede, por supuesto, mostrar este aspecto [en la película], pero hay que mostrar igualmente por qué era indispensable que lo fuese [...]. Uno de los errores de Iván el Terrible fue no haber sabido liquidar a las cinco grandes familias feudales que todavía existían, no haber llevado hasta el límite el combate contra los feudales. Si lo hubiese hecho, la *Rus* se habría evitado el Tiempo de las Turbulencias [...]. En este plano, Iván estaba preocupado o limitado por Dios: el Terrible aniquila una familia de feudales, pero después se arrepiente y entona su *mea culpa* durante un año, cuando lo que tendría que haber hecho era actuar con más determinación todavía.

Los juicios de Stalin sobre su lejano antecesor tal vez ayuden a entender a Iván el Terrible, pero de lo que no cabe duda es de que son perfectos para comprender al dictador soviético que, en pleno siglo XX, puso en pie su propia *opritchnina*. Las «purgas» de finales de los años treinta son lo más parecido que se puede imaginar a la política de exterminio que llevó a cabo el zar Terrible. Heller no puede resistir la tentación de comparar el «gran terror» staliniano con lo que, refiriéndose a la época de Iván el Terrible, su amigo-enemigo Kurbskii denominó «gigantesca llamarada de ferocidad» y afirma que, del mismo modo que Iván hubo de enfrentarse con la contradicción existente entre la monarquía autocrática que él representaba y el aparato dirigente aristocrático (boyardo), «en los años treinta, el secretario general se apodera del poder absoluto, hasta entonces limitado por el “antiguo” partido comunista»⁹.

Entretanto, Iván perdía posiciones en el ámbito de la política exterior, pues, descartada la victoria militar en Livonia, tampoco en el terreno diplomático conseguía hacer avanzar sus peones. Las demás potencias concurrentes en el área, Polonia-Lituania, Dinamarca y Suecia, parecían decididas a hacer cualquier cosa con tal de mantener a Moscovia al margen. La política de «todos contra Rusia», que se repetirá muchas veces a lo largo de la historia, tuvo aquí una primera manifestación. Las diferencias religiosas, la creciente mala fama de Iván y la

incompatibilidad entre la «cultura política» moscovita y la de las avanzadas ciudades bálticas eran dificultades añadidas que impedían el arraigo del poder de Iván en la zona. Por toda Europa se extendieron noticias y rumores sobre la política represiva de Iván que confirmaron a los muchos rusófobos de Occidente en su idea de que Rusia era un país diferente con el que era difícil, por no decir imposible, llegar a ningún tipo de acomodación. En un momento en que Rusia intensificaba su acción diplomática con sus vecinos del oeste, esta imagen tan negativa fue un pesado lastre que impidió cualquier progreso y mantuvo a Moscú en su tradicional aislamiento.

La resistencia sorda y encubierta a la política represiva de Iván, que cobró nuevas fuerzas desde 1567, tuvo otras manifestaciones, como la voluntaria retirada a un monasterio del metropolitano Afanasii. Su sucesor, Filipo, después de un período inicial de acomodación, se atrevió a interceder por las víctimas de la demencial furia ivaniana y en un sermón pronunciado ante el propio zar en la catedral de la Asunción, en el Kremlin, llegó a pedir la supresión de la *opritchnina*. La reacción de Iván fue brutal y Filipo acabó en la cárcel, donde uno de los sádicos jefes de la *opritchnina*, Maliuta-Skuratov, le estranguló con sus propias manos. Carrère d'Encausse, que ha descrito con especial atención el «terror total» al que se entregó Iván, convertido en «príncipe de las tinieblas», concede una gran relevancia a este asesinato del metropolitano Filipo,

[...] muerte imperdonable, que rompe la continuidad que unía al Estado y la Iglesia [...] A los ojos de un pueblo martirizado, el martirio del hombre de Dios es el desafío supremo [...]. A partir de esta muerte, los enemigos del zar se convierten, en la conciencia popular, en los verdaderos defensores de la Santa Rusia, función hasta entonces tradicionalmente atribuida al soberano¹⁰.

En los últimos años de la década de los sesenta, la obsesión de Iván por su seguridad adquiere tintes patológicos. Desconfía de todos, huye de Moscú y pasa cada vez más tiempo en Aleksandrovskaja Sloboda o en Vologda, la «ciudad de piedra» que había ordenado construir, en 1556, a orillas del río del mismo nombre, a cuatrocientos kilómetros de Moscú. Su obsesión por escapar de los imaginarios peligros que le acechaban le llevó a pensar en retirarse, él también, a un monasterio. En 1567 llegó a pedirle a la reina Isabel I, por medio de su embajador en Moscú, Anton Jenkinson, que le garantizara el asilo si se veía forzado a huir de Moscovia, al tiempo que, insólitamente, pedía su mano. La reina Tudor dio largas como pudo a la petición de matrimonio no sin que Iván, irritado por el desaire, rompiera los acuerdos comerciales con Inglaterra, con gran disgusto de la Compañía inglesa, que recurrió a la reina para intentar solucionar la cuestión. En 1568 Isabel I envió a Moscú una embajada extraordinaria dirigida por Thomas Randolph, jefe de los Correos Reales, que, con un enorme derroche de habilidad, no solo logró restablecer la situación anterior, sino que obtuvo nuevos privilegios para la Compañía inglesa: derecho exclusivo a comerciar con Persia, a extraer hierro de algunas minas y a atacar a las naves extranjeras en el mar Blanco¹¹. Sin embargo, la irritación de Iván con los ingleses no cesó, porque nuevamente Isabel frustró sus esperanzas de lograr un acuerdo militar ofensivo y defensivo, que le habría venido muy bien al zar, dadas sus difíciles relaciones con sus vecinos. Pero Isabel no se quiso comprometer y el embajador enviado por Iván a Londres con Randolph, Savin, regresó al

cabo de diez meses con unas vagas promesas de la reina: ofrecía asilo al zar si llegaba a necesitarlo, pero dejaba muy claro que «viviréis a Vuestras expensas todo el tiempo que consideréis oportuno permanecer entre nosotros». La respuesta de Iván fue una agresiva misiva en la que declaraba anuladas «todas las ventajas concedidas hasta hoy».

El miedo patológico a perder la vida y el trono llegó al paroxismo cuando Iván se enteró, en 1568, de que el rey de Suecia, Eric XIV, había sido destronado por una conspiración de la nobleza. Para la concepción autocrática del poder de Iván el acontecimiento era tan inconcebible como inadmisibles y envenenó aún más las relaciones con Suecia, en cuyo trono se sentaba ahora un usurpador, Juan III, hermanastro del rey derrocado y, a mayor abundamiento, enemigo personal de Iván, ya que se había casado con Catalina, la frustrada novia del zar ruso, hermana de Segismundo Augusto. La coalición báltica contra Rusia quedaba de este modo reforzada. La posición internacional del zar se debilitó aún más cuando el 1 de julio de 1569, Polonia y Lituania, que hasta entonces habían constituido algo así como una «monarquía dual» o una unión personal, se convirtieron, por medio del acuerdo que se denominó la Unión de Lublin, en una única entidad política, la *Rzeczpospolita*, peculiar república monárquica con un rey elegido al frente, una dieta y un senado para los asuntos exteriores. Lituania mantenía su plena autonomía en todos los asuntos internos y la Ucrania lituana, con su capital, Kiev, se cedía a Polonia. El acontecimiento suponía un evidente fracaso para Iván, sobre todo porque Kiev, en cuanto primera capital de la *Rus*, era una permanente reivindicación rusa.

En plena obsesión conspiratoria, Iván «descubre» que el complot de los boyardos tenía sus raíces en Novgorod, la vieja e ilustre ciudad libre que hacía tiempo había perdido su independencia, pero que conservaba su riqueza y vitalidad económica como segunda ciudad de Moscovia. Iván sospechaba, además, que el arzobispo de Novgorod, Pimen, y otros elementos de la ciudad eran reconocidos traidores, ya que no solo intentaban entregarla a los polacolitanos, sino que habían sostenido la candidatura al trono moscovita de Vladimir Staritski. En enero de 1570 Iván se instaló en Novgorod al frente de una nutrida tropa de *opritchniki* y desplegó sobre la ciudad y sus habitantes todo su odio y su rabia. Detenciones, torturas y muertes particularmente crueles se multiplicaron y el propio arzobispo Pimen fue encerrado en un monasterio, donde murió al poco tiempo. La matanza sistemática de que fueron objeto los habitantes de Novgorod se prolongó durante cinco semanas, durante las cuales el zar estuvo acompañado de su hijo el zarevich, también llamado Iván, que, educado en los sádicos métodos criminales de su padre, participó activamente en la carnicería, disfrutando con el sufrimiento ajeno tanto como su progenitor. Como escribe Troyat, Iván y su hijo «compartían su afición por el vino, el estupro y la sangre»¹². El número de víctimas mortales de Novgorod varía, según las diferentes fuentes entre los 15.000 (cálculo de Kurbskii) y los 60.000 (según la *Primera crónica de Pskov*). En palabras de Troyat, «el río Volkhov se llenó de cadáveres y las aguas arrastraban la sangre y los restos humanos hasta el lago Ladoga»¹³.

De Novgorod, Iván se dirigió a Pskov para darle el mismo tratamiento, pero la aparición de Nikola, un «loco de Cristo» que se dirigió a Iván y le recriminó «alimentarse de sangre y carne humana», advirtiéndole del castigo divino que le esperaba, cambió sus planes. El supersticioso zar

se sintió de pronto aterrorizado ante aquel hombre de Dios y ordenó suspender la expedición punitiva. Pero la retirada ante Pskov no significaba que Iván hubiera abandonado la política represiva y, de vuelta en Moscú, sometió también a su población a la vejación de los *opritchniki*. En la segunda mitad de aquel año de 1570, la *opritchnina* comenzó a devorarse a sí misma en una espantosa saturnal. El favorito de Iván, Fiodor Basmanov degolló a su padre, Aleksis, otro de los iniciadores de la *opritchnina*, para probar su lealtad al zar y por orden de este; pero esto no impidió que Fiodor fuera después condenado a muerte «por parricida». Igual suerte corrieron otros destacados *opritchniki*, como Viazemski, que no pudo ser ejecutado porque murió mientras era torturado. Solo salvaron la vida los más crueles, que eran también los más comprometidos con la represión, como el sádico Maliuta-Skuratov, que, solo en esta operación contra la población de Moscú, había ahogado en el Moscova a ochenta mujeres de prisioneros. El martirio de Moscú se prolongó durante una larga temporada y aumentó aún más el terror de la población. Un terror mezclado con un fuerte componente de resignación y de sometimiento a la voluntad del zar, en la que las masas humildes veían la expresión de la voluntad divina.

A los problemas interiores y los reiterados fracasos militares en Livonia se añadió de nuevo la amenaza turca. El sultán Selim, consciente de la debilidad rusa, exigió la devolución de los khanatos de Kazán y Ástrakhan o, en su defecto, el pago por parte de Moscú de un humillante tributo anual a la Sublime Puerta. Como era de esperar, Iván se negó y, en respuesta, a comienzos de 1571, 100.000 tártaros invadieron Rusia, al mando del khan de Crimea, Devlet Giray, e iniciaron un decidido avance hacia Moscú, animados por los boyardos que, huyendo de la *opritchnina*, se habían refugiado en la zona meridional y anteponían su odio contra el zar a su patriotismo. Los argumentos que animaron a los tártaros eran sólidos: el grueso del ejército estaba en Livonia y el pueblo, que ya no podía soportar más el régimen de terror de la *opritchnina*, no se opondría al avance tártaro. Apresuradamente, Iván preparó un ejército para enfrentarse a Devlet Giray, que desafió al zar a un combate singular y al que amenazó con cortarle las orejas para ofrecérselas al sultán. El zar Terrible no estuvo, ciertamente, a la altura de las circunstancias. Con el propósito de organizar la resistencia ante los invasores, Iván se había trasladado con su hijo el zarevich a Serpukhov, una ciudad situada a algo más de cien kilómetros de Moscú y que, desde su fundación en 1374, tenía la misión de puesto avanzado frente a las invasiones tártaras. Esta huida significaba, sin lugar a dudas, que Iván consideraba que, inevitablemente, los tártaros tomarían Moscú.

Los tártaros saquearon primero los alrededores de Moscú sin que las desconcertadas tropas moscovitas presentasen resistencia y el 24 de mayo de aquel año de 1571, día de la Ascensión, prendieron fuego a las casas de madera de los arrabales de la capital. Un enorme ventarrón facilitó la extensión de las llamas por toda la ciudad, mientras los tártaros saqueaban cuanto encontraban y mataban a cuantos moscovitas no lograban escapar. Todos querían refugiarse en el Kremlin, pero los guardias habían atrancado las puertas de la muralla y ni los moscovitas ni los tártaros lograron entrar. Los invasores tártaros, espantados por las llamas, se retiraron con un enorme botín, dejando tras de sí una ciudad que, salvo el Kremlin, quedó casi totalmente destruida por las llamas. Aquel incendio fue uno de los peores que ha sufrido Moscú, que tantas veces en su historia

había sido víctima del fuego. Iván, que, como hemos dicho, había huido, acobardado, solo regresó cuando el peligro tártaro hubo pasado. En su retirada, los tártaros arrasaron todo el territorio por donde pasaron, llevando consigo un botín del que formaban parte unos cien mil prisioneros, que serían vendidos como esclavos en el mercado de Feodosiya, al sur de Crimea.

Al año siguiente, en julio de 1572, Devlet Giray, que «no había desensillado sus caballos», emprendió una nueva incursión contra Moscovia y, como en la vez anterior, Iván huyó ante la sola noticia de que el khan planeaba una nueva invasión. Devlet Giray y sus tropas lograron vadear el Oka, perseguidos por las tropas rusas, que, al mando del príncipe Vorotinski, estaban atrincheradas en la orilla derecha de ese río. Aunque inferiores en número, los rusos lucharon con arrojo y derrotaron por completo a los tártaros en Molodia, a unos cuarenta y cinco kilómetros de Moscú. Devlet Giray se retiró, abandonando sus pertrechos y hasta sus banderas. Sería la última vez que los tártaros llegaban al corazón de Moscovia. Animado por la victoria, Iván regresó a la capital, donde fue recibido con gran alborozo popular. Los súbditos atribuían a su escurridizo señor un triunfo que solo se debía al esfuerzo de sus soldados.

A partir de aquel momento Iván decidió suprimir la *opritchnina* y un *ukase* prohibió bajo pena de muerte hasta el uso de esa odiada palabra. Se ha dicho que el carácter obsesivo y temeroso de Iván le hizo concebir miedo ante la prepotencia asesina de sus sicarios, los *opritchniki*. Ya hemos señalado que el zar había ordenado eliminar a alguno de los más destacados jefes de la *opritchnina*. ¿Y si los arrogantes *opritchniki* se revolvían contra su amo? Para otros la supresión de la *opritchnina* obedecía al deseo de Iván de mejorar su imagen internacional, en un momento en que la muerte del rey Segismundo Augusto II de Polonia el 18 de julio de 1572 abría un período «electoral» e Iván aspiraba a ocupar el peculiar trono electivo polaco. Sabía muy bien el zar que muchos nobles polacos, cuyo apoyo necesitaba para aquella peculiar campaña electoral, temblaban ante la sola mención de la odiada *opritchnina* y que estarían dispuestos a cualquier cosa con tal de que semejante institución no fuera implantada en Polonia. La larga pesadilla, que había ensombrecido los últimos años de Rusia, pasaba así a la historia, aunque sus terribles consecuencias tardarían mucho en desaparecer. Algunos de los más crueles *opritchniki*, como Maliuta-Skuratov, siguieron en el entorno del zar. Pero nuevas figuras empezaban a dar muestras de relevancia. El más notable de estos nuevos consejeros del zar era Boris Godunov, yerno de Skuratov y pariente lejano de Anastasia, la primera esposa de Iván, que, según parece, pudo ser tanto el que logró convencerle de que era necesario disolver la *opritchnina* como el que le aconsejó ganarse a los nobles polacos y lituanos con vistas a la deseada elección como rey de Polonia.

EL OTOÑO DEL ZAR TERRIBLE. BALANCE DE SU POLÍTICA EXTERIOR

Después de la supresión de la *oprithnina*, en 1572, el reinado de Iván se prolongó todavía doce años, durante los cuales fue patente la disminución de sus facultades como gobernante y en lo referente a su salud, pero no menguó su crueldad ni el asesinato sistemático de los nobles y personas de su entorno, junto con sus familias, tan pronto como le placía a la patológica personalidad del zar. Iván tenía entonces solo 42 años, aunque estaba prematuramente envejecido, tanto por su vida desenfrenada como por la permanente tortura psicológica a que le sometía su atormentada personalidad. En los últimos años de su reinado no se llevaron a cabo ni las brillantes reformas ni las espectaculares conquistas que habían caracterizado su primera etapa como zar, pero durante ese último período no disminuyó su afición por la política exterior ni por los planes imperialistas.

Como ya hemos adelantado, cuando en 1572 falleció el rey Segismundo II Augusto de Polonia, agotándose con él la dinastía de los Jagelones, Iván presentó su candidatura y la de su segundo hijo Fedor, por si la suya no salía adelante. Le apoyaban algunos nobles lituanos de religión ortodoxa que querían un rey eslavo, condición que, entre los candidatos posibles, solo se daba en Iván y su hijo. Sin embargo, la candidatura no prosperó, no solo por la mala fama que le habían dado a Iván sus bien conocidas crueldades y arbitrariedades, sino también por las inaceptables condiciones que impuso. En concreto, Iván quería que a partir de él el trono polaco se convirtiera en hereditario y unido a Rusia «por los siglos de los siglos», así como que se cediesen a Moscovia la Livonia y Kiev, entonces en la órbita polaca. Claro está que estas exigencias no eran sino la respuesta a los enviados polacos que habían negociado previamente con Iván su elección y que o bien proponían directamente la elección de su hijo Fedor, sin prestar atención a su candidatura, o bien le exigían una rectificación de las fronteras en beneficio de Polonia, que implicaría la cesión por parte de Rusia de Polotsk, Smolensko y otras ciudades, con la consiguiente irritación del zar. En el fondo de todas esas discusiones, y lo que las hacía imposibles, subyacía la enorme diferencia entre los regímenes políticos ruso y polaco. Iván era un autócrata que no concebía ninguna otra manera de gobernar que no fuera el brutal autoritarismo que él ejercía sobre Rusia. Polonia, por el contrario, era una peculiar monarquía electiva en la que, además, el rey debía contar en todo momento con el Senado y la Dieta. Finalmente, en la Dieta polaca se impuso la candidatura de Enrique de Valois, hermano del rey Carlos IX de Francia, que solo estuvo en el trono polaco algo más de tres meses, pues fue llamado a ocupar el francés por el fallecimiento de su hermano. Abierto un nuevo período electoral, durante el cual Iván fue descartado de plano, los dos candidatos más fuertes eran el emperador Maximiliano II de Habsburgo y el príncipe de Transilvania, Esteban Bathory. Incapaz de decidirse por uno de los dos, la Dieta eligió a ambos, lo que muestra el peculiar carácter de aquella monarquía. El empate se resolvió, sin embargo, rápidamente a favor de Bathory porque Maximiliano no pudo viajar a Cracovia para el previsto acto de la coronación, mientras que el húngaro se ganaba las simpatías de sus nuevos súbditos, al

tiempo que, para reforzar sus posibilidades, se casaba con una hermana del fallecido rey Segismundo Augusto. El príncipe de Transilvania, vasallo teórico del sultán turco, recibió el apoyo secreto de este, que veía en el nuevo rey polaco un freno a la influencia de los Habsburgo.

En este momento, el viejo sueño de la salida al Báltico parecía casi completamente realizado, pues todo el territorio de Livonia situado a orillas del Dvina occidental, con excepción de las ciudades y plazas fuertes de Reval (actual Tallin) y Riga, estaban controladas por Moscú, que dominaba el litoral de los golfos de Finlandia y Riga. La resistencia de estas ciudades se explica por la mala fama del zar, que estimulaba a sus habitantes a extremar al máximo su defensa para evitar caer bajo su férula.

Iván había intentado ganar tiempo con Bathory, con el que intercambió mensajes. Pero cuando en 1578 llegó a sus oídos la noticia de que los reyes de Polonia y Suecia habían firmado un tratado de alianza ofensiva y defensiva con el objeto de recuperar la parte de Livonia ocupada por los rusos para repartírselas entre ambos, decidió tomar la iniciativa. Las tropas rusas, al mando del príncipe Golitsyn, lograron algunos éxitos, pero un doble ejército polacosueco, al mando de Sapieha y de Boe, respectivamente, les infligió una tremenda derrota que costó la vida a varios miles de rusos. La superioridad numérica rusa no pudo imponerse a los polacos, bien entrenados y disciplinados. Bathory era un genio militar, y de una masa de mercenarios extranjeros formada por unos 20.000 efectivos había logrado hacer una formidable máquina de guerra de una impresionante eficacia. A principios de 1578 Bathory sitió Polotsk, que cayó tras tres semanas de resistencia. Después de esta importante ciudad fueron tomadas también Sokol, Krasnoi y Starodub. En una brillante exhibición militar, Bathory se apoderó también de la importante ciudad de Velikie Luki en septiembre de 1580. Esta ciudad era la base de operaciones rusas y servía, además, como depósito militar. Bathory se adueñó de toda la provincia en un mes. Mientras, los suecos se sumaban al contraataque con el propósito de recuperar la orilla sur del golfo de Finlandia y en 1581 conquistaban Narva. Iván perdía la mayor parte de sus conquistas y volvía a estar casi como al principio de su aventura báltica. Las negociaciones de paz con Bathory no llegaron a ningún resultado positivo, pues el rey polaco, crecido por sus victorias, no aceptó la oferta de Iván, que estaba dispuesto a cederle toda Livonia menos cuatro ciudades. Por el contrario, Bathory no solo exigía Livonia entera, sino también Novgorod, Pskov, Smolensko y una parte de Ucrania que estaba en poder de los rusos, además de una abultadísima indemnización de guerra de 400.000 ducados. A finales del verano de 1581 Bathory sitió Pskov, pero fue rechazado después de cruentos combates que costaron al atacante 5.000 muertos.

La mala fortuna del zar despertó las ambiciones de sus vecinos y mientras los tártaros volvían a pensar que era el momento adecuado para recuperar Kazán y Ástrakhan, los daneses sopesaban qué podrían obtener en el disputado Báltico. Al borde de la extenuación, Iván trató de encontrar una solución diplomática con Polonia y, en un nuevo rasgo de patológica excentricidad, hizo saber indirectamente a Roma que si el Papa mediaba para conseguir la paz, estaría dispuesto a discutir la Unión de las Iglesias («la fe griega y la fe romana deben ser una sola»). Gregorio XIII envió a Rusia al jesuita Antonio Possevino, que, al mismo tiempo y con el propósito de obtener la formación de una gran liga contra los turcos, hizo escala, mientras viajaba hacia el este, en

Venecia, Viena, Praga y Vilnius, sin resultados apreciables. En esta última ciudad se entrevistó con Esteban Bathory, al que instó a llegar a la paz con Iván, pero el rey polaco no dio ninguna facilidad y reiteró sus propósitos ya conocidos, totalmente inaceptables para los rusos. Por las mismas fechas en que Bathory se acercaba a Pskov, Possevino fue presentado ante el zar, que, tras conocer la derrota de los polacos en esa ciudad, se ratificó en sus posiciones. El jesuita volvió a donde estaba acampado Bathory, que solo accedió a renunciar a la indemnización dineraria, pero no a sus exorbitantes exigencias territoriales, que amputaban a Rusia algunas de sus ciudades y de sus territorios más tradicionales.

Iniciadas, finalmente, las negociaciones entre rusos y polacos, en presencia de Possevino, ambas partes, después de tres meses, firmaron la tregua de Jam Zapolski el 15 de enero de 1582. Se fijaba para la tregua una duración de diez años y se restablecían las fronteras anteriores a la guerra, que había durado veinticinco años y había dejado arruinado el país. De sus conquistas, Moscú solo conservaba Polotsk y la satisfacción de haber resistido el duro acoso a que fue sometida la histórica ciudad de Pskov. La salida al Báltico se perdía y, con ella, uno de los grandes objetivos de la política exterior de Iván el Terrible. Al año siguiente se firmó con Suecia una tregua de tres años, en virtud de la cual esta conservaba todas sus conquistas, es decir, Estonia y los territorios situados entre Narva y el lago Ladoga. Moscú perdía así el acceso al golfo de Finlandia, salvo el pequeño enclave de la desembocadura del Neva.

En la frontera sur también Iván se vio forzado a proseguir el secular enfrentamiento con los tártaros. Desde la conquista de Kazán y de Ástrakhan se había llevado a cabo una política de colonización forzada de las regiones del Volga y del Oka, que estuvo acompañada por la construcción de plazas fuertes fronterizas (*ukrainiyie*), enlazadas entre sí por un sistema de fosos y murallas terreras —conjunto que se ha llamado la gran muralla de Moscovia—, que si no impedían totalmente las reiteradas incursiones tártaras, al menos las dificultaban. Pero, frente a Moscovia, se perfilaba por el sur un nuevo y más poderoso enemigo, los turcos otomanos, con los que los rusos iban a mantener un enfrentamiento secular. El primer choque ruso-turco ya se había producido en 1569 con el infructuoso intento del sultán Selim II de apoderarse de Ástrakhan.

El tercer frente de interés y de expansión natural para Moscovia era el este, donde se abrían las inmensidades de Siberia, que andando el tiempo se convertirían en parte integral de la Rusia imperial. Es curioso reseñar que en un Estado tan centralizado y tan intervencionista como el moscovita, la expansión inicial por esos territorios se debiera a lo que hoy denominaríamos la «iniciativa privada». El papel esencial en ese proceso expansivo estuvo desempeñado por la poderosa familia de los Stroganov, que desde la conquista de Kazán habían obtenido del gobierno la concesión de amplios territorios y controlaban la zona nororiental de Rusia. En 1558, el zar había expedido un documento por el que les eximía de impuestos, pero se reservaba los derechos sobre las minas de plata, cobre y plomo que pudieran encontrarse, así como el especial privilegio de reclutar soldados, poseer cañones y munición, construir fortalezas y administrar justicia. Los Stroganov habían dirigido la colonización del territorio, habían establecido algunas guarniciones, y situado su cuartel general en Sol Vychegodsk, en el valle del Dvina del norte. Desde allí, y porque así lo exigían sus negocios de pieles, sal y otros productos, habían penetrado

progresivamente en el territorio más allá de los Urales, lo que les había llevado a enfrentarse con el khanato de Sibir, una entidad política tártara asentada en el valle del río Obi. Los Stroganov se dieron cuenta de que necesitaban un ejército privado cuando las exigencias defensivas se hicieron evidentes, después de que el khan tártaro siberiano Kuchum lograra la unificación de las tribus locales. Para ello, los Stroganov contrataron los servicios militares de una fuerza de cosacos de unos 1.500 hombres al mando del *ataman* (capitán o jefe cosaco) Yermak Timofievich, que había luchado del lado ruso en la última parte de la guerra de Livonia y que terminada esta estaba disponible. En el otoño de 1582 y tras una espectacular guerra relámpago, los cosacos de Yermak derrotaron a los tártaros siberianos, tomaron su capital, Sibir, y forzaron al exilio al viejo khan Kuchum. Stroganov escribió al zar felicitándose de que «sus pobres cosacos proscritos», como los había llamado Iván, habían logrado «añadir un extenso estado a Rusia por los siglos de los siglos y por todo el tiempo que plazca al Señor prolongar la existencia del universo»¹⁴.

Yermak pidió ayuda a Moscú para organizar y defender los nuevos territorios, pero antes de que el gobierno del zar hiciera algo efectivo, Kuchum volvió con tropas frescas y expulsó de su territorio a los cosacos y mató a muchos de ellos. El propio Yermak se ahogó en el Irtysh, según se dice, a causa del peso de la coraza con adornos de oro que, entre otros presentes, le había enviado el zar, una vez que se dio cuenta de la importancia de las conquistas llevadas a cabo por los «cosacos proscritos», que ponían en sus manos un inmenso imperio y sellaban el destino euroasiático de Rusia. A pesar de las escaramuzas y de las ocasionales victorias de los tártaros siberianos, los rusos lograron recuperar la mayor parte de los territorios y el zar envió dos *voivodas* que se encargaron de organizar la administración de los nuevos territorios. Ya muerto Iván IV, en la época turbulenta de su hijo el débil Fedor I, Moscú se anexionó definitivamente las tierras siberianas y se fundaron allí las primeras ciudades, Obski Gorodk (1585), Tiumen (1586) y, sobre todo, Tobolsk (1587).

La tormentosa vida matrimonial y familiar de Iván —caracterizada, como escribe Heller, por «la caza frenética de mujeres»— culminó en 1580, a sus cincuenta años, con su discutido matrimonio con María Nagaia o Nagoi, celebrado mientras negociaba otros posibles matrimonios con princesas extranjeras. La historia matrimonial de Iván el Terrible es un fiel paralelo de su vida y carácter. Sin mencionar sus reiterados y frustrados intentos de casarse con Isabel I de Inglaterra, después de Anastasia y de María, la circasiana, que murió en 1569, Iván se había casado con Marta Sobakin en 1571, matrimonio que solo duró quince días por la muerte repentina de la zarina. En 1572 celebró sus cuartas nupcias con Ana Koltovski, en contra de la opinión de la Iglesia ortodoxa, que solo admitía tres matrimonios, por lo que no pidió la bendición episcopal. En 1574 la Koltovski fue repudiada e Iván se casó o se unió, porque seguramente no hubo boda, con otra Ana, Vassilchikov de apellido, muerta al poco tiempo misteriosamente de muerte violenta. Fue sustituida por la bella Basilisa Melentiev, su sexta esposa. Solo unos meses después, sorprendida Basilisa en flagrante adulterio con el príncipe Iván Devtelev, se la obligó a presenciar la tortura de su amante para ser recluida a continuación en un monasterio. Inmediatamente después Iván eligió otra esposa, la séptima, de ilustre linaje moscovita, María Dolgoruky, de trágico y rápido destino, ya que, al comprobar Iván, la misma noche de bodas, que no era virgen,

fue atada a un coche y arrastrada hasta el Moscova, donde se ahogó.

María Nagaia o Nagoi, que era por tanto la octava esposa del Barba Azul ruso (todo apunta a que algunas de sus esposas fueron asesinadas), le dio a Iván un hijo, Dmitrii, que andando el tiempo se convertirá en una «piedra de contradicción» de la historia rusa, según veremos más adelante. Al año siguiente, en 1581, se produjo el que seguramente es el hecho más impresionante de toda su vida y el que amargó los pocos años que le quedaban al zar Terrible. Nos referimos a la muerte, por mano de su padre, de su hijo y heredero el príncipe Iván, «el acto más trágico de su existencia, la ruptura suprema», según Carrère d'Encausse. En el contexto de un trivial incidente familiar, el 9 de noviembre de 1581 (15 de noviembre del calendario gregoriano occidental) Iván reprendió, se puede suponer que con la brutalidad que le era propia, a su nuera, Elena Sheremetieva, a la que encontró, según él, inadecuadamente vestida y que estaba en avanzado estado de gestación. Al escuchar el escándalo, Iván Ivanovich se precipitó para defender a su esposa y se enzarzó en una disputa con su padre el zar, que, presa de su espíritu obsesivo, le acusó de fomentar la rebelión contra él, ya que, recientemente, el zarevich le había recriminado algunos aspectos de la lucha en Livonia. El zar se imaginó que su hijo conspiraba con los boyardos contra él y, fuera de sí, en el curso de la riña familiar, le golpeó rabiosamente con el báculo, más bien chuzo, terminado en una punta de hierro que el zar llevaba habitualmente y con el que, años atrás, había dejado clavado al suelo el pie de Chibanov, el mensajero que le entregara la primera carta de Kurbskii. Boris Godunov, que estaba presente, no logró parar la saña del zar. Sin duda, Iván no pretendía matar a su hijo, por lo que no se puede hablar de asesinato sino de homicidio involuntario, pero el caso es que el zarevich quedó malherido. Durante cuatro días el zarevich se debatió entre la vida y la muerte, mientras el zar se hundía en la desesperación y los médicos se reconocían impotentes para evitar el fatal desenlace, que tuvo lugar el 13/19 de noviembre¹⁵. Ilya Yefimovich Repnin (1844-1930), un conocido pintor contemporáneo que se especializó en obras sobre la historia rusa, pintó en 1885 un impresionante cuadro que está en la Galería Tretiakov de Moscú en el que un zar al borde de la locura abraza desesperado a su hijo, que derrama sangre por la sien. En el suelo, casi a los pies de Iván, se ve el arma mortal que ha acabado con la vida del zarevich.

Algo más de dos años después de aquel dramático suceso, el 19 de marzo de 1584, Iván IV moría, a los 54 años de edad, dejando el trono a su segundo hijo, Fedor, que carecía de cualidades y de salud para gobernar un país tan enorme y complejo. Un país arruinado desde el punto de vista económico, con el tesoro público agotado por las continuas guerras, despoblado, internacionalmente aislado y, lo más grave de todo, sin moral, sin cohesión social y sin un proyecto nacional. Pero es evidente que, a pesar de tanta ruina, Moscovia era ya un imperio, y no solo porque el gran príncipe hubiera asumido el título de zar. Como ya hemos señalado, la debilidad —producida por tantas causas— en que había quedado sumida Moscovia en el período final del reinado de Iván IV le había impedido hacer realidad sus ambiciosos planes imperiales, pero reinando ya su hijo, el débil Fedor I, Rusia estableció una sólida cabeza de puente en Siberia que le permitiría convertirse en una potencia euroasiática en un tiempo excepcionalmente breve. La voluntad imperial aparece muy clara, tanto en Iván como en sus sucesores, si comprobamos

que Moscovia ya no se conforma con la tradicional política de reunificación de todo el territorio de la *Rus*. La vocación imperial es patente, y acaso se trate de una fase obligada cuando se completa un proceso como el que Moscovia había vivido, marcado por la lucha contra los tártaros. Completada la recuperación del territorio perdido, el impulso de unidad cobra una dimensión imperial y se lanza a la conquista de nuevos horizontes. Escasamente un siglo antes, por ejemplo, España terminaba la Reconquista con la toma de Granada y emprendía su política de expansión ultramarina. ¿Hay en el caso de Rusia algún otro elemento que explique este expansionismo que, según algunos autores, se convertirá en otra constante de su historia? Los factores geográficos, la falta de fronteras naturales, pueden, quizá, aportar alguna respuesta.

RUSIA Y ESPAÑA

España, latina, con toda la carga peyorativa que los moscovitas daban al término, y situada al otro extremo de Europa, no fue, ciertamente, uno de los países occidentales con los que la Moscovia de Iván el Terrible estableció una relación más intensa, pero James Billington afirma que «los contactos tempranos de Rusia con España fueron más amplios de lo que pudiera parecer», y cita como prueba el trabajo de A. López de Meneses «Las primeras embajadas rusas en España», publicado en 1946 en la revista *Cuadernos de Historia de España*, que fundó en Buenos Aires Claudio Sánchez Albornoz. En el ámbito cultural ya hemos hecho referencia al interés que hubo en Moscovia por la obra de Raimundo Lulio, y en el religioso, a la admiración del arzobispo Gennadius de Novgorod por la «firmeza» de Fernando de Aragón, que, por medio de la Inquisición, ha «purificado» al país, según escribe al metropolitano de Moscú en 1490. «Contempla la firmeza que despliegan los “latinos” —escribe Gennadius—. El embajador del César me ha explicado la manera en que el rey de España ha limpiado (*ochistil*) su país. Te envió un memorándum de estas conversaciones». Billington cree que en la persecución de los herejes «judaizantes» se utilizaron técnicas de investigación ritual, flagelación y quema de herejes que antes eran desconocidas para la Iglesia rusa. «Aunque los purgas moscovitas —señala este autor— estaban dirigidas contra los católico-romanos, a menudo con especial furia, los instrumentos utilizados eran los de la Inquisición, que habían florecido en la Iglesia católica»¹⁶.

Pero más que a las relaciones, que aunque existentes fueron indudablemente escasas, diversos autores se han esforzado en encontrar semejanzas entre «los dos extremos de la gran diagonal europea», como escribe José Ortega y Gasset en el capítulo de *España Invertebrada* dedicado a «La ausencia de los mejores». Claro está que Ortega no exagera la comparación, ya que parte de

sus notables diferencias:

Muy diferentes en otra porción de cualidades —escribe—, coinciden Rusia y España en ser las dos razas «pueblo»; esto es, en padecer una evidente y perdurable escasez de individuos eminentes. La nación eslava es una enorme masa popular sobre la cual tiembla una cabeza minúscula. Ha habido siempre, es cierto, una exquisita minoría que actuaba sobre la vida rusa, pero de dimensiones tan exiguas en comparación con la vastedad de la raza, que no ha podido nunca saturar de su influjo organizador el gigantesco plasma popular. De aquí el aspecto protoplásmico, amorfo, persistentemente primitivo que la existencia rusa ofrece¹⁷.

Pero las comparaciones se han centrado muy a menudo en ciertas peripecias o ciertos rasgos de la historia de ambos países que se nos presentan como muy parecidas. Tanto España como Rusia fueron invadidas por los musulmanes —árabes y tártaros, respectivamente— y se dedicaron durante varios siglos —ciertamente muchos más España que Rusia— a sacudirse el yugo mahometano. Y quizá por esa razón ambos países identifican tan estrechamente su identidad nacional con la religión. El catolicismo romano para España y la ortodoxia para Moscovia-Rusia no han sido, simplemente, la religión predominante, sino un elemento inseparable de su propia identidad colectiva. Como hemos visto, la ideología moscovita se hizo desde la ortodoxia y no se puede entender sino con referencias constantes a ella. Y algo parecido ha sucedido históricamente, como bien sabemos, con España y el catolicismo. Solo en España es concebible esa actitud llamada nacionalcatolicismo, y es en la Rusia zarista donde alcanza su plenitud esa peculiar identificación entre lo político y lo religioso que es propia de la religión ortodoxa. Billington insiste en esa línea y después de subrayar que, como España, Moscovia «encontró su identidad en la lucha para expulsar a los invasores», resalta la interrelación en ambos países de la autoridad política con la religiosa «y el fanatismo resultante que los llevó a convertirse en portavoces particularmente intensos de sus respectivas versiones de la Cristiandad». A ese respecto explica que la famosa querrela teológica por la cuestión del *filioque*, que había de dividir tan drásticamente Oriente y Occidente, fue introducida en el credo en un concilio de Toledo y siempre fue negada en Rusia. Y durante los planes de Unión de las Iglesias que culminan en el concilio de Florencia, las jerarquías española y rusa fueron las más opuestas, dentro de los respectivos campos, a la reconciliación. Algunas investigaciones afirman que los textos utilizados por los herejes «judaizantes» rusos, como la *Logica* de Maimónides, procedían de España, y se ha llegado a decir que, a finales del siglo xv, se produjo en Moscovia una confusión entre la palabra del ruso primitivo que significaba «judío» (*Evreianin*) y la que significaba «español» (*Iverianin*)¹⁸.

A partir de ahí, escribe también Billington, que se ha interesado especialmente por las relaciones entre España y Rusia,

[...] una extraña relación de amor-odio se ha mantenido entre estos dos pueblos orgullosos, apasionados y supersticiosos, cada uno de ellos regido por un improbable folclore de heroísmo militar; animados ambos por fuertes tradiciones de veneración a los santos locales; preservando los dos hasta los tiempos modernos una rica tradición de lamento atonal, popular y primitivo; destinados ambos a ser durante el siglo XX viveros del anarquismo revolucionario y campos de guerras civiles, con profundas implicaciones internacionales.

Billington señala que, durante las guerras napoleónicas, los rusos llegaron a albergar un

«nuevo sentimiento de comunidad con España» y que la guerra popular contra Napoleón se inspiró en las técnicas de *guerrilla* que los españoles habían desarrollado en su lucha contra los franceses. Asimismo afirma que los reformistas del movimiento decembrista de 1825 se inspiraron en los «catecismos patrióticos» y en las propuestas constitucionalistas de los doceañistas españoles¹⁹.

Pero, dejando a un lado las mutuas influencias literarias, que serán patentes en otros momentos de la historia, volvamos a la época de Iván el Terrible. Billington alude a la «fascinación española por Rusia» y cree que probablemente fue estimulada por los estrechos vínculos de España con la católica Polonia, y señala cómo durante el siglo xvii español, el Siglo de Oro, se produce una avalancha de libros y folletos sobre Rusia y cómo en la literatura española aparecen figuras rusas. Tal es el caso del personaje del Duque de Moscovia en *La vida es sueño* de Calderón de la Barca. También aparece el tema ruso en la obra de Lope de Vega *El Gran Duque de Moscovia y Emperador perseguido*, que aborda dramáticamente la historia del falso Dmitrii. Son obras que, como señala Billington, nunca fueron populares «por buenas razones artísticas». Para escribir *El Gran Duque de Moscovia* (1617) Lope de Vega utilizó, seguramente, la traducción española de la *Relation* del jesuita Antonio Possevino, escrito laudatorio sobre los planes del Falso Dmitrii, que había aparecido originalmente en 1605. Algunas obras españolas de esta época — muy especialmente el *Quijote*— habrían de hacerse más tarde bastante populares en Rusia, pero desde luego no en la cerrada Moscovia de los siglos xvi y xvii, sino mucho más tarde, a finales del siglo xix. Señalemos solamente que, según el mismo autor, «los rusos no amaban el cansancio de los placeres mundanos ni el sentido del honor presentes en las obras del Calderón, sino los planteamientos fantásticos y las perspectivas irónicas que ofrece un hombre para el que “la vida es sueño” y la historia es toda ella sombras»²⁰. Donde resulta difícil estar de acuerdo con Billington es cuando escribe, seguido por Heller, en referencia a Iván el Terrible, que «su celo de cruzada, su fanatismo ideológico y su odio de la desviación hacen de él alguien muy próximo a Felipe II de España, más que a cualquier otro contemporáneo»²¹. Solo si se acepta la tópica imagen del monarca español difundida por sus enemigos flamencos, que hacían de él el *demonio del Mediodía*, se podría insistir en su hipotética semejanza con Iván el Terrible. Pero si atendemos a los trabajos sobre Felipe II de Geoffrey Parker, Henry Kamen, Manuel Fernández Álvarez o Joseph Pérez resulta grotesca esa aproximación.

LOS SUCESORES DE IVÁN EL TERRIBLE: LOS FALSOS ZARES Y LOS TIEMPOS TURBULENTOS

Desde la muerte de Iván el Terrible en 1584 hasta el acceso al trono de los zares de la nueva dinastía Romanov en 1613, Moscovia vive un largo período de incertidumbre, ruina, invasión y derrota que estuvieron a punto de echar por tierra la gran obra de construcción nacional que habían llevado a cabo los Ivanes y los Vasiliis. Es el período histórico que la historiografía rusa ha denominado *Smutnoe Vremia*, los Tiempos Turbulentos, que para algunos empiezan más tarde —a la muerte del zar Fedor en 1598 o a la del zarevich Dimitrii en 1591—, pero que, en cualquier caso, comprenden dos o tres decenios que suponen una de las crisis más profundas de toda la historia rusa. Cinco zares distintos, a veces compitiendo entre sí, ocupan durante esta etapa el trono moscovita, entre ellos el heredero de Polonia, Ladislao, que mantuvo sus pretensiones durante largo tiempo. Como en otros momentos de su historia —nos referimos a la época de la revolución bolchevique—, es un período de legitimidades enfrentadas, guerra civil e intervención extranjera.

Muerto Iván, sube al trono su hijo Fedor (Teodoro), de veintisiete años de edad, hombre débil y de escasas luces, pero lleno de buena voluntad, que apenas si se puede decir que gobernó porque la dirección de los asuntos quedó en mano de sus consejeros. Las descripciones que hacen los extranjeros del nuevo zar le pintan como un tonto «que se sienta en el trono, sonriendo todo el tiempo y admirando primero el cetro, después el orbe» —según Sapieha, embajador polaco—, o como prácticamente un imbécil, que solo encuentra placer en las cosas espirituales y va de iglesia en iglesia repicando las campanas y oyendo misa, según la opinión del sueco Petreius. Su propio padre, Iván el Terrible, decía de él que parecía más un sacristán que el hijo de un zar. Kliuchevskii estima que se trata de descripciones exageradas y que son caricaturas, y recuerda que otros contemporáneos dieron de él una visión distinta, pues le consideraban un «asceta bienamado».

En este ambiente, llegó la oportunidad de Boris Godunov, que más tarde se convertiría en zar, y que ya había sido muy influyente durante la última etapa del reinado de Iván el Terrible. Su tío Dmitrii había sido chambelán de Iván y ambos, tío y sobrino, formaron parte de la tropa de los *opritchniki*, aunque no tomaron parte en los excesos de la *opritchnina*. Godunov se abrió paso hábilmente entre los Bielskii, Romanov y Shuiskii, que, por unas u otras razones, fueron marginados, lo cual le dejó el campo libre, y, con independencia de otras valoraciones, se acreditó como un buen gestor. Todavía en vida de Iván el Terrible, los Godunov habían logrado que Fedor, el futuro zar, contrajese matrimonio con Irina, hermana de Boris, lo que había hecho aumentar el peso político de este, pues sabida es la influencia tradicional en Rusia de la familia de la zarina. Riasanovsky afirma que Boris Godunov era prácticamente iletrado, pero reveló una inteligencia y unas aptitudes sorprendentes, bien como intrigante de corte, bien en calidad de diplomático y hombre de Estado. Y añade que

[...] en pocos años Boris Godunov logró triunfar sobre sus rivales en la corte y hacia 1588 era el amo efectivo de Rusia. Además del poder de que disponía y de su enorme fortuna privada, Boris Godunov se hizo conceder —fenómeno sin precedentes— los signos exteriores de sus altas funciones: títulos oficiales impresionantes, a los cuales añadía sin cesar nuevos títulos; el derecho, reconocido formalmente, de dirigir los asuntos exteriores en nombre del Estado moscovita; y una corte distinta, imitada de la del zar, en la que los embajadores extranjeros debían presentarse, después de haber expresado sus respetos a Fedor²².

Aunque nunca cayó en los excesos de Iván el Terrible, Godunov llevó a cabo una purga muy amplia de sus enemigos o de los que podían convertirse en tales, que afectó a los Bielskii, los Shuiskii, los Nagois, y cualquier otro que pudiera hacerle sombra a su creciente poder.

Una de sus más hábiles gestiones se concretó en la creación del patriarcado de Moscú, ya que logró la elevación al título de patriarca del metropolitano de Moscú, en 1589, después de exitosas negociaciones con el patriarca de Constantinopla, Jeremías. La situación era favorable para las aspiraciones moscovitas, pues los cuatro patriarcados existentes en la Iglesia ortodoxa oriental, los de Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jerusalén, estaban en territorio del Imperio otomano y padecían dificultades de todo tipo, de las que las menores no eran las económicas. Aprovechando el paso por Moscú, primero del patriarca de Antioquía, Joaquín, y del propio Jeremías después, los moscovitas presentaron hábilmente la conveniencia de contar con un patriarcado independiente al lado del zar ortodoxo, y Jeremías, que llega a sentirse casi secuestrado por sus obsequiosos anfitriones, estableció la dignidad de Patriarca de Toda Rusia, que el 25 de enero de 1589 fue ocupada por el metropolitano Job, un hombre de Boris Godunov. Como consecuencia de esta elevación de categoría del jefe de la Iglesia rusa, el resto de la jerarquía eclesiástica se reformó y se amplió, creándose un gran número de metropolitanos, arzobispos y obispos, reforzándose así la organización eclesiástica que había de desempeñar un destacado papel durante los Tiempos Turbulentos.

En el ámbito de las relaciones internacionales, Polonia es el punto de referencia más importante y hace el papel de «enemigo tradicional», aunque en la corte moscovita hay un activo «partido polaco» dirigido por los Shuiskii y apoyado por muchos boyardos, entusiasmados por el sistema vigente en la *Rzeczpospolita*, en el que el rey debe contar con la Dieta, controlada por la alta nobleza, para todos los asuntos de alguna transcendencia. El rey polaco Esteban Bathory, a la muerte de Iván el Terrible, dio por concluida la tregua de diez años firmada en 1582 y se dispuso a reemprender las hostilidades contra una Moscovia a la que ve débil y carente de los necesarios recursos militares. Consiguió el apoyo económico del papa Sixto V, empeñado en organizar una cruzada contra los turcos, y le convenció de que para llegar a Estambul el mejor camino era el que pasaba por Moscú. Al mismo tiempo presiona diplomáticamente al nuevo gobierno moscovita exigiéndole la renuncia a Smolensko, Novgorod y Pskov, a cambio de una futura unión en virtud de la cual el primer soberano, polaco o ruso, que falleciese sería sucedido por el otro. Como es lógico, Moscovia rechazó de plano la «oferta», poco antes de que la situación cambiara radicalmente por la muerte de Esteban Bathory en 1586. La *Rzeczpospolita* inició la búsqueda de un nuevo rey y Godunov presentó la candidatura de Fedor, apoyada por los nobles ortodoxos polaco-lituanos, a los que también se había estimulado con dinero moscovita. Pero Fedor —como antes su padre— quedó desplazado ante los otros dos candidatos, Segismundo Vasa, hijo del rey de Suecia Juan III, y Maximiliano de Habsburgo, que dirimieron el pleito por las armas. Finalmente fue proclamado rey de la *Rzeczpospolita* polaco-lituana Segismundo III Vasa, pero, como no renunció a sus eventuales derechos a la corona sueca, se abrió un contencioso polaco-sueco que Moscovia aprovechó para declarar la guerra a Suecia. En el curso de las hostilidades, que se desarrollaron durante el invierno de 1590, los moscovitas recuperaron los territorios

perdidos ante Suecia durante la guerra de Livonia, como las fortalezas de Ivangorod y Koporie, pero no Narva, que era el principal objetivo, y que resistió el asalto de las tropas rusas dirigidas por el propio Godunov, que demostró ser mucho peor estrategia que estadista. En 1591 los suecos trataron de sacarse la espina, aprovechando además que los tártaros de Crimea, reforzados por los turcos, llevaron a cabo una nueva incursión que llegó hasta las inmediaciones de Moscú. Pero, por razones que se desconocen, el 4 de julio de 1591 los tártaros emprendieron la huida, dejando atrás la impedimenta. Los suecos, agotados también, desistieron del ataque. En 1595, suecos y moscovitas firmaron en Teusina o Tiavzine una «paz definitiva» que dejaba las cosas como estaban y que consagraba, por una parte, la decisión sueca de hacer del Báltico un lago sueco y, por la otra, la incapacidad de Moscú para lograr su largamente acariciado objetivo de hacerse con una salida al mar. Pero ¿qué podía hacer Moscovia sin una flota de guerra? Habrá que esperar a Pedro el Grande para encontrar la respuesta.

Godunov prosiguió las buenas relaciones comerciales con Inglaterra iniciadas durante el reinado de Iván IV, que se desarrollan a través del mar Blanco y firmó un nuevo tratado con Isabel I al tiempo que dio a Inglaterra lo que podríamos denominar condición de nación más favorecida, pero se negó a la petición británica de exclusividad.

En relación con las fronteras del sur y del sureste, permanentemente acosadas por los tártaros, durante este período se fundaron varias ciudades fortificadas que consolidaban las posiciones moscovitas. A pesar de todo, el khan de Crimea, Khazy-Girey, todavía fue capaz de llegar a Moscú en 1591. También durante el reinado de Fedor I se inició la penetración en el Cáucaso, que ya había interesado a Iván IV. En 1586 el rey Alejandro I de Khakhetia, uno de los principados que formaban parte de la antes unificada Georgia, acosado por los Estados musulmanes de la zona, se puso bajo la protección del zar de Moscovia. Los rusos llegaron así por primera vez al río Terek, donde construyeron una ciudad fortificada. Desde allí se vigilaba no solo a los tártaros, sino también a las bandas de cosacos, cuyo número y actividad crecía sin cesar.

Pero el acontecimiento más importante del reinado de Fedor I, por la incidencia que había de tener en la evolución posterior de Rusia, fue la extraña y debatida muerte del último hijo de Iván IV y su séptima esposa, Dmitrii, hermanastro, por tanto, de Fedor. Aunque sus hipotéticos derechos al trono eran muy discutibles, pues aquel matrimonio era canónicamente ilegítimo porque la Iglesia ortodoxa solo reconocía los tres primeros, la realidad era que al no tener el débil Fedor descendencia, Dmitrii era considerado un sucesor potencial. Godunov lo había alejado de Moscú y, como príncipe, vivía confortablemente en Uglich, con su madre, perteneciente a la familia de los Nagoi, y bajo la vigilancia de un atento funcionario, Bitiagovskii, que trabajaba para Godunov. La posibilidad de que Godunov, cuyas ambiciones eran bien conocidas, se propusiera eliminar a Dmitrii había corrido por los círculos cortesanos. Cuando Dmitrii murió el 15 de mayo de 1591, aparentemente al clavarse accidentalmente un cuchillo mientras jugaba con sus amigos y como consecuencia de un repentino ataque epiléptico, las buenas gentes de Uglich se echaron a la calle, convencidas de que Godunov estaba detrás del doloroso incidente. La multitud, azuzada por los Nagois, atacó las oficinas oficiales y linchó a Bitiagovskii y a algunas personas más. Godunov nombró una comisión de investigación, a cuyo frente puso al príncipe Vasili

Shuiskii, que se trasladó a Uglich e interrogó a cuantos pudieran aportar alguna información sobre la tragedia. La comisión concluyó que todo había sido un desgraciado accidente, lo que dejaba a Godunov libre de cualquier responsabilidad. Una nueva revuelta en Uglich en la que murieron quince partidarios de Godunov le sirvió de pretexto a este para castigar a la familia: María Nagoi fue encerrada en un convento y sus hermanos ejecutados, privándose a los supervivientes de cualquier derecho sucesorio al trono. Pero ni entonces ni después pudo Godunov librarse de las sospechas de culpabilidad, arraigadas históricamente en la mentalidad colectiva rusa por obra de historiadores como Karamzin o de creadores literarios y musicales como Aleksandr Pushkin o Modesto Mussorgsky. La obra de teatro del primero y la ópera del segundo, tituladas ambas, *Boris Godunov*, han difundido ampliamente la tesis de la culpabilidad de Godunov en la muerte de Dmitrii Ivanovich. Las investigaciones históricas más modernas, empezando por las de Serguei Platonov, uno de los mejores conocedores de la época y concluyendo con las de Skrynnikov, otro gran especialista en aquel período, han ratificado, sin embargo, que Boris Godunov no estuvo implicado en la muerte del joven príncipe.

En el ámbito religioso se produjo en Polonia en 1596 un importante acontecimiento que inevitablemente debía repercutir en Rusia. Segismundo III Vasa, rey de Polonia, había llevado hasta Europa central los aires de la Contrarreforma y, como escribe Billington —para quien Segismundo es desde muchos puntos de vista más fanático que Iván el Terrible—, «si los josefitas habían tomado algunas ideas de la Inquisición, Segismundo entregó virtualmente su reino a otro monumento tardío del cielo de cruzada español: la Orden Jesuita de Ignacio de Loyola»²³. Esta influencia jesuita llevó a Segismundo a promover un concilio en Brest-Litovsk en el que una parte importante de los obispos ortodoxos de la parte occidental de la actual Ucrania, sometida entonces a Lituania y Polonia, optaron por la Unión de la Iglesias y reconocieron la autoridad del Papa, aunque conservaron sus ritos litúrgicos. Apareció así la Iglesia Uniata, que dividía a los ortodoxos, ya que mientras una parte de ellos volvía los ojos a Roma, la otra se colocó bajo la tutela de Moscú, donde, además, había un patriarca. Aquella herida sigue abierta y la actual Iglesia ortodoxa considera todavía una afrenta imperdonable la creación por Roma de la Iglesia Uniata. El propio término «uniata» fue acuñado por los oponentes a la unión y lleva carga negativa, ya que implica latinización y traición a las tradiciones.

El zar Fedor I o Teodoro murió el 6 de enero de 1598 sin dejar heredero y sin testamento. Terminaba así la dinastía de los rurikidas y, en concreto, se agotaba la descendencia de Vadimiro Monomakho. La falta de unas reglas de sucesión precisas y suficientes desató una previsible lucha por el poder. Boris Godunov, que había sido el hombre fuerte durante el reinado de Fedor y que seguía controlando la situación, ideó en un primer momento proclamar zarina a su hermana Irina, viuda del zar fallecido, a la que, según Heller, se llegó a prestar el preceptivo juramento de fidelidad. Irina era una persona dotada, pero Moscovia no se mostraba propicia al ejercicio femenino del poder y el caso es que la zarina preconizada, pocos días después, prefirió seguir la tradición de tomar el velo y se retiró a un monasterio. Godunov decidió entonces que el único zar lógico era él mismo y se lanzó a una frenética campaña frente a otros candidatos posibles. El patriarca Job desempeñó un papel decisivo en aquella auténtica campaña electoral de Godunov,

que movilizó, a través de asambleas y manifestaciones populares, a los sectores más destacados de la sociedad moscovita. Además, combinando la persuasión con la demostración de fuerza, Godunov, con el pretexto de la amenaza crimeana, movilizó a principios del verano de 1598 un gran ejército, que dejaba muy claro quién mandaba en Moscovia. El proceso sucesorio culminó en un *zemski sobor* o asamblea de la tierra, presidido por el patriarca, en el que, designados por el gobierno, estaban representadas las cuatro categorías sociales más importantes de la población: alto clero, alta administración del Estado, clase militar y funcionarial, comercio e industria. Boris fue proclamado zar, el primero elegido por una asamblea en la historia de Moscovia, que siempre antes había recurrido a los mecanismos de la herencia para resolver los problemas sucesorios.

El reinado de Boris Godunov fue una etapa bastante tranquila y algunos historiadores la describen como un período de respiro entre las agitaciones, tan próximas todavía, del reinado de Iván el Terrible y los *smutnoe vremia*, los Tiempos Turbulentos, esa etapa crucial de la historia de Rusia que Platonov caracteriza por tres profundas crisis: la dinástica, la social y la nacional. Pero algunas de estas características son ya perceptibles en el breve reinado de Godunov, especialmente la primera de esas crisis, la dinástica, que tiene como origen la ruptura de la sucesión hereditaria y la incapacidad de Godunov, como sus inmediatos sucesores, para asentar su propia legitimidad. El carácter divino del zar, que para los rusos era incuestionable, era absolutamente incompatible con el procedimiento electivo que había llevado a Boris al trono. El vacío dejado por la legitimidad inexistente se llenó con el sustitutivo de la popularidad, que Godunov cultiva, como hemos visto, para acceder al trono y que sigue siendo un elemento esencial de su poder, durante su breve reinado de siete años. Por eso, aunque se revela como «un soberano capaz e inteligente», en palabras de Riasanovsky, y aunque «había llegado al poder por la vía legal, no dejó de ser un advenedizo y, sin duda por eso mismo, vive en el terror, porque todos saben, y él en particular, que su presencia en el trono no está clara», afirma Heller²⁴.

A la crisis dinástica se añade, casi simultáneamente, la crisis social, que, como la anterior, no se limita al reinado de Godunov, sino que se prolongará durante sus inmediatos sucesores. A los fenómenos sociales relacionados con el establecimiento de la servidumbre, debe añadirse que la sequía se ceba en la tierra moscovita y las cosechas de 1601, 1602 y 1603 fueron desastrosas y produjeron una gran hambruna, con su cortejo de epidemias. A pesar de la ayuda de urgencia dispuesta por el gobierno, la catástrofe fue enorme y solo en Moscú se registraron más de cien mil muertos.

En agosto de 1604, aparece por el sur el Falso Dmitrii, que había de hacerse famoso. Se trataba de un personaje que afirmaba ser el zarevich Dmitrii, hijo de Iván IV el Terrible y muerto en 1591, como ya hemos relatado. El rumor de su supervivencia se había extendido por Moscú desde 1600, antes incluso de que el fantasma del hijo de Iván IV se personificase en el Falso Dmitrii. Según la mayor parte de los historiadores —y así aparece también en la ópera de Mussorgsky—, el Falso Dmitrii era un monje, Grigori o Grishka Otrepev, que había huido del monasterio Chudov, en Moscú, aunque persistan los enigmas en torno a su personalidad. Tras diversas peripecias, aparece en Lituania, donde, con el apoyo de los jesuitas —ya hemos hablado de su influencia en la corte de Segismundo III Vasa— y de diversos elementos de la nobleza, afirma sus legítimas

pretensiones al trono de Moscovia. Se atribuye un papel decisivo en la conformación o invención del Falso Dmitrii al nuncio papal en Polonia, Claudio Rangoni, que veía en el impostor un útil instrumento para la conversión de Rusia al catolicismo y que convencerá al papa Paulo V de su plan. Segismundo III, por su parte, ve en el Falso Dmitrii una herramienta providencial para sus ambiciones expansivas, que pasaban por el desmembramiento de Moscovia y por la conquista de Suecia.

A finales de 1604 y al frente de un pequeño ejército de unos 1.500 hombres, cosacos, polacos y algunos rusos, Dmitrii invade Rusia y, más que acciones militares, emprende una campaña propagandística en la que no faltan manifiestos y cartas estratégicamente dirigidas. Entre la población sin esperanza, especialmente en las zonas fronterizas del suroeste, su mensaje cala inmediatamente y pocos dudan de que sea otro que el auténtico hijo de Iván el Terrible. Más allá del aspecto dinástico, el movimiento adquiere el carácter de una revuelta de las regiones meridionales del Estado contra Moscú, como señala Platonov. Algunos historiadores, como su biógrafo Philip Barbour, estiman que el propio Dmitrii creía firmemente que era quien decía ser²⁵. Tras un período de espera en el que las tropas de Godunov y los magros efectivos de Dmitrii se vigilan y estudian, el zar dio la orden de atacar y con facilidad derrotaron a los invasores, que huyeron. Pero Dmitrii, refugiado en una fortaleza, había ganado ya la batalla de la propaganda y sus partidarios no cesaban de aumentar, tanto entre las desvalidas gentes del común como entre las mismas guarniciones militares.

El Falso Dmitrii es el primero de una larga serie de pretendientes-impostores, que son un rasgo muy peculiar y característico de la historia de Rusia. Crummey se ha preguntado por las razones de esta oleada de pretendientes-impostores y ha encontrado una explicación: solo cuando se dan dos condiciones simultáneamente, ilegitimidad del poder y agitación social, aparecen los pretendientes en la historia rusa. Los elementos oprimidos de la sociedad moscovita carecen de una ideología o de una concepción política alternativa que oponer al poder, porque no conciben otro orden sociopolítico que el que se fundamenta en la monarquía hereditaria, de modo que «la rebelión solo es defendible moralmente en nombre de un verdadero zar legítimo que ha sido desplazado por el usurpador que ocupa el trono». Por eso era probable la aparición de impostores «cuando las condiciones económicas eran malas y las tensiones sociales altas, y cuando se podía razonablemente cuestionar el derecho al trono del zar que está gobernando». De ahí que Crummey concluya que el Falso Dmitrii apareció porque existía una «demanda popular», y que la aparición de pretendientes se prolongó en Rusia, como una forma de protesta social, hasta bien entrado el siglo xx²⁶. Pero los impostores no aparecen solo en Rusia en aquella época, ya que en Occidente, desde que el rey de Portugal Don Sebastián desapareció luchando contra los moros en Alcazarquivir en 1578, surgieron algunos impostores que intentaron hacerse pasar por el rey perdido, al amparo de la creencia de que Don Sebastián volvería como liberador, ilusión mesiánica que se llamó sebastianismo. De hecho, cuando Rangoni escribió al papa Clemente VIII para informarle de la aparición del Falso Dmitrii, este escribió al margen de la carta: «Ha nacido un nuevo impostor portugués».

La situación cambia dramáticamente cuando Boris Godunov muere inesperadamente el 13 de abril de 1605 dejando como heredero a su hijo Fedor, de dieciséis años. Pero ni las tropas que vigilaban a los rebeldes ni los más importantes generales rusos, como Basmanov y los Golitsyn, accedieron a prestar juramento de lealtad a Fedor. Por el contrario, tropas y generales se pasaron en gran número al bando del Falso Dmitrii, que emprendió un triunfal paseo que le llevó a Moscú, donde entró como un conquistador el 20 de junio de 1605. Según era habitual en Moscovia, los Godunov y cuantos pertenecían al entorno inmediato de Boris fueron relegados, entre ellos el patriarca Job, que fue sustituido por un partidario del Falso Dmitrii, el sacerdote griego Ignacio, que coronó solemnemente a Dmitrii el 30 de julio en la catedral de la Asunción. Peor suerte corrieron la mujer y el hijo de Boris Godunov, el frustrado zar Fedor, que fueron asesinados. Entre los que se beneficiaron del nuevo régimen hay que señalar a la familia Romanov, que había sufrido los rigores de Godunov, y cuyo miembro más destacado, Fedor Nikitich, fue nombrado metropolitano de Rostov con el nombre de Filaret, con el que pasará a la historia de Rusia. La supuesta madre del nuevo zar, la viuda de Iván IV, María Nagoi, que estaba recluida en un monasterio como la monja Marta, fue llevada a Moscú, donde reconoció a «su hijo», con gran satisfacción de toda la familia, y recobró la influencia que había perdido desde la muerte del Terrible, veintidós años atrás. Una mención especial merece la suerte de Vasili Shuiskii, el «ponente» de la comisión de investigación que había declarado en 1591 la muerte accidental de Dmitrii. En el mismo año de 1605, Shuiskii había hecho dos cosas tan contradictorias como confirmar primero que Dmitrii efectivamente había muerto en Uglich, para después, cuando la victoria del Falso Dmitrii parecía probable, proclamar ante la multitud que el hijo de Iván IV había escapado a la muerte, por lo que el pretendiente era el auténtico Dmitrii. Vasili Shuiskii fue primero condenado a muerte, pero fue perdonado y se le permitió regresar a Moscú. Esta atención del Falso Dmitrii por la alta nobleza boyarda se explica porque su triunfo no se debe tanto al movimiento popular como al apoyo que le da la aristocracia descontenta con Boris Godunov.

El régimen del Falso Dmitrii, a pesar de sus prometedores comienzos, cayó muy pronto en la impopularidad más absoluta. Rodeado de jesuitas, a los que, como ya hemos dicho, había prometido en Polonia que llevaría Rusia al seno de la Iglesia católica, polacos y otras gentes ajenas al estilo y tradiciones de Moscovia, fue siempre visto como un extraño. Convertido en Polonia secretamente al catolicismo, sus vínculos con la Iglesia de Roma eran cada vez más patentes, así como su escaso seguimiento de los ritos ortodoxos. Se destaca, sin embargo, que, una vez en el trono, el Falso Dmitrii no solo no se plegó a las pretensiones del rey polaco, sino que, según rumores insistentes, planeó una invasión de Polonia. Además, observó estrictamente la tradición moscovita de la autocracia, hasta el punto de que utilizó el título de emperador, que no se establecería definitivamente hasta Pedro el Grande.

Pero el desconcierto y la frustración de los moscovitas fue en aumento y llegó a su punto culminante cuando el Falso Dmitrii se casó solemnemente con una aristócrata católica polaca, Marina Mniszek —hija de uno de los nobles que más le habían ayudado—, con la que ya había celebrado esponsales, por poderes, en Cracovia. La novia del zar llegó a Moscú el 2 de mayo de 1606 y el matrimonio se celebró el 8, según los ritos ortodoxos, aunque Marina, que fue

proclamada zarina, no abandonó su fe católica. Con ella vinieron aún más polacos, que se comportaron como si estuvieran en territorio conquistado, mostrando un enorme desprecio por los rusos. Todo aquello fue la gota que colmó el vaso. Los orgullosos boyardos no podían tolerar una situación como aquella, con un impostor en el ilustre trono moscovita, y algunos de ellos, pertenecientes a las viejas familias principescas, se sentían con más derechos al trono que el Falso Dmitrii, por lo que, ya antes de la boda, los príncipes Vasili Shuiskii, Vasili Golitsyn y otros boyardos se confabularon para acabar con el impostor. Con el pretexto de «liberar al zar de los polacos que querían matarlo», acantonaron tropas cerca de Moscú, que en la noche del 26 de mayo penetraron en la capital y se dirigieron al palacio, donde mataron a cuantos polacos encontraron, así como a los rusos que permanecían fieles al Falso Dmitrii. Una vez allí echaron a un lado el pretexto y, acusándolo de impostura, expresaron su verdadero propósito de destronar y eliminar al falso zar, que, entregado por los *streltsy* de la guardia, fue ejecutado, después, según parece, de que su «madre», María Nagoi, manifestara que se trataba de un impostor. El cuerpo del Falso Dmitrii fue descuartizado y quemado y sus cenizas disparadas por un cañón en dirección a Polonia. Durante dos días los moscovitas, que se habían echado a la calle, se dedicaron a la caza del polaco y del «latino»; en total murieron entre dos y tres mil personas. Así terminó la aventura del Falso Dmitrii como zar reconocido e instalado en Moscú, que había durado poco más de once meses.

Los boyardos debatieron cuál de ellos tenía más derecho al trono y, por supuesto, se olvidaron de que, pocos meses antes, Shuiskii y Golitsyn, que ya entonces conspiraban contra el Falso Dmitrii, habían ofrecido el trono moscovita al hijo del rey de Polonia, Ladislao. Tras diversas vicisitudes de las que prescindiremos, Shuiskii fue proclamado zar y se mantuvo en el trono durante siete años, pero nunca tuvo el control efectivo de todo el territorio moscovita, por lo que difícilmente se puede hablar de reinado, en el sentido pleno de este término. Durante este septenio, los Tiempos Turbulentos alcanzarán su momento culminante y Shuiskii apenas si logra ser reconocido como zar en Moscú y sus alrededores inmediatos, a pesar de los esfuerzos del patriarca Hermógenes por lograr que Vasili sea aceptado y se le preste el juramento de lealtad. De hecho, se produce la secesión de todas las regiones fronterizas, las *ukrainas*, así como de las ciudades y territorios situados al sur, como Tula, al este, como Riazan, en el lejano sureste, o como Ástrakhan, en la zona de la frontera polaco-lituana.

Pero todos sus esfuerzos son inútiles, porque en la conciencia popular sigue arraigada la idea de su ilegitimidad y, de acuerdo con el mecanismo a que hemos hecho referencia con anterioridad, continúa la floración de impostores, que se postulan como zares y se presentan como legítimos herederos de la dinastía histórica. Sin embargo, lo más notable o curioso es que el Falso Dmitrii «resucita», ya que se propaga el rumor de que había sobrevivido al asalto del Kremlin por los nobles boyardos y Marina Mnieszek, su viuda, hace que se sepa que ella no reconoce que el cuerpo expuesto ante el pueblo antes de ser disparado por el cañón sea el de su esposo. Aparece así la idea o el fantasma de un segundo Falso Dmitrii, y ya es solo cuestión de tiempo que alguien se apreste a desempeñar el papel. Se da incluso el caso de que el principal ejército popular contra Shuiskii, el de Bolotnikov, que llega a las puertas de Moscú en octubre de 1606, lucha en nombre de un Falso

Dmitrii que todavía no se ha «encarnado».

El segundo Falso Dmitrii aparece finalmente «en carne mortal» durante el verano de 1607. Hay una polémica acerca de quién sería verdaderamente este extraño personaje, que, de acuerdo con Skrynnikov, sería un maestro de escuela judío de nombre Bogdanko, convertido a la ortodoxia pero «guardando permanentemente consigo el Talmud», como escribe Heller²⁷. Riasanovsky señala que, contrariamente al primer pretendiente, este segundo Falso Dmitrii «sabía sin ninguna duda que era un impostor y sus lugartenientes no se hacían ninguna ilusión al respecto»²⁸. Apenas revelado, el nuevo impostor logra que se le sumen miles de personas y forma un ejército con el que se dirige a Moscú en la primavera de 1608. Fracasado en su intento de tomar la ciudad, se instala en Tushino, a unos pocos kilómetros al noreste del Kremlin, en lo que actualmente es área urbana de la capital, donde establece una corte y un gobierno. Es en este momento cuando se percibe el peor efecto de los Tiempos Turbulentos, la degradación moral de la sociedad moscovita. Un amplio número de nobles importantes se convierten en «pájaros migratorios» que van y vienen entre Moscú y Tushino, sin optar definitivamente por ninguno de los dos regímenes y manteniendo los contactos con ambos, a la espera de la evolución de los acontecimientos. No en vano es entonces cuando aparecen en la lengua rusa la palabra «tránsfuga» y la expresión «cambiarse de traje»²⁹. Entre los apoyos más decididos del nuevo impostor hay que citar a Filaret Romanov, metropolitano de Rostov y cabeza de la futura dinastía, que fue incluso promovido a la dignidad de patriarca, a pesar de que en Moscú ya existía otro patriarca, Hermógenes. En la corte del Bandido de Tushino, como se le conoce en la historia rusa, abundaban también los polacos, como ocurrió con el primer Falso Dmitrii. Muchos nobles polacos habían ayudado decisivamente al impostor a formar su ejército. A pesar de ello, Shuiskii y el rey de Polonia, Segismundo, firmaron un tratado de paz por cuatro años por el que se comprometían a no intervenir en los asuntos internos del otro. También negoció Shuiskii con el rey de Suecia, Carlos IX, concluyéndose entre ambos un tratado de asistencia militar. Pero era imposible mantener a la vez una alianza con Polonia y con Suecia, y Segismundo, después del acuerdo entre Shuiskii y Carlos IX, entendió que se había violado el tratado ruso-polaco y emprendió las hostilidades contra los moscovitas sitiando una vez más Smolensko. Los polacos presentan su campaña bajo el patrocinio de Ignacio de Loyola y Segismundo exige al papa Paulo V, que le apoya en su «cruzada», la pronta canonización del fundador de los jesuitas.

Las tropas ruso-suecas al mando del sobrino de Shuiskii, Skopin-Shuiskii, consiguen que los de Tushino levanten el sitio de Moscú y a principios de 1610 toda la región norte de Moscovia queda liberada del segundo Falso Dmitrii, que huye hacia el sur. Pero la aparente buena fortuna de Shuiskii se hunde definitivamente aquel mismo año. Los nobles que habían apoyado al segundo Falso Dmitrii le abandonan cuando huye, pero no se pasan a Shuiskii. Deseosos de encontrar un nuevo zar que no esté comprometido con ninguno de los clanes boyardos, los nobles de Tushino, entre los que no hay ningún representante de las grandes familias, forman una delegación para negociar con el rey de Polonia, Segismundo, la elección como zar de su hijo Ladislao. Al frente de la delegación estaba un boyardo llamado Mikhail Saltykov.

El 17 de julio de 1610, las masas entran en el Kremlin, se apoderan de Shuiskii y exigen su abdicación. El viejo y hábil Vasilii, con suerte hasta el último momento, salva la vida, pero es tonsurado, lo que, según el derecho canónico, le incapacitaba para el trono. Se inicia entonces el período final de los Tiempos Turbulentos, un interregno que se prolongará hasta 1613, durante el cual la única institución que desempeña unas ciertas funciones gubernamentales es la Duma de los boyardos. Empieza entonces la que Platonov denomina «fase nacional» de esta larga crisis, caracterizada por la injerencia de Suecia y, sobre todo, de Polonia en la política de Moscovia.

EL FIN DE LA CRISIS. LA ELECCIÓN DE MIKHAIL ROMANOV

A finales de 1610 el caos y la confusión reinan en Moscovia. En un movimiento que a los españoles nos puede recordar el alzamiento del alcalde de Móstoles, pero apoyado por toda la fuerza de la Iglesia ortodoxa, mensajeros recorren la tierra rusa difundiendo manifiestos que piden un levantamiento en armas contra los invasores. Se despierta el sentimiento nacional, al que se suma el religioso, que en realidad son uno y el mismo. No hay que olvidar tampoco, que los católicos polacos aspiraban a la extensión por toda Rusia de la Iglesia Uniata, algo absolutamente inaceptable para la visión nacional-ortodoxa de los rusos. Un ejército nacional formado por nobles, campesinos, antiguos soldados de Shuiskii y del bandido de Tushino, cosacos y gentes de la más diversa procedencia, al mando de una *troika* formada por nobles no boyardos, se pone en marcha hacia Moscú. En marzo de 1611 los polacos incendian la capital y se refugian en el Kremlin y en Kitaigorod, la ciudad vieja, donde son sitiados por los rusos dirigidos por la *troika*. Parece imposible que la situación pueda complicarse hasta tal extremo. Como reacción al caos se produce una especie de cantonalismo en virtud del cual cada territorio empieza a actuar con plena autonomía. Kliuchevskii afirma que «el país empieza a parecer una federación amorfa y decrepita».

Es entonces cuando se pone en marcha el segundo gran levantamiento nacional, que parte de la ciudad de Nizhni-Novgorod y que tiene como dirigente más destacado a Kouzma Minin. El papel que desempeñó el patriarca Hermógenes en el primer levantamiento, lo desempeña ahora otro eclesiástico, el archimandrita Dionisio, superior del monasterio de Santa Trinidad-San Sergio. Se forma así un nuevo ejército nacional que a principios de septiembre de 1612 sitia Moscú, ocupada por los polacos. Como ya había sucedido con el primer ejército nacional, en el seno del segundo funcionó un consejo de representantes de las diversas regiones, por lo que Riasanovsky afirma que venía a ser «algo así como un *Zemski Sobor* ambulante». Desde finales de octubre los rusos

desencadenan el asalto y, después de encarnizados combates, Moscú es liberada de los polacos. Se forma inmediatamente una especie de gobierno provisional que envía mensajeros a todo el reino pidiendo que se nombren representantes para un *Zemski Sobor* que debe elegir un nuevo zar. La respuesta es unánime.

A principios del año siguiente, 1613, se reunió el *Zemski Sobor*, formado por unos 500 representantes de todas las clases de la sociedad. Los delegados rechazan las candidaturas extranjeras y se inclinan por la elección de un aristócrata ruso, aunque años atrás habían preferido lo contrario para evitar las rivalidades entre los clanes de boyardos. Este simple hecho muestra que se había producido una evidente maduración de las clases dirigentes de la sociedad moscovita. Pero elegir un noble ruso no dejaba de ser complicado, pues algunos de los más destacados estaban retenidos o prisioneros en Polonia, otros se habían comprometido demasiado como colaboracionistas con los ocupantes y, finalmente, los dirigentes del movimiento popular no pertenecían a familias suficientemente distinguidas. Finalmente el *Zemski Sobor* elegiría como zar, el 7 de febrero de 1613, al joven Mikhail Romanov, hijo del patriarca Filaret, prisionero en Polonia, que solo tenía dieciséis años. Mikhail vivía bajo la protección de su madre, Marta, monja en un convento de Kostroma, que tuvo muchas dudas antes de permitir que su hijo asumiera una carga tan comprometida. Finalmente se produjo la aceptación y Mikhail fue coronado zar el 21 de julio de 1613. Se ponía así fin al largo período de los Tiempos Turbulentos.

LA FORMACIÓN DEL ESTADO MODERNO: LA DINASTÍA ROMANOV

LOS PRIMEROS ROMANOV: EL ZAR MIKHAIL Y SU PADRE FILARET

El período convulso que la historia ha denominado Tiempos Turbulentos termina con la elección, por parte de la asamblea de toda la Tierra rusa, en 1613, de Mikhail Romanov como nuevo zar. Con él se inicia la dinastía que gobernará el Imperio ruso hasta la revolución de 1917. Comienza entonces un lento período de recuperación. El nuevo zar se ve obligado a enfrentarse con un país devastado y con un Estado en plena bancarrota. Por todo el territorio merodean bandas armadas errantes dedicadas al pillaje. En Ástrakhan el cosaco Zarutski, con Marina Mniszek y el Pequeño Bandido, desafía al nuevo zar, mientras amplias zonas del país siguen ocupadas por tropas extranjeras, ya que prosiguen las guerras con Polonia y Suecia, que no tienen solo carácter territorial, dado que ambos países mantienen sendas candidaturas al trono ruso en las personas de los príncipes Ladislao y Felipe, respectivamente. Mikhail Romanov sube al trono, pues, en unas circunstancias en las que Moscovia está en ruinas, física, institucional y moralmente, y carece de todo atisbo de seguridad interior y exterior. El nuevo régimen tiene que partir de cero para afrontar una reconstrucción que se presenta difícil y compleja, pero que los rusos abordan con buen ánimo y con un talante que podemos denominar conservador, pues, mucho más que experimentos innovadores, lo que se hace es recoger y adaptar a la nueva situación los usos y prácticas tradicionales. Aunque, como veremos, los Tiempos Turbulentos no habían pasado en balde y dejan tras de sí nuevos enfoques y nuevas ideas.

El nuevo zar, de tan solo dieciséis años, es un joven inexperto y poco dotado para gobernar un país tan complejo en una situación tan difícil, y además le falta la presencia y el consejo de su padre, el inteligente y emprendedor Filaret, prisionero en Polonia. La madre, Marta, tiene una gran influencia sobre su hijo y tarda en dar su consentimiento para que el joven Mikhail asuma tan pesada carga. Durante los primeros cinco años de su reinado y hasta que regresa de su cautiverio Filaret, los principales cortesanos que rodean y aconsejan al nuevo zar pertenecen a su propia familia, los Romanov, pero también a otras, como los Saltykov, los Cherkassky, los Sitsky y los Sheremetiev, que desplazan a los que se habían comprometido con Shuiskii y con los polacos,

como los Golytsin, los Kurakin y los Vorotynski. Durante el reinado de Mikhail, el poder del zar se comparte con la Duma de los Boyardos y con el *Zemski Sobor*, que se reúne con mucha más frecuencia de lo que era habitual en los tiempos de la antigua dinastía.

El nuevo régimen empieza por restablecer el orden y la seguridad interior y, con mano de hierro, se dedica a acabar con las bandas de salteadores que asolan el territorio e imponen la ley de la violencia. Algunos de estos delincuentes son «nobles» que se han echado al campo o cosacos que habían tomado parte en las pasadas luchas sociales y dinásticas. En junio de 1614, los *streltsy*, la nueva infantería que se ha convertido en el elemento clave del ejército, cercan a 600 cosacos del Volga, que, con el polaco Zarutski al frente, eran lo que quedaba del contingente militar que apoyó primero al segundo Falso Dmitrii y, fallecido este, a su hijo el Pequeño Bandido y a la madre, Marina Mniszek. Los cosacos entregan a su jefe, a Marina y al hijo de esta, de solo cuatro años de edad, y prestan juramento de fidelidad a Mikhail, mostrando así su disposición al cambio de lealtades. Zarutski muere empalado, el pobre niño es ahorcado y Marina arrojada a la cárcel, donde muere poco después. Como señala Heller, durante mucho tiempo corrió sin embargo por Moscú el rumor de que el Pequeño Bandido seguía vivo. La sombra de los Falsos Dmitrii era decididamente muy alargada [...]. Pero no solo había bandidos en las estepas del sur.

Otra tarea prioritaria que debe afrontar el nuevo zar y sus consejeros es la paz exterior, lo que exige poner fin al estado de guerra con los poderosos vecinos occidentales, aun a costa de renunciar a viejas aspiraciones territoriales e incluso a tierras que siempre habían sido consideradas rusas. Moscovia está exhausta y no puede proseguir las hostilidades, pues carece de un ejército capaz de ponerse a la altura sus enemigos, uno de los cuales, Suecia, estaba formando el que muy pronto sería considerado el mejor ejército de Europa. Con los suecos, la ocasión para alcanzar la paz se presenta relativamente propicia, porque su nuevo rey, Gustavo Adolfo, está muy atento a las discordias religiosas europeas que darían origen a la serie de conflictos que han pasado a la historia como Guerra de los Treinta Años. Así es como se firma con Suecia, el 27 de febrero de 1617, la paz de Stolbovo, por la que Rusia renuncia a Ingria y Carelia, en el golfo de Finlandia, con lo que pierde el acceso al mar Báltico, tan fugazmente conseguido. Hasta un siglo después, en tiempos de Pedro el Grande, Rusia no contará con más puerto que el de Arkhangelsk, situado en la desembocadura del Dvina del Norte en el mar Blanco, cuyas aguas están heladas casi la mitad del año. Los suecos devuelven a Rusia Novgorod, Staraiia Ladoga, Gdov y las regiones limítrofes, aceptan levantar el sitio de Pskov y reciben una indemnización de veinte mil rublos. Con los polacos todo será bastante más complicado, pues todavía en 1617-1618 Ladislao, que se considera legítimo soberano de Moscovia sobre la base del acuerdo de 1610, lleva a cabo una campaña militar que le permite alcanzar Moscú, pero no puede ocuparla y tiene que retirarse a Tushino, donde se había instalado años atrás otro pretendiente, el segundo Falso Dmitrii. Este fracaso militar hace posible, el 1 de diciembre de 1618, el armisticio de Deulino, cuya duración se fija en catorce años y medio, en virtud del cual Rusia cede a Polonia Smolensko y una franja de territorio en la frontera occidental. Por este mismo armisticio los polacos liberan a los distinguidos prisioneros rusos que habían estado en su poder desde 1610. Entre ellos se encuentra Filaret, padre del nuevo zar, que, desde que llega a Moscú en 1619, no solo recupera el cargo y las

funciones de patriarca, sino que se convierte en el verdadero y efectivo gobernante. Su hijo le concede el título de Gran Soberano (*Veliki Gosudar*) y los documentos se redactan en nombre de los dos, aunque los historiadores estiman que era Filaret quien controlaba en exclusiva las riendas del poder. Algunos denominan incluso «régimen de Filaret» al período que transcurre desde aquel momento hasta su muerte en 1633.

Las imperiosas exigencias militares y la administración ordinaria del Estado hacen necesario un sistema fiscal, pero los intentos de establecerlo fracasan una y otra vez. Eso explica el desorden financiero heredado, que los Romanov no pudieron remediar. Al poco de subir Mikhail al trono, el *Zemski Sobor* establece un impuesto de «un quinto», es decir, un veinte por ciento, sobre todos los negocios, pero su recaudación fracasa porque el Estado carece de instrumentos administrativos adecuados y, sobre todo, la población está empobrecida. Los contribuyentes más importantes son los Stroganov, que, además, tienen que convertirse en prestamistas del Estado. También se le pide dinero a John Merick, que está al frente de la Compañía moscovita de mercaderes ingleses y que desempeñará también funciones de mediador en las negociaciones con Suecia. Las finanzas del Estado están en una situación tan lamentable que en 1620 el zar se dirige a los mercaderes moscovitas con estas palabras: «Sabéis que en el Estado moscovita reina la indigencia, como consecuencia de la guerra y de nuestros pecados; el Tesoro está vacío y no recauda nada, salvo las tasas de aduana y el dinero de los despachos de alcohol». La venta de alcohol es un monopolio del zar y se estimula el consumo, con las nefastas consecuencias a largo plazo que conocemos¹.

Con el regreso de Filaret se producen cambios de importancia en la administración: se renueva a fondo el sistema de los *prikazy* o departamentos ministeriales, que ya habían sido reformados a principios del reinado de Mikhail Romanov. Entre 1613 y 1619 se crearon, en efecto, once nuevas cancillerías, que vinieron a sumarse a las veintidós ya existentes, siete de las cuales persistieron durante todo el siglo XVII. Para mejorar la recaudación de impuestos, entre 1620 y 1630 se lleva a cabo un censo y un catastro, a la vez que se emprende la lucha contra el fraude y la corrupción. Aunque las arcas del Estado no logran escapar de su falta de recursos, se estima que durante el reinado de Mikhail se produce un cierto desarrollo económico. Una muestra de ello sería el aumento de la población, que llega a crecer hasta un cincuenta por ciento en algunas ciudades. Moscú alcanza las 27.000 familias, y otras quince ciudades superan las 500 familias, entre ellas Pskov, Novgorod, Kazan, Ástrakhan, Arkhangelsk, Vologda y Kholgomory.

Para avanzar en la lucha contra el bandidaje, que estaba muy lejos de haber sido erradicado, se restablece el sistema de autonomía local, con administradores elegidos, que había sido ensayado durante el reinado de Iván el Terrible. El país se dividió en distritos, *uezd*, al frente de los cuales había un *voivoda*. A efectos militares, estos distritos se agrupaban a veces, especialmente en las zonas fronterizas del oeste y del sur, en unidades territoriales más amplias, denominadas *razriady*. Se sientan así las bases de una reforma y modernización del Estado. Es, en efecto, en este momento histórico de los primeros Romanov cuando en Rusia se inicia la formación del Estado moderno y se superan definitivamente las reminiscencias de la época patrimonialista.

POLÍTICA EXTERIOR Y EXPANSIÓN TERRITORIAL

La tregua de Deulino había puesto fin al estado de guerra con Polonia porque, exhausta, Moscovia no estaba en condiciones de proseguir las hostilidades, pero los rusos —y muy especialmente Filaret— no renunciaban a recuperar las tierras rusas del oeste que habían quedado en poder de Polonia y, sobre todo, la ciudad de Smolensko. Entre 1618 y 1648, Europa entera se implicó en la Guerra de los Treinta Años, que fue, de hecho, la primera guerra continental europea y Filaret se propuso obtener ventajas de la situación, tomando partido a favor de los protestantes. El Imperio de los Habsburgo, que tras la Defenestración de Praga había tenido que afrontar la rebelión de Bohemia, no podía ayudar a sus aliados católicos polacos como había hecho hasta entonces y Filaret se planteó una posible alianza con Suecia, que en 1620 había roto las hostilidades con Polonia, pero, antes de que los rusos estuvieran preparados, el rey sueco, Gustavo Adolfo, firmó la paz con Polonia, después de haber conquistado Riga. A principios de 1631, Filaret hizo un llamamiento a Inglaterra, Escocia, Dinamarca y Holanda para que le ayudaran en la lucha contra el flanco oriental del bloque católico que dirigían los Habsburgo y, poco después, rusos y suecos negocian una nueva coalición contra Polonia. Detrás de estas luchas en la orilla sur del Báltico, lo que está en juego es el dominio por este mar en el que, hasta ese momento, la potencia dominante había sido Dinamarca, que tenía el control de los estrechos de acceso al mismo.

Cuando en 1632 murió el rey de Polonia, Segismundo III, Filaret pensó que era el momento adecuado para atacar a los polacos, implicados, como era habitual en tales situaciones, en la batalla por la sucesión al trono. Un *Zemski Sobor* convocado al efecto aprobó el proyecto, pero hubo que aplazar el ataque porque los tártaros de Crimea llevaron a cabo una incursión, a pesar de los acuerdos existentes. Finalmente se reclutó un ejército dirigido por el boyardo M. B. Shein, con experiencia en la defensa de Smolensko, la ciudad que se pretendía recuperar. Mientras las tropas rusas avanzaban y conquistaban algunas ciudades, se intentaba sellar la deseada alianza con Suecia e incluso lograr la participación del Imperio otomano en la guerra contra Polonia. Pero los turcos se encontraban inmersos en su lucha con el sah de Persia y los suecos rompieron la alianza con los moscovitas, sobre todo después de la muerte de Gustavo Adolfo en la batalla de Lützen, en Sajonia, el 6 de noviembre de 1632, en la que los suecos vencieron a los imperiales comandados por el famoso Wallenstein. Los rusos se quedaron solos, pero, después de un largo asedio invernal, Shein tomó Smolensko en la primavera del 1633, aunque las divisiones entre los generales rusos, la baja moral de las tropas, el agotamiento de los recursos, una nueva amenaza de los tártaros, que llegaron muy cerca de Moscú, y el contraataque polaco dirigido por el nuevo rey Ladislao IV (el zar que no llegó a sentarse en el trono de Moscovia) obligaron a Shein a abandonar la codiciada ciudad. De los 35.000 soldados que habían salido de Moscovia, solo regresarían 8.000. Entretanto Filaret había muerto y Shein se vio forzado a aceptar un armisticio. Se trataba de la paz «perpetua» de Polianovka, firmada en el verano de 1634, en virtud de la cual Polonia conservaba todas sus conquistas, incluida Smolensko. La única ventaja que obtenían los rusos, si es que se

puede considerar así, era la renuncia de Ladislao a sus pretendidos «derechos» al trono de Moscovia [...] a cambio de un «presente» informal de 20.000 rublos. Sucedió que el astuto polaco aspiraba al trono sueco, y con vistas a conseguirlo pretendía solucionar los asuntos pendientes con los rusos.

Terminada en el fracaso y la frustración la llamada Guerra de Smolensko, Moscovia tuvo que ocuparse de la frontera sur, donde tenía pendiente el secular problema de la presencia de los tártaros de Crimea, apoyados por el poderoso Imperio otomano. Para un país continental, que acababa de ver cerrado su acceso al mar Báltico, era imperativo intentar llegar al mar Negro, pero Moscovia no se encontraba con fuerzas para acometer ese empeño. Mucho más grave y urgente era la presencia, en las orillas de ese mar meridional, del khanato tártaro de Crimea, desde el que continuamente se lanzaban ataques e incursiones, que obligaban a los campesinos rusos a vivir en un permanente estado de inseguridad. Solo durante la primera mitad del siglo XVII murieron doscientos mil rusos, hombres, mujeres y niños, víctimas de las incursiones tártaras. Según señala Isabel de Madariaga, cada año miles de rusos, capturados por los tártaros de Crimea, eran vendidos como esclavos en Constantinopla².

Eso explica que en los años inmediatamente posteriores a la Guerra de Smolensko el gobierno del zar dedique un enorme esfuerzo a establecer y fortificar una compleja línea defensiva en la frontera sur. Esta actuación fue especialmente intensa en el bienio 1635-1636, pero hasta la década de los cuarenta no se completó la llamada «línea de Belgorod», que dio a Moscovia más seguridad de la que había tenido hasta entonces frente a la amenaza tártara. Este programa de construcción de fuertes y ciudades fortificadas (como Tambov, fundada en 1635) se acompañó con una intensa política colonizadora. La culminación de esa política sureña era, sin duda, el acceso al mar Negro, pero tal objetivo quedaba totalmente fuera de cualquier proyecto realista. Los rusos aspiraban, en concreto, a conquistar Azov, fortaleza situada a orillas del mar de su nombre que, en realidad, no es sino un cerrado golfo desde el que era posible acceder al mar Negro. Pero Moscú no se atrevía a lanzar el ataque, tanto por su propia debilidad, aumentada por la inexistencia de una flota que le permitiera el asedio de la plaza fuerte marítima, como por la convicción de que una guerra contra el khanato de Crimea suscitaría la intervención del Imperio otomano, aliado y protector de los tártaros.

Los cosacos

En este punto, es preciso referirse a los cosacos, que desempeñan un importante papel en el proceso de la expansión imperial de Rusia. Nos hemos ocupado de ellos ya con anterioridad en muchas ocasiones, pero es preciso analizar con más detalle quiénes eran y qué papel desempeñan en esta importante coyuntura de la historia rusa y en la historia de Ucrania, que no se puede

escribir sin hacer mención de ellos³. La palabra «cosaco» procede, según algunas interpretaciones, del turco *kazak* y significa aventurero y hombre libre. Algunos filólogos aproximan el término a *koza*, «cabra», porque los cosacos a caballo son rápidos y ligeros como cabras. No se discute solo el nombre, sino también el origen de los cosacos. Voltaire les hace descendientes de los tártaros; para otros son descendientes de una tribu turca, y hay quien ve en ellos el último residuo de los polovtsianos. Vasilii O. Kliuchevskii afirma que los cosacos son una parte de la sociedad rusa que, originariamente, existió en toda Rusia y los considera una consecuencia de las luchas contra los tártaros.

Cuando disminuyeron los peligros de la invasión tártara —escribe— se produjeron una serie de luchas menores entre los habitantes de las estepas fronterizas y los tártaros nómadas. Las ciudades fortificadas fronterizas fueron el punto focal de la lucha. Como resultado de todo ello, apareció una clase de hombres armados que marchó a la estepa para pescar y cazar⁴.

La información más antigua que se tiene sobre los cosacos data del siglo xv y alude a los «cosacos de Ryazan», que en 1444 defendieron la ciudad contra los tártaros, lo que confirmaría que los primeros enfrentamientos entre cosacos y tártaros tuvieron lugar en la franja oriental de la estepa del sur, según señala Kliuchevskii. Ya en el siglo xvi, un cronista polaco, Marcin Bieski, que se supone conocía bien la cuestión porque un tío suyo era *starchina* o coronel del ejército cosaco, afirma, en línea con la posición de Kliuchevskii, que la «cosaquería» (*kazatchestvo*) procede de las poblaciones locales. Ese es también el punto de vista de los historiadores ucranianos, que «explican la aparición de los cosacos por las condiciones de vida de la época, que obligaban a los hombres a armarse para defender su vida y sus bienes y, por tanto, a llevar un modo de vida militar»⁵. En cualquier caso, los cosacos formaban comunidades que habitaban en el sur y el sureste de Moscovia en tierras sometidas, al menos teóricamente, a Lituania y Polonia. Gozaban de un alto grado de independencia e incluso de ciertos privilegios a cambio de servicios militares a los Estados vecinos. Algunos documentos del mismo siglo xvi refieren también el caso de algunos hijos de boyardos empobrecidos que se marchaban a la estepa y se juntaban con los cosacos, compartiendo su vida durante algún tiempo, para después reintegrarse a sus lugares de origen.

Según el mismo Kliuchevskii, el «país cosaco» original abarcaba el territorio comprendido dentro de una línea que atravesaba la zona urbana fronteriza del Volga central, hasta Ryazan y Tula, después giraba bruscamente hacia el sur, hasta el Dniéper, a través de Putivl y Pereyaslav. Kliuchevskii afirma que las primeras comunidades cosacas fueron las formadas por «cosacos urbanos», sobre todo procedentes de Ryazan, que fundaron establecimientos, a la vez militares y comerciales, en la región del alto Don. Estos cosacos del Don se convertirían en el prototipo de los cosacos de la estepa. Posteriormente, a mediados ya del siglo xvi, Dmitrii Wisniewcki funda sobre la isla de Khortitsa, en el Dniéper, al abrigo de los infranqueables rápidos, la *Setch* o, en ucraniano, *Sitch* (ciudad fortificada de madera) de los *zaporozhi*, que quiere decir «los de más allá de los rápidos». Más tarde, las comunidades cosacas, que tenían una organización militar y estaban dirigidas por un *ataman* —palabra, al parecer, derivada del alemán *hauptmann*, capitán—,

están formadas por campesinos de Polonia, Lituania y Moscovia que, huyendo de sus señores y de la autoridad, se establecen en las regiones del Dniéper y del Don para escapar al poder del Estado polaco-lituano, mantener la religión ortodoxa o bien, simplemente, para liberarse de la servidumbre. La lengua de estos grupos se diferencia progresivamente del ruso y evoluciona hasta convertirse en la lengua ucraniana. Estos cosacos del Dniéper, es decir, los cosacos ucranianos, adquieren una enorme importancia porque, de alguna manera, asumen una cierta personalidad internacional y se convierten en un elemento clave en los conflictos que tienen como principales actores a Rusia, Lituania, Polonia, Turquía y la Crimea tártara. Desde el Dniéper, estos cosacos atacaban con frecuencia por tierra y mar a las ciudades tártaras y turcas, y con sus embarcaciones ligeras se aventuraban en el mar Negro, hasta llegar incluso a las costas del sur y acercarse a Constantinopla por el Bósforo.

Aunque sometidos teóricamente a Polonia, los cosacos eran de hecho independientes, lo que no impedía que los turcos reclamaran ante Polonia por las incursiones de aquellos díscolos súbditos de la *Rzeczpospolita*. Durante bastante tiempo desempeñan, sin embargo, un útil papel defensivo como custodios de la frontera frente a turcos otomanos y tártaros de Crimea, contra los que, muy a menudo, además de las citadas incursiones, lanzan ataques de represalia. Durante el reinado de Esteban Bathory (1575-1587), los cosacos habían sido reconocidos oficialmente, a pesar de las reticencias de la Dieta polaca, y los que se dedicaban a tareas militares ven confirmada su autonomía. Se crearon seis regimientos, cada uno formado por mil jinetes. Los cosacos no reconocidos son considerados forajidos. Las relaciones con Polonia son, a pesar de todo, difíciles y a principios del siglo XVII se registran diversos enfrentamientos. Poco a poco los cosacos se vuelven hacia Rusia y participan activamente en los movimientos populares y militares durante los Tiempos Turbulentos. Los zares no facilitan al principio estos contactos porque no quieren añadir nuevos motivos al secular enfrentamiento con Polonia, de cuya soberanía teórica dependen los cosacos. A partir de la segunda mitad del siglo XVI el número de cosacos aumentó notablemente, ya que a las comunidades cosacas del Dniéper afluían continuamente fugitivos procedentes de Rusia, Polonia y Lituania, entre otros países. Se sabe, por ejemplo, que algunos tártaros de Crimea conversos a la ortodoxia fueron admitidos en las comunidades cosacas⁶. Como describe Gogol en *Taras Bulba*, el rito de inclusión en la comunidad era de una enorme simplicidad y solo se comprobaba la fe ortodoxa del recién llegado, para lo cual se le pedía que hiciera la señal de la cruz, que era una manera simple de diferenciar a los ortodoxos de los católicos. Estas comunidades tienen un carácter popular, ya que los magnates de la zona se «polonizan» e incluso se marchan hacia el oeste, mientras no cesa la llegada de elementos populares de las procedencias citadas⁷.

La «religiosidad» de los cosacos tenía un carácter puramente ritual y, como escribe Kliuchevskii, «la ortodoxia [...] una idea abstracta con la que no se sentían comprometidos y que era irrelevante para la vida del cosaco. En tiempo de guerra —continúa— no discriminaban entre rusos y tártaros y, de hecho, se comportaban peor con los rusos que con los tártaros». En 1636,

Adam Kissel, emisario del gobierno ante los cosacos, escribía que estos estaban fuertemente vinculados a la religión griega ortodoxa y a su clero, aunque se comportaban más como tártaros que como cristianos en cuestiones religiosas. El mismo Kliuchevskii afirma que «los cosacos eran netamente amorales y [que] habría resultado difícil encontrar en la *Rzeczpospolita* otro grupo con tan bajos criterios de moralidad y conciencia social». Como elemento de comparación, el historiador ruso añade que «posiblemente solo la jerarquía de la Iglesia Pequeño-Rusa [es decir, ucraniana], antes de la Unión de las Iglesias, era tan ignorante y retrasada como los cosacos». Estos, por otra parte, «nunca sintieron que Ucrania era su patria, posiblemente porque, intelectualmente, eran incapaces de hacerlo». La historia de las rebeliones cosacas contra los reyes y los terratenientes polacos llena una buena parte de los últimos años del siglo XVI, que fueron testigos de las brutales incursiones de los jefes cosacos Kosinski, Nalivaiko y Loboda. Kliuchevskii concluye que, «eventualmente, estos mercenarios sin dios y sin Estado se vieron forzados a unirse bajo una bandera religiosa y nacional y se vieron destinados a convertirse en bastión de la Ortodoxia de Rusia occidental»⁸. Efectivamente, poco a poco los cosacos *zaporozhi* del Dniéper se transforman en defensores de la Ortodoxia perseguida y marginada por los católicos polacos y en 1625 el metropolitano de Kiev les convoca para que defiendan a la población ortodoxa. A partir de ahí, la ruptura definitiva con Polonia y la aproximación al zar moscovita se va haciendo crecientemente inevitable.

Mientras tanto, en 1637, los otros cosacos, los cosacos del Don, conquistan, por propia iniciativa, Azov, fortaleza turca cerca del mar del mismo nombre, y resisten con éxito el tardío y formidable contraataque terrestre y naval que los turcos llevaron a cabo en 1641. Después de un sitio de tres meses el ejército turco, fuerte de 300.000 efectivos, se vio forzado a abandonar la empresa ante la heroica resistencia de los 7.590 cosacos. A continuación, los cosacos ofrecieron la plaza al zar, al que sitúan ante un penoso dilema: Azov suponía el cumplimiento de la vieja aspiración moscovita de llegar al mar, pero, por otra parte, aceptar ese preciado regalo supondría, con toda seguridad, una guerra con el Imperio otomano —que ya había exigido al zar su devolución— en la que Rusia tendría pocas posibilidades de obtener la victoria. No obstante, Mikhail Romanov convocó en 1642 un *Zemski Sobor* en el que se sometió a deliberación la cuestión de Azov. Mientras la nobleza de servicio se inclina por la guerra, los mercaderes y las gentes de las ciudades prefieren el abandono, con el argumento del alto costo financiero de una campaña militar. Al zar le convencen estos últimos argumentos y ordena a los cosacos que se retiren. Azov es abandonada, pero los tártaros, que entendieron la evacuación como una señal de debilidad, arremetieron en sus ataques contra las zonas fronterizas del sur.

Moscovia consolida su presencia en toda la región del Volga, teatro permanente de luchas tribales y actividades de bandidaje. Los tártaros de la nómada horda de Nogai, presionados por los kalmukos, mantuvieron durante el período que se extendió entre 1634 y 1636, duros enfrentamientos con los cosacos del Don, hasta que lograron reunirse con los tártaros de Crimea, que así se vieron fortalecidos. Más pacíficas fueron las relaciones con los bashkires, situados en la zona de los Urales y cuya capital, Ufa, se convirtió en un destacado centro comercial y en un obligado lugar de paso en la ruta sureña hacia Siberia. Los bashkires prestaron juramento de

fidelidad al zar, pagaron tributo y contribuyeron a la defensa de la frontera, lo que no impidió, ya en el siglo XVIII, que se rebelaran contra las autoridades moscovitas.

Expansión en Siberia

Mientras por el sur la situación era de conflicto, latente unas veces, manifiesto otras, por el este la expansión colonial continuó, a través de las amplias extensiones de Siberia, durante el siglo XVII y desde el principio, a pesar de la crisis. El interés de Rusia por los territorios al este de los Urales se remontaba, al menos, al siglo XIII, época en la que los mercaderes de Novgorod mantenían ya relaciones comerciales con los pueblos fineses que habitaban más allá de los Urales, a los que compraban pieles destinadas al mercado hanseático. Además, en la primera mitad del siglo XVI los pescadores rusos del mar Blanco habían explorado las costas septentrionales de Siberia en torno a las desembocaduras del Obi y del Yenisei. Algo más tarde, las exploraciones de marinos británicos, como Willoughby (1554), Burrugh (1556), Pet y Jackman (1580), y holandeses, como Barents (1594-1597), permitieron un mejor conocimiento de las costas siberianas. Es en esta época cuando los rusos realizan sus primeros establecimientos en el llamado Gran Norte, fundando en 1584 el puerto de Novokholmogory, llamado más tarde Arkhangelsk, en la desembocadura del Dvina del norte, y el de Obdorsk, sobre el Obi, en 1595.

Entretanto, y como ya hemos relatado, se había llevado a cabo la conquista del khanato tártaro de Sibir, que ocupaba la cuenca del Obi, y la penetración, que empezó siendo puramente comercial, a cargo de los Stroganov, se fue haciendo más permanente. La colonización de la cuenca del Obi, el más occidental de los ríos siberianos, había avanzado sobre todo después de la fundación de Tobolsk, a orillas del Irtysh, su principal afluente, en 1587. El control de la cuenca del Yenisei se consolida en 1628 con la fundación de Krasnoyarsk, y no mucho más tarde, hacia 1630, se controla la cuenca del Lena y se funda, a sus orillas, la ciudad de Yakutsk en 1632. En la primera mitad del siglo XVII ya se habían instalado en Siberia unos 40.000 campesinos rusos que gozaban del estatuto de campesinos libres, mientras que, paradójicamente, en la parte europea se consolidaba la situación de servidumbre. No todos estos colonos eran voluntarios, ya que algunos eran enviados allí por la fuerza, lo que reproduce el fenómeno ya conocido de los campesinos que huyen. Algunos de los peores rasgos de la vida rusa, como el alcoholismo, se transplantan a Siberia y adquieren tal gravedad que el gobierno ordena cerrar los establecimientos que vendían bebidas alcohólicas en Tobolsk. Los establecimientos rusos eran, en un principio, fortines que servían como símbolos de la autoridad del zar y como casas de postas y lugares de intercambio mercantil. Tomsk, fundado en 1604, contaba a mediados de siglo con 1.000 habitantes y se consideraba ya como una ciudad. Se calcula que entre 1610 y 1640 los rusos habían avanzado, del Obi al Pacífico, unos 4.800 kilómetros, en un proceso de exploración y conquista que ha sido comparado, muy a menudo y con razón, a la conquista americana del Oeste. Siberia era, como escribe Paul Duker, «un lugar de misterio y fábula» que atraía a los aventureros y que dio origen a

no pocos relatos fantásticos, de los que se hace eco en su diario el explorador inglés John Tradescant, que hacia el 1618 viajó, vía cabo Norte, por el norte de Rusia y describió a los samoyedos⁹. El aspecto religioso o misionero también tuvo importancia en la colonización siberiana, como muestra el hecho de que en 1621 el patriarca Filaret designara a Cipriano primer obispo siberiano. Pero el aspecto económico de la colonización siberiana posee también una excepcional relevancia, ya que el comercio de pieles, principal riqueza del inmenso territorio, se convierte en una de las principales fuentes de ingresos del exhausto Tesoro moscovita.

Los cosacos de Tomsk dieron cuenta en 1632 de la existencia del río Amur y poco después llegan hasta él. En 1639, un destacamento ruso llegó al océano Pacífico, cerca de Okhost, y cuatro años después una expedición exploró Transbaikalia (es decir, la zona más allá del lago Baikal, en Siberia oriental) y, siguiendo el curso del Amur, llegó a su desembocadura, también en el Pacífico, frente a la isla de Sakhalín. El Amur se convertiría en la frontera natural entre Rusia y China, y ya desde entonces se establecieron contactos intermitentes con el gran imperio asiático. Los primeros contactos se produjeron cuando en 1618 el *voivoda* de Tobolsk, príncipe Kurakin, envió a Pekin a los cosacos Iván Petlin y Andrei Mundov. Allí recibieron dos cartas del emperador Wan-Li dirigidas al zar Mikhail, pero su contenido no se conoció hasta 1675 por la ignorancia de la lengua china en el correspondiente *prikaz*¹⁰ moscovita.

Además de la expansión colonial hacia el sur y el este, durante el reinado de Mikhail Romanov se lleva a cabo una intensa actividad diplomática que ya no se limita a los tres países clave de la política exterior moscovita: Polonia, Suecia y Turquía, con los que los conflictos de intereses obligan a permanentes negociaciones, cuando no se está con alguno de ellos en abierta situación bélica. Con el zar Mikhail se intensifican las relaciones políticas y comerciales con Inglaterra, Escocia, Holanda y Francia. Ya nos hemos referido a las relaciones comerciales con Inglaterra, iniciadas en tiempos de Iván el Terrible y que siguen siendo importantes. Con Dinamarca se produce un intento de estrechamiento de relaciones, ya al final del reinado de Mikhail, que no tuvo un final feliz debido a la inflexibilidad moscovita. En la primavera de 1642, el zar envió una misión especial a Dinamarca para ofrecer la mano de su hija Irene al príncipe Waldemar, hijo del rey Cristián IV. Los enviados rusos se comportaron de una manera escasamente de acuerdo con las convenciones diplomáticas vigentes entre los países europeos y hasta se negaron a mostrar un retrato de la princesa, práctica habitual en este tipo de misiones, al parecer porque temían que le echasen mal de ojo y se causase algún daño a su salud. Hay que recordar que las mujeres rusas vivían habitualmente recluidas en el *terem*, una especie de gineceo o zona apartada de la casa a la que solo tenían acceso los parientes más próximos. La contemplación de las mujeres al natural o en efigie no estaba bien vista en la cultura rusa, como en otras culturas orientales y mediterráneas. Además, estaba también establecido que el esposo no viera a la esposa hasta después de la ceremonia nupcial. La negativa del príncipe danés a abandonar el luteranismo impidió, asimismo, que las negociaciones avanzasen al principio, aunque finalmente los rusos admitieron que el danés conservase su fe luterana. No obstante, cuando Waldemar viajó a Moscú, con un séquito de trescientas personas, el afán proselitista del zar, empeñado en hacer de su futuro yerno un buen ortodoxo, siguió presionando al danés hasta el punto de efectuar con él algo parecido a un arresto

domiciliario. El clero ruso hace todo lo posible por bloquear este matrimonio por considerarlo una consecuencia de la creciente y peligrosa influencia protestante en Moscovia, y al final alcanza su objetivo. Waldemar intenta en vano huir y el desgraciado incidente solo termina cuando Mikhail, que había caído en una profunda depresión tras la muerte de sus dos hijos mayores, murió en julio de 1645, a la edad de cuarenta y ocho años, dejando como heredero a Aleksis, de dieciséis años, los mismos que tenía él cuando subió al trono en 1613.

Durante el reinado de Mikhail se incrementa la presencia de extranjeros en Moscovia, que se había iniciado el siglo anterior. La actitud de los rusos respecto de los extranjeros es ambivalente. Por una parte, los extranjeros son objeto de un rechazo total e incluso de una manifiesta hostilidad, pero, por la otra, se les considera necesarios porque sin ellos es imposible abordar las inaplazables exigencias de modernización en sectores tan sensibles como el ejército o la administración. A los extranjeros se les permite la creación de empresas, tales como fábricas de cañones, de munición, de cristalería, de relojería, joyería o curtidos. Pero la desconfianza ante los latinos o los luteranos no se doblega y se procura que estos establecimientos industriales se instalen lejos de los centros habitados. Se trata de evitar, en suma, que estos herejes necesarios contagien al buen pueblo ortodoxo ruso. Entre 1620 y 1630 existían en Moscú, al menos, una iglesia calvinista, construida y mantenida por los holandeses residentes, y tres luteranas que atendían al millar de familias protestantes que, según Adam Olearius, autor de una valiosa *Relation du voyage en Moscovie, Tartarie et Perse*, publicada en 1659, vivían en Moscú. Al final solo se permitió una iglesia protestante, radicada en *Nemestkaia sloboda*, el barrio de los alemanes, que estaba a varios kilómetros del centro de Moscú.

Los extranjeros eran especialmente necesarios para el ejército, que estaba muy retrasado en comparación con los ejércitos occidentales. Los cuadros de mando del ejército ruso estaban formados, en muy buena medida, por oficiales mercenarios procedentes de otros países, especialmente de los países protestantes del norte de Europa, que aportaban las nuevas técnicas de organización y armamento. Mientras en el resto de Europa lo habitual eran soldados mercenarios extranjeros encuadrados por oficiales nacionales, en Rusia la tropa era, aunque no exclusivamente, nacional, y la oficialidad, extranjera. En torno a 1630 Rusia contaba con unos 5.000 soldados de infantería no rusos y, de acuerdo con las normas de reclutamiento, se podía aceptar a hombres de todas las naciones, siempre que no fueran católicos. Todo esto ocurre en el contexto de un espectacular incremento de los efectivos militares, que, a lo largo del siglo, pasan de un total de unos 100.000 a unos 300.000 hombres hacia la década de los sesenta. Y de todos estos efectivos, al menos una cuarta parte eran extranjeros.

A pesar de las reticencias respecto de los luteranos (ya Iván el Terrible decía que el nombre de Lutero procedía de la palabra rusa *luty*, que significa malvado, diabólico), son los extranjeros procedentes de los países protestantes los que dejan sentir su presencia en Moscovia. Esta actitud recelosa hacia los protestantes es, sin embargo, poco intensa si se la compara con el rechazo total y furibundo que suscitan los latinos, término en el que se incluye a todos los católicos. Los países nórdicos aportan a Moscovia las nuevas técnicas militares, así como la táctica y los sistemas de formación y entrenamiento de los soldados.

En contra del tópico que atribuye a los rusos una total indiferencia hacia la marina de guerra hasta la época de Pedro el Grande, es también durante este conflictivo período a caballo de los siglos XVI y XVII cuando se inicia el interés por las cuestiones navales. Los rusos perciben la necesidad de dotarse de barcos cuando el control de los ríos Volga y Don, que desembocan, respectivamente, en el mar Caspio y en el mar Negro, les enfrenta a persas y turcos, que ya poseían medios navales en esos mares. Daneses, ingleses y holandeses prestan la primera ayuda para este empeño. Billington sintetiza así los esfuerzos anteriores a Pedro el Grande por construir una fuerza naval: «Iván IV fue el primero en pensar en una armada; Boris Godunov, el primero en construir buques que navegasen bajo pabellón ruso; Mikhail Romanov, el primero en construir una flota fluvial, y Aleksis, el primero en construir un buque ruso oceánico»¹¹.

El interés por la «ciencia militar» tuvo efectos positivos en otros ámbitos de la vida social y económica. Dice el mismo Billington que «la revolución científica llegó a Rusia tras la revolución militar y, durante muchos años, la ciencia natural fue entendida básicamente al servicio del *establishment* militar»¹². No en vano la palabra *nauka*, usada más tarde en Rusia como equivalente a ciencia y aprendizaje, fue utilizada en el manual militar de 1647 como sinónimo de «destreza militar».

LOS ROMANOV, DE ALEKSIS A PEDRO EL GRANDE

Como ya hemos referido, a la muerte del zar Mikhail en 1645, un *Zemski Sobor* ratificó como zar a su hijo Aleksis, que tenía dieciséis años, los mismos que su padre cuando accedió al trono en 1613. Sin embargo, alguien extendió el rumor de que Aleksis no era hijo auténtico de Mikhail, porque Boris Morozov habría llevado a cabo un cambio de personas¹³. Este Morozov había sido el preceptor de Aleksis y, desde su acceso al trono, se convirtió en su principal consejero. Su poder, que ya era considerable, aumentó cuando, a principios de 1648, exactamente diez días después de que Aleksis contrajera matrimonio con María Miloslavsky, él se casó con Ana, hermana de la nueva zarina, a pesar de la diferencia de edad. El suegro del zar, príncipe Ilia Miloslavsky, desempeñó también un papel importante en el entorno de Aleksis.

Aleksis fue denominado *el muy apacible* (traducción de griego bizantino *galenotetos*), a pesar de que, según el testimonio de sus contemporáneos, tenía un carácter explosivo y reinó durante una época que no se caracterizó, precisamente, por la tranquilidad. El largo reinado de Aleksis (1645-1676) estuvo plagado de revueltas urbanas en Moscú y otras ciudades, que culminan, ya

muy al final, en una guerra campesina de muy amplio alcance, la rebelión de Stenka Razin. Fue un período también de muchas guerras, perdidas casi siempre, pero que consiguen para Rusia la devolución de Smolensko y la adquisición de Ucrania. Seguramente el acontecimiento más importante del reinado fueron las disputas religiosas provocadas por las reformas de los ritos y de los textos eclesiásticos, que desembocó en el cisma (*raskol*) de los Viejos Creyentes, que había de tener enormes repercusiones en la historia rusa. El sometimiento de la Iglesia al Estado que resulta de esa crisis trae consigo la secularización y una primera y limitada recepción del espíritu de la ciencia moderna, que ya estaba transformando Europa occidental. La restauración de la autocracia absoluta corre de forma paralela a otros cambios importantes en la estructura social, como la consolidación de la servidumbre y de la nueva nobleza de servicio, que durante mucho tiempo serán las señas de identidad del régimen zarista. Como señala Heller, aunque el reinado de Pedro el Grande eclipsará a Aleksis, «un hecho es, en todo caso, cierto: sin los progresos realizados y los éxitos obtenidos bajo el gobierno de Aleksis, las reformas de Pedro habrían sido imposibles»¹⁴.

El descontento de la población adquiere, casi desde el primer momento, unas proporciones preocupantes, por muy diversos motivos. La nobleza está molesta por el monopolio del poder por parte de la camarilla que rodea al zar, los mercaderes por los privilegios que se han concedido a los extranjeros, el pueblo en general por los impuestos y, muy especialmente, por el incremento del impuesto sobre la sal a principios de 1646. La reducción de este impuesto, a finales de 1647, no calma el descontento porque nuevos impuestos vienen a gravar a la esquilmada población. Aunque la inquietud no se limita a la capital, es en Moscú donde estalla la revuelta, el 1 de junio de 1648, cuando se producen varias detenciones entre una multitud que pretendía acercarse al zar, para expresarle su protesta. En los días siguientes, la Revuelta de la Sal —como ha sido denominada— crece y los revoltosos exigen que se les entregue a Pleshcheiev, hombre de confianza de Morozov y encargado del *prikaz*, que recibe las quejas de la población. Al mismo tiempo se acusa de corrupción tanto a Morozov como a Pleshcheiev y a un tercer alto funcionario, Trakhaniotov, especialmente odiado por los hombres de servicio. Después de varios días de vandalismo desatado, de asalto y destrucción de las casas de boyardos distinguidos, de fuego, que afectó a una buena parte de Moscú, el zar se vio forzado a entregar a la expeditiva justicia popular a Pleshcheiev, pero se resistió a enviar al exilio a Morozov, como le pedían los amotinados, hasta que la presión de estos se impuso y el favorito fue despedido, aunque regresó poco después de transcurrido un año. Revueltas parecidas se desencadenaron, ya en 1650, en otras ciudades, como Novgorod y, sobre todo, Pskov, donde protestaban por la exportación de grano a Suecia, en una época de cosechas pobres.

En septiembre de aquel mismo año 1648, se convocó un *Zemski Sobor* que prolongó sus sesiones hasta enero de 1649 y que llevó a cabo un importante trabajo, sobre todo por la aprobación del nuevo código legal conocido por *Ulozhenie*, que estaría vigente en Rusia hasta 1835. Pero en el *Sobor* quedaron también a la vista las inquietudes y preocupaciones de las «fuerzas vivas» allí representadas: la nobleza terrateniente aspiraba a fijar a los campesinos a la tierra, aspiración que quedó cumplida con el *Ulozhenie*, mientras que los habitantes de las

ciudades exigían que terminasen las exenciones de impuestos a las categorías privilegiadas. Unos y otros deseaban, por otra parte, que se decretase la desamortización de los bienes eclesiásticos, que, desde Iván el Terrible, habían vuelto a ser muy cuantiosos.

Después de aquella primera oleada de revueltas, Moscovia vivió una etapa de relativa calma hasta principios de la década de los sesenta bajo la égida de Aleksis, que contaba a su lado con la recuperada presencia de Morozov y con la creciente influencia del patriarca Nikon, una de las personalidades más destacadas del siglo y, según algunos historiadores, de toda la historia rusa. Pero las revueltas no habían terminado y en 1662 se produce en la capital un nuevo estallido popular, que tiene como motivo la alteración de la moneda. Es la llamada Revuelta del Cobre, que se va fraguando desde 1656 —en plena guerra con Polonia— cuando el gobierno, sumido en el caos financiero, decide sustituir el uso de la plata pura en las monedas por una aleación de plata y cobre, que se falsificaba fácilmente, lo que, lejos de resolver los problemas del Tesoro, agravó la situación y generó una inflación que cayó como una losa de plomo sobre los sectores económicamente más débiles de la población. Las iras de los rusos se dirigían especialmente contra el suegro del zar, Ilia Miloslavski, considerado uno de los más activos falsificadores de moneda desde la poderosa posición que ocupaba como jefe de cinco *prikazy* importantes, entre ellos el Gran *Prikaz* del Tesoro. Según algunos testimonios de la época, el astuto y activo suegro habría «producido» unos 120.000 rublos falsos o ilegales en un momento en que el Tesoro percibía 1.311.000 rublos. La revuelta estalla el 25 de julio de 1663 cuando la multitud se dirigió al bello palacio de Kolomenskoie, en las afueras de Moscú, donde se encontraba el zar, al que llegaron a zarandear, hasta el punto de que perdió algunos botones del traje. La revuelta prosiguió durante dos días más y la durísima represión exigió la intervención de los *strelsy*. Unos ciento cincuenta amotinados fueron ahorcados cerca de Kolomenskoie y otros muchos fueron torturados, se les amputaron los miembros o fueron desterrados a Siberia.

La revuelta más grave del reinado de Aleksis tuvo lugar al final del mismo y su protagonista fue un mítico jefe de los cosacos del Don, Stenka (Esteban) Timofeevich Razin, «la única figura poética de la historia rusa», según Pushkin, cuyas hazañas pasarían al folclore popular ruso en forma de canciones y relatos. La trayectoria de Razin había empezado con una serie de incursiones, «bucaneras» las denomina Dukes, que le habían llevado hasta Persia y los países ribereños del Caspio. En la primavera de 1670, lo que había empezado poco más que como una banda de piratas, es ya un ejército que emprende la conquista de la cuenca superior del Volga, después de haberse apoderado, el año anterior, de Ástrakhan y Tsaritsyn. Stenka Razin levanta la bandera de la rebelión contra el sistema establecido y, mientras avanza, proclama que ya no se siente obligado a obedecer a los funcionarios del zar ni a los terratenientes y que se propone «eliminar a los chupasangres de las comunas campesinas». A medida que, imparable, avanza río arriba asesina a cuantos nobles y terratenientes caen en sus manos, mientras el pueblo le acoge con entusiasmo. El ejército de Razin, con unos efectivos de unos 20.000 soldados, llega hasta Simbirsk, en el Volga superior, donde se enfrenta con las tropas regulares del zar, que, entre otras

unidades, cuenta con varios regimientos entrenados según las técnicas occidentales. Razin huye hacia sus bases en el Don, pero en 1671 las propias autoridades cosacas lo aprehenden y lo entregan al gobierno moscovita, que lo ejecuta en público, en junio de 1671. Ástrakhan, último reducto de la revuelta de Stenka Razin, no se rendirá hasta varios meses después. Según era ya tradicional en la historia rusa, en los primeros momentos de la rebelión se corre el rumor de que con Razin estaba el hijo mayor del zar, que acababa de morir en Moscú. Una vez más la rebelión no es antimonárquica, sino que busca su propia legitimidad en el fantasma de un falso zarevich. En una de sus proclamas, Stenka Razin afirmará que «viene por orden del gran zar para ejecutar a todos los boyardos, nobles, senadores y otros grandes, como enemigos y traidores al país». Y, ya finalizada la rebelión, otro cosaco del Don, seguidor de Razin, se presenta a sí mismo como el «zarevich Semon Aleksievich» y pretende inútilmente iniciar una nueva revuelta¹⁵.

La rebelión de Stenka Razin tiene lugar en el ambiente tenso y emocional del cisma que desgarró la sociedad rusa, importante fenómeno religioso del que nos ocuparemos más adelante, y hay momentos en los que ambas manifestaciones de inquietud social y de oposición al gobierno parecen converger. No puede extrañar, por eso, que los últimos ecos de la rebelión se sintieran en el lejano norte, entre los cismáticos «Viejos Creyentes» del Monasterio Solovetsky. También Billington subraya los puntos de semejanza entre los rebeldes campesinos dirigidos por los cosacos y los fundamentalistas «Viejos Creyentes», movimientos ambos contra el nuevo orden político y religioso que empieza a diseñarse con Aleksis y que alcanzará su culminación con su hijo Pedro el Grande. Por eso escribe que «Stenka Razin fue para la Rusia del sur el mismo héroe semilegendario que Avvakum [el líder religioso del cisma] y los monjes de Solovets fueron para el norte»¹⁶.

El zar Aleksis enviuda en 1669 y en enero de 1671 vuelve a casarse. La nueva zarina es Natalia Naryshkin, mujer abierta a las influencias occidentales y que se había educado en casa de los Matveev, una familia que destacaba en el ambiente moscovita de la época.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE RUSIA DURANTE EL REINADO DE ALEKSIS

Durante el reinado de Aleksis los intereses exteriores de Moscovia siguen las líneas trazadas por sus predecesores. Se prosigue la recuperación de los territorios que históricamente habían pertenecido a la *Rus*, pero, por razones de seguridad exterior, a veces se incluyen territorios que

nunca fueron rusos. Se mantiene la situación de alerta en la frontera sur, tradicional punto de procedencia de algunas de las más graves amenazas para Moscovia y donde se consolida el formidable poder del Imperio otomano, protector del khanato tártaro de Crimea, que desde siempre ha representado un riesgo inmediato para la seguridad moscovita. Por el oeste se mantiene con Polonia, el enemigo tradicional, una situación de guerra latente, que se activa tan pronto como uno u otro de los contendientes se sienten suficientemente fuertes como para intentar un ataque con perspectivas de éxito. Pero, como escribe Pierre Renouvin,

[...] el gran porvenir de la potencia rusa no se deja todavía adivinar. El Imperio de los zares continúa confinado en su aislamiento tradicional —continúa—, prácticamente fuera de esta Europa con la cual, a pesar de la vecindad, no siente ningún interés común. No está ligado por relaciones permanentes con ninguno de los grandes Estados del momento y solo intercambia embajadores con Viena. A veces, aflora la tentación pasajera de acercarse a España, pues el recuerdo de Felipe II sigue siendo muy vivo hasta en los extremos del continente¹⁷.

Aunque Aleksis estaba más interesado por el Báltico y por el oeste (Polonia) que por el sur (Pequeña Rusia, esto es Ucrania), los acontecimientos lo obligan a prestar atención a esta última región. Los cosacos del Dniéper, teóricamente bajo la soberanía polaca, emprendieron, ayudados por los campesinos ucranianos, una prolongada lucha contra la *Rzeczpospolita*, que se inició en 1648, cuando concluyó la Guerra de los Treinta Años. La razón de su levantamiento era la defensa de sus tradicionales libertades y, como hemos dicho más arriba, de la ortodoxia, de la que se convierten en campeones. El atamán Bogdan Khmelnitsky creyó que podría encontrar en Moscú la autonomía que los polacos le negaban y por ello pidió la protección del zar, ofreciendo aceptar su soberanía. No era la primera vez que los cosacos de Dniéper se volvían hacia Moscú, pues ya en 1625 y después en 1649 y en 1651 se habían producido gestiones similares, que el gobierno moscovita no había aceptado nunca porque tal cosa habría supuesto la guerra con Polonia. La prioridad de la política exterior rusa en aquel momento era la recuperación de Smolensko y de la provincia de Seversk y, como escribe Kliuchevskii, «la Pequeña Rusia [Ucrania] se situaba todavía más allá del horizonte de la política moscovita». Los enviados cosacos expresan sin ambages sus deseos de «servir al Soberano Ortodoxo de Moscovia», pero Moscú elude el compromiso y, extremando la cautela, se limita, vagamente, a prometer su intervención solo en el caso de que los ortodoxos fueran oprimidos por los polacos. El argumento es importante porque se convertirá en una de las constantes de la política exterior rusa: las intervenciones rusas en los Balcanes utilizarán, a lo largo de los siglos, el argumento de la protección de las poblaciones ortodoxas como justificación o pretexto.

Las cautelas de Moscú empiezan a difuminarse cuando contempla los éxitos militares de Khmelnitsky, que tras tres sorprendentes victorias consigue, en su lucha contra Polonia, apoderarse de casi todo el territorio de la Pequeña Rusia. Los cosacos obtienen en la paz de Zborov (cerca de Lvov), en 1649, unas espléndidas condiciones, pero la resistencia de la Iglesia polaca impide que el acuerdo se aplique y, de nuevo en 1651, se reanuda la guerra, que esta vez es

más favorable a los polacos. Todo esto incrementa la indecisión de los rusos, que siguen mirando con desconfianza a los cosacos, a los que prefieren tener más como eventuales aliados, en el caso de que necesiten sus servicios, que como embarazosos súbditos, que puedan involucrarlos en una guerra no deseada. Como escribe Kliuchevskii, «después de todo, a un súbdito hay que protegerle, mientras que un aliado puede ser abandonado cuando ha dejado de ser útil»¹⁸. Pero Khmel'nitsky es muy consciente de su importancia estratégica y amenaza con aliarse con los tártaros de Crimea, protegidos por el poderoso sultán turco o, alternativamente, con hacer la paz con los polacos. Para Moscú, todo esto quiere decir que o bien acepta a los cosacos ucranianos, con todas sus consecuencias, o bien los tendrá inevitablemente enfrente, en el campo de sus enemigos seculares.

Moscú no toma la decisión de anexionarse la Pequeña Rusia hasta principios de 1653, asumiendo el riesgo seguro de una guerra con Polonia. En el verano de aquel mismo año se le comunica a Khmel'nitsky la aceptación de su reiterada oferta y en el otoño el zar Aleksis convoca a l *Zemski Sobor* para que ratifique la decisión ya tomada. La respuesta de la asamblea es claramente favorable a que el atamán Bogdan Khmel'nitsky, con su ejército y «con todas sus ciudades y territorios», pasen a estar sometidos a la autoridad del zar. Pero los rusos no parecen tener demasiada prisa en llevar a cabo la anexión y mientras tanto el jefe cosaco, traicionado por sus aliados tártaros, sufre una derrota ante los polacos en Zhvanets. El acuerdo definitivo entre ambas partes se toma el 8 de enero de 1654, en la *Rada* o Asamblea reunida en Pereiaslavl, en la que los cosacos prestan juramento de fidelidad al «zar cristiano ortodoxo de Oriente», representado en la ocasión por el boyardo Vasilií Buturlin. En virtud del acuerdo, los territorios del ejército cosaco *zaporozhi* quedan integrados en Moscovia con el nombre de Pequeña Rusia. En su mensaje de agradecimiento Khmel'nitsky se dirige al zar Aleksis como «zar y gran príncipe, autócrata de todas las Rusias, Grande y Pequeña», expresando el deseo de que la unión «pueda ser eterna». El zar promete a los cosacos «favor y defensa contra los enemigos y protección», y estos últimos enumeran sus derechos y pretensiones, como individuos y como grupo. Los delegados de la *Rada* pretenden también que los embajadores moscovitas juren en nombre del zar que estos derechos serán mantenidos. Pero su petición no es atendida y cuando los cosacos recuerdan que «los reyes de Polonia siempre habían prestado juramento a sus súbditos», los moscovitas afirman que «nunca se ha pedido a los soberanos (*gosudari*) que juren a sus súbditos» y no aceptan el ejemplo polaco porque «los reyes de Polonia son infieles, no son autócratas (*samoderzhtsy*) y no respetan su juramento, mientras que el zar moscovita, monarca absoluto, no tiene más que una palabra»¹⁹. El clero de la Pequeña Rusia no prestó juramento de fidelidad al zar hasta que, tras arduas negociaciones, obtuvo las garantías que exigía sobre diversas cuestiones de disciplina eclesiástica.

El acuerdo de Pereiaslavl es interpretado de manera radicalmente distinta por los historiadores rusos y por los ucranianos. Para los primeros se trató de una aceptación incondicional de la soberanía moscovita, mientras que los segundos estiman que la anexión estaba sometida a unas condiciones que Moscú no respetó en ningún momento. Se explica así que, según algunos testigos de la época, poco después de haberse colocado «bajo la alta mano del zar» y de haber experimentado su peso, Khmel'nitsky comenzara a lamentarse y a repetir que «esto no es lo que yo

quería, y no debería haber sido así». Pero, según insiste Riasanovsky, no hay nada que haga pensar que la anexión fue condicionada y, más bien, todos los datos de que se dispone van en la otra dirección, tanto por el hecho de que eran los ucranianos y no el Estado moscovita quienes habían pedido el acuerdo, como por los precedentes, en cuanto a la bien establecida práctica moscovita en este tipo de asuntos y por las propias circunstancias de la unión. Es decir, que si alguna vez lo hubo, el buen entendimiento con los cosacos no duró mucho tiempo. Muy pronto estos, defraudados, comprobaron que el zar era tan poco respetuoso con sus libertades como lo habían sido los polacos. Por eso, añade Riasanovsky, durante los decenios y los siglos siguientes los ucranianos tuvieron buenas razones para quejarse del gobierno ruso, que abolió la amplia autonomía acordada a los ucranianos tras el juramento prestado al zar, les impuso pesadas cargas y restricciones de todo tipo y puso muchos obstáculos al desarrollo de la lengua y la cultura ucranianas²⁰.

La aceptación por los cosacos de la soberanía del zar puso bajo el control de Moscú una importante parte de la actual Ucrania, en concreto la parte oriental, que llegaría a ser la más rusificada, y la fecha de ese acontecimiento (1654) se considera la de la incorporación de Ucrania al Imperio ruso. La parte situada al oeste del Dniéper, es decir, Volhynia, Polodia y Galitzia, continuó bajo dominio polaco hasta el tratado de Andrusovo (1667), en virtud del cual Rusia recuperaba no solo Smolensko, sino también Kiev y otros territorios de su zona habitados por ortodoxos. Pero, desde el primer momento, las relaciones entre Moscú y los cosacos o las relaciones ruso-ucranianas fueron difíciles y algunas facciones cosacas se rebelaron con frecuencia o se aliaron con los enemigos del zar. Se explica así también que todavía a principios del siglo XVIII, los cosacos, aliados con los suecos, se enfrenten con las armas contra Pedro I el Grande.

La reacción de Polonia ante la «traición» cosaca no se hizo esperar y Rusia se vio obligada, como era de prever, a una nueva guerra con Polonia, que comienza en mayo de 1654. Era el precio por la recuperación de aquellas tierras donde había nacido la Primera Rusia, la *Rus* de Kiev. La guerra se desarrolla victoriosamente para los rusos, que en septiembre logran la capitulación de Smolensko y en noviembre toman Vitebsk al asalto. En 1655 se apoderan de Bielorrusia y de las ciudades lituanas más importantes, como Vilnius, Kovno y Grodno, mientras que por el sur los cosacos al servicio del zar llegan a las puertas de Lvov. Aleksis puede ostentar el título de zar y gran príncipe de todas las Rusias, Grande, Pequeña y Blanca. Al año siguiente el *voivoda* de Moldavia, teóricamente vasallo del sultán turco, pide al zar que asuma la soberanía sobre el territorio, habitado por ortodoxos, y Aleksis acepta. Mientras tanto continúa la guerra contra Polonia, que se había complicado aún más cuando, en 1655, el nuevo rey sueco, Carlos X, que ha sucedido a su prima la reina Cristina tras la abdicación de esta, invade la debilitada Polonia y se apodera de casi todo el país, incluidas las capitales de Varsovia y Cracovia. El rey Jan Casimir abandonó el país, que parece totalmente desarbolado. Es en este momento cuando Polonia inicia el imparable proceso de decadencia y desintegración que la llevará a su desaparición como entidad

política independiente en el siglo siguiente.

La entrada en liza de los suecos interrumpe temporalmente la guerra con Polonia, con la que los rusos firman un armisticio y se llega a un acuerdo de colaboración militar contra aquel enemigo común. En esta guerra contra los suecos, los rusos conquistan Dvinsk y Dorpat, pero fracasan ante Riga, que pudo ser abastecida por mar. Mientras tanto Polonia se recupera, el pueblo se alza y el rey Jan Casimir regresa. En el invierno de 1657 Polonia y Rusia reanudan las negociaciones para llegar a un acuerdo de paz, aunque sin éxito. En la Pequeña Rusia (Ucrania) también cambia la situación como consecuencia de la muerte del atamán Bogdan Khmelnitsky en julio de 1657. Se producen disturbios y el sentimiento antirruso se manifiesta, hasta el punto de que el nuevo atamán, Vigovsky, llega a un acuerdo con Polonia que se concreta en el tratado de Hadziacz, firmado en septiembre de 1658, por el que Polonia promete incluir a Ucrania en la Unión de Lublin, al tiempo que garantiza los derechos de los cosacos. Preocupada por estos acontecimientos, Moscú firma con Suecia un armisticio de tres años, para ocuparse más libremente de los asuntos de la Pequeña Rusia, donde un sector de los cosacos no acepta la vuelta a la soberanía polaca y elige como atamán al hijo de Khmelnitsky, Yuri, en octubre de 1659. Moscú establece unas condiciones aún más duras que las de 1654: se revocan los derechos diplomáticos que habían conservado los cosacos, se impone el consentimiento del zar para la elección y deposición del atamán y se prevén *voivodas* nombrados por Moscú para las principales ciudades de la Pequeña Rusia, entre otras condiciones.

La recuperada Polonia decide revolverse de nuevo contra su enemigo tradicional y reanuda la guerra contra Rusia, lo que obliga a esta a firmar apresuradamente la paz con Suecia (paz de Kardis, junio de 1661), que restablece las antiguas fronteras ruso-suecas y consigue la neutralidad del país escandinavo en la guerra ruso-polaca. En el verano de 1666 se reanudaron las conversaciones de paz ruso-polacas, que conducen, después de ocho meses de negociaciones, al armisticio de Andrusovo en enero de 1667, que tendría una duración de tres años y medio, durante los cuales se prepararía una «paz perpetua». Rusia ve reconocida la posesión de Smolensko y la Pequeña Rusia se divide: el territorio situado al este del Dniéper permanece bajo soberanía de Moscú; el oeste y la Rusia Blanca son para Polonia y, finalmente, Kiev, así como algunos territorios situados en la orilla derecha, habitados por ortodoxos, se ceden a Moscú por dos años. Esta cesión era teóricamente temporal, pero, diecinueve años después, la paz perpetua de 1686 la ratificó, garantizándose, además, la libertad religiosa de los ortodoxos, que permanecieran bajo dominio polaco. Pero antes de este último acuerdo, en 1681, una buena parte de la Ucrania al oeste del Dniéper, salvo Kiev, cayó en poder de los turcos, que iniciaban así su condición de enemigo secular y amenaza permanente desde el sur para el Imperio de los zares, que se prolongaría durante los siglos siguientes.

Mientras en el sur Moscovia no lograba estabilizar sus fronteras ni alcanzar el mar Negro, en el norte-noroeste las cosas no iban mejor. Polonia perdió ostensiblemente su condición de principal potencia de la zona mientras el poderío sueco alcanza su punto culminante, con el *dominium maris Baltici* como primer objetivo del imperialismo sueco, que no ocultaba su propósito de convertir el Báltico en un *mare clausum*. La ya citada paz sueco-rusa de Kardis

mantuvo el statu quo, lo que significaba que a Rusia seguía negándosele el acceso al Báltico.

EL REINADO DE FEDOR ALEKSEIEVICH Y LA REGENCIA DE SOFÍA (1676-1689)

A la muerte de Aleksis, en 1676, fue proclamado zar su hijo Fedor, de catorce años de edad, que había sido designado sucesor por su padre dieciocho meses antes de su fallecimiento. Enfermizo y con poca inclinación por el poder, Fedor dejó el gobierno en manos de los favoritos familiares, durante su breve reinado que solo duró seis años. Los Miloslavsky, parientes de su madre, la primera esposa de Aleksis, fueron en un principio quienes tuvieron en sus manos las riendas del poder, aunque al final del reinado empezó a adquirir cada vez más influencia Vasili Vasilievich Golitsyn, que será el hombre fuerte durante la regencia de Sofía.

El reinado de Fedor tuvo que empezar volcándose en el sur, ya que en 1677 los turcos invadieron Ucrania, cuya asimilación en el Imperio moscovita, aunque inconclusa, había alcanzado el punto de no retorno, como subraya Dukes²¹. Este mismo autor señala que lo que hizo Rusia en Ucrania no era muy diferente de lo que estaba pasando en toda Europa, donde el absolutismo se estaba consolidando, aunque afirma que entiende que a los nacionalistas ucranianos les parezca trágico y ultrajante. Y cita a Carl Bickford O'Brien, para quien

[...] hay poca justificación para considerar a la política de Moscú como engañosa o siniestra. El tratamiento que hizo el zar del problema habría sido bien entendido por Richelieu o Mazzarino, como lo fue por el emperador alemán Leopoldo I, el Gran Elector Federico Guillermo y Luis XIV. Si existieron ambigüedades acerca de la naturaleza de la unión moscovita-ucraniana, databan del tiempo de Bogdan Khmelnytsky y tanto él como sus consejeros deben compartir la responsabilidad. Moscú había extendido, simplemente, su jurisdicción sobre un área que era ortodoxa, que era considerada por los zares como tradicionalmente «rusa» y que había solicitado la protección moscovita frente a enemigos extranjeros²².

La invasión turca de 1677 se dirigió a la parte central de Ucrania, Kiev y Chigrin, y pudo ser rechazada por las fuerzas rusas, numéricamente inferiores, pero mejor entrenadas, gracias en buena medida a los esfuerzos de Patrick Gordon, mercenario escocés, que, después de haber luchado en las guerras sueco-polacas —en ambos lados— había entrado al servicio del zar en 1661. En 1678 Gordon defendió heroicamente Chigrin del asedio turco. Aunque Moscovia intentó que Polonia y Austria se unieran en la lucha contra los turcos, no tuvo éxito en las negociaciones y en 1681 firmó con la Sublime Puerta el tratado de Bakhchisarai, en virtud del cual conservó la

orilla izquierda del Dniéper, pero cedió el curso bajo del río y se comprometió a pagar un tributo anual al khan de Crimea, como en los tiempos del yugo mongol.

A la muerte del débil Fedor el 27 de abril de 1682, sin dejar descendencia, se plantea una vez más en la historia de Moscovia la cuestión de sucesión. Le sobrevivían dos hermanos, Iván, de dieciséis años, hijo como él de María Miloslavsky, pero enfermizo, «de espíritu dañado», según la expresión de los contemporáneos, y Pedro, hijo de la segunda esposa de Aleksis, Nathalia Naryshkina, desbordante de salud, pero de solo diez años. Apenas muerto Fedor, el patriarca Joaquín reunió a los notables civiles y religiosos para proponerles la inmediata elección de nuevo zar. La mayoría es favorable a Pedro y el pueblo, que se agolpa en la plaza del Kremlin, también es favorable al hermanastro del zar muerto. Pero las princesas Miloslavsky maniobran para oponerse a que el hijo de su odiada madrastra sea elevado al trono. La más hábil de estas princesas, hijas de la primera esposa de Aleksis, Sofía, que tenía unos veinticinco años, aproximadamente los mismos que la zarina viuda, se pone al frente de la conspiración y consigue el apoyo de los poderosos *streltsy*, que actúan casi como una guardia pretoriana. Con motivo del entierro de Fedor, se dirige en actitud plañidera al pueblo, afirmando que su hermano el zar ha sido envenenado y en el aire queda una acusación contra los Naryshkin, totalmente carente de fundamento. Apenas quince días después, el 15 de mayo, los *streltsy*, que aspiran a obtener ventajas corporativas de la confusa situación, invaden el Kremlin con una lista de cuarenta y tres personas, presuntas partidarias de los Naryshkin, incluido el médico, acusado del supuesto envenenamiento. Durante tres días los *streltsy* asesinan a los boyardos y altos funcionarios próximos al clan Naryshkin, y Sofía les premia con una gratificación de diez rublos por cabeza y el título honorífico de infantería de palacio; asimismo se les permite comprar a bajo precio los bienes confiscados de los asesinados o represaliados. Los *streltsy* exigen que se revise la decisión que había entronizado al joven Pedro y consiguen que la Duma de los boyardos decreta que habrá dos zares: Iván V, «primer zar», y Pedro, «segundo zar», ambos bajo la regencia de la ambiciosa Sofía, que se hace llamar «gran soberana, pía princesa y gran duquesa Sofía Alekseiévna». Escribe Heller que «antes de ella solo dos mujeres habían gobernado el Estado ruso: la princesa Olga en Kiev y Elena Glinskaia durante la infancia de su hijo, el futuro Iván IV el Terrible». Añade que «la regencia de Sofía abre, de algún modo, una época de supremacía del “sexo débil” en Rusia» y comenta que «el reinado de las emperatrices no será, en su conjunto, ni mejor ni peor que el de los emperadores». Se trata, desde luego, de un hito en la historia rusa, ya que, hasta entonces, las mujeres habían estado recluidas en el *terem*, y no se entendía ni se admitía su participación en los asuntos públicos²³.

A Sofía le costó consolidarse en el poder porque los *streltsy*, que la habían ayudado tan decisivamente a conquistarlo, se convirtieron en un difícil problema. Moscovia vivía en aquella época un ambiente tenso y cargado como consecuencia del cisma que había dividido a la sociedad rusa entre los partidarios de la Iglesia oficial y los cismáticos (*raskolniki*) o Viejos Creyentes, que se resistían a las nuevas tendencias secularizadoras. El caso es que el nuevo jefe de los *streltsy*, el príncipe Iván Khovanski —que había sustituido al también príncipe Dolgorukii, asesinado en los incidentes de mayo de 1682—, fue acusado de simpatizar con los Viejos Creyentes, y puso al

servicio de la «Vieja Fe» el poderío militar de los *streltsy*, que se sublevaron para defenderla. Sofía se vio forzada a aceptar la celebración de un debate público, ante una gran audiencia, sobre las tesis teológicas de ambas tendencias religiosas. El debate tuvo lugar en el bello *Granovitaya Palata* (Palacio Facetado), situado dentro del recinto del Kremlin y construido en el siglo xv, por orden de Iván III, por los arquitectos italianos Marco Ruffo y Pietro Solaro. El debate no sirvió para nada y la polémica continuó en la calle, por lo que Sofía decidió actuar con rapidez y violencia. Era una advertencia de que el nuevo régimen no admitía dudas en cuanto a su política religiosa. Pero no se detuvo ahí. Por Moscú corrían rumores de que el jefe de los *streltsy* aspiraba a algo así como a una dictadura militar, estimulado quizá por el ejemplo, ya lejano, de Cromwell, que veinte años antes había impresionado mucho a la Moscovia de Aleksis, sobre todo por la ejecución del rey Carlos I Estuardo. A mediados de septiembre Sofía atrajo a Khovanski a Kolomenskoie, le detuvo y le ejecutó, junto con su hijo. Todavía Sofía tuvo que negociar con los *streltsy*, que se habían sublevado en varias ciudades y consiguió que aceptaran un nuevo jefe, Fedor Shaklovity, castigó a los más levantiscos y ordenó la demolición de la columna que se había erigido en la Plaza Roja, en memoria y homenaje de los acontecimientos de mayo. Así terminaba este primer amago de golpe de Estado religioso-militar en la historia de Rusia, que habría de ser el tema de la gran ópera de Mussorgski *Khovanshchina*.

Desde el primer momento de la regencia de Sofía, el príncipe Vasilii Vasilievich Golitsyn, que al menos durante un tiempo fue también su amante, se convirtió en su principal consejero, jefe del *posolsky prikaz*, o ministro de asuntos exteriores, y, desde 1684, «guardián del gran sello». Golitsyn era un auténtico intelectual y no es exagerado considerarlo el hombre más instruido de su tiempo en Moscovia. Enormemente interesado en la cultura occidental, manejaba con soltura el latín y poseía una impresionante biblioteca. Cuando Sofía se hizo con el poder, Golitsyn tenía treinta y nueve años y ya había hecho una importante carrera política y militar. En 1676 el zar Aleksis le había dado el título de boyardo y después había desempeñado varios puestos en Ucrania y en Moscú. Golitsyn formó parte de la comisión que suprimió el anticuado sistema de precedencia (*mestnichestvo*), que era uno de los obstáculos que impedían la modernización del ejército. Propuso también otras medidas reformadoras que, según muchos historiadores, hacen de él un precursor de Pedro el Grande, pero las resistencias de los tradicionalistas y sus propias limitaciones como gobernante le impidieron llevarlas a cabo.

La acción política de Golitsyn se despliega, sobre todo, en los asuntos exteriores, donde se empeñó a fondo por abrir Rusia y establecer relaciones políticas y comerciales con diversos países occidentales. Con Suecia consolidó el comercio y se vivió una etapa de paz. Más complicadas fueron las relaciones con Polonia, el enemigo secular, aunque al final se impuso la idea de alcanzar la paz con Polonia y de organizar una gran coalición contra tártaros y turcos, que amenazaban de nuevo a la Cristiandad. Los otomanos, efectivamente, estaban en guerra con Austria desde 1682, y desde el verano de 1683 habían sitiado Viena. La capital del Imperio se salvó gracias al rey de Polonia, Jan Sobieski, que en virtud del tratado de ayuda mutua que le unía con el emperador Leopoldo I, firmado pocos meses antes, acudió con un ejército de 25.000 hombres y, dada su reconocida capacidad militar, se puso al frente del conjunto de la tropas

cristianas, que totalizaban unos 75.000 hombres. El 12 de septiembre de 1683 los turcos fueron derrotados en Khahlenberg, en la que se tiene por una de las batallas más decisivas de la historia de Europa.

Pero el peligro turco no había desaparecido y los enviados del emperador Leopoldo no cejaban en su empeño de implicar a Moscovia en la cruzada antiturca, mostrándoles el señuelo de la ocupación de las costas del mar Negro: «Toda Grecia y Asia os esperan», era la invitación de los austriacos a los rusos. Las relaciones con Polonia se basaban en la paz de Andrusovo, firmada en 1667, que establecía una tregua de trece años y medio, según ya hemos indicado, al término de los cuales el zar tenía que devolver Smolensko, Kiev y los otros territorios que ocupaba al oeste del Dniéper. Como Moscú no estaba dispuesto a volver a perder estas ciudades y territorios, que consideraba plenamente rusos por tradición y cultura, las negociaciones para llegar a un arreglo definitivo, que habían empezado en 1684, no avanzaban. Las presiones del Imperio y de los propios polacos para que Moscovia se sumara a la coalición antiturca fueron haciendo mella en Golitsyn, que dirigía a los negociadores rusos. Pero, seguramente, fue decisivo un detallado informe que el director de la diplomacia rusa había pedido al escocés Patrick Gordon, en el que, valorando pros y contras, llegaba a la conclusión de que no era bueno mantener a los soldados desocupados mientras los otros países guerreaban.

Como consecuencia de estos enfoques, en 1686 se firmó en Moscú un tratado de Paz Perpetua y Alianza entre Moscovia y Polonia, que confirmaba los términos de Andrusovo y cedía definitivamente a Moscú Smolensko y los disputados territorios al oeste del Dniéper, con Kiev. El zar se obligaba a declarar la guerra a los tártaros de Crimea, pero nada se decía de la gran cruzada antiturca, de la que se seguía hablando en las cancillerías de Europa central y oriental, sin que se llegara a nada concreto. Es este el momento de máximo prestigio de la regencia y Sofía empieza a denominarse autócrata y a pensar en la posibilidad de ceñir ella misma la corona. En cumplimiento del compromiso alcanzado y con el confesado designio de conquistar Crimea, el propio Golitsyn dirigió dos campañas contra los turcos, en 1687 y 1689, que acabaron en fracaso, aunque la propaganda oficial trató de presentarlas como grandes éxitos. La responsabilidad de la derrota recayó sobre el atamán cosaco Samoilovich, que se había opuesto a la guerra contra los tártaros. Como castigo se le desposeyó de la dignidad de atamán, que se confirió a Mazepa, que daría mucho que hablar, como veremos, durante el reinado de Pedro el Grande.

Golitsyn también dirigió las negociaciones con China, con la que concluyó el tratado de Nerchinski en 1689. Desde el siglo XVI, Moscovia había mostrado su interés por el remoto país y ya hemos relatado la embajada enviada, a principios del reinado de Mikhail Romanov, por el príncipe Kurakin, gobernador de Tobolsk. La penetración rusa hacia Extremo Oriente había proseguido. Maxim Perfiyev había explorado fugazmente la región en 1638 y en la primavera de 1644 Vasili Poyarkov emprendió una minuciosa exploración de toda la cuenca del Amur. Yerofey Khabarov continuó en 1649-1651. En 1648, un cosaco, Semion Ivanov Dezhnev o Dezhnyov, al frente de una flota de siete navíos navegó desde el río Kolima hacia el este y descubrió el estrecho de Bering, ochenta años antes de que un danés al servicio de Rusia, Vitus Bering, llegara allí desde el este, partiendo de Kamchatka.

Desde que los rusos llegaron al valle del Amur, también llamado Heilongjiang, se produjeron choques esporádicos con los chinos, y el citado Khabarov, que había fundado en 1651 el puesto fortificado avanzado de Albazin o Yaksa, en la región del río Zeya, ya había derrotado a un destacamento chino en 1652. Dos años después, en 1654, el zar Aleksis envió una embajada a China, con Fedor Baikov al frente, que llevaba una carta en la que el zar no solo se presentaba como un poderoso soberano, sino que aludía a su mítica ascendencia romana que hacía del emperador Augusto el iniciador de su linaje. Pero Baikov no llegó a ser recibido por el emperador chino, Shunzhi, que pertenecía a la nueva dinastía Qing o Manchú, procedente de Manchuria, que se había hecho con el poder en 1636, sustituyendo a la dinastía Ming, que había reinado desde el siglo XIV. La razón fue un famoso problema de ceremonial, el *kotow*, que exigía que todos cuantos comparecían ante el emperador se arrodillasen tres veces, prosternándose, es decir, llevando la cabeza hasta el suelo, y lo tocara nueve veces con la frente. Esta exigencia, que crearía muchos problemas diplomáticos en las relaciones de los países occidentales con China²⁴, ya era conocida por los rusos, que habían dado orden a Baikov de que no se sometiera al humillante ceremonial. No hay que olvidar que a finales del siglo XVII China era, sin ninguna duda, el Estado más rico y más extenso del mundo, pues la dinastía Qing, que había llevado su poder hasta Mongolia, Asia central y el Tíbet, llegaría a controlar desde mediados del siglo XVIII un inmenso territorio de unos doce millones de kilómetros cuadrados²⁵.

Durante el último tercio del siglo XVII, el fuerte de Albazin se convirtió en el punto neurálgico del enfrentamiento ruso-chino. Otros fuertes se establecieron en Argunskii y Nerchinsk. En 1685, los chinos toman y destruyen Albazin, tras un asedio, pero los rusos lo reconstruyen y los chinos vuelven a asediarlo en 1686. La cuestión del *kotow* había seguido dificultando las relaciones diplomáticas entre ambos países y un nuevo enviado ruso, Nicolás Spafari, que había llegado a Pekín en 1675, fracasa también en su misión. A pesar de ello, y como señala Gernet, «entre 1650 y 1820, Rusia será el país de Europa que enviará mayor número de embajadas a Pekín: 11 ella sola frente a 13 de Portugal, Países Bajos, el Vaticano e Inglaterra»²⁶. Los motivos de fricción se multiplican tanto porque los manchúes no ven con buenos ojos la presencia rusa en el valle del Amur, como porque las tropas del zar someten a pueblos que los chino-manchúes consideran que son súbditos naturales del emperador de Pekín.

Para poner término al conflicto, en 1689 se iniciaron negociaciones entre las dos partes en Nerchinsk, a 1.300 kilómetros de Pekín. Los holandeses actuaron como intermediarios y los jesuitas Gerbillon y Pereira participaron en las negociaciones como intérpretes. Los enviados rusos tenían órdenes de Moscú de llegar a un acuerdo, aun a costa de hacer grandes concesiones. Después de tres largos años, se alcanzó el tratado de Nerchinsk, redactado en latín, manchú, chino, mongol y ruso, que fijaba la frontera entre el gran Imperio chino y la zona de influencia rusa, a lo largo de los ríos Argun y Goritsa y la cordillera Stanovoy. Los rusos accedían a la destrucción de Albazin y a la evacuación de su guarnición. Asimismo se establecían las condiciones que habían

de regir el comercio entre ambas partes. El tratado suponía la renuncia por parte de Rusia a ocupar la cuenca del Amur, que quedaría fuera de su influencia hasta el siglo XIX, y veía dificultado el acceso al mar de Okhotsk, pero se aseguraba el control de la Transbaikalia y el derecho de paso a Pekín para sus caravanas. Pero, sobre todo, significaba que Pekín reconocía a Rusia como un Estado igual, algo que no había conseguido ningún otro Estado europeo. A partir de 1698 se estableció una comunicación regular entre Moscú y Pekín, lo que, evidentemente, facilitaría las relaciones futuras.

Las derrotas ante los tártaros de Crimea, mucho más que la discutible penetración en Siberia, causaron una penosa impresión en los ambientes de la corte moscovita y desgastaron seriamente el poco prestigio que le quedaba al régimen de la regente Sofía y de su favorito Golitsyn. El descontento era creciente, no solo por estas derrotas militares, sino también por el influjo que en la corte tenía el «partido latino-polaco». Dice Heller que «la historia rusa no conoce otro momento en el que Polonia estuviese hasta tal punto de moda en la corte. Este fenómeno —añade— hizo más profunda la fractura entre la clase dirigente y el pueblo y contribuye a aumentar la tensión». Por otra parte, el segundo zar, Pedro, a punto de cumplir los diecisiete años, se casó el 27 de enero del mismo año 1689 con Eudokie o Eudoxia Lupokhina, lo que, según el mismo Heller, «le convertía en un hombre casado y mayor»²⁷. Ya nada se oponía a la realización de sus planes.

CISMA Y SECULARIZACIÓN

El siglo XVII es en toda Europa una época de violencia desatada, especialmente durante su primera mitad, que estuvo marcada, de 1618 a 1648, por la Guerra de los Treinta Años, mientras Inglaterra se deshacía en una feroz guerra civil. Cuando terminó aquella primera gran conflagración europea, en la que se dilucidaba, al hilo del enfrentamiento entre católicos y protestantes, la hegemonía en el continente, el campo de batalla se trasladó a Europa oriental, que, a principios del siglo ya había presenciado la guerra entre Suecia y Polonia. Los turcos pretendían proseguir su expansión, polacos y rusos vivían en estado de guerra permanente, los suecos aspiraban a consolidar un imperio báltico. Muchos contemporáneos vieron en aquella sucesión de guerras, que se prolonga hasta bien entrado el siglo XVIII, un único y gran conflicto, que convirtió Europa en un enorme campo de batalla a lo largo de más de cien años. Así Gustavo Adolfo, en una carta al canciller Oxenstierna, en 1628, escribe que «todas las guerras europeas están entrelazadas como en un nudo y se están convirtiendo en una guerra universal», del mismo modo que Jacob

Roussel, un aventurero, de origen hugonote, que sirvió al zar y le prestó servicios diplomáticos, en una carta a Mikhail Romanov alude a «la gran guerra civil que Dios ha sembrado por todos los rincones de la Cristiandad».

Billington —que es, seguramente quien mejor ha estudiado el conflicto intelectual y religioso de Rusia durante el siglo xvii y a quien más de cerca vamos a seguir en esta exposición²⁸— ha señalado el fondo de violencia que hay en la historia rusa de este período. Señala cómo las gentes de las provincias que a principios del siglo liberaron Moscú de la ocupación polaca y sentaron las bases para la designación de Mikhail Romanov («fuerzas primitivas de frontera») rendían culto a la violencia, hasta el punto de que el sello de Yaroslavl, de donde procedían muchas de esas fuerzas, que consistía en un oso portando un hacha, se convirtió durante un tiempo en un símbolo del nuevo régimen. La violencia se percibe también en el propio texto legal promulgado en 1649, que castiga la violencia, pero con violencia, como muestra que se prescriban castigos corporales, incluida la pena capital, por una serie de delitos menores.

El nuevo régimen de los Romanov no se puede liberar del largo período de violencia que había vivido Moscovia durante los Tiempos Turbulentos. Comparativamente con los países de Europa occidental, Rusia era un país atrasado, que impresionaba a los extranjeros que la visitaban por sus brutales conductas, aunque los relatos de los viajeros carecen de cualquier análisis y se fijan solo en aspectos anecdóticos. No puede extrañar, por eso, que «la mayor parte de los escritores occidentales identificaban a los rusos con los tártaros más que con los otros eslavos [...] e incluso en la eslava Praga, un libro publicado en 1622 agrupaba a Rusia con Perú y Arabia en una lista de civilizaciones particularmente extrañas y exóticas»²⁹.

Durante el siglo xvii se consolida la apertura al oeste de Rusia, tímidamente iniciada en el anterior siglo. Ya nos hemos referido a la presencia de extranjeros, a su actividad en los ámbitos militar e industrial y a la convicción de las elites rusas de que las técnicas y los métodos de organización occidentales eran absolutamente imprescindibles para Rusia. Es un reduccionismo abusivo imaginar que hasta Pedro el Grande no se produce esa apertura a Occidente, porque lo cierto es que durante el siglo xvii, desde Boris Godunov hasta Golitsyn, muchos dirigentes moscovitas habían ido preparando el terreno para las reformas de Pedro. Pero también es evidente que si bien aceptan y utilizan las técnicas occidentales, muestran una resistencia feroz a las ideas y creencias de esa procedencia, que chocaban frontalmente con las tradiciones ortodoxas propias de la ideología moscovita, que hemos analizado en los capítulos precedentes. Hay, pues, un enfrentamiento entre los que ya podemos llamar occidentalistas y los tradicionalistas ortodoxos, enfrentamiento que anticipa la polémica entre occidentalistas y eslavistas del siglo xix.

Una de las manifestaciones más señaladas de la influencia occidental es la introducción del sentido de la medida, del cálculo, que desde la Baja Edad Media era un componente esencial de la cultura y de la concepción de la vida de Europa occidental. Uno de sus ejemplos más conocidos y significativos es la difusión del reloj, que, desde las torres de las iglesias a las casas de los burgueses, se difunde por todo el Occidente, mientras que entre los eslavos orientales predominaba lo que Billington llama «una soñadora imprecisión». En este sentido fue todo un

acontecimiento la colocación de un reloj de fabricación inglesa en la Torre del Salvador (*Spasskaia bashnya*) del Kremlin en 1625, cuando los arquitectos Bazhen Ogurtsov y Christopher Holloway añadieron el cuerpo superior a la torre edificada en 1491 por Pietro Solaro.

Pero este conflicto entre lo antiguo y lo moderno, entre la técnica occidental y la tradición ortodoxa rusa, por interesante y premonitorio que pueda parecer, no fue el más importante ni el más significativo desde el punto de vista histórico que ocurre en la Rusia del siglo xvii. El conflicto que marca indeleblemente la vida rusa en este período, con duraderas consecuencias en los siglos siguientes, es el cisma (*raskol*) que se produce en el seno de la Iglesia ortodoxa. El fenómeno supone dos interpretaciones antagónicas y excluyentes de la religión y de su papel en la civilización rusa. Ambas interpretaciones proceden del movimiento de recuperación religiosa que vive Rusia a principios del xvii, después de los Tiempos Turbulentos, período en el que, de nuevo, actúa como catalizador el mundo monástico y, muy especialmente, el monasterio de la Trinidad-San Sergio de Radonezh, cercano a Moscú, que a su prestigiosa tradición unía ahora el mérito de haber sido un foco de resistencia frente al extranjero en las luchas de principios de siglo, no solo por haber soportado el largo asedio polaco, sino también por iniciar el movimiento de restauración nacional rusa.

El cisma ruso del siglo xvii no versa, como en otros momentos de la historia, sobre grandes cuestiones dogmáticas. No hay aquí complejos problemas teológicos, como lo fue, por ejemplo, la famosa cuestión del *filioque*, ya que se trata de una mera cuestión de formas, pues el origen del cisma está en las reformas litúrgicas introducidas por el patriarca Nikon, a las que se resisten los que serán llamados Viejos Creyentes, con el arcipreste Avvakum a la cabeza. Ambos son los hombres clave en la Rusia del siglo xvii y su personalidad explica el carácter y sentido de los movimientos que dirigieron. Billington afirma que las dos facciones religiosas, la que dirige Nikon y la que se reconoce en Avvakum, son dos respuestas diferentes a una misma pregunta: «¿Cómo puede mantenerse la religión en el centro de la vida rusa en las condiciones radicalmente cambiantes del siglo xvii?». Y denomina a la primera «la respuesta teocrática» y a la segunda «la respuesta fundamentalista»³⁰.

Lo que hemos denominado respuesta teocrática encuentra su expresión más cumplida en Nikon, un clérigo gigantesco, por su estatura (medía más de dos metros) y por la influencia espiritual que proyectó en la Rusia del xvii. Procedente de la región del curso alto del Volga, llegó a Moscú, donde impresionó al nuevo zar, Aleksis, y al patriarca José, que le designaron para ocupar el puesto de archimandrita del Nuevo Monasterio del Salvador (*Novospassky*), lugar de enterramiento de la familia Romanov. Muy pronto empezó a ejercer una decisiva influencia sobre el joven zar, que se reunía semanalmente con él. Apenas tres años después, Aleksis le llamó para ocupar la sede patriarcal moscovita, desde la que, durante los seis años siguientes, «se convirtió en el virtual gobernante de Rusia», compartiendo con el zar el título de «Gran Soberano», como su antecesor, Filaret, en tiempos del primer Romanov. De hecho, en sus ausencias a causa de la guerra contra Polonia, Aleksis le encomendó la gobernación del país, con plenos poderes sobre todos los órganos del Estado.

Ayudado por clérigos griegos y kievianos, Nikon puso en marcha un amplio programa de reformas que incluía aspectos rituales como el modo de santiguarse, que pasó a hacerse con tres dedos, en vez de con dos, como era tradicional. Un concilio que convocó en 1654, y que estuvo presidido por el zar y contó con la presencia de la Duma de los boyardos, le autorizó a la revisión de los libros litúrgicos, acción que acompañó con la de retirar de las iglesias los iconos que no se consideraban adecuados. Había en Rusia en aquel momento dos escuelas de pintores de iconos, la de Moscú, más tradicional, y la de Stroganov, fundada cerca de Perm por la rica familia del mismo nombre, y que había adoptado técnicas propias de artistas católicos, lo que bastaba para hacerla sospechosa de herejía. Aprovechando la ausencia del zar en la campaña de 1654, el patriarca buscó por todas partes, incluidos los domicilios particulares de los miembros destacados de la corte, los iconos que no consideraba adecuados y agujereó sus ojos, ante el escándalo del pueblo sencillo. El incidente fue seguido de una plaga y de un eclipse de sol que muchos habitantes de Moscú vieron como un castigo de Dios por la profana conducta del patriarca. Para llevar su provocación al extremo, con motivo de la celebración del Domingo de Quadragésima en 1655, ante el zar que asistía al culto en la catedral de la Asunción, el patriarca arrojó al suelo algunos iconos y ordenó que se quemaran los demás. El propio zar se acercó al airado patriarca y le dijo: «No, padre, no ordene que se quemen, mejor se les entierra»³¹.

Como sus antiguos amigos, Avvakum y otros, se resistían a estas reformas, el patriarca les condenó al exilio, y como estos contrarreformistas no cejaban en su empeño, les excomulgó en otro concilio que se reunió en 1655-1656. En la misma línea de resistencia estaba una gran parte del pueblo, sencillo y analfabeto, que identificaba forma con fondo y entendía que las reformas de Nikon afectaban a la esencia de sus creencias. Además, la arrogancia y falta de tacto del patriarca adoptaron una actitud claramente provocadora que escandalizaba al pueblo sencillo. Así es como las imprudencias de Nikon sentaron las bases del cisma que dividió no solo a la Iglesia ortodoxa, sino, como hemos avanzado, a toda la sociedad rusa.

Nikon estimuló la misión imperial de Rusia y durante su patriarcado se volvió a la vieja idea de la Tercera Roma, y uno de sus colaboradores, el monje Arsenius Sukhanov, difundió de nuevo esa ideología y añadiendo además que «toda la Cristiandad» espera la liberación de Constantinopla por los rusos. No hay seguridad de que esta idea de la conquista de Constantinopla formara parte de los designios de Aleksis en política exterior, pero los panegiristas del zar la manejan con frecuencia y, en una carta de enero de 1657, el secretario de la reina de Polonia escribió que Aleksis «tiene en mente el gran designio de liberar a Grecia de la opresión». El prestigio de Rusia alcanzó altos niveles en Europa oriental e incluso «principados no ortodoxos como Moldavia y Georgia empiezan a explorar las posibilidades de obtener un estatus de protectorado bajo Moscú, similar al que los cosacos de Khmel'nitsky habían aceptado en 1653»³². Impulsado por estos estímulos, por sus asesores griegos y por su propia e ilimitada arrogancia, Nikon aspiraba a que la Iglesia rusa ocupase el lugar que le correspondía en la Iglesia universal.

Al mismo tiempo, y eso explica que se pueda hablar de «respuesta teocrática», Nikon

promovió un incremento de la autoridad del patriarca y de toda la jerarquía eclesiástica, respecto del poder temporal. Pero su pretensión de situarse por encima del zar no podía sino perderle y Nikon se buscaba su propia ruina porque Aleksis no podía contemplar pasivamente cómo se constituía un poder superior al suyo propio. En su arrogancia, Nikon no calculó que era imposible una vuelta atrás y subestimó tanto al pueblo como a sus oponentes. Las reformas de Nikon, en efecto, provocaron un amplio movimiento de resistencia tanto en la administración y en la sociedad como en la Iglesia. Con su empeñamiento, Nikon se hizo muchos enemigos, a la vez que debilitaba su autoridad pastoral, mientras crecía el prestigio de los perseguidos tradicionalistas, convertidos en mártires y que, dispersos por toda Rusia, predicaban la resistencia. El monasterio de Solovetsk, en el lejano norte, se convirtió, a partir de 1667, en foco de este movimiento que rechazaba los caprichosos cambios del patriarca y se negó a aceptar los nuevos libros de culto revisados. Muchos rusos veían en las reformas o innovaciones de Nikon una sutil maniobra de los latinos, que obedecían a un designio del papa de Roma, y esta sospecha se alimentaba por el papel tan importante que en toda la reforma nikoniana habían desempeñado los extranjeros griegos y ucranianos, en muy buena medida educados en los métodos del escolasticismo occidental. Y en una sociedad tan espontáneamente xenófoba como la rusa, todo cuanto venía de fuera era sospechoso. Ni siquiera el marchamo griego de las reformas las legitimaba ante la opinión rusa porque, desde tiempo atrás, los rusos sospechaban que los griegos practicaban «una variedad impura de ortodoxia»³³.

El más activo opositor a Nikon, que se convirtió en cabeza del movimiento de resistencia a sus reformas, fue su antiguo amigo y paisano (ambos procedían de la región de Nizhni-Novgorod) el arcipreste o protopope Avvakum, que expresó mejor que nadie la visión tradicional rusa. Pensaba que todas las desgracias de Rusia procedían de la aceptación de las ideas, los libros y las costumbres occidentales. Avvakum es autor de una autobiografía, *Zhitiye* (Vida), la primera obra de este género en la literatura rusa, considerada una de las grandes obras de la primera etapa de la historia literaria de Rusia. En ella Avvakun sintetiza sus ideas y las razones de su oposición a Nikon. «Aunque soy un hombre de poco sentido y no he recibido educación, yo sé que todo cuanto proviene de los Santos Padres es puro y sagrado; yo guardaré esta fe hasta que muera, tal y como la he recibido, y no le pondré límites a lo eterno. Lo que ha sido establecido antes de nuestros tiempos debe seguir así hasta la eternidad»³⁴. Con no menos arrogancia que su enemigo Nikon, Avvakum escribe: «No estoy doctorado en retórica, ni en dialéctica, ni en filosofía, pero la mente de Cristo me guía desde dentro». La propia idea de una Iglesia universal, tan cara a Nikon, molestaba a los «fundamentalistas» —por utilizar la terminología de Billington—, ya que, al exigir la armonización con las prácticas de las otras Iglesias, atentaba contra su orgullo nacional. Kliuchevskii afirma que «el cisma no hizo sino reflejar la opinión pública» y lo resume en tres grandes motivos: la «nacionalización» de la Iglesia Universal, que podríamos considerar una especie de «ortodoxia nacional»; la «latinofobia» y la «xenofobia ritualista».

El zar empezó a inquietarse por la extensión de la protesta contra Nikon y, al mismo tiempo, por las pretensiones autoritarias de este, y, desde 1658, se fue alejando de él, mostrando su desagrado con su inasistencia a los actos de culto celebrados por el patriarca. A mediados de ese

año, en un acto celebrado en la catedral de la Asunción, en el Kremlin, Nikon, arrogante y herido en su orgullo, anunció que se retiraba al monasterio Voskresensky hasta que el zar reafirmara su confianza en él y en sus reformas. Aleksis no se movió ni contestó a las cartas de Nikon, en las que buscaba la reconciliación o, en caso contrario, pedía que se le destituyese. Pero el zar no se atrevía a lo uno ni a lo otro. La situación duró ocho años, hasta que en noviembre de 1666, Aleksis convocó un concilio, al que concurrieron los patriarcas de Antioquía y Alejandría, con el propósito de resolver el contencioso. Nikon fue formalmente acusado ante el concilio y el propio zar presentó los cargos, que se basaban, sobre todo, en el uso que había hecho de los poderes civiles durante sus ausencias. El concilio falló salomónicamente, pues, por una parte, privó a Nikon del patriarcado y de todas sus funciones sacerdotales, exiliándolo al remoto monasterio de Beloozero (Lago Blanco), pero, por la otra, aceptó sus reformas. El concilio excomulgó, asimismo, a los Viejos Creyentes por haberse opuesto a la autoridad canónica de sus superiores eclesiásticos. A partir de aquel momento, los *raskolniki* (cismáticos) se dotaron de una organización fuera de la Iglesia oficial.

El cisma fue un acontecimiento típicamente ruso que, seguramente, resultaba difícil de entender desde fuera, en el momento en que se produjo y, quizá, todavía ahora. Pero Billington encuentra conexiones exteriores cuando escribe que el cisma fue «bizantino en la forma y occidental en el contenido». El bizantinismo aparece bastante claro por el papel tan destacado que desempeñaron cuestiones rituales y de detalle. El occidentalismo del contenido, afirmación que habría escandalizado y sublevado tanto a Nikon como a Avvakum, significa para Billington que Rusia no estaba tan cerrada al exterior como podría suponerse, de modo que el cisma ruso vendría a ser el eco en la periferia europea de las batallas religiosas que se habían desarrollado en Occidente un siglo antes, y un intento de hallar una respuesta religiosa a los cambios que caracterizan los tiempos modernos, como lo fue en Occidente el enfrentamiento entre Reforma y Contrarreforma.

Ciertamente, en 1666 —fecha del concilio que resolvió la querrela religiosa con la excomunión de los *raskolniki*— no se acabó el mundo, como auguraban los apocalípticos, pero sí terminó un cierto mundo, el de la vieja Moscovia, que había querido asentar sobre la tierra una civilización organizada en torno a la creencia religiosa. Sin embargo, el concilio no dio la victoria a ninguno de los dos bandos en pugna, aunque a partir de ese momento empezó a configurarse, cada vez con más fuerza, un tercer bando, el del Estado secularizado que impone su poder sobre la Iglesia, que es el que a la postre se alza con el triunfo. Nikon y Avvakum no fueron capaces de percibir que, en realidad, era mucho más lo que les unía que lo que les separaba, porque no eran sino dos maneras de entender esa civilización religiosa que se ve forzada a ceder ante la corriente secularizadora. Al final, el gran instrumento inventado por el odiado Occidente, el Estado absoluto hobbesiano, desconectado de toda transcendencia, se acaba imponiendo en aquella Rusia que nikonianos y *raskolniki* querían preservar del contagio occidental. Quizá no es ocioso recordar que el *Leviatán* de Thomas Hobbes apareció en 1651, en pleno reinado de Aleksis, y aunque no hay constancia de que el libro llegara a Rusia, algunas de sus ideas se pueden detectar en obras aparecidas poco después, durante el reinado de Pedro I el Grande.

Este nuevo Estado renuncia al aislamiento tradicional y, aunque con dificultades, se regulariza el tráfico postal con Occidente, vía Smolensko y Riga, bajo el control del departamento de asuntos exteriores. Se suele decir que en torno a 1672 Rusia es ya un miembro del sistema europeo de Estados que se había conformado desde la paz de Westfalia en 1648. Aunque el título de «emperador» no se oficializa hasta el reinado de Pedro I el Grande, Aleksis ya lo utiliza, como, por otra parte, lo había hecho también Mikhail Romanov, sobre todo en sus relaciones con el extranjero. Y en el nuevo trono, de diseño polaco y fabricación persa, que Aleksis estrenó en los años sesenta figuraba la inscripción latina: *Potentissimo et Invictissimo. Moscovitarium Imperatori Alexio*. La propia imagen de Aleksis reemplaza a la de san Jorge en el sello con el águila bicéfala.

EL APOGEO DEL IMPERIALISMO: PEDRO I EL GRANDE

EL ACCESO AL PODER Y LOS PRIMEROS PASOS

Pedro I el Grande es una de las figuras estelares de la historia rusa y uno de los más poderosos soberanos que han regido aquel inmenso país, pero, a diferencia de otros zares y emperadores, su acceso al poder no se produjo de una vez y en un solo acto, sino a través de un complejo proceso, que se desarrolla en varias etapas, bien marcadas. Elegido Pedro inicialmente a la muerte de Fedor como zar sucesor, a pesar de ser el hijo menor, la elección duró muy poco porque, como ya hemos relatado, la sangrienta rebelión de los *streltsy* impuso el doble poder de los dos hermanos como «co-zares», bajo la regencia de Sofía, analizada en el capítulo anterior. Hay que señalar que todos los biógrafos de Pedro coinciden en afirmar que el recuerdo de esa rebelión, con el consiguiente homicidio de muchos de sus parientes y partidarios y el alejamiento de los demás, no se borró nunca de su memoria y explica algunos de sus actos futuros, como la propia supresión de los *streltsy*.

Durante los siete años de la regencia de Sofía, Pedro vivió con su madre en Preobrazhenskoie y en Kolomenskoie, situados entonces en las afueras de Moscú, y no acudirá al Kremlin sino en las más imprescindibles ocasiones. Son años muy importantes, de formación y aprendizaje, en los que se revela ya su interés por la técnica, por los asuntos militares y por las cuestiones relacionadas con el mar. Es también la etapa en la que establece sus primeros contactos con extranjeros residentes en Moscú, algunos de los cuales se convierten en los maestros de Pedro en las ciencias y las técnicas occidentales, fascinantes para el joven «co-zar», seguramente porque ve en ellas los instrumentos fundamentales para la gran empresa de «modernizar» u «occidentalizar» Rusia. Las Humanidades despertaron mucho menos el interés de Pedro, que, no obstante, se inició en la lectura y la escritura, utilizando la Biblia como libro básico de texto, bajo la dirección de su tutor Nikita Zotov. Pero ya entonces andan en su entorno el escocés Paul Menzies y el neerlandés Franz Timmerman. El primero ya era notable por su trabajo diplomático y gubernativo al servicio de los zares y el segundo fue quien le enseñó las matemáticas y las técnicas relacionadas con la artillería, las fortificaciones y la navegación. En las aguas del estrecho río Yauza, vive sus primeras experiencias navales, sobre todo después de descubrir un viejo barco inglés que había

pertenecido a su padre, el zar Aleksis, y que había sido reparado por otro neerlandés, Christián Brandt, que también contribuye a la formación naval del cozar. Pedro había practicado desde muy niño «juegos de guerra» y se había mostrado muy interesado por las armas. Estos juegos fueron evolucionando y muy pronto pasó a constituir dos regimientos de verdad, el Preobrazhenski y el Semionovski, que llegarán a ser el núcleo del futuro ejército petrino y que desempeñarán un destacado papel en la historia rusa.

A principios de 1689, a punto de cumplir los diecisiete años, se casó con Evdokie (Eudoxia) Lopukhina, perteneciente a una familia de la pequeña nobleza. Era un matrimonio arreglado por su madre, Nathalia Naryskhina, sin que Pedro hubiera tomado parte en la elección y sin que llegara a amar nunca a aquella esposa impuesta. El matrimonio produjo un extremo nerviosismo en la regente Sofía y en su círculo, porque Pedro se convierte, de pronto, en un competidor serio por un poder que hasta entonces solo tenía nominalmente. Sofía aspiraba a convertirse en zarina, pero la nueva situación de Pedro y la posibilidad de que este contara en poco tiempo con un heredero se presentan como un serio obstáculo, acaso insuperable, para esos planes, acariciados en secreto. A Pedro le llegan rumores insistentes de los planes de su hermanastra, que se convierten en alarmantes en la noche del 7 al 8 de agosto de aquel mismo año de 1689, en la que se le avisa de que un poderoso contingente de sus odiados *streltsy* se dirige a su residencia de Preobrazhenskoie con el decidido propósito de liquidarle, junto con su familia y partidarios. Aunque muchos de los historiadores se niegan a aceptar que pudiese sentirse atrapado por el miedo, uno de sus biógrafos más notables, Anderson, escribe que «en un acceso de terror, saltó de la cama, se refugió en un bosque cercano, donde se vistió apresuradamente, y buscó asilo en el gran monasterio de la Trinidad-San Sergio, a unos sesenta y cinco kilómetros de distancia»¹. Heller escribe que «después, Pedro no mostrará más la menor cobardía, y a la hora del peligro dará siempre, por el contrario, pruebas de valentía». Debemos señalar, sin embargo, que algunos años más tarde, tras la derrota de Narva, huye otra vez, inexplicablemente, abandonando sus tropas. Heller añade que «puede que su huida estuviese ligada a sus recuerdos infantiles de la revuelta de los *streltsy* y de las terribles matanzas de que fue testigo». En cualquier caso, la noticia del inminente ataque de los *streltsy* en aquella veraniega noche de 1689 produjo en el todavía joven Pedro un enorme impacto, como revela el hecho de que, según el mismo Heller, «los contemporáneos notan que desde aquella noche, Pedro sufrió de un tic nervioso que le hacía torcer el rostro. Y él mismo atribuirá este hándicap a su miedo a los *streltsy*. Cuando lo recuerdo —dirá él mismo— tiemblan todas mis fibras y, solo de pensarlo, no puedo dormirme»².

Desde el monasterio de San Sergio —siempre presente en los momentos culminantes de la historia de Rusia— Pedro exige la renuncia de Sofía, mientras se le van uniendo tropas y partidarios, entre los que se encontraba Patrick Gordon, el mercenario escocés que había servido a los zares rusos desde Aleksis, en la milicia y en la diplomacia, que con sus tropas se pone a las órdenes de Pedro y cuyo diario personal es una importante fuente para conocer aquellos acontecimientos. El pulso entre el monasterio de la Trinidad-San Sergio y el Kremlin duró casi un mes, durante el cual las filas de Pedro se fueron engrosando mientras se desflecaban las de Sofía y los suyos. A primeros de septiembre, Pedro escribe a su hermanastro, el «co-zar» Iván, una carta

en la que, además de explicarle la necesidad de exigir a Sofía la renuncia, le ruega que le autorice a «liberarle de la carga de los asuntos del Estado». Finalmente, Sofía abandona y es recluida en el monasterio de Novodevichi, fuera del Kremlin pero en lo que hoy es casco urbano de Moscú. Menos suerte tuvo su favorito y ministro universal, Golytsin, que fue confinado en el lejano y frío norte.

Es entonces cuando se produce otro de esos curiosos hechos en la vida del zar Pedro I. Descartados sus rivales y competidores, queda dueño exclusivo de un poder que, sin embargo, no quiere ejercer directamente, ya que lo entrega a su madre, Nathalia Naryshkina, y a su familia, que lo ejercen de una manera arbitraria e inefectiva. En este prólogo del reinado más netamente occidentalizador de la historia rusa, se desata un rechazo de todo lo extranjero, como reacción al declarado occidentalismo de Golytsin, y en octubre de 1689 es quemado vivo en la Plaza Roja el milenarista misionero protestante Quirinus Kulhman. Pero es entonces también cuando Pedro intensifica sus visitas a la *Nemestkaia sloboda*, el barrio donde vivían los extranjeros y se hacen más frecuentes sus contactos con estos. De entonces data su estrecha relación con el ginebrino Franz Lefort, que será uno de sus íntimos y llegará a general y almirante. Una intimidad que comparte con el ruso Alesha Menshikov y con otros varios compañeros de juergas y borracheras. Es entonces cuando «fundan» el «concilio muy borracho y muy bufón» que, parodiando los ritos eclesiásticos, rinde culto a Baco y a Venus. No podía darse mayor ruptura con la tradición rusa de estrecha conexión entre ortodoxia y sentido nacional. También entonces Pedro inicia sus aventuras extraconyugales, la primera de las cuales es su relación con Anna Mons, hija de un artesano alemán, que durará desde 1691 hasta 1701.

Alejado de los asuntos públicos y del Kremlin, Pedro continúa entregado a sus aficiones militares y navales. Hace dos viajes a Arkhangelsk, para «ver el mar» y conocer el único puerto marítimo que entonces tenía Rusia. Su carencia de poder queda a la vista cuando, al morir el patriarca Joaquín, Pedro propone, sin éxito, a su propio candidato, el metropolitano de Pskov, Markel, mientras su madre Nathalia y su entorno se inclinan por el metropolitano de Kazán, Adriano. Markel no gustaba a la elite del Kremlin porque «conocía lenguas bárbaras» (hablaba latín, italiano y francés) y porque «su barba no era demasiado larga». Pero Pedro no estaba maduro todavía para su obra. Como escribe Anderson:

No se parecía en nada al soberano ruso tradicional, figura remota y hierática, raras veces visible para sus súbditos, rígidamente encerrado en las convenciones y el ceremonial y que casi nunca abandonaba Moscú (ni siquiera el Kremlin), salvo para algunas cacerías, muy organizadas y formalistas. A pesar de todo, este joven iconoclasta apenas tenía idea de lo que quería hacer de su país. Los conceptos que más tarde llegaron a adquirir una importancia fundamental para él — su responsabilidad por el progreso de Rusia, su deber de servir este bienestar y este progreso y de obligar a sus súbditos a servirlos también— no se habían aún formado en su mente³.

Cuando en enero de 1694 muere Nathalia Naryshkina, Pedro, que solo tiene veintidós años, da un paso más para asumir directamente el poder. La muerte de su madre supone un duro golpe para Pedro, que relata sus sentimientos en una carta dirigida a su amigo y compañero Fedor Apraksin. Pero enseguida se vuelca en las maniobras navales que se estaban realizando en Arkhangelsk, en

las que participaban los grandes barcos, armados hasta con treinta cañones, que los carpinteros navales holandeses y venecianos habían construido bajo la dirección de Lefort, que, como escribe Voltaire, «ya no ostentaba en vano el título de almirante». Este mismo autor, en su clásica obra sobre Pedro el Grande, señala que «en 1689, el zar tenía de elegir a qué país, entre Turquía, Suecia y China haría la guerra»⁴. Eran muchas las razones por las que abrir las hostilidades con la lejana China o con la próxima Suecia no tenía mucho sentido, y muchas también las que hacían más razonable una guerra con Turquía, el poderoso enemigo del sur que, directamente o a través de sus aliados y protegidos los tártaros de Crimea, hostigaba permanentemente los establecimientos rusos del sur, tomando como esclavos a muchos de sus habitantes. Por otra parte, el momento de esplendor había pasado y Turquía empezaba a retroceder ante el Imperio germánico, que había iniciado con éxito la recuperación de Hungría. Una hipotética victoria sobre Turquía permitiría a Rusia, además, poner el pie en la orillas del mar Negro, que, después del Báltico, era otro de los objetivos permanentes del expansionismo ruso y de su estrategia defensiva y, posiblemente, la única manera de poner fin a las endémicas incursiones turco-tártaras sobre lo que hoy es Ucrania. Durante la regencia de Sofía habían fracasado dos expediciones contra Crimea, pero durante el reinado de Aleksis los cosacos habían conquistado Azov, aunque hubo que abandonarlo porque Moscú no se encontraba con fuerzas para mantener aquella alejada plaza marítima. Es así como en 1695 se decide iniciar las hostilidades con Turquía, en un doble despliegue dirigido contra las fortificaciones turcas del bajo Dniéper y contra Azov, que es sitiado por los nuevos regimientos formados por Pedro, que, como sargento, participa en el sitio. Pero después de tres meses y de tres infructuosos asaltos que les ocasionaron cuantiosas pérdidas, los rusos se vieron forzados a levantar el campo.

Como escribe Voltaire, «la constancia en toda empresa formaba el carácter de Pedro», que se crece en la derrota y se vuelca en la organización de una nueva expedición contra la misma plaza. Esta vez decide que el ataque se haga, simultáneamente, por tierra y por mar, por lo que los astilleros de Voronezh, en los que trabajan 26.000 hombres —campesinos reclutados a la fuerza que, en cuanto pueden, huyen y que, carentes de especialización, hacen un pésimo trabajo—, se ponen a trabajar a ritmo acelerado, con la participación directa de Pedro, que escribirá en marzo de 1696: «conforme al mandamiento de Dios a nuestro padre Adán, estamos comiendo el pan con el sudor de nuestra frente». Allí se construyen entre otros la galera *Principium* y las cañoneras *Apóstol Pedro* y *Apóstol Pablo*, los primeros buques de guerra importantes con que contó Rusia. Anderson señala que «inevitablemente se dejó sentir la escasez de marinos y técnicos experimentados» y considera el conjunto de este empeño del joven zar como «planes atrevidos y de gran alcance, puestos en marcha con poca preparación y sin detallar, pero conseguidos gracias a una energía implacable, arrolladora, frente al sufrimiento y a la oposición»⁵. Un reflejo patente de la personalidad y del estilo de Pedro.

Se formó así una flota, «improvisada», según el propio Anderson, una parte de la cual había sido construida nada menos que en Moscú y trasladada en piezas a Voronezh, a orillas del Don, donde fue montada. Con estos barcos los rusos entraron en el mar de Azov a finales de mayo de 1696 y sitiaron de nuevo la plaza. A principios de aquel mismo año había muerto su hermanastro

Iván V, lo que convirtió a Pedro en el único zar y aumentó su capacidad de decisión y de acción, aunque el enfermizo Iván no fue nunca, ciertamente, un freno para su impetuoso hermano. Aislada por mar, lo que impide la llegada de refuerzos turcos, Azov se rindió tras dos meses de sitio. El joven zar quiso celebrar su primera victoria con un gran desfile, organizado según el estilo de la Roma imperial, en el que Pedro, rompiendo con los usos, no llevaba el traje tradicional ruso, sino que iba vestido al estilo occidental, con un casaca negra y un sombrero de plumas.

Después de la conquista de Azov, y durante los tres años siguientes, Pedro continuó la construcción de la flota en los astilleros de Voronezh. A finales de 1696 se ordenó la constitución de «compañías», formadas por los terratenientes laicos y eclesiásticos (esto es, los monasterios) que tuvieran a su cargo diez mil u ocho mil hogares campesinos, respectivamente, cada una de las cuales debía asumir la construcción, equipamiento y armamento de un buque de guerra. Pero este esfuerzo nacional era insuficiente porque Rusia carecía de las cualificaciones técnicas necesarias para tal empeño, y por eso, durante la segunda mitad de 1697, llegaron a Voronezh una cincuentena de carpinteros navales extranjeros (holandeses, ingleses, daneses, suecos, venecianos, etc.) que habían sido «fichados» por Pedro, que por entonces viajaba por Europa occidental. Al mismo tiempo se enviaba a Occidente un número similar de jóvenes rusos, para que aprendieran las técnicas navales. Era la primera remesa de lo que, durante el reinado de Pedro, se convertiría en una «corriente regular y creciente de estudiantes rusos de diverso tipo [...] enviados a la Europa occidental y central»⁶. Pero aquellos trabajos resultaron poco fructíferos.

Se habían construido barcos, pero se habían construido mal [...] se obtenían barcos de dimensiones incorrectas y con una construcción de ínfima calidad, que no aguantaban bien y que a menudo se mostraban más o menos incapaces de navegar ya desde el momento en que se botaban [...]. El propio zar los juzgó «más apropiados para el transporte de mercancías que para el servicio militar» [y] ya en 1701, por lo menos diez de los botados un año o dos antes tuvieron que ser reconstruidos⁷.

Esta política de trabajo forzado de todo el país provoca un descontento creciente ante unos proyectos que el pueblo no comparte ni comprende. Para algunos autores del siglo xx, como el historiador Serguei Platonov, autor de una biografía de Pedro el Grande, y el escritor Andrei Platonov, autor de la novela histórica *Las esclusas de Epifanía*, existen puntos comunes entre estos proyectos de Pedro y los de Stalin, semejanzas que Heller sintetiza así: «Construcción a marchas forzadas, sin tener en cuenta ni las víctimas ni el resultado final»⁸. Pero, a pesar de esta preocupante situación de inquietud, que se manifiesta en las protestas de algunos clérigos y en la conspiración para asesinar al zar animada por un coronel de los *streltsy*, siempre propicios a la revuelta, Pedro decide, él también, emprender su «viaje de estudios» a Occidente. Se organiza entonces la «Gran Embajada», encabezada por Franz Lefort, por el gobernador de Siberia y experto diplomático Fedor Golovin, que había negociado el tratado de Nerchinsk con China, en 1689, y por otro diplomático, Prokofi Voznitsyn, y que estaba constituida por unas doscientas cincuenta personas. Del mismo modo que en el ejército Pedro había preferido empezar por abajo,

con el designio de mostrar que a nadie se le debe nada y que cada uno es hijo de sus méritos y de su esfuerzo, en la Gran Embajada Pedro figura como «el capitán Piotr Mikhailov», seguramente para que no hubiera dudas de que él es el primero en la disposición a aprender y a sacar el máximo partido de este insólito viaje que, para Voltaire, «era una cosa inaudita en la historia del mundo: un rey de veinticinco años que abandona sus reinos para mejor reinar»⁹. Los objetivos que persigue el zar aparecen bien claros en el sello que pone en las numerosas cartas que escribe a Rusia durante los dieciséis meses que dura el viaje, en el que aparece un joven carpintero rodeado de instrumentos de navegación y con este lema: «Porque yo estoy al nivel de alumno y exijo que se me instruya».

No se puede decir, desde luego, que se tratase de un viaje «de incógnito», como aparece en algunos libros, porque Pedro no solo no encubrió su verdadera identidad, sino que aprovechó su largo viaje para entrevistarse con reyes y otras destacadas personalidades. Empeñado en la lucha contra Turquía, Pedro deseaba tantear las posibilidades de relanzar la Santa Liga antiotomana que, animada por el Papa Inocencio XI, habían formado, en los años ochenta del siglo que estaba a punto de concluir, el Imperio de los Habsburgo, Polonia y Venecia. Ya hemos señalado que el poder otomano estaba en un momento de reflujo y el zar soñaba con la idea de darle un golpe de gracia, a partir de una estrategia común. Pero a Pedro le impulsaba también su fascinación por Occidente, que había alimentado en sus visitas al barrio de «los alemanes», al que tantas veces se había acercado desde su residencia de Preobrazhenski, atravesando el Yauza, lugar de sus primeras experiencias navales. Por eso su propósito era visitar cuantos países pudiera. Según escribe Voltaire,

[...] solo Francia y España no entraban en absoluto en sus planes; España, porque esas artes que él buscaba estaban allí entonces muy descuidadas; y Francia, porque, seguramente, allí se reinaba con demasiado fasto y la altanería de Luis XIV, que había sorprendido a tantos potentados, se acomodaba mal con la simplicidad que él quería dar a sus viajes¹⁰.

No vamos a relatar todas las etapas de aquel histórico viaje, pero donde más tiempo pasó Pedro, nueve meses en total, fue en Holanda y en Inglaterra, y en ambos países su principal preocupación fue visitar a fondo los astilleros y también trabajar en ellos. Holanda era para Pedro el país más admirado de Occidente, y su lengua, la única extranjera que conocía y hablaba. El gran historiador clásico ruso Karamzin, que vivió a caballo de los siglos XVIII y XIX, acusa a Pedro de haber querido transplantar Holanda a Rusia, y Heller puntualiza que aunque a principios del siglo XIX esa pretensión podía parecer ridícula, a finales del XVII los Países Bajos eran una de las grandes potencias europeas y se encontraban en la cúspide de su riqueza tanto material como cultural¹¹. En Utrecht, Pedro se entrevistó con Guillermo III, al que admiraba desde tiempo atrás y que tuvo con su huésped ruso el enorme detalle de regalarle su mejor yate, el recién construido *Transport Royal*.

El zar impresionó a todas las personas con las que tuvo oportunidad de encontrarse, no solo por su gigantesca estatura, sino por sus proyectos y actuación. Sus interlocutores no siempre le juzgaron favorablemente, y así las princesas de Hannover y de Brandenburgo, que eran madre e

hija, comentaron que no se le había enseñado a comer y, según la primera, «si hubiera recibido una mejor educación sería un hombre perfecto, pues tiene muchas cualidades y un espíritu extraordinario». En el viaje de vuelta a Rusia, la Gran Embajada visitó Venecia, que a Pedro le interesaba por su potencia naval y porque ambos compartían la enemistad contra Turquía, y Viena, donde habló ampliamente de cuestiones internacionales con el canciller imperial, el conde Kinsky y con el propio emperador Leopoldo, con el que trató la política más conveniente frente a Turquía.

Al poco de llegar a Viena, a finales de julio de 1698, recibió el zar alarmantes noticias de una nueva rebelión de los *streltsy*, por medio de una carta del príncipe Romodanovskii, nombrado gobernador de Moscú poco antes de iniciar el viaje a Occidente. Pedro vio en esas informaciones la confirmación de sus temores de una posible conspiración de la desposeída regente Sofía, que había llegado al poder con la ayuda de los mismos *streltsy*, un acontecimiento que no se había borrado de su recuerdo. La noticia de la revuelta obligó a Pedro a acelerar su regreso, aunque nuevos mensajes le daban cuenta de que el orden había sido restablecido y de que no había indicios de que Sofía estuviera detrás de la intentona. De paso por Varsovia, Pedro se entrevistó con el rey Augusto, con el que también trató del común enemigo turco y de una posible acción común contra Suecia.

En el mes de septiembre del mismo año, Pedro estaba de vuelta en Moscú y su primera ocupación fue la sangrienta represión de los *streltsy*, cientos de los cuales fueron sometidos a tortura antes de ser ejecutados con el propósito de rastrear la hipotética implicación de Sofía. Aunque no se encontró ninguna prueba concluyente que la comprometiese, Sofía fue obligada a tomar el velo en el monasterio de Novodevichi (Nuevo Monasterio de las Vírgenes), donde permaneció, fuertemente vigilada, hasta su muerte en 1704. Entre septiembre de 1698 y febrero de 1699 se produjeron no menos de 1.150 ejecuciones entre los *streltsy*. Esta brutal represión tiene un carácter simbólico porque representaban el espíritu y los usos de la vieja Moscovia, de la que Pedro quería despegarse para siempre y definitivamente. Vinculados a los Viejos Creyentes y conscientes de que representaban un cuerpo militar anticuado, que no tenía encaje en la Rusia que Pedro comenzaba a diseñar, los *streltsy* se habían jugado el todo por el todo, aprovechando los rumores extendidos y supersticiosos que veían en la ausencia del zar la posible ocasión y pretexto para su sustitución por un falso zar que no sería otro que el Anticristo. La afición de Pedro por lo occidental en el atuendo y en tantas otras cosas era para los que difundían estos rumores señal inequívoca de que Pedro no era un auténtico zar ortodoxo. En junio de 1699 quedaron desmantelados los dieciséis regimientos de *streltsy* y sus hombres dispersados a las más alejadas ciudades, por supuesto sin armas y sin derecho a abandonar sus nuevas residencias.

Estos meses a caballo entre 1698 y 1699 fueron tal vez los de mayor tensión en el reinado de Pedro, que se sentía aislado, incomprendido y sin apoyos en su política de reformas. Para completar el desánimo de Pedro, en marzo de 1699 murió su amigo y mentor Franz Lefort, precisamente en el momento en que más le habría hecho falta su presencia y su consejo. A finales del mismo año murió también Patrick Gordon, el más destacado consejero militar de Pedro, cuyo último servicio había sido aplastar la rebelión de los *streltsy* en junio de 1698, cuando Pedro estaba ausente. De sus más estrechos amigos solo le quedaba Menshikov, el único que le

sobrevivirá. Los despachos diplomáticos daban cuenta de la tensa situación que se vivía en Moscovia y que hacía temer lo peor para el joven zar.

En febrero-marzo de 1699, tanto el embajador austriaco como el prusiano advirtieron a sus gobiernos acerca del sentimiento general de confusión y tensión que reinaba en Moscú. En su opinión, había un peligro real de que una nueva oleada de resentimiento barriese al zar y sus impopulares innovaciones¹².

Pero Pedro siguió adelante con sus planes y desde septiembre de 1698 prohibió, por una serie de decretos, la barba y la vestimenta tradicional rusa, estableciéndose un impuesto para los que persistieran en su uso. A corto plazo, sin embargo, la nueva moda solo fue seguida en la corte y por los funcionarios. Como escribe Dukes, «al acabar el siglo xvii, el fin de Moscovia había quedado bien a la vista por el visible afeitado de las barbas y la desaparición de los caftanes»¹³. En la misma línea estaba el establecimiento del nuevo calendario en virtud del cual el año comenzaría el 1 de enero en vez del 1 de septiembre, como había sido tradicional en Rusia. Además las fechas se calcularían desde el nacimiento de Cristo, como en Occidente, y no desde la hipotética creación del mundo, de modo que el año siguiente sería el 1700 y no el 7208.

Con el nuevo siglo, Pedro aprovechó la ocasión de las purgas contra los sospechosos de animadversión contra él, para librarse también de su esposa Evdokie, que había simpatizado con los rebeldes, a la que obligó a profesar en un convento de Suzdal, y poner ostensiblemente en su lugar a su amante Anna Mons, que disfrutó el favor del zar hasta que empezó a sospecharse que tenía una relación con el embajador prusiano. Tras ella estuvo al lado del zar María Hamilton, de ascendencia escocesa, que sería ejecutada por infanticidio y, ya años más tarde, Catalina Skavronski, una campesina de Livonia, que fue amante de Pedro después de haberlo sido del mariscal Sheremetiev y de Menshikov. En 1712 Catalina se convertiría en esposa de Pedro, al que sucedería como Catalina I.

LA POLÍTICA EXTERIOR: LA GRAN GUERRA DEL NORTE

En el período a caballo de los siglos xvii y xviii se habían producido en Europa central y oriental una serie de cambios que habían alterado muy notablemente el paisaje político de la zona. Después del éxito de Azov, Pedro aspiraba a encontrar apoyos entre los países que, al igual que Rusia, estaban implicados en la guerra contra una Turquía cuyos síntomas de decadencia eran

evidentes. Los propósitos de Pedro consistían en rematar su triunfo con la conquista de Kerch, la plaza que cerraba el estrecho del mismo nombre y que comunicaba el mar de Azov con el mar Negro. Esperaba que el control de ese estratégico punto le permitiera el acceso a este mar, que hasta aquel momento había sido un lago turco. Pero las conversaciones que mantuvo en su viaje le convencieron de que no existía ambiente propicio para proseguir la guerra contra Turquía. Por el contrario, todo apuntaba a una próxima paz que, efectivamente, se firmó en Karlowitz, en febrero de 1699, entre el Imperio de los Habsburgo, Polonia y Venecia, por una parte, y el Imperio otomano por la otra, con la mediación de Inglaterra y Francia. Rusia estuvo presente en las negociaciones, con el apuntado designio de obtener Kerch, pero no lo consiguió y los turcos, derrotados pero aliviados por la perspectiva de la paz, intentaron incluso que Rusia devolviese Azov. Los planes antiturcos de Pedro se volvían irrealizables porque él solo no se sentía con fuerzas para afrontar al poderoso enemigo. Empezó entonces a pensar en una nueva estrategia: la guerra contra Suecia para conquistar la orilla del Báltico. Las conversaciones con el nuevo rey de Polonia, Augusto, elector de Sajonia, durante el viaje de regreso a Moscú le habían llevado a la convicción de que podría contar con su ayuda en la empresa y se dispuso a poner en práctica el acariciado proyecto. Su primer paso fue concertar una tregua de dos años con Turquía para garantizarse la retaguardia del sur, en la guerra que se había de desarrollar en el frente norte. El tratado se firmó en Constantinopla en junio de 1700 y Rusia obtuvo el reconocimiento de la posesión de Azov a cambio de devolver a Turquía las fortalezas del bajo Dniéper, conquistadas por Sheremetiev cinco años antes. Además, Rusia consiguió dejar de pagar el humillante tributo a los tártaros de Crimea y logró que se aceptara el establecimiento de una embajada rusa en la capital otomana. La coyuntura parecía, además, favorable para los planes de Pedro porque en abril de 1697 había fallecido el rey de Suecia, Carlos XI, y le había sucedido su hijo, Carlos XII, que tenía solo quince años de edad. Nadie podía sospechar que aquel joven sería en poco tiempo uno de los más brillantes jefes militares de la época.

Como ya hemos señalado, Rusia, a finales del siglo xvii, había completado en muy buena medida su expansión hacia el este, llegando al Pacífico, pero por el oeste y el sur padecía un cierto complejo de encierro. En efecto, del Báltico la separaban las posesiones suecas de Carelia, Ingria y Livonia, mientras que del mar Negro estaba separada por cientos de kilómetros de estepa, prácticamente deshabitada. Su única salida al mar seguía siendo, pues, la del mar Blanco, por medio del puerto de Arkhangelsk, que permanecía bloqueado por el hielo durante la mayor parte del año. Como sabemos, la aspiración de llegar al Báltico se remontaba a los primeros tiempos de los principados rusos. Ya en el siglo xi el príncipe Yaroslav el Sabio de Kiev había logrado controlar, tras enfrentarse con las tribus lituanas, la desembocadura del Niemen, y los rusos se mantuvieron allí hasta que en 1106 fueron expulsados por los daneses. Rusia tuvo así, entonces, un primer y fugaz acceso al Báltico. El principado de Novgorod dispuso también desde el siglo xii de un estrecho acceso al golfo de Finlandia, en la desembocadura del Neva, acceso que, con Aleksandr Nevsky, vencedor sobre suecos y teutónicos en el siglo xiii, quedó ampliado hasta Narva. Cuando el principado de Novgorod es conquistado por Iván III en el siglo xv, Moscovia

logra por primera vez un acceso al Báltico. Con Iván IV se amplía, por poco tiempo, ese acceso al conquistar Dorpat y hasta una veintena de fortalezas de Livonia. Pero tras los tratados de 1582 con el Estado polaco-lituano y de 1583 con Suecia, Rusia pierde toda aquella costa báltica, aunque en 1595 recupera la desembocadura del Neva.

Ya en el siglo XVII, la aspiración rusa por acceder al Báltico no decrece, pero debe reprimirse ante la gran potencia de la zona, Suecia, que, como ya hemos señalado, trata de hacer del Báltico un mar sueco. La paz de Westfalia (1648), primero, y las de Oliva y Copenhague (1660), después, representan la culminación de este designio sueco, que es respetado por Rusia en la ya citada paz de Kardis. El formidable poderío militar sueco, construido por el rey Gustavo Adolfo, que toda Europa había contemplado y admirado durante la Guerra de los Treinta Años, era suficientemente disuasorio como para que Moscú prefiriera explorar las posibilidades del enfrentamiento con Turquía, no menos temible, pero ya en los comienzos de su decadencia. Luchar contra Turquía permitía, además, contar, como ya hemos señalado, con el concurso de otras potencias cristianas. Pero el poco entusiasmo de estas obliga a Pedro a volver de nuevo sus ojos al norte. Entre Pedro el Grande y Carlos XII, ambos excepcionales monarcas, tendrá lugar desde 1700 la que se llamó Gran Guerra del Norte, que va a dirimir la hegemonía en la región y que será la guerra más larga del siglo XVIII, ya que se prolongará hasta 1721, solo cuatro años antes de que Pedro muera, en 1725. Esta guerra marcará, por tanto, el reinado del zar reformador.

Tras guardarse las espaldas con el tratado con Turquía, Pedro prosiguió la preparación diplomática de la contienda, en la que intentaba implicar a Dinamarca y al rey Augusto de Sajonia, que, como veremos un poco más adelante, trataba de asegurarse el trono polaco, para el que no había sido debidamente elegido. Augusto, esperando la ayuda rusa en la contienda sucesoria polaca, se comprometió a atacar Riga, cuando llegase el momento. Un diplomático danés, Heins, y otro polaco, Karłowicz, viajan a Moscú para poner a punto los planes antisuecos. A Karłowicz le acompaña un intrigante noble de Livonia, Johan Reinhold Patkul, que presenta un panorama optimista de la proyectada guerra contra Suecia y logra disipar las últimas dudas de Pedro. Este avisado personaje juega abiertamente con dos barajas y mientras a Augusto le promete la anexión de Livonia y convence a Polonia de que sería inadmisibles dejar a Pedro apoderarse de Narva, a este le presenta un plan de reparto de la *Rzeczpospolita*, con un trozo para Prusia. Como se ve, el reparto de Polonia tenía no pocos promotores y Rusia no podía sino considerarlo favorablemente porque sin una Polonia débil la lucha contra Suecia se hacía mucho más difícil. La debilidad polaca era «estructural», en el sentido de que su peculiar monarquía electiva y el sistema del *liberum veto*, que permitía a cualquier noble vetar las decisiones de la Dieta, hacían de ella una presa fácil en el despiadado contexto de la época. Esto era especialmente perceptible cuando moría el rey, ya que la guerra de sucesión era prácticamente inevitable.

Tras los acuerdos diplomáticos contra Suecia de Rusia, Polonia y Dinamarca, se iniciaron las hostilidades contra la primera a finales del verano de 1700. Pero Carlos XII mostró su indiscutible genio militar y, atravesando los estrechos, entró como un huracán en Dinamarca, obligándola a capitular el mismo día que Pedro, sin tener noticia de la rendición de su aliado, declaraba la guerra a Suecia. Poco después, ya en octubre, al frente de un ejército de 35.000 hombres, Pedro sitió la

fortaleza de Narva, y fue entonces cuando se enteró de que los daneses habían sido derrotados y Augusto, con sus tropas sajonas, había preferido retirarse. Los rusos se quedaban solos ante Carlos XII, que, tras atravesar el Báltico con solo 8.000 hombres, el 30 de noviembre, y bajo una impresionante tormenta de nieve, les infligió una humillante derrota, ante los muros de Narva, a pesar de la superioridad numérica de las tropas de Pedro. Las cifras de la derrota son elocuentes: 10.000 rusos fueron muertos o hechos prisioneros y 30.000 obligados a huir abandonando su artillería. El ejército ruso puso en evidencia su falta de preparación y su indisciplina, y solo tuvieron un comportamiento honorable los regimientos de la guardia, Preobrazhenski y Semonovski, y otro regimiento de infantería.

Cuando la derrota no se había consumado todavía, se produjo uno de esos hechos sorprendentes de la vida de Pedro sobre el que todavía discuten biógrafos e historiadores. Tan pronto como el zar se enteró de que los suecos se acercaban, entregó el mando a un mercenario francés, el duque de Cruyi, al que dejó por escrito unas instrucciones calificadas por los expertos contemporáneos como «absolutamente insensatas» y marchó aceleradamente hacia Moscú. La victoria de Carlos XII ha sido descrita con todo detalle por Voltaire, según el cual el duque de Cruyi y los oficiales alemanes se rindieron porque

[...] temían más a los rusos sublevados contra ellos que a los suecos. El zar se mostraba sin recursos para sostener la guerra —continúa Voltaire— y el rey de Suecia, vencedor en menos de un año de los monarcas de Dinamarca, de Polonia y de Rusia, fue considerado el primer hombre de Europa, a una edad en la que los otros no aspiran todavía a tener reputación¹⁴.

El prestigio de Pedro y de Rusia cayó espectacularmente y Golitsyn, embajador en Viena, escribe que Europa se mofa de los rusos. «Nuestro soberano necesita aunque solo sea una pequeña victoria para que su nombre sea de nuevo celebrado en Europa».

Los historiadores estiman que Carlos XII no explotó a fondo el triunfo de Narva, ya que si hubiera proseguido el ataque a Rusia, habría podido llegar a Moscú sin demasiadas dificultades, dado el estado del ejército ruso. En su lugar, se volvió contra Augusto II, al considerarlo un enemigo más peligroso, y le obligó a levantar el sitio de Riga. Fue un tiempo precioso, bien utilizado por Pedro, que, efectivamente, no se arredró y preparó incansablemente el desquite. Haciendo gala de su optimismo y de una inmensa seguridad en sí mismo, consideró que la derrota de Narva era un bien porque iba a forzar a los rusos «a trabajar día y noche». Y, efectivamente, entre 1701 y 1709 los gastos militares llegaron a suponer entre el 80 y el 90 por 100 de todos los gastos del Estado. Desde 1702, Pedro puso en marcha un ambicioso programa armamentístico. Se fundieron las campanas de las iglesias para hacer cañones y se inició la construcción de una flota en el río Sjas, que desemboca en el extremo meridional del lago Ladoga.

Entretanto habían continuado los enfrentamientos entre rusos y suecos, tanto en tierra, en la zona ribereña del Báltico, como navales, en los lagos Peipus y Ladoga, y aunque los primeros obtienen algunos pequeños triunfos, la ventaja general era favorable a los suecos. Aquel mismo año Sheremetiev se apoderó de Noteburg, la fortaleza sueca situada en el lugar en que el río Neva desemboca en el lago Ladoga, lo que les dio a los rusos el control de todo el curso de este río hasta

su desembocadura en el golfo de Finlandia. Pedro decidió que en adelante la plaza se denominara Schlüsselburg, esto es, «la ciudad de la llave», porque veía en su control la llave de Ingria y de Finlandia. En la primavera siguiente, el ejército ruso reanudó la ofensiva y se apoderó de la pequeña fortaleza de Nyensschantz, situada en una elevación en la que confluyen el Gran Okhta y el Neva, enfrente de lo que, más tarde, será el monasterio Smolny, en la actual San Petersburgo. Cinco días después Pedro logra una modesta victoria naval contra los suecos, a los que arrebató dos barcos en el estuario del Neva. La inscripción que figura en la medalla que ordena acuñar es muy expresiva del carácter del zar: «Lo imposible puede ocurrir»¹⁵.

Con la finalidad de defender estos territorios, Pedro decidió construir fortificaciones, lo que presentaba no pocas dificultades dado el carácter pantanoso de la zona en la que el Neva se vuelca en el mar. Así es como se inició la construcción de la fortaleza de Pedro y Pablo, que se considera el acto de la fundación de San Petersburgo¹⁶. Solo unos pocos años después, en 1712, San Petersburgo se convertiría en capital del Imperio, con gran escándalo de los tradicionalistas y de la Iglesia ortodoxa, que veían en Moscú, la capital patriarcal, el símbolo y expresión, como Tercera Roma, de todas las esencias de la Santa Rusia. Andando el tiempo, ya en el siglo XIX, Pushkin pondrá en boca de Pedro el Grande estas palabras, como una especie de «profecía a posteriori»: «Y pensaba: Desde aquí amenazaremos a los suecos. Aquí se edificará una ciudad que encolerizará a nuestro altivo vecino. Aquí la naturaleza nos ordena abrir una ventana sobre Europa». Metáfora esta de la ventana a Europa o sobre Europa que alcanzará una enorme popularidad, hasta convertirse en un tópico y que había sido utilizada por primera vez por un intelectual italiano, Francesco Algarotti, que visitó la ciudad en 1739.

También en 1703 se construyó la fortaleza insular de Kronstadt, que guarda el acceso por mar de la futura capital y que había de ser la base naval en el golfo de Finlandia. Durante estos años Pedro desarrolla una actividad desbordante e increíble y se desplaza una y otra vez del teatro bélico del norte a Moscú, donde prosigue con empeño sus reformas en el campo político y administrativo. En el campo de batalla la posición de los rusos había mejorado relativamente y Pedro decidió sacarse la espina de la derrota de Narva y conquistar de una vez la ansiada plaza, sin cuyo control resultaba imposible mantenerse en Ingria. Tras vencer a los suecos en el cercano lago Peipus, Narva fue asediada en abril de 1704, al mismo tiempo que se ponía sitio a la ciudad de Dorpat, en Estonia. No todo es fácil para los rusos, que ven cómo su aliado Augusto es destronado y las tropas ruso-lituanas derrotadas en Curlandia, pero Pedro no cede y en el mes de agosto, y tras haber conquistado Dorpat, logra un pleno éxito en el asalto a Narva, mientras Carlos XII impone como rey de Polonia a Estanislao Leszcynski, que fue coronado en Varsovia en octubre de 1705. Con la ayuda de Pedro I, Augusto II intenta resistir, aunque la mayor parte de la nobleza polaca le vuelve la espalda.

Las nuevas conquistas de Pedro inquietan a las potencias occidentales, que se ofrecen como mediadoras, aunque lo que desean de verdad es frenar a los rusos, pues prefieren que el Báltico siga siendo un lago sueco. De hecho nadie quiere la paz y Carlos XII decide, en el otoño de 1706, aprovechar la situación y por medio de una operación relámpago entra en la Silesia austriaca,

teóricamente neutral, y cae como un rayo sobre Sajonia, apoderándose de su capital, Dresde. Por medio del tratado de Alt-Ranstadt, firmado en octubre de aquel mismo año, Augusto II se ve forzado a abdicar de su corona polaca, en beneficio del ya proclamado Estanislao Leszcynski. Esto supone que Pedro se queda sin su aliado polaco-sajón y que la *Rzeczpospolita* se convierte en un satélite del imparable Carlos XII.

Las tropas rusas se encuentran, pues, agotadas y sin aliados y parece que nada puede impedir que Carlos XII, controlada Polonia, invada la Tierra rusa. Por otra parte, el descontento entre la población rusa, asfixiada por las levas y los impuestos, no hace más que crecer y en el ambiente se respiran aires de revuelta. El primer estallido se produce en el verano de 1705 en Ástrakhan, donde campesinos huidos, Viejos Creyentes y los *streltsy*, exiliados tras la disolución de sus regimientos, se levantan contra el zar o, más exactamente, contra la nobleza y los extranjeros. A sus viejos agravios se añaden las vejaciones a que les someten funcionarios corruptos, muchos de ellos extranjeros, y la para ellos inaceptable prohibición de llevar barba y vestimenta tradicional rusa. Los rebeldes se apoderaron del kremlin de Ástrakhan, forman su propia administración y tratan de difundir la rebelión en los territorios próximos, con éxito diverso. Mientras tanto propalaban el rumor de que Pedro había sido sustituido por un extranjero durante su viaje a Occidente, de modo que el zar no era el zar: ahí radicaba, como en los Tiempos Turbulentos, la «legitimidad» de su levantamiento.

Pedro reprimió como pudo las revueltas, formando un cuerpo expedicionario, con tropas regulares, cosacos del Don y algunos kalmukos, al mando del prestigioso Sheremetiev, que acabó con el levantamiento de Ástrakhan, que fue tomada el 13 de marzo de 1706. La represión fue tan brutal como era habitual y unas 350 personas fueron ejecutadas o murieron bajo la tortura. Apenas un año y medio después, la revuelta estalla en el Don, donde los cosacos se levantan contra los intentos de regularizar el servicio y contra la avalancha de siervos huidos que llegan a la zona. En octubre de 1707 un destacamento ruso fue aniquilado cerca de Bakhmut (actualmente Artyomovsk, en Ucrania) por una fuerza de unos 200 cosacos al mando del atamán Kondrati Bulavin, jefe de la revuelta. Tras varias vicisitudes las tropas cosacas de Bulavin son derrotadas en el verano de 1708, pero la pacificación total no se consiguió hasta 1710, gracias al príncipe Khovanski, que combinó la acción militar con medidas políticas, como la de suprimir los impuestos. Mientras tanto, Pedro, haciendo gala de su incansable actividad, se disponía a defender el territorio ruso, poniendo a punto fortificaciones en la zona fronteriza y forzando a los campesinos a esconder sus provisiones y el forraje para los animales, con el propósito de dificultar el probable avance del enemigo. Al mismo tiempo puso en pie de guerra un ejército de unos 135.000 hombres, con los que esperaba parar a las tropas suecas, que totalizaban unos 50.000 efectivos. Pedro llevó a cabo también una intensa acción diplomática para encontrar mediadores con Carlos XII. En esa línea, recurrió a la reina Ana de Inglaterra, al duque de Marlborough y a los reyes de Dinamarca, Prusia y Francia. Y advertía que estaba incluso dispuesto a abandonar Narva. Solo San Petersburgo no será en ningún caso objeto de negociación. Pero Carlos XII no tiene ninguna intención de hablar de paz y no parece preocuparle en absoluto la campaña de Pedro en la zona báltica, porque piensa que, en definitiva, todo ese territorio volverá a Suecia en su momento.

Pero, inesperadamente, Carlos XII, que había franqueado el Vístula para, aparentemente dirigirse a Moscú, cambió sus planes y en septiembre de 1708, después de un agotador verano, dirigió el grueso de sus tropas hacia Ucrania, en busca de la ayuda de los cosacos del atamán Mazepa, que, defraudado por las tendencias autocráticas de Moscú, maquinaba en secreto levantarse contra el zar y a favor de las tradicionales libertades cosacas. Informado de la rebelión de Ástrakhan y pensando en la ayuda de los cosacos, y quizá también de los turcos, Carlos XII pretendía atacar Rusia por el sur, aprovechando las dificultades que la revuelta le estaba ocasionando a Pedro. A partir de aquel momento, sin embargo, la estrella de Carlos empezó a oscurecerse. A finales de aquel mismo verano, los 15.000 suecos que formaban las tropas de refuerzo, al mando del conde Loewenhaupt, el más brillante de los generales de Carlos, fueron severamente derrotados en Lesnaia, en la actual Bielorrusia, victoria que, más adelante, fue calificada por Pedro como «la madre de Poltava». Por otra parte, Mazepa —que, según Heller, «es uno de los héroes más populares de la historia rusa»— no estaba tan bien dispuesto como había pensado Carlos XII, pues estimaba que no había llegado el momento de la rebelión abierta contra Moscú. Sin embargo, la inesperada llegada a Ucrania de Carlos XII obligó a Mazepa, como escribe Heller, «a poner las cartas boca arriba» y en el otoño de 1708 se pasó abiertamente al campo sueco, en un acto que para los rusos solo puede ser calificado de traición, aunque para los ucranianos no fue sino un acción a favor de la independencia nacional ucraniana. La traición de Mazepa dejó a Pedro estupefacto, pero reaccionó con rapidez y envió a Menshikov con una expedición de castigo que destruyó la capital cosaca, Baturin. Por otra parte, salvo los cosacos zaporozhis, los ucranianos no se sumaron a la rebelión de Mazepa. También en 1705 se levantaron los bashkires, pueblo de origen turco que habitaba en la zona de los Urales, que protestaban por la exigencia de hombres y caballos para el ejército a que les sometían los rusos y que no fueron subyugados hasta 1711. Dukes subraya que además de estas revueltas de Ástrakhan, del Don y de la de los bashkires, hubo otras de menor entidad durante el reinado de Pedro el Grande, como las que se produjeron en empresas industriales o con ciertas tribus no rusas.

El invierno de 1708 fue de una excepcional dureza —lúgubre y glacial, según Riasanovskiy—, lo que no dejó de afectar a la moral de los suecos, que se vieron forzados a soportar penalidades sin cuento, ya que, como recuerda Renouvin, «los cirujanos no cesan de amputar miembros congelados». Este mismo autor comenta que, fracasada su actuación diplomática para lograr parar a Carlos XII, a cambio de la devolución de los territorios conquistados en el Báltico, salvo la desembocadura del Neva, Pedro I puso en marcha el gran recurso estratégico ruso que consistía en aprovechar en beneficio propio la enorme extensión territorial rusa.

Forzado a no contar sino consigo mismo —escribe—, se inspira en una idea estratégica que puede considerarse específicamente rusa: crear el vacío ante el invasor, atraerle tan lejos de sus bases como sea posible y no aceptar batalla sino cuando parezca suficientemente debilitado, lo más tarde y lo más lejos que sea posible. De este modo, a partir del momento en que Carlos XII abandona el territorio polaco, es un verdadero desierto lo que tiene que atravesar. El hambre se une al frío para hostigar y desmoralizar a las tropas¹⁷.

Llegada la primavera, los suecos pusieron sitio a Poltava, importante centro de

comunicaciones situado al este de Kiev, a orillas del río Vorskla, que es un afluente de Dniéper. En el mes de julio un ejército ruso que doblaba en efectivos a los suecos (50.000 contra 20.000, aproximadamente), con Pedro al frente, llegó a la zona y se enfrentó con los sitiadores, que fueron contundentemente derrotados. Era el 8 de julio de 1709. Herido pocos días antes en un pie, el rey sueco había tenido que entregar el mando a Loewenhaupt y se limitó a contemplar la batalla desde lejos, en una litera, con la consiguiente desmoralización de sus soldados, acostumbrados a su presencia. Acompañado de Mazepa, Carlos XII consigue huir y, atravesando el Dniéper, busca refugio entre los turcos, concretamente en Bender (Moldavia), desde donde no cesaría en sus intrigas contra Pedro. En el campo de batalla quedaron 7.000 soldados suecos y 300 oficiales, mientras que otros 3.000 fueron hechos prisioneros. Eufórico, Pedro brinda con los oficiales suecos prisioneros y les agradece las «lecciones» que le han enseñado. Dos días después de la batalla el resto del ejército sueco, con Loewenhaupt al frente, se tuvo que rendir con armas y bagajes. Como escribe Renouvin, «el ejército sueco ha dejado de existir [...]. Suecia, privada de su ejército, deja de ser una potencia europea y retoma su rango, más modesto, de potencia báltica»¹⁸. Los 16.000 suecos que caen en poder de los rusos se pudrirán en las minas del Ural, mientras que algunos otros enseñarán a sus vencedores la técnica del acero. Solo a la firma de la paz, en 1721, volverán a su patria.

Poltava es la más importante batalla que libró Pedro I y la que cambió su fortuna. Destrozado el ejército sueco y huido su rey, la «Gran Guerra del Norte» se decidió a favor del zar, que llegó al cenit de su poder y consiguió la admiración y el respeto de Europa entera. Dukes ha sintetizado así los efectos de este importante hecho de armas:

Poltava no fue solo un motivo de celebración en Rusia, sino que logró el más amplio reconocimiento de la causa de Rusia en toda Europa. Dinamarca volvió a tomar parte en la guerra y Prusia prometió hacerlo cuando terminase la Guerra de Sucesión de España. Augusto II, que estaba en una posición subordinada, recobró el trono polaco [...]. Mientras tanto tropas rusas consolidaban sus bases en el Báltico, apoderándose del resto de Estonia y Livonia, con la satisfacción general de la población local. Los barones alemanes estaban felices de liberarse del control de los suecos, los mercaderes vieron enormes posibilidades como mediadores en el comercio internacional y hasta los campesinos estimaron que librarse de las depredaciones de los sucesivos ejércitos invasores produciría una cierta mejora en su miserable situación¹⁹.

La victoria de Poltava constituyó no solo el triunfo militar, sino también diplomático, pues, como señala, Anderson, «el atractivo de una alianza con el zar, ya fuese por matrimonio o de cualquier otra forma, había aumentado de manera espectacular». Como consecuencia de la nueva situación, Pedro no solo logró casar al zarevich Aleksis con la princesa Carlota de Brunswick-Wolfenbüttel, matrimonio que se negociaba sin éxito desde 1707, porque Pedro, como soberano europeo «era casi insignificante», sino que consiguió el establecimiento de relaciones diplomáticas permanentes con las grandes potencias occidentales. En 1721, Rusia tenía ya 21 delegaciones permanentes incluyendo las consulares. Pedro se entrevistó con Federico de Prusia en Marienwerder (Prusia Oriental) en 1709 y allí se empezaron a perfilar los futuros repartos de

Polonia. Con Viena se produce también una aproximación y Pedro hasta llegó a sugerir, sin éxito, que Livonia se incorporase al Sacro Imperio Romano Germánico, adquiriendo él, como su nuevo soberano, la condición de príncipe del Imperio, con voz y voto en el *Reichtag* imperial²⁰. El filósofo Leibniz reflejaba esta nueva situación al afirmar: «Se viene diciendo que el zar va a ser un gigante para toda Europa y que será una especie de turco del norte». Y pocas semanas después aconsejaba a su señor, el elector de Hannover, que procurase esforzarse en tener buenas relaciones con Pedro. Se llegó incluso a sugerir que el zar actuase como mediador en la Guerra de Sucesión española²¹.

Pero cuando Pedro podía haber consolidado la conquista de la orilla báltica hubo de enfrentarse con una guerra declarada por los turcos en el otoño de 1710, fruto de las manipulaciones del huido Carlos XII y a pesar de que en enero de aquel año se había renovado la tregua existente entre Rusia y el Imperio otomano. Para algunos autores, como Riasanovsky, es «el momento más difícil del reinado». El pretexto turco fue, precisamente, la extradición de Carlos XII, que, inútilmente, Pedro había pedido, advirtiéndole que, en caso contrario, recurriría a la armas. Al triunfante Pedro no pareció importarle mucho este nuevo desafío y hasta soñó con repetir en el mar Negro la hazaña ya cumplida en el Báltico. Además, los cristianos de los Balcanes —especialmente los príncipes de Moldavia y Valaquia (*hospodares*)— prometieron su ayuda contra los opresores otomanos. Pero el ejército de Pedro, compuesto por 45.000 hombres, se encontró, a orillas del Prut, sin intendencia y rodeado por una fuerza otomana de unos 130.000 soldados. Los refuerzos de los eslavos balcánicos no llegaron nunca y el príncipe valaco Brancovan prefirió renovar su lealtad al sultán turco. Pedro se salva del desastre por las hábiles artes diplomáticas de su vicescanciller, Piotr Shafirov, que, uniendo su capacidad negociadora al soborno, logró evitar la destrucción del ejército ruso, al precio del abandonar las plazas conquistadas y de las joyas de Catalina, la esposa de Pedro, que le acompañaba en la campaña. También se incluía en ese precio la devolución de Azov y la destrucción de Taganrog. Asimismo Pedro se obligaba a dejar libre paso a Carlos XII y a retirarse de Polonia. La nueva derrota meridional del zar no impidió que en el norte la suerte le fuera más propicia. Estonia y Livonia fueron retenidas y las tropas rusas penetraron en Pomerania y Mecklenburgo, conquistando Wismar y arrojando a los suecos del continente. Los acuerdos del Prut fueron ratificados por el tratado de Adrianópolis, que se firmó en 1713.

A pesar del retroceso que supuso la derrota del Prut, Pedro I consiguió que Rusia, garantizado ya su acceso al Báltico, fuera considerada una potencia europea con la que era necesario contar. Con la ayuda de daneses y sajones, Pedro continuó su actividad bélica, tanto en el norte —donde en 1710 se había apoderado de Vyborg, de Riga y de Reval (Tallin)— como en el sur. Los aliados polacos, sajones y daneses que le habían abandonado se le unieron de nuevo al ver a Carlos XII derrotado y huido, e incluso Prusia y Hannover se le suman. Mientras estos aliados actúan en la orilla meridional del Báltico, con participación de tropas rusas, Pedro se vuelve hacia Finlandia y en el verano de 1714 derrota con su armada a los suecos en la batalla del cabo Gangut,

actualmente Hanko, en el extremo meridional de Finlandia y se apodera de las islas Aland, a la entrada del golfo de Botnia, que eran una importante base sueca. En el ámbito diplomático Pedro firmó tratados con Prusia, en junio de 1714, y con Hannover, cuyo Elector, Jorge, acababa de convertirse además en rey de Gran Bretaña, en octubre de 1715.

La hostilidad contra Rusia fue en aumento y los socios de la víspera empezaron a pensar que quizá sería mejor pararle los pies a Pedro que enfrentarse con Suecia, que había dejado de ser una amenaza. Ante la nueva situación y sintiéndose aislado, Pedro decidió en el verano de 1717 abandonar Mecklenburgo.

El prestigio de Rusia, así como el personal de Pedro, había crecido espectacularmente después de Poltava, pero también se incrementó el temor de las otras potencias, que intentan neutralizar o utilizar en beneficio propio al inmenso coloso que aparecía por el este. Anderson escribe:

Temida, poco grata y, en algunos aspectos, despreciada, no podía seguir ignorándose a Rusia. El exotismo y barbarie de algunos aspectos de su vida nacional, la incomprendibilidad de su lengua, las supersticiones de su Iglesia no podían ocultar el hecho de que el país estaba participando cada vez más en modelar la política de los Estados europeos²².

Como reflejo de esa situación, en la edición de 1716 del *Almanach Royal* francés, Rusia aparecía ya en la lista de las grandes potencias. La hostilidad contra Rusia adquirió los caracteres de una auténtica «rusofobia», sentimiento que periódicamente ha prendido en los países occidentales y que en aquellos años iniciales del siglo XVIII fue muy intenso. Hacia 1719, John Stanhope, secretario de Estado británico, se convirtió en el enemigo más activo de Pedro I y trató de formar una amplia coalición contra el zar —en la que entrarían Hannover, con el apoyo de Inglaterra, Suecia, Sajonia, Prusia y Polonia—, pero que nunca se hizo realidad.

Tanto Carlos XII, regresado de su exilio, como Pedro están dispuestos a firmar la paz. En el nuevo viaje que, en 1717, hizo Pedro a Francia —aliado tradicional de Suecia— consiguió que los diplomáticos galos se ofreciesen como mediadores entre Rusia y Suecia y hasta que se comprometieran a dejar de subvencionar a Carlos XII. Por cierto que en ese nuevo viaje a Occidente, en el que tras visitar su amada Amsterdam se dirigió a París, deteniéndose en Dunquerque y en Calais, Pedro, que tenía entonces cuarenta y cuatro años, tuvo ocasión de constatar el prestigio y popularidad de que gozaba como vencedor de Poltava.

No cesó de sorprender a los parisinos —escribe Renouvin—. Conducido en primer lugar al Louvre, se espantó de la suntuosidad del lugar y prefirió establecerse en el *hôtel* de Lesdiguières, cercano al Arsenal, al que se hizo llevar una sencilla cama de campaña. Durante seis semanas recorrió la ciudad en todos los sentidos, mostrando una infatigable curiosidad y una completa sencillez en sus maneras. Visitó la Sorbona, el Parlamento y, finalmente, la Academia de Ciencias, que, después de su regreso, le concedió el título de miembro de honor. Consiguió llevarse a Petersburgo toda una cohorte de artesanos, en particular tapiceros cedidos por las manufacturas de Gobelinos y Beauvais, a los que encargó la introducción de su industria en Rusia. En el plano diplomático no obtuvo gran cosa. El Regente [francés] se contuvo por el temor a disgustar a los ingleses, en malas relaciones entonces con el rey de Prusia, Federico Guillermo, amigo del zar²³.

Fruto de esta nueva situación y del cansancio de ambas partes por la larga guerra, fueron las negociaciones de un tratado de paz que se abrieron en las islas Aland en la primavera de 1718 y

que se alargaron porque Inglaterra, que no deseaba que se consolidasen las posiciones rusas en el Báltico, las sabotaba secretamente a través de Suecia. Además, una flota británica, al mando del almirante Norris, patrullaba por el Báltico con intenciones hostiles hacia la flota rusa. Como medida de presión ante esta compleja situación, Pedro ordenó que se reanudasen las operaciones militares. Pero un nuevo y grave hecho retardó aún más las negociaciones cuando en diciembre de 1718 Carlos XII murió inesperadamente en el sitio de la fortaleza danesa de Friedrikshall, situada en Noruega, víctima de una bala enemiga o, según algunos autores, del disparo de uno de sus propios hombres.

Las negociaciones de Aland no condujeron a ningún resultado práctico y los rusos mostraron su capacidad naval e incluso anfibia, ya que en varias ocasiones, al menos en 1717, 1720 y 1721, lograron desembarcar tropas en Suecia, y ya la primera vez en llegar a las puertas de Estocolmo. En el verano de 1720 la flota rusa derrotó a la sueca en las inmediaciones de las islas Aland. Aquel mismo año, el zar y el rey de Prusia llegaron a un acuerdo en relación con Polonia, en virtud del cual se comprometían a defender las «libertades polacas», fórmula hipócrita que expresaba su voluntad de mantener el desastroso *statu quo* de Polonia y los privilegios de la levantisca nobleza como una garantía de debilidad de la *Rzeczpospolita*. Eso implicaba que no se permitiría que la dinastía sajona se hiciera hereditaria en Polonia.

En febrero de 1721 se iniciaron nuevas negociaciones de paz entre Rusia y Suecia, esta vez en Nystadt, en Finlandia, en las que los rusos mostraron desde el principio su voluntad de no abandonar las plazas del Báltico, presionando con sus 115.000 soldados «de la mejor infantería de Europa», según reconocía el embajador francés en Estocolmo²⁴. En agosto de 1721 se firmó por fin la paz que reconocía a Rusia la soberanía sobre la costa báltica, de Riga a Vyborg, mientras Finlandia continuaba en poder de Suecia. Rusia se comprometía a garantizar los derechos y privilegios de las ciudades, gremios, corporaciones e iglesias de los territorios adquiridos. Años más tarde, en 1724, Rusia y Suecia firmaron incluso un tratado de defensa mutua.

El tratado de Nystadt supuso para Pedro el Grande un impresionante éxito diplomático y alimentó sus sueños expansionistas, que aspiraban ahora a lograr un acceso al mar del Norte, idea que fraguó durante la ocupación de Mecklenburgo, que el zar veía como base para el comercio ruso con Occidente. Según Anderson, «incluso albergaba la esperanza de fomentar [el comercio] construyendo un canal desde Wismar hasta el Elba, que proporcionaría una salida al mar del Norte, pasando por el Sund»²⁵. Para Dukes, «este grandioso proyecto puede verse como prueba de las ambiciones a largo plazo de Pedro, que aspiraría a lograr para Rusia la hegemonía europea. Y si se toman en consideración sus políticas en relación con Asia, se podría afirmar que Pedro soñaba con la influencia rusa en todo el mundo»²⁶.

Para Suecia, por el contrario, Nystadt significó el fin de sus sueños expansionistas e incluso su retirada de la escena europea. Ragnhild Hatton ha subrayado que con Carlos XII terminaron las esperanzas de mantener a Suecia como una gran potencia en el concierto de los pueblos. «La mayoría de los suecos —escribe— tenía la sensación de que la lucha por sostener la posición de gran potencia había sido tan larga y tan dura que era un alivio verse libres de ella y del *Stora*

Ofreden, la “gran tensión” que provocó en toda la sociedad sueca». No hay que olvidar que aunque Suecia era un país perfectamente organizado, su población no llegaba a los tres millones y que sus posesiones conformaban «un imperio excesivamente disperso que, como la experiencia había demostrado en muchas ocasiones a lo largo de la Historia, no era posible defender de un modo eficaz y permanente»²⁷.

Escribe Riasanovsky que «la guerra del Norte, así como la guerra de Sucesión de España, que se desarrolló al mismo tiempo, pueden ser consideradas dos tentativas, coronadas por el éxito, para anular los resultados de la Guerra de los Treinta Años y reducir el poder de sus dos principales vencedores, Suecia y Francia». Pero añade que «los resultados conseguidos en la guerra del Norte se iban a revelar, por otra parte, más duraderos que los obtenidos en el oeste de Europa. A causa de la desproporción entre la talla, los recursos y las poblaciones respectivas de Rusia y de Suecia, la victoria de Pedro el Grande sobre Carlos XII era irreversible»²⁸.

RUSIA, GRAN POTENCIA EUROPEA. LA EXPANSIÓN EN ASIA

Después de la firma del tratado de Nystadt, el Senado ruso decidió conceder a Pedro los títulos de Grande, Padre de la Patria y, sobre todo, de Emperador de todas las Rusias. Como señala Heller,

[...] la elección del término latino *Imperator* en vez del griego [esto es, *basileus*] es significativa: la «Tercera Roma» se proclama heredera de la «primera». Iván el Terrible no afirmaba otra cosa cuando hacía remontar sus orígenes a Augusto. En su discurso solemne el canciller conde Golovkin hizo el balance de la acción del emperador: ha conducido a Rusia «de las tinieblas de la ignorancia a la escena de la gloria mundial», la ha hecho pasar «de la nada a la existencia», la ha introducido «en la sociedad de los pueblos civilizados». Pedro respondió con el deseo de que el pueblo de Rusia reconociese los beneficios de la pasada guerra y de la paz conseguida, pero lanzó una advertencia: «En espera de la paz, no nos conviene debilitarnos militarmente, para no conocer la suerte de la monarquía griega», es decir, de Bizancio.

El mismo Heller señala que el nuevo título hace de Pedro «emperador y autócrata de todas las Rusias, de Moscú, Kiev, Vladimir, Novgorod; y no guarda el título de zar sino para las antiguas tierras tártaras: Kazán, Ástrakhan y Siberia»²⁹.

Por cierto que la adopción del título de Emperador suscitó no pocos recelos en los países occidentales, especialmente en el Imperio de los Habsburgo, que se opusieron durante dos décadas a tal título. Como escribe el mismo Anderson, «con esto no solo atacaba el amor propio de la Casa de Habsburgo, sino que amenazaba la unidad de la Cristiandad, simbolizada por el Sacro Emperador Romano y su título imperial, hasta entonces único». Anderson recuerda cómo en los

siglos XVI y XVII, cuando Rusia no era vista como parte del sistema europeo, nadie objetaba los títulos que los zares se atribuían. «Aplicados al soberano de un país exótico y aparentemente exterior a Europa, “emperador” o “majestad imperial” no eran títulos que planteasen problemas graves [...] Pedro era ahora un soberano europeo. Sus títulos debían ser pesados a escala europea». A pesar de todo, «casi todos los Estados del norte de Europa —Prusia, Suecia, Dinamarca, la República holandesa— lo reconocieron formalmente, sin oponer apenas dificultad. Inglaterra y Austria, en cambio, no lo reconocieron hasta 1742, y Francia y España tardaron tres años más»³⁰.

Poco después de Nystadt, el barón Shafirov, uno de los mejores diplomáticos de Pedro el Grande, le decía a un diplomático francés:

Sabemos muy bien que nuestros vecinos ven con muy poco agrado la buena posición en que Dios se ha complacido en ponernos; que se sentirían felices si se les presentase la ocasión de encerrarnos de nuevo en nuestra antigua oscuridad, y que si buscan nuestra alianza, se debe más al miedo y al odio que a ningún sentimiento de amistad.

Y es que, como subraya Anderson, «el malestar y la hostilidad, tan extendidos, que provocaron los logros rusos tardaron mucho tiempo en desvanecerse». Y añade: «De todos modos, la categoría de Rusia como parte importante del sistema político europeo era ahora un hecho que nadie podía negar»³¹.

Durante el reinado de Pedro el Grande, Rusia inicia su penetración en Asia central, lo que, indudablemente, suponía establecer contacto con Persia, que controlaba toda la extensa zona desde Transcaucasia y el mar Caspio hasta la frontera de la India y el golfo Pérsico. La dinastía Safávida, abanderada de la rama shií (chiíta) del islam gobernaba el imperio persa desde el siglo XVI, en conflicto permanente con los otomanos sunníes, pero vivía entonces un proceso de decadencia que hacía del imperio persa una presa apetecible para los vecinos. Para Rusia los intereses comerciales y la posibilidad de ampliarlos eran un estímulo para la acción. La presencia militar rusa era reclamada por los comerciantes rusos establecidos en el valle del río Kura, en Azerbaiyán, para negociar con Persia y que, frecuentemente, eran víctimas de las incursiones de las tribus de las montañas del Cáucaso. Por otra parte, los gobernantes cristianos de Georgia y de Armenia buscaban la ayuda rusa, imprescindible en una zona de predominio islámico. Como escribe Le Donne, «el espíritu de cruzada era inseparable de las ambiciones comerciales. Más allá del Caspio, el comercio de la seda con Persia, el comercio de caravanas con Asia central y la mágica palabra “India” atraía a todos los comerciantes, con independencia de sus convicciones religiosas»³². Los informes de los viajeros y comerciantes que conocían la zona situada más allá del Caspio aseguraban que en las orillas del río Oxus, el actual Amu Darya, existían ricos depósitos de oro, y por lo que se refiere a la India, eran legendarias las riquezas que se atribuían a aquel remoto país. Hopkirk escribe, refiriéndose a los sueños asiáticos de Pedro el Grande, que «su fértil cerebro concibió un plan para apoderarse tanto del oro de Asia central como de una parte de los tesoros de la India»³³.

El interés de Pedro por la zona posiblemente se despierta cuando en junio de 1701 un comerciante armenio con amplia experiencia viajera presentó al zar en Smolensko un plan para

liberar a Armenia y Georgia del yugo persa, que consistía esencialmente en conquistar Azerbaiyán a partir de Shemakha, hasta llegar a Tabriz, la capital. Con la derrota de Narva todavía sin asimilar, Pedro no estaba para nuevas aventuras, pero cuando en 1712 los lesguianos, una tribu guerrera del Daguestán, arrasaron Shemakha y mataron a comerciantes rusos y armenios, renacieron el interés por Persia y las posibilidades comerciales de la zona. En 1715 Pedro mandó a A. P. Volynsky como enviado especial a Persia, con la intención de que se instalase allí como representante permanente. Su misión consistía en obtener compensaciones por las pérdidas sufridas en Shemakha y negociar un tratado comercial. Pero también se le encomendó que investigase la zona y las rutas hacia la India, así como, de una manera especial, las condiciones políticas, las capacidades militares y los recursos económicos de Persia y, según Dukes, de explorar las posibilidades de adquirir posiciones monopolísticas en el comercio de la seda. Los rusos querían saber, además, si el Caspio estaba conectado con la India por vía fluvial. Acostumbrados al uso de los ríos rusos como vías comerciales, pensaban que los ríos asiáticos también podían tener esa utilidad. Para hacerse una idea de las dificultades que en aquella época presentaban ese tipo de contactos señalemos que Volynsky salió de San Petersburgo en julio de 1715 y llegó a Isfahan, capital de Persia en marzo de 1717. El enviado ruso se percató enseguida de la inestabilidad de los Safávidas y, con un exagerado optimismo, en el informe que redactó a su regreso a San Petersburgo estimaba que, como Alejandro Magno, un pequeño destacamento de rusos se podría hacer con el país sin demasiadas dificultades, al menos la parte norte, entre el Caspio y los montes Elburz, donde se concentraba la producción de seda. Volynsky consiguió del sah un ventajoso tratado comercial, firmado en julio de 1717, que daba a los rusos derechos ilimitados para adquirir seda virgen. Pero el sah no aceptó la permanencia del ruso, que tuvo que abandonar el país, porque pensó que Rusia proyectaba una ofensiva contra la India que alteraría el *statu quo* de la región y afectaría a los intereses y los territorios persas.

Pedro también intentó establecer relaciones amistosas con los khanatos de Khiva y Bukhara, situados más allá del mar de Aral, sobre todo después de que, en 1703, el khan de Khiva hubiera pedido ayuda militar a Rusia contra las tribus rebeldes de la región. A cambio, el khan prometía convertirse en vasallo del zar. Pero Pedro se había olvidado de esta oferta, que, sin embargo, recordó años después, cuando, soñando con la India, pensó que Khiva podía ser una buena base intermedia. Hopkirk explica así los planes de Pedro:

Desde esa base, sus geólogos podían buscar el oro y sus caravanas podían hacer un alto en el camino cuando, según esperaba, volvieran de la India cargadas con mercancías lujosas y exóticas para los mercados rusos y europeos. Asimismo, explotando la ruta directa por tierra, podía dañar al existente comercio marítimo, que tardaba un año en hacer el viaje entre la India y Europa. Y, sobre todo, un khan amistoso podía proveer escoltas armadas para las caravanas, con el ahorro consiguiente de las enormes sumas que supondría el empleo de tropas rusas³⁴.

En 1716, en tardía respuesta a la petición de 1703, Pedro envió a Khiva una expedición, fuertemente armada, compuesta por 4.000 hombres, que incluía infantería, caballería, artillería y un buen número de mercaderes rusos, así como 500 caballos y camellos. Al mando de la expedición estaba Aleksandr Bekovich-Cherkassky, que era un príncipe musulmán del Cáucaso,

convertido a la ortodoxia, y que el emperador estimaba que era el hombre ideal para entenderse con los khanes orientales. Se pretendía establecer una especie de protectorado (*poddanstvo*) sobre el khanato de Khiva, al que se consideraba amigo, así como explorar el territorio: los ingenieros de la expedición debían estudiar la posibilidad de desviar el curso del Amu Darya hasta el Caspio, así como investigar si el curso del río partía de la India. Un jefe turcomano les había contado a los rusos que, años atrás, el río Oxus no desembocaba en el Aral, sino en el Caspio, y que las tribus locales lo habían desviado por medio de un sistema de presas. Los rusos, históricamente muy duchos en la navegación fluvial, pensaron que si se destruían las presas se restablecería el curso original del Oxus, lo que permitiría utilizarlo como vía de transporte, evitándose así el peligroso desierto de casi 1.000 kilómetros existente entre el Caspio y Khiva. Sería más cómodo llegar a la India, desde el Caspio, por vía fluvial. El entusiasmo se apoderó de los expedicionarios cuando una patrulla de reconocimiento creyó encontrar, no lejos de las costas del mar Caspio, lo que parecía ser el cauce original del Oxus. La marcha de la expedición fue mucho más penosa de lo previsto, pues si en abril estaban en el Caspio, no avistaron Khiva hasta mediados de agosto y después de dos terribles meses de travesía por el inhóspito desierto.

El khan salió al encuentro de los rusos en lo que parecía un gesto amistoso. Una vez en la ciudad, el khan explicó a Bekovich-Cherkassky que no era posible acomodar y alimentar a tantos hombres en Khiva, por lo que era necesario dividir al contingente ruso en varios grupos y alojarlos en los poblados vecinos de la capital. Bekovich-Cherkassky, deseoso de no ofender al khan, aceptó la propuesta, aunque su segundo, el mayor Frankenburg, advirtió de los riesgos implícitos en esta operación de dispersión de los componentes de la expedición. Tanta fue su insistencia que Bekovich-Cherkassky le amenazó con someterle a un consejo de guerra. Como temía Frankenburg, una vez que los soldados rusos estuvieron divididos en pequeños grupos, fueron sistemáticamente asesinados, incluidos Bekovich y Frankenburg. Solo se salvaron unos cuarenta rusos, gracias a la intervención del *akhund* o líder espiritual, que se atrevió a decirle al khan que las victorias conseguidas por medio de la traición eran peores que un crimen a los ojos de Dios. Solo algunos de estos pocos supervivientes lograron culminar con éxito el viaje de vuelta, mientras el khan, para mostrar su poder, enviaba la cabeza de Bekovich-Cherkassky, «el príncipe musulmán que había vendido su alma al zar infiel», a su colega el emir de Bukhara, que, nervioso ante la posible reacción rusa, se la devolvió al remitente porque «no quería tomar parte en semejante perfidia». Pedro andaba muy ocupado en el Cáucaso y no envió la temida expedición punitiva. «Pero si la traición del khan quedó impune —escribe Hopkirk—, no fue ciertamente olvidada, confirmando la desconfianza rusa respecto de los orientales». El khan de Khiva no quería convertirse en vasallo del zar y prefería la protección del sah, que le premió la hazaña con 20.000 rublos³⁵.

Después de regresar de su misión en Persia, Volynsky fue nombrado gobernador de Ástrakhan, que, durante más de un siglo, fue en el cuartel general de la acción y de las operaciones contra Persia. Desde allí realizó una activa política con las tribus de Kabarda y el Daguestán, así como

con Armenia y Georgia, dividida esta última por luchas internas. La dinastía Bragración, que regía la zona oriental de Georgia, pidió la ayuda de los rusos en esos conflictos, con la promesa de unirse en la lucha contra Persia, que, concluida la Gran Guerra del Norte, se inició con el pretexto de un nuevo ataque de los lesguianos contra Shemakha, en el verano de 1720, en el que murieron 300 mercaderes rusos, sin que el sah aceptara responsabilidad, con el argumento de que los atacantes eran sunnís. La campaña se inició desde Ástrakhan, en mayo de 1722, bajo la dirección del propio zar, que logró algunos éxitos militares en la costa oeste y sur del mar Caspio. Pero el calor y la falta de forraje para los caballos hicieron que la expedición acabara en desastre. También se intentó establecer contactos con el emir de Bukhara.

Pedro no solo estaba interesado por el comercio con la India, sino que exploró las posibilidades de ampliar las relaciones comerciales que se habían establecido con la China manchú en virtud del tratado de Nerchinsk, firmado en 1689. Como este tratado impedía el acceso de Rusia al valle del Amur, el impulso ruso se desvió hacia la exploración y colonización de la costa del Pacífico, en concreto en el mar de Okhostk. Kamchatka fue descubierta en 1697 y tres años después se fundó en esa península la ciudad de Bolsheretsk. Los rusos descubren también la punta meridional de Kamchatka, el cabo Lopatka, a partir del cual, y a lo largo de 1.200 kilómetros, se extienden las islas Kuriles, hasta Hokkaido, la más septentrional de las islas del Japón. Conocen así la existencia de este país, hasta entonces desconocido para ellos y por el que se interesan como posible socio comercial. Un pescador japonés, Dembei, al que una tormenta había llevado hasta Kamchatka, fue conducido a San Petersburgo, donde fue recibido por el propio Pedro el Grande, en enero de 1702, al que dio «una información valiosa, aunque parcialmente inexacta, acerca de la situación, economía, sociedad y gobierno del Japón [...] tenía ya 30 millones de habitantes y cuya capital, Edo [Tokio], posiblemente con un millón de personas, era la ciudad más populosa del mundo». Informados de que el comercio japonés estaba basado en productos manufacturados, los rusos pensaron que la economía nipona era complementaria con su negocio de pieles. Para estas eventuales relaciones comerciales con el archipiélago Nipón, le faltaba a Rusia una marina mercante, por lo que puso en marcha la conversión de Okhostk en puerto comercial y naval, construyéndose allí un primer barco que hizo la travesía de ida y vuelta a Bolsherets en 1716. Pero, ya al final del reinado de Pedro, el sueco Lorents Lange, primer agente comercial de Rusia en Pekín, donde había residido desde 1719 hasta su expulsión en 1722, informó de la política japonesa de exclusión, establecida por el gobierno de los shogunes en 1636, en virtud de la cual estaban prohibidos los contactos con los extranjeros, y muy especialmente los de carácter comercial³⁶.

La exploración de las Kuriles se inicia en 1711 y el comercio con los nativos ainus empieza a desarrollarse. En 1713 Rusia declara su soberanía sobre las dos islas más septentrionales del archipiélago y entre 1721 y 1722 ya habían sido exploradas las islas meridionales. Mientras tanto, dentro del mar de Okhostk, los cosacos habían llegado a las islas Shantar, situadas en la desembocadura del río Uda, punto terminal de la frontera ruso-china, según el tratado de Nerchinsk. Estas expediciones culminaron, inmediatamente después de la muerte de Pedro, con el descubrimiento por Vitus Bering, marino danés al servicio de Rusia, del estrecho que lleva su

nombre. Este explorador hizo dos expediciones, una entre 1725 y 1730, la segunda entre 1738 y 1741, como resultado de las cuales no solo se conoció mejor la costa del Pacífico hasta Alaska, sino que aumentó la información sobre Japón, hasta el punto de que en abril de 1730 recomendó que se establecieran relaciones comerciales con aquel país³⁷.

LAS REFORMAS DE PEDRO EL GRANDE

A pesar de su casi permanente actividad militar y de sus viajes, Pedro tuvo tiempo para transformar en profundidad las instituciones rusas, y ya sabemos que también intentó cambiar las costumbres con su prohibición de las barbas y del atuendo tradicional ruso. Según muchos autores, la motivación de las reformas habría sido casi exclusivamente militar, provocada por las urgencias bélicas del momento y eso explicaría, además, su carácter escasamente sistemático. Se trataría de una reforma «a parches», sin un plan de conjunto y sin que previamente se hubieran hecho los mínimos estudios para garantizar su adecuación a las concretas circunstancias rusas. Y ahí estaría también la causa principal del fracaso y falta de arraigo de muchas de las medidas impuestas por Pedro. En esta línea, Miliukov, siguiendo a Kliuchevskii, califica la reforma como fruto del azar, caótica, incoherente y fragmentaria. Por el contrario, Marc Raeff denomina al conjunto de las reformas «revolución petrina» y añade: «Contrariamente a Kliuchevski y Miliukov, yo no tengo la sensación de que la política de Pedro fuese dictada por las exclusivas necesidades de la guerra, ni de que consistiese en una serie de medidas *ad hoc*, en respuesta a las necesidades del momento». Y concluye que «Pedro realiza muy lógicamente un programa de transformaciones, copiado sobre el modelo del Estado policía». Heller, que aporta estas referencias, desarrolla a continuación una serie de consideraciones sobre un hecho que podemos considerar típicamente ruso: «el fenómeno de las revoluciones decretadas desde arriba»³⁸. Parece, efectivamente, una constante de la historia rusa que las grandes transformaciones no sean tanto consecuencia de movimientos en la base, como de decisiones tomadas en el ámbito del gobierno.

Pero, precisamente por eso, no parece muy correcto reducir la obra de Pedro el Grande a una serie de medidas inconexas exigidas por las circunstancias del momento. Lo cierto es que Pedro atravesó, desde su misma infancia, por situaciones muy comprometidas, derrotas militares, conspiraciones y traiciones, revueltas de diferentes tipos, aislamiento diplomático, etc., que le obligaron en muchas ocasiones a tomar decisiones improvisadas y equivocadas. Pero no se puede negar que, desde muy joven, es patente en él una voluntad de cambio en profundidad y que quiso,

con toda consciencia, asentar esa política de reformas sobre el estudio de los modelos más adecuados, el aprendizaje, en ocasiones personal, de las técnicas modernas, desde la construcción de buques a la organización administrativa. Al servicio de ese ambicioso proyecto, Pedro adopta como patrón de referencia el modelo de Europa occidental, aunque según el diplomático ruso del mismo siglo, Andrei Ostermann, se trataría de un modelo coyuntural, ya que Pedro habría comentado en alguna ocasión: «Tenemos necesidad de Europa durante algunos años, pero, después, deberemos volverle la espalda», lo que le lleva a Kliuchevskii a afirmar que «el acercamiento a Europa no era a sus ojos sino un medio para alcanzar sus fines, no un fin en sí mismo»³⁹.

Riasanovsky se sitúa entre los que estiman que Pedro tenía un plan, aunque ciertamente no logró realizarlo en plenitud:

En realidad —escribe— quería occidentalizar y modernizar totalmente el gobierno, la sociedad, la vida y la cultura de Rusia, y aun si está muy lejos de haber alcanzado este fin prodigioso, incluso si las medidas tomadas se adecuaban mal entre ellas y dejaban enormes huecos, el proyecto de conjunto no es menos visible con mucha claridad.

Pero añade que, a pesar de que los países occidentales eran el modelo, «Pedro no se limitó a imitar servilmente a Occidente: buscaba adaptar las instituciones occidentales a las necesidades y a las posibilidades de Rusia». Y concluye que no era un teórico, sino que pertenecía «a la raza de los visionarios»⁴⁰.

Por otra parte, es preciso tener en cuenta también que, aunque muchas de las medidas que tomó no eran otra cosa que la continuación de las políticas emprendidas en el siglo XVII, especialmente por su padre, el zar Aleksis, Pedro fue un reformador «contra viento y marea» que se propuso imponer sus reformas a pesar del ambiente poco propicio para tal empeño que se respiraba en Rusia. Apenas si encontró comprensión y colaboración para llevar a cabo sus planes. Como escribe Riasanovsky,

[...] su propia familia, los medios de la corte, la Duma de los boyardos, todos estaban resueltamente opuestos al cambio. Como no encontraba apenas apoyos en la cumbre y como no dio nunca importancia al origen social o al rango, el soberano reclutó colaboradores en cualquier sitio que fuera posible. Pronto se constituye un grupo extremadamente heteróclito, pero competente en su conjunto⁴¹.

Reconocer el amplio designio modernizador de Pedro no impide, por supuesto, que no se acepte el papel incitador de las reformas que supuso la guerra, especialmente el prolongado y agotador conflicto con Suecia. La necesidad de movilizar todos los recursos disponibles e imaginables para hacer frente a la entonces gran potencia escandinava por tierra y por mar, obligó a Pedro a organizar un sistema eficaz de reclutamiento que hacia 1720 totalizaba unos 130.000 hombres, lo que era impresionante para la época y convertía al ejército ruso en uno de los más formidables de Europa. El proceso modernizador, especialmente en relación con las fuerzas armadas, había empezado durante los reinados anteriores, pero se intensificó durante el de Pedro, que no solo creó los dos regimientos de elite de su guardia, el Preobrazhenski y el Semenovski, sino que aumentó el número de unidades de todas las armas. Después de la derrota de Narva, que

puso en evidencia las carencias militares rusas, se puso en marcha un nuevo programa de reclutamiento a gran escala, en virtud del cual cada veinte familias campesinas debían aportar un hombre joven, de quince a veinte años, con buena salud y apto para el servicio en infantería. Por otra parte, cada ochenta familias debían aportar un hombre para la caballería. Este tipo de levass se repitieron durante los primeros años del siglo XVIII, acompañadas, a veces, de otras menos cuantiosas para la marina. Los seleccionados debían abandonar su familia y trabajo y pasar toda su vida en el ejército; solo en el último decenio del siglo XVIII la duración del servicio se redujo a veinticinco años. A las fuerzas regulares procedentes de ese sistema de reclutamiento, se deben añadir otras fuerzas irregulares, como los cosacos; las procedentes de las nacionalidades no rusas, que llegaron a totalizar por sí solas unos 100.000 hombres; la *landmilitsiia*, una especie de guardia territorial, cuantificada en unos 6.000 hombres, y la fuerza de guarnición, que estaba en torno a los 70.000. Para ordenar e instruir adecuadamente un ejército tan complejo se escribieron diversos manuales, el más importante de los cuales fue el *Ustav voinskii*, o Manual Militar, de 1716, que abarcaba temas como la composición y estructura del ejército; derechos y deberes de los oficiales; disciplina militar y justicia; preparación y táctica. Pedro tomó parte activa en la redacción de este manual, que contenía también normas para elevar el nivel de la moral y la educación de los militares. Con justicia se ha considerado que Pedro fue el fundador del ejército ruso moderno.

Para este ejército tan numeroso hacían falta muchos oficiales y ese fue siempre uno de los problemas que más trabajo le costó resolver al zar. La vieja institución de la nobleza de servicio siguió siendo un elemento fundamental y fue reforzada, de modo que el servicio se convirtió en vitalicio y los miembros de la nobleza debían vivir con el regimiento al que estaban destinados. Pero la formación de los oficiales tardó en institucionalizarse y esa fue una de las más graves carencias del ejército de Pedro en la primera época. La primera escuela militar creada en Rusia fue la que el regimiento Preobrazhenski abrió en 1698 para preparar a sus mandos. En 1701 se creó la primera escuela de artillería y en 1709 y 1719 se crearon dos escuelas de ingenieros en Moscú y San Petersburgo, respectivamente. La presencia e influencia de oficiales extranjeros fue decreciendo, aunque en las armas más técnicas, como la artillería y la de ingenieros, fueron necesarios durante algún tiempo, hasta que en 1721 el Colegio de Guerra ordenó que solo los rusos fueran nombrados oficiales de artillería. Un año después se estableció que los oficiales extranjeros ocupasen siempre rangos inferiores a los de sus colegas rusos. La hora de los extranjeros en el ejército había pasado. Por ejemplo, después del desastre del Prut en 1711 se destituyó a cinco generales extranjeros, seis coroneles y cuarenta y cinco oficiales de Estado Mayor.

La Marina, que era algo así como «la niña de los ojos» de Pedro, fue también en muy buena medida obra personal suya. Cuando murió, la Marina rusa estaba formada por 48 navíos de guerra grandes, 787 barcos de menor tonelaje y embarcaciones auxiliares con dotaciones que totalizaban los 28.000 hombres. A su servicio tenía una poderosa industria de construcción naval y un buen sistema de puertos en el Báltico. Sus victorias sobre los suecos dieron a la Marina rusa un enorme prestigio y los ingleses, cuya Marina era el modelo en que Pedro se había inspirado, consideraban que los barcos rusos eran equivalentes a los mejores de los suyos. Preocupados por esta Marina ascendente, en 1719 el gobierno de Su Majestad británica ordenó a todos sus súbditos que servían

en la Marina rusa que se reintegraran a Gran Bretaña.

También la guerra fue el motor que indujo a Pedro a fomentar la industria, por ejemplo, en el ámbito de la producción de piezas de artillería y munición, de modo que se fabricaban en Rusia, tanto los pesados cañones de sitio como los más ligeros de campaña. En 1713, las 18 fortalezas rusas más importantes contaban en su conjunto con unos 4.000 cañones de diversos tipos. Los rusos adoptaron el fusil de pedernal y con bayoneta, que, en el momento de Poltava, eran de fabricación nacional casi en su totalidad. Aunque la bayoneta tenía, en principio, la finalidad defensiva de resistir las cargas del enemigo, los rusos la transformaron en ofensiva y fueron los primeros en cargar a la bayoneta. La producción industrial la realizaba directamente el Estado, pero también se promovía la creación de empresas privadas, a cargo de rusos o de extranjeros, a los que a veces se concedía el monopolio.

La reforma de lo que podemos llamar la Administración central afectó a la Duma de los boyardos, que, aunque seguía existiendo, había perdido poder y competencias. Sin suprimirla, sino dejándola que vegetara, se creó un Consejo Privado del Zar, teóricamente subordinado a la Duma pero, de hecho, controlado por personas de la máxima confianza de Pedro. En febrero de 1711, cuando se inició la campaña del Prut, Pedro creó un Senado que, inicialmente, debía cubrir las ausencias del zar, pero que pasó enseguida a ser un órgano permanente, compuesto de nueve miembros y dotado de amplios poderes, que se convirtió en la instancia suprema del Estado. Dependiente del Senado se creó un *ober-fiskal*, con funciones de supervisión y que tenía a su cargo una red de agentes fiscales extendida por todo el territorio del Imperio. Como enlace entre el zar y el Senado se estableció un Procurador general al que Pedro consideraba «el ojo del soberano». Siete años después de poner en marcha el Senado, en 1718, se crearon nueve *collegia* o colegios, también dependientes del Senado, cada uno de los cuales tenía a su cargo uno de los grandes sectores de la Administración. La idea de los colegios se la dio a Pedro un teólogo británico, Francis Lee, al que conoció en 1698 durante su viaje a Inglaterra. El filósofo Leibnitz también aportó sus ideas al proyecto, que fue puesto a punto por un barón de Silesia, Johann Luberas, y un funcionario de Holstein llamado Heinrich Fick, que había estudiado los sistemas administrativos existentes en Europa, especialmente las prácticas «cameralistas» de los Estados escandinavos y germánicos. El sistema de colegios venía a sustituir al viejo sistema de *prikazy*, que se había hecho ingobernable, como muestra que en 1699 ya existían 44 organismos de este tipo, que hacían de la Administración una verdadera maraña. Los tres principales colegios, Guerra, Almirantazgo y Asuntos Exteriores, fueron creados en 1718. Esta administración colegial, que tiene una semejanza con el sistema español de los consejos, vigente en la época de los Austrias, es el germen de los futuros ministerios y responde a la moda del momento.

La reforma también llegó a la administración territorial y se inició con dos decretos en 1699, el primero de los cuales restringía el poder de los *voivodas* sobre los mercaderes y sobre la burguesía urbana, y les daba la posibilidad de elegir entre ellos *burmistry* o burgomaestres, mientras el segundo regulaba el gobierno de las ciudades provinciales, que a cambio del derecho a elegir a sus representantes municipales debían pagar el doble de impuestos. Este sistema apenas si era novedoso, ya que se inspiraba en viejas prácticas moscovitas y no tenía otra motivación que la

financiera: se trataba de asegurar la recaudación de los impuestos. Pero la reforma más amplia de la administración territorial y ya inspirada en los modelos occidentales fue la que Pedro aplicó entre 1708 y 1710 que dividía el país en ocho *gubernii* (provincias): Moscú, Ingermanland, (después San Petersburgo), Kiev, Smolensko, Kazán, Azov, Arkhangelsk y Siberia. Al frente de cada una de ellas —que pasaron de ocho a diez y después a once— había un gobernador con amplios poderes y perteneciente al círculo más próximo al zar. Curiosamente, esta última reforma anuló la anterior y devolvió algunos poderes a los *voivodas*. En 1719 se crearon 50 provincias, dirigidas cada una por un *voivoda* y subdivididas en *uiezdy* (distritos), con un comisario al frente. Todo esto muestra que Pedro «ensayaba» diferentes soluciones en busca de la más apropiada a las condiciones de Rusia. Dukes subraya que, a pesar de estos cambios, el gobierno central siguió siendo confuso e ineficiente y añade que «los intrincados esquemas de gobierno de las ciudades nunca se aplicaron»⁴².

Pedro también abordó la reforma de la Iglesia. Cuando en 1700 falleció el patriarca Adriano no nombró sucesor y dejó la sede vacante, y designó al metropolitano Stepan Yavorski como «guardián y administrador de la sede patriarcal». Con la intención de presionar al clero regular, en diciembre de 1701 restableció el *prikaz* de los monasterios, que había sido suprimido en 1667, e impuso gravámenes sobre los monjes y sobre las tierras de los monasterios. Pero la auténtica reforma eclesiástica se produjo en 1721 y por medio de un Estatuto —debido a la inspiración y, seguramente, a la pluma del arzobispo Feofan Prokopovich, ferviente partidario de las reformas— que creaba el Santo Sínodo, encabezado por un Alto Procurador, funcionario laico. Esta institución sustituía al Patriarcado y llevaba a término los proyectos secularizadores iniciados en tiempos del zar Aleksis, acabando con las veleidades de supremacía respecto del Estado. Pedro limitó la propiedad eclesiástica y la sometió a un estricto control. En contrapartida, estimuló la enseñanza eclesiástica, promoviendo las escuelas de la Iglesia, se ocupó del empobrecido clero secular y se mostró tolerante respecto de los no ortodoxos, en la línea clásica de preferir a los protestantes sobre los católicos. La tolerancia se extendió a los Viejos Creyentes, hasta que la oposición de estos a la reformas petrinas dio pie para nuevas sanciones y cargas fiscales.

La política de Pedro el Grande, con todas sus implicaciones: guerra permanente, construcción de San Petersburgo y de otras ciudades, de fortalezas y canales, construcción de buques, explotación de los recursos mineros, suministros para el ejército, fomento de la industria, etc., supuso una carga enorme y agobiante sobre la población, especialmente la campesina. Además de las levadas para el Ejército y la Marina, que entre 1699 y 1714 afectaron a más de 330.000 hombres, la construcción de Azov y otras fortalezas exigía reunir 30.000 trabajadores por año, y solo la construcción de San Petersburgo obligó a trasladar hasta allí a 20.000 campesinos entre 1712 y 1715. Por otra parte, en las minas de hierro y cobre de los Urales había en 1725 unos 30.000 campesinos. El precio en vidas humanas de esta política de trabajos forzados fue impresionante. Según testigos extranjeros, durante la construcción del puerto de Taganrog hubo 300.000 muertos de hambre o de enfermedad. Y se calcula que la construcción de San Petersburgo fue aún más mortífera. No puede extrañar que los campesinos huyeran como en el pasado hacia las regiones más alejadas del Imperio, donde era más difícil que llegara el poder de las autoridades, y que

muchos de ellos formarían bandas de delincuentes que hicieron aumentar hasta extremos increíbles la criminalidad y la inseguridad. En algún momento Pedro intentó evitar y corregir los abusos de ciertos terratenientes, pero el resultado final del reinado fue que la servidumbre se consolidó aún más, en beneficio de la nobleza, que, indiscutiblemente, era la clase dominante. Aunque Dukes señala que «la burguesía realizó un significativo avance en su toma de conciencia y organización durante el reinado de Pedro el Grande» y que aparecieron algunos señalados burgueses, procedentes por lo general del ámbito mercantil o entre los pioneros de la industria.

Es difícil calcular qué población tenía la Rusia de Pedro el Grande. La mayor ciudad era Moscú y su población tenía oficialmente 13.673 almas⁴³. Cualquier cálculo sobre el número de habitantes del Imperio es aventurado. Con los datos del primer censo ordenado por Pedro, que se hizo en 1719, Dukes calcula una población total de 15.577.854⁴⁴. La mayor parte de esta gente se dedicaba a la agricultura, que sufría de un bajísimo nivel técnico.

Las necesidades financieras de Pedro eran permanentes, lo que condujo a gravar incesantemente todo lo imaginable, desde las colmenas hasta las barbas. Y el resultado fue que en 1702 la carga fiscal sobre la población se había doblado en relación con la de 1680, y en 1724 era cinco veces superior a la de esta última fecha. Si la fiscalidad gravaba sobre todo a los campesinos, los nobles estaban obligados al servicio personal al Estado desde los dieciséis años hasta el fin de su vida. Aproximadamente dos tercios de los jóvenes retoños de la nobleza eran destinados a la vida militar y el tercio restante era asignado a la administración. Posiblemente uno de los rasgos más modernos de Pedro era esta auténtica «meritocracia» que hacía posible para cualquiera, con independencia de sus orígenes sociales, llegar a lo más alto en las jerarquías del Imperio. El caso más notable era el de Menshikov, hijo de un cabo o de un palafrenero, que empezó como vendedor callejero, después se convirtió en ordenanza del propio Pedro y llegó a ser generalísimo, príncipe de Rusia y príncipe del Santo Imperio Romano-Germánico, entre otros títulos honoríficos⁴⁵.

LA CULTURA DURANTE EL REINADO DE PEDRO EL GRANDE

Pedro el Grande era un hombre de una enorme e ilimitada curiosidad que se interesaba por todas las ciencias y las artes y que tuvo muy claro que había que hacer un esfuerzo por elevar el nivel educativo y cultural de Rusia, y sacarla de las tinieblas de la ignorancia y la superstición. Pero no fue en absoluto un intelectual, sino un gobernante pragmático que fomentó, sobre todo,

los saberes que podían tener una utilidad práctica e inmediata. Como escribe Billington, «sus esfuerzos por hacer progresar los conocimientos rusos estuvieron casi exclusivamente concentrados en aquellas materias científicas, técnicas o lingüísticas que tenían un valor directo en el ámbito militar o en el diplomático». Este enfoque pragmático queda bien a la vista si consideramos que el primer libro secular impreso en Rusia fue la *Aritmética* de Leonty Magnitsky, que, más que una aritmética sistemática, era un manual de conocimientos útiles. En su subtítulo aparecía el término «ciencia» (*nauka*), que en ruso no significaba tanto «conocimiento teórico», como sería el caso en Europa occidental, sino algo así como «técnica especializada»⁴⁶. También se refleja este pragmatismo y la preocupación por divulgar las modernas técnicas en el primer periódico publicado en Rusia, el *Vedomosti*, a través del cual pretendió explicar su política de reformas, tan escasamente entendida por un pueblo muy apegado a las tradiciones, habituado al aislamiento y dominado intelectualmente por la Iglesia ortodoxa. Pedro no se ocupó de la cultura filosófica o artística a pesar de sus relaciones con los doctores de la Sorbona, durante su visita a París, y de que inició la espléndida colección imperial de cuadros de Rembrandt. Por eso Billington escribe que «desde este punto de vista, el reinado de Pedro fue por muchas razones una regresión respecto del de Aleksis e incluso del de Sofía»⁴⁷.

Puede afirmarse que la obra de Pedro no es sino una continuación, quizá mejor una culminación, cualquiera que fuese su éxito, de empeños iniciados en los reinados anteriores. Efectivamente, no era nuevo ni el interés por el Báltico y por las cosas de la mar, ni el deseo de aprender las técnicas y los saberes occidentales, ni el uso de expertos extranjeros. Pero, como escribe el mismo Billington, «si el reinado de Pedro representa la culminación de procesos en marcha desde hacía mucho tiempo, fue, sin embargo, nuevo en espíritu y de consecuencias de largo alcance»⁴⁸.

La voluntad secularizadora de Pedro resulta evidente con su reforma de la Iglesia, que, a través del Santo Sínodo, queda estrechamente sometida a la voluntad imperial, hasta el punto de que, de alguna manera, el zar se convierte en jefe de la Iglesia oficial, como lo eran, por otra parte, los reyes en los países protestantes. La Iglesia queda sometida y «secularizada», pero, al mismo tiempo, Pedro la sigue utilizando como un instrumento de poder y como un arma en su expansión imperialista, como muestra la ayuda que le prestó para sus actividades en Polonia, políticamente útiles para sus planes. Esta mezcla de sometimiento, utilización y secularización se demuestra con la fundación en San Petersburgo del gran monasterio de San Aleksandr Nevsky. Era preciso que la nueva capital tuviera su gran monasterio y nada mejor que dedicarlo a Nevsky, gran príncipe, guerrero y santo, que además era el patrón de la ciudad y de la región. Pero es muy significativo que Pedro decretase que en adelante se representara al santo como un guerrero y no como un monje y que su fiesta se celebrase el 30 de julio, día del tratado con los suecos.

El aspecto más importante de lo que podríamos llamar la «política cultural» de Pedro el Grande fue seguramente la creación de instituciones culturales y educativas, muy en primer lugar de centros de enseñanza, encomendados con frecuencia a extranjeros. La primera institución fundada por Pedro fue la Escuela de Matemáticas y Navegación, que vio la luz tras un decreto de

14 de enero de 1701 y que es considerada el principio de la educación secular en Rusia. En 1715 se inauguró en San Petersburgo una Academia Naval, dirigida por un francés, el barón Saint Hilaire, con experiencia en las escuelas navales francesas de Brest y Tolón, que fue cesado poco después. Más prestigio tuvo la Escuela de Ingeniería de Moscú, fundada en 1712, o la Compañía de Ingeniería de San Petersburgo, en cuyo seno 74 ingenieros procedentes de Moscú levantaron el mapa de la costa báltica. Una Escuela Médica fue fundada en Moscú en 1719. De 1705 a 1715 funcionó en Moscú un Gymnasium Glück. De más importancia fue la Escuela de Minas, que se abrió en Olonets en 1716, a la que siguieron otras del mismo tipo en los Urales. En el mismo año el gobierno inició la creación de «escuelas de cifra», de carácter elemental, 12 de las cuales empezaron a funcionar en otras tantas ciudades de provincia.

La preocupación de Pedro por el desarrollo de las ciencias coincidía con las esperanzas que en él habían puesto los filósofos occidentales, que, como Leibniz, entendían que el camino del progreso intelectual había pasado desde Grecia, a través de Europa Central, al norte. En este sentido tiene la máxima importancia la fundación, poco después de la muerte de Pedro, y fruto de su decisión y proyecto según decreto de 18 de febrero de 1718, de la Academia de Ciencias, que tenía como objetivo la investigación y propagación de los saberes superiores. Sus departamentos eran los de matemáticas, física e historia, con una sección de bellas artes.

El esfuerzo modernizador de Pedro el Grande se tuvo que enfrentar desde el primer momento con una feroz resistencia, no solo por las cargas que hacía pesar sobre la población, sino por razones que podemos denominar ideológicas. La política de Pedro significaba un rechazo frontal de la visión del mundo y de la vida propia de la vieja Moscovia y había amplios sectores de la sociedad rusa que estaban dispuestos a impedir lo que les parecía una traición a la identidad y a los valores rusos, anclados en la Ortodoxia. Ya nos hemos referido a las insurrecciones que esmaltan el reinado de Pedro y que tienen una motivación de protesta contra todo lo que representaba el zar reformador. El otro polo de resistencia es el de los Viejos Creyentes. Ambos movimientos, escribe Billington, «se solapan y refuerzan a menudo el uno al otro y comparten una común idealización del pasado moscovita y el odio a la nueva burocracia secular». Añade este autor que estos dos movimientos «contribuyeron notablemente a conformar el carácter de todos los movimientos de oposición que se produjeron bajo los Romanov, sin exceptuar los que provocaron el fin de la dinastía en 1917»⁴⁹.

LA SUCESIÓN DE PEDRO EL GRANDE

Las reformas de Pedro el Grande encontraron, como ya hemos subrayado, una enorme resistencia en amplios sectores de la sociedad rusa, que cifraron sus esperanzas en el zarevich Aleksis, nacido en 1690 de la primera esposa de Pedro, la repudiada Edvokie. Entre el padre y el hijo no hubo nunca una relación de afecto o de proximidad y Aleksis, que temía a su progenitor y que nunca entendió ni compartió sus programa de reformas, se fue convirtiendo, progresivamente, en la esperanza de cuantos aspiraban a que las cosas volvieran al «orden natural» del que las había sacado el emperador. Aleksis era la antítesis de su padre y, como escribe A. G. Brikner, «el espíritu emprendedor, la fuerza física y la energía de Pedro estaban en los antípodas de la suavidad, la indolencia y la debilidad física del zarevich». Y mientras «el padre se interesaba por las artes aplicadas, la técnica, el trabajo manual, el hijo prefería la teología y la historia de la Iglesia»⁵⁰. El alejamiento entre Pedro y Aleksis seguramente se incrementó cuando en 1712 el primero se casó con Martha Skavronski, nombre de nacimiento de Catalina, que le sucedería como la Primera de ese nombre.

Preocupado por el futuro de su política reformista y por la actitud negativa de Aleksis, Pedro le había presionado para que o bien aceptase «el nuevo orden», o bien renunciase a sus derechos, y según parece, en algún momento, el zarevich asumió la idea de la renuncia. En 1716, encontrándose Pedro en Dinamarca, reclamó la presencia de Aleksis, que aprovechó la ocasión para huir a Austria, donde reclamó la protección del emperador Carlos VI, cuñado de la esposa del zarevich, fallecida un año antes. En 1718 Aleksis atendió a las llamadas de su padre y volvió a Rusia, donde obtuvo el perdón, pero a condición de que renunciara a sus derechos al trono y diera los nombres de quienes le ayudaron a escapar. Como consecuencia de la investigación que se abrió, que no detectó ninguna conspiración, le fue retirado a Aleksis el perdón y se inició un proceso. Un tribunal extraordinario, compuesto por un centenar de personalidades de la nueva situación, condenó a muerte a Aleksis por felonía. El zarevich murió, antes de la hipotética ejecución, en la fortaleza peterburguesa de Pedro y Pablo, donde estaba encerrado, durante el verano de 1718. Los historiadores hablan del choque físico y moral que sufrió Aleksis como causa de su muerte, pero no se descartan las torturas, que Anderson da como ciertas y alude a 25 latigazos de *knut* en una primera ocasión y 15 en la segunda. Afirma este autor que nunca se llegó a saber la causa precisa de su muerte, que oficialmente se achacó a una apoplejía, aunque se pusieron en circulación otras versiones que hablaban de decapitación, envenenamiento, ahogamiento o venas abiertas. Anderson añade que «fueran las que fueran las circunstancias exactas, ninguno de sus contemporáneos puso en duda que la responsabilidad de esa muerte recaía en Pedro, y la posteridad se hizo eco de ese veredicto»⁵¹.

Aun sin que se descubriera ningún complot, Heller escribe que «los historiadores son unánimes en reconocer que, sin embargo, la razón de Estado, los intereses de Rusia exigían al gran reformador acabar con su hijo». Y para Voltaire «la muerte del heredero era un precio demasiado pesado de pagar, pero Pedro estaba resuelto a ello, en nombre de la felicidad que aportaba al pueblo». La resistencia a las reformas de Pedro era, desde luego, muy amplia y, como ya hemos dicho, se había polarizado en torno a Aleksis. Su renuncia al trono no tendría ningún valor una vez que muriera Pedro y, ante esa perspectiva, este toma la terrible decisión de eliminar a su propio

hijo. Iván el Terrible había matado a su hijo involuntariamente en un ataque de rabia; Pedro se deshace de Aleksis de una manera reflexiva y con una frialdad que espanta. En la escalofriante decisión de Pedro el Grande parece ser que influyeron mucho las informaciones que se obtuvieron del interrogatorio a que fue sometida Eufrosina, la amante de Aleksis que le había acompañado en su fuga a Austria. Según esta fuente, después de su acceso al trono, Aleksis pensaba renunciar a cualquier aventura bélica y proyectaba disolver una buena parte del ejército y dismantelar la armada. También tenía la intención de abandonar San Petersburgo y volver a Moscú. La muerte de Aleksis no pareció afectar en absoluto a Pedro, que no solo no declaró duelo oficial, sino que, al día siguiente, se celebraron, como estaba previsto, festejos populares por el aniversario de la batalla de Poltava y, tres días después, el 10 de julio, la onomástica del emperador.

Los últimos años del reinado de Pedro fueron muy duros para él y pudo sentir en muchos momentos el temor de que su obra acabara con él.

La sensación de aislamiento que experimentaba Pedro, su impresión de estar luchando solo contra el peso muerto de la oposición y el oscurantismo, se intensificaron más que nunca en los últimos años de su vida. Muchos de sus amigos de los primeros años habían muerto. Incluso Menshikov cayó en desgracia y tuvo que devolver parte de su inmensa riqueza.

De su soledad personal y política puede dar idea lo que escribía el embajador sajón en 1723: «Compadezco de todo corazón al monarca, puesto que no puede encontrar un solo súbdito leal, dejando aparte a los dos extranjeros que llevan las riendas del imperio, esto es, Yaguzinskii y Ostermann»⁵².

Posiblemente la mayor preocupación del emperador era la de su sucesión, que, desaparecido Aleksis, no estaba clara. Con su segunda esposa, Catalina, Pedro había tenido varios hijos que murieron siendo aún muy niños y solo sobrevivían dos hijas, Ana e Isabel, cuyos derechos al trono no parecían muy sólidos porque habían nacido antes de que se hubiera celebrado el matrimonio entre sus padres, lo que, según la mentalidad de la época, las convertía en bastardas. Quedaban como potenciales herederos el hijo del zarevich Aleksis, Pedro, y las hijas de Iván V, el medio hermano de Pedro que había sido «co-zar» con él hasta su muerte, Catalina y Ana. Asimismo no podía dejar de tenerse en cuenta que, significativamente, Pedro había hecho coronar como emperatriz, en 1724, ya en los últimos meses de su vida, a su esposa Catalina, lo que, de alguna manera, la asociaba al trono y hacía de ella una heredera potencial. Si Pedro no se decidió a declarar esa voluntad abiertamente, pudo ser porque le llegaron rumores de que Catalina tenía un amante. Pedro promulgó un decreto en 1722 que atribuía al emperador el derecho a nombrar a su sucesor, abandonando el automatismo de la primogenitura, pero Pedro no hizo uso de ese derecho. Comenta Anderson que «la actitud de Pedro dejó deprimentemente claro hasta qué punto el gobierno y la sociedad rusos carecían de la forma bien definida, de las instituciones arraigadas y los derechos legales garantizados de manera efectiva, normales en aquel tiempo en la Europa occidental»⁵³.

Cansado y abatido, Pedro pasó los últimos años de su vida minado por la enfermedad, pero nadie hubiera presagiado una desaparición tan repentina. La campaña del Caspio afectó

seriamente a su salud, pero, a sus cincuenta y dos años, todavía tenía muchas fuerzas y un gran empuje, como demuestra que, en el otoño de 1724, viendo que peligraba la vida de unos soldados que habían caído al golfo de Finlandia desde un barco que había encallado, se lanzó a aquellas heladas aguas para salvarlos. Como consecuencia del chapuzón atrapó un resfriado, lo que no le impidió seguir trabajando con el empeño de siempre. Fue por entonces cuando dictó las instrucciones para la expedición de Vitus Bering a Kamchatka. Su salud no mejoró durante el invierno y, febril, se vio forzado a guardar cama, con un complicado cuadro médico caracterizado por las secuelas de una enfermedad venérea y complicado con retención de orina, litiasis renal y gangrena, todo lo cual le hacía delirar. El 28 de enero (8 de febrero del calendario occidental) de 1725, viendo que se aproximaba su muerte, pidió un escritorio y, sobre el papel, escribió temblorosamente: «Lego todo a...», pero no pudo seguir escribiendo el nombre de la persona a la que quería nombrar sucesora en el trono. El Imperio tendría que afrontar de inmediato el problema de la sucesión.

Como había sucedido tras el primer empujón imperial, en tiempos de Iván el Terrible, Pedro el Grande dejó tras sí un país arruinado. Como tantas veces en la historia de Rusia, los momentos de máxima expansión han sido seguidos por los de máxima debilidad. Durante el reinado de Pedro hubo etapas en las que el 82 por 100 de los ingresos públicos se dedicaron a las necesidades bélicas. El reclutamiento permanente para nutrir a los ejércitos privó de brazos a las actividades productivas, incluida la agricultura. Todo el esfuerzo para reformar el Estado se orientó, según ya hemos señalado, a las necesidades militares, incluidas las propias reformas educativas. Además, y en contradicción flagrante con su propósito europeizador, hay que subrayar que durante el reinado de Pedro I queda definitivamente consolidada la servidumbre, el rasgo más peculiar de Rusia hasta su supresión en 1861, y, según muchos historiadores, el que impidió que el país alcanzara niveles de desarrollo similares a los occidentales.

LA ETAPA DE LAS EMPERATRICES: DE CATALINA I A ISABEL PETROVNA

LOS SUCESORES INMEDIATOS DE PEDRO EL GRANDE: CATALINA I Y PEDRO II (1725-1730)

A la muerte de Pedro, la vieja aristocracia estaba absolutamente a favor de que el trono lo ocupase su nieto Pedro Alekseevich, que tenía entonces diez años, ya que esa era la solución concorde con las viejas prácticas moscovitas. Entre estos aristócratas se encontraban personajes tan influyentes como Dmitrii Galitzin, Iván Dolgorukii, Nikita Repnin y Boris Sheremetiev, «todos ellos descontentos por haber sido vejados por el zar —escribe Troyat— y ávidos de tomarse el desquite bajo el nuevo reinado»¹. Pero el partido que Dukes denomina de los «hombres nuevos», que eran conocidos como «los Aguiluchos de Pedro el Grande», prefería que la sucesora fuera su viuda, Catalina. Estaba a la cabeza de este grupo el poderoso Aleksandr Menshikov, que había sido distinguido por Pedro con el título de príncipe serenísimo, entre otros honores, el teniente coronel de la Guardia, Iván Buturlin, el senador conde Pedro Tolstoi, el canciller Gabriel Golovkin y el gran almirante Fedor Apraxin. Este segundo partido contó enseguida con el apoyo del prestigioso arzobispo Feofan Prokopovich y, sobre todo, con los no menos influyentes regimientos de la guardia, el Preobrazhenski y el Semonosvski. Para estos, Catalina es «la verdadera depositaria del pensamiento imperial» y rechazan tanto al nieto de Pedro como a las hijas de este, sin negar los derechos de estas últimas, que, en todo caso, supeditaban a los de su madre.

La decisión se toma en una tormentosa reunión de lo que se denomina la «Generalidad» del Imperio, en el Palacio de Invierno, en la que están presentes los senadores, los miembros del Santo Sínodo y otros altos dignatarios. Se barajan diversos argumentos a favor y en contra de las dos candidaturas y mientras unos argumentan que las mujeres no son aptas para gobernar el Imperio, los otros replican que la obligada regencia que habría que establecer si se proclamaba al nieto Pedro sería causa de desórdenes como había pasado siempre en Rusia con las regencias. Además subrayan estos que Catalina ha dado muestras de su coraje acompañando a su marido en las campañas militares e interesándose activamente por los asuntos públicos. En la sala se han introducido, sin tener ningún derecho para ello, varios oficiales de la Guardia, que se mezclan en

el debate. Pero, sobre todo, en un patio interior esperan los dos regimientos de la Guardia, que, a una señal de Buturlin, hacen redoblar el tambor y penetran en el interior del palacio. La causa de Catalina está ganada y ante el poderoso argumento de las armas todos aceptan a la nueva emperatriz, Catalina I, y en el documento que se redacta al efecto se hace constar que esa era la voluntad del fallecido Pedro el Grande, como lo muestra su decisión de coronarla «a causa de los grandes e importantes servicios que ha prestado para beneficio del Imperio ruso».

Este acontecimiento es importante porque revela el poder decisivo de los regimientos de la Guardia, que, durante todo el siglo XVIII, van a ser un factor determinante en las sucesiones en el trono de los zares, casi siempre problemáticas y difíciles. Se matiza así la afirmación, muy repetida por muchos historiadores, según la cual en Rusia no ha habido golpes militares, lo que es cierto si se quiere decir que el ejército nunca se ha hecho cargo del poder, ya que, como escribe Heller, «nunca un general ha subido al trono de Rusia», pero no es menos cierto que «si el ejército no quiere el poder para sí mismo, se convierte en un factor importante, ayudando a “hacer zares”». Este mismo autor hace remontar esta tendencia a la sucesión del zar Aleksis, padre de Pedro el Grande, en la que participaron tan activa y sangrientamente los *streltsy*, y señala que «en el curso de los cien años siguientes, la Guardia se convertirá en un elemento determinante de las querellas dinásticas, compensando, de alguna manera, la ausencia de una ley de sucesión»².

Catalina I reinó solo poco más de dos años y apenas se ocupó de los asuntos públicos, que fueron dirigidos por Menshikov, figura clave en un recién creado Consejo Privado Supremo, que se convirtió en la institución fundamental del gobierno, a costa del Senado, que perdió competencias. Formaban también parte de este Consejo, que actuaba en secreto, Tolstoi, Apraxin, Golovkin y Ostermann, entre otros. Catalina apenas sabía leer y escribir y, «ávida de carne fresca», como escribe el mismo Troyat, su ocupación preferida eran los amantes jóvenes y las fiestas interminables en las que se comía y se bebía sin tino. Como consecuencia de esta vida desordenada la salud de Catalina era mala y, aunque andaba en torno a los cincuenta años, los embajadores, como el francés, Jacques de Campredon, escribían a sus cortes que era probable que «cualquier accidente abreviara sus días».

Catalina impulsó la inauguración y puesta en funcionamiento de la Academia de Ciencias que Pedro había creado y cumplimentó, igualmente, otros proyectos del zar reformador, como la expedición de Vitus Bering y el canal del lago Ladoga. Asimismo se consolidaron las medidas de tolerancia respecto de los Viejos Creyentes, en la línea ya iniciada por Pedro el Grande. La política exterior de Catalina se caracterizó por la continuidad respecto de la seguida por su antecesor y marido, cuya última actuación en este ámbito había sido la alianza defensiva acordada en 1724 con el enemigo de la víspera, Suecia, que, por los términos que se utilizaban —se aludía al ataque de «una potencia cristiana»— excluía la hipotética amenaza turca y se dirigía claramente contra Dinamarca y Prusia, según subraya Le Donne³. En un artículo secreto, ambas partes se comprometían a usar sus buenos oficios en la corte de Copenhague, para ayudar a la familia Holstein-Gottorpe a recuperar Schleswig, que había sido atribuido a Dinamarca. Los ducados de

Schleswig-Holstein han constituido, durante varios siglos, una zona de fricción, causa de conflictos y enfrentamientos en las relaciones internacionales europeas como consecuencia de su situación fronteriza entre Alemania y Dinamarca, y de ser territorio habitado por poblaciones de ambas etnias. Schleswig había pertenecido tradicionalmente a Dinamarca, mientras que Holstein—situada al sur de Schleswig, del que la separa el río Eider— formaba parte del Sacro Imperio Romano Germánico.

Carlos Federico de Holslein-Gottorp aspiraba al trono de Suecia en su condición de hijo de la hermana mayor de Carlos XII y la alianza ruso-sueca de 1724 alimentaba esas aspiraciones, fortalecidas además porque en diciembre de aquel mismo año se formalizó su matrimonio con Ana Petrovna, hija de Pedro el Grande, que asumía como propios los deseos de su nuevo yerno. Ana Petrovna renunció a sus derechos a la corona rusa, pero Pedro el Grande tuvo cuidado de hacer constar que si la nueva pareja tenía un hijo, este mantendría sus derechos al trono de Rusia. Y, efectivamente, a Carlos Federico y Ana les nació en 1728 un hijo, Carlos Pedro Ulrich, que en 1761 se convertiría en emperador de Rusia como Pedro III, después de haber contraído matrimonio con una princesa alemana, Sofía de Anhalt-Zerbst, que le sucedería como Catalina II, llamada la Grande. Pero no adelantemos acontecimientos.

Fallecido Pedro, en 1726 Catalina I pensó en un ataque contra Dinamarca, pero Gran Bretaña, prosiguiendo su política de mantener el equilibrio europeo, no podía consentir que se afirmara el creciente poder de Rusia y en el mes de mayo envió una escuadra que se presentó ante Reval (actual Tallin) en una advertencia clara de que las potencias occidentales no iban a consentir que Rusia llegara hasta el Sund.

Política exterior y política matrimonial seguían en el siglo XVIII estrechamente unidas y si Catalina I se había tenido que resignar para su hija mayor, Ana, con una boda de segundo nivel, aspiraba para la menor, Isabel, un enlace que fortaleciera los vínculos de Rusia con uno de los países más importantes de Europa occidental, concretamente Francia. Como escribe Troyat, «si Pedro el Grande estaba seducido por el rigor, la disciplina y la eficacia germánicas, ella [Catalina] era, por su parte, cada vez más sensible al encanto y el *esprit* de Francia»⁴. En esta operación político-matrimonial, la emperatriz contaba con la ayuda del embajador de Francia en San Petersburgo, Jacques de Campredon, que aspiraba a coronar su misión diplomática con un estrechamiento de relaciones entre los dos países, asentado en una alianza matrimonial. El elegido era nada menos que el propio rey francés, Luis XV, que entonces tenía quince años. Menshikov se empleó a fondo para conseguir ese importante objetivo de política exterior que estrecharía definitivamente los vínculos de Rusia con Europa occidental y la anclaría en el sistema de Estados europeos. Pero después de tres meses de intercambio de información, en septiembre de 1725, llegó a San Petersburgo la noticia de que el joven rey francés se casaría con María Leszcynska, hija del destronado rey de Polonia, Stanislas, que vivía exiliado en Wissemburg (Alsacia). Catalina recibió como un mazazo el *desaire*, que se hizo aún más insoportable porque también fracasó su propósito alternativo de intentar que su hija Isabel se casara con el duque de Charolais⁵. Como consecuencia de esta operación fallida, la política exterior de Rusia dio un viraje y se orientó hacia Viena,

buscando una alianza con el Imperio de los Habsburgo, que hasta entonces había sido rechazada siempre por los zares.

La mala salud de Catalina I, prematuramente envejecida por sus excesos de todo tipo, convirtió la cuestión de su sucesión en el problema básico de la Corte de San Petersburgo. La candidatura apoyada por la vieja nobleza, el clero provincial y, en general, los que se sentían nostálgicos de lo que había significado otrora Moscovia era la de Pedro, hijo del asesinado zarevich Aleksis y nieto, por tanto, de Pedro el Grande. Su popularidad parecía ir en aumento, hasta el punto de que Menshikov, preocupado, planeó casarlo con su tía Isabel, la malquerida hija de Catalina, a pesar de que esta le sacaba cinco años a su medio sobrino. Pero la consanguinidad era un obstáculo importante desde el punto de vista de la Iglesia y, llevando la audacia al límite, Menshikov pensó que la mejor esposa para el joven Pedro no podía ser otra que su propia hija María, proyecto que fue aprobado por Catalina, en contra de la opinión de sus dos hijas, Ana e Isabel, que veían como ese hipotético matrimonio desvanecía sus propias aspiraciones al trono. Efectivamente, Ana soñaba con suceder a su madre a pesar de su renuncia a la corona rusa, que se formalizó cuando firmó su contrato matrimonial con Carlos Federico de Holstein-Gottorp. Y, por supuesto, este era el más activo valedor de su causa.

A finales de abril de 1727, Catalina enferma gravemente y pronto pierde la conciencia. La alarma en la Corte es enorme porque se sabe que la emperatriz no ha redactado testamento, pero Menshikov no se detiene ante obstáculos menores y reúne al Consejo Privado, que redacta un documento, con la esperanza de que Catalina lo firme *in articulo mortis*. Pero Catalina, dada la gravedad de su estado no llegó a estampar su firma. En el documento se estipulaba que «según la voluntad expresa de Su Majestad», el zarevich Pedro Alekseevich sucederá, cuando llegue el momento a Catalina I. Si Pedro muriera sin posteridad se establece que la corona corresponderá a su tía Ana y a sus herederos y, después, a Isabel Petrovna, la otra hija de Pedro el Grande y Catalina. Estas maniobras *in articulo mortis* provocan la indignación de otros dignatarios de la Corte, especialmente del grupo que encabeza Tolstoi, pero el primero no se arredra y los somete a un proceso, acusándolos de crimen de lesa majestad. Tolstoi fue confinado en el convento de Solovetsk, reducto de los Viejos Creyentes y situado en una isla en el frío y lejano mar Blanco, y otros «conspiradores» fueron exiliados a Siberia. Ante esta situación Ana y su marido, el duque Carlos Federico, optaron por retirarse a una de sus propiedades. Nada se oponía, pues, a que Menshikov ratificase su condición de hombre fuerte, reforzada por el hecho de ser el futuro suegro del futuro zar.

Tras una prolongada agonía, Catalina I murió el 6 de mayo de 1727, después de un breve reinado de dos años y dos meses, y el día 8 el gran duque Pedro Alekseevich, de doce años de edad, fue proclamado emperador con el nombre de Pedro II. Hasta que llegase a su mayoría de edad, fijada en los diecisiete años, la regencia sería ejercida por el Consejo Supremo Privado, que, después de haber sido depurado de los elementos discrepantes, estaba totalmente controlado por el hábil Menshikov, que, como escribe Troyat, relega al joven soberano «al rango de figurante

imperial». Los poderes de Menshikov son amplios y, en la práctica, ilimitados, y como demostración de su nuevo poder, apenas una semana después del fallecimiento de Catalina I, Menshikov se atribuye el título de generalísimo. Su prepotencia llega hasta el punto de decidir que Pedro viva no en el imperial Palacio de Invierno, sino en el palacio que el todopoderoso personaje se había hecho construir en la isla Vassilii, situada en medio del Neva, en pleno centro de la ciudad. Pero las maquinaciones del «príncipe serenísimo» y la arrogancia con que ejerce un poder que no le pertenece suscitan la sorda oposición de algunos personajes y la antipatía creciente del propio Pedro II, al que, cada vez más, irritan las ínfulas que se da quien había de ser su suegro. El vicecanciller Andrei Ivanovich Ostermann se convierte en el catalizador de esta oposición naciente, que se propone liberar de la humillante tutela de Menshikov al joven emperador adolescente, que, entretanto, se dedica, en compañía de su tía Isabel y, hasta que marcha con su marido a Kiel, de su otra tía, Ana, a continuas orgías.

Esta insostenible situación no se prolonga más allá de unos pocos meses. Una inoportuna enfermedad retira de la circulación durante algún tiempo a Menshikov y le da la ocasión a Pedro II y a los «conspiradores» de la vieja aristocracia para reaccionar. En septiembre de 1727, Menshikov, acusado de apropiación de fondos públicos y de alta traición es destituido de todos sus cargos y se le condena al destierro con toda su familia, incluida, por supuesto, la joven prometida del emperador. Se le obliga a residir forzosamente, primero en Orenburg, en una casa-fortaleza donde se vigilan todos sus movimientos y contactos y, ya en 1728, en Berezov, localidad situada a mil *verstas* (1.067 kilómetros) de Tobolsk, en la inhóspita Siberia, donde murió, víctima de un ataque de apoplejía, en noviembre de 1729. María, su hija, murió también un mes después.

Pedro II se veía liberado de la tutela de Menshikov, pero cayó muy pronto bajo la de los Dolgorukii y los Galitzin, aunque era Ostermann quien desempeñaba las actividades de gobierno. Pero la persona que tenía más influencia sobre el emperador seguía siendo su tía Isabel, hasta el punto de que Troyat detecta en esas relaciones «un ligero perfume de incesto». A principios de 1728 la Corte se traslada a Moscú, con el propósito de convertirla de nuevo en capital del Imperio, en un gesto que demuestra la nostalgia por la vieja Moscovia, característica de las viejas familias boyardas, que no se resignaban a perder el poder y sus circunstancias. Además, si recordamos que un Dolgorukii fue el fundador de Moscú, no puede sorprender que un descendiente suyo influyera tan decisivamente para devolver la capitalidad a la ciudad de sus mayores. Se había proyectado, asimismo, celebrar el 24 de febrero, en la catedral de la Asunción, la ceremonia de coronación del nuevo zar-emperador y el acto tuvo, en efecto, toda la brillantez deseada y contó con la asistencia de la vieja Evdokie, la primera esposa de Pedro el Grande, abuela, por tanto, del nuevo soberano.

La influencia de los Dolgorukii sobre Pedro II —al que algunos denominan *el Pequeño* para distinguirlo de su ilustre abuelo— se demuestra de nuevo cuando en el otoño de 1729 se anuncia que el emperador va a contraer matrimonio con Katia Dolgorukii y hasta se celebra una ceremonia de esponsales. Pero unos meses después, en enero de 1730, Pedro cae enfermo de varicela y muere prematuramente en la madrugada del 19 de enero, cuando solo tenía catorce años. Tras este breve e inútil reinado de dos años y medio, se plantea de nuevo la cuestión de la sucesión. Reunida la «Generalidad», como a la muerte de Catalina I, se impone la idea de que, agotada la línea de los

descendientes varones de Pedro el Grande, se hace preciso recurrir a los descendientes del medio hermano de este, Iván V, que fue «co-zar» con él durante los cinco años de la regencia de Sofía. Previamente se había rechazado la candidatura de la hija de Pedro el Grande y Catalina I, Isabel, a la que se consideraba ilegítima y, en consecuencia, inhábil para el trono, ya que había nacido antes del matrimonio de sus padres. Por otra parte, se estimaba que Isabel había renunciado de hecho a la corona al abandonar la capital y recluirse, dolida, en el campo.

LOS REINADOS DE ANA IVANOVNA Y DE IVÁN VI (1730-1741)

Iván V —el hermano de Pedro el Grande prematuramente fallecido— había tenido tres hijas: Catalina, casada con el inquieto e inestable Carlos Leopoldo de Mecklemburgo, pero es rechazada, precisamente por este matrimonio, ya que, aunque estaban separados, asociaría al trono de Rusia a un príncipe poco fiable; Ana, viuda del duque de Curlandia que residía en Mitau, capital del ducado, y Prascovia, la menor, enfermiza y débil de espíritu, casada con un noble ruso. Desde el primer momento se considera preferible a Ana, en buena medida porque daba la imagen de una persona acomodaticia y muchos de los nobles y cortesanos pensaron que sería una persona fácil de dominar. El único inconveniente era su estrecha relación con un advenedizo noble curlandés (se decía que era hijo de un palafrenero), Johann Ernest Bühren, pero Golitsyn se mostró convencido de que Ana Ivanovna abandonaría a su amante si así se le exigía. El Consejo Supremo Privado decidió ofrecerle la corona, pero supeditando la oferta a la aceptación por parte de la candidata de una serie de «condiciones» que suponían, de hecho, la sustitución del sistema autocrático tradicional por una especie de «monarquía constitucional». No hay que olvidar que en aquel período de la historia europea la tendencia predominante de la monarquía absoluta luchaba en algunos países, por ejemplo, en la cercana Suecia, contra las pretensiones de determinados sectores, fundamentalmente nobiliarios, que intentaban limitar el poder real en beneficio propio. A este ejemplo cercano en el tiempo y en el espacio, podemos añadir la larga tradición de los boyardos rusos empeñados una y otra vez en recortar la autocracia de los zares obteniendo cotas de poder.

Dmitrii Golitsyn, uno de los más destacados miembros del Consejo —al que Heller denomina «ideólogo en jefe de la limitación de la monarquía»— puso a punto las condiciones que prohibían a la futura emperatriz volver a casarse y designar un heredero y la obligaban a aceptar la existencia del Consejo, compuesto de ocho miembros, sin cuyo permiso no se podría declarar la guerra ni hacer la paz, establecer impuestos, conferir grados civiles y militares superiores al de

coronel, conceder títulos o dominios territoriales o usar las rentas del Estado. La emperatriz se obligaba, además, a trabajar por la extensión de la fe ortodoxa, a colocar los regimientos de la Guardia y otras fuerzas militares bajo el control directo de los consejeros, así como a no privar a los nobles de la vida, el honor o la propiedad sin juicio. Golitsyn pone a punto un proyecto completo de nuevo gobierno, en virtud del cual la emperatriz mantendría el poder sobre la Corte, para cuyo mantenimiento el Tesoro entregará anualmente una cierta suma, pero todo el poder político pasaría íntegramente a las manos del Alto Consejo secreto, formado por diez o doce representantes de la alta nobleza. Además del Alto Consejo, se preveía todo un complejo de instituciones limitadoras del poder de la emperatriz.

Las «condiciones» se redactaron en el ámbito cerrado del Consejo sin que los nobles que no formaban parte del mismo fueran debidamente informados. Algunos de estos reaccionaron con rapidez y, seguramente porque veían en el proyecto del Consejo un marco de gobierno del que quedaban excluidos, enviaron una delegación a Curlandia —que llegó allí poco después de la propia delegación oficial del Consejo—, que aconsejó a Ana Ivanovna que rechazase cualquier limitación de poder que se le sometiese. Ana Ivanovna había mostrado la mayor de las amabilidades ante la delegación del Consejo y había aceptado sin la menor protesta todas las «condiciones». Pero, bien informada, se había percatado enseguida de la división existente entre la nobleza rusa y trató de sacar partido de la situación, al percibir que eran muy amplios los apoyos con que podía contar para restablecer la plenitud de la autocracia. Un signo de su actitud se pudo comprobar cuando, de camino hacia Moscú para asumir la corona, se detuvo en la pequeña localidad de Vsiesviatskoie (10 de febrero de 1730), en las afueras de la capital donde, en contra de lo que se estipulaba en las «condiciones», se proclamó a sí misma coronel del regimiento Preobrazhenski y del regimiento de caballería de la Guardia, que habían enviado destacamentos para saludarla. Un gesto que mostraba su voluntad de liberarse de cualquier tutela y que implicaba ganarse para su causa el decisivo apoyo militar. Y, como prueba de que sus planes eran muy claros, designó teniente coronel a su más próximo colaborador, el conde Simón Andreievich Saltykov. También se acercaron a saludarla los miembros del Consejo, a los que recibió con una estudiada frialdad, mostrando que se sentía soberana sin limitaciones y provocando un incidente protocolario a propósito de la orden de San Andrés, a la que tenía derecho como zarina, pues hizo ver que no la recibía del canciller, Gabriel Golovkin, allí presente, sino que la asume por derecho propio. Las cartas quedan boca arriba y los miembros del Consejo empiezan a percibir que no va a ser fácil llevar sus planes a término. Después de una serie de vicisitudes, incluida la recogida de firmas entre la nobleza provincial, opuesta a los planes de la alta nobleza y con la decisiva participación de los oficiales de la Guardia, en una solemne sesión celebrada el 25 de febrero de 1730 Ana Ivanovna es proclamada emperatriz autocrática. Los boyardos habían perdido una vez más la batalla.

Así terminó el intento de limitar los autocráticos poderes imperiales en una secuencia de acontecimientos que podemos considerar «un golpe de Estado dentro del golpe de Estado». El intento de los miembros del Consejo de limitar los tradicionales poderes imperiales era un típico golpe de Estado porque suponía una ruptura del sistema establecido. La respuesta de Ana

Ivanovna fue un «contragolpe» llevado a cabo con la imprescindible ayuda de los oficiales de la Guardia. Dukes subraya que «en líneas generales [...] las revoluciones de palacio después de 1725 [...] eran mucho más civilizadas que las que ocurrieron antes de 1700». Y tras comentar que los Dolgorukii y los Golytsin, como antes que ellos Menshikov, fueron enviados al exilio, añade: «Incluso los individuos caídos en desgracia podían contar con que la mayor parte de ellos eran enviados a un pacífico, aunque empobrecido, exilio, y solo los menos perdían sus cabezas, aun cuando sí perdían la cara y las propiedades»⁶.

Ana Ivanovna se rodeó de gente de su confianza entre los que destacaban muchos extranjeros cuya presencia se convertiría en uno de los signos distintivos de su reinado y en una causa de descontento y crítica. Pero el más importante de todos estos extranjeros era el conde Ernst Johann Bühren (conocido en Rusia por la versión afrancesada de su nombre como Biron), de origen westfaliano, amante de Ana en Curlandia, que afanosamente le mandó llamar tan pronto como quedó resuelta la cuestión de los poderes de la emperatriz. Tan decisiva fue la influencia de este último favorito durante el reinado de Ana que este período ha pasado a la historia como la *Bironovshchina*, terminación esta (*shchina*) que en ruso da idea de desorden y despilfarro. Bühren se convierte durante todo el reinado de Ana en un odiado y caprichoso tirano, responsable de la germanización a ultranza a que fue sometida Rusia. Se aludía al «yugo germano», recordando el histórico yugo mongol, y en la Corte se hablaba en voz baja de la *Bironovshchina* «como de una epidemia mortal que se había abatido sobre el país»⁷. Aunque habría que añadir que muchos de estos «germanos» procedían de las regiones bálticas incorporadas por Pedro el Grande al Imperio, que aportaron a Rusia los saberes y las técnicas occidentales. Heller recuerda que es entonces cuando Feofan Prokopovich inventa el término *rossiianin*, para designar a los extranjeros establecidos en Rusia, pero que no son rusos desde el punto de vista étnico. Dukes advierte, no obstante, de que sería inadecuado «pintar la década de los años treinta del siglo XVIII con oscuros colores uniformemente extranjeros» y recuerda la presencia en la Corte de rusos importantes, muchos de ellos colaboradores de Pedro el Grande, como el príncipe A. M. Cherkasski, el príncipe N. Iu. Trubestkoi, V. F. Saltykov y G. I. Golovkin. También estaban encomendadas a la supervisión de un ruso de la época de Pedro, el mayor general Andrei Ivanovich Ushakov, las desagradables actividades de la Cancillería para la Investigación de Asuntos Secretos. Esta Cancillería era una especie de policía política —antecedente remoto, por tanto, del KGB— que trabajó intensamente durante el reinado de Ana, a la que informaba directamente Ushakov.

Biron, que marca con su sello la década del reinado de Ana Ivanovna, ha merecido un unánime juicio negativo por parte de todos los historiadores. Biron gobernó directamente con una crueldad extrema y sin consultar a Ana en asuntos que, lógicamente, ella debería conocer. Las primeras víctimas de su arbitraria crueldad fueron los miembros del grupo Dolgorukii-Golitsyn, que fueron descuartizados, decapitados o, en el mejor de los casos, desterrados. La propia novia del fallecido Pedro II, Katia, fue encerrada de por vida en un convento, como se hacía tradicionalmente en Rusia con las mujeres. Pero Ana Ivanovna no era de mejor condición. La Cancillería secreta, dirigida por el también muy cruel Ushakov, se empleó a fondo y se calcula que más de 20.000

personas fueron deportadas a Siberia y otras muchas fueron ejecutadas. «Un ejército de espías se disemina a través de Rusia —escribe Troyat—. Por todas partes se expande la delación». Kliuchevskii afirma que «el espionaje fue a partir de entonces el servicio del Estado más estimulado». En virtud de un *ukase* especial se condenaba a muerte a los que no denunciaren expresiones irrespetuosas para Ana que hubieran llegado a sus oídos. La actuación policial de Biron es descrita así por Troyat:

Su odio innato por la vieja aristocracia rusa le incita a creer bajo palabra a todos los que denuncian crímenes de cualquiera de los florones de esta casta. Cuanto más altamente situado es el culpable, más se regocija el favorito al precipitar su caída. Bajo su reino, las cámaras de tortura estaban raramente vacantes y no pasa ni una semana sin firmar órdenes de exilio en Siberia o de relegación vitalicia en cualquier lejana provincia. En el Departamento especializado de la *Sylka* (la Deportación), los empleados, desbordados por la afluencia de expedientes, envían a menudo a los acusados al fin del mundo sin tiempo para verificar su culpabilidad, ni incluso su identidad⁸.

No puede sorprender que este reinado de diez años haya aportado muy pocas cosas positivas a Rusia, aunque, como escribe Heller, «el impulso dado por Pedro el Grande era tan fuerte que la nave rusa continuó navegando en la dirección indicada, a pesar de la ausencia de un verdadero capitán»⁹. Lo mejor de su equipo eran gentes como Ostermann o Münnich, provenientes de aquella época. En efecto, la presencia de un hombre inteligente como Ostermann al frente del gobierno evitó el desastre total. En el ámbito militar fue notable la actuación del mariscal de campo Burkhard Cristophe Münnich, que, además de una amplia experiencia militar —se decía que a los veinte años había combatido en todos los ejércitos de Europa—, tenía formación de ingeniero y había dirigido la construcción del canal del Ladoga en tiempos de Pedro el Grande. Münnich reformó el ejército, creó el cuerpo de cadetes del ejército de tierra, elevó el sueldo de los oficiales hasta equiparlos con los extranjeros y construyó un sistema de fortificaciones denominado la «Línea ucraniana». Antiguo gobernador general de San Petersburgo, se le atribuye la decisión de trasladar de nuevo la capitalidad a la ciudad del Neva.

Entre las realizaciones más notables de la época cabe señalar el establecimiento de un servicio postal permanente, con estaciones cada 25 verstas, con 25 caballos en tiempos de guerra y cinco en tiempo de paz para garantizar el servicio. Asimismo se estableció una administración de policía en las 23 ciudades más importantes y, en 1737, se ordenó a las autoridades municipales que mantuvieran médicos pagados a doce rublos al mes, que procedían del ejército. También se abrieron farmacias.

En el plano social el reinado de Ana Ivanovna supuso la consolidación de la nueva nobleza (*chliakhetstvo*) como clase privilegiada, como era lógico dado el papel que desempeñó en el advenimiento al trono de la emperatriz. Así es como, en 1736, se atendió a una de las reivindicaciones de este sector social y por un *ukase* se limitó la duración del servicio militar obligatorio de los nobles, que antes era vitalicio, a veinticinco años. La servidumbre del campesinado se refuerza y los siervos son, de hecho, verdaderos esclavos. Escribe Heller que

[...] si el siglo XVIII es la era de las emperatrices y de la nobleza, lo es también de la servidumbre de los campesinos. Los azares de la Historia —añade— han querido manifiestamente que la legislación que privaba, al final del siglo, a los

campesinos de todos los derechos humanos fuera impuesta por mujeres. Cuando Catalina II, ídolo de los filósofos franceses, modelo de monarca ilustrado, se extinga en 1796, Rusia contará con 36 millones de habitantes: 9.790.000 almas campesinas estarán en manos de propietarios privados y 7.276.000 pertenecerán a la Corona. Si se añaden las familias, se puede considerar que el 90 por 100 de la población de Rusia son esclavos, en manos de propietarios o del Estado¹⁰.

En el ámbito religioso, durante el reinado de Ana Ivanovna se prosigue la política de Pedro el Grande basada en el pleno sometimiento de la Iglesia al Estado, que regula todos los aspectos de la vida eclesiástica por medio de Santo Sínodo. En relación con las otras religiones, no se puede hablar de una política general de tolerancia, ya que la actitud del Estado no es uniforme. Los Viejos Creyentes son perseguidos y sometidos a doble capitación, más por razones políticas que religiosas, pero los protestantes gozan de una situación muy favorable, reflejo de la abundancia de gentes de esta confesión, especialmente luteranos procedentes del Báltico, en el entorno de la emperatriz, y así se abrieron iglesias luteranas en San Petersburgo y en otras ciudades en las que había obreros alemanes.

La cuestión de su sucesión fue una preocupación constante de Ana Ivanovna, que, sin hijos, contemplaba con inquietud cómo en Rusia no cesaban de correr rumores acerca de la aparición de pretendientes que se hacían pasar por el asesinado zarevich Aleksis Petrovich, el desgraciado hijo de Pedro el Grande. Por otra parte, Ana siempre temió que su prima Isabel, única hija viva de Pedro el Grande, pudiera en algún momento convertirse en una alternativa a su propia legitimidad. Decidida a que la sucesión no saliera de la línea de su padre Iván V, el hermano de Pedro el Grande, en 1731 adoptó a su sobrina Ana Leopoldovna, hija única de su hermana mayor, Catalina Ivanovna y de su esposo Carlos Leopoldo, príncipe de Mecklemburgo. Con solo trece años, Ana Leopoldovna es llevada a San Petersburgo y convertida a la Ortodoxia desde su luteranismo natal, pasando a ser el segundo personaje de la Corte. La emperatriz intenta casarla lo antes posible para garantizarse descendencia. La elección de esposo estuvo rodeada de todas las intrigas cortesanas imaginables, complicadas porque una Ana Leopoldovna ya de veinte años tenía sus propias preferencias amorosas y algún embajador llegó a informar de que el público la acusaba «de ser del gusto de la famosa Safo»¹¹. La emperatriz desea resolver cuanto antes el problema sucesorio y elige como marido de su sobrina a Antonio Ulrich de Brunswick-Luneburg. El matrimonio se celebra el 14 de julio de 1739, en contra de la voluntad de la joven gran duquesa Ana Leopoldovna, que la noche de bodas escapa de la cámara nupcial. Una sonora bofetada de la zarina somete a la díscola sobrina, que, trece meses después, el 23 de agosto de 1740, da a su irascible tía el heredero que buscaba, que será el futuro Iván VI. Pero la emperatriz Ana Ivanovna ya estaba muy enferma y se temía su próximo fin, por lo que, resuelto el problema de la sucesión, se planteaba ahora el de la regencia. Una conspiración de Corte en la que entran personajes tan importantes como Loewenwolde, Ostermann, Münnich, Cherkaaski y Bestuzhev decide apoyar las avanzadas pretensiones de Biron, como medio de mantenerse en el poder. Redactado el oportuno documento, Ana lo firma pocos días antes de morir el 28 de octubre de 1740 (17 de octubre, según la datación antigua) y Biron quedan investido con todos los poderes para dirigir los asuntos del Estado, «tanto interiores como exteriores».

Muerta Ana Ivanovna, el nuevo emperador, Iván VI, no tiene más que nueve meses, y por delante quedan diecisiete años de regencia de un personaje de la calaña de Biron. El nuevo regente desvela enseguida sus propósitos de no compartir con nadie el poder al comunicar a los conjurados su intención de alejar de la Corte a los padres del bebé Iván VI. Münnich calibra lo peligroso de la situación y no solo pone en guardia a Ana Leopoldovna y a su esposo Antonio Ulrich, sino que se ofrece para, con los regimientos de la Guardia, dar un golpe de Estado contra el funesto Biron. Tras unas dudas iniciales el matrimonio da su acuerdo y en la noche del 8 al 9 de noviembre de 1740 un centenar de granaderos al mando de tres oficiales del regimiento Preobrazhenski irrumpen en el dormitorio de Biron, le someten, pese a su resistencia, y le trasladan a la fortaleza Schlüsselburg, sobre el lago Ladoga. Acusado de diversos crímenes fue condenado a muerte en abril de 1741, pero la pena le fue conmutada por la de exilio perpetuo en un lejano lugar de Siberia, Pelym, a tres mil verstas de San Petersburgo.

Desplazado Biron, es designada regente la madre del emperador niño, Ana Leopoldovna, que tenía entonces veintidós años, y el hombre fuerte del gobierno es Münnich, muñidor de la nueva situación. Desplazado del lugar preeminente que había ocupado durante años, Ostermann toma posiciones contra Münnich, en estrecha alianza con el marido de la regente, Antonio Ulrich de Brunswick, que ha sido nombrado generalísimo. Y aparece de nuevo en la Corte el conde Lynar, antiguo embajador de Augusto III de Sajonia y Polonia, que años atrás había tenido una relación sentimental con la regente. Troyat habla de una *ménage à trois* del que la Corte ni se escandaliza, dispuesta a acostumbrarse a «una regente más preocupada por lo que ocurre en su alcoba que en su Estado»¹².

Entretanto, el prestigio de Rusia está bajo mínimos en toda Europa. Mientras la credibilidad de la regente palidece a causa de su vida privada, se está formando en torno a Isabel Petrovna, la hija más joven y más agraciada de Pedro el Grande, un «partido francés» que postula su candidatura al trono cada vez de un modo más patente, con el apoyo, más o menos discreto, del embajador francés, marqués de La Chétardie. Además, Isabel hace alardes de su gusto por los refinamientos de la moda y la cultura francesas, en contraste con los gustos germánicos de la gente del entorno de la regente. Esta inclinación de Isabel Petrovna no es óbice para que su popularidad vaya en aumento, hasta el punto de que parece que nadie le recrimina su relación íntima con Aleksis Razumovskii, un campesino de origen ucraniano convertido en cantor del coro de la capilla de palacio. «En los cuarteles y en la calle —escribe Troyat— los ecos de esta *liaison* de la hija de Pedro el Grande con un hombre del pueblo son comentados con indulgencia e incluso con benevolencia. Como si las gentes “de abajo” le agradecieran que no despreciara a uno de los suyos»¹³.

Cuando llega el mes de noviembre de 1741, la inminencia del golpe a favor de Isabel es un secreto a voces, pero Ana Leopoldovna se resiste a creer las informaciones, mientras prepara la coronación, prevista para el 25 de noviembre. Isabel había dudado mucho antes de dar el paso definitivo, pero su entorno le plantea la disyuntiva: o subir al trono o entrar en un convento, ya que se le hace creer que esos son los planes de la regente. En la noche del 24 al 25 Isabel, acompañada, entre otros, de Lestocq, Razumovskii y Saltykov, se presenta en el cuartel del

regimiento Preobrazhenski donde tiene lugar una emotiva escena en la que los soldados juran defender los derechos de su *matushka* y lograr la felicidad de Rusia. De allí, Isabel, su séquito y la fuerza militar se dirigen silenciosos por la avenida Nevski hacia el Palacio de Invierno, en el que penetran sin dificultad y sin necesidad de derramar sangre: Isabel ha ordenado que nadie muera. Despertada la regente, que dormía con su marido, por la propia Isabel, comprende inmediatamente que todo ha terminado y no presenta resistencia. Es también Isabel quien, con estudiada ternura, toma al niño zar Iván VI de su cuna y, con voz suficientemente alta para ser oída por todos los presentes, dice:

«¡Pobre pequeño querido, tú eres inocente! ¡Solo tus padres son culpables!».

Así se consumaba el quinto golpe de Estado en quince años que tenía lugar en Rusia. El papel de los regimientos de la Guardia —y muy principalmente del Preobazhenski— se ponía una vez más de relieve¹⁴.

LOS REINADOS DE ISABEL PETROVNA Y PEDRO III (1741-1761)

Inmediatamente después de su acceso al trono, Isabel publica un manifiesto en el que trata de justificar su acción «en virtud de nuestro derecho legítimo y a causa de nuestra proximidad de sangre con nuestros queridos padres, el emperador Pedro el Grande y la emperatriz Catalina Alekseievna, y también a la unánime plegaria de los que nos eran fieles». Se percibe en esta frase un intento encubierto de justificar el golpe de Estado sobre la base de unos derechos de sangre que contradicen abiertamente el sistema jurídico establecido, en virtud del cual el soberano legítimo era, sin ninguna duda, Iván VI. Por eso Dukes destaca que uno de los pocos funcionarios prominentes del reinado anterior que se mantienen en sus puestos es A. I. Ushakov, jefe de la tenebrosa Cancillería Secreta, de la que nos hemos ocupado en el apartado anterior. «Él y sus policías se mantuvieron ocupados hasta su retiro en 1744». Y alude a los «fuertes sentimientos de inseguridad» de la nueva emperatriz¹⁵. Por cierto que, cuando se retire Ushakov, su puesto será ocupado por Aleksandr Shuvalov, que, en opinión de Heller, «sobrepasa ampliamente en crueldad a su terrible predecesor»¹⁶. Troyat sintetiza así los primeros momentos del nuevo reinado: «El golpe de Estado se ha convertido en una tradición política en Rusia e Isabel se siente moral e históricamente obligada a obedecer las reglas de uso en estos casos extremos: proclamación solemne de los derechos al trono, detención masiva de los oponentes, lluvia de recompensas sobre

los partidarios»¹⁷.

Los dos personajes más destacados de la breve regencia de Ana Leopoldovna, Münnich y Ostermann, son condenados a tortura y a muerte, pero Isabel, «benigna» y fiel a su palabra de evitar cualquier muerte, conmuta la última pena por la deportación a Siberia. Otros personajes de la anterior situación son también indultados después de haber sido condenados a muerte, en una muestra de «sadismo teñido de mansedumbre» que Troyat ve como un instinto ancestral que viene de Pedro el Grande. Sadismo patente pues a muchos de los condenados a la última pena solo se les comunica el indulto, fruto de la «infinita bondad de la emperatriz» cuando ya están en el cadalso. Pero todos estos «afortunados» se ven condenados de por vida a las profundidades de Siberia. A la familia de la ex regente, como deferencia por su alta alcurnia, se la asigna residencia en Riga, pero por poco tiempo, ya que después son enviados a Kholmogory, en el lejano norte.

Como era de esperar, los participantes en la conspiración que la ha llevado al trono —Lestocq, Vorontsov, Shuvalov y el favorito y futuro esposo Aleksis Razumovskii— son premiados por Isabel con honores y riquezas. El regimiento Preobrazhenski se convierte en la guardia personal de la emperatriz y algunos de sus oficiales son distinguidos con títulos de nobleza hereditarios y generosas cantidades de dinero. Karamzin, en 1811, sintetiza el golpe que lleva a Isabel al trono con esta frase: «Un médico francés [Lestocq] y algunos granaderos borrachos elevaron a la hija de Pedro al trono del mayor Imperio del mundo, a los gritos de “¡Muerte a los extranjeros! ¡Honor a los habitantes de Rusia!”». Se explica así que Isabel trate de dar a los rusos las oportunidades de que antes se les había privado, designándoles para los cargos más destacados de la Corte. Pero no se libra de tener que recurrir a los extranjeros, obligada por la falta de personal ruso cualificado. Como vicescanciller y sustituto de Ostermann para dirigir los asuntos exteriores, Isabel designa a Aleksis Petrovich Bestuzhev-Riumin, que tenía amplia experiencia europea y que había desempeñado funciones diplomáticas durante el reinado de Ana. Como era frecuente en Rusia, en 1758, ya cerca del final del reinado de Isabel, fue acusado de traición y condenado a muerte, conmutada una vez más por la pena de relegación en una de sus propiedades. Catalina II le rehabilitará, pero ya no participará activamente en política. Isabel también levantó la pena de exilio que pesaba sobre la familia Dolgorukii, muchos de cuyos miembros recuperaron puestos destacados en el ejército. El embajador francés, marqués de La Chétardie, que había desempeñado un papel tan destacado en el golpe de Estado, se convirtió en uno de los personajes más influyentes de la Corte.

La preocupación de Isabel por su seguridad y el miedo a un complot para restituir el trono a Iván VI fueron permanentes durante todo su reinado, especialmente en los primeros años. Esta obsesión patológica tuvo ocasión de manifestarse abiertamente en 1743, cuando, sin ningún fundamento, se le hizo creer a Isabel que se había descubierto una conspiración para entregar el trono a Iván VI. La víctima propiciatoria de este enredo cortesano montado en todas sus piezas fue una bella dama de la Corte a la que la emperatriz guardaba especial animadversión, Nathalia Lopukina, porque en un baile se había atrevido, como ella misma, a ponerse una rosa en los cabellos. Convencida de que no se trataba de una coincidencia fortuita sino de un agravio culpable contra Su Majestad Imperial, Isabel humilló en pleno baile a la desgraciada y, tras hacer

parar la música, la obligó a arrodillarse, cortó la rosa y parte del pelo de Nathalia, la abofeteó y ordenó que se reanudase la música mientras esta se desmayaba de vergüenza. Cuando se difunde el rumor de la conspiración que, se decía, estaba instigado por el embajador de Austria, Botta d'Adorno —que, por cierto, había logrado escapar al adivinar lo que iba a ocurrir—, se implicaba también en la misma a una parte de la nobleza de San Petersburgo, especialmente al clan Lopukin. Isabel descarga toda su furia vengativa contra la pobre Nathalia. Con una crueldad increíble, Isabel entrega a la tortura a Nathalia y a su hijo, así como a una amiga de esta. Todos ellos son condenados a muerte, pero, una vez más, Isabel muestra su infinita «clemencia» y, por cierto, en el curso de un baile, anuncia que les perdonará la vida. A pesar de todo, las condenadas son llevadas al patíbulo, donde el verdugo las desnudó y maltrató delante de la plebe, y finalmente les corta la lengua, que exhibió brutalmente ante la multitud. Ambas damas sobrevivieron en el exilio de Siberia varios años más¹⁸.

Las condiciones personales de Isabel, su belleza, su simpatía, su interés más o menos sincero por la cultura, le han valido una opinión generalmente favorable de los historiadores, que han contrapuesto su reinado —del que Kliuchevskii escribe: «ningún reinado dejó un recuerdo tan placentero»— al de Ana, marcado por la pesadilla de la *Bironovshchina*. A veces también se ha querido ofrecer el contraste entre Ana, que nunca se ocupó verdaderamente de los asuntos públicos, e Isabel, que sí los habría seguido muy de cerca. Pero esa imagen contrastada no responde a la realidad. Ciertamente, Isabel no llegó a los extremos de indolencia y degradación de su tía la Ivanovna y fue, como señala Dukes, menos negligente en el cumplimiento de sus deberes. «Pero no mucho», añade este autor, porque no cabe duda de que su imperial desempeño estuvo muy lejos de ser un modelo. Karamzin, por ejemplo, la describe como «ociosa y a la búsqueda de todas las voluptuosidades» y, desde luego, con ella los favoritos siguieron siendo en Rusia los personajes decisivos. Eran estos favoritos, Aleksis Razumovskii, su esposo morganático desde 1742, los Shuvalov o los Vorontsov, pero en cualquier caso quedaba acreditada esa imagen de la Rusia del siglo XVIII gobernada oficialmente por mujeres que, por su intensa dedicación a la vida social, sus frivolidades y su desinterés por la vida pública, dejaban la gestión de los asuntos en manos de sus favoritos, que, casi siempre, eran al mismo tiempo sus amantes. Esta situación le permitirá afirmar al conde Nikita Panin —ilustre diplomático contemporáneo que se convertiría en el principal consejero de Catalina la Grande en cuestiones de política exterior— que durante el reinado de Isabel, Rusia fue gobernada no por «la autoridad de las instituciones del Estado», sino por «el poder de las personas».

Como había sucedido con Ana, Isabel se preocupa enseguida del problema de la sucesión y, carente de hijos como ella, busca también un sobrino al que declarar heredero. Esta preocupación sucesoria se hacía más acuciante por la existencia del destronado Iván VI, que en ningún caso Isabel podía aceptar como sucesor en el trono a su muerte, y menos aún después de una conspiración como la que le había dado a ella la corona. Se explica así que cuando el pobre Iván VI cumplió dieciséis años fuera trasladado a la fortaleza de Schlüsselberg, donde en 1764 —ya reinando Catalina II— moriría a manos de un guardián. La elección de sucesor no era en absoluto problemática para Isabel, porque el elegido no podía ser otro que su sobrino Carlos Pedro Ulrich

de Holstein-Gottorp, hijo de su hermana Ana Petrovna, que, como sabemos, había casado con Carlos Federico, duque de Hosltein. Al llamamiento de su tía Isabel, el joven Carlos Pedro se traslada a San Petersburgo y acepta la condición de zarevich, aunque, descendiente a la vez de Pedro el Grande y de su gran rival Carlos XII de Suecia, «el futuro emperador Pedro III no hará ningún misterio de su preferencia incondicional por su gran antepasado sueco»¹⁹. El joven gran duque ya asiste a las solemnes ceremonias de la consagración como emperatriz de su tía Isabel, que tienen lugar el 23 de abril de 1741 en la catedral de la Asunción del Kremlin en Moscú, según manda la tradición.

Muy pronto Isabel se da cuenta de que su sucesor designado carece de todas las cualidades que pudieran hacer de él un digno emperador de Rusia. Nunca acabó de adaptarse a la vida de la Corte de San Petersburgo y su intensa y patológica germanofilia se demostraba en todos los aspectos de su vida, hasta el punto de preferir vestirse con el uniforme de los regimientos de Holstein antes que con el uniforme ruso. Sentía aversión por el idioma y por las costumbres rusas y, como escribe Troyat, no vacilaba en decir a todo aquel que quisiera escuchar: «¡No he nacido para los rusos, no les convengo!»²⁰.

Muy pronto, Isabel se plantea la cuestión de buscarle una novia a su heredero, que, según lo que ya era una tradición, debería ser una princesa alemana. Decide la emperatriz utilizar los buenos oficios del rey de Prusia Federico II —otro de los «Grandes» del siglo XVIII—, que, metido a casamentero, designa como candidata a una joven princesa de quince años de edad, hija de un noble de segundo nivel, Christian Augusto de Anhalt-Zerbst, cuya madre, casualmente, era prima hermana del padre del que iba a ser su esposo. Acompañada por su intrigante madre, Sofía —que así se llamaba la quinceañera— llega a Rusia, donde causa una espléndida impresión. «Al lado de esta deliciosa niña, Pedro [el sobrino y sucesor designado de Isabel] [...] parece todavía más feo y antipático que de costumbre», escribe Troyat. Además, a diferencia de su prometido, la joven princesa alemana se siente desde el principio atraída e interesada por las costumbres y la historia de Rusia. Con dedicación inusitada, estudia bajo la dirección de los tutores que se le han asignado, la lengua y la religión que van a ser las suyas. Sofía cumple los quince años en abril de 1744, y dos meses después, el 28 de junio, es recibida en la Iglesia ortodoxa, pronuncia sus votos de bautismo y cambia su nombre por el de Catalina Alekseievna. El matrimonio se celebrará el 21 de agosto de 1745, pero los esposos, que nunca se han sentido atraídos, se alejan cada vez más, hasta el punto de que se puede hablar de una patente animadversión entre ellos. Cinco años después de haberse casado, el matrimonio no se ha consumado y, por el contrario, en la Corte corre el rumor e incluso, más que el rumor, la convicción de que la princesa, despechada por el desprecio de que la hace objeto su marido, ha encontrado un amante, Sergio Saltykov. Ahorramos los detalles de esta historia de corte y alcoba, que Troyat narra con su habitual maestría y que refleja muy bien el ambiente reinante en la Corte imperial rusa a mediados del siglo XVIII. La emperatriz se siente angustiada por la falta de un heredero de su presunto sucesor inmediato y, según algunos testimonios fiables, está dispuesta a todo con tal de que la gran duquesa Catalina se quede embarazada; incluso a buscarle un amante que cumpla con el papel al que parece negarse el gran

duque Pedro. La espera y el deseo de Isabel por un heredero que garantice el porvenir de la dinastía se ven cumplidos cuando el 20 de septiembre de 1754 la gran duquesa Catalina da a luz a Pablo Petrovich, que andando el tiempo sería el emperador Pablo I y que, según todos los indicios, es hijo del joven Saltykov. Troyat alude a los cáusticos comentarios que, en voz baja, hacen los diplomáticos, pero, añade, «Isabel [...] sabe también que, incluso aunque nadie se engañe en las cancillerías acerca de este ingenioso pase de manos, nadie osará decir en voz alta que el pequeño Pablo Petrovich es un bastardo y el gran duque Pedro el más glorioso cornudo de Rusia»²¹. La cuestión de la paternidad de Pablo sigue discutiéndose, y no pocos historiadores se inclinan, a pesar de aquellos rumores de Corte, a atribuir a Pedro la condición de verdadero padre de quien oficialmente y a todos los efectos figura en la Historia como su hijo.

Desde el punto de vista social, el reinado de Isabel consolida a la nobleza de servicio (*schliakhetsvo*) a costa de los campesinos siervos, que ven cómo se deteriora aún más su situación. Son los siervos quienes constituyen el principal núcleo de contribuyentes, quienes pagan la capitación de la que están excluidos la nobleza, el clero y la mayor parte de los habitantes de las ciudades. Según los cálculos de Kliuchevskii, cada cien contribuyentes mantenían a quince personas que no pagaban impuestos. Esta presión fiscal, combinada con la institución de la servidumbre, impedía cualquier atisbo de progreso en Rusia, que, por una parte, disfruta del estatus de gran potencia en las relaciones internacionales y, por la otra, se ve lastrada por la situación miserable en que vegeta la mayor parte de su población, parasitada por una clase dirigente, una *nomenklatura avant la lettre*, que hace ya entonces de Rusia una «potencia pobre», de acuerdo con el título del libro de Georges Solokoff²². En esta misma línea, Kliuchevskii califica de «miseria dorada» el reinado de Isabel y alude a que la emperatriz siempre tiene necesidad de dinero —aunque recuerda que emplea una parte considerable de las rentas del Estado en sus necesidades personales— y al hecho de que el propio Estado vive en la miseria a pesar de aumentar continuamente la presión fiscal explotando la principal riqueza del país, es decir, la población que paga impuestos. Por eso, en otro momento, este historiador alude al «pillaje de la sociedad por la clase superior».

Una serie de *ukases* promulgados durante el reinado de Isabel agravan aún más la condición de los siervos. La respuesta de los siervos a esta opresión sistemática es, como es tradicional ya en Rusia, la huida, que se intensifica. No menos tradicionales son las revueltas campesinas, que estallan en diversos lugares del país. A veces también los campesinos huidos forman bandas criminales que se dedican al pillaje y al asalto de propiedades. Se destaca su presencia a lo largo de los ríos Volga, Oka y Kama, en los caminos que conducen a Moscú, en los bosques de Murom y en Siberia. Heller señala que «los informes de la policía dan cuenta de los vínculos entre levantamientos campesinos y bandidaje»²³.

Las dificultades financieras del Estado no impidieron a Isabel dedicar grandes cantidades de dinero a proyectos culturales que la acreditan como una «déspota ilustrada». Además de la restauración del Palacio de Invierno, ordenó la construcción de la que será su residencia predilecta, el Palacio de Verano en Tsarskoie Selo, con su espléndido jardín, obras todas ellas del

italiano Bartolomeo Rastrelli. Bajo el consejo de Iván Shuvalov, Isabel hizo llamar, como a pintores de corte, a varios maestros franceses, como Caravaque, Louis Tocque, Louis Joseph Le Lorrain y Louis Jean François Lagrenée. El mismo Shuvalov —uno de los varios amantes de la emperatriz, que, como escribe Troyat, «estimuló a Su Majestad a unir los placeres de la alcoba con los del estudio»— está en el origen de la fundación de la Universidad de Moscú y de la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo. Asimismo corresponde a Isabel la promoción de las primeras representaciones teatrales en Rusia, a cargo de una compañía francesa que actuaba en San Petersburgo, mientras a un alemán llamado Hilferding se le permitía la organización de comedias y óperas en las dos capitales. A diferencia de lo que ocurría en tiempos del zar Aleksis, estas representaciones ya no eran exclusivas de la Corte, sino que estaban abiertas al público²⁴.

El tramo final del reinado de Isabel se caracteriza por la dificultad de sus relaciones personales con su sucesor designado, Pedro, pero también con la esposa de este, Catalina —la futura Catalina II—, por la que inicialmente había sentido una profunda simpatía. Las relaciones matrimoniales entre Pedro y Catalina, que nunca habían sido buenas, iban de mal en peor, y mientras él no ocultaba su abierta relación con Isabel Vorontsova, sobrina del vicescanciller, Catalina mantenía, también abiertamente, una relación más que íntima con el noble polaco Stanislas Poniatowski —al que, andando el tiempo, convertiría en rey, el último, de Polonia—, del que quedó embarazada: daría a luz una niña a finales de 1758. Al año siguiente Catalina tuvo un serio enfrentamiento con la emperatriz y estuvo incluso a punto de abandonar Rusia en el contexto del llamado «asunto Apraxin», un mariscal de campo acusado de connivencia con Prusia durante la Guerra de los Siete Años. Aunque no aparecieron pruebas comprometedoras, los celos de la emperatriz no dejaban de estar justificados si consideramos que el «partido prusiano» era muy fuerte en la Corte de San Petersburgo, encabezado como estaba por el propio gran duque Pedro, el sucesor designado, que sin ningún rubor mostraba su disgusto cada vez que las tropas rusas obtenían un triunfo sobre las prusianas de Federico II, a quien admiraba hasta la adoración. Se llega incluso a murmurar que el gran duque Pedro comunica al rey de Prusia todo lo que se trata en secreto en el consejo de guerra de Isabel, por intermedio del embajador de Inglaterra, George Keith.

Esta entrega del gran duque a los intereses de Prusia, que tiene todas las características de una traición, amarga los últimos meses de Isabel, que no puede disimular su animadversión por Federico II el Grande. Los espectaculares triunfos de las tropas rusas, que incluso llegaron a entrar en Berlín, no satisfacen plenamente a la emperatriz, porque no ve garantías de que tales éxitos se puedan consolidar en el futuro, una vez que falte ella. En las últimas semanas de 1761 la salud de Isabel, que acababa de cumplir cincuenta y tres años, se deteriora rápidamente y el 25 de diciembre muere. El procurador general del Senado, el príncipe Nikita Trubestkoi, al anunciar su fallecimiento —«Su Majestad Imperial Isabel Petrovna se ha dormido en la paz del Señor»— añade: «Dios guarde a nuestro Muy Gracioso Soberano, el emperador Pedro III». Hacía tiempo que no se producía en Rusia una sucesión en el trono de una manera tan automática, sin pretensiones cruzadas y sin conflictos aparentes. Pero el nuevo reinado iba a durar muy poco.

El breve reinado de Pedro III ha recibido, en general, valoraciones muy negativas y, aunque

ciertamente no faltan los argumentos, hay que tener en cuenta que una de las fuentes más importantes para este período son las *Memorias* de su esposa, sucesora y «destronadora», Catalina II. Como recuerda Dukes, el texto fue enmendado muchas veces después de su redacción inicial, hasta el punto de que hay al menos una media docena de versiones en las que, sobre todo en las últimas, se da de Pedro una visión muy negativa, mientras que Catalina aparece con los mejores colores²⁵.

Lo primero que hizo el nuevo emperador fue ordenar a las tropas rusas que evacuaran inmediatamente los territorios que ocupaban en Prusia y Pomerania, ofreciendo a la vez a Federico II un «acuerdo de paz y de amistad eternas». No sería muy difícil calificar esta conducta, que iba en contra de las tradiciones y de los intereses rusos en política exterior, de alta traición. Su germanofilia adquiere caracteres grotescos y va acompañada de una clara rusofobia que le indispone con la Corte y con el país. Pedro III amenaza con disolver los regimientos de la Guardia, a los que veía demasiado vinculados a la fallecida emperatriz y planea vestir con el uniforme de Holstein a las unidades que subsistan. Llega a exigir que los sacerdotes rusos se afeiten la barba y se vistan como los pastores protestantes, así como que se retiren los iconos de las iglesias, órdenes estas que el Santo Sínodo no cumplimenta. Una de las razones del fracaso de Pedro III fue, posiblemente, la imprudencia de su política religiosa. El propio representante británico en San Petersburgo, Robert Keith, alude a la confiscación de muchas tierras de la Iglesia y a su negligencia respecto del clero. También se refiere al resentimiento militar provocado por su deseo de imponer una severa disciplina en los regimientos de la Guardia, que, según parece, habían caído en la «ociosidad y licencia». Varios autores señalan, además, que la retirada de la Guerra de los Siete Años no fue impopular y que muchos de la clase dirigente pensaban que una Prusia completamente derrotada podría ser tan peligrosa para la estabilidad en Europa central y oriental como una Prusia triunfante.

Pero en el breve reinado de Pedro III no todo fueron extravagancias. Una serie de medidas, algunas de las cuales se quedaron en mero proyecto, tuvieron un carácter positivo y liberalizador que le han merecido el apelativo de «reformista audaz», que le ha dado algún historiador. En este sentido cabe señalar que Pedro III proyectó la abolición de la tenebrosa Cancillería secreta y, por el llamado manifiesto de 18 de febrero de 1762 (1 de marzo, según la datación occidental), suprimió la obligación de servicio de los nobles. Diversos autores, como Leontovich y Martin Malia, subrayan el carácter positivo de la medida, porque al menos una clase social ganaba su independencia respecto del Estado. Riasanovsky añade que «era el primer paso, decisivo, de Rusia por la vía del liberalismo; la ley permite, además, el desarrollo de una rica cultura nobiliaria y, a más largo plazo, la aparición de la *intelligentsia*»²⁶.

A pesar de estas medidas liberalizadoras —cuya paternidad algunos historiadores atribuyen al canciller Mikhail Vorontsov—, en solo unos meses Pedro III suscita el desprecio general. Su conducta extravagante se acentuó al convertirse en emperador, y a sus treinta y tres años parece un niño caprichoso y atrasado que solo piensa en sus inmediatos intereses, sin que parezca cuidar, ni poco ni nada, de los verdaderos intereses del Imperio. Y así, por ejemplo, después de su entreguismo ante Federico II de Prusia, se pone a preparar una guerra contra Dinamarca con el

único objetivo de ampliar el territorio del ducado de Holstein, su patrimonio familiar, guerra que no llega a declararse, al precipitarse los acontecimientos.

Ya en vida de Isabel, algunos importantes personajes de la Corte, como Nikita Panin y Aleksis Bestuzhev-Riumin, habían hecho planes para impedir que Pedro accediera al trono. En este sentido se había llegado a pensar en proclamar sucesor a Pablo, hijo —al menos oficialmente— de Pedro y Catalina, previéndose que reinaría, durante su minoría de edad, bajo la regencia de esta. Pedro III, por su parte, no solo planeaba el repudio de Catalina —para lo que ya en 1758 habían intentado obtener el acuerdo de la emperatriz Isabel—, sino que, convencido de su ilegitimidad, estaba considerando la idea de excluir de la sucesión a su hijo «legal», Pablo. Carrère d'Encausse, en las espléndidas páginas que dedica al destronamiento de Pedro III, afirma incluso que este hizo venir a la capital a Iván VI —que, prisionero en Schlüsselburg, no parecía gozar de todas sus facultades— para examinar si se podía hacer de él un posible sucesor, y recuerda que Pablo ostentaba la condición de zarevich, pero no se le había dado el título de *naslednik* (heredero)²⁷. Pero a la ambiciosa Catalina no le satisfacían los planes que querían hacer de ella una transitoria regente, y no se conformaba con menos que con acceder al trono. Después de tres emperatrices, Catalina no veía obstáculo en convertirse en la cuarta. Además, «la conquista del trono tenía para Catalina la triple ventaja de garantizar su seguridad, permitirle realizar su ambición y preservar el porvenir de su hijo», como escribe Carrère d'Encausse²⁸.

Ya entrado el año 1762, la conspiración contra Pedro III se acelera cuando los hermanos Orlov, dirigidos por Grigorii, amante de Catalina, convencen a esta de los planes de Pedro III para casarse con su favorita, la Vorontsova, lo que para Catalina implicaría el temido repudio y el forzado ingreso en un convento. La amenaza de disolver los regimientos de la Guardia, que había sembrado la lógica inquietud entre sus componentes, no solo era un argumento más a favor del destronamiento de Pedro, sino que también indicaba cuál podría ser, de nuevo, el instrumento más adecuado para llevar a cabo los planes de los conspiradores. Una vez más los regimientos de la Guardia iban a ser la pieza básica en el proceso de cambio de emperador. El complot contra Pedro III era casi público y el propio Federico II de Prusia había advertido de su inminencia a su amigo y admirador, que no había querido creer que nadie se atreviera a alzarse contra el nieto de Pedro el Grande. Además, mientras se preparaba el complot contra el nuevo emperador, este acariciaba sus propios planes para deshacerse, a la vez, de su esposa oficial y del hijo que, también oficialmente, se le atribuía.

Complot contra complot, conspiración contra conspiración, el caso es que Catalina y sus partidarios se adelantan y el 28 de junio de 1762 —el mismo día que el embajador francés, barón de Breteuil, enviaba a su gobierno un despacho en el que escribía que en el país se elevaba «un grito público de descontento»— Catalina visitó, acompañada de otro de los hermanos Orlov, Aleksis, los acuartelamientos de los regimientos de la Guardia, empezando por el Ismailovski, donde fue aclamada como soberana. El golpe de Estado se lleva a cabo, como queda a la vista, por un procedimiento calcado del que Isabel utilizó en 1741. De allí Catalina se dirigió a la iglesia de Nuestra Señora de Kazán, donde también el clero, que había sentido como una afrenta las medidas relacionadas con la Iglesia que había tomado Pedro III, le da su bendición como nueva emperatriz.

De este modo, con una enorme facilidad, los conjurados se apoderan de San Petersburgo. Como era habitual en esos casos, se redactaron y publicaron los correspondientes manifiestos en los que se explicaban las razones que habían llevado a Catalina a la decisión de destronar a su esposo: se trataba de proteger a la Iglesia atropellada, al ejército humillado, a la política exterior puesta a las órdenes de Prusia.

Pedro III estaba, mientras tanto, en la residencia veraniega de Peterhof (hoy Petrodvorets), en las afueras de la capital (a unos dieciocho kilómetros), divirtiéndose con su amante Vorontsova, y durante veinticuatro horas ignora que ha sido depuesto por su esposa. Informado del golpe y aconsejado por Münnich, Pedro decide acelerar su marcha, por mar, para reunirse con las tropas rusas que todavía estaban en Pomerania, en espera de la proyectada guerra contra Dinamarca. Otras fuentes sitúan a Pedro III en Oranienbaum (hoy Lomonosov), al noroeste de San Petersburgo, inspeccionando las tropas que iba a enviar a esa guerra. Pero no le da tiempo a escapar. Ni Pedro ni las tropas de Holstein que formaban su guardia personal intentan la menor resistencia cuando los conjurados llegan a Peterhof y le detienen. Solo pide que le permitan conservar las cuatro cosas que más quiere en el mundo: su contrabajo, su perro preferido, el paje negro que le servía y a Isabel Vorontsova, su amante. Las tres primeras las obtiene sin dificultad, pero la Vorontsova es enviada a Moscú. Así terminó uno de los reinados más breves de la historia de Rusia, el de Pedro III, que, a pesar de sus patentes limitaciones, «hubiera podido gobernar hasta su muerte natural si no hubiese sido por la ambición de su esposa», según escribe Heller²⁹.

Dos días después del golpe de Estado, el domingo 30 de junio, Catalina hizo su entrada triunfal en San Petersburgo. Después de Catalina I, de Ana Ivanovna, de la regente Ana Leopoldovna y de Isabel Petrovna, Catalina II era la quinta mujer que en menos de cuarenta años ocupaba el trono del Imperio. Seis días más tarde, Catalina recibe una carta de Aleksis Orlov en la que le comunica que Pedro III ha muerto, en el curso de una pelea con uno de sus guardianes. Por un momento piensa que el pueblo la va a culpar del crimen, pero nadie se aflige por la muerte del destronado emperador ni nadie culpa a nadie de su muerte. Troyat escribe que «ella tiene incluso la impresión de que esta muerte que ella reprueba responde a un deseo secreto de la nación»³⁰.

Esta visión benévola de la desaparición del depuesto Pedro III —cuya oportuna muerte, tan beneficiosa para Catalina II, no habría querido nadie, ya que se habría producido como un inesperado accidente— no es aceptada por todos los historiadores, muy destacadamente por Hélène Carrère d'Encausse en su libro *Le malheur russe. Essai sur le meurtre politique*³¹. Para esta autora, «en su residencia-prisión, Pedro habría sido visitado por Aleksis Orlov, hermano del favorito del momento, y por dos cómplices que, en el curso de una juerga, le habrían envenenado o estrangulado, o las dos cosas sucesivamente». Para Carrère d'Encausse, «la muerte de Pedro III era, en efecto, indispensable para garantizar definitivamente la seguridad de Catalina y su mantenimiento en el trono», ya que «de seguir vivo, a pesar de su abdicación, podía ser considerado de nuevo el *verdadero* zar, en tanto que nieto de Pedro el Grande». Además, en cuanto esposo legítimo, Pedro III vivo hacía imposible cualquier proyecto de futuro matrimonio, y

aunque Catalina no tenía ninguna intención de volver a casarse, parece cierto que sí estaba en los planes de Grigori Orlov, su amante, cuya ambición a largo plazo era convertirse en esposo de la emperatriz. Subraya la carencia total de derecho o de legitimidad de Catalina para ocupar el trono, lo que hacía muy conveniente para ella eliminar a cualquiera que pudiera exhibir mejores títulos. Por eso la autora francesa no vacila en hablar de regicidio y en considerar a Catalina «la emperatriz regicida», culpándola no solo de la muerte de Pedro III, sino también de la de Iván VI, cuya legitimidad era incomparablemente superior a la suya. Hay que tener en cuenta que en 1762 había fracasado ya una intentona de liberar al desgraciado Iván, por lo que Catalina había dado órdenes estrictas de que, ante cualquier tentativa de evasión se matase inmediatamente al prisionero. Por eso cuando en 1764 un pequeño grupo de conjurados, al mando de un oficial ucraniano llamado Mirovich, intentó de nuevo liberar a Iván VI, tras llegar a la fortaleza de Schlüsselberg y lograr penetrar en la celda del que era llamado «prisionero número uno», solo encontraron su cadáver. Mirovich fue detenido, condenado a muerte y ejecutado en un puente sobre el Neva. Era la primera ejecución en veinte años.

Carrère d'Encausse subraya que «a lo largo del tiempo se ha ido produciendo un cierto consenso para liberar a Catalina de la responsabilidad de haber ordenado la muerte de Pedro III» y cita a Voltaire, «su admirador más consecuente», que sin negar el crimen, lo comenta de esta curiosa manera: «Sé que se le reprochan algunas bagatelas en relación con su marido, pero eso son asuntos de familia en los que yo no me mezclo; por otra parte, no es mala cosa que haya una falta que deba ser reparada, porque eso obliga a hacer grandes esfuerzos para lograr la estima del público». Reconoce esta historiadora que «Catalina dará más lustre a los Romanov que ninguno de los que la habían precedido después de Pedro el Grande y que la mayor parte de los que la siguieron», pero al mismo tiempo estima que «este primer regicidio en la historia de Rusia pesará de diversas maneras sobre el porvenir».

La académica francesa, con una agudeza ausente en otros análisis de este importante acontecimiento de la historia de Rusia, se ocupa de lo que considera aspectos desconcertantes, contradicciones y ambigüedades del mismo. Es muy notable, en efecto, y no es ella la única en señalarlo, que, siendo el golpe de Estado de 1762 una «reacción rusa contra la humillación impuesta por Pedro III a todo lo que era ruso», haya sido, paradójicamente, una princesa alemana, Catalina, a la que le correspondiera encarnar el interés y la especificidad rusas, aunque ella misma sea después la más decidida abanderada de la occidentalización. En esta situación paradójica encaja también el hecho de que fueran, precisamente, las masas más inequívocamente rusas, las más apegadas a las formas externas de la cultura religiosa rusa, los Viejos Creyentes, los que hayan nutrido los batallones de los nostálgicos de Pedro III que se unirán a Pugachev en calidad de representante de la *verdadera* fe y de la nación rusa.

Finalmente, también le resulta paradójico a Carrère d'Encausse que Catalina, la regicida, seguidora de la cultura francesa, amiga de los filósofos de aquel país, «concibiera una hostilidad muy viva hacia la Francia revolucionaria y rompiera todos los vínculos con ella después de la ejecución de Luis XVI, que la indigna. La francófila se adhirió de súbito a una francofobia que la dominará hasta su muerte. La emperatriz regicida —escribe la académica francesa— no podía

perdonar a la revolución haber puesto fin a los días de un rey [...]»³².

LA POLÍTICA EXTERIOR ENTRE PEDRO EL GRANDE Y CATALINA II LA GRANDE

A partir de Pedro el Grande, Rusia es una de las grandes potencias de Europa y está presente en todos los grandes acontecimientos que se producen en el continente, como un elemento clave en las relaciones internacionales. El horizonte exterior de Rusia ya no se agota en los endémicos conflictos con sus vecinos del oeste y del sur, Suecia, Polonia y Turquía, según había sido la norma hasta entonces. El historiador norteamericano de origen ruso Michael Karpovich señala que durante el siglo XVIII Rusia sigue la estrategia del damero, en virtud de la cual, y en líneas generales, era la enemiga de sus vecinos y la amiga de los vecinos de sus vecinos. El conocimiento más detallado de las relaciones exteriores de Rusia nos muestra que no han existido amigos ni enemigos eternos, aunque como pauta general se puede decir que, efectivamente, en la lucha por la supremacía en el continente que enfrenta a Francia y al Imperio de los Habsburgo, la primera está aliada con Suecia, con Polonia y con Turquía. Estos tres países son los tradicionales enemigos —y vecinos— de Rusia, lo que, por una parte, convierte a esta en adversaria de Francia y, por la otra, hace de Austria su aliado natural, hasta el punto de que Riasanovsky la considera «la piedra angular de la política exterior rusa hasta la guerra de Crimea, a mediados del siglo XIX»³³ y Renouvin ve en ella «uno de los elementos permanentes de la política europea»³⁴. Prusia es la otra potencia que, muy poco después del ascenso de Rusia con Pedro el Grande, se convierte, con Federico II, en un referente obligado en Europa central y oriental. Ambas potencias alteran el equilibrio de la zona y ambas aspiran a la hegemonía, por lo que las relaciones entre ellas son de desconfianza cuando no de franco enfrentamiento, como durante la Guerra de los Siete Años. Los repartos de Polonia, ya a finales de siglo, durante el reinado de Catalina la Grande, representan para ambas potencias un interés común, que implica una aproximación entre ellas.

También son especialmente intensas y complejas las relaciones con Inglaterra, potencia importante en la zona pues desde Jorge I sus reyes lo son también de Hannover, lo que supone su participación en la compleja política de la Alemania del norte, en la libertad de circulación por los estrechos daneses y en evitar que se consolide allí ningún poder hegemónico. Se explica así que, aun siendo un socio comercial de Moscovia desde el siglo XVI, Inglaterra haya intervenido en el Báltico y a favor de Suecia desde que, durante la Guerra del Norte, Rusia se configurase como la

potencia hegemónica de la zona. A esta misma motivación obedece la Unión de Hannover, formada por Gran Bretaña, Francia y Prusia, y a la que, en mayo de 1727, dos meses después de la muerte de Catalina I se unen Suecia y Dinamarca. Esta Unión representa un claro intento de frenar a Rusia, que pretendía arrebatarse a Dinamarca las tierras del ducado de Schleswig para entregárselas al duque Carlos Federico de Holslein-Gottorp, casado con Ana Petrovna, hija de Pedro el Grande. Al mismo tiempo, en Suecia se incrementaba la tendencia que buscaba el desquite del tratado de Nystadt y la recuperación de los territorios que habían pasado a Rusia como consecuencia del mismo. Esa era la motivación esencial de que Suecia se adhiriera a la Unión de Hannover.

La guerra de sucesión de Polonia

A principios de la década de los treinta del siglo XVIII se diseña una nueva distribución de fuerzas en el continente que, con alguna reversión en las alianzas —el aliado de ayer es ahora el enemigo y viceversa— típica de este período, hay que tener presente para entender las relaciones internacionales y las cinco guerras en las que Rusia interviene entre 1725 y 1762. La primera de estas guerras es la de Sucesión de Polonia, que se plantea como consecuencia de los intereses cruzados de las potencias de la zona ante la inminencia de la muerte del rey de Polonia y de Sajonia Augusto II, el 1 de febrero de 1733. Dos meses antes se había firmado en Berlín el tratado de Loewenwold (nombre del diplomático que representaba a Rusia) o también *tratado de las tres águilas negras*, en virtud del cual Austria, Prusia y Rusia decidían entregar la corona de Polonia a un príncipe portugués. Pero la situación cambia por completo cuando, muerto ya Augusto II, Francia propone como candidato para el trono polaco a Stanislas Leszcynski, que, brevemente, ya había sido rey de Polonia (1706-1709) hasta que fue depuesto por Pedro el Grande en beneficio de Augusto II. La operación tiene pleno éxito y el 12 de septiembre de 1733 la Dieta polaca elige como rey a Stanislas I Leszcynski por unanimidad.

Ante esta situación, que le daba a una potencia extraña a la zona una baza estratégica tan importante, los firmantes del tratado de las tres águilas reconsideran su acuerdo y deciden apoyar para la corona polaca a Augusto III, que se había convertido sin dificultad en rey de Sajonia. Se trataba de que, al igual que su padre, Augusto III reuniese las dos coronas, de Polonia y Sajonia bajo el patronazgo de las potencias de la zona, que algunas décadas después habían de repartirse el territorio polaco. Para hacer valer los derechos del sajón, un ejército ruso al mando del mariscal Lacy, seguido por otros contingentes comandados por los generales Zagriaiski, Ismailov y príncipe Repnin, entra en Polonia y logra que una parte de la nobleza polaca y lituana de la *szlachta* formaran una dócil «confederación» —como se denominaban estas asociaciones coyunturales— que eligió como rey a Augusto III solo unos días después de la elección de Stanislas I (5 de octubre de 1733). Ante el empuje militar ruso, Stanislas huye y se refugia en Gdansk (Danzig), donde aguanta el sitio hasta que, en junio de 1734, las tropas de Münnich toman la ciudad y

derrotan a la flota y a la fuerza francesa que había sido enviada para ayudar a Leszcynski. Este huye de nuevo, disfrazado de campesino, y se ve forzado a abdicar por segunda vez, a principios de 1736. Antes de que se llegara al tratado de paz que reconoce a Augusto III como rey de Polonia, las tropas rusas al mando de Lacy llegan hasta muy cerca de Heidelberg en el verano de 1735. Es entonces cuando, como señala Dukes, Francia, «alarmada por la presencia de los rusos en el Rin», decide poner término a la lucha³⁵. Los éxitos militares rusos en Europa central causan alarma entre todos sus enemigos, hasta el punto de que algunos de estos olvidan sus diferencias para oponerse al que ya consideran enemigo común. Tal es el caso de Suecia y Dinamarca, que en octubre de 1734 forman una alianza defensiva contra Rusia con el apoyo en la sombra de Gran Bretaña, que juega a su habitual política de equilibrio y contención.

Guerra con Turquía

Pero antes de que las relaciones con Suecia se complicaran aún más, Rusia se vio implicada en una nueva guerra con su otro enemigo tradicional, Turquía, por intermedio, como en otras ocasiones, del vasallo de esta, el khanato de Crimea, que volvió a la vieja práctica de las incursiones en territorio ruso. La humillación de Rusia después del Prut y del tratado que siguió a la derrota, que consolidaba la presencia turca en la parte de Ucrania situada a la derecha del Dniéper, y la debilidad patente de Turquía eran otras causas que estimulaban a San Petersburgo a tomarse el desquite. También antes de que Rusia iniciara las hostilidades en 1735, su diplomacia se había visto forzada a encontrar una solución satisfactoria a sus relaciones con Persia, ya que la situación de los rusos en la zona del Caspio, obtenida al final del reinado de Pedro el Grande, era muy comprometida ante el nuevo poderío militar persa. Las dificultades para la expansión rusa en esta zona del Cáucaso-Caspio eran muy grandes, y todavía mayores las que planteaba mantener las posiciones.

A partir de esta situación Rusia firma con Persia dos tratados, el de Resht (1732) y el de Ghiandia (1735), que fijan las fronteras entre ambos imperios y regulan el comercio y las relaciones diplomáticas entre ellos. Rusia devuelve también Bakú y Derbent, que eran los dos puertos que, durante más de una década, habían servido como puntos de desembarco para las tropas que procedían de Ástrakhan, y como bases de operaciones en Transcaucasia. Esto significaba también que se abandonaban los principados cristianos de Georgia y Armenia.

La guerra ruso-turca se inicia oficialmente como una operación de castigo contra los tártaros de Crimea. En el otoño de 1730, una revolución palaciega, con los jenízaros como protagonistas, había producido en Estambul un cambio de sultán, lo cual otorgaba al khan de Crimea una posición relevante en el gobierno otomano. Los tártaros de Crimea habían intensificado sus incursiones en territorio ruso, y Rusia declara oficialmente la guerra a Turquía en mayo de 1735. Inicialmente los rusos obtienen señaladas victorias, aunque al precio de cuantiosas pérdidas humanas. Lacy vuelve a tomar Azov (junio de 1736), que se había perdido tras la derrota del Prut,

y Münnich entra en Crimea, donde conquista varias ciudades, incluida la capital, Bakhchisaray. Pero problemas logísticos, especialmente la falta de víveres, además del calor y las epidemias, fuerzan a los rusos a retirarse hasta el istmo de Perekop.

Tras el fracaso de las negociaciones de paz de Nemirov se reanudan las hostilidades en 1738, con diversa suerte para las armas rusas, que se ven forzadas a abandonar Ochakov y la zona ribereña del mar Negro, aunque Münnich cruza el Dniéper y toma Khotin en agosto de 1739 y Jassy en septiembre de 1739, donde un grupo de nobles moldavos ofrecen su corona a Ana Ivanovna, hasta el punto de que se firmaron los documentos por los que el principado se incorporaba al Imperio ruso. Ocurre entonces algo incomprensible, y es que Rusia, que contaba con diplomáticos experimentados y avezados, por alguna razón poco conocida, encarga las negociaciones, que desembocarán en la paz de Belgrado, firmada en septiembre de 1739 cuando las tropas de Münnich siguen ganando batallas, a un diplomático francés, el marqués de Villeneuve, embajador de su país en Constantinopla. Como tradicional aliado de Turquía, el francés no parece demasiado preocupado en defender los intereses de Rusia, que, por los términos del tratado, conserva Azov, pero con la prohibición de fortificarla y se le atribuye una zona de los cosacos *zaparozhis* al este del Dniéper y ribereña del Azov, pero se tiene que resignar a la declaración de la Kabarda como zona neutral entre ambos imperios. También se le prohíbe la reconstrucción de Taganrog y el acceso de sus barcos tanto al mar Negro como al de Azov. Las victorias rusas, las enormes sumas de dinero gastadas y los casi 100.000 muertos habían servido para bien poco.

Guerra contra Suecia

Como consecuencia de las negociaciones realizadas en 1738 entre Turquía y Suecia para llegar a una alianza contra el enemigo común cuando todavía Rusia estaba en guerra con los otomanos, Suecia se mostró dispuesta a enviar a estos 20.000 mosquetes, y un oficial sueco, el mayor Malcolm Sinclair, se ofreció para viajar a Constantinopla a través de Rusia, recogiendo durante el camino información sobre los movimientos de las tropas rusas. Pero el residente ruso en Estocolmo, Mikhail Bestuzhev-Riumin, descubrió el plan y avisó a San Petersburgo para que Sinclair fuera secuestrado. Al parecer, en su viaje de ida el espía sueco pasó inadvertido, pero en el de vuelta, en junio de 1739, fue detenido y asesinado por orden de Münnich, pasando a poder de los rusos la documentación de que era portador. Como era de esperar, la liquidación de su agente fue interpretada como una afrenta que solo podía lavarse con las armas. Los suecos intensificaron sus preparativos bélicos, pero no llegaron a intervenir en la guerra ruso-turca porque hasta diciembre de aquel año de 1739 no firmaron la alianza con la Sublime Puerta y, como acabamos de relatar, la paz entre las dos partes beligerantes se había firmado en Belgrado en el mes de septiembre. Como Suecia y Francia habían conspirado intensamente para que Isabel Petrovna se convirtiera en emperatriz, los suecos pensaban erróneamente que iban a encontrar «compresión»

en la nueva soberana que reinaba en San Petersburgo. Pero todos sus cálculos, diplomáticos y militares, se mostraron equivocados y la pequeña fuerza de 3.000 hombres que Suecia envió para reconquistar la parte de Finlandia que había pasado a Rusia en Nystadt fue severamente derrotada en Villmanstrand (Lappeenranta), a orillas del lago Saimaa por un ejército ruso tres veces superior al mando del ya mariscal Lacy. Lo que no habían logrado por las armas, los suecos intentaron conseguirlo por la vía diplomática e insistieron en recuperar Karelia y Viborg. Pero esta zona, que controlaba el acceso a San Petersburgo, no era negociable, desde el punto de vista ruso. Por eso fracasaron las negociaciones que, con la correspondiente suspensión de hostilidades, se iniciaron a la llegada de Isabel al trono. La guerra se reanudó en marzo de 1742 y los rusos pidieron a los fineses que se separaran de Suecia si no querían que Finlandia fuera destruida «por el fuego y por la espada». Los suecos se vieron forzados a capitular y por el tratado de Abo, en agosto de 1743, Suecia reconoció la pérdida de las que habían sido sus provincias bálticas. Rusia adquirió un nuevo trozo de territorio de Finlandia, incluida la provincia de Kiumene (Kymijoki) y las tres fortalezas de Frediksham (Hamina), Villmanstrand y Neislot, básicas para la defensa sueca, pero también posiciones avanzadas hacia San Petersburgo. También prometió Rusia respetar los privilegios locales y la religión luterana, aunque insistió en reconocer idénticos derechos a los ortodoxos. Por su parte, a Suecia se le reconoció el derecho a comprar grano de Livonia por un valor de 50.000 rublos al año.

A partir de los años cuarenta del siglo XVIII la participación de Rusia en los asuntos de Europa central se hace más intensa y su influencia, y a veces su presencia, ya no se limita a Polonia y al Báltico. A pesar de su situación geopolítica, San Petersburgo forma parte del sistema europeo de Estados y su peso es a menudo decisivo en las relaciones internacionales del momento. El otro elemento de la situación es el papel activo que empiezan a desempeñar los Estados alemanes, lo que altera los equilibrios políticos existentes desde los tratados de Westfalia de 1648. Entre todos estos Estados destaca Prusia, que no solo busca la supremacía en el norte de Alemania, sino que cuestiona la posición histórica de Viena en el Imperio romano-germánico, «reliquia medieval que, en la época [a que nos referimos], sobrevive curiosamente a la ruina de una ideología definitivamente periclitada», como escribe Renouvin³⁶.

Prusia, convertida en reino desde 1701 y cuya voluntad de expansión territorial es notoria, sobre todo desde que en 1740 Federico II sucede a su padre Federico Guillermo I, *el Rey Sargento*, que le había dejado un ejército numeroso, bien organizado y equipado que lo convertía en el tercero de Europa después de los de Rusia y Francia. El «apetito territorial» de Federico II se veía además estimulado por la extraordinaria dispersión de sus territorios, que, como recuerda el mismo Renouvin, «era más bien una colección de Estados que un Estado propiamente dicho», con Brandenburgo y Prusia como núcleos más sólidos³⁷.

Guerra de sucesión de Austria y de los Siete Años

El de 1740 fue un año de cambios en Europa, pues en el mes de mayo murió el rey de Prusia Federico Guillermo, que fue sucedido, como ya hemos señalado, por su hijo Federico II. En octubre, murieron el Emperador de Austria, Carlos VI, lo que dio origen a la Guerra de Sucesión de Austria, y la Emperatriz de Rusia, Anna Ivanovna. Apenas dos meses después de muerto Carlos VI, Federico II, juzgando que Austria se encontraba necesariamente debilitada y con incapacidad de reaccionar con una joven mujer en el trono como era María Teresa, decidió llevar a la práctica el plan, acariciado desde hacía tiempo, de apoderarse de Silesia, una de las más ricas provincias del Imperio de los Habsburgo, próxima a Brandenburgo. Federico estimó que ninguna potencia se opondría, más allá de alguna condena retórica, a esa conquista, para la que exhibía unos remotos e imprecisos derechos. Solamente la oposición de Rusia parecía un factor capaz de desbaratar sus planes. Así fue cómo, con una enorme rapidez, en una especie de *blitzkrieg* y sin previa declaración de guerra, invadió Silesia el 16 de diciembre de 1740. Con la desfachatez que le caracterizaba, el prusiano pidió a Viena la cesión de la provincia conquistada, ofreciendo a cambio dar su voto en la elección imperial a Francisco de Lorena, esposo de María Teresa. Esta, por supuesto, no aceptó el chantaje.

En aquel momento Rusia estaba bajo el gobierno de la regente Anna Leopoldovna que, con serios problemas internos y a punto de iniciar una guerra con Suecia, no estaba en condiciones de intervenir en «un conflicto en el que los intereses del Imperio ruso no estaban directamente comprometidos», como escribe Renouvin. Rusia hizo, pues, oídos sordos a las primeras peticiones austriacas de ayuda. Para mejor valorar la negativa rusa a intervenir en esta Guerra de Sucesión de Austria —solo lo hace simbólica y tardíamente en 1746—, quizá conviene recordar que Rusia estaba unida con Austria en una «alianza natural» desde que en 1683 ambos países se dieron cuenta de la importancia del entendimiento mutuo ante el enemigo común, esto es, la Turquía otomana. A pesar de no pocos contratiempos, la alianza se había mantenido, al menos tácitamente, aunque Austria se muestra muy inquieta por los netos propósitos de Rusia de llegar al Danubio y penetrar en los Balcanes, utilizando el pretexto ya aludido de la protección de los cristianos ortodoxos sometidos al dominio otomano. Por ejemplo, cuando en 1711 los húngaros, recién liberados de Turquía, se rebelan contra Viena, dirigidos por Ferenc Rákóczi, Rusia apoya la revuelta y acoge a algunos rebeldes.

Muy pronto surgieron problemas entre Austria y Rusia, precisamente a causa de la cuestión religiosa, pues Isabel Petrovna se mostró propicia, como gran defensora de la Iglesia ortodoxa que era, a proteger a los ortodoxos de Croacia, Transilvania y otras zonas del Imperio austriaco, que eran perseguidos o, al menos, tenían problemas a causa de sus creencias. Quedaba bien a la vista así el gran argumento o pretexto —la situación de los ortodoxos en los Balcanes y zonas próximas— que la política exterior rusa iba a utilizar en lo sucesivo para justificar su intervención en la Europa del sureste y que iba a marcar decisivamente sus relaciones, no solo con Turquía, sino, como se comprueba por esta incidente, también con Austria.

En aquel verano de 1756, Federico II trató, nuevamente, de ganar por la mano a sus enemigos y a finales de agosto penetró en Sajonia, conquistando enseguida sus principales ciudades, Dresde y Leipzig. Así empezó la Guerra de los Siete Años, pero Rusia tardó en entrar en la contienda,

seguramente, como opinan algunos historiadores, porque el deterioro de la salud de la emperatriz Isabel dio una influencia en la política exterior rusa a la llamada «joven corte», es decir, a la que formaban el gran duque Pedro, futuro Pedro III, admirador ferviente de Federico II, según ya hemos señalado.

En el plano militar, después de algunas victorias iniciales la situación de Federico se había hecho muy difícil, hasta el punto de que, cuando llegó el verano de 1757, se podía calificar de desesperada. Es en este momento cuando Rusia interviene militarmente invadiendo Prusia Oriental con un ejército dirigido por Stepan F. Apraksin y P. A. Rumiantsev, que, tras tomar Memel y Tilsitt, obtuvieron una aplastante victoria sobre los prusianos del general Lewald en Gross Jägerndorf. Nada se opone en el camino hacia Königsberg. Sin embargo, sorprendentemente, el mariscal Apraksin, comandante en jefe de los rusos, no solo no explota la victoria, sino que da la orden de retirada. Los rumores se disparan en las cortes de los aliados y mientras que unos afirman que Apraksin, junto con el propio canciller, el anglófilo Bestuzhev-Riumin y la gran duquesa Catalina, están vendidos a Londres, aliada de Prusia, otros piensan en la influencia de la «joven corte» del gran duque Pedro, que, mientras todos celebraban la victoria sobre los prusianos, había paseado por la Corte su desolado rostro porque, como escribe Troyat, «no digiere la derrota de su ídolo»³⁸. Isabel, ya muy enferma, exige la presencia del mariscal y le revoca el mando al tiempo que se le abre una investigación. Pero, antes de que se completara, Apraksin muere de una apoplejía cuando salía del primer interrogatorio. Le había dado tiempo, negando su culpabilidad, a reconocer que había mantenido correspondencia con la gran duquesa Catalina, que, ya muy enfrentada con Isabel, tenía orden de no escribirse con nadie sin previo control. Esto suscita en la Corte una campaña de descrédito no solo contra Catalina y su amante, Stanislas Poniatowski, sino contra el propio canciller Aleksis Bestuzhev-Riumin, que es destituido, detenido y condenado a muerte. En abril de 1759 su sentencia fue conmutada por la de exilio en sus propiedades de Goretovo.

Mientras tanto había continuado la guerra, con las tropas rusas al mando de V. V. Fermor en sustitución de Apraksin, que había recibido orden de tomar la Prusia Oriental, con Königsberg. Pero el avance ruso empieza a preocupar a sus aliados, Austria y Francia, que temen su expansionismo, y en mayo de 1758 firman un acuerdo en relación con los territorios conquistados a Prusia. Mientras el ejército ruso de tierra continúa su avance hacia el oeste, la flota, en unión de la sueca, cierra el Sund a la penetración naval británica. El contraataque prusiano se produce en agosto de 1758, en Zorndorf, batalla que mientras que algunos historiadores consideran, sin más, un triunfo prusiano, otros estiman que quedó en tablas, aunque, ciertamente, los rusos tuvieron más pérdidas y se retiraron ordenadamente al Vístula. Pero, de hecho, ambas partes se apuntaron la victoria. En 1759 Fermor fue sustituido por Piotr S. Saltykov, que, en unión del general austriaco Laudon, vence a los prusianos en Kunersdorf, cerca de Francfort del Oder, a principios de agosto. Tampoco en esta ocasión los rusos explotaron adecuadamente la victoria.

La guerra empieza a cansar a las partes beligerantes, mientras en la alianza franco-ruso-austriaca se suscitan las diferencias sobre los objetivos de la contienda y los recelos hacia Rusia, que ha mostrado su eficacia militar y porque temen su expansionismo más que el prusiano. En el

otoño de 1760, los rusos, al mando de Buturlin, que había sustituido a Saltykov, toman Berlín, la capital prusiana, aunque la ocupación solo se mantuvo durante unos días. Dukes escribe que

[...] Voltaire le habría escrito a Aleksander Shuvalov que la presencia de las tropas rusas en Berlín le causó una impresión más agradable que las obras completas de Metastasio, pero aquí puede haber cierta ambigüedad, ya que no hay duda de que tras las felicitaciones oficiales de los aliados de Rusia latía un profundo malestar³⁹.

A principios de 1761, mientras Francia y la propia Austria desean cuanto antes llegar al fin de las hostilidades, Rusia prosigue la lucha avanzando en Pomerania. Rumiantsov, el general más distinguido que surge de esta guerra, se apoderará, a finales de ese año y con ayuda de la flota, de la importante fortaleza de Kolberg, que hasta entonces se les había resistido. De nuevo estaba abierto el camino a Berlín y la situación de Federico era otra vez complicada, sobre todo porque el nuevo rey inglés, Jorge III, menos interesado en Hannover que sus antecesores, le había abandonado. Para Heller, «la pérdida de Kolberg sella la derrota de Prusia»⁴⁰ y Anderson escribe que «un poco más de iniciativa por parte de los enemigos de Federico, particularmente de Rusia, habría destruido la monarquía prusiana»⁴¹. Pero entonces ocurre lo inesperado, una de esas situaciones que, ya hemos visto, no son demasiado extrañas en la historia de Rusia. El 25 de diciembre de 1761, según el viejo calendario ruso (5 de enero de 1762, según el occidental), la emperatriz Isabel Petrovna muere y, según estaba previsto, sube al trono su sobrino el gran duque con el nombre de Pedro III, que dio orden inmediata de que cesaran las hostilidades contra su admirado Federico II.

Los historiadores rusos suelen subrayar la inutilidad de la guerra y de las victorias militares de las armas rusas, que terminan con el abandono de todas las amplias conquistas territoriales conseguidas. Pero, como escribe Dukes, «si la Guerra del Norte situó firmemente al Imperio ruso en la escena europea, la Guerra de los Siete Años confirmó su posición dirigente en ella». Y cita a Marx y Engels, para quienes la guerra puso cara a cara con los otros poderes del continente «a una Rusia unida, homogénea, joven y en rápido crecimiento, casi invulnerable e inaccesible a la conquista»⁴². Desde el punto de vista militar, la Guerra de los Siete Años, a la que Heller considera «la verdadera escuela del ejército ruso», tuvo una enorme importancia en el proceso de modernización y «europeización» de las fuerzas armadas rusas, que mostraron sus capacidades y su eficacia. Nunca hasta entonces habían penetrado tanto hacia el oeste, lo que también determinó que, a partir de entonces, se empezara a temer a los soldados rusos. Y más que a los rusos, a los contingentes de su ejército formados por los otros pueblos no rusos. Algunos años antes de la guerra, en lo que se denomina su «testamento político», Federico II escribía que de las tropas rusas «solo hay que temer a los kalmukos y a los tártaros, espantosos incendiarios que devastan las tierras de las que se apoderan». La Guerra de los Siete Años también mostró la existencia de un buen plantel de generales rusos, alguno de los cuales, como Rumiantsov, estaban dotados de un auténtico genio militar. Suvorov, por ejemplo, inició allí su carrera militar, que había de ser muy brillante.

Pero al final de la Guerra de los Siete Años, Rusia estaba arruinada y con serios problemas

económicos y financieros. Las fundiciones de hierro de los Urales, dirigidas por el Colegio de Minas, que habían tenido un período de esplendor en la década de los cincuenta, entraron en una fase regresiva. El Estado las arrendó a empresas privadas, hacia 1763 la producción ya declinaba y Rusia dejó de ser el importante exportador de hierro que, fugazmente, había sido, porque los rusos fueron incapaces de pasar de la fundición con carbón vegetal a la fundición con coque. Pese al aumento constante de la presión fiscal, el presupuesto del Estado presentaba un elevado déficit y las arcas del Tesoro estaban vacías. Rusia se veía forzada a solicitar de sus aliados subsidios como contraprestación de sus intervenciones internacionales. Nada pudo impedir que, como recuerda I. Young, «durante ocho meses en 1762 los soldados rusos que se encontraban en Pomerania no [recibieran] ni un solo kopec de su paga»⁴³.

La expansión en Asia

Durante el período que va desde la muerte de Pedro I el Grande hasta que accede al trono Catalina II la Grande, Rusia prosigue la consolidación de sus posiciones en Asia central y en Extremo Oriente, aunque las dificultades de la política interior y las guerras en Europa imponen un ritmo mucho más pausado en la expansión. Pero la pasión rusa por las ricas pieles siberianas de castores, martas cibelinas y zorros siguió empujando a cazadores, comerciantes y aventureros a la búsqueda de nuevas zonas de caza. Esta expansión peletera se detuvo en los confines de Manchuria y de Mongolia, tanto porque la calidad de las pieles era allí menor, como, sobre todo, porque los manchúes, que estaban en el punto culminante de su poderío, frenaron la penetración rusa.

La relaciones comerciales ruso-chinas habían quedado interrumpidas en 1722 cuando fue expulsado de Pekín el agente comercial ruso Lorents (Iván) Lange, un sueco al servicio de San Petersburgo, que había llegado a la capital china en 1719. Tres años después, en agosto de 1725, llega a Pekín una nueva embajada rusa, dirigida por Savva Vladislavich, un serbio-bosnio de Ragusa, con el triple propósito de resolver los contenciosos fronterizos, reanudar las relaciones comerciales y lograr el establecimiento de una misión eclesiástica en Pekín. La embajada permaneció en Pekín hasta mayo de 1727. Entre agosto y octubre de aquel año continuaron las negociaciones en Kiakhta, donde se llegó a una serie de acuerdos que son conocidos como tratado de Kiakhta. En relación con la frontera —que no estaba en absoluto fijada, lo que planteaba problemas en relación con los desertores mongoles que abandonaban las unidades militares manchúes y se refugiaban entre los rusos—, el tratado la dividió en dos sectores. El sector oriental tenía una longitud de 1.046 kilómetros, y el occidental, 1.664 kilómetros. Si contemplamos en un mapa actual el trazado de la frontera ruso-mongola y ruso-china, veremos que no se aparta mucho del establecido en 1727. El comercio se reguló de acuerdo con la costumbre china que mantenía una política de exclusión en virtud de la cual solo se permitía a los mercaderes extranjeros comerciar en Canton. En el caso de las relaciones mercantiles con Rusia se establecieron dos

puntos fronterizos, Kiaktha y Tsurukhait (Priargunsk) sobre el Argun, únicos lugares permitidos para comerciar, y se acordó que cada tres años una caravana rusa pudiera penetrar en el imperio manchú y llegar a Pekín. A pesar de todo, las continuas restricciones a que se sometía la trienal caravana oficial rusa la condujeron a su desaparición. Rusia veía así cómo sus planes de activar el comercio, por razones fiscales y políticas, recibían el frenazo del celoso gobierno de Pekín. Sin embargo, los manchúes admitieron una «misión eclesiástica y diplomática» compuesta por cuatro jóvenes sacerdotes ortodoxos y estructurada al modo de la misión de los jesuitas, que tan buena impresión había causado en China. Permitieron, además, que otros cuatro jóvenes, que conocían el latín, fueran a Pekín para aprender el chino. En 1728 se inauguró en Pekín una escuela de lengua china para rusos; los estudiantes recibían un subsidio chino durante su estancia de diez años y estaban obligados a llevar vestido chino⁴⁴.

Pero a las dificultades con que hubieron de luchar los rusos en aquellos confines orientales de su expansión deben añadirse las que encontraron en Asia central, donde los rusos chocaron con las divididas tribus nómadas kazakhas, que asaltaban a las caravanas rusas que se dirigían a Khiva y Bukhara y que se movían en el infinito océano de la estepa en busca de pastos para su ganado. Pero una mejor comprensión de aquel momento histórico exigiría explicar la situación de Asia central en el siglo XVIII, lo que escapa a nuestro presente propósito.

Durante este período central del siglo XVIII los rusos continuaron la exploración marítima de la costa del Pacífico, uno de los últimos proyectos de Pedro el Grande. El danés Vitus Bering llevó a cabo por cuenta del gobierno ruso dos expediciones exploratorias, la primera entre 1725 y 1730, y la segunda entre 1738 y 1741. Se trataba de explorar la costa del Pacífico norte y la costa de Alaska. Pero, como escribe Le Donne,

[...] no se podía dejar de tomar en cuenta la relaciones con el misterioso poder situado más allá de las islas Kuriles [...]. Bering era plenamente consciente de que el comercio japonés con los ainus del archipiélago [de las Kuriles] suponía una invitación a participar en él, ya que los rusos, como los ainus, tenían pieles para el trueque, mientras que los japoneses tenía instrumentos, alimentos y vestidos.

De ahí que en abril de 1730 Bering recomendase que se hiciese un esfuerzo para abrir relaciones comerciales con Japón. Fue así como en su segunda expedición se comisionó a uno de sus miembros, Martin Spanberg, que también era danés, para que iniciase las relaciones con Japón. En junio de 1739 desembarcó en la costa oriental de la isla de Honshu (Hondo), la mayor de las islas niponas, donde constató un gran interés en tratar con extranjeros, a pesar de que la postura oficial era, como en China, la de la exclusión, que implicaba un riguroso aislacionismo mercantil y político. Aunque Spanberg no obtuvo resultados inmediatos, el interés por ese nuevo comercio se mantuvo y los rusos hicieron intentos tanto en la más norteña de las islas del Japón, Hokkaido (antiguamente Yeso), como en Nagasaki, donde los holandeses habían logrado algunos resultados. Pero los rusos no tuvieron demasiada suerte, a pesar de lo cual prosiguieron sus exploraciones, de isla en isla, a la búsqueda de castores y nutrias.

El escaso éxito de sus planes comerciales no afectó a la decidida voluntad de los rusos de consolidar sus posiciones en la costa del Pacífico. En el curso de su ya citada segunda expedición,

Bering fundó en 1740 la ciudad de Petropavlosk, en la costa oriental de Kamchatka, y desembarcó en la costa de Alaska. Ya en la década de los sesenta, el cosaco Chernyi exploró las Kuriles, pero no se limitó a las islas situadas más al norte, las más pequeñas, que los rusos consideraban integradas ya en el Imperio, sino que se atrevió con las cuatro más grandes, Simusir, Urup, Iturup y Kunashir, las más próximas a la nipona Hokkaido, donde comprobó la resistencia de sus habitantes ainus y la proximidad del celoso poder japonés⁴⁵.

CATALINA II LA GRANDE: AUTOCRACIA, IMPERIALISMO E ILUSTRACIÓN

MONARQUÍA AUTÓCRÁTICA Y PACTO CON LA NOBLEZA

Conocemos ya la etapa de Catalina como esposa del gran duque Pedro —después Pedro III—, su voluntariosa adaptación a la vida y a los usos rusos, sus permanentes discrepancias matrimoniales y su participación en el destronamiento de su marido y, seguramente, en su posterior asesinato. También nos hemos referido a la flagrante ilegitimidad de su acceso al trono, que no estaba fundamentada en ninguna base legal ni consuetudinaria. No tenía Catalina ni una gota de sangre Romanov y el único precedente que podía esgrimir era el de la otra Catalina, la Primera, que también sucedió a su marido, pero con la notable diferencia entre ambos casos de que Pedro I murió de muerte natural, mientras que Pedro III fue primero destronado y después asesinado. En la mejor de las situaciones, Catalina habría podido aspirar a convertirse en regente de su hijo Pablo, que tenía ocho años en el momento del destronamiento de su padre «oficial», pero Catalina, que recordaba lo mal que habían terminado las regencias anteriores de Menshikov, Biron y Anna Leopoldovna, quería a toda costa ser emperatriz y, de hecho, se había preparado para el cargo con la lectura atenta y permanente de los clásicos políticos de la Ilustración. En sus años de formación hay una voluntad patente de poder, y el propósito de deshacerse de su extravagante esposo —que, no lo olvidemos tampoco, acariciaba la idea de repudiarla e, incluso, de desheredar a su hijo— no fue en absoluto improvisado. Por eso a los pocos meses de comenzar el reinado de su marido pone en marcha el golpe de Estado.

Este fantasma de su ilegitimidad la persiguió durante todo el reinado, especialmente en los primeros años, y ya hemos señalado cómo el afán por eliminar a cualquier rival con más derechos que los suyos la llevó a ordenar el asesinato del pobre Iván VI Antonovich en 1764. Escribe Young que, como consecuencia de todo ello, «durante algunos años no tuvo ningún serio rival al trono excepto su hijo Pablo, aunque los derechos que este tenía por nacimiento para suceder a su padre no eran válidos de acuerdo con la ley de sucesión de Pedro el Grande»¹, que, como sabemos, consideraba la voluntad del soberano como única fuente de derechos sucesorios. Para superar el vicio de origen de su ilegitimidad, Catalina intenta congraciarse con sus nuevos súbditos desde el mismo momento de su acceso al trono, como revela el hecho de que, solo una semana después,

promulgara un *ukase* por el que se rebajaba el precio de la sal. Además, es notable cómo en los documentos de la primera etapa de su reinado insiste una y otra vez —con técnica que hoy llamaríamos goebbelsiana— en frases como «habiendo ceñido la corona por el deseo de todos Nuestros súbditos» o «el ardiente deseo de todos Nuestros súbditos de vernos ocupar el trono». Como escribe Heller, «recordando constantemente su “derecho” a la corona, ella sabe que estas interminables repeticiones acabarán por persuadir a sus súbditos de la legitimidad de su presencia en el trono»². Catalina sabía, además, que la legitimidad de origen se sana por la legitimidad de ejercicio, esto es, por un buen gobierno que atienda a las necesidades y a los clamores del pueblo y, sobre todo, de las clases dirigentes que constituyen la «opinión pública», expresión que utiliza ya la emperatriz, en un alarde de modernidad y puesta al día. En efecto, esta expresión, que nos es tan familiar, circulaba desde hacía muy poco tiempo en los ámbitos cultos de Europa occidental.

Se explica así que la nueva emperatriz intentase también desde el principio congraciarse con «un ambicioso sector de la nobleza, dirigido por Nikita Panin, que estaba dispuesto a aceptarla [...] si ponía fin a la monarquía absoluta en Rusia y entregaba las más importantes funciones reales a una oligarquía privilegiada»³. Una vez más la nobleza rusa —como la de otros países y como la propia nobleza rusa intentó con Ana Ivanovna— pretendía limitar el poder real en beneficio propio. Isabel de Madariaga entiende que a Panin y a los que pensaban como él «no solo les movía la ambición personal, sino también el miedo a la influencia que los validos pudieran ejercer en el reinado de una mujer», ya que recordaban cómo Catalina I, Ana e Isabel habían dejado el poder en manos de sus favoritos, en vez de en las instituciones⁴. Además, Panin, que destacaba por su cultura y distinción, había sido designado en 1760 por la emperatriz Isabel preceptor del gran duque Pablo, hijo de Pedro y Catalina, y se encontraba entre los que hubieran preferido proclamar emperador a su pupilo bajo la regencia de su madre. Pero no se puede despachar el papel de Panin tan sumariamente como el de un mero representante de impresentables ambiciones nobiliarias. En Panin se daban también preocupaciones «constitucionalistas».

En cualquier caso, lo cierto era que Catalina quería el poder y deseaba ejercerlo personalmente. Por eso archivó los proyectos de Panin, aunque trató de ganarse a la nobleza, especialmente a la nueva nobleza provincial, tan distinta de la orgullosa vieja nobleza, proveniente de los boyardos. Por esa razón, inicialmente al menos, aplicó una política contemporalizadora que se concretó en la concesión de generosos privilegios a la nobleza, pero sin ceder ni un ápice de sus poderes absolutos. Para salir al paso del descontento de la nobleza, que murmuraba por la no confirmación de sus privilegios, se creó una Comisión de la Libertad de la Nobleza, que trató de revisar y actualizar el Manifiesto de Pedro III de 1762, que liberaba a la nobleza, del que ya nos hemos ocupado y que, de momento, no se había aplicado. La Comisión llevó a cabo un trabajo casuístico, resolviendo casos concretos y «dedicando mucha atención a las condiciones de los deberes nobiliarios en las fuerzas armadas y en la burocracia y muy poco a su emancipación de tales obligaciones»⁵.

Los propósitos «constitucionales» de Panin —aunque el adjetivo no resulta, desde luego,

plenamente aplicable— se plasmaron, después de una amplia discusión, en un proyecto de *ukase* que preveía la creación de un consejo o cuerpo imperial, cuya naturaleza fue explicada en un largo memorándum del propio Panin y en un manifiesto de la misma emperatriz, publicados en 1762, es decir, apenas llegada al poder. Pero los historiadores más recientes le han quitado valor «revolucionario» al proyecto y se inclinan a pensar que no iba más allá de una reforma administrativa que, ante el lamentable estado de los asuntos públicos, proponía ese consejo imperial, así como la división de Senado en seis departamentos, todo lo cual supondría la separación de los poderes legislativo y ejecutivo⁶. No olvidemos que Catalina era una lectora atenta de Montesquieu, cuyo *L'Esprit des lois* era uno de sus libros de cabecera. Young insiste, sin embargo, en que «los que esperaban que Catalina delegara sus poderes en un consejo de nobles quedaron igualmente defraudados», aunque señala que Panin presentó el *ukase* que estipulaba «la transferencia de un razonable ejercicio del poder legislativo a un pequeño número de personas elegidas para este fin», y reconoce que Catalina llegó no solo a firmarlo, sino incluso a nombrar a los seis miembros del consejo. Young concluye, sin embargo, que «tan pronto como comprendió los planes de Panin, el proyecto fue archivado sin más explicaciones»⁷.

La deferencia de Catalina hacia la nobleza también quedó bien a la vista en el asunto de las propiedades de la Iglesia y los monasterios. Pedro III había confiscado todas las tierras eclesiásticas, hasta el punto de que el descontento del clero fue una de las causas de su caída, y Catalina fue recibida con satisfacción por el mismo clero, con la esperanza de que reparara ese agravio. Según había prometido en el manifiesto que acompañó a su golpe de Estado, Catalina revocó el decreto de Pedro, pero enseguida algunos nobles protestaron porque entendían que solo ellos tenían el monopolio de la propiedad agraria. Así es como en 1764, de acuerdo con la propuesta de una comisión de mayoría seglar creada al efecto, todas las tierras de la Iglesia, con sus siervos, pasaron de nuevo al Estado, lo que supuso el cierre de 500 monasterios, de los 900 existentes. Se cerraron también los seminarios diocesanos, por lo que la cultura del clero descendió extraordinariamente. Solo protestó Arsenii Matseievich, obispo de Rostov, que fue condenado por el Santo Sínodo y enviado a un lejano monasterio del norte, para después ser trasladado a la fortaleza de Reval, donde murió de hambre y frío. Todo esto demuestra la peculiar religiosidad de Catalina, que Young describe así:

La actitud de la emperatriz hacia la religión de su país adoptivo era, por calificarla de la mejor manera, de una absoluta doblez. Protestante por nacimiento, librepensadora por educación, no era probable que emulara la sencilla devoción de su predecesora Isabel, y se sabe que en privado escarnecía los ritos de la Iglesia. Pero en público sabía muy bien lo que se esperaba de ella como emperatriz y, cuando la ocasión lo exigía, rezaba una oración con los demás⁸.

Así es como a partir de 1764 la propiedad de toda la tierra se atribuyó a la nobleza, aunque este monopolio no quedó reconocido hasta dos décadas largas después. Como precio para conservar su poder autocrático sin discusión, Catalina concedió a la nobleza otros muchos privilegios, lo que repercutió en perjuicio de las otras clases sociales. Mientras Europa occidental se preparaba para superar la sociedad estamental e iniciar el camino hacia una mayor igualdad entre las clases sociales y los individuos, Rusia daba pasos en la dirección contraria. De este

modo, si el siglo XVIII, y sobre todo el reinado de Catalina, fue para la nobleza «una verdadera edad de oro», como escribe Riasanovsky, la situación de los siervos se fue degradando cada vez más hasta llegar a su punto más bajo hacia 1800. Al mismo tiempo, el clero carecía de riqueza y prestigio, a diferencia de lo que ocurría en otros países europeos. El mismo Riasanovsky escribe que «en el campo sobre todo, el género de vida de los sacerdotes y de sus familias no se distinguía apenas del de los campesinos»⁹.

Desde los primeros momentos del reinado, Catalina mostró su peculiar estilo de gobernar. Si Pedro el Grande intentó aplicar en Rusia las técnicas occidentales, en las que veía la clave del progreso, la condición necesaria para hacer de ella un país al nivel de las otras potencias, en Catalina es patente la voluntad de aplicar los principios del pensamiento político moderno, tal y como había sido formulado por los filósofos de la Ilustración, pero solo mientras no supusieran ningún riesgo para su poder absoluto. Pretensión imposible que, en muy poco tiempo, fracasa estrepitosamente. Su contacto con el movimiento intelectual europeo no se limitó a las incesantes lecturas a las que se dedicó en su etapa juvenil de preparación y espera, pues apenas instalada en el trono inicia una intensa relación epistolar con alguno de los grandes escritores del momento. Desde 1763, y con solo treinta y cuatro años de edad, Catalina se cartea con Voltaire, que ya estaba cerca de los setenta y que se convierte en uno de los grandes propagandistas de esta «Semíramis del Norte», como fue denominada. Asimismo utiliza como corresponsal al avisado Frederick Melchior von Grimm, ilustrado alemán que, desde París y sucediendo al abate Raynal, puso en marcha una revista quincenal titulada *Correspondance littéraire et politique*, que se distribuía entre los reyes que querían estar al día. Como escribe Isabel de Madariaga, se trataba de un «chismoso y bien informado boletín privado sobre literatura, poesía, drama y política del momento»¹⁰. Desde la lejana San Petersburgo, Catalina pretendía seguir con atención las novedades parisinas y hasta intentaba convertirse en protectora de los ilustrados, tan a menudo escasos de dinero. Así, enterada de que Diderot pasaba por dificultades financieras le compró la biblioteca al precio que él fijó, pero le permitió que la conservase mientras viviera, además de asignarle una renta anual de mil libras en concepto de bibliotecario. Y cuando supo que la edición de la *Encyclopédie* se enfrentaba con problemas, ofreció un imprenta de Riga. Se explica así que por toda Europa se difundiera la imagen de una auténtica soberana ilustrada y que algunos historiadores hayan hablado de una etapa «liberal», al comienzo de su reinado, que, sin embargo, se habría ido endureciendo paulatinamente, para pasar después por una fase netamente autoritaria y desembocar, finalmente, en una fase reaccionaria tras el estallido de la Revolución francesa.

A pesar de su falta de legitimidad inicial y de los obstáculos de los primeros tiempos y, desde luego, de la sublevación de Pugachev, que tanto la inquietó, Catalina se mantuvo en el trono hasta su muerte, después de 34 años de reinado, durante los cuales la actividad de la emperatriz fue incesante. En 1781, cuando Catalina llevaba diecinueve años en el trono y le quedaban otros 15, Grimm publicó en París un balance de su imperial gobierno en el que se daba cuenta de la construcción de 144 ciudades, de la firma de 30 tratados, de 78 victorias militares, de 88 decretos relativos a nuevas leyes o nuevas instituciones y de 123 encaminados a «aliviar la suerte del

pueblo», un anticipo de lo que hoy llamaríamos política social. Este documento es una ilustrativa muestra de la voluntad propagandística de Catalina, que, por todos los medios a su alcance, que desde luego eran muchos, intenta obtener la aprobación y el aplauso de los círculos intelectuales y aristocráticos de la Europa occidental. Para eso montó una campaña permanente de propaganda que ensalzaba sus realizaciones y que, sin duda, consiguió resultados muy positivos. Así es como Voltaire, en una carta a Diderot, escribía refiriéndose a su admirada Catalina: «¡Qué tiempos tan asombrosos estos que vivimos! Francia persigue a la filosofía y los escitas le ofrecen su protección»¹¹. En esta permanente campaña de «propaganda exterior» que impulsó Catalina, Grimm actuó «como una especie de agente de relaciones públicas». Del éxito de esta propaganda puede dar idea el hecho de que Voltaire, crítico acerbo en relación con lo que sucedía en Francia, llegue con Catalina a increíbles extremos de papanatismo, hasta el punto de afirmar, según cita Gooch (*Catherine the Great and other studies*): «No hay más Dios que Alá y Catalina es el profeta de Alá». En esta campaña permanente de propaganda, Catalina tomó su propia pluma, como demuestra su libro *Antidotum*, publicado en el año 1770, que es una respuesta a los maliciosos comentarios del príncipe de Chappe sobre Rusia. En una curiosa anticipación de lo que casi dos siglos después afirmaría Krushchev cuando dijo que la URSS enterraría a los países capitalistas, Catalina escribía en ese libro que Rusia era un país próspero que superaba a Europa occidental en su observancia de la legalidad y en los niveles de vida de su pueblo [...] ¹².

Heller ha establecido las diferentes fases del reinado de Catalina la Grande de la siguiente manera: en primer lugar cinco años apacibles (1762-1768) en los que Rusia se repone de las guerras de los reinados anteriores. Vienen después siete años (1768-1774) de guerras exteriores, seguidos de una epidemia de peste, que provocará un levantamiento en Moscú, y la revuelta de Pugachev. A continuación, y durante un período de doce años (1774-1786), Rusia vive otro período de tranquilidad, volcada en la asimilación de los nuevos territorios conquistados. Finalmente, los nueve últimos años del reinado (1787-1796) se caracterizan de nuevo por las guerras contra Turquía, Suecia, Polonia y Persia, y por la preparación de la guerra contra la Francia revolucionaria. Heller sintetiza el reinado en diecisiete años de guerra y diecisiete años de recuperación.

Catalina mantuvo siempre una clara voluntad de gobernar autocráticamente y nunca dejó el gobierno en manos de sus validos, al contrario que las emperatrices que la precedieron. Tuvo no menos de una o dos decenas de amantes, pero ninguno de ellos intervino tan activamente en política como había sido tan frecuente antes. El primero de ellos como emperatriz, Grigorii Orlov (tercero de su vida tras Saltykov y Poniatowski), recibió muchas prebendas, entre ellas la de comandante en jefe de la artillería, pero nunca se inmiscuyó en la dirección de la política. Una muestra de su estilo personal de gobernar se refleja en el hecho de que Panin —del que se dice que ella siempre desconfió, por sus propósitos de limitar su poder— fue puesto al frente del Colegio de Asuntos Exteriores, pero no fue nunca nombrado canciller. Los principales colaboradores de la emperatriz fueron Panin, para los asuntos exteriores, hasta 1781, en que Catalina prescindió de él por discrepancias políticas, y Vyazemsky, para la política interior, hasta 1792, en que se retiró. Pero Catalina no dejó en ningún momento de ejercer directamente el poder.

Uno de los acontecimientos del reinado de Catalina que contribuyeron a acreditar su fama de «soberana ilustrada», según los ideales de los filósofos y enciclopedistas franceses, fue su decisión, largamente preparada, de convocar la Comisión Legislativa, amplia asamblea a la que se encargó la actualización del ordenamiento jurídico ruso, si es que se puede denominar así. Como recuerda Isabel de Madariaga, el caos legislativo en Rusia era enorme. Hasta que se fundó la Universidad de Moscú en 1755 no comenzó la enseñanza de la jurisprudencia, primero en latín o en alemán, basada en el Derecho romano o en las teorías que sobre el Derecho natural eran corrientes en la Europa de aquella época. La enseñanza del Derecho positivo ruso no dio comienzo hasta 1767. Ninguno de los altos funcionarios del gobierno que rodeaban a Catalina había estudiado Derecho y Catalina, por supuesto, solo conocía lo que había podido extraer de sus lecturas. Fue «para abrirse camino en esta jungla» para lo que Catalina se embarcó en ese «experimento original» que fue la Comisión Legislativa¹³.

La Comisión se reunió en Moscú, en el Palacio de las Facetas del Kremlin, el 30 de junio de 1767, y comenzó sus trabajos tomando en consideración una larga «Instrucción» o *Nakaz*, redactada personalmente por Catalina en forma de artículos y concebida como una guía de los debates. Este documento es muy importante porque refleja del modo más completo el pensamiento político de Catalina y sus fuentes ilustradas, que proceden de *L'Esprit des lois* de Montesquieu (250 artículos sobre 526), que se había publicado apenas veinte años antes, y de la obra de Cesare Beccaria *Dei delitti e delle pene* (más de cien artículos), que acababa de publicarse (1764), lo que demuestra cómo estaba Catalina al tanto de las novedades intelectuales. También hay referencias procedentes de Blackstone, cuyos *Commentaries*, traducidos en tres volúmenes, fueron estudiados por Catalina, y de las *Instituciones políticas* del barón de Bielefeld, que resumían los principios del «cameralismo» germánico, fundamento del llamado «Estado de policía» —que no es lo mismo que Estado policíaco, materia en la que los rusos tenían poco que aprender— y antecedente de las modernas doctrinas administrativistas. También hay indicios del pensamiento de Adam Smith y del utilitarismo de Bentham. Este último visitó Rusia, donde fue recibido con todos los honores, y sus libros, o los que trataban sobre su pensamiento, constituyeron en Rusia un notable éxito editorial. La pretensión de Catalina era la aplicación de la teoría ilustrada de la ley natural, que, al menos retóricamente, consideraba que podía transformar la vida y la sociedad rusas. «No permita Dios —escribió Catalina en su *Nakaz*— que después de que se hayan completado todas las medidas legislativas exista una sola nación en el mundo regida más justamente ni más próspera que Rusia».

El primer principio que fija Catalina en su «Instrucción» es que «Rusia es una potencia europea», lo que era, ya de entrada, una negación de la afirmación frecuente de que Rusia tenía un régimen próximo al despotismo asiático y sentaba las bases para el siguiente principio, según el cual «el soberano es autócrata, porque no hay otra autoridad, fuera de la que se centra en su persona, que pueda actuar de la manera adecuada en un Estado de tan vasta extensión». Como subraya Madariaga, «Catalina pretendía que Rusia no fuera un despotismo asiático, gobernado por

el miedo, sino una monarquía absoluta, en el sentido que Montesquieu daba al término, con sus leyes fundamentales», pero advierte que «adaptó lo que su maestro francés había dicho sobre el despotismo a la monarquía» y cambió la expresión «poder despótico» por «poder autocrático», como señala Heller¹⁴. Sus diferencias con Montesquieu no se limitaban a esta cuestión del despotismo, ya que otra de las ideas fundamentales del gran pensador francés, la de los «cuerpos intermedios», no entra en la consideración de Catalina. Esta idea podía haberle servido para asignar a la nobleza una función independiente entre soberano y pueblo, pero, en su concepción, la nobleza no tenía otra misión que la de transmitir fielmente la autocrática voluntad imperial. Por supuesto, nada hay tampoco en la acción de Catalina que pueda considerarse un intento, por tímido que fuese, de aplicar en Rusia algún atisbo de división de poderes, en el sentido auténtico de Montesquieu, que no se limitaba, desde luego, a una diferenciación de funciones.

Es evidente que Catalina aspiraba a un absolutismo sin fisuras, que le parecía un régimen plenamente europeo y moderno, porque, efectivamente, no eran pocos los Estados europeos que en aquel momento —aunque ya por poco tiempo— encajaban en esa definición. En ese sentido, Catalina es una de las más cumplidas expresiones del «despotismo ilustrado» y, sin duda, hizo suya la máxima que lo define: «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo». Pero en la propia Rusia surgieron las críticas a esta visión del absolutismo.

LA REVUELTA DE PUGACHEV

La guerra con Turquía absorbió todas las energías rusas entre 1768 y 1774, lo que provocó el final de los trabajos de la Comisión Legislativa. Algunos historiadores estiman que el comienzo de esta guerra fue el espléndido pretexto que buscaba Catalina para cerrar los trabajos de la Comisión, que empezaban a resultarla engorrosos. La guerra se convierte en el acontecimiento que ocupa durante casi siete años la escena rusa, pero, poco antes de que concluyera, en 1773, estalla la revuelta de Pugachev, que en poco tiempo alcanza tales proporciones que obligan a ver en ella una de las razones de que Rusia negociara la paz con los turcos. Pugachev era un militar cosaco que se había distinguido en la Guerra de los Siete Años y después en la guerra contra Turquía, aunque ya había dado muestras de su carácter revoltoso e indisciplinado. Enviado a casa por enfermedad, decide desertar y durante el bienio de 1772 y 1773 se pone al frente de los cosacos descontentos que se habían amotinado en la zona del río Iaik, el actual Ural, en protesta por el celo excesivo de un inspector gubernamental. Muy pronto el movimiento se extiende por un amplio territorio al este de la Rusia europea y logra apoderarse de ciudades importantes como Kazán,

llegando incluso a amenazar Moscú. Ninguna de las revueltas similares anteriores, como las de Bolotnikov, Stenka Razin y Bulavin había logrado tal extensión, y ninguna mereció la consideración de «guerra campesina» más que la de Pugachev, aunque en su momento de apogeo sus huestes estuvieron formadas no solo por cosacos, sino por gentes de tribus no rusas, como los siempre revoltosos bashkires, obreros de las fábricas del Ural, Viejos Creyentes y siervos huidos. Pugachev se presentó a sus seguidores como el asesinado Pedro III, que, como había sido tan tradicional en la historia rusa, muchos estimaban que no había muerto y que habría de volver para restablecer la justicia y la auténtica monarquía zarista. La «iniquidad de las estructuras sociales de Rusia», como señala Riasanovsky, era el caldo de cultivo ideal para un movimiento de este tipo y así se explica que lo que originariamente fue una alzamiento puramente local se transformase en una revuelta de masas a la que, como relata Pushkin en *La hija del capitán*, se opuso muy poca gente, aparte de funcionarios y terratenientes¹⁵.

Todos los historiadores están de acuerdo en que la revuelta de Pugachev fue la más importante de las tradicionales rebeliones campesinas rusas y la que ha dejado mayor impacto en su historia, en la literatura y en la memoria popular. Riasanovsky escribe que Pugachev «actuó con gran estilo» y recuerda que se rodeó de una especie de corte imperial, a imitación de la de San Petersburgo. Organizó una cancillería muy eficaz y montó un hábil servicio de propaganda, que manejó ideas muy modernas acerca del poder y de las relaciones entre gobernantes y pueblo. Llegó a contar con una especie de Colegio de Guerra y puso en pie algo muy parecido a un ejército regular, con su estado mayor y con una respetable artillería, formada en parte por los cañones fabricados por los metalúrgicos de los Urales. Pero el mismo Riasanovsky subraya que la revuelta de Pugachev mostró «de una manera tan brutal como trágica el abismo que separaba la filosofía francesa de la realidad rusa». A partir de entonces no cabe duda de que se acentúan los rasgos más conservadores y autocráticos de Catalina, aunque esta era «demasiado inteligente como para convertirse en una reaccionaria pura y simple», por lo que supo combinar la represión y la coacción con una pequeña dosis de reforma y una gran cantidad de propaganda. Walicki sitúa en este momento el fin del «entusiasmo francófilo» que había caracterizado a Catalina hasta entonces, y que compartían con ella los salones aristocráticos empapados de un volterianismo superficial, y afirma que se vuelve hacia el «nacionalismo primitivo característico de la pequeña nobleza provincial» y aumenta su interés por las viejas tradiciones rusas.

LA SEGUNDA ETAPA DEL REINADO DE CATALINA: LEYES, REFORMAS Y AMANTES

Terminada la revuelta de Pugachev y como una consecuencia inmediata de ella, Catalina se apresuró a poner en marcha la reforma de las estructuras locales, cuya debilidad había quedado bien a la vista, ya que, por su escasa capacidad política y de resistencia, se habían derrumbado estrepitosamente ante Pugachev. Catalina no quería unas instituciones locales tan débiles que se desmoronasen al primer embate y con esa finalidad promulgó el 7 de noviembre de aquel mismo año de 1775 el Estatuto de la Administración Local, primero de los códigos parciales que verían la luz a partir de entonces y tras el fracaso de las más amplias expectativas que había suscitado la Comisión Legislativa. Se inicia así lo que algunos historiadores consideran la etapa autoritaria del reinado de Catalina, que sucedería a la presuntamente liberal de los primeros años. Esta intensa promulgación de nuevas leyes respondía a lo que la propia Catalina denominó su «manía legislativa», en la que, como señala Walicki, la emperatriz rechaza la teoría de los derechos naturales de los enciclopedistas, sus primeros maestros, y elige como mentor a William Blackstone, el jurista conservador inglés¹⁶.

Se trataba de reforzar la administración provincial por medio de la descentralización, estableciendo una repartición explícita de los poderes y de las funciones, con una destacada participación de la nobleza. Se redujo el tamaño de las circunscripciones administrativas, denominadas *gubernii*, que inicialmente fueron unas quince, aunque al final del reinado llegaron a ser cincuenta. Cada uno de estos *gubernii* estaba dividido en unos diez distritos (*uiezdy*). Cada provincia o *gubernii* contaba con unos 300.000 habitantes y cada distrito con unos 30.000, sin que se tuvieran en cuenta las realidades históricas o regionales, como poco después harían los revolucionarios franceses al trazar los departamentos, con gran escándalo de Edmund Burke, que criticará el sistema en sus *Reflections on French Revolution*.

Dukes destaca la importancia de estos años centrales de la década de los setenta en el reinado de Catalina, no solo en el ámbito político, sino incluso en el personal de la emperatriz, pues fue entonces cuando Grigorii Orlov fue sustituido como principal amante por Grigorii Potemkin, «un hombre de no menor ambición y probablemente de mayor talento». Esta nueva relación sentimental de Catalina dio origen a una voluminosa correspondencia amorosa, de la que se ocupan con algún detalle algunas biografías de la emperatriz, como la de Carolly Erickson, *Great Catherine* (1994). Pero las relaciones entre Catalina y Grigorii Potemkin no se limitaron a lo sentimental, pues ambos compartían ambiciones expansionistas y en la colaboración entre ambos está el origen del «Proyecto Griego» que contemplaba como último objetivo la conquista de Constantinopla. No fue ninguna casualidad que el nieto de Catalina nacido en 1779 recibiese el nombre de Constantino, pues desde antes de su nacimiento su abuela y su amante le asignaban la histórica misión de restaurar, bajo la hegemonía rusa, el Imperio bizantino.

George Soloveytchik, en su obra biográfica *Potemkin* (1939), ha subrayado la «importancia capital» que en la Rusia de Catalina tenía el puesto de favorito. «En sus luchas por alcanzar el

poder —escribe—, los partidos políticos y las camarillas cortesanas hacían de la alcoba de la emperatriz uno de sus objetivos principales, protegían o desprestigiaban a los candidatos rivales y continuaban la lucha hasta mucho después de ocuparse la “vacante”, cuando ocurría una». Este mismo autor señala que aunque a la emperatriz Isabel solo se la conocieron dos favoritos, Aleksis Razumovskii e Iván Ivanovich Shuvalov, Catalina, según cálculos fidedignos, tuvo 21 favoritos en cuarenta y cuatro años, desde Saltykov y Poniatowski en su juventud, antes de acceder al trono, a Platón Zubov, el joven amante de los últimos diez años de su vida. Orlov primero, cuya relación se prolongó durante once años, y Potemkin después fueron, desde luego, los más importantes de esta larga serie de amantes, que tanta influencia tuvieron sobre Catalina.

Tras la instalación de Potemkin como favorito y principal consejero político, la tarea legislativa y de reforma de Catalina prosiguió en los años siguientes y deben destacarse en esta línea el Código de la Navegación Comercial y el Código de la Sal en 1781, la Ordenanza Policial de 1782, las Cartas de Nobleza y de las Ciudades de 1785 y el Estatuto sobre la Educación Nacional de 1786. La «Carta de los Derechos, Libertades y Privilegios del Noble Ruso» o *Dvorianstvo*, publicada el 21 de abril de 1785, tuvo especial interés porque refleja el pacto entre la emperatriz y la nobleza que constituía la clave del sistema político de Catalina la Grande, que no hizo sino reforzarse con el transcurso de los años.

También en 1785 se publicó una «Carta de las Ciudades» que se ocupaba de los derechos individuales y colectivos de los habitantes de las ciudades, de la ordenación de los gremios artesanales y del gobierno municipal. Pero Catalina no avanzó en su supuesto propósito de desarrollar un Tercer Estado, porque por aquellos años su entusiasmo inicial por las teorías de los enciclopedistas había empezado a disminuir o porque, como señala Dukes, «con el paso de los años se había ido rusificando y se había hecho más entusiasta de la idea de que la política rusa tenía una naturaleza diferente, que pronto defendería celosamente frente al asalto ideológico de la Revolución francesa»¹⁷.

Las guerras y la política expansionista de Catalina exigieron la puesta en pie de un ejército numeroso y modernizado y de una armada que ya no se limitaba al Báltico, sino que navegaba normalmente por el mar Negro y por el Mediterráneo. Los mercenarios extranjeros habían dejado de ser necesarios y, salvo algunos oficiales, la recluta era exclusivamente rusa y, asimismo, la preparación y el entrenamiento se habían perfeccionado mucho, lo que permitía liberarse de la dependencia extranjera. A partir de la Guerra de los Siete Años, el principal componente del ejército ruso, que era la infantería, fue aumentando y modernizándose, especialmente las unidades de «cazadores», o de infantería ligera. También la armada se desarrolla ampliamente durante el reinado de Catalina. A la ya poderosa flota del Báltico se añadió, especialmente después de la primera guerra con Turquía, la construcción de una flota del mar Negro, que al final del reinado estaba constituida por 22 buques de línea, 12 fragatas y 6 buques de bombardeo, además de otros barcos menores. En tiempos de paz la flota estaba bajo el control del Colegio del Almirantazgo.

La Administración civil también se moderniza y se adapta a la nueva situación, como era lógico en una monarquía cuyo carácter burocrático era tan importante como el nobiliario. La burocratización llega hasta el extremo de que se ordena el archivo de cualquier documento,

incluso de los de menor importancia. Se hacía patente, cada vez de un modo más acuciante, la necesidad de una reforma a fondo de la Administración, de la que se venía hablando mucho desde el principio del reinado, y aunque Catalina consiguió algunas mejoras, la gran reforma no se abordó nunca, salvo, como hemos indicado, en el ámbito de las provincias.

Por lo que hace a la economía, los indicadores disponibles reflejan una situación contradictoria, porque si bien en ciertos aspectos son notables los datos de crecimiento y expansión, en otros son muy evidentes los de subdesarrollo. Como escribe Riasanovsky, «Rusia era un país pobre, retrasado, casi exclusivamente agrícola y analfabeto», lo que no impide que un historiador norteamericano de origen ruso, Michael Karpovich (1888-1859), haya escrito lo siguiente:

Ninguno de los autores contemporáneos de Europa occidental que se han ocupado de la economía rusa de finales del siglo XVIII y de principios del XIX se refieren a Rusia como un país económicamente atrasado. En efecto —continúa— hubo un momento, en el curso del siglo XVIII, en el que la industria rusa, al menos en ciertos ramos, no solo estaba a la cabeza de los países europeos del continente, sino que incluso superaba a la misma Inglaterra. Esto era particularmente cierto respecto de las industrias metalúrgicas. A mediados del siglo XVIII, Rusia era el primer productor mundial de hierro y cobre y solo hacia 1770, por lo que hace al cobre y al final del siglo respecto del hierro, la producción inglesa iguala a la de Rusia¹⁸.

El fundamento de la intensa actividad económica que se registra en la Rusia de Catalina es una población escasamente preparada, sin duda, pero que crece de una manera espectacular después de haber permanecido estabilizada hasta finales del siglo XVII. Cuando Pedro el Grande muere en 1725, Rusia cuenta con unos 13 millones de habitantes, que son ya 19 millones en 1762 y 29 en 1796. Y si se añaden los siete millones de nuevos súbditos que Catalina incluye en su Imperio, gracias a sus conquistas y a los repartos de Polonia, la cifra llega hasta los 36 millones de habitantes. En estos nuevos territorios hay que incluir zonas relativamente más desarrolladas desde el punto de vista económico, como las nuevas provincias del oeste, que, sumándose a la zona báltica anexionada por Pedro el Grande, proveen a Rusia de una población más cualificada, que se convierte en punta de lanza del nuevo desarrollo ruso.

La agricultura es la actividad económica más extendida en Rusia, pero existe una enorme diferencia entre las regiones del sur, cuyas «tierras negras» son las más fértiles de todo el Imperio, y las extensas zonas del centro y del norte, cuya productividad es muy baja. Mientras que en el sur predomina el sistema de la *barchtchina*, es decir, el trabajo del siervo en beneficio del amo, en el centro y norte se usa más el *obrok*, según el cual el trabajo es sustituido por una renta en dinero o especie. Los campesinos, ante la escasa productividad del campo, se ven obligados a complementar las faenas agrícolas con otros trabajos, por ejemplo, de carácter artesanal. Según los datos aportados por Riasanovsky, en torno a una cuarta parte de la población, sobre todo en las provincias menos fértiles, se ve forzada a abandonar sus pueblos en invierno en busca de un trabajo estacional. La agricultura rusa estaba muy retrasada y las técnicas de explotación que se utilizaban eran muy primitivas, a pesar de los esfuerzos realizados por la Sociedad Libre de Economía fundada en 1765, y algunos otros grupos. El mismo Riasanovsky subraya que la modernización era prácticamente imperceptible y recoge el punto de vista de los historiadores

marxistas, según los cuales «la servidumbre y la mano de obra sin cualificar que proporcionaba en abundancia eran todavía capaces de satisfacer las necesidades de la economía rural, estancada y encerrada en sí misma, de la Rusia del siglo XVIII»¹⁹.

La industria, sin embargo, hizo progresos bastantes sorprendentes en este período, como lo prueba que el número de fábricas pasó de 200 o 250 a la muerte de Pedro el Grande a 663 en 1767 y a 1.200 o, según otras fuentes y si se tienen en cuenta las fábricas menos importantes, a 3.000 a finales del siglo. Muchas de estas fábricas empleaban a centenares de obreros y existía una que contaba con 3.500. El desarrollo minero y metalúrgico, al que ya hemos aludido, se concentró especialmente en la zona del Ural²⁰. También el comercio, tanto interior como exterior, se desarrolla ampliamente durante el reinado de Catalina, continuándose la tendencia ya iniciada en el de la emperatriz Isabel, que había suprimido las aduanas interiores. Asimismo se construyen nuevos canales que completan la red fluvial. Moscú es el principal centro del comercio interior, pero otras ciudades también comparten la prosperidad mercantil, como San Petersburgo, Riga, Arkhangelsk, Penza, Tambov, Kaluga y los puertos del Volga, Nizhni-Novgorod, Yaroslavl, Kazán, Saratov y, en Siberia, Tobolsk, Tomsk e Irkutsk. Numerosas ferias, grandes y pequeñas, animan el tráfico mercantil. La más conocida era la del monasterio de San Macario, cerca de Nizhni-Novgorod, en el Volga, la de Kursk, en la estepa meridional, y la de Irbit, en la región del Ural. El comercio exterior se desarrolla especialmente en la segunda mitad del siglo. Entre 1762 y 1793 las exportaciones pasan de algo menos de 13 millones de rublos a más de 43 millones. Los metales y los textiles representan casi la mitad de este comercio que se realiza sobre todo con Gran Bretaña, principal socio comercial de los rusos desde el siglo XVI, con el que en 1766 se actualizó el tratado comercial firmado en 1734. Otros productos de exportación son la madera, el cáñamo, el lino y la tela para velas. El comercio de cereales inicia entonces asimismo su desarrollo. También crecieron las importaciones en este período, que pasaron de algo más de 8 millones de rublos a casi 28 millones. En este caso, las mercancías eran por lo general artículos de lujo para las clases superiores, las únicas que vivían por encima de los niveles mínimos de mantenimiento.

Las finanzas del Estado reflejan esta ambigua situación económica. Los ingresos del Estado pasaron de unos 24 millones de rublos en 1769 a 56 millones en 1795, y el porcentaje procedente de la imposición directa aumentó del 40 al 46 por 100. Pero los gastos aumentaron de una manera aún más espectacular, pasando de 23 millones y medio de rublos en 1767 a unos 79 millones en 1795. Para cubrir la diferencia entre ingresos y gastos, el gobierno ruso se ve forzado, ya a finales del siglo, a recurrir a los préstamos del extranjero, especialmente de Holanda. El gasto militar era la partida más importante, como es natural, en una época de guerras continuas, a pesar de lo cual descendió desde un 50 por 100 de presupuesto total a un 37 por 100. El presupuesto estaba, lógicamente en situación endémica de déficit, que se cubría con la emisión de moneda, lo que explica la elevada inflación que depreciaba el valor de la moneda²¹.

POLÍTICA EXTERIOR Y EXPANSIÓN TERRITORIAL

A mediados del siglo XVIII Rusia era ya una potencia europea que desarrollaba una activa política exterior y participaba en las alianzas militares que anudaban y desanudaban los Estados europeos, según hemos tenido ocasión de señalar al ocuparnos de las guerras y de la política exterior de los predecesores de Catalina. Consciente de este lugar relevante que ocupa Rusia, la emperatriz desde el primer momento de su reinado se propuso llevar a cabo una revisión de la política exterior para recuperar el lugar y el prestigio que Rusia había tenido y reparar los daños que Pedro III había causado a su imagen durante su breve reinado. Para la nueva emperatriz está muy claro que la política exterior no puede tener más guía que los intereses de Rusia y por aquellas fechas escribe: «El tiempo demostrará que no nos arrastraremos nunca más, a remolque de nadie»²². Pero la pirueta final de Pedro III retirándose de la Guerra de los Siete Años y abandonando a sus aliados, Austria y Francia, y devolviendo sus conquistas a Federico II de Prusia, ha dejado a Rusia en una cierta situación de aislamiento, hasta el punto de que no es invitada a las negociaciones que ponen fin a aquel conflicto y que culminan en la paz de Hubertsburg (1763). De hecho, Catalina había confirmado la paz firmada en 1762 entre Pedro III y Federico, pero no la alianza entre ambas potencias. También había proseguido la retirada de las tropas rusas estacionadas en Prusia Oriental, hasta el punto de que Luis XV llega a decir que la nueva emperatriz «se adhiere al sistema de su predecesor». Pero, por otra parte, Catalina suspende los agresivos propósitos de Pedro III contra Dinamarca, motivados por razones dinástico-familiares, y en uno de sus manifiestos iniciales llama a Federico «el peor enemigo» de Rusia²³. La nueva emperatriz aspiraba a un período de paz y estabilidad, pues era muy consciente de que Rusia, aunque temida y prestigiosa, estaba exhausta después de la guerra. En una nota sin fecha que Madariaga cree fue escrita a mediados de 1763, Catalina afirma: «La única ventaja que Rusia ha sacado del tratado de paz es la paz. Las finanzas están agotadas hasta el punto de que el déficit es de siete millones de rublos [...]. No se ha pagado al ejército durante ocho meses»²⁴. Razón más que suficiente para que Catalina deseara un período suficientemente largo de paz e incluso de aislamiento, que permitiese recuperarse al exhausto país.

El enfriamiento de relaciones con los frustrados aliados de la Guerra de los Siete Años, Austria y Francia, y las reticencias de Inglaterra a firmar un tratado comercial y militar con Rusia, forzaron a Catalina a ceder ante las presiones de Federico de Prusia, con el que firma en 1764 un pacto de asistencia por el que ambos Estados se comprometían a ayudarse con subsidios si alguno de los dos era atacado por una tercera potencia. En el caso de que fueran dos las potencias atacantes la ayuda sería de carácter militar.

En el curso de unas operaciones contra rebeldes polacos, destacamentos rusos traspasaron la frontera con Turquía y mataron a algunos turcos y moldavos, lo que sirve de pretexto a este país para declarar la guerra a Rusia en octubre de 1768. La creciente influencia política y militar que Catalina ejercía sobre Polonia era para los turcos una amenaza inadmisibles y optan por una «guerra preventiva», que corte en la raíz el creciente poderío ruso. Sola contra Turquía, porque

Federico no quiere saber nada de la guerra, Catalina toma la iniciativa y lanza tres ejércitos a la lucha, uno que desde Polonia avanza hasta el Dniéster y el Danubio, otro que, bajando por el Dniéper, se dirige hacia Crimea y un tercero que actúa en la zona del Cáucaso. Las tropas rusas del primer ejército, dirigidas por Rumiantsov, un brillante militar que ya se había distinguido en la Guerra de los Siete Años, ocuparon Khotin y Jassy, en Besarabia, que se convirtió en el principal teatro de operaciones. Pero los intentos de conquistar Crimea fracasaron. Estas victorias rusas conseguidas en 1769 continuaron al año siguiente.

El acontecimiento más importante de aquellos primeros años de la guerra —e incluso de toda la contienda— fue el envío, por vez primera, de la flota rusa del Báltico al Mediterráneo, con la misión tanto de enfrentarse con la flota turca y de mantenerla fuera del mar Negro como, en la medida de lo posible, de desembarcar en la península Balcánica, donde se contaba con la rebelión y ayuda de los cristianos que allí habitaban bajo dominio turco. La compleja operación no se hubiera podido realizar sin la cooperación de Gran Bretaña, que, para las necesarias escalas, ofreció a la flota rusa los puertos de Hull y Porstmouth y las bases de Gibraltar y Menorca. Muchos oficiales británicos colaboraron con los rusos, como Samuel Greig, que llegó a ser uno de los almirantes más notables de la armada rusa. Esta se concentró en Livorno, en el gran ducado de Toscana, que era una base utilizada normalmente por los rusos, y desde allí, bajo el mando de Aleksis Orlov, se dirigió al Mediterráneo oriental. Los rusos no consiguieron que las poblaciones cristianas de los Balcanes se levantaran contra los turcos, a pesar de las promesas que sus dirigentes habían hecho a los agentes rusos. Faltos de esta esperada ayuda, tampoco lograron poner pie en territorio continental, aunque sí ocuparon algunas de las islas. Pero el mayor éxito naval ruso y, seguramente, el acontecimiento militar más importante de toda la guerra fue la batalla de Chesme (25 de junio de 1770), cerca de Esmirna, en la que la flota turca quedó casi totalmente destruida. En San Petersburgo se celebró por todo lo alto aquella victoria naval que convertía al Imperio de los zares en potencia mediterránea.

También por tierra, el año 1770 fue de éxito para las armas rusas. Rumiantsev derrotó en tres batallas a los turcos y a los tártaros y tomó Izmail, Kilia y Braila. Al final de aquel año los principados de Moldavia y Valaquia, incluida la capital, Bucarest, estaban en manos rusas. Controlado el valle del Danubio, los rusos se vuelcan en dirección a Crimea, que es invadida en julio de 1771, mientras desde Azov una flotilla rusa desembarca tropas y abastecimientos por el este de la península. Pero los rusos se retiran después de firmar un acuerdo con el nuevo khan, Sahib Girei, en virtud del cual se reconoce la independencia de Crimea, bajo la protección de Rusia, a cambio de la cesión de las fortalezas de Kerch y Enikale, que controlan la salida del mar de Azov. Mientras tanto, el ejército que opera en el Cáucaso, mucho más pequeño que los que se mueven en torno al mar Negro, toma Kutais, en Georgia occidental, con ayuda de los georgianos, pero no tiene capacidad suficiente para asaltar los dos bastiones turcos más importantes en la zona, Poti, en la orilla oriental del mar Negro, y Akhaltsykh. Las tropas expedicionarias en el Cáucaso se retiran en 1772 y aunque territorialmente no han conseguido apenas nada, han mostrado la superioridad rusa sobre turcos y tártaros²⁵.

Turquía se ve obligada a pedir la paz que también Rusia desea, preocupada como está por la

rebelión de Pugachev. Otomanos y rusos se reúnen para negociar en Fokshany, en Moldavia, pero la cuestión de la independencia de Crimea impide que se avance en las negociaciones, que se suspenden, reanudándose las operaciones militares. Algún historiador atribuye directamente el fracaso de estas negociaciones al abandono de Grigorii Orlov, que encabezaba la delegación rusa. Fue el momento en que Catalina decide sustituirle como favorito por el fugaz Wassilchokov y, como escribe Soloveytchik,

[...] cuando Grigorii Orlov tuvo noticias de lo ocurrido, sintiose acometido de tal furor que, olvidando el congreso [en que se negociaba la paz] y las enormes responsabilidades que sobre él pesaban, pidió inmediatamente el coche y marchó a San Petersburgo a mata caballo. Su marcha repentina de Fokshany y la agitación de su estado de ánimo contribuyeron, sin duda alguna, al fracaso de sus negociaciones de paz²⁶.

Poco después, sin embargo, en noviembre de 1772, se vuelve a la mesa de negociación, esta vez en Bucarest, sin que tampoco se alcancen resultados, después de cuatro meses de conversaciones, sobre todo a causa de la cuestión de Crimea, como en la ocasión anterior. Se vuelve de nuevo, en consecuencia, al campo de batalla. En 1773 Rumiantsov atraviesa el Danubio, aunque, dada su inferioridad numérica, no consigue ninguna victoria decisiva. Pero en 1774 sí se alcanza el que había de ser triunfo definitivo. Los rusos pasaron de nuevo el Danubio y penetraron en Bulgaria, logrando la capitulación de Shumla, mientras otro ejército sitiaba Ochakov, en la orilla norte del mar Negro. Los turcos comprenden que su capacidad de resistencia está agotada.

Solo entonces, después de dos campañas adicionales y ocho años de guerra, y dos años después del primer reparto de Polonia, se llega a la paz entre rusos y turcos, que se acuerda por el tratado de Kutchuk-Kainardji (1774), una pequeña localidad situada cerca de Silistria, en la orilla derecha del Danubio. Como escribe Le Donne, el tratado, firmado sesenta y cinco años, día a día, después de la paz del Prut, suponía dar la vuelta total a la situación que entonces se había creado. El tratado era de una enorme complejidad. En primer lugar, suponía un acuerdo de carácter territorial que diseñaba una nueva frontera entre Rusia y Turquía, hasta el punto de que Le Donne escribe que «propiamente fue la primera partición del Imperio otomano». En virtud del mismo se cedía a Rusia un amplio territorio en la costa del mar Negro, y Rusia devolvía los conquistados principados de Moldavia y Valaquia, pero con la condición de que su población no sufriera ningún tipo de represalia y de que se le reconociera libertad para ejercer la fe ortodoxa y para que sus hospodares estuvieran representados en Constantinopla. Se concedía, además, a Rusia —que reivindicaba el título de protectora de las poblaciones ortodoxas— un «derecho de queja» ante el Sultán a través de su ministro ante la Sublime Puerta, lo que suponía que la influencia rusa se extendía hasta la cuenca del Danubio, incluso después de la retirada de sus tropas.

Se proclamaba, además, la existencia de una «nación tártara», compuesta principalmente por el khanato de Crimea, que se declaraba independiente respecto de los turcos y estaría gobernado por un khan «de la raza de Genghis Khan», que sería elegido por «todos los pueblos tártaros». En el Cáucaso, se incorporaba a Rusia la región de Kabarda, admitiéndose la subsistencia de ciertos derechos de los tártaros. Rusia retiraba sus tropas de Georgia occidental, con la condición de que los otomanos dejaran de percibir tributos en la zona, incluido el ominoso tributo en niños, lo que

suponía que Rusia también imponía su derecho de protección en esa región. En síntesis, Rusia adquiriría bases e influencia que preparaban la conquista definitiva de Crimea, que tendría lugar nueve años más tarde, y consolidaba su situación en el Cáucaso.

La protección de los súbditos ortodoxos del Imperio otomano era el segundo gran capítulo del tratado y uno de los de mayor trascendencia posterior para el expansionismo ruso, pero también fuente de controversias futuras. La tercera gran cuestión del tratado de Kutchuk Kainardji, también de la máxima importancia para el futuro del expansionismo ruso, fue el reconocimiento del derecho a la libre navegación por el mar Negro, cerrado desde hacía dos siglos a todos los barcos rusos, y del derecho de paso de mercantes por los Dardanelos. Se ponía fin así al monopolio otomano sobre los estrechos y el mar Negro, y para Rusia se abrían enormes posibilidades futuras, no solo de índole militar, sino también mercantil. Asimismo se reconocía el derecho de San Petersburgo a nombrar cónsules allí donde lo estimase oportuno y ambas potencias se concedían los beneficios de «nación más favorecida» en sus tratos comerciales.

Por lo que hace a la expansión en Asia, Catalina la Grande buscó consolidar las posiciones en la estepa-océano de los kakhazos, cuya parte más noroccidental estaba ya sometida de hecho al Imperio. Pero eso exigía también mantener sobre unas bases sólidas las relaciones con el imperio manchú, cuyas horas de máxima gloria ya habían pasado. El principal conflicto potencial era el Amur, que, acertadamente, los rusos consideraban una importante vía comercial, que consolidaría sus posiciones en la costa de Pacífico, además de tener un valor estratégico como límite entre ambos imperios. Por otra parte, el comercio con China, que se desarrollaba en Kiakhta —único lugar en el que se permitía el intercambio mercantil desde que se suprimieron las caravanas a Pekín en 1763—, crecía en importancia para las finanzas rusas, como muestra que si en 1760 suponía el 20 por 100 de la renta de aduanas, en 1775 ya era el 38 por 100. Catalina liberalizó ese comercio no solo impidiendo cualquier tipo de monopolio, sino también levantando la prohibición de exportar ciertas mercancías que se había establecido en los reinados anteriores. El inconveniente era que los chinos suspendían los intercambios mercantiles —tres veces entre 1762 y 1792— como medida de presión cuando surgían algunos problemas políticos, como los derivados de los disidentes chinos que se refugiaban en territorio ruso. Pero el comercio de Kiakhta era poca cosa comparado con el otro único lugar del imperio manchú en el que se permitía el comercio con extranjeros, que era el puerto de Cantón.

Rusia no permaneció al margen de las exploraciones del Pacífico norte que varios países emprendieron en el último cuarto del siglo XVIII. Era lo lógico, dada su tradición exploradora, sus intereses comerciales y políticos y su decidida voluntad de mantener alejados a hipotéticos competidores. Algunos de los exploradores extranjeros penetraron abiertamente en lo que los rusos consideraban ya su coto cerrado. En 1778 —el año antes de ser asesinado por un indígena en las Hawai— el famoso James Cook navegó por la costa de América del Norte, hasta el estrecho de Bering, y por dos veces visitó Kamchatka; el francés Jean François La Perouse —que según parece también fue asesinado por indígenas tras un naufragio— navegó también por las mismas aguas y dio su nombre al estrecho que separa la isla rusa de Sakhalin de la japonesa Hokkaido; el inglés Vancouver, que había navegado con Cook, exploró la costa de Alaska y las islas Aleutianas ²⁷. A

partir de esas exploraciones se aventuraron por aquellas aguas balleneros norteamericanos, amenazando así el incipiente control por parte de los rusos de la costa de Alaska, ya que, también durante el reinado de Catalina la Grande, Rusia puso pie en aquel territorio, que había sido descubierto en 1732, aunque las primeras colonias rusas no se establecieron hasta 1784, fecha en la que comerciantes de pieles se instalaron en la bahía de los Tres Santos, en la isla Kodiak, situada en el golfo de Alaska. Esta isla había sido descubierta también por otro comerciante de pieles llamado Esteban Glotov, que la bautizó como Kikhtak, que en lengua esquimal significa precisamente «isla».

En 1783 los rusos recogieron a unos naufragos japoneses en una de las islas Aleutianas, y fueron enviados a Irkutsk, adonde llegaron en febrero de 1791 suscitando una enorme curiosidad, según relata Le Donne. Se trataba de convencer a Catalina de que, con el pretexto de devolver a los naufragos, se preparase una nueva expedición a Japón, para forzar su apertura comercial. Catalina aceptó el plan y, en septiembre de 1791, ordenó al gobernador general de Siberia Oriental en Irkutsk que preparase una expedición al mando de Adam Laxman. La expedición desembarcó en Nemuro, en la isla de Ezo u Hokkaido, en octubre de 1792, con gran sorpresa de las autoridades japonesas, que pidieron instrucciones a Edo (Tokio). A Laxman se le ordenó que llevase sus barcos a Hakodate, en el extremo sur de la isla, donde en julio de 1793 se le comunicó que Japón mantenía su política de exclusión y que no abriría sus puertas al comercio²⁸. Los japoneses reaccionaban así ante la presencia rusa en las Kuriles, desde donde aspiraban a comerciar con los nipones. Estos hechos alarmaron al shogunato, que entonces regía el Japón, y determinaron la colonización de la isla de Ezo u Hokkaido, frontera norte del imperio, que hasta entonces había estado muy abandonada y que, de hecho, solo estaba poblada en su parte meridional. El temor a la presencia extranjera fue origen en Japón de «fantásticos informes y recomendaciones», según afirma John Whitney Hall, incluido alguno que, ante la hipotética amenaza rusa, recomendaba trasladar la capital del Imperio nipón a la península de Kamchatka, como base para una dominación mundial²⁹.

«FINIS POLONIAE» Y GUERRAS CONTRA TURQUÍA Y SUECIA

A pesar de su alianza secular, ya hemos señalado que las relaciones entre Rusia y Austria se habían deteriorado desde el abandono por parte de Pedro III de la Guerra de los Siete Años. Las

victorias rusas en el Danubio habían suscitado los celos de los Habsburgo y Austria buscaba compensaciones territoriales al progreso ruso en el Danubio y los Balcanes. Polonia era la presa indicada, a pesar de los escrúpulos de María Teresa, que, a través de su embajador en Berlín, había rechazado inicialmente algunas propuestas del ambicioso Federico en este sentido. Catalina aprovecha la ocasión y se muestra abierta a un acuerdo que, además del prusiano, desean José II, asociado al gobierno por su madre María Teresa, y el ministro Kaunitz. Un viaje a Moscú del hermano del rey de Prusia, el príncipe Heinrich, propicia las conversaciones con Catalina en las que esta muestra su disposición a hablar de un reparto de Polonia. Era un importante cambio de actitud, porque hasta entonces Rusia siempre había considerado Polonia un dominio reservado a su exclusiva influencia. Catalina, en guerra todavía con Turquía, hace saber al príncipe prusiano que está dispuesta a rebajar sus exigencias territoriales en el sur a cambio de obtener compensaciones en Polonia. Rusia y Prusia comienzan a negociar el posible reparto. Las negociaciones se prolongan hasta julio, momento en que se llega a un acuerdo y se firma una convención en San Petersburgo.

Este primer reparto de Polonia fue, de algún modo, la compensación que Prusia y Austria ofrecieron a Catalina por la negativa de ambas potencias a que tropas rusas se instalasen permanentemente en Moldavia y Valaquia. Prusia lograba su continuidad territorial al unirse Brandenburgo con la Prusia oriental (solo Dantzig continuaba como enclave polaco) en un único territorio continuo del Elba al Niemen. Austria conseguía la Galitzia, incluida la importante ciudad de Lvov, en la actual Ucrania, y la nueva frontera seguía el curso inferior del Vístula. Rusia, por su parte, recibía la Livonia interior o polaca y las regiones septentrionales y orientales de la actual Bielorrusia, es decir, la cuenca del río Dvina, quedando establecida la frontera a lo largo de los ríos Dvina, Ulla, Prut y Dniéper, como querían sus generales, asumiendo, además, el control del comercio de Bielorrusia con el Báltico y el mar Negro. Como señala Le Donne, Rusia también veía acortadas las líneas para «proyectar poder» en Lituania y Polonia.

Por aquellos años había estallado la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de América (1775) e Inglaterra trató de establecer una especie de policía de los mares para evitar que los americanos recibiesen ayuda, bajo bandera neutral. Su doctrina, según la cual cualquier mercancía destinada a los rebeldes era contrabando de guerra susceptible de confiscación, produjo una comprensible alarma entre las potencias marítimas del Báltico y era contraria a las teorías imperantes. Para salir al paso de las pretensiones británicas, Rusia, por una parte, hizo una Declaración de Neutralidad Armada en marzo de 1780 (27 de febrero según la datación antigua) y, por la otra, firmó sendas convenciones marítimas con Dinamarca y Suecia, que también tenían interés en proteger sus marinas mercantes (agosto de 1780). Las convenciones se proponían coordinar la protección de sus barcos y declaraban que el Báltico era un mar cerrado y al margen de todos los conflictos internacionales. Se trataba de mantener a Inglaterra fuera del Báltico, pero la enemistad insuperable de los dos guardianes del Sund, Suecia y Dinamarca, condenaban al fracaso ese propósito. Pero, más allá de este planteamiento regional, la iniciativa de las convenciones sobre libre navegación de los neutrales tuvo un enorme éxito y en poco tiempo se adhirieron a la misma, además de todas las capitales del norte, París, Berlín, Madrid y Nápoles.

Incluso Portugal, estrechamente vinculado a Inglaterra, se adhirió en junio de 1783. Se fraguó así lo que Catalina denominó la «Liga de la Neutralidad Armada», claramente dirigida contra Inglaterra.

Con la Declaración y la consiguiente Liga de Neutralidad Armada, Rusia se oponía claramente a la pretensión británica de afirmar su hegemonía naval. Sus compromisos bélicos en el continente americano y su propia dependencia de los suministros navales rusos, vitales para su flota, impidieron que Gran Bretaña recogiese el guante que le lanzaba Catalina. Pero las aprehensiones británicas respecto de Rusia aumentaron aún más tras la anexión de Crimea y la creación de la base naval de Sevastopol. Todavía más, Catalina se negó a renovar el tratado comercial con Gran Bretaña y, por el contrario, firmó uno con Francia en enero de 1787. Era un movimiento más en la línea de acercamiento de Rusia a Francia. Este acercamiento avanzó cuando fue nombrado embajador francés en San Petersburgo el conde de Ségur, en marzo de 1785. Pero la luna de miel franco-rusa duró poco porque la Revolución francesa volvió a enfrentar a París y San Petersburgo.

El tratado de Kutchuk-Kainardji, como ya hemos dicho, no dejó satisfechas ni a Rusia ni a Turquía. La primera no había conseguido el que había sido su principal objetivo durante siglos, que era el control directo de Crimea. Tampoco había alcanzado el dominio total de la costa norte del mar Negro. Por otra parte, Turquía había experimentado una derrota clara y su lógica aspiración era volver al *statu quo ante bellum*. Crimea había sido, desde su independencia en 1774 y hasta su definitiva anexión por Rusia en 1783, un permanente motivo de conflicto con Turquía, que se había reservado el derecho de investir, en ceremonia de mero significado religioso, a los khanes crimeanos. Shahin Girai, khan protegido por San Petersburgo, concedió a los griegos y armenios los mismos derechos que tenían los musulmanes, lo que fue considerado por la Sublime Puerta una provocación y el sultán otomano decidió intervenir en su condición de califa y protector de los derechos del islam. Cuando la flota turca estaba a punto de llegar a Crimea, la mediación francesa consiguió que rusos y otomanos firmasen la convención de Ainali-Kawak, el 31 de marzo de 1779, por la que ambas partes acuerdan la no intervención en los asuntos de Crimea. Rusia logró también para sus barcos mercantes el derecho de atravesar el Bósforo y los Dardanelos. Se establecía un límite en cuanto al tonelaje para impedir que esos barcos se utilizasen con fines militares. Pero este convenio no acabó con las tensiones ruso-turcas.

Catalina y Potemkin habían diseñado un ambicioso proyecto que aspiraba nada menos que a la conquista de Constantinopla, a la expulsión de los turcos de Europa y a la puesta en valor de las cuencas bajas del Volga, el Don y el Dniéper, que ya habían empezado a colonizarse con alemanes procedentes del Palatinado. Todos estos planes se habían concretado en el llamado «proyecto griego» preparado en 1781 por Aleksander Andreyevich Bezborodko, un consejero de Catalina, muy importante en esta época, que actuaba como ministro de Asuntos Exteriores. Este plan preveía una primera fase por la que el imperio zarista ampliaría su dominio de la costa del mar Negro hasta llegar a Dniéster. A continuación se liberarían del dominio turco Besarabia, Moldavia y Valaquia para formar un Principado de Dacia gobernado por un príncipe ortodoxo. Se pensaba que este príncipe podría ser Potemkin, favorito en ejercicio y, según algunos autores como Soloveytchik, esposo secreto de Catalina. El principado sería teóricamente independiente de San

Petersburgo, pero estaría, sin ninguna duda, en su órbita de influencia. Tras la expulsión total de los turcos de territorio europeo se restablecería el Imperio de Bizancio y hasta se proponía como futuro emperador de Constantinopla al gran duque Constantino, nieto de la zarina, que había nacido en mayo de 1779. Hasta se había acuñado una moneda en la que Constantino (la elección del nombre no había sido casual) era presentado como *basileus* de los helenos y se le dotaba de una guardia personal formada por jóvenes griegos. En el «proyecto griego» se asignaban a Austria, como compensación, una serie de territorios otomanos fronterizos con el Imperio de los Habsburgo, como Serbia, Dalmacia, Bosnia, Herzegovina, e incluso Albania, si así lo deseaba el emperador Habsburgo.

La inestabilidad política en Crimea culmina en 1782 cuando el khan protegido por los rusos es destronado en una revuelta interior. En abril de 1783, el príncipe Potemkin, al frente de un ejército de 70.000 hombres, invadió y conquistó Crimea (Táuride), que fue colonizada con campesinos rusos mientras muchos tártaros huían hacia el este. Potemkin, convertido en gobernador, hizo de Sevastopol la base de la incipiente flota rusa del mar Negro. Al mismo tiempo Rusia declaró la anexión del Kubán, el territorio situado en la orilla derecha del mar de Azov, al norte del Cáucaso. Turquía reconoció la anexión en 1784.

En la cumbre de su gloria, Catalina organiza, durante la primavera de 1787, el «viaje a Táuride», el nombre histórico de Crimea y zonas adyacentes de Ucrania, donde la mitología sitúa el sacrificio de Ifigenia. Un viaje que se haría famoso y que se consideró una espléndida operación propagandística, dirigida a impresionar a su invitado de honor, José II, con quien celebró una entrevista en el puerto de Querson, en el bajo Dniéper, fundado por Potemkin en 1782. La repartición del Imperio otomano fue el principal tema de las conversaciones entre la emperatriz y el emperador. También fue invitado al viaje Stanislas Poniatowski, el rey de Polonia, a quien su antigua amante prometió amistad eterna, una promesa que quedaría rota en la década siguiente cuando los repartos de Polonia borrarán del mapa la desgraciada nación. El nuevo embajador francés, conde de Ségur, y el príncipe de Ligne se contaron también entre los invitados a aquella ocasión memorable. Por Rusia y por los países europeos circuló el rumor de que las elogiadas realizaciones rusas en sus nuevos territorios no eran sino decorados inmensos que, simulando pueblos, mostraba Potemkin a su amante y señora Catalina en las recién conquistadas estepas meridionales. Soloveytchik considera este viaje un «ejemplo de publicidad internacional» y asegura que «costaría unos 10 millones de rublos». «Pero nada resultaba caro —añade— tratándose de una exhibición de la gloria de Catalina ante el mundo». Este autor describe cómo durante mucho tiempo Potemkin preparó cuidadosamente todos los viajes, ordenando la construcción de lujosas galeras y editando una especie de guía turística para que la emperatriz conociera con todo detalle sus nuevos territorios, que se publicó en 1786. Los poetas y los músicos prepararon también composiciones para el evento y Potemkin llegó a ocuparse del contenido que había de tener el discurso de bienvenida del obispo. «No quedó ni un farolillo chino, ni un arco triunfal en todo el recorrido de miles de verstas que no examinara». Con relación a los supuestos pueblos fantasmas de Potemkin, Soloveytchik escribe: «Los detractores de Potemkin aseguraban que construyó pueblos enteros con casas y palacios de cartón, piedra y yeso y que había obligado a

desfilar ante Catalina a millones de esclavos disfrazados de campesinos y ganaderos con sus ganados, con objeto de presentarle a la emperatriz un cuadro de adelanto y prosperidad completamente ficticio, para abandonar después a aquellos infelices y dejarles morir de hambre una vez terminada la farsa. El inventor de estas calumnias, que encontraron fácilmente eco en los círculos hostiles a Potemkin, fue el diplomático sajón Helbig, y la leyenda de los “Pueblos de Potemkin” (*Potemkische Dorfer*), frase consagrada en el alemán familiar como sinónimo de falsedad, se debe al mismo. Ni Helbig, ni nadie, sin embargo, ha podido presentar pruebas sobre las que asentar acusaciones tan mezquinas [...]. En cambio, las hay a cientos de que no son ciertas». Isabel de Madariaga escribe al respecto que «desde luego que Potemkin mostró a Catalina sus nuevas tierras en sus mejores galas, pero sus logros eran demasiado reales, como lo demuestran los comentarios del embajador francés y como lo han confirmado más tarde los expertos soviéticos»³⁰. También Soloveytchik cita los testimonios de primera mano del conde de Ségur y del príncipe de Ligne y añade que la propia Catalina salió al paso de la campaña contra Potemkin y, de regreso a San Petersburgo, escribió una relación del viaje explicando todo lo que se había hecho a aquellas tierras meridionales recién incorporadas al Imperio: «Los que no lo crean pueden ir allá y ver los caminos nuevos que se han abierto —escribió— y se convencerán de que las empinadas torrenteras son ahora cuestas cómodas»³¹.

Catalina se mostró especialmente orgullosa de la nueva base naval de Sevastopol, construida por mandato de Potemkin apenas conquistada Crimea, aprovechando el espléndido puerto natural que forma la larga y estrecha bahía Akhtiarskaya. Dirigió la construcción de la nueva ciudad (1783) un ingeniero naval inglés, Samuel Bentham, hermano de Jeremy. El nombre elegido era una transposición al ruso de la versión griega (*sevaste polis*), del latín *Civitas Augusta*. El nuevo puerto se hallaba situado cerca del lugar que ocupó la colonia griega de Quersoneso, de tanta importancia en la Antigüedad. Para Catalina el recién creado puerto de Sevastopol simbolizaba la capacidad de ofensiva rusa y su acreditada voluntad de hacer del mar Negro un lago ruso. Venía a ser, además, algo así como el contrapunto de Ochakov, que había desempeñado durante tanto tiempo el papel de puesto avanzado de la defensa turca frente a los rusos. Por fin Rusia tenía una base naval en sus mares meridionales que sería la base de la flota de los mares Negro y Mediterráneo y haría innecesario en el futuro el complicado traslado de la flota de Báltico hasta el sur, que solo podía hacerse contando con la buena voluntad de los ingleses, que debían prestar sus puertos como bases de aprovisionamiento de la flota rusa.

Entretanto los rusos se habían movido muy activamente en el Cáucaso, donde su aspiración era la consolidación de un Estado cristiano que girara en la órbita de San Petersburgo. Hasta entonces, Georgia había estado sometida a las influencias turca y persa y había sido un motivo de enfrentamiento entre ambas potencias, que aspiraban a dominar Transcaucasia. El rey o zar Heraclio II, amenazado por intensas rivalidades internas y por Nadir, sah de Persia, que pretendía reconstruir su imperio, pide ayuda a Rusia, que se muestra muy bien dispuesta a facilitársela. Como consecuencia, se firma el tratado de julio de 1783 en virtud del cual Georgia oriental se convierte en protectorado ruso y tropas rusas se instalan en su territorio. No era la primera vez que Georgia buscaba protección en un vecino de más allá del Cáucaso, pues, como relata Riasanovsky,

ya en 1586, reinando por tanto Iván el Terrible, los georgianos, amenazados por los musulmanes, suplicaron al zar que los admitiese entre sus vasallos. A rusos y georgianos les separaba el Cáucaso pero les unía la religión³².

Para consolidar su presencia en el Cáucaso, en 1784 los rusos fundaron la ciudad de Vladikavkaz (nombre que significa «el dominador del Cáucaso»). Este establecimiento ruso sirvió como terminal norte de la carretera militar que conducía a Tbilissi (Tiflis)³³. Los rusos consolidaban así su presencia en el Cáucaso, especialmente en Kabarda, y esperaban llevar su influencia a Ossetia. Pero los turcos no permanecieron impasibles ante esta penetración rusa y apoyaron la rebelión de Sheik Mansur, dirigente musulmán del Daguestán, que en 1785 pretendía cortar las comunicaciones entre Tbilissi y Ástrakhan. Aquel movimiento antirruso fue el primero de una larga serie de revueltas que se prolongarían durante no menos de tres generaciones y en las que se puede ver el remoto precedente de las actuales guerras de Chechenia.

Los turcos se sienten acosados y temen lo peor después de los acuerdos entre Catalina y José II. Alarmados ante la acción rusa en el Cáucaso, envían un ultimátum a Catalina, exigiéndole que abandone el protectorado que los rusos ejercían sobre Georgia oriental, y llegan a exigir que este territorio se reconozca como vasallo del sultán. Asimismo exigen la devolución de Crimea, el cierre de los consulados rusos en Jassy, Bucarest y Alejandría, y que se reconozca el derecho turco a inspeccionar los barcos mercantes rusos que circulaban por los estrechos, para impedir el paso de buques de guerra «disfrazados» de mercantes, algo que era bastante cierto. Rechazado, por supuesto, el ultimátum por los rusos, el embajador ruso en Constantinopla fue encarcelado en la fortaleza de las Siete Torres, según la acreditada costumbre turca, y las hostilidades con la Sublime Puerta, que en esta ocasión toma la iniciativa, se reanudaron en 1787. Así empezaba la segunda guerra contra Turquía del reinado de Catalina la Grande. Consciente de las dificultades de mantener una guerra en dos frentes —que podían ser tres si Suecia atacaba por Finlandia, como efectivamente hizo—, Catalina decidió retirarse de Georgia y hasta canceló la acreditación del representante georgiano en San Petersburgo, ordenando además la demolición de Vladikavkaz. Como escribe Le Donne, Heraclio, el zar georgiano, fue abandonado a su suerte³⁴.

La guerra contra Turquía continuó y en 1789 Suvorov ocupó Moldavia, pero los turcos no se rindieron. En 1790 los rusos consiguen imponerse militarmente. Por el mar logran la rendición de las fortalezas situadas en el delta del Danubio y en diciembre de aquel mismo año conquistan Izmail. Ya en 1791 los otomanos son derrotados en la batalla terrestre de Malchin, en la orilla derecha del Danubio (junio) y en la naval de Cabo Kaliakra, cerca de Varna (agosto). Este rosario de derrotas acaba con las posibilidades de resistencia de los turcos, que piden que se abran las negociaciones de paz, que culminarán en el tratado de Jassy, firmado en enero de 1792, después de un retraso ocasionado por la muerte de Potemkin. Por este tratado, Rusia obtiene la franja de costa entre el Bug y el Dniéster. En esa zona se fundó la ciudad de Odessa, entre 1792 y 1793, sobre las ruinas de una pequeña fortaleza turca, Khadzhibey, a sugerencia del vicealmirante Ribas, un español al servicio de Rusia. Catalina aceptó la sugerencia del español y, tras pedir consejo a la Academia de Ciencias, eligió Odessa como nombre de la nueva ciudad, en recuerdo de la antigua

colonia griega de Odessos, que se suponía había estado en las proximidades. El «proyecto griego» la seguía inspirando, hasta el punto de que la zona se pobló con colonos griegos³⁵. También por este tratado los turcos reconocen la anexión definitiva de Crimea a Rusia. Las adquisiciones rusas incluían un extenso territorio continental que hacían del mar de Azov un lago ruso y daban continuidad territorial a toda esta franja sur de las nuevas conquistas rusas, que ya habían llegado a los ríos Kuban y Terek³⁶.

Apenas terminada la segunda guerra ruso-turca, en enero de 1792, Catalina II, en pleno triunfo, ordena a Nikolai Repnin que prepare la invasión de Polonia desde la parte de Ucrania situada en la orilla derecha del Dniéper, territorio bajo soberanía polaca. Potemkin ha muerto y el nuevo favorito y hacedor de la política exterior rusa, Platon Zubov, había decidido, con anuencia de la emperatriz, dirigir toda la potencia de la victoriosa Rusia contra la debilitada Polonia. Austria y Prusia, cuyos intereses en Polonia eran evidentes, estaban inmersos en la lucha contra los ejércitos de la Revolución francesa en Alemania, por lo que podían dirigir su atención a lo que ocurre en el este. La aparente buena disposición de Catalina hacia su vecino occidental se había venido abajo cuando en mayo de 1791 los polacos redactaron una nueva Constitución que establecía una monarquía constitucional y hereditaria. Catalina vio en la nueva situación polaca una peligrosa e inaceptable imitación de la Revolución francesa y, en concreto, de la Constitución, que aquel mismo año había impuesto la Asamblea Nacional francesa a Luis XVI, por lo que veía en la nueva política polaca una claudicación indigna ante el jacobinismo. La invasión de Polonia se produjo en mayo de 1792 y el rey Stanislas Poniatowski capituló en el mes de julio. El segundo reparto de Polonia se consagra por medio de una convención ruso-prusiana, firmada en enero de 1793, y se utiliza como pretexto el «inminente y universal peligro» creado por el espíritu de insurrección e innovación en Polonia y por la necesidad rusa de compensar los enormes gastos exigidos para mantener el ejército en su actual «formidable nivel». Austria, muy implicada y entregada a la guerra contra Francia, no toma parte en el expolio. Como resultado de este segundo reparto, Prusia se anexiona la Posnania y las regiones de Lodz y Czestochowa, así como Danzig y Thorn. Rusia consigue la Bielorrusia central, incluida Minsk, y toda la Ucrania polaca.

La anexión se culmina en el mes de abril y, como cínicamente se había hecho en nombre de las libertades polacas, las dos potencias invasoras pretendieron que el reparto se ratificase por la Dieta polaca. Rusos y prusianos intervienen en el proceso electoral que debe elegir a los diputados de la Dieta, que, reunida en Grodno (junio de 1793), reconoció este expolio. La Dieta, además de aceptar el brutal tributo territorial, anuló la Constitución del 3 de mayo, redujo el ejército a un contingente casi simbólico de 18.000 hombres, restauró la monarquía electiva y el *liberum veto*. Es la llamada «Dieta muda», porque la moción fue declarada adoptada aunque todos los diputados permanecieron en silencio. Para acabar de rematar el expolio, Rusia impuso a la Dieta en el mes de octubre un tratado de alianza que suponía la desaparición de lo poco que quedaba de la independencia polaca.

Pero los polacos no se sometieron y, estimulados por el espíritu de la Revolución francesa, se alzaron contra la opresión rusa. El levantamiento, que exigía el restablecimiento de la Constitución del 3 de mayo, se extendió a Lituania y Volhynia y encontró un líder en Tadeusz Kosciuszko.

Después de un primer momento de indecisión, las tropas rusas al mando de Repnin y Suvorov y las prusianas, con su propio rey al frente, reaccionaron con violencia y derrotaron a Kosciuszko, que cayó prisionero en octubre. Suvorov, que tantas jornadas de gloria daría a las armas rusas, no se cubre precisamente ni de gloria ni de honor con la sangrienta matanza de los habitantes de Praga, suburbio de Varsovia (nada que ver con la capital checa) que fue tomado al asalto. El mariscal envió a la emperatriz un lacónico mensaje: «¡Hurra! ¡Varsovia es nuestra!», que fue contestado por Catalina con idéntico estilo: «¡Hurra, mariscal de campo!», expresándole así su ascenso al más elevado empleo del ejército imperial. El coronel Lev Engelhardt, que participó en el asalto, escribió al final de su vida:

Para hacerse una idea del horror del asalto, una vez acabado, es preciso haber estado presente. Hasta en el mismo Vístula se veían a cada paso muertos de todas las graduaciones y en la orilla se amontonaban trozos de los muertos entre los moribundos: guerreros, habitantes de la ciudad, judíos, monjes, mujeres, niños. Ante este espectáculo se hiela el corazón humano y la mirada se siente invadida de una gigantesca vergüenza.

Los rusos, que habían llevado el peso de la lucha contra los polacos, decidieron que había llegado la hora del reparto final, el tercero, que marca el *Finis Poloniae*, ya que borra del mapa al desgraciado país. Este expolio final queda inicialmente formalizado por el acuerdo de San Petersburgo de 24 de noviembre de 1794, firmado por Rusia y Austria, a la que se invita a participar de nuevo en el botín porque Catalina quería congraciarse con su vieja aliada ante la eventualidad de una nueva guerra contra Turquía. Ambas potencias firman en enero de 1795 con Prusia una nueva convención que consagra el reparto final. Austria reconoce la partición de 1793 y renuncia a sus reclamaciones sobre territorios situados más allá del río Bug, y se queda con la zona de Cracovia y Lublin. Asimismo reconoce la anexión por parte de Rusia de Lituania, que implicaba también la de Curlandia. Prusia, que inicialmente se había sentido al margen, fue recompensada con la zona de Varsovia y otros territorios en Bohemia y Silesia. Rusia obtiene la mejor parte —casi dos millones de nuevos súbditos—, que incluye Lituania, Bielorrusia occidental, Curlandia y Volhynia, en la Ucrania occidental.

Esta política expansionista de Catalina II resultaba difícil de justificar con argumentos que no fueran su ambición imperialista. Ucrania, Bielorrusia y los actuales países bálticos quedaban así incluidos en el Imperio, en el que permanecerán hasta finales del siglo xx, con el paréntesis, para los bálticos, de 1918-1940, en que fueron independientes. Rusia, además, completaba el dominio del golfo de Riga y toda la costa del Báltico al norte de la Prusia Oriental. Por cierto que, como recuerda el polaco Walicki, Catalina justificó ideológicamente los repartos de Polonia, así como su política balcánica, con teorías que anticipaban el Paneslavismo³⁷.

Gran Bretaña contemplaba cada vez con más inquietud el aumento del poderío y la expansión territorial de Rusia, ya que consideraba la aspiración rusa de apoderarse de Constantinopla como una mera etapa hacia la India que los británicos no estaban dispuestos a compartir con nadie y veían amenazada por la expansión rusa hacia el Cáucaso y Asia central. Se iniciaba así un largo proceso de recelos y tensiones entre Rusia y Gran Bretaña que duraría prácticamente hasta principios del siglo xx. El deterioro de las relaciones ruso-británicas llegó a ser tan serio que

Rusia y Gran Bretaña incluso estuvieron a punto de ir a la guerra en 1791, pero la Revolución francesa alteró profundamente la situación internacional así como los sistemas de alianzas y, en febrero de 1795, ocho meses después del reparto final de Polonia, Rusia y Gran Bretaña renovaron la alianza de 1742, a la que se añadió un nuevo artículo, el 15, que, según escribe Le Donne, «simbolizaba la emergencia [de ambos países] como potencias planetarias: cada una apoyaría a la otra en el caso de un ataque por parte de una potencia europea contra sus posesiones “en cualquier parte del mundo” y, por primera vez, Gran Bretaña se comprometía a apoyar a Rusia en la eventualidad de un ataque otomano». Por otra parte, se reconocía implícitamente que el Báltico quedaba en la esfera de influencia rusa, pero «se invitaba a los barcos rusos a cruzar el mar del Norte en defensa de los intereses británicos». Pitt necesitaba a Catalina como pieza básica de la primera coalición contra la Francia revolucionaria, que el primer ministro estaba tratando de armar. Pero aunque el odio de Catalina por la Revolución estaba probado —había roto las relaciones diplomáticas con Francia cuando Luis XVI fue ejecutado en enero de 1793—, hizo cuanto pudo por no comprometerse.

EL FINAL DEL REINADO DE LA GRAN CATALINA

Lo que verdaderamente influyó más en las actitudes de Catalina en los siete u ocho últimos años de su vida fue la Revolución francesa, que la impresionó y la trastornó hasta un extremo que difícilmente se puede exagerar. El cataclismo francés, con todo lo que supuso para las monarquías europeas, sorprendió por completo a Catalina, que, todavía en abril de 1787, escribía a su confidente Grimm: «No comparto la opinión de los que estiman que nos encontramos en vísperas de una gran revolución». Los acontecimientos de Francia sacan a la superficie los verdaderos sentimientos de Catalina hacia la patria de la Ilustración, que, seguramente, no eran tan fervorosos como se podía imaginar, ya que, como escribe Miliukov, «nutrió toda su vida hacia la nación francesa los sentimientos propios de una alemana»³⁸. El caso es que «poco a poco Catalina fue cerrándose a Francia y a la cultura francesa [...] se alejó de los amigos intelectuales de su juventud y ordenó la confiscación de las obras de Voltaire»³⁹. Muy simbólica de este desapego de Catalina por la Ilustración francesa y sus filósofos fue su orden de que se quitaran del Hermitage los bustos de los ilustrados que se habían colocado en plena francomanía. Solo quedó, momentáneamente, el de Voltaire, pero poco después también fue relegado a los sótanos de Palacio. Pero no todo quedó en los símbolos⁴⁰.

A medida que la Revolución se fue radicalizando, la actitud de Catalina, que empezó pensando que se trataba de un acontecimiento menor, se fue endureciendo y emprendió la persecución de los autores ilustrados rusos, que en buena medida ella había contribuido a que existieran. Radischev, autor de *Viaje de San Petersburgo a Moscú* fue detenido y condenado, así como Novikov, editor y difusor del pensamiento ilustrado. La masonería, introducida en Rusia, según algunas fuentes, por Pedro el Grande, fue prohibida, y se cerraron sus logias por orden de Catalina en 1786, tres años antes de que estallara la Revolución francesa. Cuando en 1793 Luis XVI es ejecutado, Catalina rompe relaciones con la Francia revolucionaria y se produce el acercamiento a Gran Bretaña.

Hay un acuerdo general en que la última etapa del reinado de Catalina careció de la imaginación y de la brillantez de las anteriores. Isabel de Madariaga, autora de una de las más conocidas y completas biografías de la gran emperatriz, señala que, tras la desaparición de Potemkin y de los ministros que le sirvieron durante tanto tiempo, «se rodeó de hombres de menos talla» y añade que «la misma Catalina sufría entonces el encogimiento de horizontes que viene con la edad, justo cuando la tormenta de la Revolución francesa azotaba toda Europa. Catalina se sentía cansada y no podía controlar ni los acontecimientos ni a la gente»⁴¹. Como escribe Billington,

[...] Catalina se sentía frustrada físicamente por la diferencia de edad cada vez mayor entre ella y sus cortesanos e ideológicamente por la creciente distancia entre sus viejos ideales ilustrados y la realidad de la revolución [...]. En 1791 exigió el regreso de todos los estudiantes rusos que estaban en París y Estrasburgo y declaró una guerra ideológica a la revolucionaria «constitución del Anticristo». El asesinato de Gustavo III de Suecia en un baile de máscaras en 1792, seguido poco después por la ejecución de Luis XVI y de su estrecha amiga María Antonieta, profundizaron su melancolía y desencadenaron una ridícula caza de brujas⁴².

Al igual que Iván el Terrible y Pedro el Grande, Catalina II dejó a su muerte el Imperio en plena bancarrota. Una desmesurada deuda nacional y una moneda devaluada fueron la penosa consecuencia de las aventuras imperialistas de la gran zarina, sin que, por otra parte, el despilfarro pareciera importarle demasiado, ni a ella ni a la clase dirigente rusa. A pesar de la difícil situación financiera en que se encontraba el Imperio, Catalina «gastó sus últimos años (y casi sus últimos rublos) —escribe Billington— en construir pretenciosos palacios para sus favoritos, consejeros extranjeros y parientes: Táuride en San Petersburgo y Gatchina y Tsarskoe Selo (que pretendió denominar Constantingorod) en las inmediaciones de la capital»⁴³. El imperio de los zares, como su sucesor el imperio soviético, parecía estar condenado a reproducir en sí mismo el modelo del gigante con los pies de barro. Todo era una enorme e imponente apariencia que restaba solidez a aquella enorme estructura, pero que no impidió que fuera observada, entonces y después, con enorme cautela, y aun con un indisimulado temor por las otras potencias europeas.

EL REINADO DE PABLO I (1796-1801)

Pablo I podría haber pasado a la Historia con el sobrenombre de *el mal amado*, porque no gozó del amor de sus familiares más próximos ni del respeto de sus contemporáneos. Si descontamos los inevitables aduladores que siempre abundan en torno a las gentes de su estirpe, apenas si hay datos que nos permitan atribuirle relaciones de amistad íntima o sentimientos de afecto con alguna de las personas con las que convivió antes y después de acceder al trono. Su sino, más que desgraciado, le marcó desde el mismo momento de su nacimiento. Basta recordar que sus contemporáneos nunca creyeron que fuera verdaderamente hijo de Pedro III. Y todavía los historiadores no se han puesto de acuerdo, pues aunque abunden los que estiman que, a pesar de todo, Pablo I era hijo de Pedro III, para otros no hay ninguna duda de que no lo fue.

Por razones que no están muy claras, Catalina no sintió el menor afecto por su primogénito, al que mantuvo siempre alejado, y Pablo le correspondió con el mismo desapego. Posiblemente no dejó de influir en el complicado carácter de Pablo y en el desafecto entre madre e hijo el hecho de que, en los primeros años de su vida, tan esenciales para la conformación de la personalidad como señalan psicólogos y psiquiatras, no hubo apenas trato entre ellos, ya que la emperatriz Isabel se lo arrebató literalmente a sus padres, Pedro III y Catalina II, que solo podían verlo en determinados momentos. Por cierto, un modo de actuar que Catalina repetirá al pie de la letra con los hijos de Pablo, Alejandro y Constantino, que, apenas nacidos, fueron separados de sus padres y sometidos al control directo de su abuela la emperatriz.

Más que el desapego la animadversión de Catalina por su presunto heredero llegó al extremo cuando en 1777 nació su nieto Alejandro, arrebatado por la abuela emperatriz de los brazos de su madre María Feodorovna, esposa de Pablo, apenas dio los primeros vagidos. Según relata Mourousy en su biografía de Alejandro I, Catalina llegó incluso a ordenar que Pablo fuera recluido en la sombría fortaleza de Schlüsselburg. Solo la intervención de Potemkin impidió que se llevara a cabo esta monstruosa arbitrariedad. «¡Qué vergüenza para ti, Catalina, para ti que has elegido ser rusa para que Rusia aparezca gloriosa, si algún día hicieras desaparecer a tu hijo: tu nombre, tu reinado y toda tu descendencia se cubrirían de fango por todos los siglos por venir!». Mourousy comenta: «El gran duque Pablo Petrovich, futuro emperador Pablo I, no sabría nunca hasta qué punto debía considerar a Potemkin como su salvador»⁴⁴.

Estas difíciles relaciones entre madre e hijo estuvieron presididas por la mutua sospecha. Catalina veía en Pablo al único competidor serio que, con una legitimidad de la que ella carecía, podía aspirar a desbancarla del trono. Por su parte, Pablo no podía dejar de sospechar que la voluntad de Catalina estaba detrás de la muerte de Pedro III, de quien no dejó nunca de considerarse hijo. Además, como escribe Carrère d'Encausse, «a este confuso rencor se añadía su creciente indignación ante el notorio desarreglo moral de la emperatriz, cuyos sucesivos amantes se comportaban como amos y trataban con condescendencia al heredero, todo lo cual chocaba con su natural puritanismo». Esta misma autora señala que los favoritos veían en Pablo la mayor amenaza imaginable a su posición privilegiada y afirma que este complejo problema de la

relaciones entre Catalina y Pablo se hizo especialmente agudo cuando este cumplió dieciocho años.

La única justificación que Catalina podía invocar hasta ese momento para su presencia en el trono era la minoría de edad de su hijo. Si no, ¿cómo se podía hacer aceptar a Rusia la coronación de una alemana sin ningún vínculo con este país, más o menos sospechosa, además, de la muerte de su marido? ¿Es que su reinado se podía prolongar después de que Pablo alcanzase la mayoría de edad?⁴⁵.

Todo esto creó en la Corte una crisis soterrada, pero no menos grave, que explica los planes de Catalina para desheredar a Pablo, que había sido declarado sucesor en el mismo momento de su accesión al trono.

A los diecinueve años, en 1773, Pablo fue casado con una princesa alemana, Guillermina de Hesse-Darmstadt, que murió muy pronto de sobrepeso aunque sí tuvo tiempo de engañar al gran duque convirtiéndose en amante de unos de sus mejores amigos, el conde Razumovski. Pablo ignoraba el adulterio de su esposa, a la que dedicó un cariño sincero, y solo se enteró del penoso papel que había desempeñado cuando, ya viudo, su madre, la gran Catalina, le enseñó unas cartas delatoras, se dice que para atenuar la pena que le produjo la muerte de su fugaz esposa. Pero, sin duda, la influencia de ese fracaso matrimonial en su ya retorcido carácter debió de ser muy negativa. Cinco meses después, Catalina —empeñada como Pedro el Grande en reforzar su política exterior con una intensa política matrimonial— lo volvió a casar, con otra princesa alemana, Sofía-Dorotea de Württemberg, sobrina de Federico el Grande, que tras la preceptiva conversión a la ortodoxia se llamó María Feodorovna. Pablo fue también fiel a su segunda esposa, al menos hasta que subió al trono, momento en que, siguiendo la bien acreditada tradición, eligió una amante. Alejado como estaba de la Corte imperial, durante su etapa de zarevich, Pablo creó su propia corte en las posesiones que se le asignaron, especialmente en Gatchina, muy cerca de San Petersburgo, donde prácticamente se recluyó después del largo viaje por Europa que realizó en 1783.

Catalina no solo le mantuvo alejado de la Corte y de los asuntos, sino que, como ya hemos avanzado, pensó seriamente en desheredarle, declarando sucesor a Alejandro, su nieto favorito. Solo su inesperada muerte le impidió, seguramente, llevar a cabo sus planes. A pesar de todo, Pablo se preparó para la misión a que estaba llamado lógicamente por nacimiento, con una legitimidad, además, muy superior a la de su propia madre. En esta línea redactó en 1788, cuando tenía treinta y cuatro años, un proyecto de organización del Estado que responde a los principios del despotismo ilustrado. Allí declara que para Rusia «no hay mejor modelo que la autocracia, porque combina la fuerza de la ley con el carácter ejecutivo de una autoridad única» y manifiesta su admiración por Prusia, en la que ve el ideal de la armonía. En su opinión el autócrata solo debe estar sometido a una inmutable ley de sucesión, en una muy probable respuesta a los planes de su madre de pasar por encima de él. No puede extrañar que el mismo día de su coronación, el 5 de abril de 1797, dictase un *ukase* en el que establecía el orden sucesorio según el principio de primogenitura, dentro de la casa Romanov.

La crisis entre Catalina y Pablo alcanzó su máxima virulencia a finales de los años ochenta, a

propósito de los vínculos de este con la masonería. Aceptada, en principio, por Catalina como una manifestación más de la Ilustración, la masonería y en concreto la rama de la Rosa Cruz, muy implantada en Rusia, se había convertido en una de las bestias negras de la emperatriz, que sospechaba que utilizaba a Pablo al servicio de sus fines. Catalina ordenó una investigación que confirmó las relaciones de Pablo con los Rosacruces, cuyas puritanas concepciones morales eran totalmente antitéticas con el comportamiento de la emperatriz. Para Carrère d'Encausse es entonces cuando Catalina, convencida de que había un complot en marcha para destronarla en el que su hijo estaba implicado, proyecta su sustitución como sucesor, presionando incluso a su esposa, María Fedorovna, para que Pablo renuncie al trono. Pero el sucesor presentado por Catalina, el joven gran duque Alejandro, se niega a privar a su padre de sus derechos sucesorios, a pesar de lo cual la emperatriz prosigue en su propósito, convencida, como antes que ella Pedro el Grande en relación con el zarevich Aleksis, que su hijo puede echar por tierra toda su política modernizadora, en nombre de la recuperación de las tradiciones rusas. Poco antes de morir se murmuraba en la Corte que la emperatriz estaba decidida a proclamar el nuevo sucesor el día de Santa Catalina (24 de noviembre) y se daba por hecho que existía un testamento en el que Pablo era desheredado en beneficio de Alejandro. Dice la autora francesa que «si este hecho es exacto, este testamento habría sido destruido por acuerdo entre el padre y el hijo»⁴⁶.

Apenas muerta Catalina, el 7 de noviembre de 1796, sin haber dejado ninguna previsión sucesoria conocida, Pablo subió automáticamente al trono sin ninguna dificultad e inició desde el primer momento una frenética actividad movido por su deseo patente de hacer todo lo contrario de lo que había realizado su madre. El mismo 7 de noviembre Nikolai Novikov es liberado y el 19 lo fueron Kosciuszko y otros polacos que habían tomado parte en la insurrección de 1794, entre ellos el príncipe Potocki. Del carácter frenético de la actividad de Pablo puede dar idea el hecho de que en los 1.546 días que duró su reinado promulgó 2.179 manifiestos, *ukases* y otros actos legislativos. Al lado de reformas positivas, muchos de esos actos solo obedecen al capricho del emperador, que a menudo se corrige a sí mismo y se contradice. Entre las primeras cabe citar la puesta en marcha en la Administración central de las bases para una organización de gobierno que se aproxima ya al sistema de ministerios, que empieza a sustituir al de los colegios. A Pablo le movía una intensa preocupación por incrementar la eficacia de la actuación pública y por la disminución de los costes. Es esta una de las razones principales por las que el número total de provincias pasó de 50 a 40. En el ámbito de las finanzas, Pablo trató de afrontar la ruinosa situación en que los había dejado Catalina y, mientras que esta había impreso desafortadamente papel moneda, él suprimió momentáneamente su circulación, hizo quemar públicamente seis millones de rublos de papel y alineó el valor del billete con el del rublo de plata⁴⁷.

Entre las medidas caprichosas de Pablo habría que señalar su orden de que todas las casas de la capital se pintasen de blanco y negro o la que ordenaba que se llevase el traje ruso y prohibía el atuendo francés, mientras al ejército se le obligaba vestir el uniforme prusiano. Estos caprichos en relación con la vestimenta reflejaban las preferencias ideológicas del emperador y sus opciones de política exterior.

Todo lo que exhalaba un aroma de jacobinismo —sombrosos redondos, fracs, chalecos, corbatas grandes— estaba prohibido. Estos cambios caprichosos llegaron incluso al vocabulario, en el sentido de que se depuraron del mismo los términos «sociedad» y «ciudadano», que habían penetrado en Rusia. Prohíbe incluso a los mercaderes utilizar el término *magasin*, sin dudar en enviar a la policía siempre que fuera necesario imponer que se sustituyera esa palabra por su equivalente ruso, *lavka*. Los libros, el teatro, la música procedentes de Europa se sometieron a una censura despiadada. Los rusos que viajaban por el extranjero fueron llamados y, para penetrar en Rusia, los franceses debían exhibir un pasaporte firmado en nombre de los Borbones. Las reglas de la censura eran tan estrictas que el número de publicaciones, revistas y obras se desplomó⁴⁸.

El historiador Kliuchevskii ha llegado a decir que la actividad de Pablo fue más patológica que política. En 1901 Yuri Tynianov publicó un grueso volumen de anécdotas del reinado de Pablo I que refleja un ambiente que podría calificarse de kafkiano cuando describe los absurdos excesos a lo que llevó la manía burocratizadora que impulsó Pablo personalmente. Una de las anécdotas más conocidas es la del «teniente Kijé», que inspiró a Prokofiev una conocida *suite*. Según esta historieta, un error burocrático «creó» al tal teniente, que no existía en absoluto en la realidad. Curiosamente, el militar virtual, existente solo en los expedientes, le cayó en gracia al emperador, que le promovió, en meteórica carrera, hasta el grado de general. Cuando Pablo pidió que se llevara hasta él al «heróico soldado» tuvieron que decirle que el ya general Kijé había fallecido.

En la política de Pablo no todo fue caótico, sin embargo, ya que se perciben algunas líneas claras de acción, casi todas ellas enmarcadas en su voluntad de rectificar la política de Catalina. Tal es el caso de su «política social», en la que es patente su actuación contra la nobleza y, hasta un limitadísimo punto de vista, favorable a los siervos, según todos los indicios, no tanto por un propósito de avanzar hacia su liberación como por el de limitar los poderes de los nobles sobre ellos.

La animadversión de la Corte contra Pablo era cada vez mayor. Heller da cuenta de una conversación que tuvo lugar, en 1799, entre Alexis Orlov, que, no lo olvidemos, fue el ejecutor de Pedro III, y una influyente dama de la Corte, Natalia Zagriajskaia. Se extraña Orlov de que «se soporte a tal monstruo», ante lo que la dama pregunta: «Pero ¿qué se puede hacer? ¿No se le podría estrangular?». Orlov, visiblemente sorprendido, contesta: «¿Y por qué no, querida?». Heller, que narra esta anécdota, señala que «la idea de retirarle la corona [a Pablo I] toma formas cada vez más concretas» y alude a «un proyecto de regencia justificado por la enfermedad mental que sufre el emperador», elaborado por el veterano conde Nikita Panin, que aporta casos recientes, como el del enfermo rey Jorge III, cuya regencia era desempeñada por el príncipe de Gales, y el caso similar del rey de Dinamarca Cristián VII. El proyecto de Panin preveía que la regencia fuera encomendada al gran duque Alejandro, primogénito del emperador... Superados estos trámites «legales» se pasa a la conspiración pura y simple, en la que desempeña un papel principal el conde Pedro von der Pahlen, gobernador militar de San Petersburgo, al que acompañan algunos oficiales de los regimientos de la Guardia, el último amante de Catalina, Platón Zubov, con sus hermanos y un sobrino de Panin que se llamaba exactamente igual que él y era conde como él. «Así — comenta Dukes— un conde Nikita Panin estuvo implicado en la eliminación tanto de Pedro III como de Pablo I». El propio Alejandro está al tanto de todo, aunque no participa directamente y nunca aceptó la idea de la eliminación personal de su padre. Pahlen le había garantizado que la

vida de Pablo sería conservada. Alejandro no logró superar nunca la mala conciencia que su muerte le produjo y que le dejó profundamente marcado. Dukes relata que fue Panin quien informa al zarevich de la inminencia del golpe, presentándolo como el establecimiento de una regencia en vez de como el asesinato de un monarca, pero añade: «Sin embargo, el presunto heredero podría no haber sido tan inocente, sabiendo cómo se desarrollaban los golpes de Estado rusos, como para haberse mantenido en la ignorancia acerca del probable desenlace»⁴⁹.

La conspiración culmina en la noche del 11 al 12 de marzo de 1801 con el regicidio del emperador. Aunque existen más de 40 relatos sobre el sombrío y criminal suceso, los historiadores todavía discuten las circunstancias del golpe de Estado que destronó a Pablo y los detalles de su asesinato. El regimiento Semionovski, que estaba de guardia aquella noche, no hizo mucho por impedir que un pequeño grupo de conspiradores penetrara en la cámara imperial con la pretensión de que Pablo firmara un acta de abdicación. El acosado emperador intentó primero la huida, pero, acorralado, trató de defenderse. Según relata Carrère d'Encausse, «en la confusión de la lucha, la lámpara que iluminaba la escena cae y entonces Pablo fue golpeado desde todos los lados. Los miembros rotos, la cabeza fracturada por una tabaquera, estrangulado, Pablo sucumbió a los golpes. ¿De cuál de los asesinos precisamente? La historia no dice nada». Mientras unos afirman que Pablo fue estrangulado, otros dicen que uno de los hermanos Zubov, Nikolai, le dio en la sien un terrible golpe con una tabaquera de oro. «El furor de los que habían venido a suprimirle —continúa Carrère d'Encausse—, que no podían fracasar so pena de perder ellos mismos su vida, crea un caos indescriptible. Inmediatamente, uno de los conjurados, el conde Pahlen, gobernador de Petersburgo, se dirigió hacia el heredero, Alejandro, para anunciarle que era emperador»⁵⁰.

Oficialmente se anunció que el emperador había fallecido víctima de una apoplejía. Sin ninguna dificultad subió al trono el heredero legítimo, Alejandro I, que entonces tenía veinticuatro años. La citada académica francesa, la mejor especialista en el tema del asesinato político en Rusia, subraya que

[...] este regicidio, el segundo en el espacio de dos generaciones —el hijo después del padre—, es mucho más complejo que el que había desembarazado a Catalina de su molesto marido. Mucho más trágico también. En primer lugar porque pone en cuestión —el esquema antiguo del padre matando al zarevich se invierte aquí— al heredero del trono, ya que plantea el problema de su complicidad. A continuación, porque esta vez se trata —y es el único caso en Rusia— de un regicidio propiamente político. En esta ocasión, no se trata, como en 1762, de salvar a un candidato al poder que se encuentra amenazado, ya que el heredero del trono estaba protegido por la ley de sucesión que Pablo I había promulgado. Los que han asesinado a este último no son intrigantes ávidos de llevar al poder a un pretendiente que les protegerá, sino hombres responsables que hacen una elección política.

Lo más destacado de este regicidio es el papel que desempeña el heredero Alejandro, y la académica francesa se pregunta si fue cómplice o simple beneficiario.

LA POLÍTICA EXTERIOR DURANTE EL REINADO DE PABLO I

Durante los cinco años del reinado de Pablo I (1796-1801), la política exterior continuó siendo muy activa y, sobre todo, cambiante y sorprendente. En un primer momento, la voluntad del nuevo emperador de rectificar todo lo que había hecho su madre y predecesora le lleva a mantener una política de paz, consecuente con sus ideas, contrarias a toda expansión territorial. Lo primero que hace Pablo es suspender el envío de tropas rusas al frente occidental para luchar contra la Francia revolucionaria. También ordenó el regreso de la expedición de 20.000 hombres que, al mando de Valerian Zubov, operaba en el Cáucaso.

Los triunfos de la Francia revolucionaria sacan a Pablo de su aislamiento y, aunque no estaba muy predispuesto en contra de Napoleón, le hacen mella los relatos de los emigrados instalados en San Petersburgo y, sobre todo, la ocupación por Bonaparte, en el verano de 1798, de la isla de Malta, propiedad y sede oficial desde 1530 de la Orden de la que Pablo acababa de ser elegido Gran Maestre. De este modo, desde finales de 1798 Pablo se implica en la guerra contra la Revolución, hasta el punto de que se le considera uno de los principales artífices de la segunda coalición que comprendía Rusia, Gran Bretaña, Austria, Nápoles, Portugal y Turquía, que quedó lista en 1799. Pablo toma conciencia del papel de Rusia en Europa y comprende que no puede mantenerse al margen del conflicto que afectaba al continente. Un conflicto, además, cuyo carácter ideológico era bien evidente. Y Pablo no tenía ninguna duda de cuál era su bando.

En aquella coalición había algunos aspectos sorprendentes. Nada más insólito, en efecto, que la alianza de Rusia con su enemigo tradicional, Turquía, consecuencia de la amenaza napoleónica y, en concreto, de la expedición de Bonaparte a Egipto y Oriente Próximo, territorios otomanos. La flota rusa se moviliza y una escuadra sale del Báltico y se une a los británicos, con quienes hizo una serie de operaciones en la costa holandesa en un fracasado intento de restaurar la perdida independencia de aquel reino. La fragilidad de la coalición antifrancesa quedó ya entonces a la vista, pues el poco éxito de la campaña dio origen a las primeras recriminaciones entre británicos y rusos. Mientras tanto, otra escuadra rusa del mar Negro se unió a los turcos con la pretensión de frenar la penetración napoleónica. Las operaciones se desarrollan en el invierno de 1798 en los mares Jónico y Adriático, y la fuerza combinada ruso-turca logra expulsar a los franceses de las islas Jónicas, que se convirtieron en bases rusas. Rusia se instalaba así en el Mediterráneo y recibía un confuso derecho de intervención que daría mucho juego en el futuro y que, como sabemos, venía buscando desde tiempo atrás. Asimismo efectivos rusos desembarcaban también en Montenegro, cuyo príncipe-obispo, el metropolitano Pedro I Petrovich, había pedido protección al zar, a finales de 1799, para defenderse de Austria.

Pero Pablo I no se conformaba con las islas Jónicas y, para consolidar su creciente influencia en el Mediterráneo, aspiraba a ocupar Malta, de cuya Orden había logrado hacerse proclamar Gran Maestre en noviembre de 1797. Sus simpatías por el catolicismo y, sin duda, el evidente valor estratégico de la isla promovían esas pretensiones, que Pablo, ingenuamente, compartió con los ingleses, que, hipócritamente, desaconsejaron al almirante Ushakov la operación que este había

planeado, con diversos pretextos, aunque la razón última era que querían mantener a los rusos fuera de lo que consideraban su zona exclusiva de influencia. En septiembre de 1800 los ingleses expulsaron a los franceses de Malta, pero se negaron a devolvérsela a la Orden cuyo Gran Maestre era Pablo. El emperador ruso, resentido, se enteró entonces de lo que significaba lo de «la pérfida Albión» y en noviembre de 1800 embargó todos los barcos británicos anclados en puertos rusos y ordenó el internamiento de 1.000 marinos. Rusia e Inglaterra se enfrentaban no solo en Asia, sino también en el Mediterráneo.

Pero además de estas operaciones navales en el Mediterráneo, las tropas rusas intervienen en las operaciones continentales. La lucha directa contra la Francia revolucionaria —que Catalina no había llegado a poner en práctica— se hizo así realidad con Pablo I. A petición del emperador Francisco II de Austria, incapaz de soportar la presión militar de los franceses, un ejército ruso al mando de Suvorov llegó al norte de Italia en abril de 1799, donde obtuvo brillantes victorias. El 10 de abril toman Brescia, el 27 de mayo Turín, en agosto vencen en Trebia y Novi, y el 30 de septiembre Suvorov entra en Roma, entre el alborozo de los romanos, que gritan «¡Viva Paulo Primo! ¡Viva Moscovito!». Una vez más, las victorias rusas preocupan a sus aliados casi tanto como a sus enemigos, y una vez más, también, profundos desacuerdos enfrentan a Suvorov con sus colegas austriacos. Esa es la razón de que se les pida a los rusos que se trasladen a Suiza, adonde llegan después de una épica travesía de los Alpes. Suvorov es elevado por Pablo al rango de «generalísimo», pero Massena le derrota cerca de Zurich y poco después los rusos reciben orden de retirarse, mientras Pablo I escribía, irritado, a su colega austriaco, Francisco II, protestando por «mis tropas abandonadas y entregadas al enemigo por su aliado».

A partir de ahí se va a producir una espectacular reversión de alianzas y, poco después de la paz de Luneville (1801), que pone fin a la segunda guerra napoleónica, se produce un acercamiento entre Rusia y Francia. Poco antes, Bonaparte, todavía Primer Cónsul, envía a Pablo los 7.000 prisioneros rusos capturados por los franceses en Suiza y le escribe (21 de diciembre de 1800) expresándole su convicción de que si «las dos naciones más poderosas del mundo se unen, impondrán la paz». El emperador ruso, al recibir la carta de Bonaparte, habría cogido un mapa de Europa, y doblándolo por la mitad habría exclamado: «Así y solo así es como podemos ser amigos».

El nuevo entendimiento de Pablo con Bonaparte alcanza un grado sorprendente y, como escribe Carrère d'Encausse,

[...] los enviados de Pablo I exhortaron a Bonaparte a sentarse en el trono de Francia y a proclamar el carácter hereditario de su dinastía, todo lo cual el futuro Napoleón I escuchaba con un no disimulado placer [...]. Para subrayar su simpatía por Bonaparte, en el que veía al hombre que pondría fin a la Revolución, Pablo expulsa al futuro Luis XVIII de Mitau, donde hasta entonces le había acogido.

Pero este cambio de aliados acabó por poner a todos los campos en su contra, tanto a los Estados de la coalición, empezando por Inglaterra, como a los legitimistas franceses. «En su propio país, Pablo tenía dificultades para justificar su repentina francofilia, que sucedía a la bien reciente persecución de todo lo que era francés»⁵¹.

Pablo I también tuvo que luchar en el Cáucaso, pues, desde 1795, el nuevo sah de Persia, Agha Muhamad, había iniciado las hostilidades decidido a impedir que Georgia basculara hacia la órbita de influencia rusa. La guerra se prolongó hasta 1801 y fue favorable a los rusos, que anexionaron al Imperio el cristiano reino transcaucasiano. La monarquía georgiana fue abolida y la Iglesia colocada bajo la autoridad del Sínodo ruso. La anexión comprendía la Georgia oriental, esto es, toda la zona en torno a Tbilissi, que quedaba unida al territorio ruso por el entrante del Vladikavkaz. En el marco del «proyecto indio» y de la nueva política antibritánica, Pablo concibió el desmesurado plan de invadir India por tierra. El plan consistía en el desembarco en Astrabad, en la orilla del Caspio, y proseguir por Herat y Kandahar hasta India. El plan le fue propuesto a Napoleón con todo detalle en 1801, en una larga carta que Pablo le envió. 35.000 cosacos atravesarían el Turquestán reclutando a su paso guerreros de las tribus turcomanas. Al mismo tiempo un ejército francés con efectivos similares descendería por el Danubio y, en barcos rusos, cruzaría el mar Negro, y por el Don, el Volga y el Caspio llegaría a Astrabad, donde se encontraría con los rusos. A continuación, el ejército combinado atravesaría Persia y Afganistán para llegar a India. En su carta Pablo estimaba que los franceses tardarían 20 días en llegar al mar Negro, en 55 alcanzarían Persia y en otros 45 llegarían al Indo. En total la expedición llegaría a su objetivo en cuatro meses. A las poblaciones de India se les explicaría que Francia y Rusia, «movidos por la compasión», se proponían liberarlos «del yugo tiránico y bárbaro de los ingleses». Napoleón no hizo caso de semejante plan, que ignoraba las enormes dificultades que implicaría atravesar un territorio tan amplio y desértico, aunque Pablo no vacilaba en afirmar que existían «amplios y espaciosos caminos», que había agua en abundancia, así como forraje para los caballos y alimento para la tropa, ya que «el arroz es muy abundante»⁵².

A pesar del rechazo de Napoleón, que, además, tenía a sus tropas ocupadas en otros frentes, Pablo ordenó en enero de 1801 que 22.000 cosacos del Don se pusieran en marcha, vía Orenburg, Khiva, Bukhara y el paso de Khyber, para llegar al valle del Ganges, destruir las factorías británicas y provocar un levantamiento de la población contra Inglaterra. Hopkirk escribe que se sabe poco de los detalles de la expedición, que llegó hasta la orilla norte del mar de Aral. Alejandro I canceló la expedición tan pronto como subió al trono, impidiendo así que la descabellada idea de su padre terminase en catástrofe, ya que hay pocas dudas de que el clima, las enfermedades, la escasez y los ataques de las tribus nativas habrían diezmado la tropa cosaca y los supervivientes se habrán tenido que enfrentar con los bien entrenados regimientos europeos y nativos del ejército de la Compañía de Indias, apoyados, además, por artillería. El «Gran Juego» que iba a enfrentar a Rusia y Gran Bretaña hasta bien avanzado el siglo XIX comenzaba a diseñarse.

Durante el reinado de Pablo I se consolidó la presencia rusa en Alaska. En julio de 1799, Aleksandr Baranov, primer gobernador ruso de Alaska fundó fuerte San Mikhail, destruido por los indios tinglit en 1802 y refundado en 1804 como Novo Arkhangelsk. Baranov trasladó allí la sede de la Compañía Rusa de América, que hasta entonces había estado en Kodiak. Desde allí Branov amplió el área de influencia rusa.

LA CULTURA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII

Con la influencia francesa comienza un siglo de «cultura aristocrática» que se extenderá aproximadamente entre 1756 y 1855, etapa que ha sido denominada «la edad de oro de la aristocracia rusa». El francés se convierte en la lengua habitual en que se hablan los nobles, que incluso piensan en francés y, por supuesto, escriben en este idioma, aun cuando muchos de ellos desempeñen también un importante papel en la creación de la moderna literatura rusa. Un caso bien característico es el de Pushkin, que casi aprendió antes a leer en francés que en ruso, como cuenta en su biografía Henri Troyat. El hermano menor de Pushkin, Léon, escribirá que «Pushkin estaba dotado de una memoria extraordinaria y a los once años sabía de memoria toda la literatura francesa». Se trata, sin duda, de un caso excepcional, dadas las excelentes cualidades del gran poeta ruso, pero que respondía a la situación y las tendencias de la época, como muestra esta queja del canciller conde de Vorontsov, en 1805, que también recoge Troyat: «Rusia es el único país en el que se descuida la lengua materna y en el que todo lo que se refiere a la Patria es ajeno a la joven generación»⁵³.

Es, precisamente, durante el reinado de Isabel cuando se puede percibir un auge cultural, tanto en el aspecto de la creación como en el institucional. Las historias clásicas y las cronologías de este reinado señalan tres fechas, referidas a tres acontecimientos típicamente culturales, como las más importantes de la etapa isabelina: la fundación de la Universidad de Moscú (1755), la del teatro público de San Petersburgo (1756) y la de la Academia de Bellas Artes (1757). Por su parte, un biógrafo clásico de Isabel, Nikolai Ivanovich Kostomarov, estima que los dos actos más importantes del reinado, en el ámbito del gobierno interior, son la propagación de la instrucción y la supresión de las aduanas interiores. Este auge cultural isabelino está representado de la mejor manera imaginable por la excepcional figura de Mikhail Lomonosov, considerado el primer gran sabio ruso y, según un historiador de la literatura rusa, Dmitri Mirsky, «verdadero fundador tanto de la nueva literatura rusa, como de la nueva cultura [...] y padre de la nueva civilización rusa». A Lomonosov se le considera un típico hombre del Renacimiento, un hombre universal, que fue tanto un científico y un educador como un poeta, un ensayista o un historiador, que se interesó, en suma, por todas las ramas del saber humano. Asimismo fue autor de la primera gramática rusa, publicada en 1755, que gozó de una enorme influencia. No es una casualidad que, como recuerda Billington, Lomonosov junto con Pushkin sean las únicas figuras de la historia cultural rusa admiradas y reconocidas como propias por todas las corrientes del pensamiento ruso, y Riasanosvsky considera a Lomonosov «el homólogo ruso de los grandes sabios universales de Occidente»⁵⁴.

Durante el reinado de Isabel se desarrolla también muy notablemente la publicación de libros, a pesar de las dificultades que existían para conseguir traducciones fiables. La actividad editorial alcanza el punto culminante del siglo durante el reinado de Catalina la Grande, hasta el punto de que el número de libros publicados en los años sesenta y setenta es siete veces mayor que el de los editados en las dos décadas anteriores. Además, mientras que a principios de siglo los pocos libros

que se publicaban tenían siempre un carácter religioso, de los 8.000 libros publicados en la segunda mitad del siglo (la mayor parte durante el reinado de Catalina), el 40 por 100 versaban sobre materias profanas. En este período aumenta también el número de libros importados. El libro extranjero que, seguramente, gozó de mayor popularidad en Rusia en esta época fue las *Aventuras de Telémaco* del francés Fénelon.

Esta eclosión cultural no se limitó a las grandes capitales, Moscú y San Petersburgo, sino que tuvo también su reflejo en las provincias, en las que empiezan a publicarse periódicos, los primeros de los cuales aparecieron en Yaroslavl y en Tobolsk, en plena Siberia. La moda de utilizar preceptores extranjeros para educar a los niños y a los jóvenes es imitada por las familias nobles y burguesas de las provincias, lo que contribuye a implicarlas en el movimiento cultural. Al servicio de este movimiento se crean una serie de revistas, la primera de las cuales aparece también en la fecha estelar de 1755, editada por la Academia de Ciencias.

EL REINADO DE ALEJANDRO I: DE LA ESPERANZA REFORMISTA A LA DECEPCIÓN AUTORITARIA

FORMACIÓN Y JUVENTUD DE ALEJANDRO PAVLOVICH

En el mismo momento de su nacimiento, el 24 de diciembre de 1777, en el recién estrenado palacio de Tsarskoe Selo, Alejandro Pavlovich les fue arrebatado a sus padres, el futuro Pablo I y María Fedorovna, y fue puesto bajo la tutela inmediata de su abuela, la gran Catalina, que dirigió su educación, así como la de su hermano Constantino, dos años menor que él. De alguna manera podríamos decir que Alejandro fue objeto, o víctima, de un contradictorio experimento educativo, ya que si, por una parte, se le familiariza desde muy niño con las ideas de la Ilustración, que, a diferencia de su hermano, abraza con entusiasmo, por la otra se quiere hacer de él un digno heredero —y hasta un sucesor inmediato— de la autocracia de Catalina y de su política de expansión imperial.

Catalina traza con el mayor detalle lo que hoy llamaríamos el plan de estudios de sus nietos los grandes duques, fija los principios que deben regir su proceso educativo y elige cuidadosamente a los profesores que deben impartir las enseñanzas. En 1786, cuando Alejandro no había cumplido todavía los nueve años, Catalina decide encomendar la educación de sus dos nietos a un suizo del cantón del Vaud, Frédéric Cesar La Harpe, que había llegado a Rusia en 1782, «contratado» por Grimm, el «agente» intelectual y propagandístico de la emperatriz. La Harpe había fascinado a Catalina por su conocimiento de la obra de su paisano Rousseau y de otros muchos de los autores más leídos del momento. Además era un hombre bien parecido, lo que, para Catalina, era siempre una buena carta de recomendación. Su identificación con las ideas de la Ilustración y la soltura con que se refería a los medios intelectuales de París, que conocía muy bien, convencieron a la emperatriz de que nadie mejor que él para encargarse de la educación de los grandes duques, a los que ella quería convertir para el futuro en prototipo de «soberanos ilustrados». Y ello a pesar de que los sentimientos republicanos del nuevo preceptor eran más que evidentes. Desde el primer momento, Alejandro, muy sensible a la belleza, tanto femenina como masculina, se siente fascinado por su nuevo preceptor y, al instante, se establece entre ambos, como escribe Mourousy, «una especie de corriente magnética», cuyos efectos se dejarían sentir durante muchos años y seguiría siendo patente y efectiva cuando Alejandro se convirtió en

emperador¹. Por el contrario, Constantino no se sintió en absoluto atraído por el nuevo profesor, al que consideró, desde el primer momento, insolente y pretencioso².

La Harpe atiborró aquellas mentes infantiles con lecturas incesantes de los autores de moda, que no siempre fueron bien asimiladas por Alejandro, el único que las seguía con interés. Constantino, efectivamente, ignoró todas aquellas lecturas, que no suscitaban en él la menor curiosidad. Rousseau, Locke, Gibbon, Mably y muchos más fueron leídos y comentados por La Harpe y dejaron una impronta duradera en la receptiva mente de Alejandro. Esta educación, fundamentalmente humanística, se completaba con la obligada formación militar, por la que Alejandro no sentía ninguna atracción y que consistía en ejercicios prácticos que se desarrollaban en Gatchina, palacio construido por Rinaldi y situado a unos 24 kilómetros de San Petersburgo, donde vivían, casi confinados, los padres de Alejandro, Pablo y María Fedorovna. Allí se había creado una pequeña corte en la que se organizaban con frecuencia desfiles militares, que le servían a Pablo para dar rienda suelta al prusianismo que había heredado de Pedro III.

Las visitas a Gatchina eran casi las únicas ocasiones en que Alejandro y su hermano tenían oportunidad de estar con sus padres. Alejandro, en aquellas ocasiones, hablaba con entusiasmo de La Harpe, pero sus padres, sobre todo Pablo, descalificaban sin ningún miramiento a aquel «sucio jacobino», con la consiguiente confusión del joven Alejandro, que adoraba al maestro y sus enseñanzas. Mientras que el suizo le decía que todos los hombres son iguales, Pablo afirmaba que los hombres debían ser tratados como perros y prohibía a su hijo que utilizase en su presencia la palabra «república», de la que, a veces y de acuerdo con las lecciones de La Harpe, hablaba con pueril entusiasmo el futuro Alejandro I.

A pesar de estas discrepancias, Alejandro sentía un cariño espontáneo por sus padres y nunca pudo entender por qué la poderosa Catalina los mantenía alejados de la Corte. Muy pronto, sin embargo, se dio cuenta del proyecto de esta de saltarse a Pablo en el orden sucesorio y designarle a él como sucesor inmediato. El joven Alejandro, ayuno de cualquier ambición, rechazó siempre de plano aquel designio de su abuela, por la que, por otra parte, nunca pudo sentir un afecto sincero. La pública conducta de esta con su interminable cohorte de amantes, rayana siempre en el descoco, perturbaba aquella mente infantil que no lograba entender aquel complejo mundo en el que tenía que moverse. En medio de aquella confusión, su única referencia segura era La Harpe, por el que llegó a sentir un desbordante afecto.

La tensión en el seno de la familia imperial rusa se hizo cada vez más insoportable, a medida que Catalina, sobre todo desde 1791, insiste una y otra vez en su propósito de desheredar a Pablo. Situado entre Tsarskoie Selo y Gatchina, el joven gran duque se resiste tanto a la forzada ruptura con sus padres como a los planes de su abuela de colocarle en el trono a su muerte, descartando a Pablo, cuyos derechos eran obvios. Muy posiblemente es en esta época cuando Alejandro empieza a experimentar un sentimiento de rechazo del poder y de las exigencias que implican las responsabilidades imperiales. Esta actitud, que se convierte en un factor clave de su compleja personalidad, no le abandonará nunca y se hará aún más perceptible en los últimos años de su reinado. En aquel período final de su reinado y de su vida, esta repugnancia por cuanto significa el poder político aparece frecuentemente en las conversaciones con sus íntimos y la idea de la

abdicación, con la que también jugó en sus años juveniles, viene una y otra vez a sus reflexiones. Su hermano Constantino tampoco tuvo ningún apego por el poder, como queda a la vista por su anticipada renuncia a sucederle cuando en 1825 Alejandro muere (o desaparece, como dice la leyenda y algún historiador) sin hijos. No se puede decir lo mismo de su ambiciosa hermana Catalina, que acarició la idea de ocupar el trono en el que su hermano parecía sentirse tan incómodo, a pesar de que entre ambos también existió un desbordante afecto.

A los dieciséis años, Catalina II dio por terminada la educación de su dilecto nieto e inmediatamente le buscó una esposa, que, siguiendo la tradición de la Casa Imperial rusa, no podía ser sino una princesa alemana. La elegida es la jovencísima hija del margrave de Baden, Luisa, que solo tenía catorce años y que tras el matrimonio, celebrado el 3 de octubre de 1793, y la obligada conversión a la Ortodoxia de la esposa será llamada Isabel Alekseiévna. Adam Czartoryski, el príncipe polaco, el mejor y más que amigo íntimo de Alejandro, escribirá: «Es imposible contemplar una pareja más bella. Los dos brillan por su gracia, por su juventud, por su bondad». La joven esposa mantendrá durante toda su vida una intensa correspondencia con su madre, que es una valiosísima fuente documental para el conocimiento del reinado de Alejandro I.

Alejandro dedica su tiempo a sus amigos, con los que ahora habla insistentemente de política, recuperando, poco a poco, un interés por los asuntos públicos que sus educadores habían echado tanto en falta. Alejandro y estos amigos íntimos, todos ellos empapados de los ideales de la Ilustración, critican con dureza la política de Catalina, primero, y de Pablo después. De todos estos amigos el más importante y el más íntimo es Adam Czartoryski, patriota polaco que, después del levantamiento de Kosciusko, en 1794, había sido invitado a instalarse en San Petersburgo, donde tramará una estrecha amistad con el gran duque que durará, con altibajos, toda la vida. El lugar que en los afectos de Alejandro había ocupado hasta entonces La Harpe —despedido por Catalina cuando se le hace ver que las ideas del suizo son «idénticas» a las de los revolucionarios franceses que acaban de ejecutar a Luis XVI— será ocupado a partir de ese momento por el príncipe polaco, siete años mayor que Alejandro, que se convierte en el confidente íntimo del futuro zar.

LA PRIMERA ETAPA DEL REINADO: LAS REFORMAS

Alejandro I sube al trono a los veintitrés años y muere veinticinco años después, a los cuarenta y ocho, un cuarto de siglo durante el cual tanto la política interior como la exterior de Rusia experimentan enormes virajes. Como era habitual, el nuevo emperador publica un manifiesto en el

que explica sus propósitos políticos. Consciente del estado de opinión de la Corte, que gustaba de contraponer la penosa situación a que, en su estimación, había llegado Rusia bajo Pablo I con los brillantes días del reinado de Catalina la Grande, Alejandro promete volver a los modos y estilo de gobernar de su abuela. Algunos de los primeros actos del nuevo emperador dieron satisfacción a las expectativas y, en esa línea, una amnistía devolvió sus dignidades a unas 12.000 personas que habían sido castigadas por Pablo I. Se anularon las medidas que restringían los viajes al extranjero y la entrada en Rusia, se suavizó la censura y se autorizó de nuevo la actividad de los editores privados.

Pero muy pronto aquellas nacientes esperanzas quedaron defraudadas. Un testigo de la época, el alemán del Báltico, Gustav Rozenkampf, que desempeñó un papel importante en las reformas de los primeros años de Alejandro I, escribió que «quienes esperaban que el emperador Alejandro retornase al sistema de gobierno y legislación de la gran emperatriz se equivocaron cruelmente». Se hicieron incluso muchos nuevos *ukases* inspirados en los ideales liberalizantes de Alejandro, pero sus propósitos se quedaron en las páginas de los códigos y no pasaron nunca a la realidad, porque, como escribe Saunders, «en Rusia la distancia entre publicar decretos y asegurarse de que tendrán efecto era inmensa»³. Se explica así que la comisión legal creada en 1801, que a primera vista podía parecer una reedición de la famosa Comisión Legislativa creada por Catalina, no fuera ni sombra de aquella. Alejandro incluyó en su equipo dirigente al «liberal» Aleksandr Radischev, indultado de su destierro en Siberia. Pero al frente de la misma puso a un conservador a ultranza, Zavadovskii, que ante las propuestas radicales de cambio del escritor llegó a preguntarle si no había tenido ya destierro suficiente en Siberia. Poco después Radischev se suicidó.

Pero desde el primer momento el nuevo emperador confió más en sus íntimos amigos que en las instituciones formales como inspiradores y consejeros de su política. Se constituye así lo que los historiadores han denominado el Comité Secreto, Íntimo o Extraoficial, que funcionó durante dos años y en el que se abordaron los asuntos más importantes, tanto internos como internacionales. Formaban parte del Comité Czartoryski, Stroganov, Kochubei y Novosiltsev, y mientras residió en San Petersburgo, entre agosto de 1801 y mayo de 1802, el antiguo tutor de Alejandro, La Harpe, fue una especie de miembro «externo» del Comité. Estos jóvenes amigos del emperador tenían grandes proyectos y ambiciones políticas y algunos de ellos tomaron abundantes notas de los trabajos y discusiones del Comité, lo que hace posible un detallado conocimiento de cuáles fueron las preocupaciones de aquellos decididos reformadores que acariciaban grandes proyectos, casi todos ellos frustrados. Alejandro llamaba en broma a este grupo «mi Comité de Salud Pública», una alusión a la Revolución francesa que, como escribe Riasanovsky, «habría producido escalofríos en la espalda de sus predecesores»⁴.

El nuevo equipo gobernante se enfrentó enseguida con los dos problemas más graves que lastraban cualquier proyecto racional de reformas: la autocracia y la servidumbre. Todos saben que ahí radican los más serios obstáculos para situar a Rusia a la altura del tiempo y ponerla en sintonía con la Europa del momento, pero, una y otra vez, estos problemas se abordan, se estudian

para, finalmente, dejarlo todo como estaba. Aparecen muy pronto las inconsistencias del pensamiento de Alejandro, sus «disonancias cognoscitivas», ya que si, por una parte, acepta las enseñanzas de su maestro La Harpe, según las cuales «la Ley está por encima del monarca», por la otra no se atreve a dar el paso de autolimitar sus poderes. Heller escribe que el dilema, la cuadratura del círculo que Alejandro no era capaz de resolver, se podría enunciar así: «¿Cómo limitar la autocracia sin restringir los poderes del soberano?». Y relata una anécdota muy conocida según la cual el veterano poeta Derzhavin, que había sido nombrado ministro, discutió en cierta ocasión con Alejandro acerca de un asunto de gobierno, defendiendo con tenacidad sus puntos de vista. El joven emperador, irritado por la tozudez del poeta, que andaba entonces por los sesenta años, exclamó: «¡Siempre quieres darme lecciones! ¿Soy yo un autócrata o no? Pues bien, yo hago lo que quiero». Heller añade: «Señalemos que esta conversación tuvo lugar en el período más liberal del reinado»⁵.

La cuestión de la servidumbre también es abordada por el Comité Íntimo, que se siente impotente ante la magnitud del problema, ya que cualquier medida en relación con este vidrioso asunto suscita inevitablemente la reacción de la nobleza, que tiene en la servidumbre el fundamento de su propio poder. Czartoryski es quien se muestra más beligerante contra una institución que considera inmoral, porque no es admisible someter a ningún hombre a la esclavitud. Pero los amigos del zar no se atreven a dar los pasos precisos para convertir en realidad sus elevados ideales y no van más allá de la aceptación de unos vagos proyectos que se limitan a proponer un abordaje gradual del problema, que, de hecho, remitía su solución *ad calendas graecas*.

Durante este período se aborda también la reforma de la estructura del gobierno. El 8 de septiembre de 1802 los antiguos Colegios de Asuntos Exteriores, Guerra y Marina se transformaron en ministerios y se crearon de nueva planta los de Interior, Hacienda, Instrucción Pública, Justicia y Comercio. Este último fue suprimido algún tiempo después y, en su lugar, se creó un Ministerio de Policía: todo un cambio bien significativo. Asimismo se redefinieron las funciones del Senado, concebido como máximo órgano de control del Estado sobre la Administración y las instancias judiciales superiores. También preocupa a Alejandro la organización del vasto Imperio y, por influencia de La Harpe, se interesa por el federalismo, que por aquel tiempo se había convertido en un tema novedoso por el patente éxito de los Estados Unidos de América, hasta poco antes colonias británicas. Según parece, trató incluso de establecer contacto con Thomas Jefferson, que había sido elegido presidente en 1800 y había comenzado a ejercer el poder el 4 de marzo de 1801, solo unos días antes de que Alejandro accediera al trono. Pero los planes descentralizadores de este se limitaron a una limitada reforma de los *gubernii*, que, junto con otros órganos locales, dispusieron de una mayor autonomía.

Pero aunque aparecen los ministerios, que son una realidad efectiva desde 1811, e incluso se crea un Comité de Ministros, no se perfila nada parecido a un gobierno o gabinete porque Alejandro no estimula a sus componentes para que hagan un trabajo coordinado. No se produce, en consecuencia, una auténtica modernización de la administración del Estado y, como señala un experto en la administración zarista, N. P. Eroshkin, el último vestigio del dieciochesco y

anticuado sistema colegial no desaparecerá hasta 1863⁶.

En el ámbito de la política religiosa, los primeros años del reinado de Alejandro se distinguieron por el espíritu de tolerancia de que hizo gala el emperador, que, como señala Heller, se originaba sobre todo en su indiferencia por la religión oficial, en la que solo veía un instrumento de educación del pueblo. Personalmente, Alejandro se sentía atraído por todo lo que sonara a esoterismo y por un vago e impreciso misticismo. Esto explica que la masonería, que había sido tan perseguida durante el reinado de Catalina, goce entonces de un enorme predicamento, hasta el punto de que se puede decir que controló el poder. De los amigos de Alejandro que formaban su Comité Íntimo se decía que todos eran masones. También lo era el príncipe Aleksandr Golitsyn, que fue nombrado Alto Procurador del Santo Sínodo, lo que hacía de él una especie de jefe laico de la Iglesia ortodoxa. Y el propio Alejandro parece que se interesó por la masonería desde que en 1803 recibió a un importante masón de la época, I. Beber, al que le dijo: «Lo que me contáis de esta sociedad me obliga no solo a concederle mi protección, sino también a solicitar ser aceptado entre sus miembros». Y según diferentes versiones que aporta Heller, Alejandro habría sido iniciado en Erfurt en 1808, en San Petersburgo en 1812 o en París en 1813, al mismo tiempo que Federico Guillermo III, rey de Prusia⁷.

También abordó Alejandro la «cuestión judía», que se plantea como consecuencia de la integración de un millón de judíos, tras los repartos de Polonia. En 1791, reinando todavía Catalina II, se había establecido una amplia «zona de residencia», que comprendía la Pequeña Rusia, la Nueva Rusia, Crimea y las nuevas tierras procedentes del expolio polaco. Los judíos no podían abandonar este territorio y, dentro de él, solo podían instalarse en las ciudades, pero no en el campo. Pocos años después, Catalina les impone un impuesto de capitación que era el doble de lo que pagaban los cristianos. En tiempos de Pablo I, el poeta y político Gavriil Derzhavin había sido enviado a Bielorrusia para informar sobre el comportamiento de los judíos. Como consecuencia de su informe se creó una comisión especial y en 1804, ya bajo Alejandro I, se promulgó un «Reglamento sobre los judíos» que mantenía, ampliada con Ástrakhan y el Cáucaso, la «zona de residencia», en cuyo seno, se decía, los judíos se deben beneficiar de «la protección de la leyes, en igualdad con los otros súbditos rusos». Se mantenía la prohibición de vivir en el campo, y también el comercio del vino, y se permitía que los niños judíos ingresaran en todos los centros de enseñanza, así como «crear escuelas particulares», es decir, centros de enseñanza inspirados en su religión.

El balance de esta etapa reformista del reinado de Alejandro I no puede ser más decepcionante. Ninguno de los dos problemas más graves de Rusia, la servidumbre y la autocracia, se abordaron en serio y apenas si mejoró la suerte de la inmensa mayoría de la población del Imperio, abrumadoramente rural. En el aspecto positivo, se pueden señalar las medidas referidas a la educación, a la que, como no encontraba tantas resistencias, se dedicaron importantes partidas presupuestarias, después de la creación en 1802 del Ministerio de Instrucción Pública. En 1825 Rusia contaba, además de la de Moscú, con otras cinco universidades, 48 centros de enseñanza secundaria y 337 escuelas primarias superiores del Estado. Alejandro I fundó las universidades de Kazán, Kharkov, San Petersburgo y Vilna (Vilnius), en ocasiones a partir de centros ya existentes,

y restableció en 1802 la Universidad de Dorpat (Tartu), en Estonia, que había sido fundada por Gustavo Adolfo de Suecia en 1632 y cerrada en 1710. En Finlandia existía otra universidad en Abo (Turku) y, ya en 1827, se creó otra en Helsinki. Pero estos centros de enseñanza, que aumentaron notablemente, sin duda, la oferta educativa, eran frecuentados por una parte muy reducida de la población juvenil e infantil, generalmente perteneciente a la nobleza o a la burguesía mercantil acomodada. Las universidades, que gozaban de una amplia autonomía, contaban, como mucho, con unos pocos centenares de alumnos y en 1825 los alumnos de segunda enseñanza eran 5.500. Riasanovsky señala la importancia de la iniciativa privada, que se sumó al esfuerzo del Estado y que estuvo presente en la fundación de la Universidad de Kharkov, además de impulsar la creación de otros dos centros de enseñanza superior, la Escuela de Derecho Demidov, de Yaroslavl, y el Instituto Histórico-filológico del príncipe Bezborodko, en Nezhin. También fundó Alejandro el célebre Liceo Imperial de Tsarskoie Selo, uno de cuyos primeros alumnos fue Pushkin⁸.

ALEJANDRO I Y NAPOLEÓN: ENTRE LA AMISTAD Y LA RIVALIDAD

Durante los primeros años de su reinado, en los que, por otra parte, las reformas interiores eran el asunto prioritario, Alejandro I opta por una política exterior sin compromisos, que se concreta en la neutralidad rusa. Era, desde luego, lo más conveniente para el nuevo monarca en un momento de tanta agitación en el escenario internacional europeo. Alejandro opta por la paz, como había hecho su abuela en los primeros tiempos de su reinado. Según relata Adam Czartoryski en sus *Memorias*, «el emperador hablaba con la misma repulsión de las guerras de Catalina y de la locura despótica de Pablo». Su primer ministro de Exteriores, Nikita Pavlovich Panin, sobrino de Nikita Ivanovich Panin, que había desempeñado un papel tan destacado en este mismo ámbito exterior durante el reinado de la gran Catalina, fundamentó su política en el tradicional concepto del equilibrio de poder, pero con una clara opción neutralista. Pero esto no quería decir que no hubiera que permanecer atentos a lo que sucedía en los países vecinos, Turquía, Suecia, Austria y Prusia. Tampoco que no se buscasen las alianzas precisas para que, cuando llegasen las dificultades, Rusia tuviera en quién apoyarse. Para Panin era obvio que Gran Bretaña era el aliado natural de Rusia, lo que condujo a un progresivo alejamiento de Francia, país con el que Pablo I había trabado una estrecha relación. Pero, como señala Saunders, nadie en la Corte compartía las intenciones de Panin de mejorar las relaciones con Gran Bretaña⁹.

Sin embargo, Rusia seguía estando obligadamente interesada en los asuntos europeos en general y se veía a sí misma como una gran potencia cuya voz debería escucharse a la hora de resolver las grandes cuestiones internacionales. Alejandro pidió a su embajador en Londres, Simón Vorontsov, que trabajase por el restablecimiento de la armonía anglo-rusa, pero esta anglofilia era muy limitada y, en esta línea, reclamó de los británicos el reconocimiento de los derechos marítimos de los países neutrales del Báltico, asociados de Rusia, oponiéndose a las tradicionales pretensiones británicas sobre los buques neutrales y considerando «piratas» a los buques británicos que los atacasen. Al mismo tiempo, se recordaba a Londres que el mar Negro estaba cerrado a los buques de Su Graciosa Majestad.

Bonaparte, en el momento culminante de su poder, había decidido reorganizar el Sacro Imperio Germánico, pero el todavía Primer Cónsul sabía que esa reorganización no podría llevarse a cabo sin el acuerdo con el zar, que se consideraba protector de los pequeños principados alemanes con los que la familia Romanov tenía abundantes vínculos de parentesco. El mismo Alejandro estaba casado con una hija del margrave de Baden. Bonaparte deseaba también el entendimiento con el zar en relación con sus proyectos mediterráneos y orientales. Un proyecto común franco-ruso sobre Alemania quedó ultimado en el verano de 1802 e inmediatamente después fue enviado a la diputación permanente de la Dieta imperial en Ratisbona, donde se aprobó a pesar de las resistencias de Austria, que acabó por someterse, aunque comprobaba cómo su influencia en Alemania, ya muy mermada después de su enfrentamiento con Prusia durante el siglo XVIII, seguía disminuyendo. El mapa alemán cambió espectacularmente, se redujeron el número de principados y ciudades libres y quedaron fortalecidos Baden, Württemberg y Baviera. La propia Prusia no salía malparada y solo Austria era la perdedora¹⁰.

Pero, consciente del poderío de Rusia, Bonaparte intentaba neutralizarla. Uno de sus más próximos consejeros, el general Duroc, había sido enviado a San Petersburgo para felicitar a Alejandro por su acceso al trono, ofreciéndole algún pacto de amistad y, más concretamente, la protección de Francia para que Rusia desarrollara su comercio en el Mediterráneo. Alejandro contesta a los avances de Duroc que no ambiciona ningún territorio y que solo le mueve contribuir a la tranquilidad de Europa. Al mismo tiempo que Bonaparte y Alejandro viven una auténtica luna de miel epistolar, este último se acerca a Prusia. La emperatriz viuda, María Feodorovna, había escrito a su hijo Alejandro recomendándole este acercamiento «en recuerdo de tu padre» y desde el supuesto de que «Federico Guillermo III es nuestro amigo». El consejo materno produce efecto y el 1 de junio de 1802, sin demasiado entusiasmo, Alejandro emprende un viaje para encontrarse con el rey de Prusia. El 10 de junio llega a Memel (actualmente, Klaipeda, en Lituania), donde le esperan Federico Guillermo III y su esposa la reina Luisa. La visita sirve para que los tres creen una estrecha amistad personal que se prolongará en el futuro, fundamentada en la fascinación mutua que sienten Alejandro y Luisa. La seductora reina Luisa queda prendada del soberano ruso, que no permanece impasible a sus encantos.

El encuentro entre los soberanos de Rusia y Prusia provoca en Bonaparte una indisimulada irritación, que descarga pública y violentamente con Markov, el embajador ruso, declarándolo *persona non grata*. A pesar de todo, Bonaparte insiste en sus intentos de aproximación a Alejandro

y en marzo de 1803 le envía una carta en la que le pide que intervenga con los ingleses, que, a pesar de sus compromisos adquiridos en Amiens, siguen ocupando Malta. Alejandro responde apelando de nuevo a su voluntad de mantenerse en la más estricta neutralidad.

Pero la tensión internacional sigue aumentando. Gran Bretaña retira a su embajador en París el 12 de mayo de 1803 y la guerra parece inminente. A pesar de la voluntad neutralista de Alejandro, Rusia estaba cada vez más cerca de verse implicada en el conflicto del lado de los británicos, ya que Francia dominaba casi toda Europa, haciendo imposible cualquier política de equilibrio. Los acontecimientos que van a llevar a la guerra de la Tercera Coalición se precipitan a principios de 1804 con motivo del secuestro, por parte de granaderos franceses, de Antoine Henri de Borbón, duque de Enghien, que posteriormente fue fusilado. Todo ocurre en el contexto de una caza de brujas que desencadena Napoleón ante los informes de su policía secreta, que dan cuenta de una bien tramada conspiración para asesinarle. En uno de esos informes aparece el nombre del duque de Enghien, que, desde su exilio en el principado de Baden, muy cerca de Francia, mantendría relaciones asiduas con los realistas de Alsacia y con los emigrados concentrados en Offenburg. Nada prueba la implicación del duque en la conspiración contra Napoleón, pero este está decidido y ordena el apresamiento del noble emigrado. La Corte rusa envía una nota de protesta en la que el secuestro y asesinato del duque de Enghien es calificado como «una violación, por lo menos tan gratuita como manifiesta, del derecho de gentes y de un territorio neutral, violación de la que es difícil calcular las consecuencias y que si llegase a considerarse aceptable, reduciría a la nada la seguridad y la independencia de los Estados soberanos». La respuesta de Talleyrand rechaza cualquier interferencia en lo que considera «asuntos internos del país» y añade que «el emperador no tiene ningún derecho a mezclarse en los partidos y opiniones que puedan dividir a los franceses»¹¹. Lenguaje y argumentos, como se ve, similares a los que se utilizan en la actualidad. Rusia rompe sus relaciones diplomáticas con Francia en abril de 1804.

En la Corte de San Petersburgo los «halcones», encabezados por Czartoryski, piden la guerra contra Francia, mientras que las «palomas», dirigidas por Rumiantsev, tratan de evitar el conflicto a toda costa. Pero el conflicto se ha hecho inevitable. La vuelta de Pitt a la cabeza del Gabinete británico en mayo de 1804 acelera el acercamiento anglo-ruso. Alejandro alude en las notas intercambiadas con el primer ministro británico a la necesidad de «establecer las relaciones de la federación europea sobre principios claros y precisos». Y Pitt accede a «un acuerdo y garantía generales para la protección y la seguridad mutuas». El tratado es firmado en San Petersburgo el 11 de abril de 1805. Ambas partes se comprometen a lograr «el establecimiento de un orden europeo que garantice efectivamente la seguridad y la independencia de los diferentes Estados y constituya una barrera firme contra futuras usurpaciones»¹². Rusia se prepara para la guerra y, para asegurarse la tranquilidad en la frontera sur, firma una alianza defensiva con Turquía.

Poco después, en noviembre de 1805, el propio Alejandro, en visita a Berlín y Potsdam, llega a un acuerdo con Federico Guillermo III en virtud del cual Prusia se adhiere también al acuerdo anglo-ruso. En el palacio de Sanssouci, en Potsdam, Alejandro, Federico Guillermo y Luisa reviven los inolvidables días de Memel y se refuerza la tumultuosa corriente de simpatía y admiración que une al monarca ruso con la reina prusiana.

En Olmütz, en Moravia, está concentrado el ejército aliado, compuesto por 70.000 rusos y 12.000 austriacos, pero falta un plan de conjunto y una coordinación adecuada entre los aliados. El viejo Kutuzov comanda las tropas rusas, pero no está en su mejor momento. Tanto Napoleón como Alejandro intentan evitar el enfrentamiento y se intercambian mensajes de apaciguamiento, que son transmitidos, respectivamente, por el general Savary y por el príncipe Dolgorukii. Pero los buenos modales no logran impedir que ambos ejércitos se enfrenten. Una primera escaramuza, en Wischau, es favorable a los austro-rusos, pero el 2 de diciembre de 1805 el ejército combinado aliado es derrotado en Austerlitz, que será considerada la más brillante de las victorias napoleónicas. Francisco II de Austria pide el armisticio que el 4 de diciembre firma con Napoleón. La paz de Pressburg, firmada el 26 de diciembre, pone fin al estado de guerra entre Francia y Austria. Las tropas rusas abandonan la zona y Alejandro regresa a San Petersburgo, adonde llega el 21 de diciembre. En los medios políticos, sumidos en la confusión y el pesimismo, se abre una polémica acerca de las responsabilidades de la derrota y la popularidad de Alejandro, al que se acusa de haber metido a Rusia en la aventura bélica, descendiendo hasta los más ínfimos niveles. En los salones de San Petersburgo las críticas, los sarcasmos y las recriminaciones contra el emperador circulan abiertamente.

Alejandro se siente aislado, pues hasta sus amigos prusianos han llegado a un entendimiento con Napoleón, cuya gloria no admite desafíos. En aquel verano de 1806 Napoleón da la puntilla al Sacro Imperio Romano Germánico y en su lugar crea una Confederación del Rin, formada por principados satélites de Francia. Alejandro había enviado un plenipotenciario a París para negociar la paz, pero los términos que Napoleón impone —evacuación rusa de sus posiciones en el Adriático y sometimiento de los Balcanes a la influencia francesa— no son aceptables para San Petersburgo. Federico Guillermo III, temeroso de perder lo poco que le queda de su reino, se aproxima de nuevo al amigo ruso, que se siente muy inclinado a prestar ayuda a la real pareja prusiana. Pero este nuevo acercamiento entre Rusia y Prusia es duramente criticado en San Petersburgo, hasta el punto de que Czartoryski, antiprusiano notorio, presenta la dimisión. Hasta la propia madre de Alejandro, que, años atrás, le había empujado al entendimiento con Berlín, le pone en guardia («desconfiad siempre de Prusia») y llega a decirle que había sido esa amistad la causa de los males que determinaron el trágico final de Pedro III y de Pablo I. A pesar de todo, en los primeros días de julio de 1806, por medio de un intercambio de mensajes secretos, Alejandro se obliga a garantizar con las armas la independencia y la integridad territorial de Prusia. Napoleón conoce bien el contenido de esta alianza, que interpreta como una traición. Su respuesta es la invasión del territorio prusiano, forzando al Hohenzollern a una guerra para la que no está preparado. En octubre los prusianos son aplastados en las batallas de Jena y Auerstadt.

Derrotadas Austria y Prusia, a Napoleón solo le queda enfrentarse con el peor de sus enemigos: Rusia. De Berlín pasa a Polonia y llega a Varsovia, donde vivirá un apasionado romance con María Walewska, mientras los mariscales Ney y Bernadotte se adelantan a la búsqueda del ejército ruso de Bennigsen —uno de los ejecutores de Pablo I, y el que, según algunos, le dio el golpe mortal—, que parece haberse perdido en la infinita llanura báltica. La batalla, que tiene lugar en Eylau, el domingo 8 de febrero de 1807, es una de las más sangrientas

de las guerras napoleónicas y, desde luego, la más discutida. Ambos lados se apuntan la victoria, aunque las bajas rusas fueron algo mayores, pero los franceses abandonaron el campo, por lo que, técnicamente, se podría hablar de victoria rusa. Las pérdidas rusas fueron de unos 26.000 hombres, entre muertos y heridos, y las francesas no bajaron de 20.000.

Napoleón ha fracasado en sus planes de acorralar a los rusos, y estos se sienten todavía fuertes. Alejandro no ha utilizado todos sus recursos militares ya que, por el sur, los turcos le han declarado la guerra y con Persia se están realizando negociaciones de imprevisible resultado. Pero se siente suficientemente fuerte como para firmar en abril de 1807, en Barterstein, una convención con Federico Guillermo III, en virtud de la cual los signatarios no reconocen la Confederación del Rin y exigen la retirada francesa de Alemania. Pero, entretanto, Napoleón ha consolidado sus posiciones en Prusia Oriental con la conquista de Dantzig y el general ruso, Bennigsen, se retira, con sus tropas y con unos menguados contingentes prusianos, hacia Königsberg. A la orilla del río Alle, uno de cuyos brazos bordea la pequeña localidad de Friedland, tiene lugar, el 14 de junio de 1807, la decisiva batalla de este nombre, en la que la artillería francesa aplasta a los rusos. Königsberg cae en manos francesas, los rusos se retiran hasta la otra orilla del Niemen, frontera occidental de Rusia desde mediados del siglo XVIII, y Napoleón se instala en Tilsit (después Sovetsk), en la orilla izquierda del mismo río. Por su parte, Federico Guillermo III de Prusia se refugia en Memel, en Lituania. Así acababa en el continente la guerra de la Tercera Coalición, aunque Gran Bretaña mantenía la beligerancia.

Ambos emperadores, Napoleón y Alejandro, celebraron entre el 25 de junio y los primeros días de julio una serie de entrevistas, las primeras en una balsa anclada en medio del Niemen, después en la localidad de Tilsit, en la que forjaron una extraña amistad que escandalizaría a medio Europa, incluida la Corte de San Petersburgo, que no podía entender cómo «el tirano corso» podía haberse convertido en su más estrecho aliado. Las entrevistas se celebraron en el más estricto secreto y, según Hopkirk, se eligió una balsa en medio del río para evitar que los emperadores pudieran ser escuchados, sobre todo por los británicos, cuyo bien organizado servicio secreto, al que dedicaban anualmente la entonces fabulosa cantidad de 170.000 libras, tenía fama de contar con espías en todas partes y en los lugares más insólitos. Añade que, a pesar de las precauciones, un desafecto noble ruso que trabajaba para los ingleses escuchó todas las conversaciones oculto bajo la balsa, con las piernas sumergidas en el agua. Hopkirk no está muy seguro de la veracidad de esta historia, pero escribe que «sea esto cierto o no, Londres descubrió muy pronto que los dos hombres se proponían unir fuerzas para repartirse el mundo. Francia tendría Occidente y Rusia Oriente, incluida la India»¹³. Pero Napoleón no aceptó que Constantinopla fuera para los rusos, puesto que eso convertiría a Alejandro en «el emperador del mundo», de modo que acordaron compartirla. Napoleón y Alejandro firmaron, por separado, un tratado de paz y una alianza ofensiva-defensiva. En virtud del primero, Rusia perdía su base naval en el Adriático, en Kotor, en Montenegro, así como su protectorado sobre las islas Jónicas. Prusia quedaba muy reducida territorialmente. Se creó el ducado de Varsovia, que se asignó a Rusia. También parcialmente con territorio de Prusia se creó en Alemania del norte el reino de Westfalia, del que Napoleón nombró rey a su hermano Jerónimo.

Ciertamente, Alejandro había sabido aprovechar la ocasión y, derrotado militarmente, obtuvo en la paz de Tilsit unas ventajas que poco antes habrían sido impensables. Sobre la base de los documentos publicados en la década de los sesenta del siglo xx, Saunders subraya

[...] la notable consonancia entre los objetivos que Alejandro se propuso y el contenido de los acuerdos. En otras palabras —añade—, el zar puede haber sido el vencedor más que el vencido en Tilsit. Puede haber tenido una mejor comprensión de lo que estaba haciendo que la mayor parte de sus contemporáneos o que muchos historiadores¹⁴.

Se estima que lo que Alejandro hizo en Tilsit fue ganar tiempo, y así lo declaraba en una carta a su madre en 1808. No obstante, los estrechos vínculos trabados con Napoleón en Tilsit no dejarían de plantearle en el futuro problemas que destruirían la amistad iniciada en el Niemen y volverían a enfrentar a ambos países en el campo de batalla.

A principios de 1808, el poder de Napoleón está en su momento culminante y parece que nada ni nadie puede resistírsele. El emperador francés se apodera de los Estados Pontificios y del propio papa, Pío VII, y convierte Roma en una simple prefectura del nuevo departamento francés del Tíber, que acaba de crear. Unos días después, en Bayona, obliga a Carlos IV de España y a su hijo Fernando VII a unas humillantes abdicaciones mutuas para entregar finalmente la Corona española a su hermano José, hasta entonces rey de Nápoles, donde le sucede Murat. Europa tiembla y hasta en San Petersburgo se hacen rogativas para que Dios castigue al tirano. Pero, inmediatamente, la estrella de Napoleón empieza a palidecer cuando el 22 de julio del mismo 1808 un cuerpo de ejército francés, compuesto por tres divisiones, es derrotado por el general español Castaños en la batalla de Bailén. Poco después, el 30 de agosto, el general Junot se rinde en Cintra ante los ingleses que acaban de desembarcar, y Lisboa debe ser evacuada por los invasores. Estas noticias son recibidas con indisimulado alborozo en toda la Europa sometida al dictador imperial, y en San Petersburgo se abre camino la idea de que ha llegado el momento de librarse de la embarazosa alianza francesa. Pero Alejandro I vuelve a mostrar su prudencia y, sin ninguna vacilación, acepta la proposición de Napoleón de reunirse de nuevo, esta vez en Erfurt, en Turingia, a pesar de que la Corte y el pueblo claman contra esta nueva muestra de sometimiento ante los deseos del Corso. Vallotton escribe que «rumores siniestros corrían por la ciudad» y que «se recordaba el fin trágico de Pablo I». Alejandro tranquiliza a su hermana Catalina, que le muestra su sorpresa por esa nueva aparente señal de amistad con «el verdugo de Europa»: «Yo sé que Bonaparte piensa que soy tonto, pero reirá mejor quien ría el último». En el propio Consejo Imperial su amigo Stroganov, apoyado por otros consejeros, le aconseja que no vaya a Erfurt, pero la decisión de Alejandro es firme. Su madre, la emperatriz viuda, le envía una carta dramática: «Vas a perder tu Imperio y tu familia... ¡Detente, hijo mío!». Pero Alejandro le contesta por medio de una larga carta en la que quedan muy claros su pensamiento y su estrategia:

Lo importante es ganar tiempo para poder respirar y para aumentar nuestros medios y nuestras fuerzas. Pero debemos trabajar en el más profundo silencio. No nos apresuremos a declararnos contra Napoleón; nos expondríamos a perderlo todo. Antes bien, simulemos afirmar la alianza para adormecer al aliado. Ganemos tiempo y preparémonos. Cuando llegue la hora asistiremos con serenidad a la caída de Napoleón¹⁵.

Alejandro llega a Erfurt el 27 de septiembre de 1808. Su primera entrevista importante es con Talleyrand, ya decidido a traicionar a Napoleón, y que trabaja por la restauración de los Borbones desde el alto puesto de confianza que ocupa.

Sire, ¿qué venís a hacer aquí?, le dice el todavía ministro de Napoleón, estáis llamado a salvar a Europa y solo lo conseguiréis si resistís a Bonaparte. El pueblo francés es civilizado pero su soberano no lo es. El soberano de Rusia es civilizado, pero su pueblo no. Corresponde, pues, al soberano de Rusia ser el aliado del pueblo francés.

Talleyrand añade: «Créame, Vuestra Majestad, el proyecto de una guerra en la India y la partición del Imperio otomano no son sino fantasmas lanzados a la escena para atraer la atención de Rusia hasta que se arreglen los asuntos españoles». Alejandro emprende así sus entrevistas con Napoleón con la convicción de que en un futuro no demasiado lejano su misión va a ser derrotarle y expulsarle de Alemania. Pese a las apariencias, al encuentro de Erfurt, que se prolonga hasta el 14 de octubre, le falta el calor de la amistad que había presidido las entrevistas de Tilsit.

Terminados los fastos, los dos emperadores abordan sus asuntos y los acuerdos se plasman en una convención secreta que se firmó el 12 de octubre de 1808. En virtud de sus cláusulas, Alejandro obtiene a favor de Prusia una rebaja de 20 millones en la contribución debida, así como la evacuación del Ducado de Varsovia. Francia reconoce además la anexión por parte de Rusia de Finlandia, Moldavia y Valaquia y la extensión de los límites del Imperio hasta la desembocadura del Danubio. Pero Napoleón se opone firmemente a que Alejandro se apodere del Bósforo y de los Dardanelos.

Seguramente el signo más claro de la falta de entendimiento entre los dos emperadores es la negativa de la familia imperial rusa a emparentar con Bonaparte. Divorciado de Josefina, que no le ha dado descendencia, Napoleón busca emparentar con alguna de las grandes dinastías europeas y, naturalmente, su primera aproximación es con su todavía aliado Romanov. Una candidata adecuada para compartir con él el trono imperial francés era la gran duquesa Catalina, la hermana predilecta de Alejandro, que entonces contaba veinte años. Pero la negativa a conceder su mano al «tirano» es categórica, especialmente por parte de la emperatriz madre, María Feodorovna. Para evitar ulteriores presiones, se arregla apresuradamente el matrimonio de la gran duquesa con el príncipe de Holstein-Oldenburg, al que se nombra gobernador de Tver. Napoleón no olvidará el agravio¹⁶.

DE LA RUPTURA CON NAPOLEÓN A LA GUERRA PATRIÓTICA

El entendimiento entre los dos emperadores estaba roto y la guerra parecía inevitable. Kurakin, uno de los más ardientes defensores de la alianza con Napoleón y principal negociador en Tilsit, escribía a San Petersburgo en agosto de 1811 desde su puesto de embajador en París que los propósitos franceses eran hacer de Rusia «una potencia estrictamente asiática». Por ambos lados se prepara la guerra, que no se inicia antes porque Napoleón estaba ocupado en España. Mientras Rusia restablece el entendimiento con Turquía y Suecia, para tener las manos libres, Francia intenta que se le sumen Austria y Prusia en la futura ofensiva contra Rusia. Los trabajadores rusos de la industria de armamento de Tula votan en mayo de 1812 la renuncia a su tiempo libre para fabricar más fusiles. Napoleón, preparándose para la campaña, afirma: «Pondré fin a la nefasta influencia que Rusia ha ejercido desde hace cincuenta años en los asuntos de Europa». Entonces, y con la intención de justificar su política antirusa, Napoleón hizo difundir, según parece, el apócrifo testamento de Pedro I en el que este encomendaba a sus sucesores la misión de «conquistar el mundo». Se dice también que este falso testamento inspiró, a principios del reinado de Nicolás II, la redacción por parte rusa de los famosos «Protocolos de los Sabios de Sión», documento apócrifo de carácter antisemita que atribuye la misión de «conquistar al mundo», en este caso, a los judíos¹⁷.

Tanto Napoleón como Alejandro se preparaban para la guerra inevitable y buscaban aliados, los mismos aliados que eran solicitados por ambos emperadores. Así, en junio de 1811 el primero firmó una convención con el rey de Prusia, Federico Guillermo III, en virtud de la cual se permitía el uso por parte de los franceses de todos los caminos militares de Prusia. La medida no podía tener otro objetivo que preparar la invasión de Rusia. El débil rey prusiano estaba solicitado y presionado por ambos lados y no se sentía capaz de oponerse ni a uno ni a otro. Además, en octubre de 1810 había muerto la desgraciada reina Luisa y con ella desapareció uno de los vínculos que más fuertemente le unían a Alejandro. Poco después, en octubre de 1811, accedió a la cooperación militar entre un cuerpo de ejército prusiano al mando del general Yorck y los rusos, pero en marzo de 1812 admitió que la mitad del ejército prusiano, unos 20.000 hombres, se incorporase al Gran Ejército que Napoleón preparaba para invadir Rusia, a la vez que reiteraba su compromiso de permitir su tránsito por territorio prusiano y de facilitar su avituallamiento. Pero unos días después el débil Federico Guillermo escribe a «su buen hermano» Alejandro y le dice: «Si la guerra estalla no nos haremos más daño que el que sea estrictamente necesario».

Iniciada de nuevo la guerra, esta vez entre Austria y Francia, después de diversas vicisitudes y, sobre todo, de la decisiva batalla de Wagram el 6 de julio de 1809, Austria se vio forzada a aceptar la paz, firmada en octubre en el Palacio de Schönbrunn. Rusia, aliada todavía en aquel momento oficialmente con Francia, se había visto forzada a entrar en la guerra, pero no hizo nada para facilitar la derrota de Austria. Solo aprovechó la contienda para anexionarse Tarnopol, en la Galitzia oriental, lo que provocó el resentimiento austriaco y a la larga arrojó a Austria en brazos de Napoleón. En marzo de 1812 Metternich se vio forzado a firmar un tratado de alianza con Francia, en virtud del cual Austria accedía a contribuir al Gran Ejército con unos efectivos de 34.000 hombres, al mando del príncipe de Schwarzenberg, que operarían precisamente en la Galitzia con el objetivo de recuperar el distrito de Tarnopol. Pero el canciller austriaco encarga a

su embajador en San Petersburgo, Lebzeltern, que «deposite en el seno de ese soberano [Alejandro] y bajo el sello del más profundo secreto que Austria aportaría la mínima colaboración al emperador».

En el trasfondo de este juego de alianzas estaba la soterrada rivalidad de Austria y Rusia por los Balcanes. Los Habsburgo veían como una amenaza a sus intereses cualquier avance ruso al sur del Danubio y en febrero de 1809 el ministro austriaco de Asuntos Exteriores, Stadion, expresaba como objetivos la anexión de Serbia y de Bosnia-Herzegovina, así como de Bulgaria occidental. Rusia también buscaba, como frutos de la guerra que mantenía con el Imperio otomano, la anexión de Bosnia-Herzegovina y la creación de una Gran Serbia, liberada del Turco y sometida a la protección de San Petersburgo. Derrotada Austria por los franceses en 1809, el general Radetzky manifestaba su preocupación por el avance ruso en los Balcanes —donde San Petersburgo guerreaba con los otomanos— y decía que el Danubio era la línea vital de Austria (*die grosse Pulsader*). De ahí su alarma cuando, dos años después, los rusos ocuparon Belgrado en febrero de 1811 y llegaron a Sabac, en el Sava.

Napoleón tejía la trama de sus alianzas para la prevista invasión de Rusia a pesar de las advertencias de muchos de sus consejeros, alguno de los cuales le llegó a decir que «no repitiese el error de Carlos XII». El fracaso de la política de bloqueo continental, sobre el que Napoleón había montado su dominación del continente, le induce a estimar que no le queda otra salida que la guerra con Rusia. Sigue pensando en un equilibrio continental basado en el «espíritu de Tilsit» y, como en 1807, entiende que solo después de derrotar a Alejandro este se avendrá a un nuevo entendimiento. Pero ya es muy tarde para restablecer aquellas buenas relaciones porque se han ido acumulando los motivos de enfrentamiento entre ambos emperadores.

Desde mayo Napoleón emprende su viaje hacia el este, donde se pondrá al frente del Gran Ejército multinacional con el que pretende abordar la magna empresa de la invasión de Rusia. Existen cifras diversas en cuanto a los efectivos de ambos ejércitos. Según Clausewitz, que había entrado al servicio del emperador de Rusia como oficial de Estado Mayor, en el momento en que el Gran Ejército franquea la frontera rusa cuenta con más de 400.000 hombres. Datos oficiales de fuente francesa los elevan a 564.408 procedentes de las diversas naciones sojuzgadas por Napoleón, además de los franceses, que eran unos 140.000. El mismo Clausewitz estima las fuerzas rusas en unos 420.000 hombres, aunque 600.000 personas recibían raciones. Pero, en un primer momento, solo se pudieron poner en orden de combate unos 180.000 hombres. Sin embargo, las mismas fuentes rusas señalan el lamentable estado en que se encuentran. En una carta del general Rostopchin, gobernador de Moscú, al ministro de la Guerra dice: «Las tropas llevan pantalones de verano, capotes agujereados y van sin zapatos. El cuerpo de Miloradowich no ha recibido pan durante cinco días. La moral está muy baja [...]».

El Gran Ejército cruza el Niemen a partir del 24 de junio, y cuatro días después se apodera de Vilna, donde poco antes estaba todavía Alejandro. Pero, como había sucedido en 1807, ante el ejército de Bennigsen, los franceses no logran establecer contacto con los rusos que se retiran, mientras los campesinos queman las cosechas y se marchan llevándose todo, como había planeado Alejandro. Como recuerda Heller, era la «táctica escita», consistente en atraer al ejército francés

hasta las profundidades de Rusia¹⁸. Era la estrategia de la retirada propuesta por Clausewitz, en contra de los planes de guerra del general Pfüel. Para Clausewitz era necesario no ofrecer jamás a Napoleón la oportunidad de librar una batalla decisiva como en Austerlitz, Jena, Friedland o Wagram; eludir los golpes en la medida de lo posible; atraerle hacia el interior del Imperio; dejarle golpear en el vacío; prolongar indefinidamente sus líneas de comunicación; hostigarle por los flancos¹⁹.

Algunos de sus más prestigiosos generales rogaban a Napoleón que se detuviera en Smolensko y no siguiera adelante. ¿Acaso no había conquistado y liberado ya Polonia y Lituania? Pero el emperador no atiende a estos ruegos y reitera su propósito de llegar a Moscú, que estaba a quince jornadas, mientras que San Petersburgo quedaba a veintinueve. El ejército ruso no se deja atrapar y en dos meses esquivo cinco veces el cerco en que Napoleón intenta encerrarlo. Alejandro, tras ceder juiciosamente el mando, emprendió el regreso a San Petersburgo pasando por Moscú, donde, después de un viaje casi triunfal, que le permitió comprobar el amor de su pueblo, es objeto de una clamorosa acogida, lo que se repitió en la capital del Imperio.

Alejandro I nombró general en jefe al viejo Mikhail Kutuzov, al que también dio la dignidad de príncipe. De sesenta y ocho años, con una gran experiencia bélica, Kutuzov, brillante discípulo del gran Suvorov, era muy popular, especialmente entre los soldados. El éxito de la táctica de la retirada era indudable, si tenemos en cuenta que el Gran Ejército de Napoleón estaba cada vez más diezmado por las enfermedades y se enfrentaba con dificultades de todo tipo, desde las lluvias torrenciales a la escasez de abastecimientos, que incidían negativamente en la moral de los soldados. Por el contrario, los contingentes rusos se incrementaban día a día con nuevos reclutas decididos a defender su patria, llevados por el viento nacionalista que recorría las inmensidades rusas. Aunque Kutuzov prefería proseguir con una táctica que daba tan buenos resultados, sin más ataques al enemigo que pequeñas operaciones de hostigamiento, la presión popular exigía hacer frente al invasor y presentarle batalla. Se eligió Borodino, a algo más de veinte kilómetros de Moscú y a orillas del Moscova, como el lugar más apropiado para enfrentarse con Napoleón. La batalla tuvo lugar el 7 de septiembre y fue una de las más cruentas de todas las guerras napoleónicas, en las que las bajas se contaban por decenas de miles, a diferencia de las guerras del siglo XVIII, con bajas mucho más reducidas. Heller alude a «los cientos de obras», desde la literatura, como *Guerra y paz* de Tolstoi, a la historia, que han descrito esta batalla y que discuten tanto acerca del número de efectivos de cada campo como de sus bajas. Señala también cómo se sigue discutiendo acerca de quién ganó verdaderamente esta batalla y subraya cuál fue su «único resultado indiscutible: los franceses tomaron Moscú, después de que el mando ruso decidiera no defender la antigua capital»²⁰.

Para Napoleón, ocupar Moscú era toda una victoria y Clausewitz alude a su «vivo deseo de poseer Moscú indemne». Pero cuando el 14 de septiembre los franceses entraron en la vieja capital moscovita encontraron una ciudad que parecía abandonada. Ya tarde, ese mismo día, Napoleón entra en Moscú, pero no logra encontrar a ningún responsable que le entregue oficialmente la ciudad porque el gobernador Rostopchin ha huido. Su última orden fue, según las

fuentes más seguras, la de incendiar la ciudad, que ardió con una pasmosa facilidad pues la mayor parte de sus construcciones eran de madera.

Napoleón estaba deseoso de repetir el guión de aquel momento culminante de su carrera que había sido Tilsit: Alejandro, derrotado, pide el armisticio, se entrevistan, renace la amistad que había brotado sobre el Niemen cinco años antes, se firma la paz que confirma su hegemonía en Europa y que concede a Alejandro algunas ventajas y el teórico domino de Asia. Pero Borodino no había sido como Friedland y Alejandro no estaba ya dispuesto a practicar como entonces una política de contención, sino que había optado decididamente por la confrontación. España y la propia invasión de Rusia habían mostrado las debilidades de Napoleón, y la brillante estrella del Gran Corso empezaba a palidecer. Por eso Alejandro no contesta a los reiterados mensajes del Emperador de los franceses y no se deja rendir por el señuelo de sus ofertas. A su entorno inmediato, en primer lugar a la emperatriz y a su madre, les hace saber su resolución de no rendirse, cualesquiera que fueran las ofertas de Napoleón. Advierte que está decidido a morir al frente de sus tropas antes que firmar una paz vergonzosa, y concluye: «Tratar actualmente de paz sería la sentencia de muerte de Rusia». El pueblo apoya la determinación de su soberano como lo ha dejado bien claro en su viaje a San Petersburgo vía Moscú, pero, como relata Mourousy, la corte, la nobleza y la *intelligentsia* critican abierta y duramente al soberano. Los mismos que en su momento le criticaron por la paz de Tilsit, incluidos su madre y su hermano Constantino, lo presionan en ese momento para que haga la paz sin tardanza, si no quiere sumir a Rusia en una guerra civil que acarrearía el fin de la dinastía. Pero Alejandro permanece inamovible en su determinación de resistencia, consciente de los riesgos que asume pero seguro de que la victoria está al alcance de la mano. En una proclama que dirige al pueblo, el zar expone los motivos de su esperanza:

¡Desechemos el abatimiento pusilánime! ¡Juremos redoblar nuestro valor y nuestra perseverancia! El enemigo está en un Moscú desierto como en una tumba, sin medios de dominación, ni siquiera de existencia. Entró en Rusia con 300.000 hombres de todos los países, sin unión, sin vínculos nacionales ni religiosos; la mitad ha sido destruida por las armas, el hambre y las deserciones. En Moscú no hay más que ruinas. Está en el centro de Rusia y no hay un solo ruso a sus pies [...]. No obstante, nuestras fuerzas crecen y le rodean [...].

Por otra parte, el descontento hace mella en las tropas del Gran Ejército y los propios mariscales y generales no ocultan su desánimo ni su deseo de dar por terminada aquella aventura y volver a Francia. Napoleón escribe directamente a Kutuzov para que se avenga a negociar en serio, pero la respuesta del viejo mariscal es contundente: «La posteridad me maldeciría si se me considerara promotor de cualquier arreglo. Este es el estado de ánimo de mi nación». La situación de los franceses se hacía cada vez más insostenible. El 13 de octubre el invierno hizo acto de presencia con una nevada y una helada. El 18 del mismo mes Kutuzov derrota a Murat en una escaramuza que reporta a los rusos 36 cañones y todo el material del segundo cuerpo de caballería. Napoleón no necesitaba más y da orden de abandonar Moscú y retroceder hasta Smolensko. El orgulloso corso no abandona la arrogancia ni en medio del patente fracaso y para no dar la impresión de que retrocedía afirma: «No es una retirada, es una marcha estratégica». Una

actuación plenamente lógica en quien, como él, era tan sensible a la opinión pública y estaba tan avezado en la práctica de la propaganda.

El 19 de octubre lo que quedaba del Gran Ejército abandona Moscú, después de treinta y dos inútiles días de ocupación, camino de Smolensko. Kutuzov evita cuidadosamente el enfrentamiento cara a cara, mientras hostiga por los flancos al enemigo, que, en franca huida, tiene que abandonar el producto del saqueo a que han sometido al Kremlin, donde se han apoderado de todo, desde las armaduras góticas a la gigantesca cruz de oro macizo de la torre de *Iván Veliki*, el Gran Iván, en el campanario de la catedral de la Asunción que, según señala Vallotton, Napoleón destinaba a la cúpula de los Inválidos. Según Gallo, estos trofeos, incluida la cruz y el cofre de los mapas de Napoleón, no fueron abandonados, sino que les fueron arrebatados a los franceses por los cosacos en un ataque a la salida de Smolensko²¹. La situación empeora aún más cuando, a partir del 6 de noviembre, un invierno adelantado cae con todo su rigor sobre los restos del Gran Ejército. Las pérdidas se cuentan por millares, pero lo peor no había llegado.

Después de diversas discusiones de Estado Mayor se decide atravesar el Beresina, que, especialmente en aquella época del año, era un formidable obstáculo natural. «Rodeado de pantanos y bosques espesos —escribe Vallotton—, el Beresina constituía ya un obstáculo temible para un ejército en buena forma y bien equipado, pero era un obstáculo infranqueable para tropas acosadas por el frío, el hambre, las enfermedades y el agotamiento»²². Se acepta el plan de atravesar el Beresina, pero inmediatamente se presentan problemas de difícil solución. Se impone buscar un vado para que sobre él se construyan los puentes que permitan el paso. Algunos confían incluso en que el Beresina se vuelva a helar y permita el paso de los soldados. Un campesino que es apresado les indica un lugar donde el río tiene unos cien metros de anchura, pero solo dos metros de profundidad. Napoleón, que se había llevado a la campaña la *Histoire de Charles XII* de Voltaire como libro de lectura y estudio, recuerda que fue precisamente allí donde el famoso rey sueco había atravesado el Beresina, después de su campaña de Ucrania.

Lo que quedaba del Gran Ejército pasa el Beresina durante los días 26, 27, 28 y 29 de noviembre en un orden increíble, dada la situación. Solo unos 10.000 soldados que no cumplieron a tiempo las órdenes y se quedaron en la orilla izquierda fueron muertos o hechos prisioneros. El 12 de diciembre de 1812 esos restos del orgulloso Gran Ejército traspasaban la frontera rusa y dejaban atrás una de las más impresionantes historias de desolación y fracaso de la historia militar. El total de franceses, austriacos y prusianos que se reagrupan detrás del Vístula era de unos 58.000 hombres. Aunque las cifras de bajas varían considerablemente, no fueron inferiores a 300.000 entre muertos, heridos y prisioneros. Clausewitz eleva la cifra hasta 552.000.

Un día antes, el 11 de diciembre, Alejandro se reunió con Kutuzov y todo su Estado Mayor en Vilna. El zar acalló las críticas de quienes estimaban que Kutuzov debía haber aniquilado al ejército enemigo y le concedió la Cruz de San Jorge de primera clase, la más alta condecoración rusa. Kutuzov lo tenía muy claro porque, como le dijo al príncipe de Württemberg: «El enemigo que se retira es más formidable de lo que vos creéis. No intento derrotarlo. Mientras lo devuelva destruido al otro lado del Beresina mi tarea estará cumplida»²³. Kutuzov se oponía a proseguir la

guerra y pensaba que la liberación de Europa no era su tarea. Además, continuar la guerra exigía una leva en masa de más campesinos y empezaban a percibirse síntomas de malestar y resistencia ante la perspectiva de ser enviados al extranjero. Una cosa era luchar en tierra rusa contra el invasor y otra muy distinta ir a morir en tierra extraña. Pero Alejandro soñaba con convertirse en «el salvador de Europa» y acariciaba la idea de llegar a París, para sacarse la espina de la entrada de Napoleón en Moscú.

ALEJANDRO I, «SALVADOR DE EUROPA». EL CONGRESO DE VIENA Y LA SANTA ALIANZA

Alejandro I llevó a cabo una auténtica marcha triunfal ocupando Varsovia en febrero, entrando en Berlín al mes siguiente y estableciéndose en Breslau con todo su Estado Mayor, también en marzo. Pero Napoleón estaba todavía lejos de estar totalmente aniquilado. Metternich temía que si se aniquilaba a Napoleón, la Rusia de Alejandro I se convertiría en el poder hegemónico de Europa, una perspectiva que no deseaban ni Austria ni Gran Bretaña, inquieta por los acontecimientos que se estaban produciendo en Europa continental y de los que, por el momento, estaba totalmente al margen.

Tras la batalla de Leipzig, Alejandro I, liberador de los pueblos de Europa central, aparecía como el gran triunfador y nadie parecía discutirle el dominio de Polonia, aunque los recelos por la presencia rusa tan lejos de sus fronteras eran más que patentes. Si en aquel momento se hubiera celebrado el congreso, el papel de Rusia en la futura Europa habría quedado aún más realzado, pero Alejandro permitió imprudentemente que la reunión se aplazara. Austria y Prusia, celosos de la preponderancia rusa, quieren firmar la paz con Napoleón, pero Alejandro desea entrar triunfalmente en París y amenaza con hacerlo él solo si los otros no le siguen. Fracasados algunos intentos de firmar la paz por la negativa de Napoleón a «dejar a Francia más pequeña de lo que la encontré», Gran Bretaña, Rusia, Austria y Prusia firman el tratado de alianza de Chaumont en marzo de 1814 «en pro del mantenimiento de la paz y la protección mutua de sus Estados respectivos». La alianza se extiende veinte años y tiene como objeto continuar la guerra hasta la capitulación de Francia, comprometiéndose los aliados a no hacer con el enemigo por separado ningún acuerdo.

Prosiguen mientras tanto las hostilidades con diversa fortuna, pero la capitulación del general Moreau en Soissons el 3 de marzo deja expedito el camino hacia París y el Consejo de Guerra

aliado del día 24, celebrado bajo la presidencia del zar, decide avanzar hacia la capital francesa. El 31 de marzo Alejandro I, con el rey de Prusia a su derecha y el austriaco príncipe Schwarzenberg a su izquierda, entran en París a la cabeza de 80.000 soldados de las tres potencias. Relata Vallotton: «En los barrios populares se observaba por todas partes una verdadera consternación. Pero a medida que la columna avanza hacia la Madeleine, la recepción cambia [...]». Según un testigo presencial, Gilbert Stenger, cuyo testimonio recoge el mismo autor:

La muchedumbre se precipitó delante de los monarcas, metiéndose hasta debajo de las patas de los caballos; aclamaba a los soberanos llamándoles *libertadores* [...]. Las demostraciones más entusiastas eran para el emperador Alejandro [...]. Los demás personajes del cortejo parecían insensibles a esta explosión de delirio, cediendo al zar todos los honores del triunfo porque mandaba el ejército más numeroso y era el que más había sufrido por causa de las guerras de Napoleón [...] ²⁴.

Los meses que transcurren hasta que en septiembre se inician las sesiones preparatorias del congreso de Viena fueron decisivos para Rusia, que perdió una buena parte del prestigio y la posición hegemónica que había logrado desde la fracasada invasión de Rusia y su victoriosa campaña de liberación de los pueblos de Europa central. Tanto el austriaco Metternich como el británico Castlereagh hicieron cuanto pudieron para oponerse a las pretensiones rusas en Polonia y con relación al Imperio otomano. A Gran Bretaña le preocupaban especialmente las aspiraciones rusas a convertirse en una potencia naval. Rusia podría estar intentando formar un grupo de potencias atlánticas para oponerse a la hegemonía naval británica, en el que, notablemente, estarían España y los Estados Unidos. Por eso despertaban la suspicacia británica las actividades del embajador ruso en Madrid, Tatishchev, que llegó a intrigar para conseguir que Fernando VII se casase con la gran duquesa Ana y sugirió a San Petersburgo que se ayudase a España en la lucha que se iniciaba con sus colonias americanas. Por otra parte, Alejandro I, en una entrevista que mantuvo con La Fayette en París, le prometió ayudar a sus amigos americanos y cuando viajó a Londres en el verano de 1814 actuó en ese sentido, a través de los *whigs*, opuestos a la guerra con las ex colonias americanas. Pero no tuvo ningún éxito y después de un primer momento, en que Alejandro vivió de las rentas de su prestigio como vencedor de Napoleón, su valoración pública cayó en picado. Por las gentes a las que frecuentó y por la frivolidad de sus actividades sociales causó una pésima impresión en la sociedad londinense. Esta conducta y el temor creciente a que Rusia se convirtiese en un peligro para los intereses británicos dieron como resultado que las relaciones ruso-británicas se enfriaran notablemente.

Aunque el congreso de Viena se ocupó preferentemente de los asuntos europeos, las cuestiones navales, americanas o asiáticas pesaron en las deliberaciones y no cabe duda de que explican la naciente rusofobia, cuyos principales animadores fueron Castlereagh y Metternich. Alejandro I llegó a Viena, procedente de San Petersburgo, el 25 de septiembre de 1814 acompañado por un selecto grupo de consejeros entre los que destacan los príncipes Razumovskii y Czartoryski, que le asesoran en los delicados asuntos polacos; los condes Nesselrode y Stackelberg, Pozzo di Borgo y Capo d'Istria, además del barón Von Stein, que le aconseja en los complejos asuntos alemanes. Como señala Vallotton, solo hay un ruso auténtico, Razumovskii, entre los siete consejeros. Este

era el equipo con que Alejandro contaba para llevar a cabo su política exterior, al frente de la cual había puesto desde febrero de 1814 a un diplomático de origen alemán, Iván Andreievich Wedemeyer, un personaje gris que apenas influyó en la dirección de los asuntos. Mucho más decisivos fueron los secretarios de Estado, Nesselrode y Capo d'Istria. El Congreso se inauguró oficialmente el 3 de noviembre y desde el primer momento Alejandro reivindicó el Gran Ducado de Varsovia, a veces incluso con modos escasamente diplomáticos, llegando a retirarle el saludo a Metternich que, como anfitrión, presidía las sesiones del Congreso. Las pretensiones rusas a quedarse con toda Polonia llegaron a tal grado de intransigencia que se pudo pensar que el problema solo se solucionaría con una nueva guerra. A este hosco ambiente no dejó de contribuir Prusia que, por su parte, pretendía apoderarse de toda Sajonia con el argumento de que su rey se había mantenido durante toda la guerra del lado de Napoleón. Ante la decidida negativa de las otras grandes potencias, Alejandro aceptó que Austria y Prusia, participaran en el nuevo reparto de Polonia, aunque él se llevó la parte del león. Pero su actitud había sembrado definitivamente la desconfianza entre los aliados, que temían que después de Polonia, Alejandro intentara volverse contra el Imperio otomano. Se podría ver aquí un remoto precedente de la ruptura, tras la Segunda Guerra Mundial, entre los aliados occidentales y la Rusia soviética.

En la noche del 6 al 7 de marzo, cuando los asistentes al congreso se encontraban en una baile que se celebraba precisamente en casa de Metternich, llegó la noticia de que Napoleón se había escapado de Elba el 26 de febrero y se dirigía a París, donde llegó el 20 de marzo. Sumidos en la confusión, los representantes de las grandes potencias decidieron acabar de una vez por todas con el «monstruo». Alejandro, que ya había mantenido largas conversaciones con la baronesa Krüdener, que le había insistido en que él era el Ángel Blanco que debía regenerar a Europa frente al Ángel Negro que era Napoleón, expresa su decisión: «Nada de paz con Bonaparte». Más expresivo aún Pozzo di Borgo declara que «el fugitivo será ahorcado en una rama del primer árbol». El 25 de marzo las potencias firman un nuevo acuerdo para combatir sin cuartel al común enemigo y aceleran los trabajos del congreso, cuya Acta final fue firmada el 9 de junio por siete de las potencias signatarias del primer tratado de París —España se abstuvo, molesta por el papel secundario al que se la había relegado—, a las que después se sumaron todos los demás Estados, salvo la Santa Sede, Inglaterra y Turquía. Terminadas las tareas diplomáticas, las potencias se dispusieron a enfrentarse militarmente con Napoleón, que fue definitivamente derrotado en Waterloo el 18 de junio de 1815. La decisión del general prusiano Gneisenau de acudir en ayuda de los aliados, a pesar de que Napoleón había derrotado a los prusianos dos días antes, decidió el triunfo. Wellington, jefe supremo de los aliados, consideró esta decisión del general prusiano como «el momento decisivo del siglo». Cuatro días después de Waterloo, Napoleón firmó su segunda y definitiva abdicación. En la batalla de Waterloo no participaron los rusos, cuyas tropas habían regresado a sus bases. Era todo un síntoma de que la influencia rusa en Europa había empezado a eclipsarse.

Del congreso de Viena salieron dos documentos internacionales bien distintos, el de la Santa Alianza, obra de Alejandro, firmado directamente por los soberanos de Rusia, Austria y Prusia el 26 de septiembre de 1815 y el Pacto de garantía por el que se constituyó la Cuádruple Alianza,

cuyo promotor fue Castlereagh y que fue concluido por las anteriores potencias más Gran Bretaña el 20 de noviembre de 1815. Como escribe Renouvin, «estas iniciativas son totalmente diferentes por su carácter y su alcance»²⁵. Según la versión tópica, Alejandro venía dando vueltas a la idea de la Santa Alianza desde que el 25 de mayo de 1815 fue visitado en Heilbronn (Würtemberg) por la extraña baronesa Krüdener, que toca la fibra mística del zar y le convence de que está llamado a una misión de salvación de Europa y del mundo. Alejandro comparte su plan con el emperador de Austria, que entrega a Metternich el documento autógrafo en que se contenía el proyecto. El hábil canciller lo calificó de «empresa [...] por lo menos inútil, si es que no es peligrosa [...] un monumento hueco y sonoro», o bien una «mezcla de ideas liberales, religiosas y políticas». En otro momento lo calificó de «simple declaración de principios bíblicos que hubiera devuelto a Inglaterra a la época de los Santos, de Cromwell y de los Cabezas Redondas». Castlereagh, que también tuvo pronto acceso al texto, lo calificó de «documento sublime de misticismo y tontería». La meta de la paz universal en el ámbito de una comunidad de todos los pueblos cristianos era acariciada por Alejandro I, por lo menos desde que accedió al trono, y procedía, sin duda, de sus años de formación ilustrada y liberal. La redacción del texto habría sido del propio Alejandro, que se inspiró en el *Proyecto de paz Perpetua* del abate Saint Pierre y en el *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand y que habría recibido asimismo la influencia del pietismo alemán. Henry Kissinger conecta la idea de la Santa Alianza con las conversaciones de 1804 con Pitt, que, en su opinión, habría desinflado la cruzada del zar a favor de instituciones liberales. Añade que en 1815 la cruzada que promovía el soberano de Rusia

[...] era exactamente opuesta a la de once años antes. Ahora Alejandro —añade Kissinger— estaba preso de la religión y de los valores conservadores y proponía nada menos que una reforma completa del sistema internacional basada en la proposición de que «el curso *anteriormente* adoptado por las potencias en sus relaciones mutuas había de ser *fundamentalmente* cambiadas y es *urgente* reemplazarlo por un orden de cosas basado en las excelsas verdades de la religión eterna de nuestro Salvador»²⁶.

Metternich afirmó que, tras entrevistarse ampliamente con el zar acerca de su proyecto, «se encargó de introducir alguna sustancia en este armazón sonoro y vacío». El mismo Vallotton entiende que el canciller austriaco «transformó un sueño teocrático, una tutela mística en un sistema de alianzas destinado a oponerse a la revisión de los tratados de 1815»²⁷. Kissinger explica la actuación de Metternich porque Austria, campeona de la lucha contra el nacionalismo, no podía dar ningún pretexto para que Rusia hiciera frente sola a las corrientes liberales y nacionales.

Es por eso —añade— por lo que Metternich transformó el proyecto del zar en lo que llegó a ser conocido como Santa Alianza, que interpretaba el imperativo religioso como una obligación para los signatarios de preservar el *statu quo* interno de los países europeos. Por primera vez en la historia moderna, las potencias europeas se habían dado a sí mismas una misión común²⁸.

El lenguaje utilizado en el Acta de la Santa Alianza nada tenía que ver con el que era habitual en los documentos diplomáticos. Escribe Kissinger que «Europa no había visto un documento

semejante desde que Fernando II había dejado el trono del Sacro Imperio Romano dos siglos antes»²⁹. Se iniciaba con un solemne «En el nombre de la Muy Santa e Indivisible Trinidad» y en él se declaraba que dos emperadores y un rey [los tres primeros firmantes, Alejandro, Francisco I de Austria y Federico Guillermo III de Prusia] se comprometían a defender los «preceptos de la justicia, la caridad cristiana y la paz [...] unidos por los vínculos de una auténtica e indefectible fraternidad». Se hablaba allí de la existencia de una «nación cristiana» y de «la eterna religión del Dios Salvador». El misticismo que destilaba el insólito documento, la vaguedad de su fines y, sobre todo, la indefinición de sus medios llevó a uno de sus primeros signatarios, el emperador de Austria, a declarar: «Si se trata de un documento religioso, el asunto es de la competencia de mi confesor, y si se trata de un documento político, lo es de la de Metternich».

LA RUSOFOBIA Y EL COMIENZO DEL GRAN JUEGO

De cuanto hemos dicho acerca del congreso de Viena y de las negociaciones de los tratados que salieron de aquella magna cumbre internacional se percibe claramente cómo la desconfianza hacia Rusia había ido en aumento. Las otras tres potencias que, junto con Rusia, formaban el cuarteto que dirigía los asuntos europeos, Gran Bretaña, Austria y Prusia, recelaban de su aliado oriental, al que atribuían encubiertos designios expansionistas, y muy pronto empezaron a pensar que habían acabado con el peligro que para Europa había representado Napoleón, pero que otro nuevo peligro, el que veían en Rusia, se perfilaba cada vez con más fuerza en el horizonte. De alguna manera era una situación parecida a aquella a la que, ciento treinta años más tarde, tuvieron que enfrentarse los aliados cuando, derrotado Hitler, su aliado de la víspera, Stalin, al frente de un enorme imperio euroasiático, se convirtió en una seria amenaza para las democracias europeas.

Las apetencias polacas de Alejandro habían preocupado, como ya hemos señalado, a sus tres aliados y estuvieron a punto de provocar la ruptura entre los vencedores. A Austria le inquietaban las conocidas aspiraciones rusas sobre los Balcanes. A Gran Bretaña, además de la presencia rusa en el Mediterráneo, también le preocupaba la permanencia de Rusia en la zona del Caspio, que chocaba con sus propios intereses. Además, después del tratado de Gulistan, firmado con Persia también en 1813, el Caspio se convertía en un lago ruso y Gran Bretaña contemplaba con aprensión cómo los dominios rusos se aproximaban a la frontera norte de la India. El caso es que, como escribe Kissinger, refiriéndose no solo a este momento histórico sino a la política exterior de Rusia en general: «Rusia se convirtió gradualmente en una amenaza tanto para el equilibrio de

poder en Europa como para la soberanía de los vecinos que rodeaban su vasta periferia. Con independencia de cuánto territorio controlaba, Rusia inexorablemente empujaba sus fronteras más allá». Y añade: «Sin Rusia, Napoleón y Hitler habrían logrado establecer imperios universales, casi con toda seguridad. Como Jano, Rusia era a la vez una amenaza para el equilibrio de poder y uno de sus principales componentes, esencial para el equilibrio, pero no totalmente parte de él»³⁰.

Hasta entonces, los británicos no concebían otro camino hacia India que no fuera el marítimo, pero la presencia rusa en la Transcaucasia les obligó a darse cuenta de que existía también un acceso por tierra al que hasta entonces no habían prestado ninguna atención. Como los rusos, los británicos se empeñaron en levantar mapas de aquellos desconocidos territorios al norte de India y exploradores de uno y otro lado se lanzaron a una apasionante aventura, magistralmente descrita por Peter Hopkirk en su libro *The Great Game*, que lleva como subtítulo *The struggle for empire in Central Asia*.

Por el lado ruso, el primer jugador del Gran Juego fue el joven capitán Nikolai Muraviev, que en 1819 emprendió una arriesgada expedición hasta Khiva cumpliendo órdenes del general Alexis Yermolov, gobernador militar ruso en el Cáucaso. Desde Bakú y tras atravesar el Caspio, los expedicionarios se adentraron en el terrible desierto de Karakum y, sorteando peligros sin cuento, alcanzaron la tierra de los uzbekos. Las múltiples vicisitudes de los expedicionarios son dignas de una novela de aventuras, que Hopkirk relata magistralmente. A su vuelta, Muraviev defendió acaloradamente la necesidad para los rusos de conquistar el khanato de Khiva, lo que, en su opinión, permitiría romper el monopolio británico en el valioso comercio de India. «Con Khiva en sus manos —escribió Muraviev—, todo el comercio de Asia, incluido el de la India», podría ser reconducido por el Caspio y, de allí, por el Volga a Rusia y a los mercados europeos, abriéndose así una ruta mucho más corta y más barata que la del Cabo. Añadía que tal empresa dañaría e incluso destruiría el dominio británico sobre India, abriendo además nuevos mercados en Asia central para las mercancías rusas. Hopkirk escribe que «este viaje marca el principio del fin de la independencia de los khanatos de Asia Central»³¹. Muraviev fracasó, sin embargo, en sus esfuerzos por convencer al khan de Khiva para que usase la ruta del Caspio, seguramente porque desconfiaba de los rusos, cuyas pretensiones expansionistas eran patentes.

Durante el reinado de Alejandro, Rusia consolidó su presencia en Alaska y prosiguió su avance hacia el sur sobre la costa del Pacífico del continente americano. En 1812 se fundó Fuerte Ross, en lo que actualmente es California, y empezaron a surgir problemas con los norteamericanos por la delimitación de las zonas de influencia en la cuenca del río Columbia. También hubo abundantes disputas entre los comerciantes de pieles rusos, americanos e ingleses, que Rusia resolvió en 1824 al darles a todos iguales derechos de comercio.

LOS INTENTOS REFORMISTAS DURANTE LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL REINADO

El gran peso que tiene la política exterior durante el reinado de Alejandro I no puede hacer olvidar el ámbito de la política interior, marcada por fracasados intentos de reforma y bruscos virajes reaccionarios. Ya hemos indicado los pocos frutos que se obtuvieron del primer impulso reformista, inmediatamente después del acceso de Alejandro I al trono. Saunders subraya que el comité de vigilancia creado en 1805 y la fundación en 1811 del Ministerio de Policía «dan la impresión de que el régimen ha girado de la reforma a la reacción». Alejandro disimula sus entusiasmos liberales en la acción de gobierno, pero sigue verbalizando sus inclinaciones, sobre todo en su acción exterior. «Frenados o interrumpidos los intentos de hacer cambios en Rusia — escribe Saunders— persiste su entusiasmo por los sistemas no autocráticos en otras partes». Este *liberalismo exterior* quedaba plasmado, por ejemplo, en las instrucciones entregadas a Novosiltsev para las negociaciones con Pitt en Londres, en las que se establecía la premisa del «reconocimiento inequívoco de la irreversibilidad de los cambios que han tenido lugar en Europa», lo que implicaba que no se luchaba para la reintroducción de los viejos abusos³².

La tesis de que Alejandro I no había abandonado sus propósitos reformistas, al menos durante el período que transcurre entre las dos guerras contra Napoleón (1807 a 1812), parece probarse por el papel relevante que durante esos años desempeñó Mikhail Speranskii. Este curioso personaje es un caso aparte, totalmente diferente de los que constituían la elite rusa. Nieto de un cosaco e hijo de un pope de aldea, Mikhail Mikhailovich fue enviado a los doce años al seminario de Vladimir, donde muy pronto demostró una inteligencia absolutamente excepcional. Como por no tener no tenía ni apellido, sus profesores, según una versión o un tío suyo, según otra, le denominaron Speranskii, forma rusificada del latín *spes*, «esperanza», como una apuesta por un futuro que se le auguraba brillante, dadas sus cualidades. A finales de 1798, cuando aún no tenía veintisiete años, se le concedió un título nobiliario hereditario.

Con Alejandro I escaló puestos en la Administración y a partir de 1808 se convirtió en el hombre de confianza de Alejandro, al que acompañó a Erfurt para su segunda entrevista con Napoleón, que, deslumbrado por su inteligencia, le calificó como «la única cabeza clara de toda Rusia». En 1809, a petición del emperador, redactó un proyecto completo de constitución donde bajo el título de «Introducción a la codificación de las leyes del Estado» trazaba un plan de reorganización total del sistema político y social de Rusia. Speranskii explica en su «Introducción» que el propósito de las proyectadas transformaciones era «establecer y consolidar el gobierno autocrático existente hasta ahora sobre las bases de la ley inmutable». Para Marc Raeff, esto no significaría sino que pretendía hacer que la autocracia rusa funcionase de una manera más eficiente y predecible, y niega cualquier influencia del liberalismo sobre el reformador ruso. Por el contrario, Saunders, junto con David Christian y John Gooding, que han

estudiado con detenimiento los papeles de Speranskii, entiende que el deseo de este era reemplazar el sistema autocrático «existente hasta ahora» por otro de una naturaleza totalmente distinta. Esta expresión, «existente hasta ahora», sería, precisamente, el factor clave para calificar el pensamiento y los propósitos de Speranskii. Una posición intermedia es la de Riasanovsky, según el cual Speranskii «no se inspiraba en las ideas liberales ni en las radicales, [sino que] su ideal era el del *Rechtstaat*, es decir, el Estado de Derecho. Pero Riasanovsky también estima que Raeff va demasiado lejos cuando niega cualquier influencia del liberalismo sobre Speranskii»³³.

Las propuestas de Speranskii suscitaron en la Corte una tenaz oposición por parte de la nobleza y de los sectores burocráticos. Despectivamente, Speranskii era llamado *popovich*, esto es, hijo de pope o cura, y los orgullosos nobles de la Corte siempre le vieron como un advenedizo que no merecía los honores que le había concedido el emperador. Se criticaba, además, su incapacidad para establecer vínculos de amistad con los personajes más influyentes de la Corte y su afición a rodearse de gentes de inferior condición. Todo lo que olía a francés empezó a ser odiado y rechazado y Speranskii aparecía como lo que en España se llamaba por entonces un *afrancesado* y sus reformas se veían inspiradas en los modelos revolucionarios y napoleónicos.

Speranskii fue objeto de todas las insidias imaginables y Alejandro permitió que el Ministerio de Policía le sometiera a una implacable vigilancia. Finalmente, en marzo de 1812, fue obligado a dimitir y a exiliarse, primero a Nizhni Novgorod y después a Perm, en los Urales, desde donde escribió cartas en las que afirmaba que sus planes de reformas no eran otra cosa que «el desarrollo racional» de todo aquello a lo que el zar aspiraba desde 1801. Algunos años más tarde Speranskii fue rehabilitado y designado gobernador de la provincia de Penza. En 1819 se le nombró gobernador general de Siberia, y dos años después volvió a San Petersburgo como miembro del Consejo de Estado.

El cese de Speranskii y el abandono de sus proyectos reformistas no impidieron que Alejandro, terminada la victoriosa guerra contra Napoleón, acariciara nuevos planes de reforma. Esta segunda parte de su reinado es una etapa contradictoria, ya que mientras el emperador, cada vez más entregado a ensoñaciones místicas, lleva a cabo, en Polonia, en Finlandia y en las provincias bálticas, experimentos «liberales» o «constitucionales» —que jamás intentará aplicar en Rusia—, la dirección de los asuntos políticos queda en manos del general Alexis Arakcheev, un autoritario brutal y eficiente que fue denominado por Pushkin «el genio maligno» de Alejandro I y al que se considera inspirador de la «década reaccionaria».

En el ámbito de la cultura y de la instrucción aparece en toda su nitidez —si se puede hablar así— la ambigüedad de Alejandro, que le impulsa a llevar a cabo una política contradictoria: por una parte, se crean numerosos centros de enseñanza, universidades entre ellos, pero, por la otra, se practica una política represiva, que fue especialmente dura en los últimos años del reinado. Dos notables reaccionarios, Mikhail Magnitskii y Dmitrii Runich se dedicaron a perseguir las ideas occidentales, consideradas peligrosas para la Ortodoxia, cebándose especialmente en las universidades de Kazán y San Petersburgo. Bajo la égida de Magnitskii, perfecta imagen del funcionario retrógrado y oscurantista, los jesuitas, que habían gozado de la protección de los zares desde su supresión por el Papa, fueron expulsados del Imperio en 1820. Dos años después se

ordenó que todos los estudiantes rusos que estuvieran cursando estudios en universidades extranjeras volvieran a Rusia y se prohibieron las sociedades secretas, medida esta dirigida especialmente contra la masonería. En esa línea, Alejandro exigió, a partir de 1823, que todos los funcionarios declararan por escrito que no pertenecían a ninguna sociedad secreta. «En realidad, —escribe Heller— se les exige, sobre todo, jurar que no son masones». Magnitskii llegó a proponer la instauración de la Inquisición en Rusia, así como la más estricta censura de todas las publicaciones impresas. Se le encomendó la tarea de inspeccionar la Universidad de Kazán y después de seis días de estancia en esta ciudad emitió un informe en el que no solo proponía que se cerrase la universidad, sino también que se destruyeran incluso los edificios. En el margen del informe, Alejandro I escribió: «¿Por qué destruirla? Más vale corregirla». Pero esa corrección se encargó al mismo Magnitskii, al que, como directiva, se le pidió que diese a las enseñanzas una orientación conforme a los principios de la Santa Alianza. En aplicación de semejante criterio, se suprimió la enseñanza de la geología, considerada hostil a la historia bíblica. Y se purgó la enseñanza de la filosofía para que no se convirtiera en vehículo del «liberalismo». La Universidad de San Petersburgo, que había sido fundada en 1819, también fue objeto de este tipo de represión cultural y su fundador, Uvarov, que se había hecho eco de las mismas ideas liberales que había expresado el emperador en su discurso de Varsovia, tuvo que dimitir. Sin embargo, en 1824 la Universidad de San Petersburgo logró un estatuto similar al de la de Moscú, primera en el tiempo de todas las universidades rusas. No salieron mal paradas ni la universidad báltica de Dorpat ni la ucraniana de Kharkov, que se convirtieron en focos de cultura en estas zonas periféricas del Imperio. Magnitskii sugirió el total aislamiento de Rusia respecto de Europa para que «el rumor de los espantosos acontecimientos que allí se desarrollan no la alcancen».

Los historiadores, a pesar de todo, suelen hacer un balance bastante positivo de la política educativa de Alejandro I por la gran cantidad de centros de enseñanza que se fundaron durante su reinado. Además, las donaciones del público, a través de organismos provinciales, suplían las insuficiencias del presupuesto público. La exigencia de que los funcionarios no pudieran ascender sin cumplir previamente una serie de requisitos educativos, obligó a la burguesía propietaria acomodada a prestar más atención a la educación.

LA POLÍTICA EN LOS TERRITORIOS NO RUSOS

Muy poco tiempo después de haber cesado a Speranskii, Alejandro I hizo un elogio de la Constitución española de 1812 y dos años después, cuando Fernando VII regresó a España y la

declaró nula y sin ningún efecto, interpuso sus buenos oficios para moderar la furia absolutista del restaurado monarca, y algo parecido ocurrió en Francia en los primeros años de su Restauración. Por esas fechas también, y en contra de lo que le aconsejaban Nesselrode, Capo d'Istria y Pozzo di Borgo —que no veían posible que el Imperio se dividiera en una parte autocrática y otra «liberal»—, Alejandro pone en marcha el experimento constitucional de Polonia. La parte de Polonia sometida a Rusia se convirtió desde 1815 en «Reino del Congreso» (en alusión al congreso de Viena que lo había delimitado), dotado de una carta constitucional, de un virrey representante del zar, de una administración formada por polacos y de una Dieta que se reunía cada dos años, votaba el presupuesto y los proyectos de ley que presentaba el virrey. En noviembre de 1815 promulgó esta nueva Constitución de Polonia que concedía también a los polacos una amplia gama de derechos civiles y políticos que incluían la libertad de prensa, de religión, el *habeas corpus* y un derecho de sufragio restringido, que permitía votar a un número de polacos superior al de franceses electores bajo el régimen de la Carta Otorgada de 1814. La Dieta fue inaugurada por Alejandro, como rey de Polonia, en marzo de 1818. Allí hizo público su propósito de utilizar a Polonia como banco de pruebas de sus experimentos constitucionales y expresó su convicción de que este reino estaba suficientemente avanzado como para disfrutar de «instituciones liberales», que el emperador esperaba extender a todos los territorios del Imperio. La promesa de extender a toda Rusia el experimento constitucional polaco llevó a Alejandro a encargar a Novosiltsev un proyecto de Carta constitucional del Imperio de Rusia en la que se recogían muchas de las propuestas de Speranskii, con la diferencia notable de que la centralización rigurosa de este era sustituida por un cierto federalismo.

En cualquier caso, las esperanzas suscitadas al principio del reinado por la imagen «liberal» de Alejandro I fueron quedando defraudadas, sobre todo en la última parte de su reinado. La revolución decembrista, que estalló inmediatamente después de su muerte, fue en buena medida la consecuencia de este descontento acumulado. A pesar de todo, debe señalarse que Alejandro I se caracterizó por su política tolerante en relación con algunos de los nuevos pueblos que habían sido incorporados al Imperio. Como recuerda Bogdan, Rusia favoreció a las poblaciones lituanas frente a la nobleza polaca, a la que teóricamente estaban sometidas, y prosiguió en Estonia y Livonia la política seguida durante el siglo XVIII, que se basó en el respeto por el régimen social establecido, que suponía la preponderancia de los «barones bálticos» de origen alemán sobre el campesinado indígena. Por el contrario, Bielorrusia y Ucrania fueron totalmente integradas a Rusia y sometidas a una política de asimilación y rusificación.

LA POLÍTICA EXTERIOR EN LA ETAPA FINAL DEL REINADO

Las discrepancias entre los vencedores de Napoleón aparecieron, como ya sabemos, inmediatamente y se manifestaron ya en el mismo congreso de Viena. Los dos hombres fuertes del continente, Alejandro y Metternich, mantenían puntos de vistas muy diferentes y sus concepciones del orden internacional no eran en absoluto similares. Para Alejandro la idea de la Santa Alianza era la más adecuada para garantizar la paz y la seguridad, pero, frente a esta concepción místico-religiosa, Metternich confiaba más en la *realpolitik* que había inspirado el pacto de la Cuádruple Alianza y coincidía con el británico Castlereagh en la necesidad de frenar las ambiciones de Rusia en la que veía la mayor amenaza a largo plazo. De este modo, Alejandro quedaba, de alguna manera, en minoría en el «sistema de congresos» o «Concierto de Europa» que, a partir de Viena, presidió los destinos del continente³⁴.

El 1 de enero de 1820 el coronel Rafael de Riego se sublevó en Cabezas de San Juan, en la española provincia de Sevilla, y proclamó la Constitución de 1812 en contra del absolutismo de Fernando VII. Un movimiento similar estalló poco después en el borbónico reino italiano de las Dos Sicilias. El 13 de febrero de aquel mismo año, un obrero parisino, Louis Pierre Louvel, apuñaló mortalmente al duque de Berry, hijo del conde de Artois, heredero de la corona francesa y futuro Carlos X. Pushkin se atrevió a mostrar en el teatro un retrato de Louvel, con esta leyenda: «Una lección para los zares». El atrevimiento le costó el exilio. La revolución se ensañaba con los Borbones, que no dejaban de ser uno de los más firmes puntales del sistema establecido y mostraban la debilidad del sistema de la Santa Alianza. Con su dramatismo, estos acontecimientos echaban por tierra las esperanzas de contener la riada revolucionaria, pero, al mismo tiempo, obligaban a Alejandro a aclarar una política que hasta entonces había sido vacilante y contradictoria y que desconcertaba a sus aliados. Se explica así que el «intervencionismo» que venía propugnando el emperador de Rusia se abriese paso con facilidad en los congresos que se celebraron con posterioridad. El primero de ellos, que se reunió en Troppau (Silesia) entre el 20 de octubre y el 20 de diciembre de 1820, formula el principio de intervención, que constaba de los siguientes puntos: todo Estado en el que triunfe la revolución queda excluido de la Santa Alianza; si la revolución amenaza el orden de otros Estados, las potencias aliadas tienen el deber de intervenir, recurriendo en primer lugar a «exhortaciones amistosas» y después a la «fuerza represiva», para restablecer el orden.

Hasta ese momento, la mayor diferencia entre Alejandro y Metternich radicaba en sus distintas concepciones de la intervención. El zar ruso propugnaba una política de «intervención colectiva», mientras que el canciller austriaco prefería una intervención unilateral, sin contar con las demás potencias. Para «restablecer el orden» en Italia, Austria no necesitaba de nadie, según su punto de vista, y algo parecido significaba el Acta de Viena de 1820 que permitía a la Dieta de la Confederación Germánica intervenir en ciertos casos en los asuntos internos de los Estados alemanes. Pero el intervencionismo de Alejandro era también muy distinto al de Metternich por sus objetivos últimos: mientras que este solo pensaba en el restablecimiento del principio de

legitimidad, es decir, de los regímenes absolutistas, el zar proponía en Troppau que el reino de las Dos Sicilias dispusiese de una constitución liberal. Como se ve, la actual polémica sobre el unilateralismo y el multilateralismo —más o menos eficaz— no es una novedad.

Pero el 15 de noviembre, estando todavía en Troppau, le llega a Alejandro una noticia que cae sobre él como un mazazo: el regimiento de la Guardia Semionovskii, uno de sus preferidos, se había amotinado en San Petersburgo. Los soldados se rebelan contra la crueldad caprichosa e inhumana de su coronel, Schwarz, pero Alejandro, obsesionado por maniobras conspiratorias de las sociedades secretas, no duda en atribuir a estas el inesperado motín. Piensa que las ideas revolucionarias ya han llegado a Rusia hasta al regimiento en el que más confió cuando tras el golpe de Estado contra su padre se encontró inesperadamente en el trono. Según cuenta Vallotton, Alejandro «se entrevistó de nuevo con Metternich, le confió que lamentaba su entusiasmo por el liberalismo y que a partir de entonces dedicaría sus fuerzas a defender el Antiguo Régimen y el mantenimiento del orden político». Triunfante, el ministro escribe, el 15 de noviembre: «Se diría que es hoy cuando entra en el mundo y abre los ojos. Actualmente está en el lugar donde yo había llegado hace treinta años». «Gracias a su extrema habilidad y a su perseverancia —añade Vallotton— Metternich había conseguido hacer de la Santa Alianza ideológica un instrumento disimulado de su absolutismo»³⁵. La crisis personal de Alejandro es patente para los que le rodean y, en medio de su confusión, cada vez se inclina más por una actitud reaccionaria.

Alejandro había mirado siempre con simpatía a los patriotas griegos, ortodoxos a mayor abundamiento, que trataban de librarse del yugo turco, pero como guardián de la legitimidad no se cree capaz de defender un levantamiento contra un régimen establecido. Además, Metternich, el otro guardián de la legitimidad, le presiona para que no se ponga del lado de los rebeldes y en octubre de aquel mismo año de 1821, junto con Gran Bretaña, dirige una advertencia formal a Rusia. Si Alejandro mantenía todavía alguna veleidad de intervención, la posición de Londres y Viena le disuade. Mientras tanto, y ante la brutal represión turca, Alejandro protesta ante la Sublime Puerta, amenazando incluso con una intervención armada, poco creíble después de gestos como el de borrar de las nóminas del ejército ruso a todos los militares griegos que habían tomado parte en el levantamiento. Todo queda en la retirada del embajador ruso en Constantinopla. La cuestión griega amargó los últimos meses de la vida de Alejandro I, que no se decide a actuar en uno u en otro sentido. Las potencias occidentales, especialmente Gran Bretaña y Austria, temen que la cuestión griega evolucione en el sentido de beneficiar los intereses rusos.

La compleja cuestión griega no fue obstáculo para que durante los últimos años de Alejandro se atendiese a los intereses rusos en Asia central, en confrontación permanente con los británicos. También durante el reinado de Alejandro I se prosiguió la atención a los intereses rusos en el Pacífico, que, ya desde finales del siglo XVIII, consistían fundamentalmente en penetrar comercialmente en Japón y ser admitidos en Cantón, el único puerto donde los extranjeros podían comerciar con los chinos. Se trataba de explorar una ruta similar a la que los británicos utilizaban para llegar a la India, esto es, la ruta del Cabo de Buena Esperanza. En el caso ruso, se pensaba salir de Kronstadt y llegar a Alaska vía Cantón y, si era posible, Japón, bien por el mismo cabo de Buena Esperanza o por el todavía más difícil cabo de Hornos. Poco después, en febrero de 1803, el

ministro de comercio Nikolai Rumiantsev logró que Alejandro I permitiese que se enviara a Japón una misión, cuyo objetivo era establecer relaciones amistosas con ese país. La expedición dobló el cabo de Hornos en marzo de 1804 y, a partir de ahí, se dirigió a las Aleutianas y Rezanov a Nagasaki, adonde arribó en octubre. Como solían hacer los nipones, se le hizo esperar hasta que llegó de Edo (Tokio) la respuesta del gobierno que, una vez más, reafirmaba la tradicional política de exclusión.

Después de aquel nuevo intento frustrado, Rezanov convenció a dos oficiales de marina, Gavril Davydov y Nikolai Khvostov, que, convertidos en piratas, en mayo de 1807, a partir de Petropavlovsk, en Kamchatka, atacaron las instalaciones japonesas en Iturup y en Urup, dos de las islas de Kuriles, y en la ruta de regreso hasta Okhotsk hundieron varios barcos japoneses.

LA EXTRAÑA MUERTE DE ALEJANDRO I

La crisis espiritual de Alejandro se acentuó en los últimos años de su vida, que transcurrieron en una continua búsqueda interior. Siempre había viajado mucho, pero en ese último período sus afanes viajeros se incrementan y recorre la Rusia europea incansablemente. La zarina, de la que había estado tan alejado, se convierte de nuevo en su refugio preferido: es la única persona en la que confía. Alejandro parece haber tomado la decisión de abdicar y habla de ello con frecuencia con sus más íntimos. El zar solo parece estar aguardando el momento adecuado para dejar las obligaciones del trono y «vivir como un particular», como dirá a uno de sus próximos. El 6 de enero de 1825, con motivo de la habitual ceremonia de la bendición de las aguas del Neva, Alejandro coge una neumonía, de la que se cura. A uno de sus ayudantes de campo, el antiguo comandante de la Guardia, Hilarión Wassilchikov, le confiesa que «la carga de la corona le pesa terriblemente», y a otro de sus amigos íntimos, el príncipe Piotr Volkonski, le dice: «Piotr, lo sabéis, desde hace algún tiempo solo tengo un deseo: abdicar». Mientras tanto los informes policiales sobre complots y conspiraciones se multiplican y siempre aparecen implicados los mismos personajes de la elite rusa, incluidos oficiales del ejército. La pasividad de Alejandro es impresionante, casi fatalista: en esos conspiradores se reconoce a sí mismo, al Alejandro joven que un cuarto de siglo atrás soñaba con las ideas liberales. Esa constatación aumenta su malestar y hasta sus remordimientos.

Como la salud de la emperatriz empeora, se le recomienda que se instale en un clima más suave: pasar el invierno en San Petersburgo podría ser fatal para su vida. Pero Isabel no acepta las recomendaciones de salir de Rusia, sobre todo porque no se quiere separar de Alejandro. Ambos

deciden que pasarán juntos el invierno en Taganrog, a orillas del mar de Azov. Extraña elección la de este lugar perdido porque, sin salir del Imperio, en la bien cercana Crimea, el clima es más soleado y las costas están plagadas de las señoriales villas de la nobleza rusa. El 13 de septiembre Alejandro se adelanta para preparar la estancia donde van a pasar la temporada invernal, y llega a su destino el 25, después de recorrer a toda velocidad los más de 2.000 kilómetros que hay entre la capital y esa pequeña localidad ribereña del «Mar Pútrido». Poco después, con mucha más calma, llega la emperatriz y ambos se instalan en la modesta casa de planta baja de un antiguo gobernador. Alejandro e Isabel viven el uno para el otro y los informes de nuevos complots o las peticiones de que haga visitas de inspección a la cercana Crimea no logran sacar de su indolencia al emperador, que solo accede a viajar hasta la próxima península el 20 de octubre. A principios de noviembre, en Sevastopol, Alejandro se resfría de nuevo y poco después emprende el viaje de vuelta a Taganrog, a pesar de que su médico, preocupado por su mal aspecto, le ruega que descanse. Ya de vuelta su estado empeora y aparecen todos los síntomas de las fiebres palúdicas. El 1 de diciembre de 1825 (19 de noviembre según el calendario juliano aplicado en Rusia) Alejandro muere.

Este zar, que había suscitado tanta expectación en vida, da origen después de muerto a una leyenda. Pronto se difunde el rumor de que el zar, muerto a edad temprana, ha abandonado el trono para retirarse del mundo. Se llega a decir que el féretro que llega a Moscú el 15 de febrero de 1826 está ocupado por un cadáver que no es el suyo. Se rumorea que un misterioso *starets* (sabio popular) aparecido en Siberia en 1836, y que se hace llamar Fedor Kuzmich, es el propio zar Alejandro, en línea con lo que es una arraigada tradición rusa, que tantas veces ha creído ver en otra persona al zar fallecido, muy a menudo un impostor. Pero la leyenda continúa y, según cuenta Mourousy, Nicolás I descubre que el cadáver depositado en el féretro no es el de su hermano y antecesor y ordena vaciarlo. Este autor afirma que todos los sucesores en el trono de los Romanov (Alejandro II, Alejandro III y Nicolás II) y el mismo gobierno soviético constatan que, en efecto, no había nada en aquel féretro³⁶.

Al carecer de hijos Alejandro, y en la ausencia de testamento, el derecho al trono correspondería en principio a su hermano Constantino, dos años menor que aquel. Pero desde años atrás era conocido el nulo interés de Constantino por suceder a su hermano. Según Saunders, la renuncia de este no era una decisión totalmente voluntaria, sino, más bien, originada porque el matrimonio morganático que había contraído en mayo de 1820 con la condesa polaca Jeanne Grudzinska le privaba de sus derechos sucesorios, en opinión de su hermano el emperador. El caso es que el 14 de enero de 1822 Constantino le escribe a su hermano Alejandro una carta en la que le dice: «No reconociendo en mí ni el genio, ni los talentos, ni la fuerza necesaria para ser elevado a la dignidad soberana a la que podría tener derecho por mi nacimiento, suplico a Vuestra Majestad imperial que transfiera ese derecho a quien le pertenezca después de mí, asegurando así la estabilidad del Imperio». El 2 de febrero, Alejandro le responde a Constantino: «Como sé apreciar los altos sentimientos de vuestra buena alma, no me ha sorprendido vuestra carta [...]. Solo nos

queda, por respeto a los motivos que habéis expuesto, concederéis plena libertad para seguir vuestra incommovible resolución y rogar al Todopoderoso que bendiga las consecuencias de tan puras intenciones». Estas cartas privadas eran insuficientes para arreglar un asunto de tanta importancia. Por ello en agosto de 1823, Alejandro ordena al metropolitano de Moscú, Filarete, que redacte un manifiesto solemne que reconozca la renuncia de Constantino y declare heredero a Nicolás, su hermano siguiente, que tenía diecinueve años menos que él. El manifiesto se redacta, pero sigue siendo un secreto, aunque se envían tres copias lacradas del mismo al Consejo de Estado, al Senado y al Santo Sínodo, «hasta nueva reclamación por mi parte». El original se deposita en el altar de la catedral de la Asunción, bajo la custodia del metropolitano. En todos los sobres se pone este texto: «En ocasión de mi muerte, abrir por el metropolitano de Moscú y por el gobernador general de esta ciudad, en la catedral de la Asunción, antes de proceder a cualquier otra acción».

Cuando llega a San Petersburgo la noticia de la muerte de Alejandro, Nicolás, que desconoce el manifiesto pero que sabe que Alejandro pensaba en él como heredero porque informalmente se lo ha comunicado en alguna ocasión, no quiere tampoco ni oír hablar de ocupar el trono en perjuicio de los para él derechos legítimos de su hermano Constantino y pone en marcha la ceremonia de prestar juramento a este como nuevo zar. Como escribe Troyat: «En el espíritu de Nicolás, que ignora la existencia del manifiesto, solo una renuncia oficial de Constantino podría acallar sus escrúpulos». Además, el gobernador de San Petersburgo, el general Miloradovich, declara que un manifiesto no publicado carece de fuerza legal, aparte de contravenir las normas sucesorias promulgadas por Pablo I en 1797, por lo que los Guardias podrían estimar que la hipotética proclamación de Nicolás era una usurpación. Se impone, por tanto, la renuncia pública de Constantino.

En consecuencia, la ceremonia del juramento de Constantino como nuevo emperador, por parte de toda la familia imperial y de toda la Corte, se lleva a cabo el mismo día 27 de noviembre en que llega de Taganrog la noticia de la muerte de Alejandro. Terminada la ceremonia Nicolás escribe a Constantino, que está en Varsovia, donde desempeña el cargo de virrey de Polonia, considerándole emperador. Este le contesta informándole de la carta enviada al emperador en la que le comunicaba «su voluntad irrevocable», pero no da ni un paso para firmar una renuncia pública o para trasladarse a San Petersburgo a clarificar la situación. La confusión se prolonga durante dos semanas más en un interregno propicio a todas las audacias, que será aprovechado por los decembristas. El Imperio ha jurado a un emperador que no siente que aquello le concierna ni acepta el llamamiento para ocupar el trono y sin que su hermano, siguiente en el orden de sucesión, se considere legitimado para dar él mismo ese paso. El 12 de diciembre Nicolás recibe un informe del general Dibich, jefe del Estado Mayor, en el que se da cuenta de que está en marcha un complot originado en el ejército del sur, pero con ramificaciones en la guarnición de San Petersburgo, que trata de aprovechar el interregno para instaurar en Rusia un régimen constitucional. Ante esta nueva situación, Nicolás se siente obligado a asumir sus responsabilidades dinásticas y encarga a Karamzin que redacte el manifiesto que proclame su acceso al trono. Como no le acaba de convencer el tono del borrador que se le somete, Nicolás

encarga a Speranskii que lo reescriba. Entretanto, siguen llegando informes sobre las acciones que preparan los conspiradores. Al día siguiente, Nicolás convoca una sesión del Consejo del Imperio —que, en espera de la llegada de Constantino, se inicia hacia medianoche al no aparecer este— en la que se decide que, a la mañana siguiente, Nicolás será jurado como nuevo emperador. A las siete de la mañana del 14 de diciembre los miembros de las altas instituciones del Imperio, Senado y Santo Sínodo, juran su acatamiento al nuevo soberano.

Pero, mientras tanto, los conspiradores se agitan y durante la noche del 13 al 14 celebran una reunión en casa de uno de ellos, la del poeta Kondratii Ryleev, y deciden sublevar a la guarnición de la capital, con el pretexto de la ilegalidad del juramento a Nicolás. Al coronel príncipe Trubetskoi se le nombra «dictador designado» del movimiento que pretende convocar una Asamblea Nacional que elaborará una Constitución para Rusia. Uno de los conspiradores, Kakhovski, se muestra incluso dispuesto a asesinar a Nicolás. Sus consignas llegan a algunos regimientos, que se niegan a un segundo juramento. Los oficiales del regimiento de Moscú prohíben que sus soldados presten juramento a Nicolás I y aseguran que Constantino, para ellos el auténtico zar, ha sido encarcelado. En plena actitud insurreccional, conducen el regimiento hasta la plaza del Senado, donde forman en cerrado bloque. Pronto se les unen otros regimientos. Ante esta situación, el nuevo emperador llama al regimiento Preobrazhenski, unidad de elite famosa por su lealtad, y se pone a su frente. El popular general Miloradovich intenta parlamentar con los insurrectos, pero es muerto por un civil. Los dirigentes de la sublevación lanzan el grito de «¡Viva Constantino! ¡Viva la Constitución!», que es contestado por la tropa que les sigue y que, según parece, creían que la Constitución era la esposa de Constantino. Sublevados y leales se mantienen frente a frente en la plaza del Senado en una calma tensa solo rota por algunas escaramuzas, como la que se salda con el rechazo por parte de los primeros de la caballería que, al mando del general Orlov, es enviada contra ellos por Nicolás. Fracasan también diversos intentos de parlamentar y alcanzar una solución pacífica. Ya muy tarde, al caer la noche, Nicolás da orden de que dispare la artillería. Tras la segunda andanada, se produce la desbandada de los insurrectos, que huyen a través del helado Neva para alcanzar la orilla opuesta. Pero el hielo cede bajo el peso de los soldados y muchos de ellos se ahogan. Nicolás ha triunfado en su primera batalla y se sienta en el trono, despejados todos sus escrúpulos, con una legitimidad que ya nadie puede discutirle³⁷.

El movimiento decembrista, que fracasa estrepitosamente, supone, a pesar de todo, un hito importante en la historia de Rusia y fue fruto de un largo proceso que se había venido gestando durante los últimos años del reinado de Alejandro I. No se puede entender la historia contemporánea de Rusia sin una consideración detallada de este movimiento que tiene una vertiente intelectual y otra claramente inmersa en el activismo político. Desgraciadamente carecemos de espacio para ocuparnos de tan interesante asunto.

EL REINADO DE NICOLÁS I, PROTOTIPO DE AUTÓCRATA

FORMACIÓN, MATRIMONIO Y ACCESO AL TRONO

Nicolás Romanov, hijo de Pablo I y de María Fedorovna, nació el 25 de junio de 1796, escasamente cinco meses antes de que muriera su abuela Catalina II. Nada hacía pensar que Nicolás fuera a ocupar en el futuro el trono de Rusia, al que se fue acercando cada vez más, primero por el hecho de que Alejandro I, su hermano mayor, no tuviese hijos, y después porque Constantino, el segundo de los hijos de Pablo I, al casarse morganáticamente en 1820 había renunciado a todos sus derechos al trono.

La invasión de Rusia por Napoleón en 1812 produce un enorme impacto en Nicolás, que, a sus dieciséis años, pretende incorporarse al ejército. María Fedorovna se opone resueltamente a los planes de Nicolás, que vive con patriotismo y entusiasmo el desarrollo de la lucha contra Napoleón. Pasado el peligro inmediato para Rusia, a principios de 1814 Alejandro I da permiso a sus jóvenes hermanos para que viajen hasta Europa occidental, donde se desarrollan todavía las hostilidades. Como narra Troyat, Alejandro pidió a sus hermanos que fueran a reunirse con él en París. Para Nicolás la estancia en la capital francesa es una ocasión de exaltación, aunque fiel a sus proclividades militares y «siempre dominado por su inquietud por la vida militar, visita cuarteles, hospitales, la Escuela Politécnica, charla con los cosacos acampados en los Campos Elíseos, se dirige a los Inválidos, donde, a la vista de su uniforme, los viejos *grognards* (soldados de la Vieja Guardia napoleónica) se vuelven, las lágrimas en los ojos»¹.

Ya en Rusia de nuevo, salta la noticia de la huida de Napoleón de la isla de Elba y su marcha victoriosa hasta París, en el episodio que la historia conoce como los Cien Días. Alejandro autoriza otra vez a sus hermanos para que se unan a las tropas rusas estacionadas en Alemania, y el 13 de mayo de 1815 marchan hacia Heidelberg, donde está el cuartel general ruso. Nicolás sueña con participar en las batallas que se esperan, pero los acentecimientos se suceden con una extraordinaria celeridad. Napoleón es derrotado definitivamente en Waterloo y Nicolás acompaña a Alejandro a París sin haber recibido su bautismo de fuego, aunque sí participa, al frente de la segunda brigada de la tercera división de granaderos, en el gran desfile militar que los aliados organizan en el llano de Vertus, a 120 verstas de París (unos 128 kilómetros). En el viaje de la

familia imperial de regreso a Rusia se detienen en Berlín, donde se celebran los esponsales de Nicolás, de diecinueve años, con la princesa Carlota de Prusia, hija del rey Federico Guillermo III y hermana de Federico Guillermo IV, con quien cultivará Nicolás unas intensas relaciones políticas, no siempre armónicas. Como escribe Troyat, «por milagro, resulta que la elección de las familias y de los diplomáticos se corresponde con los deseos secretos de la joven pareja», que vivirá un intenso y romántico amor.

Nicolás vuelve a sus estudios y a sus actividades militares, sin dejar de pensar en Carlota, que se había convertido en el centro de su existencia. Tras visitar durante tres meses distintas zonas de Rusia, Alejandro le envía a Inglaterra, no sin que la familia tome todas las cautelas para evitar que el gran duque pueda «pervertirse» con el «pernicioso» ambiente constitucional propio de aquel país. María Fedorovna escribe al conde de Lieven, nuevo embajador ruso en Londres, rogándole que preserve al joven gran duque de «la perversidad tan grande y tan atrevida» de la sociedad británica. La emperatriz madre pide también al conde de Nesselrode, nuevo ministro de Asuntos Exteriores, que redacte una memoria, para uso de Nicolás, en la que se le dice que si bien es interesante para un viajero ruso «contemplar» la Constitución inglesa, con el fin de ejercitar el «espíritu de observación», no sería prudente transportarla «bajo otro cielo y en otro clima».

En Londres Nicolás solo se interesa por las cuestiones militares y permanece al margen de la vida social y política, aunque, inútilmente, todas las puertas se le abrieron. Visitó fugazmente Edimburgo, Liverpool, Plymouth, Portsmouth y Brighton, donde se entrevistó con el Regente y regresó a Rusia a finales de abril de aquel año de 1817. La impresión que le produjo el viaje está perfectamente expresada en este comentario que hizo a su compañero de viaje Kutuzov: «Si, para nuestra desgracia, un mal genio hubiera transplantado a Rusia todos estos clubs y todos estos *meetings*, que hacen más ruido que negocios, yo habría rogado al buen Dios que repitiese el milagro de la Torre de Babel o, mejor aún, que les privase del don de la palabra». Era evidente la incapacidad de Nicolás por entender el ambiente abierto de una sociedad libre y su rotunda oposición al menor atisbo de libertad de expresión².

Muy poco después de su regreso de Inglaterra, el 31 de mayo de 1817, Nicolás parte para encontrarse con su novia, que viaja hacia Rusia para la celebración matrimonial. El encuentro se produce en la frontera, donde Nicolás la acoge con un entusiasmo que desvela el sincero amor que siente por ella. Nada más llegar a San Petersburgo, Carlota es bautizada en la religión ortodoxa en la capilla del Palacio de Invierno y recibe el nombre de Alejandra Fedorovna. El matrimonio tiene lugar el 1 de julio de 1817, entre el fervor popular. En carta a Federico Guillermo, Alejandro I habla de «alianza indisoluble» entre las dos familias, que equivalía a decir también entre los dos países. Pero, después de su matrimonio, Nicolás seguía estando lejos del trono. Solo los acontecimientos de la última etapa del reinado de Alejandro I y la cerrada negativa de su sucesor natural, el gran duque Constantino, a asumir el compromiso de la sucesión, explican que, después de las vacilaciones de que nos hemos ocupado en el capítulo anterior, Nicolás se convirtiese en emperador.

La primera vez que Nicolás se tiene que enfrentar con la perspectiva de la responsabilidad imperial es en julio de 1819, cuando, después de unas maniobras militares que habían tenido lugar en Krasnoie Selo, cerca de San Petersburgo, su hermano le pidió que cenasen juntos. Alejandro le explica la situación y le anuncia que, dada la negativa de Constantino, será él quien deba sucederle. Nicolás, que llevaba un diario, escribirá que quedó «sorprendido como tocado por un rayo», ya que a sus veintitrés años nunca había asumido ningún encargo político. «Osé decirle —continuaba— que yo nunca me había preparado para esta función y que no me sentía ni con la fuerza ni con el coraje de asumir una tarea tan importante». Se comprende la preocupación de Nicolás, ya que, como señala Troyat, «a sus veintitrés años no sabía de política más que lo que se murmuraba en los salones». Ignorante del manifiesto solemne y secreto de agosto de 1823 en el que se tomaba nota de la renuncia de Constantino y se le declaraba heredero, Nicolás se resistió, como ya sabemos, a asumir la alta responsabilidad en aquellas horas críticas que siguieron a la muerte, en la lejanas tierras ribereñas del mar de Azov, del emperador Alejandro I.

Situado entre Alejandro I —cuyas retóricas veleidades «ilustradas» le dieron en toda Europa una inmerecida fama de liberal— y Alejandro II —que es conocido sobre todo por la abolición de la servidumbre, que le valió el apelativo de *el Libertador*— Nicolás I suele ser considerado un autócrata de una pieza, cuyo largo reinado de treinta años se caracterizó por la represión y por la oposición a cualquier reforma legal o institucional. Ciertamente, Nicolás fue un defensor, sin la menor vacilación, del principio de la legitimidad monárquica frente al desafío de los movimientos revolucionarios que se estaban gestando en toda Europa. Legatario de cuanto significaba la Santa Alianza, Nicolás I vio durante su reinado las dos revoluciones más importantes del siglo XIX, la de 1830 y la de 1848. Y no solamente se propuso que sus subversivos principios no penetrasen en Rusia ni en los territorios de su vasto Imperio, sino que hizo de la lucha contra la revolución allí donde apareciese, una de las directrices fundamentales de su política, hasta el punto de que mereció el título de «gendarme de Europa», especialmente después de su intervención en Hungría en 1849, que devolvió el país magiar a la obediencia de los Habsburgo. Apenas iniciado su reinado, con la intentona revolucionaria de los decembristas, Nicolás explica, en una carta a su hermano el gran duque Mikhail, la que va a ser su línea de conducta: «La revolución —escribe— está a las puertas de Rusia, pero yo juro que no penetrará en el país mientras haya aliento en mi cuerpo».

Nicolás era, ante todo, un militar. No tiene otro modelo de vida que el militar y entiende que no existe mejor modo de organizar la convivencia que el propio del ejército. Vestido siempre de uniforme, desde su más tierna infancia no tiene más interés que su pasión por las fortificaciones, en cuyo estudio se especializa, sobre todo después de que fue nombrado por su hermano Alejandro jefe del cuerpo de ingenieros militares. En un momento de su vida expresará así esta convicción personal:

Aquí [en el ejército] reina el orden, una ley estricta se impone a todos sin condiciones, ningún impertinente pretende tener respuesta para todo, no hay contradicciones, las cosas se encadenan lógicamente; nadie se adelanta sobre nadie sin razón legítima; todo está subordinado a un objetivo bien definido, todo tiene su razón de ser. He aquí por qué yo me siento tan bien entre estas gentes, he aquí por qué yo tendré siempre en alta estima la vocación de soldado. Considero

que la vida humana no es otra cosa que servicio, porque servir es la suerte de todos y de cada uno.

Dotado, como señala Riasanovsky, de una voluntad de hierro, de un absoluto sentido del deber y de una enorme capacidad de trabajo, «por su carácter, e incluso por su aspecto físico, de un poderío impresionante, Nicolás I parece haber sido tallado para el papel de déspota». No puede extrañar que este apasionado de la vida militar y del arte de las fortificaciones, cuando acceda al trono «no ahorre ningún esfuerzo para hacer del país una fortaleza inexpugnable»³.

POLÍTICA INTERIOR Y REFORMAS

No cabe duda de que el episodio decembrista dejó una impronta indeleble en Nicolás I, que reforzó sus inclinaciones conservadoras, fruto de la educación que había recibido y de sus propias experiencias vitales. Saunders estima, sin embargo, que no se le puede considerar «un ciego reaccionario» y que, «aunque hostil a cambios dramáticos, pensó seriamente en la estructura administrativa y social del país». Según este enfoque, no se habría subrayado lo suficiente que Nicolás en su primera etapa estimuló las reformas y hasta trató de reforzar los fundamentos ideológicos del régimen con iniciativas atrevidas, como el uso del concepto de *narodnost* (nacionalidad), que «originalmente representaba una idea que apelaba a la izquierda del espectro del pensamiento político». En esta misma línea, debe señalarse la pronta modificación, en 1828, de las rígidas normas de censura de 1826 que Nicolás aplicó con flexibilidad, como mostraría el permiso dado a Pushkin, en septiembre de 1826, para que retornase a San Petersburgo. Por otra parte, el estatuto de educación de 1828, si bien tiene un preámbulo que encarna una estrecha visión acerca del aprendizaje, no suprimió en el texto la generosa actitud hacia la escolarización de las leyes de 1803 y 1804.

Como había sido habitual con sus antecesores, Nicolás inicia su reinado imponiendo una reforma administrativa muy amplia que deja de lado las instituciones que habían ocupado el centro de gravedad del poder durante el reinado anterior, como el Consejo de Estado, el Senado y el Comité de Ministros, y pone en su lugar nuevos instrumentos para ejercer el poder. En consonancia con su condición de autócrata convencido, a Nicolás le gusta el ejercicio personal del poder, de modo que todo el sistema que monta no es, en buena medida, sino una extensión y prolongación de ese poder personal. Pretende estar al tanto de todo y decidir sobre todo. En una ocasión dirá que del mismo modo que conoce a todos los oficiales de su ejército, le gustaría conocer a todos los funcionarios de su administración. Por eso utilizó con frecuencia enviados

especiales, casi siempre generales de su confianza, a los que encomendaba misiones específicas, en cualquier rincón del Imperio, con el fin de que su voluntad se aplicara sin dilaciones ni distorsiones.

Esta concepción personal del poder explica que el órgano permanente de gobierno durante el reinado de Nicolás I fuera la Cancillería imperial, especie de gran secretaría personal del emperador que, con precedentes en siglos anteriores, había sido instaurada y regulada en 1812. La Cancillería llegó a tener hasta seis departamentos. El Tercer Departamento se ocupaba de las cuestiones de policía y llegó a ser el más conocido y temido porque tenía a su cargo la represión y persecución de cualquier disidencia, hasta el punto de convertirse en la expresión de la política y del reinado de Nicolás I. El Tercer Departamento llevó a cabo una incesante actividad que intentaba controlar hasta los más ínfimos detalles de la vida familiar, de los negocios o de la vida religiosa y, por supuesto, intelectual, en un designio decidido de impedir cualquier movimiento subversivo.

El proceso de burocratización del Estado avanzó decisivamente durante el reinado de Nicolás I, aunque Saunders subraya que la proporción de funcionarios en relación con la población era todavía inferior a la de los grandes países occidentales. Pero la gran reforma que Rusia tenía pendiente era la de servidumbre y, como sus antecesoras, al menos desde su abuela Catalina, Nicolás no se atrevió a afrontarla, esencialmente por la misma razón que todos ellos: por la segura oposición de la nobleza, beneficiaria absoluta del sistema, a la que el zar no quería desagradar, convencido de que era uno de los más sólidos pilares del sistema. Como casi todos los que le habían precedido en el trono, Nicolás no amaba a la nobleza y no vacilaba en privarla de sus abusivos privilegios, pero nunca hasta el extremo de tocar lo que era el fundamento de su riqueza y de su bienestar, esto es, la servidumbre.

Cualquiera que sea el juicio que se tenga sobre los intentos reformistas de Nicolás I, lo cierto es que después de 1848 se paralizan las iniciativas reformistas y se inicia una etapa netamente reaccionaria que dura hasta el final del reinado, como respuesta a los movimientos revolucionarios que se extienden por Europa. Se prohibió a los rusos viajar al extranjero, incluidos profesores y alumnos, lo que tuvo un efecto negativo en el ámbito académico. Uvarov, ministro de Educación, fue forzado a presentar su dimisión y se sometió a la Universidad a una serie de medidas restrictivas, en cuanto al número de alumnos y a las disciplinas que se impartían: el Derecho constitucional y la filosofía desaparecieron de los planes de estudio y la lógica y la psicología se encomendaron a profesores de teología. La censura se hizo mucho más rigurosa y apareció un comité permanente de supercensura o «censura de los censores». La represión se recrudeció, pero ni esta arremetida final de Nicolás I contra la libertad de pensamiento y de expresión pudo alterar el hecho de que su reinado contemplase el nacimiento de la *intelligentsia* y la aparición de una brillante pléyade de escritores, que hacen de estos años centrales del siglo XIX la edad de oro de la literatura rusa.

La represión no impidió que el nuevo interés por las cuestiones sociales y, muy especialmente, por la suerte del campesinado que caracterizan la década de los cuarenta, se concretase en una gran cantidad de publicaciones de todo tipo. En 1851 existían en Rusia 130 publicaciones

periódicas, de las cuales 106 se habían fundado a partir de 1836. Entre 1840 y 1848 la población universitaria se había incrementado en más del 50 por 100 y los estudiantes de secundaria habían crecido todavía más. El volumen del correo también aumentó espectacularmente: en los quince primeros años del reinado de Nicolás I se había registrado un aumento de tres millones de piezas postales, pero entre 1840 y 1845 el aumento fue de quince millones. Por otra parte, en los tres años siguientes se importaron en Rusia más de dos millones de publicaciones extranjeras.

Este intenso movimiento publicístico coincide con el traslado de Moscú a San Petersburgo del centro de gravedad intelectual. La capital del Imperio recupera la primacía intelectual que había perdido en los años finales del reinado de Catalina la Grande. Esto ocurre, en buena medida, como consecuencia del triunfo de los «occidentalistas» en sus diferentes variedades, que llevaron a Chaadaev a afirmar que Moscú era la «ciudad de los muertos».

LA POLÍTICA EXTERIOR HASTA 1848

Tan pronto como Nicolás I se asentó en el trono, la cuestión griega se convirtió en uno de los asuntos prioritarios de su agenda. Basándose en el tratado de Kutchuk Kainardzhji, que daba a Rusia el derecho de proteger a los ortodoxos del Imperio otomano, argumento que ya había sido esgrimido en varias ocasiones por Alejandro I, el nuevo zar amenazó a la Sublime Puerta con la intervención militar, por medio de un ultimátum (marzo de 1826), que postulaba su derecho de protección sobre los ortodoxos que habitaban en Moldavia, Valaquia y Serbia.

Tras la batalla de Navarino, en la que una flota combinada anglo-francesa derrotó a la flota turca, el camino para la independencia de Grecia había quedado libre. Nicolás I, pensando que la nueva situación le permitía una intervención unilateral, había declarado la guerra a Turquía en abril de 1828, al servicio del viejo sueño ruso de conquistar Constantinopla, con la histórica catedral de Santa Sofía. Las tropas rusas, con el zar a su cabeza, pasan el Prut el 7 de mayo de 1828 y entran en los polémicos principados danubianos, Valaquia y Moldavia. Parece que nada puede oponerse a su avance y un ambiente de fiesta reina en la expedición, que constituye «verdaderamente un espectáculo único», como escribe Nesselrode. Pero a las pocas semanas el entusiasmo se hunde porque empiezan a padecerse las dificultades propias de toda guerra. Las tropas rusas se mueven muy lejos de sus bases naturales, lo que dificultan la llegada de refuerzos y de aprovisionamientos; las epidemias de peste y tifus se ceban en los soldados, que, incapaces de entender la razón de aquella guerra, se desmoralizan. Ya a principios del verano de 1829 la suerte favorece a las tropas rusas tanto en la zona del mar Negro, donde Diebich vence a los

otomanos en la batalla de Kulevtcha y conquista Silistra, sobre el Danubio, como en el frente oriental. También en agosto, Diebich se apodera de Andrinópolis, segunda capital otomana, muy cerca ya de Constantinopla. A pesar de que Constantinopla estaba ya al alcance de las tropas rusas, Nicolás no se atreve a dar el histórico paso de intentar su conquista, que si era militarmente muy fácil, presentaba enormes dificultades políticas, ya que habría suscitado el airado rechazo de las grandes potencias. Por todas partes le llegaban a Nicolás consejos de cautela y prudencia y los embajadores acreditados en la capital turca advirtieron que si se producía el ataque ruso, no podía descartarse la matanza de las minorías cristianas que habitaban la capital otomana. Si Rusia conquistaba Constantinopla y controlaba los estrechos, a medio plazo parecía difícil de evitar una guerra general europea en la que el zar tendría enfrente a una poderosa coalición. Precisamente lo que sucedería, veinticinco años más tarde, cuando se desencadenase la guerra de Crimea. Eran argumentos demasiado poderosos como para que Nicolás no los tuviera en cuenta.

Tras los éxitos de las armas rusas tanto en el este como en el oeste, la guerra se da por terminada y el 14 de septiembre de 1829 se firma el tratado de Andrinópolis, que recogía todas las aspiraciones rusas. Los rusos se retiraban de Bulgaria, así como de Moldavia y Valaquia, principados a los que se dotaba de una «existencia nacional independiente», sometida teóricamente al vasallaje turco, pero colocada bajo la «garantía» rusa. Asimismo los rusos obtenían libertad de comercio en todo el Imperio otomano y el derecho de paso por los estrechos para sus barcos mercantes. En la zona del Cáucaso los rusos devolvían las plazas conquistadas en Armenia occidental, pero conservaban las adquisiciones en Georgia occidental y toda la costa entre Anapa y Poti, incluido este importante puerto de la costa oriental del mar Negro. Conservaban Besarabia y se incorporaban el delta del Danubio, cuya orilla derecha, la turca, quedaba desmilitarizada.

La derrota turca era total y el Imperio otomano no parecía tener ningún futuro. Antes incluso de llegar a la paz de Andrinópolis el gobierno francés de Polignac había elaborado un proyecto de partición del derrotado Imperio que implicaba una remodelación total del mapa europeo. Pero Rusia no quería ni oír hablar de ese plan ni de ningún otro que implicase la destrucción del Imperio otomano. En San Petersburgo se había llegado a la conclusión de que el hipotético reparto del debilitado Imperio turco presentaba más inconvenientes que ventajas. Más valía tener que bregar con un vecino débil y vencido que permitir que se instalasen en la zona las grandes potencias, bien directamente o a través de Estados sometidos a su influencia. Por otra parte, la derrota turca permitió el definitivo reconocimiento de la independencia griega, que fue proclamada en febrero de 1830.

Después de 1815, Rusia trató de afirmar su posición como potencia hegemónica en el Báltico mientras Suecia adoptaba una política de retraimiento. Perdida definitivamente Finlandia por los suecos, había desaparecido el principal motivo de fricción entre los dos países, por lo que las relaciones con Rusia fueron buenas durante el largo reinado del rey Carlos Juan (1818-1844). Los rusos permiten a los finlandeses un amplio autogobierno, del que da idea que el gobernador general del zar en el gran ducado residiera en San Petersburgo. Para los rusos, Finlandia, cuya capital había sido trasladada desde Abo a Helsingfors (la actual Helsinki) en 1821, era una pieza

básica de su política naval báltica y no era una casualidad que, entre 1831 y 1855, el gobernador general del gran ducado fuera también el jefe del Estado Mayor Naval.

LA INSURRECCIÓN DE POLONIA Y LA CUESTIÓN DE ORIENTE

En el congreso de Viena, donde se consuma un cuarto reparto de Polonia, Rusia había recibido la mayor parte del territorio de este país, el llamado «Reino del Congreso», al que Alejandro I, sin duda bajo el influjo de Adam Czartoryski, dota de un régimen «liberal», mucho más abierto y tolerante que el que regía en el resto del Imperio, con la única excepción de Finlandia. Polonia contaba con una Constitución «otorgada» que preveía la existencia de una Dieta elegida por sufragio censitario, que garantizaba a los polacos amplias libertades individuales, como las de expresión y de culto y les reservaba los empleos administrativos. Asimismo se establecía un ejército polaco, dirigido por oficiales de la misma nacionalidad, aunque colocando a su cabeza a un general ruso. Alejandro, que había jurado esta Constitución como rey de Polonia, algo insólito en las costumbres políticas rusas, colocó al frente de las instituciones polacas, como virrey y representante personal, a su hermano Constantino, que, casado con una polaca, iba a preferir permanecer en Varsovia a convertirse en zar. Pero, a pesar de las ventajas comparativas que les ofrecía este régimen, los polacos, orgullosos de su glorioso pasado y fuertemente nacionalistas, nunca lo aceptaron y aspiraban no solo a la independencia total, sino a la devolución de sus antiguos territorios, que se habían integrado directamente en el Imperio. El propio Constantino, que conocía muy bien la situación, escribía a su hermano el zar: «No hay ni un solo polaco que no esté persuadido de que su país ha sido expoliado [...] por la emperatriz Catalina por los más vergonzosos procedimientos»⁴.

Pero el «liberalismo» del régimen a que están sometidos los polacos no es más que una apariencia. El propio Alejandro I había incumplido sus promesas y poco después de 1820 había restablecido la censura. El temido Beckendorff, que encabezaba el Tercer Departamento, informaba así al zar en 1828: «Las provincias polacas sometidas a un gobierno militar sufren una terrible opresión. El terror ha sumido ya a muchas familias en el duelo y a todas en el temor [...]. Los polacos no se atreven a hablar entre ellos de sus desgracias: el tintineo de la campanilla les hace temblar [...]. Se consideran los parias del Imperio ruso». Un año después confirmaba esta sombría impresión: «Las desgraciadas provincias polacas siguen en el mismo estado de opresión y continúan gimiendo bajo el yugo de algunos personajes corrompidos universalmente conocidos»⁵.

A pesar de estos sombríos análisis, los historiadores no creen que en Polonia se viviera una situación explosiva y así Renouvin, al referirse a los orígenes de la insurrección de 1830 escribe que «en los orígenes del movimiento, no parecen haber desempeñado un papel importante ni las causas económicas y sociales, ni las religiosas», y subraya que si la de los campesinos no era la mejor de las suertes se debía a los grandes propietarios polacos, sin que la dominación rusa agravase su situación; los comerciantes no expresaron nunca su protesta por el régimen aduanero proteccionista y «el clero católico no tenía por qué quejarse de la situación que le había dado la Constitución de 1815, porque se respetaba la libertad de conciencia y de culto». Concluye por ello el historiador de las relaciones internacionales que «el deseo de recobrar la independencia fue la única causa del movimiento: la conciencia nacional, el patriotismo polaco no podían aceptar la dominación extranjera»⁶.

La causa inmediata de la insurrección polaca de 1830 hay que buscarla en los movimientos revolucionarios de aquel año que se iniciaron con la caída de Carlos X, último rey francés de la dinastía Borbón, y la subida al trono de Luis Felipe de Orleans, hijo de Luis Felipe *Igualdad*, el príncipe revolucionario que había muerto en la guillotina. Para Nicolás I, esta sustitución en el trono francés es una burla del principio legitimista y tiene todas las características de una usurpación. Su primera reacción es tan violenta que se niega a reconocer oficialmente el nuevo régimen francés, prohíbe la entrada en el Imperio de súbditos franceses y reclama la vuelta de los rusos que residían en Francia. Solo los buenos oficios de Pozzo di Borgo, embajador de Rusia en París, que, en contra de las instrucciones recibidas, continúa en la capital francesa, suaviza la situación y el zar acaba recibiendo en San Petersburgo al general Athalin, enviado extraordinario de Luis Felipe.

El legitimismo herido de Nicolás recibe un nuevo golpe cuando en el otoño de aquel mismo año de 1830, los belgas se rebelan contra el rey de los Países Bajos y proclaman la independencia. Nicolás ve en el movimiento una manifestación de «la revolución general, cada vez más cercana, que nos amenaza» y se muestra propicio a responder favorablemente a la petición de ayuda del rey de los Países Bajos, que, además, es cuñado suyo. Con una enorme torpeza, Nicolás pretende que sea el ejército polaco la fuerza expedicionaria que ponga fin a la revolución belga, pero los jóvenes oficiales se niegan a ponerse al servicio de esta actuación represiva y estiman que la situación les brinda la ocasión que estaban esperando. En la noche del 17 de noviembre (21 de noviembre o 29 E. B.) de 1830 un grupo de oficiales alumnos se apoderan del palacio del Belvedere, residencia del gran duque Constantino en Varsovia, matan al prefecto de policía y a un general y están a punto de apoderarse del propio gran duque, que se salva escapando por una puerta falsa. Varsovia entera se levanta y los revolucionarios llevan a cabo una brutal matanza, de la que son víctimas no solo muchos rusos, sino los polacos conocidos por su vinculación o simpatía con el ocupante. Incapaz de recuperar la capital, Constantino se retira con sus tropas más fieles hacia la frontera rusa.

Los polacos forman un gobierno provisional que elige como «dictador» al general Chlopicki,

que intenta negociar con los rusos con vistas al mantenimiento del *statu quo*. Además de la vigencia y el respeto de la Constitución de 1815, Chlopicki reclamaba la inclusión en la Polonia autónoma de los territorios que habían pertenecido a la Polonia histórica antes de 1772, fecha del primer reparto. Pero sus planes se verán rápidamente desbordados por la Dieta, que, ante la negativa del zar a aceptar esa devolución, proclama la independencia total el 25 de enero de 1831 y declara destituido a Nicolás como rey de Polonia por haber violado la Constitución de 1815. Los rusos han preparado un ejército de 100.000 hombres, al mando del general Diebitsch, para aplastar la rebelión y Nicolás hace saber a los polacos que solo obtendrán su perdón a cambio de la sumisión inmediata y completa. Chlopicki ve imposible una victoria militar contra los rusos y presenta su dimisión, ante la postura de la Dieta, unánimemente decidida a continuar la lucha a cualquier precio. El príncipe Radziwill es nombrado comandante en jefe del ejército y se forma un nuevo gobierno, presidido por Adam Czartorisky, el amigo y confidente de Alejandro I.

Ante esta situación, las tropas rusas se ponen en marcha y el 13 de febrero derrotan a los polacos en Grochow, en la orilla derecha del Vístula, no sin sufrir enormes pérdidas, que permiten a los polacos reclamar como propia la victoria. Durante varios meses, y a pesar de la superioridad rusa, la lucha parece indecisa. Diebitsch muere víctima de la epidemia de cólera que se estaba cebando en las tropas y que a mediados de junio se lleva también por delante al gran duque Constantino. Diebitsch es sustituido por Paskievich, que en muy poco tiempo da la vuelta a la situación y toma Varsovia el 8 de septiembre (27 de agosto según la datación rusa), después de dos días de encarnizados combates. Paskievich escribe al zar: «Varsovia está a los pies de Vuestra Majestad imperial».

Aplastada la insurrección polaca, Nicolás arrebató al Reino de Polonia todas sus libertades y privilegios. La Constitución de 1815 es abolida, sustituida por un «Estatuto orgánico» que disuelve la Dieta y suprime el ejército polaco y la administración independiente. Todo el territorio de Polonia es integrado en el Imperio, aunque se le permite conservar algunas particularidades. La represión es muy dura y no menos de seis mil polacos liberales son forzados al exilio, muchos de ellos se instalan en Francia, donde se integrarán con facilidad, sin dejar de mantener viva la reivindicación de la independencia polaca y la lucha contra la autocracia zarista. Los dirigentes de la sublevación y cuantos tuvieron una participación destacada en el movimiento son deportados al Cáucaso o a Liberia; muchos nobles hereditarios se vieron privados de su estatus, y sus propiedades fueron confiscadas. Las universidades de Varsovia y Wilno (Vilnius) son cerradas y los jóvenes polacos no tienen otra alternativa que ir a estudiar a San Petersburgo y a Kiev. La política de rusificación se aplica con la máxima contundencia, tanto en el ámbito religioso, contra la Iglesia Uniat, como en el legislativo y en el cultural.

Nicolás se siente apoyado por la población rusa, exaltada por una oleada de patriotismo que afecta incluso a los espíritus más liberales. El propio Pushkin publica un poema en el que considera la sublevación polaca «un conflicto entre eslavos [...] una querrela doméstica», y esa es precisamente la línea que imprimirá Nicolás a su política exterior. Frente a la opinión pública occidental, que condena la represión zarista, los rusos insistirán en que Polonia es un asunto que solo a ellos compete, una cuestión de política interior en la que ninguna potencia extranjera tiene

derecho a inmiscuirse.

Robert Mantran ha atribuido a la expresión «cuestión de Oriente» un sentido muy amplio y comprensivo que, sin embargo, explica muy bien su evolución histórica, que no se puede limitar a un corto período de la evolución del Imperio otomano y de las potencias vecinas o interesadas en la zona. Según el historiador orientalista francés,

[...] lo que se llama «Cuestión de Oriente» corresponde a un conjunto de hechos que se han desarrollado entre 1774 (tratado de Kutchuk-Kainardzhji) y 1923 (tratado de Lausanne). Sus rasgos esenciales son el progresivo desmembramiento del Imperio otomano y la rivalidad de las grandes potencias para establecer su control o su influencia sobre la Europa balcánica y los países ribereños del Mediterráneo oriental, incluso hasta el golfo Pérsico y el océano Índico. Los rusos, con el pretexto de proteger a los ortodoxos y a los eslavos, pretenden extender su dominación sobre los Balcanes y tener acceso libre al mar. Los ingleses buscan proteger la ruta de las Indias y controlar el gran istmo que separa el Mediterráneo del océano Índico; de ahí su interés por los países árabes de esta región. Los franceses quieren defender sus posiciones comerciales y culturales entre los cristianos del Levante y, según las circunstancias, se encuentran en oposición con los rusos o con los ingleses. Los austriacos, temiendo la extensión de la influencia rusa en los Balcanes, se esfuerzan por establecer allí una barrera, sobre todo en Bosnia-Herzegovina. Posteriormente, los alemanes se interesarán también por el Imperio otomano en la óptica del *Drang nach Osten*⁷.

San Petersburgo vive en esos años una etapa de aproximación a Gran Bretaña, sin calibrar que la latente rusofobia británica, que de tanto en tanto aparece a banderas desplegadas en libros y periódicos, hace muy poco probable un entendimiento sólido y duradero entre las dos potencias, aunque, según Troyat, «el pueblo inglés ha olvidado, entretanto, sus hostilidad hacia Rusia». Pero esta era de buenos sentimientos había de durar poco. Como se constata en la amplia literatura sobre el Gran Juego, los intereses de Rusia y Gran Bretaña en Asia son antagónicos y va a ser ilusorio cualquier intento de superar esa tozuda realidad. Pero Nicolás, que no encuentra comprensión en la corte de Viena y que no quiere saber nada de Luis Felipe de Orleans, el «rey ciudadano», que en su opinión es un insulto al principio de legitimidad, apuesta por Londres. Es así como en 1839 el gran duque Alejandro, futuro Alejandro II, viaja a Londres, provocando la indignación de Metternich. En su entusiasmo probritánico Nicolás llega a prometer a Palmerston que si Gran Bretaña entra en guerra con Francia, Rusia pondrá a su disposición importantes fuerzas navales. Se plantea también el zar la hipótesis del hundimiento del Imperio otomano y sugiere que, en tal caso, Rusia se convertiría en guardián del Bósforo, mientras que Inglaterra, con Austria, asumiría idéntico papel en los Dardanelos. Y hasta insinúa que Rusia no vería mal la ocupación de Egipto por tropas británicas si las circunstancias lo exigieran⁸.

A pesar de las pretensiones encontradas de ambas potencias en Asia, donde tanto Londres como San Petersburgo aspiran a una posición hegemónica, las buenas relaciones ruso-británicas se concretan en 1843 en un nuevo tratado de comercio y, al año siguiente, en la visita personal de Nicolás I a la londinense Corte de San Jaime. Una visita que, sin duda, no es el tópico principio de una gran amistad, sino el principio del fin de una equívoca aproximación. El zar es recibido con entusiasmo en las calles de Londres y su buena presencia, su alta talla y su indudable elegancia causan una excelente impresión en cuantos tienen la oportunidad de encontrarle. En sus

conversaciones con el primer ministro, *sir* Robert Peel, y con el secretario del Foreign Office, lord Aberdeen, Nicolás asegura que solo quiere la paz y niega tener ninguna pretensión territorial en Asia y, menos aún, respecto de India. Pero la perspicaz reina Victoria, a pesar de que solo tenía en aquel momento veinticinco años, se muestra incapaz de confiar en el soberano ruso, que, con suma imprudencia, saca a colación la delicada cuestión del hundimiento del Imperio otomano —al que Nicolás denomina ya «el hombre enfermo de Europa»—, que para el zar es algo ineluctable. Sin ningún pudor pone encima de la mesa el reparto de los territorios, con el pretexto de que hay que «prever lo inevitable». Por eso los británicos no le creen cuando afirma que no aspira a quedarse «ni con una pulgada de territorio turco», aun cuando ambas partes se muestran de acuerdo en la conveniencia de mantener al sultán en su trono tanto tiempo como sea posible. Como escribe Troyat, los anfitriones de Nicolás concluyen que «Rusia solo piensa en engrandecerse y en combatir los intereses británicos en el Próximo Oriente, en Asia y en todo el mundo». La impresión que produce Nicolás en Victoria no puede ser peor, como queda a la vista en una carta de la jovencísima soberana:

La expresión de sus ojos es terrible; nunca había visto nada parecido; es severo y sombrío, imbuido de principios que nada en el mundo conseguiría cambiar. No le encuentro inteligente; su espíritu está desprovisto de cualquier refinamiento; su instrucción es insuficiente; la política y el ejército, he ahí los únicos temas que le interesan⁹.

Hopkirk escribe que

[...] Nicolás vuelve a casa con la impresión de que había obtenido un compromiso inequívoco por parte de Gran Bretaña para actuar concertadamente en el evento de una crisis sobre Turquía. Para los británicos, sin embargo, las discusiones, aunque de lo más cordiales, habían producido poco más que una declaración de intenciones que, de ningún modo, podría considerarse vinculante por cualquier gobierno futuro. Fue este un equívoco —concluye Hopkirk— que habría de mostrarse extraordinariamente costoso para ambas partes¹⁰.

LAS NACIONALIDADES DEL IMPERIO RUSO

A diferencia de lo que ocurrió en otros procesos colonizadores, como el de la América anglosajona, ni el Estado ni los colonos rusos intentaron nunca desplazar o eliminar a los pueblos indígenas conquistados. Nunca se aplicó una política de carácter racista y, de hecho, los matrimonios interraciales fueron habituales.

Desde los primeros contactos de la Rus de Kiev con los nómadas no se pusieron barreras a los matrimonios mixtos entre los miembros de las clases superiores de los diversos grupos étnicos y raciales. En vez de destruir a las noblezas

indígenas, los líderes naturales de los grupos culturales se incorporaban al imperio y el Estado ruso procuró darles un estatus de igualdad en la nobleza imperial, garantizando con frecuencia privilegios especiales que preservaban las tradiciones culturales locales. Esta política de cooptar a las elites continuó durante la Rusia moscovita e imperial a través de la incorporación de las clases nobiliarias tártara, báltica y georgiana, así como de la *starshina* cosaca. Solo durante el último medio siglo del régimen zarista —continúa Rieber—, cuando la oleada de nacionalismo gran ruso barrió el imperio, estas actitudes ilustradas empezaron a cambiar. Pero incluso entonces la alta nobleza se enorgullecía de su antiguo linaje, que frecuentemente tenía un origen lituano, polaco, tártaro, georgiano, alemán del Báltico, entre otros¹¹.

Rieber señala también cómo ante esta situación de multiculturalidad del imperio, «los gobernantes rusos planearon una gran variedad de arreglos constitucionales para facilitar la integración voluntaria en el imperio de nuevos territorios o para pacificar a un pueblo conquistado»¹². La consecuencia de este peculiar sistema de colonización en una zona de tan abigarrada complejidad étnica y cultural fue que el Estado ruso tuvo que acomodar su política a tradiciones culturales y políticas muy diversas. No existió una sola política respecto a los nuevos territorios y sus pueblos, sino un conjunto muy diferenciado de arreglos, nunca definitivos, sino sometidos a permanentes discusiones y revisiones.

Pero, a partir de la llegada al trono de Nicolás I y, sobre todo, después la insurrección de Polonia, se puso en marcha un proceso, inicialmente impreciso y sin unas metas demasiado claras, que desemboca en una «nueva orientación» de la política rusa hacia las poblaciones alógenas. La línea más definida de esta nueva orientación es la *rusificación*, que se percibe tanto en el ámbito educativo, incluido el universitario, como en la administración pública y la justicia, ámbitos todos ellos en los que se impone obligatoriamente la lengua rusa. Otra línea de la nueva política es la imposición de la religión ortodoxa, especialmente contra los uniatas —cristianos de rito ortodoxo, pero obedientes a Roma—, de los que existían núcleos importantes en Ucrania occidental y Bielorrusia. Pero tampoco esta nueva política se aplicó en todas partes y de la misma manera.

Polacos aparte —único pueblo turbulento y propicio a la rebeldía en las «provincias occidentales» del Imperio—, ni los bálticos, ni los fineses, como tampoco los bielorrusos, dieron quebraderos de cabeza a Nicolás I. Algo parecido ocurría con los ucranianos, el segundo grupo más numeroso después de los «grandes rusos». Saunders explica esta tendencia a la tranquilidad por el hecho de que la nobleza ucraniana o «pequeño rusa» se había rusificado o polonizado durante los siglos XVII y XVIII, y añade:

El sentido de identidad étnica de los campesinos ucranianos estaba pobremente desarrollado. Ellos se denominaban a sí mismos *rusyny*, un término que servía para indicar su descendencia de los habitantes del principado medieval de la Rus. El término «ucraniano», aunque no la expresión geográfica Ucrania, es una invención del siglo XIX tardío, que fue adoptado por la mayor parte del pueblo, al que se refiere solo después de 1917.

Las medidas centralizadoras y homogeneizadoras de Catalina II ya habían provocado escasa resistencia y «mientras, al principio del siglo XIX, los súbditos ucranianos del Imperio de los Habsburgo estaban empezando a considerarse un grupo étnico diferenciado, no parece que sucediera lo mismo con los súbditos ucranianos del zar»¹³. La toma de conciencia nacional de los ucranianos se produce paulatinamente en la última parte del reinado de Alejandro I y, sobre todo, durante el de Nicolás I. La fundación de la Universidad de Kharkov en 1805 y la de Kiev en 1834

estimulan los estudios sobre la lengua y la cultura ucranianas sin que, al principio, este renacimiento cultural preocupe demasiado en San Petersburgo.

La situación de los judíos en el Imperio merece una mención especial, ya que las diversas etapas por la que pasa su estatuto jurídico «resumen de una manera esquemática y a veces caricaturesca la evolución de la política del poder hacia los pueblos alógenos durante el siglo XIX». Durante mucho tiempo se había prohibido la entrada y residencia de judíos en el territorio del Imperio, pero, tras los repartos de Polonia, «más de la mitad de los judíos de todo el mundo se convirtieron bruscamente en súbditos del zar; se trataba de judíos ashkenazis que Polonia había acogido masivamente en su territorio entre los siglos XIV y XV. La anexión de Besarabia en 1812 reforzó aún más el peso del elemento judío en Rusia». Nicolás perseguía la mayor homogeneización posible de su Imperio y si su política hacia los judíos nos parece dura y exigente es, sencillamente, porque se salían de su esquema preestablecido. En su opinión, esta política encaminada a la integración era progresiva y, como escribe Saunders, «pensaba que lo mejor para los no rusos era convertirse en rusos».

LA EXPANSIÓN EN EL CÁUCASO Y EN ASIA CENTRAL Y ORIENTAL

Las guerras del Cáucaso

La expansión rusa por Transcaucasia (las actuales Georgia, Armenia, y Azerbaiyán), a costa de sus anteriores ocupantes, los imperios persa y turco, derrotados en las guerras de principios del reinado de Nicolás I, no había supuesto la pacificación de todo el territorio situado al norte de la línea de máxima expansión que los ejércitos del zar habían trazado con su avance. Los pueblos montañoses, que habitan en los pequeños y escarpados valles que se multiplican a lo largo de los 1.250 kilómetros de longitud del Gran Cáucaso, no se sometieron de buen grado al poder imperial ruso y emprendieron una feroz resistencia que había de prolongarse hasta muy avanzado el siglo XIX. También les costó mucho trabajo a los ejércitos imperiales someter a los pueblos de la Ciscaucasia o Circasia, la región situada al noreste del mar Negro y que ocupa la meseta delimitada por los ríos Kuban, que desemboca en ese mar, y Terek, que lleva sus aguas al Caspio¹⁴. Ambos ríos marcaron durante mucho tiempo la frontera sur del Imperio y formaron una línea defensiva esmaltada de fortalezas. Desde finales del siglo XVIII, los rusos habían proseguido

el avance hacia el sur, siguiendo dos líneas de penetración. La primera atravesaba el centro de la cordillera por el portillo de Vladikavkaz, ciudad fortaleza fundada en 1784, y que sigue por el paso de la Cruz, situado a 2.380 metros de altitud. Por allí transcurría la principal carretera militar rusa, que unía Vladikavkaz y Tbilissi, la capital de Georgia, a lo largo de más de 200 kilómetros. La segunda ruta avanzaba hacia al sur bordeando la costa occidental del mar Caspio, por el Daghestan, hasta Azerbaiyán.

A finales de los años veinte del siglo XIX, dos importantes islotes de resistencia mantenían en jaque a los ejércitos imperiales que controlaban ya firmemente la Transcaucasia. El primero de esos islotes estaba situado al noroeste del Cáucaso propiamente dicho y era la Circasia; el segundo era el Daghestan, entre el extremo este de la cordillera caucásica y las costas occidentales del Caspio. La primera de estas regiones se convertiría, durante los años treinta, en un campo de batalla del Gran Juego por el control de Asia que enfrentaba a rusos y británicos. Estos, preocupados por la patente consolidación del poder de San Petersburgo en una zona que ellos consideraban peligrosamente cercana al Próximo Oriente y a la para ellos vital ruta de India, desplegaron una activa acción de inteligencia, que intentaba promover la resistencia de aquellos pueblos contra la dominación rusa. Como Rusia y Gran Bretaña mantenían oficialmente buenas relaciones, esta actuación se llevaba a cabo encubiertamente, por medio de agentes secretos que no era difícil encontrar entre la numerosa nómina de los rusófobos, que nutrían las filas de los jóvenes oficiales y funcionarios británicos. Al fin y al cabo, lo que se pedía de estos oficiales, mitad exploradores mitad espías, era exactamente lo mismo que había venido haciendo Gran Bretaña en Persia y en Turquía.

La guerra no fue fácil para las tropas rusas, que tropezaron con serias dificultades para aplastar la resistencia circasiana, ya que los cosacos al servicio del zar se encontraron con que los circasianos eran unos jinetes tan hábiles y feroces como ellos mismos. Los rusos echaron mano de la infantería y la artillería, que avanzaron por el hostil territorio circasiano, flanqueadas por la caballería cosaca, destruyendo aldeas y cosechas, pero los circasianos se defendieron utilizando tácticas de guerrilla y acosando sin tregua a los destacamentos rusos. La guerra se prolongó todavía muchos años más y solo pudo darse por terminada ya muerto Nicolás I, durante el reinado de Alejandro II.

Pero fue el otro frente de la guerra, el abierto contra los pueblos montañoses del Cáucaso nororiental, el que ha monopolizado la denominación de «guerra del Cáucaso», que se hizo legendaria, inspiró a los escritores rusos y tuvo un enorme impacto en la opinión pública de los países occidentales. La convergencia de un nacionalismo incipiente con una forma de fundamentalismo islámico, el muridismo, explica, seguramente, la virulencia y la prolongación de esta lucha. El muridismo era una forma de sufismo que combinaba el componente místico, propio de todas las sectas de este tipo, con un elemento épico que inducía a quienes la profesaban a comprometerse con la *jihad* o *jazavat* (términos árabes para designar aproximadamente lo que llamamos «guerra santa»). La reacción contra la presencia de los infieles rusos explica el espíritu bélico del muridismo, que se añadía a la primitiva jerarquía de maestros y discípulos, fundada sobre el ascetismo y el espíritu de sacrificio, que eran la base de la secta.

El muridismo hizo su aparición pública en 1828 cuando el mullah Gazí Mohamed fue proclamado primer imán y predicó por todo el Daghestan y Chechenia la lucha contra los rusos. Después de un segundo imán, que murió al poco, el tercero fue el legendario Shamil (1799-1871), «imán, soberano de los creyentes, destructor del infiel, gobernador poderoso y justo», que se convirtió en el alma de la resistencia antirrusa. A su autoridad natural unía unos brillantes talentos de organizador que utilizó para formar a los *naib*, a la vez tropas de elite, jueces y policía secreta, con los que formó una eficaz red de información que le permitía estar al tanto de todo lo que ocurría en las filas rusas¹⁵.

Convencido del fracaso de la estrategia de fuego y muerte que había llevado a cabo el general Voronzov, en 1851 Nicolás I encomendó el mando de las tropas del Cáucaso y la responsabilidad de las operaciones en el Cáucaso oriental al príncipe Aleksandr Bariatinski, que abandonó la táctica de la destrucción indiscriminada que hasta entonces habían practicado los rusos. Se prohibieron las represalias, se abrieron nuevas carreteras y se reconstruyeron los edificios destruidos, lo que, paulatinamente, redujo el territorio que controlaba Shamil así como los recursos de que este podía disponer. El 25 de agosto de 1859, ya reinando Alejandro II, Shamil se rindió al príncipe Bariatinski y fue trasladado a San Petersburgo, donde fue recibido con honores. Se le asignó residencia al sur de Moscú. En 1866 prestó voluntariamente juramento de fidelidad al zar y algunos años más tarde fue autorizado a viajar a La Meca, en ritual peregrinación musulmana. En el curso de este viaje Shamil murió en Medina en 1871. Pero la paz no se consolidó en el Cáucaso, como muestra que, entre 1877 y 1878, una importante revuelta estalló en el Daghestan, que fue aplastada por el ejército imperial¹⁶.

La lucha por la hegemonía en Asia central: El Gran Juego continúa

Después de sus victoriosas guerras contra Persia y Turquía, al comenzar la década de los treinta del siglo XIX, Rusia se alzaba como el poder hegemónico en esa crucial zona de Asia. Gran Bretaña consideraba las nuevas posiciones de Rusia una peligrosa amenaza que se cernía sobre la ruta de India, que para Londres representaba un interés estratégico de la máxima importancia. La rivalidad entre ambas potencias era cada vez más evidente, a pesar de que las relaciones eran oficialmente buenas. Pero las conquistas rusas, que acreditaban la tesis del expansionismo «natural» del Imperio de los zares, incrementaron la rusofobia latente, atizada por una amplia bibliografía.

Desde siglos atrás Rusia había sentido un interés especial por Asia central, una fascinada atracción por los fabulosos y ricos principados musulmanes, tan evocadores detrás de nombres legendarios como Samarcanda y Bukhara. Desde principios del siglo XIX se habían consolidado allí tres khanatos islámicos independientes, Khiva, Kokand y Bukhara. La expedición de Muraviev a Khiva durante los últimos años del reinado de Alejandro I no era sino una manifestación de ese interés que venía de mucho tiempo atrás. Pero ya desde entonces los británicos se habían

propuesto, también, incrementar su presencia comercial en la zona, hasta el punto de que la Compañía de las Indias Orientales había trazado en enero de 1830 un detallado plan para realizar ese objetivo de carácter, en principio, puramente mercantil. De este modo, ambos imperialismos chocaban irremediablemente en esa inmensa zona, que había de convertirse en el tablero mayor del Gran Juego. Este choque de imperialismos excluyentes se había constatado ya en el sitio de Herat, que también mostró cómo Rusia utilizaba a la derrotada Persia como un peón al servicio de sus intereses. Desde Tbilissi, su cuartel general en Transcaucasia, Rusia despliega sus ambiciosos planes sobre Asia central y en 1832, con el pretexto de proteger el comercio persa contra los ataques de los bandidos del desierto turcomanos, tropas rusas se habían instalado en la isla de Ashuradeh, en la costa sur del mar Caspio, a la entrada de la bahía de Astarabad (donde actualmente está Bendar-Torkoman). Desde Tbilissi y Orenburg se consolidó, por tanto, en estos años entre el primero y el segundo tercio del siglo XIX, la presencia rusa en los valles del Amu Darya y del Syr Darya. En 1834 los rusos fundaron Fuerte Aleksandrovsk, en la costa oriental del Caspio, frente al mar de Aral, y en 1838 construyeron una línea de fuertes a lo largo de 720 kilómetros al sur de la Línea Ural-Irtich, como un medio de presionar a los tres khanatos de Khiva, Bukahara y Kokand. Pero el control de estos khanatos era solo un objetivo lejano del imperialismo ruso, más interesado en someter en primer lugar a los nómadas kazajos. La colonización por parte de los rusos del norte de lo que hoy es Kazajistán era ya muy intensa y a San Petersburgo le interesaba mantener el orden y la estabilidad en la zona entre Orenburg y el mar de Aral. Desde San Petersburgo no se estaba dispuesto a tolerar que Gran Bretaña se adelantase en aquellos territorios, que eran considerados zona de expansión natural del Imperio ruso. El Gran Juego ruso-británico por la hegemonía en Asia central no implicó, en absoluto, que el interés de ambas potencias por Afganistán hubiese pasado a segundo plano, como muestran los acontecimientos de los últimos años de la década de los treinta del siglo XIX. Afganistán iba a ser el tablero principal del Gran Juego.

Forzada a mover pieza ante la patente actitud agresiva de los británicos, Rusia decidió hacer una jugada en dirección a Khiva, un objetivo antiguo del expansionismo ruso, que por diversas razones no había logrado hasta entonces someter a su influencia. En San Petersburgo se acordó «vestir» la operación como si se tratase de lo que hoy llamaríamos una «operación de injerencia humanitaria». Se decidió, en consecuencia, que cuando se hiciesen públicos los planes respecto de Khiva se declarase que el objetivo de la expedición iba a ser la liberación de los muchos esclavos rusos y de otras procedencias que había en el khanato y el castigo de los bandidos turcomanos que actuaban en el desierto, donde no solo asaltaban las caravanas rusas, sino que secuestraban a los viajeros, que eran vendidos después como esclavos, precisamente en Khiva. Pero tampoco se ocultaba el propósito de colocar en el trono del khanato a otro príncipe que pusiese fin a las prácticas bárbaras del emir que en aquel momento ocupaba el trono y que, por supuesto, fuese más propicio para Rusia. Pero, tras muchas penalidades, la expedición fracasó.

La prensa británica rusófoba no ocultaba su alborozo, ya que al fracaso de la aventura de Khiva se añadían las dificultades que estaban encontrando los rusos para llevar a buen término sus guerras en Circasia y el Cáucaso. Ante las acusaciones de imperialismo con que les distinguían los

británicos, los rusos contestaban que, con mucha menos justificación, los británicos habían ocupado India, gran parte de Birmania, el cabo de Buena Esperanza, Gibraltar, Malta, y, ahora, Afganistán, mientras los franceses se habían anexionado toda Argelia con el dudoso pretexto de que su gobernante había insultado a su cónsul. Cada gran potencia presentaba su imperialismo como el único justificable y denigraba el de las otras potencias.

Después de la Primera Guerra Afgana, en la que los británicos sufrieron una lacerante derrota, y tras los fracasos de Rusia y Gran Bretaña en los khanatos de Asia central, el Gran Juego que libraban rusos y británicos en Asia central entró en una fase de inactividad e incluso de buen entendimiento entre ambas potencias. La visita —de la que nos hemos ocupado más arriba— que hizo Nicolás I a Londres en el verano de 1844, donde se entrevistó con la joven reina Victoria, parecía suscitar las mayores esperanzas. Como ya hemos relatado, en sus conversaciones con los gobernantes británicos, el zar les aseguró que solo deseaba la paz y que no tenía ambiciones territoriales en Asia y, menos aún, ninguna intención de llegar a India. No obstante, los rusos prosiguieron la consolidación de su presencia al este del Caspio. Pero el Gran Juego por la hegemonía en Asia central seguía planteado y solo momentáneamente pasaba por una etapa de tregua, más aparente que real.

REVOLUCIÓN, GUERRA E IMPERIALISMO EN LA ETAPA FINAL DEL REINADO

Después de su triunfo sobre los rebeldes polacos en 1830, Nicolás estaba persuadido de que solo una política de mano dura, que aplastase sin contemplaciones cualquier atisbo de contestación contra el orden establecido, podía frenar el impulso revolucionario. Y a esos criterios respondió su actuación política, tanto en el interior como en el exterior. La «Tercera Sección» de su Cancillería vigilaba sin descanso a los hipotéticos sospechosos y muchos miles de personas eran confinados cada año en Siberia, por plazos de tiempo mayores o menores. La censura funcionaba sin descanso y, en ocasiones, como en el caso de Pushkin, era desempeñada personalmente por el propio Nicolás. El zar sentía el mayor de los desprecios por las concesiones políticas que muchos monarcas occidentales hacían a las nuevas ideologías y, como ya hemos relatado, solo con enormes reticencias aceptó reconocer y establecer relaciones con Luis Felipe de Orleans, que, en su concepción, no era más que un usurpador cuyo acceso al trono era una burla del sacrosanto principio monárquico.

Para los monarcas que encarnaban el principio de legitimidad, la cesión ante el revolucionario

principio de las nacionalidades —que Nesselrode consideraba la «negación de la historia», porque destruiría a casi todos los grandes Estados— era vergonzosa. Los dirigentes rusos eran muy conscientes de los efectos letales que este último principio podría llegar a tener en un imperio esencialmente multinacional como el suyo, y da toda la impresión de que, a pesar de sus negativas a intervenir en el extranjero, estaban más decididos a hacerlo para frenar al nacionalismo rampante que se enseñoreaba de Europa, que para defender el obsoleto principio de la legitimidad monárquica, tal y como había sido definido por los fundadores de la Santa Alianza. Se explica así que desde febrero de 1848 San Petersburgo se mostrase dispuesta a dar a Austria su «apoyo moral» ante los problemas que empezaban a plantearse en su italiano Reino Lombardo-Véneto y que se añadiese que si una tercera potencia —que no podía ser otra que Francia— interviniese en estos asuntos italianos, Rusia vería en ello «un caso de guerra europea» que la induciría a consagrar «todas sus fuerzas» a la defensa de Austria. Y algo parecido se pensaba acerca de la eventualidad de que se constituyese una Alemania unida, que sería un «formidable vecino».

Ya en 1849, cuando la atención internacional estaba centrada en los asuntos italianos y la actuación del nuevo presidente de la República francesa, Luis Napoleón Bonaparte (cuyo análisis escapa a nuestro objeto), se produjo el acontecimiento que determinaría la intervención internacional de Rusia. En el mes de abril los rebeldes húngaros lograron expulsar a los austriacos de su suelo, declararon depuesto al emperador Francisco José y a toda la dinastía Habsburgo y proclamaron la independencia, bajo la dirección de Kossuth. Schwarzenberg —nuevo canciller austriaco, que había sucedido a Metternich— rechazó la ofrecida ayuda prusiana, porque llevaría como contrapartida la aceptación de la supremacía de Prusia en Alemania, pero aceptó la que «sin condiciones» le ofreció Nicolás I. El 9 de mayo el zar anunciaba su intervención en Hungría. Según el mismo Nesselrode, la no intervención de Rusia había sido hasta el momento el precio de la neutralidad francesa, pero una vez que se había producido la intervención francesa en Italia, en Roma concretamente, San Petersburgo se sentía con las manos libres. Las motivaciones de la intervención rusa iban mucho más allá de la solidaridad monárquica entre los imperios austriaco y ruso. A Rusia le preocupaba que el ejército rebelde húngaro contaba con un cuerpo polaco, con unos efectivos de 10.000 hombres, al mando de Dembiski. Por todo ello, era previsible que, si triunfaba el levantamiento, se plantearía inevitablemente de nuevo la cuestión polaca. En la hipótesis más favorable era muy probable que la revolución se extendiese a la Galitzia, la parte austriaca de Polonia. Y de allí no podía descartarse que se contagiase todo el «Reino de Polonia», sometido a la férula rusa, especialmente después de la represión que siguió a la insurrección de 1830. Tampoco quería Rusia que los disturbios se extendiesen a los principados danubianos, Moldavia y Valaquia, que ocupaba desde julio de 1848, precisamente en el momento en que se percibieron los primeros síntomas de inquietud. Se explica así que cuando Rusia inicia su intervención en Hungría en julio de 1849, firme un tratado con Turquía en virtud del cual se preveía una ocupación conjunta de Moldavia y Valaquia, hasta que se restableciese el orden.

Es así como, tan pronto como recibe la petición austriaca, Rusia envía a parte de las tropas que tenía estacionadas en los principados danubianos, más un ejército de 150.000 hombres, procedentes de Polonia, al mando de Paskievich. Los húngaros, al mando de Görgey, resistieron

heróicamente durante dos meses, pero al final tuvieron que rendirse. Paskievich se dirige al zar en términos parecidos a los de 1831, cuando aplastó la rebelión polaca y entró de nuevo en Varsovia: «Hungría está a los pies de Vuestra Majestad». Rusia había salvado a la dinastía de los Habsburgo, pero, como escribe Troyat, «como antes los polacos, los húngaros no perdonarán a Rusia esta injerencia brutal en los asuntos de su patria»¹⁷. Nicolás se siente, no obstante, en este momento central del siglo XIX, cuando se cumple ya el cuarto de siglo de su reinado, el monarca más poderoso e imponente de Europa.

La guerra de Crimea

Pero Nicolás no parece darse cuenta de que esa hegemonía en la que se siente instalado es mucho más aparente que real, ni de que el precio de su poderío es un aislamiento que va a costarle muy caro en el futuro. Rusia no tiene ni un solo aliado verdadero. Austria, que ha sido salvada por la intervención rusa en Hungría en 1849, se va a olvidar muy pronto de aquella decisiva operación y perseguirá sus propios intereses en los Balcanes, donde chocan abiertamente con los rusos. Las complejas relaciones con Prusia, donde los liberales y nacionalistas son cada vez más influyentes, no mejoraron sensiblemente. Gran Bretaña, desde su «espléndido aislamiento», contempla distantemente los asuntos del continente. Sus intereses coinciden con los de Rusia en el deseo de que ninguna de las dos potencias germánicas se imponga decisivamente sobre la otra. Pero tampoco se ven con simpatía desde Londres las pretensiones hegemónicas de Nicolás. El implacable expansionismo ruso y la consiguiente rusofobia siguen siendo dogmas generalmente admitidos en Gran Bretaña, tanto en los medios políticos como en la opinión pública. En Asia y en el Próximo Oriente, Rusia y Gran Bretaña siguen enzarzadas en esa peculiar guerra fría que es el Gran Juego. En todo Occidente, por otra parte, el régimen autocrático ruso es considerado un sistema retrógrado, intolerante, incapaz de reformarse como lo estaban haciendo las otras monarquías europeas.

Tampoco con relación a Francia se puede esperar que se consoliden unas buenas relaciones. El destronamiento de Luis Felipe, un rey usurpador, fruto de la revolución, según el criterio de Nicolás I, produjo una indisimulada satisfacción en el zar ruso. Cuando los franceses eligieron a Luis Napoleón Bonaparte como presidente, le pareció un paso en la buena dirección, impresión que vio ratificada por el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, por el cual Luis Napoleón se convirtió en príncipe-presidente vitalicio. Pero cuando Luis Napoleón se convirtió en el emperador Napoleón III, estimó que todo aquello suponía una burla para los principios legitimistas, que para él eran sagrados e intocables. Su animadversión contra Napoleón III llegó a obsesionarle y a cegarle de tal manera que, en muy buena medida, ahí deben buscarse las razones de muchas decisiones tomadas por el zar en los años siguientes que, a la postre, se mostraron como errores garrafales que llevaron a la guerra de Crimea, en la que Rusia, sola contra una coalición europea, pierde la ventajosa posición de que había gozado durante toda la primera mitad

del siglo XIX y su papel preponderante en los asuntos europeos. A partir de aquel momento, y después de un año 1851 que fue considerado el año de la paz en Europa, se empiezan a acumular los nubarrones sobre el horizonte político europeo. Nesselrode advertía al zar que se aproximaban tiempos peligrosos y subrayaba: «La falta de principios de Napoleón hace imposible establecer verdaderas relaciones de confianza, hace obligatoria la vigilancia y pone a Europa en alerta permanente. Es la paz, pero una paz armada con todos sus costos y sus incertidumbres. Solo la unión de las grandes potencias es capaz de garantizar esa paz».

El enfrentamiento entre Rusia y Francia, que había de conducir a la guerra de Crimea, se basaba en la irreconciliable actitud del zar ruso contra Napoleón III, pero tuvo como causa inmediata la disputa entre los monjes católicos y ortodoxos establecidos en Tierra Santa. Desde el siglo XVIII, el sultán turco, a cuya soberanía estaban sometidos los Santos Lugares, transfirió a monjes ortodoxos algunos de los privilegios de que antes disfrutaban los monjes católicos. Al servicio de sus intereses políticos en la zona, Francia muestra un renovado interés por los Santos Lugares que, necesariamente, chocaba con el tradicional interés de Rusia por fortalecer sus lazos con las Iglesias ortodoxas, cuya protección se arrogaba San Petersburgo. Este interés se había reflejado por el ingreso en la Academia eclesiástica de San Petersburgo de seminaristas serbios y búlgaros y por el envío en 1843 de una misión a Siria y Palestina para estudiar la situación de los ortodoxos y la posibilidad de establecer en Damasco o en Beirut centros de enseñanza religiosa¹⁸.

Durante 1851, cristianos griegos y latinos, apoyados respectivamente por Rusia y Francia, se enfrentaron ásperamente en los Santos Lugares por las llaves de la iglesia de la Natividad de Belén y por el asunto de la reparación de la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Los turcos, ya entrado 1852, maniobraron entre ambos como pudieron, ganándose la irritación creciente de los rusos, que los acusaban de duplicidad y mala fe. Rusia se aferraba a una interpretación del tratado de Kuchuk-Kainardzhji y de otros tratados ruso-turcos que implicaba una versión extensiva de la discutida prerrogativa de Rusia como «protectora de la Iglesia griega», que no podía ser aceptada ni por los turcos ni por nadie. Ni Nicolás ni la mayor parte de sus diplomáticos fueron capaces de darse cuenta de que la situación internacional había cambiado profundamente después de 1848 y que la propia relación de Rusia con el Imperio otomano ya no permitía los usos y las prácticas que habían sido habituales hasta entonces.

Las ya tensas relaciones ruso-turcas y franco-rusas llegan a un nivel explosivo cuando, en diciembre de 1852 y por medio de un *firman*, el sultán entrega las llaves de la iglesia de la Natividad de Belén a los monjes católicos, si bien con notables limitaciones. Nicolás lo consideró una afrenta personal, una inaceptable pretensión de sustituir en Constantinopla la influencia rusa por la francesa y un atentado a las propias bases de la política rusa hacia Turquía. Nicolás, al que no le era ajeno un cierto espíritu de cruzada, se sentía estimulado, por otra parte, por el impulso mesiánico que siempre había estado presente en la política exterior rusa. En Rusia se vivía un momento de auge de los eslavófilos que, como Chevyrev y Pogodin, profesores de la Universidad de Moscú, «exaltaban la misión ancestral de la nación rusa, campeona del orden y de la fe en una Europa atrapada por la decadencia»¹⁹. Una proyectada expedición militar contra Turquía no llegó

a realizarse porque los consejeros militares del zar le disuadieron, al prever acertadamente que eso provocaría inevitablemente una guerra generalizada que Nicolás no quería en ese momento. El zar se conformó con acosar militarmente a Moldavia y Valaquia, los siempre famosos principados, mientras sus barcos hacían lo propio en las costas turcas del mar Negro.

En el plano diplomático, en febrero de 1853 San Petersburgo comisionó al príncipe Aleksandr Sergeevich Menshikov para que, como embajador extraordinario ante el sultán Abdul Medjid, plantease las pretensiones rusas de que se le reconociese al zar la función de protector de los ortodoxos, de acuerdo con las provisiones del polémico tratado Kutchuk-Kainardzhji de 1774 en cuyo artículo VII la Puerta «prometía proteger la religión cristiana y sus iglesias», así como «permitir que los ministros rusos hiciesen representaciones ante Constantinopla acerca de la nueva iglesia».

Durante la estancia de Menshikov en Constantinopla hubo muchas ocasiones en las que los rusos habrían podido darse cuenta de que la situación era muy distinta a la que ellos habían imaginado y que, por tanto, el planteamiento de la misión estaba equivocado de arriba abajo, pero el afán por mantener o recuperar el prestigio les impidió hacer ese análisis. El 5 de mayo Menshikov presentó un ultimátum que vencía el día 10. Rusia insistía en obtener un *sened* o convenio en el que se confirmasen todos los derechos y privilegios concedidos a los ortodoxos *ab antiquo*, así como todos los que hubieran sido concedidos a los otros cultos cristianos o que pudieran obtenerse en el futuro. En otro caso, Rusia cerraría su misión diplomática, salvo la sección comercial, y se suponía que a la medida seguiría la ocupación de los principados y, quizá, una ataque naval a Constantinopla, Varna o Burgas.

Nicolás no valoró tampoco adecuadamente la posición inglesa y parece que no llegó a entender nunca del todo sus motivaciones ni sus condicionantes, entre los que pesaba con enorme fuerza una opinión pública que, influida por una prensa que continuamente utilizaba los argumentos «rusófobos», que con tanta amplitud habían circulado en Gran Bretaña, exigía la defensa del «honor inglés» y que se pusiese un freno a la autocracia zarista. Pero eso no significaba que el Foreign Office no estuviese dispuesto a facilitarle al zar una retirada honorable, «permitiéndole obtener de la Puerta algunas satisfacciones de forma». Por otra parte, hay que tener presente que —como subraya Renouvin— «los industriales ingleses estaban descontentos con la política aduanera rusa, que, por proteger una industria textil todavía en sus comienzos, gravaba las importaciones de productos de algodón con un derecho tres o cuatro veces más elevado que la tarifa austriaca o la de la *Zollverein*». Por otra parte, el Imperio otomano se había convertido para Gran Bretaña, después del tratado de comercio de 1838, en un buen comprador de productos manufacturados y un buen proveedor de cereales²⁰.

Rechazado su intempestivo ultimátum, Menshikov se marchó de Constantinopla con las manos vacías y las relaciones diplomáticas entre Rusia y Turquía quedaron rotas. Como recuerda Troyat, cuando Nicolás I recibió el informe de Menshikov, exclamó: «¡Siento sobre mi mejilla los cinco dedos del sultán!»²¹. En los últimos días de mayo, el zar ordenó la ocupación de Moldavia y Valaquia, los famosos principados danubianos que, como siempre, constituían el punto neurálgico

de la cuestión de Oriente, aunque las tropas rusas no cruzaron el Prut hasta el 2 de julio.

Ante el cariz que iban tomando los acontecimientos, británicos y franceses acercaron sus flotas a los Dardanelos, que quedaron fondeadas en la bahía de Besika, sin penetrar en el estrecho. Las dos partes «cristianas» del conflicto, esto es, británicos y franceses por una parte y los rusos por la otra, se dedicaron a «cortejar» a las dos potencias centroeuropeas, Prusia y Austria, que, por razones diferentes, no tenían ningún interés en implicarse en el conflicto. En un esfuerzo final por evitar el conflicto, Gran Bretaña y Francia concertaron con Prusia y Austria, durante el verano de 1853, la llamada «nota de Viena», debida en buena medida a Buol, nuevo ministro austriaco de Exteriores del primer ministro Bach, que había sucedido a Schwarzenberg el año anterior. La nota establecía que la Puerta no alteraría las condiciones de los cristianos «sin previa concertación con los gobiernos de Francia y Rusia». Nesselrode, que aceptó la nota el 5 de agosto, hizo una interpretación de su contenido que molestó a todos, hasta el punto de que las flotas británica y francesa recibieron la orden de penetrar en los Dardanelos. La prudencia de Stratford, embajador británico en Constantinopla, retrasó el cumplimiento de esa orden, en la esperanza de que se pudiese llegar todavía a un arreglo.

El último intento, también fracasado, pudo ser la reunión en Olmütz de Nicolás con Francisco José, a finales de septiembre de 1853. El zar ofreció a este manos libres en los Balcanes occidentales, repitió la idea de Constantinopla como ciudad libre y sugirió un protectorado conjunto sobre los principados danubianos, Valaquia y Moldavia. Pero el emperador austriaco rechazó las ofertas y solo accedió a una posible alianza si se les unía Prusia. Efectivamente, Federico Guillermo IV se encontró con los dos emperadores en Varsovia, pero se mantuvo firme en su posición de neutralidad y reiteró esa misma actitud cuando Nicolás le visitó poco después en Potsdam. Una nueva versión de la nota de Viena, redactada también por Buol, tampoco tuvo éxito. Esta imposibilidad de llegar a un entendimiento entre los tres imperios es vista por Taylor como el fin de la Santa Alianza, que, en realidad había dejado de existir mucho tiempo antes. Con esa o con otra denominación, lo que deseaba Napoleón III era que se rompiera el entendimiento entre las monarquías conservadoras, un objetivo que conseguiría aun antes de que se iniciara la guerra. Nicolás I, sorprendido e irritado por la actitud de Austria, llega a afirmar: «Le daré la libertad a Polonia, renunciaré a ella antes que olvidar la traición austriaca». Pero Austria desde hace ya mucho tiempo tenía decidido marcar distancias con Rusia.

Tampoco supo prever el zar que el entendimiento entre Francia y Gran Bretaña tenía la solidez suficiente como para afrontar una guerra. Nicolás siempre creyó que esa alianza no se mantendría, pero para Napoleón III se trataba de una decisión estratégica de la mayor importancia en el marco de sus planes políticos. La entrada de barcos británicos y franceses en los Dardanelos —que gracias a los esfuerzos de Stratford se retrasó hasta el 21 de octubre— era un «paso decisivo», como subraya Grenville:

Socavaba la base del acuerdo de los estrechos de 1841, del que Rusia formaba parte. Habría barcos de guerra franceses y británicos en Constantinopla, pero no rusos: el equilibrio estaba roto. Hubo una última y frenética actividad diplomática por parte de los austriacos y de los rusos; Napoleón III todavía quería encontrar la manera de evitar la guerra. Pero no fue posible convencer a los turcos de que hicieran concesiones a Rusia, ahora que los principados habían

sido ocupados y los buques de guerra británicos y franceses protegían Constantinopla²².

Entretanto, la fiebre bélica crecía en Constantinopla y las elites turcas presionaban al sultán Abdul Medjid I para que defendiese el Imperio, una de cuyas partes, los principados danubianos, estaba ocupada por Rusia. Pero los rusos se negaron a retirarse, a menos que la Puerta aceptara sus exigencias. El 4 de octubre de 1853 Turquía declaró la guerra a Rusia, y aunque Stratford presionó al sultán para que no iniciase las hostilidades, las tropas turcas cruzaron el Danubio el 23 de octubre y mataron a varios rusos. Las opiniones públicas occidentales se volvieron contra la barbarie turca, pero la diplomacia rusa no supo aprovechar la coyuntura. Había empezado la primera fase de la guerra de Crimea, la guerra ruso-turca. El 30 de noviembre barcos rusos al mando del almirante Nakhimov destruyeron una importante escuadra turca en Sinope, con gran escándalo de los gobiernos y de la opinión pública occidentales, que clamaron indignados contra lo que se llamó «la masacre de Sinope». El ataque naval ruso, en un momento en que la flota anglo-francesa estaba anclada en el Bósforo, parecía un reto lanzado contra las potencias occidentales. Napoleón III conminó solemnemente a Nicolás para que suspendiera las operaciones militares, sin que el zar abandonase su actitud arrogante. En diciembre de 1853 los embajadores rusos abandonaron Londres y París. El 27 de febrero de 1854 Gran Bretaña y Francia enviaron un ultimátum a Rusia exigiéndole la retirada de los principados, que, al ser rechazado, implicaba la guerra. El zar anunció a su pueblo, por medio de un manifiesto, que estaban en guerra con Francia e Inglaterra, ya que estos dos países se habían colocado «del lado de los enemigos de la Cristiandad». Francia y Gran Bretaña firmaron con Turquía un tratado de alianza. Troyat hace esta consideración:

Con estupor, Nicolás constata que las grandes potencias, pero también los Estados secundarios [como sería el caso de Piamonte-Cerdeña], se coaligan contra él para defender al islam. Creyendo reunir bajo su bandera a toda la Cristiandad, no ha logrado sino poner en su contra una híbrida alianza de liberales, católicos y musulmanes. No está rodeado sino de ingratos y traidores. Pero, sin embargo, se obstina en su concepción de una misión providencial, que debe asumir hasta el límite de sus fuerzas. Quiere ser el autócrata ruso por excelencia. El más «zariano» de todos los zares de Rusia. Esta imagen de paradigma del despotismo es la que pretende dejar a las generaciones futuras [...]. El imperialismo ruso, de tendencia mesiánica, se va a enfrentar con el imperialismo comercial e industrial de Occidente.

Nicolás se queda solo y el mismo Troyat señala su falta de flexibilidad hacia los otros jefes de Estado que le había llevado a «herir en su amor propio a la mayor parte de estos, exhibiendo una protectora altanería»²³. Nicolás no tenía amigos a los que recurrir ni suscitaba ninguna simpatía entre sus colegas. Estaba solo, como demostró la desastrosa guerra de Crimea.

Entretanto los británicos y los franceses habían desembarcado en la península de Gallipoli, al otro lado de los Dardanelos, precisamente porque desde allí pretendían salir al paso de los rusos en su supuesto avance hacia Constantinopla. La falta de un enemigo con el que enfrentarse llevó a los comandantes aliados a trasladar a sus ejércitos por la vía marítima de los estrechos hasta Varna, en la costa búlgara del mar Negro. Pero cuando llegaron allí, en junio de 1854, los rusos ya habían iniciado su retirada del Danubio y los principados, operación que quedó completada en agosto. La causa inmediata de la guerra había desaparecido.

Existía en París y Londres una sensación de desaliento e incluso de ridículo. Sencillamente, las tropas británicas y francesas no habían podido encontrar un enemigo con el que luchar durante los cinco primeros meses de la guerra. Sin embargo, sufrieron pérdidas muy elevadas. El cólera y las fiebres endémicas hicieron estragos en los campamentos y mataron a muchos hombres²⁴.

Pronto se supo —porque hasta llegó a publicarlo en *The Times* su famoso corresponsal William Howard Russell— que, evaporada la posibilidad de luchar en los Balcanes y el Danubio, los aliados, que necesitaban una victoria a toda costa, iban a llevar la guerra al suelo ruso, a la península de Crimea: se trataba de conquistar Sevastopol, principal base naval rusa en el mar Negro, lo que supondría un duro golpe a la supremacía rusa en ese mar y simbolizaría los objetivos de la guerra. Además, ese golpe a la potencia naval rusa sería una medida efectiva de defensa del Imperio otomano. Aunque sabían que Crimea sería el objetivo, los rusos se equivocaron porque estimaron que los aliados esperarían a la primavera de 1855 para la invasión, sin calcular que, dado el terrible tributo que en forma de muerte por enfermedad estaban pagando los aliados, no podían arriesgarse a pasar todo un invierno en aquellas inhóspitas latitudes. Este error de cálculo explica también que los rusos no reforzaran las tropas de Crimea que, al mando del almirante Menshikov, deberían rechazar a los invasores.

Como Sevastopol era inexpugnable por mar, dadas sus formidables defensas de costa, el mando aliado decidió que la operación se debía realizar por tierra y desembarcaron para ello en Eupatoria, a bastante distancia de Sevastopol, el 14 de septiembre de 1854. El ejército anglo-francés, compuesto por 62.000 hombres, se enfrentó con los rusos, que solo contaban con 35.000, en la batalla del río Alma, el 20 de septiembre. Los aliados vencieron, ante la inferioridad numérica de los rusos, pero no supieron explotar la victoria y perdieron la oportunidad de un asalto rápido a Sevastopol. Esta derrota fue una enorme decepción para los rusos, cuya debilidad militar quedaba a la vista.

En la ciudad sitiada, cuya defensa dirigían los almirantes Kornilov y Nakhimov, se habían improvisado unas impresionantes defensas terrestres a base de rudimentarios pero eficaces terraplenes. De este modo, Sevastopol, que ya era inexpugnable por mar, se convertía también en un objetivo difícil de tomar por tierra. La presencia de los sitiadores no impidió que los rusos recibieran refuerzos, tanto de hombres como de recursos. Los efectivos rusos aumentaron hasta el punto de poder equipararse e incluso superar a los de los aliados.

El ejército británico, al mando de lord Raglan, logró a principios del otoño de 1854 apoderarse del puerto de Balaclava, situado al sur de Sevastopol, y Menshikov se propuso desalojarlo, sin resultado. La batalla de Balaclava, que tuvo lugar el 25 de octubre, ha pasado a la historia como uno de los hechos de armas más gloriosos para las armas inglesas, a pesar de que terminó en fracaso. La famosa carga de la brigada ligera fue, desde el punto de vista militar, una operación mal diseñada, ya que enfrentó a la caballería británica, situada en el valle, con la artillería rusa, formada por baterías arrebatadas a los turcos, emplazada en lo alto de las colinas. Los británicos se lanzaron valientemente cuesta arriba, pero cuando lograron rebasar a los artilleros rusos, al

precio de unas elevadas pérdidas, se encontraron con la caballería del zar, que les obligó a descender en franca derrota. De los 673 hombres de la brigada, fueron baja 247.

La última salida de los rusos se produjo el 5 de noviembre, con el propósito de desalojar a los aliados que ocupaban las cimas de Inkerman. Los rusos no lograron su objetivo y tuvieron que retirarse. Las pérdidas fueron muy altas para ambas partes. El mismo Grenville, para quien «Inkerman se cuenta entre las principales batallas del siglo XIX», señala que su principal resultado fue la paralización de las hostilidades durante todo el invierno. Pero la interrupción de las operaciones militares no impidió que, tanto por el lado de los sitiados como por el de los sitiadores, las pérdidas humanas continuaran acumulándose, como consecuencia de las enfermedades. En enero de 1855, apenas 15.000 soldados británicos estaban en condiciones de combatir. Los franceses, cuyo contingente alcanzaba los 90.000 hombres, tenían una sanidad militar mucho mejor organizada, por lo que pudieron afrontar las epidemias con más medios y con mejores resultados.

Como refuerzo de las tropas aliadas, en la primavera de 1855 desembarcaron en Crimea 55.000 turcos, al mando de Osmán Pachá, que no tuvieron una contribución destacada en el asedio y toma de Sevastopol. Fracasada la eventual implicación de Austria, los aliados franceses y británicos firmaron con Piamonte-Cerdeña, el 28 de enero de 1855, un tratado en virtud del cual el gobierno de Cavour se comprometía a entrar en la guerra. Buscaban los aliados un nuevo contingente, que se concretó en un cuerpo expedicionario de 17.500 hombres que no tuvo un papel destacado en la contienda, ya que actuó como retaguardia de los británicos, que, además, corrían con los gastos de los italianos. Con las aportaciones turca e italiana el conjunto de las tropas aliadas totalizaba en la primavera de 1855 unos 225.000 hombres, cifra similar a la de los defensores rusos encerrados en Sevastopol.

Muerte de Nicolás I y fin de la guerra. El congreso de París

En los primeros meses de 1855 se produjeron cambios importantes en los gobernantes de las potencias implicadas en la guerra. El gobierno de lord Aberdeen cayó el 30 de enero, precisamente a causa de lo que se estimaba como su incompetencia para dirigir la guerra y Palmerston formó un nuevo gobierno que adoptó una actitud más belicosa. Palmerston buscaba incrementar y acelerar las operaciones y darle cuanto antes a los rusos el golpe de gracia. Por el lado ruso, en el mismo mes de enero, Menshikov, sintiéndose incapaz de lograr para Rusia el éxito esperado, presentó al zar la dimisión como comandante en jefe en Crimea. Su puesto fue ocupado por el general príncipe Mikhail Gorchakov.

Pero el acontecimiento más importante fue la muerte de Nicolás I, el 2 de marzo, después de un enfriamiento que degeneró en una neumonía. Desde el otoño de 1854 Nicolás, encerrado en el sombrío palacio de Gatchina, se sentía abrumado por la idea de fracaso. Vinogradov alude a la muerte de Nicolás como producida «en circunstancias que dejan poca duda de que fue un

suicidio». Otros historiadores no aceptan esta versión y estiman que el estudio cuidadoso de los papeles personales de Alejandro II llevan a la conclusión de que Nicolás murió de gripe complicada con un enfisema²⁵. Por su parte, Heller escribe que Nicolás I «reina desde hace tanto tiempo, tan autocráticamente, y su muerte es tan brutal, que enseguida se extiende el rumor de que ha muerto envenenado. Sin embargo, los historiadores —añade— no establecerán jamás la realidad de un asesinato o de un suicidio»²⁶.

Aquel mismo mes de marzo de 1855 comenzó en Viena una conferencia preliminar de paz, que, una vez más, tropezaría en la cuestión de los estrechos. Gran Bretaña y Francia insistían en la neutralización del mar Negro, en virtud de la cual tanto los barcos rusos como los turcos quedarían excluidos de la navegación por sus aguas. Se trataba de una interpretación mucho más estricta y negativa para los intereses rusos que la que figuraba en un protocolo del 28 de diciembre anterior que se limitaba a señalar que «el predominio ruso en el mar Negro debe llegar a su fin» y que había sido aceptada por Gorchakov. Pero las negociaciones llegaron a un punto muerto y se interrumpieron en junio de 1855. El nuevo zar, Alejandro II, estaba dispuesto a llegar a la paz, pero no al precio de una cláusula tan humillante y degradante para la soberanía rusa.

Entretanto, los franceses se decantaron por la política de la guerra a ultranza, hasta el punto de que el propio Napoleón III proyectó ir a Crimea a ponerse al frente de sus tropas. Solo la insistencia de los británicos disuadió al emperador de los franceses de sus sueños de gloria personal en Crimea. En este ambiente los aliados se propusieron el asalto final a Sevastopol. Desde el mismo mes de junio los aliados iniciaron la presión sobre la fortificada ciudad rusa, que resistió con heroísmo. El punto culminante de esta etapa final del sitio fue la batalla por la conquista de la gran fortaleza de Malakhof, durante la cual, en un solo día, los aliados perdieron 10.000 hombres y los rusos 13.000. El 8 de septiembre cayó Malakhof y el mando ruso llegó a la conclusión de que la situación era insostenible, por lo que se ordenó la evacuación, la voladura de la ciudad y el hundimiento de los barcos anclados en la rada.

Durante los últimos meses de 1855 se combinan las actuaciones diplomáticas con algunas operaciones militares que, a menudo, se quedan en meros proyectos. La novedad más importante era que, para impedir cualquier acceso de Rusia a la desembocadura del Danubio, se exigía de esta la cesión de la parte sur de Besarabia, es decir, la que linda con el curso final del río. Gran Bretaña, que no había negociado estas condiciones, se sumó al final con la pretensión de incluir una garantía de los intereses británicos en Asia central, amenazados, como bien sabemos, por Rusia, pero no lo consiguió. Napoleón III llevaba la voz cantante en esta fase diplomática, en consonancia con el mayor esfuerzo bélico que habían hecho los franceses. A pesar de todo, el emperador de los franceses no logró que se plantease la cuestión de la restauración de Polonia, que le parecía esencial si el objetivo de la guerra era excluir a Rusia de Europa. Gran Bretaña se opuso con el sólido argumento de que tal propuesta echaría de nuevo en brazos de Rusia a Prusia y a Austria, que también perderían sus territorios polacos. Habría sido, se estimaba, una resurrección de la Santa Alianza que provocaría, además, una revolucionaria remodelación del mapa de Europa, que rechazaban todos los gobiernos implicados, salvo el propio Napoleón. Por cierto que en Francia existía un influyente grupo, encabezado por el duque de Morny, hermanastro de Napoleón,

partidario de entenderse con el zar a espaldas de los británicos. Pensaba Morny, reconocido especulador y futuro embajador en San Petersburgo, que Rusia era «una mina que debe ser explotada por Francia», y llegó a entrevistarse en secreto con Gorchakov, la estrella en alza de la diplomacia rusa, que representaba la línea «rusa», sin más criterio que la defensa de los intereses rusos, en contraposición a la visión más internacionalista de Nesselrode.

El 1 de febrero de 1856 inició sus sesiones en París el congreso que formalmente pondría fin a la guerra y aplicaría las condiciones de paz acordadas. Era la primera «cumbre», por utilizar el lenguaje del siglo XX, de carácter general que se celebraba después del congreso de Viena, y la elección de París como sede respondía al papel predominante que se atribuía la Francia del II Imperio. Rusia aceptó sin mayor discusión la neutralización de las islas Aaland, pero se resistió en lo relativo a la parte de Besarabia que se la exigía que cediese. Rusia proponía conservar íntegramente esa provincia, a cambio de la fortaleza turca de Kars, en la Anatolia oriental, conquistada poco antes de que se llegase al armisticio. Pero el resultado más notable fue la exclusión de Rusia del «concierto» de las grandes potencias europeas, con la consiguiente pérdida del papel preponderante que había desempeñado desde 1815, e incluso desde el reinado de Catalina la Grande. Por su parte, sintiéndose «traicionada» por Austria, Rusia vuelve la espalda a los Habsburgo y no moverá ni un solo dedo para ayudarles en las tribulaciones a que se verán sometidos por la política de Bismarck, en relación con una Alemania unida en la que Austria no tiene un hueco. Sin abandonar por completo su política tradicional respecto de los Balcanes, Rusia renuncia a cualquier pretensión territorial en la zona y se vuelca en la expansión en Asia, que se convierte en la cuestión prioritaria de su política exterior.

Los acuerdos más importante que se tomaron en el congreso de París y los más comentados en la época fueron los relativos a la neutralización del mar Negro, en virtud de los cuales ni las potencias ribereñas, Rusia y Turquía, ni ninguna otra podían mantener en sus aguas más que un mínimo número de buques de guerra. Tampoco se podían instalar bases navales en sus costas.

Apenas clausurado el congreso de París, en mayo de 1856, el viejo Nesselrode, que tenía 76 años y que dirigía la política exterior rusa desde 1816, abandonó el puesto, en el que fue sustituido por el príncipe Aleksandr Gorchakov, que tenía entonces 58 años. Empieza entonces una nueva etapa de la política exterior rusa señalada, como ya hemos avanzado, por la aproximación a Francia, por el predominio de los intereses rusos sobre cualquier pretensión ideológica legitimista o contrarrevolucionaria y por la acción diplomática para lograr la reversión de los humillantes acuerdos de París. Como escribe Taylor,

[...] para Rusia la guerra había sido una derrota decisiva y el congreso un retroceso sin paralelo. Por eso la política rusa después del congreso tuvo una singularidad de propósito que les faltó a las otras potencias: se volcó en la revisión del tratado de París con exclusión de cualquier otro objetivo. Antes de 1854, Rusia había descuidado, quizá, sus intereses nacionales en beneficio de los intereses europeos; después, durante quince años, se olvidará de cualquier asunto europeo por la persecución de sus intereses nacionales. O, más bien, por la recuperación de su honor nacional. Durante el siglo XVIII e incluso en los comienzos del XIX, el mar Negro y el Próximo Oriente habían sido los espacios decisivos para las ambiciones imperiales rusas. Ahora todo eso empezaba a dejar de ser así. El futuro imperial de Rusia estaba en Asia; su única preocupación en el mar Negro era defensiva. Los Balcanes ofrecían premios triviales comparados con los de Asia central y el Extremo Oriente²⁷.

La guerra de Crimea fue la guerra internacional más importante en el largo período que transcurre entre las guerras napoleónicas y la Primera Guerra Mundial. La cifra total de muertos superó los 800.000, de los cuales más de la mitad, unos 450.000, eran rusos, 180.000 franceses, 150.000 turcos y 45.000 británicos. Pero de todos estos muertos, solo el 20 por 100 murió en combate, mientras que el 80 por 100 restante fue víctima de las enfermedades, tifus, cólera y otras fiebres. Esta guerra mostró la importancia de la sanidad militar y, en Gran Bretaña, gracias a Florence Nightingale, que, durante toda la contienda, primero en Scutari, después en Crimea, había prestado una meritoria y esforzada actividad al servicio de los heridos y enfermos, se creó poco después la primera Escuela de Sanidad Militar. También es esta guerra importante porque fue la primera seguida con permanente atención por las opiniones públicas occidentales, gracias a los corresponsales de guerra que informaban desde el campo de batalla, como William Howard Russell, considerado el primero y más grande de ellos, o Thomas Cheney, que, desde la retaguardia, dio cuenta de las lamentables condiciones del hospital de Scutari.

La guerra de Crimea mostró el atraso y las carencias de Rusia. No tenía infraestructuras, ningún ferrocarril unía el centro del Imperio con el sur y el armamento ruso, como su marina de guerra, se había quedado anticuado en un momento en que se habían producido grandes avances técnicos que los ejércitos occidentales ya habían incorporado. Russell, desde *The Times*, cuando informaba de la resistencia de Sevastopol, escribía que los aliados se habían equivocado cuando pensaron que era «una ciudad de cartón piedra». Lo grave es que el Imperio, por sus debilidades manifiestas, sí demostró ser de cartón piedra. Como escribe Saunders, «un régimen que no puede ganar una guerra sobre su propio suelo está maduro para la reforma»²⁸. Ese fue el reto con el que se enfrentó el nuevo zar Alejandro II.

EL REINADO DE ALEJANDRO II: LA EMANCIPACIÓN DE LOS SIERVOS Y LOS ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN

ALEJANDRO II, EL ZAR LIBERTADOR: LA EMANCIPACIÓN DE LOS SIERVOS

Aunque casi todos los historiadores atribuyen a Alejandro II escasas cualidades personales y le describen como un hombre conservador y poco amigo de tomar decisiones, lo cierto es que pocos zares han subido al trono ruso con una preparación tan amplia para las responsabilidades que debía asumir. Su padre, Nicolás I, se preocupó de darle una educación lo más completa posible y, terminada esa etapa, le familiarizó con los asuntos de Estado y le asignó responsabilidades concretas, con el claro propósito de «fogearle» para la compleja tarea de gobernar el inmenso Imperio ruso. Nacido en 1818, su educación estuvo supervisada por el capitán Moerder, «considerado por sus contemporáneos, según recuerda Heller, un hombre de una alta moralidad, dotado de un espíritu claro y curioso y de una firme voluntad»¹. De su formación humanística se cuidó un poeta romántico, Vasilii Zhukovskii, que influyó positivamente en la conformación del carácter y de la personalidad del futuro zar. Al iniciar su trabajo, Zhukovskii expresó así sus propósitos: «Su Majestad no debe ser sabio, sino ilustrado [...]. En el verdadero sentido del término esto significa vastos conocimientos, aliados a un profundo sentido moral». Pero el futuro Alejandro II, a diferencia de su tío y homónimo Alejandro I, nunca dio muestras en su etapa juvenil de ninguna tendencia liberal ni de ninguna curiosidad intelectual. A los diecisiete años, entre 1835 y 1837, el gran Mikhail Speranskii, el impulsor de tantas reformas en los reinados de Alejandro I y Nicolás I, le dio lecciones de Derecho y le enseñó el Derecho positivo ruso. Viajó por toda Rusia, incluida Siberia, que hasta entonces no había sido visitada por ninguno de sus antecesores y durante 1838 y 1839 viajó por Europa, que no parece haberle influido mucho ni en sus ideas ni en sus proyectos de gobierno, lo que no puede extrañar dada la imponente personalidad de su padre, de cuya rígida y autoritaria línea de pensamiento y de gobierno nunca se separó del todo. A los veintitrés años se casó, siguiendo la arraigada tradición de los Romanov, con una princesa alemana, María de Hesse-Darmstadt, que le dio una nutrida descendencia (seis hijos y dos hijas).

Nicolás I le designó miembro del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros y desde 1842 presidió el comité que supervisaba la construcción del ferrocarril San Petersburgo-Moscú. Saunders señala también que en 1846 formó parte de uno de los diversos comités secretos sobre los asuntos del campesinado, en los que se abordaba la espinosa cuestión de la liberación de los siervos; en 1848 presidió otro comité del mismo tipo y al año siguiente sucedió a su tío, el gran duque Mikhail Nikolaevich, como director de las escuelas militares del Imperio. Asimismo, cuando un tanto inesperadamente, pues nada hacía prever su rápido final, murió Nicolás I el 2 de marzo de 1855 (18 de febrero de la datación rusa) se hizo con la dirección de la guerra de Crimea y del gobierno, sin titubeos y, en la medida en que lo permitían las circunstancias, con un gran dominio de la situación. Una situación que no podía ser peor para Rusia, pues la guerra estaba ya irremediablemente perdida. Aunque Alejandro, en un voluntarioso alarde de esperanza que carecía de cualquier fundamento, intentó inútilmente, durante varios meses, evitar una derrota que ya era ineluctable. Incluso después de la caída de Sevastopol intentó contagiar con su forzado optimismo a sus colaboradores. Pero el 3/15 de enero de 1856 celebró una reunión con sus colaboradores y altos cargos y les comunicó su convicción de que la guerra estaba perdida, las arcas del Estado vacías y, para colmo de males, la lealtad de las minorías nacionales del Imperio no estaba garantizada². Se llegó así a la paz de París, de la que ya nos hemos ocupado en el capítulo anterior, que es un hito, tan esencial como negativo, en la historia contemporánea de Rusia.

Alejandro no pudo ocultarse a sí mismo el retraso de Rusia, que la guerra de Crimea había puesto en evidencia. A pesar de que el presupuesto del Imperio dedicaba nada menos que un 42 por 100 a gastos de defensa, el armamento se había mostrado brutalmente inferior al de sus enemigos. La flota rusa estaba constituida en gran parte por barcos de vela, que nada podían hacer frente a los vapores británicos y franceses. Rusia carecía de un moderno sistema de comunicaciones, pues apenas si tenía carreteras comparables con las de los países occidentales. Cuando Alejandro accede al trono, Rusia contaba tan solo con 965 kilómetros de ferrocarril, en un momento en que la red ferroviaria de los Estados Unidos era ya de 8.500 millas (13.680 kilómetros). Para mostrar lo que suponía este retraso, Heller señala que los convoyes, desplazándose por un terreno intransitable, sin apenas caminos ni carreteras, circulaban a cuatro verstas (cada versta son 1.067 metros) cada 24 horas, lo que suponía que los refuerzos enviados desde Moscú a Crimea a veces tardaban tres meses en llegar a su destino, mientras que los anglo-franceses los recibían por vía marítima en tres semanas. Un informe oficial publicado en 1850 señalaba que en los primeros 25 años del reinado de Nicolás I habían muerto por enfermedad 1.062.839 «grados inferiores» del ejército, mientras que las muertes por combate en el mismo período habían sido 32.233. Heller comenta que «ningún ejército del mundo ha conocido, sin duda, en un cuarto de siglo, tal relación entre el número de soldados caídos en combate y los muertos por enfermedad»³.

De la lamentable situación económica de Rusia da idea que en 1855 solo había treinta compañías por acciones, consecuencia de la política de obstaculización de la iniciativa privada. Mientras las naciones occidentales estaban volcadas en un rápido desarrollo industrial, Rusia era fundamentalmente todavía una sociedad rural y feudal, con un abrumador predominio del sector

primario. Ciertamente, la producción de hierro se había doblado durante el reinado de Nicolás, pero en el mismo período la producción inglesa del mismo metal se había multiplicado por treinta.

Por todo ello, Alejandro exhibió su voluntad reformista desde el primer momento, de una manera, por otra parte, que era casi tradicional en todos los nuevos zares, que habitualmente iniciaban su reinado con medidas que estimulaban la confianza y la esperanza de sus súbditos. Antes incluso de que terminase la guerra de Crimea, Alejandro derogó algunas decisiones que Nicolás I había tomado en la última etapa de su reinado, como la prohibición de viajar al extranjero o la limitación del número de estudiantes en las universidades. La clase culta rusa, encerrada hasta entonces en el país, empezó a viajar libremente al extranjero. En 1856 se emitieron 6.000 pasaportes, y la cifra subió a 26.000 en 1859. Con motivo de su coronación, en agosto de 1856, el nuevo zar amnistió a los decembristas supervivientes, a los rebeldes polacos de 1830-1831 y a la mayor parte de los miembros del círculo Petrashevsky. Desde su exilio, Aleksandr Herzen estaba entusiasmado ante lo que parecía una esperanzadora etapa de liberación y reformas y, desde su revista *La Estrella Polar*, se dirigía al zar con un estimulante: «¡Adelante! ¡Adelante!». Cuando la emancipación de los siervos parecía ya un hecho irreversible, Herzen, dirigiéndose al zar, llegó a escribir. «¡Venciste, Galileo!». Riasanovsky subraya que la promesa de reformas que Alejandro hizo en el manifiesto en el que anunciaba el fin de la guerra «produjo una fuerte impresión sobre la opinión»⁴, pero volveremos más adelante sobre ese interesante texto.

Cuando Alejandro II se convierte en emperador, el descontento es general en toda Rusia, muy especialmente en las clases más cultas, que sienten la inaplazable necesidad de modernizar al país, sobre todo después de la humillante derrota en la guerra. La necesidad de introducir reformas en muchos sectores de la vida social y política es compartida no solo por los grupos que, desde el interior o desde el exilio, se han situado en la oposición al régimen zarista, sino por la propia clase política que lo encarnaba, cada vez con una conciencia más clara de lo insostenible de la situación. Desde hacía ya mucho tiempo los escritores de todas las tendencias clamaban sin descanso contra las dos vergüenzas que diferenciaban a Rusia de los demás países civilizados, la autocracia y la servidumbre. Las gentes del régimen no se atrevían a discutir la autocracia, pero la servidumbre hacía la unanimidad, y régimen y oposición se manifestaban de consuno en su contra, aunque los argumentos que manejaban unos y otros no eran idénticos. Después de Nicolás I, que había llevado la autocracia hasta el límite y cuya muerte suscitó el alborozo general, los rusos esperaban que su hijo respondiera a los anhelos de cambio, que, según el consenso general, debía iniciarse por la espinosa cuestión de la servidumbre. Abierta o clandestinamente, como era habitual y obligado en la autocrática Rusia de Nicolás, se multiplicaban las críticas contra la institución de la servidumbre. Boris Chicherin (1828-1904), el jurista liberal y occidentalista, publicó en 1855 una serie de informes en los que, extrayendo ya las consecuencias de la derrota en la guerra, abogaba por un programa de reformas que debía concluir con la garantía de las libertades políticas fundamentales (conciencia, opinión y prensa, libertad de enseñanza, reforma de la administración y de la justicia). Chicherin estimaba que, sin la menor duda, la más importante de todas las reformas debía ser la que condujera a la abolición de la servidumbre, sin la cual «ninguna otra

cuestión puede abordarse, en el orden político, administrativo o social». Uno de sus documentos lo dedicó Chicherin monográficamente a la servidumbre, que, en su opinión, no solo era inmoral, sino que actuaba como un freno para la economía. Por el lado de los esclavófilos, Mikhail Pogodin, un acérrimo defensor del régimen y considerado el filósofo de la doctrina oficial y del nuevo nacionalismo ruso, advertía del peligro de levantamiento de los siervos campesinos y, sorprendentemente, pedía no solo que la censura se suavizase, sino una Constitución, varias amnistías políticas y, desde luego, la emancipación gradual de los siervos. No muy diferente, pero mucho más radical, era la posición de otros esclavófilos, como Iván Aksakov o Yurii Samarin, que llegaba a justificar el asesinato de los terratenientes. Desde el exilio se unía a este amplio coro Aleksandr Herzen, que, por medio de sus revistas, inspiró a los intelectuales y políticos del interior e influyó en el desarrollo de los acontecimientos.

La crítica contra la servidumbre se convirtió también en un tema inexcusable en la literatura y debe destacarse en este sentido la primera obra de Iván Sergeievich Turgenev (1818-1883), *Recuerdos de un cazador*, publicado en 1852, donde reflejó con un extraordinario realismo la vida en las haciendas de la Rusia provincial. El crítico literario español José María Valverde escribe que, aunque en esta obra «no se preocupó de cargar las tintas sobre la situación de los campesinos, sin embargo, fue tal la humanidad con que los retrató, que este libro influyó en el zar para el decreto de supresión de la servidumbre rural, con mayor eficacia que si hubiera sido un panfleto revolucionario»⁵. De alguna manera podemos decir que la obra de Turgenev desempeñó en Rusia un papel similar al que, en la lucha contra la esclavitud, tuvo en los Estados Unidos *La cabaña del tío Tom* de Harriet Beecher Stowe, publicada, precisamente, el mismo año 1852. El ambiente a favor de la emancipación era general hasta el punto de que Riasanovsky escribe que

[...] en vísperas de la abolición (contrariamente a lo que sucedía en los Estados Unidos en relación con el esclavismo) no se encontraba, prácticamente, en Rusia, a nadie que defendiese la institución [de la servidumbre]; sus abogados se limitaban, por lo general, a subrayar los peligros que podían derivarse del cambio brutal que implicaba la emancipación.

Este mismo autor señala la generalización de estas actitudes, de estos «sentimientos de humanidad», atribuyéndolos «al desarrollo de la educación y, sobre todo, al florecimiento de la literatura nacional»⁶.

A las consideraciones de carácter moral sobre la servidumbre se añadían, cada vez de un modo más perentorio, las de carácter económico, pues era patente que la servidumbre era un enorme obstáculo para cualquier proyecto de desarrollo económico, por poco ambicioso que fuese. Si Rusia quería consolidar su incipiente industrialización y competir en los mercados internacionales tenía que resolver el problema de su mano de obra. La propia dinámica de las nuevas exigencias económicas había hecho aumentar el trabajo libre y no eran pocos los siervos que aprovechaban sus períodos de vacaciones para ofrecerse como trabajadores libres asalariados. Se había producido incluso una disminución del número de siervos, ya que si en 1811 suponían el 58 por 100 de la población total, al comienzo del reinado de Alejandro era «solo» del 44,5 por 100, según el historiador norteamericano Jerome Blum⁷. Una disminución patente, pero, en cualquier caso, un porcentaje de la población todavía abrumador.

En Rusia todos sabían que era imprescindible abordar la cuestión de la abolición de la servidumbre y, de hecho, eran innumerables las comisiones que se habían creado y los estudios que se habían realizado desde tiempo atrás, sobre todo durante el reinado de Nicolás I. Pero todos los proyectos habían tropezado siempre con un doble obstáculo que ni el prototipo de autócrata que había sido el último zar había podido superar. En primer lugar, se temía la reacción de la nobleza, ferozmente opuesta a la supresión de una institución, la servidumbre, que no solo era la base de su poder y de sus privilegios, sino que representaba y fundamentaba su mismo modo de vida. Toda la existencia de aquella nobleza terrateniente, basada en la riqueza de la tierra que, en su beneficio, cultivaban los siervos, no tenía más fundamento que la servidumbre. Estaban tan estrechamente relacionadas nobleza y servidumbre que suprimir esta se convertía en un ataque en toda regla contra la primera. Y ningún zar se había atrevido a dar un paso que afectaba a su propia legitimidad, pues era evidente que la monarquía autocrática parecía ininteligible sin un sólido estamento aristocrático.

El segundo obstáculo, vinculado también muy de cerca con el primero, consistía en la cuestión de si a los siervos liberados se les debía asignar un lote de tierra que les permitiese vivir con una cierta independencia y, en caso afirmativo, en qué condiciones de pago y disfrute se basaría esa asignación. Si no se les daba tierra, como algunos proyectos habían propuesto en el pasado, se evitaba la doble afrenta a la nobleza que suponía privarla no solo de los siervos, sino también de una parte de sus propiedades rurales. Pero, ineluctablemente, lanzaría a la sociedad millones de hombres y mujeres «libres», pero condenados irremisiblemente a la miseria. Este temor al pauperismo, que era una plaga en las sociedades occidentales en aquellas primeras fases de la revolución industrial, había llevado a algunos rusos a defender la existencia de la servidumbre, precisamente como un remedio contra la miseria masiva. Pero supuesto que se decidiese, como parecía inaplazable, llevar a cabo la emancipación de los siervos, era evidente que había que asignar a cada siervo liberado alguna porción de tierra, bien gratis o bien a cambio de una redención pagable de alguna manera.

Todas estas cuestiones habían sido abordadas una y otra vez por los diversos comités creados durante el reinado anterior y por los que Alejandro II estableció apenas llegado al trono y una vez resuelto el problema más candente que había heredado, la guerra de Crimea. Cuando el 19 de marzo de 1856 Alejandro II anunció el fin de la guerra de Crimea, terminó el manifiesto en que comunicaba el evento con una promesa de «justicia igual y protección igual para todos, de modo que cada uno pueda disfrutar en paz de los justos frutos de su propio trabajo». Se trataba de un lenguaje poco habitual y de un igualitarismo más bien extraño y sorprendente en una sociedad tan rígidamente estratificada como la rusa. Saunders comenta que «las implicaciones igualitarias de este anuncio llevaron al Gobernador General de Moscú a pedir al zar una clarificación, con el resultado de que el 30 de marzo Alejandro hizo unas puntualizaciones orales que se consideran el principio del proceso de emancipación»⁸. En esta intervención, motivada por la alarma que el texto anterior había producido entre la nobleza, a la que estremecía cualquier atisbo de lo que en Occidente se llamaba «la igualdad ante la ley», el zar se sintió obligado a clarificar sus intenciones, con el patente designio de tranquilizar a la nobleza:

Se han extendido entre vosotros rumores acerca de mi intención de abolir la servidumbre. Para refutar tales habladurías sin fundamento sobre asunto tan importante considero necesario informaros de que no tengo intención de hacer tal cosa inmediatamente. Pero, por supuesto, y vosotros mismos podéis constatarlo, el sistema existente de propiedad de los siervos no puede seguir inalterado. *Es mejor empezar a abolir la servidumbre desde arriba que esperar a que empiece a abolirse a sí misma desde abajo.* Os pido, caballeros, que penséis en las maneras de llevarlo a cabo y paso mis palabras a los nobles para su consideración.

En estas palabras, y muy especialmente en las que hemos subrayado, aparece bien clara la voluntad del zar de avanzar hacia la abolición de la servidumbre, aunque también se perciba una cierta confusión en cuanto al modo de abordar tan complicado empeño y el propósito de tomarse todo el tiempo que fuera necesario. Saunders señala al respecto que afirmar que el sistema de propiedad de los siervos debía cambiar «era un lugar común en Rusia a mediados del siglo XIX, de modo que su capacidad de impresionar era mínima». Pero lo cierto es que aparecía bastante nítidamente una voluntad reformista a cuyo servicio Alejandro dio pasos decididos en los meses siguientes, aunque fueron enormes las resistencias a las que tuvo que hacer frente, además de que, en algunos momentos, esa misma voluntad reformista parecía haberse apagado o debilitado. El proceso fue complejísimo, pues, por razones históricas, no se podía dar el mismo tratamiento a los siervos de los distintos territorios del imperio. Las dificultades persistieron después de acto formal de abolición de la servidumbre, que se produjo en 1861, pero lo cierto es que Rusia se libró de un baldón de siglos.

Las reacciones a la emancipación fueron en general muy negativas y cargaron el ambiente político, extendiéndose la impresión de que, como había pasado con Alejandro I en 1805 y con Nicolás I en 1830, el nuevo zar había cumplido su casi obligada etapa reformista, de modo que en adelante no cabía sino esperar el predominio de las actitudes conservadoras. Los campesinos se sintieron defraudados, como queda a la vista por la multiplicación de disturbios, que solo entre abril y julio de 1861 totalizaron 647 incidentes, según datos del Ministerio del Interior. Pero tampoco los nobles se sentían satisfechos. En el mundo de los intelectuales el descontento estaba muy extendido y se percibe ya con mucha claridad una neta tendencia revolucionaria.

LAS OTRAS «GRANDES REFORMAS»

Después de la emancipación se llevaron a cabo durante el reinado de Alejandro II una serie de grandes reformas que afectaron a los aspectos más importantes de la vida política y social. La primera de ellas fue la de la administración local, en línea con lo que secularmente había sido una

tradición de muchos zares que, con mayor o menor acierto, habían empezado su reinado intentando llevar a cabo una reforma local, abordada siempre y por separado en sus dos grandes ramas, la rural y la urbana. Después de la emancipación se imponía una reforma de la administración de la Rusia rural, que no se había tocado desde los tiempos de Catalina II, que la había dejado en manos de una burocracia controlada desde el centro, con una cierta participación de la nobleza local. Una ley de enero de 1864 introdujo en el gobierno de las comunas rurales la vigencia de un cierto principio representativo que implicaba la introducción de instituciones de autogobierno, aunque la palabra rusa para autogobierno, *samoupravlenie*, no aparece todavía en el texto de la ley de 1864. En 1870 le tocó el turno a la administración urbana, a la que se aplicó también el principio representativo.

A finales del mismo año de 1864 se abordó otra importante reforma, la de la Justicia, que marca un hito decisivo en el proceso de modernización del Estado ruso, ya que supuso la separación de los tribunales respecto de la administración. Riasanovsky señala que esta reforma era aún más importante que la de la administración local, ya que «el antiguo sistema era a la vez arcaico, burocrático, pesado y corrompido; tenía en cuenta las distinciones sociales y escarnecía el principio de igualdad de todos ante la ley. Además, el procedimiento era totalmente escrito y secreto».

Alejandro II tuvo el buen tino de promover la reforma del sistema universitario apenas sentado en el trono, suprimiendo o suavizando las medidas represivas que Nicolás I introdujo después de la Revolución de 1848. Las cuotas de ingreso fueron abolidas, se ampliaron las exenciones de las tasas académicas, se recuperó la costumbre de enviar a Europa occidental para estudios de posgrado a los mejores estudiantes, se permitió que las mujeres asistieran a las clases y se suprimió la práctica policial de vigilar la conducta de los estudiantes fuera del campus. Asimismo se reintrodujeron en los planes de estudio materias como derecho de Europa occidental e historia de la filosofía. Pero desde principios de la década de los sesenta se vive en las universidades rusas una época de disturbios, provocados tanto por la pobreza de los estudiantes como por la disidencia política.

El nombramiento como ministro de Hacienda de Reiter, conocido reformista que había estudiado de primera mano los sistemas fiscales de Europa occidental y Estados Unidos, supuso la modernización de las finanzas del Estado ruso y aceleró las reformas que, poco antes, habían sido introducidas por otro economista, Valerian A. Tatarinov. Es entonces cuando se aplican en Rusia por primera vez las técnicas presupuestarias y de control de cuentas que ya eran habituales en otros países europeos.

Especial importancia tenía para Rusia la reforma militar, sobre todo después de la derrota en la guerra de Crimea, que demostró que de nada servían los elevados presupuestos de defensa si no se emprendía una inaplazable modernización de las fuerzas armadas. Alejandro II suspendió el reclutamiento entre 1856 y 1859, y en 1858 disolvió las colonias militares que preparaban para la infantería, pero no las que lo hacían para la caballería. En 1859 llevó a cabo la reducción del servicio militar de veinticinco a quince años en el ejército y catorce en la armada, una medida que había sido preparada por su padre. El hombre clave de la reforma militar en Rusia fue Dmitrii

Miliutin, que ya a principios de 1856 había hecho un informe sobre las debilidades militares del Imperio y que había de llevar a cabo, como ministro de la Guerra, una ingente tarea de modernización del ejército de tierra a lo largo de veinte años.

Se suele estimar que la etapa reformista se agota a mediados de los sesenta. Saunders escribe que

[...] Alejandro da la impresión de haberse limitado, en la última parte de su reinado, a mantenerse ocupado con objetivos poco definidos. La muerte de su hijo mayor en 1865 probablemente afectó a su moral y el atentado contra su vida de abril de 1866 le llevó a considerar poco favorablemente la posibilidad de nuevas reformas. Por otra parte, la impresionante victoria de Prusia sobre Austria en la batalla de Sadowa el 3 de julio de 1866 le exigió dedicar más atención al cambiante equilibrio de poderes en Europa.

La «gran reforma» que quedó por hacer y que hubiera sido la coronación lógica de todo el proceso fue la creación de una asamblea representativa de todo el Imperio. Un gran *zemstvo* o una *duma* nacional que fuera la adaptación a los modernos tiempos de los *zemski sobor* del siglo XVII. En el propio entorno del zar se defendía esta posibilidad. En este sentido, una autora soviética, Valentina Chernunka, ha escrito que «el círculo de los que abogaban por la adopción de principios representativos era más amplio de lo que suele pensarse». También los nobles de Tver, que eran «la izquierda» de la nobleza, renunciaron a sus privilegios en 1862 y pidieron la convocatoria de una asamblea constituyente que estableciese un nuevo sistema político. Por eso un autor británico, Hugo Seton-Watson, ha escrito que «la decisión contra una asamblea nacional en los primeros sesenta fue un punto de inflexión en la historia de Rusia»⁹. Si en ese momento Rusia hubiera dado el paso histórico de establecer una monarquía constitucional, muy posiblemente se habría conseguido un amplio consenso nacional que habría favorecido el desarrollo económico y la estabilidad social y política.

Pero si había fuertes presiones por parte de muchos sectores de la opinión pública a favor de la «constitucionalización» del régimen, Alejandro II, como sus antecesores y sus sucesores, no estaba dispuesto a renunciar a todo lo que significaba la autocracia. Además, una serie de acontecimientos que ocurrieron en aquellos años a mitad de la década de los sesenta empujaron definitivamente al zar hacia una posición de resistencia al cambio. No se trataba ya de dar la vuelta atrás, pero sí de limitar los efectos liberalizadores de las reformas. Entre esos acontecimientos hay que contar los misteriosos incendios que en mayo de 1862 se produjeron en San Petersburgo y otras ciudades de la zona del Volga o la aparición de llamamientos a la revolución, algunos de ellos apelando a la violencia más brutal.

LA REBELIÓN DE POLONIA Y LA POLÍTICA RESPECTO DE LAS NACIONALIDADES

Entre los acontecimientos que provocan el endurecimiento del régimen tuvo una especial importancia la nueva insurrección de Polonia que estalló en enero de 1863. Alejandro II había llevado su reformismo también a Polonia y, bajo la dirección del nuevo virrey, Mikhail Gorchakov, primo del ministro de Exteriores, que sucedió a Iván Paskievich en 1856, devolvió la mayor parte de las competencias autónomas que se la habían arrebatado por Nicolás I, después del levantamiento que tuvo lugar en los años 1830 y 1831. Varsovia volvió a tener arzobispo y los terratenientes crearon una Sociedad Agrícola, que funcionaba casi como un Parlamento. Pero si los moderados habían quedado satisfechos, los nacionalistas no se conformaban ya sino con la total independencia y la restauración de la «Gran Polonia» anterior a los repartos. El auge del nacionalismo en Europa, que se había concretado en la unificación de Italia, mientras Alemania avanzaba imparable bajo la dirección de Bismarck hacia el mismo objetivo, así como en la creación de Rumania como Estado independiente, estimulaba a los nacionalistas polacos, que, además, contaban con la simpatía de Napoleón III y de otros influyentes sectores de la sociedad francesa. Los emigrados polacos eran también muy activos y su causa se hizo popular en muchos de países de Europa occidental, sobre todo en Francia.

A principios de 1861 se produjeron incidentes en Varsovia, con motivo del trigésimo aniversario de la insurrección de 1830 que los nacionalistas celebraron, y en febrero se produjeron cinco muertes que suscitaron una enorme indignación. Al año siguiente, en el mes de mayo, el zar nombró un nuevo virrey, su hermano el gran duque Konstantin Nikolaevich, que formó un gobierno bajo la dirección del marqués Wielopolski, un moderado que ya había participado en la administración del llamado «Reino del Congreso», pero cuyas medidas reformistas no calmaron la inquietud y el descontento de los nacionalistas polacos, que le consideraban un «colaboracionista».

En enero de 1863 los polacos volvieron a levantarse contra la ocupación rusa como lo habían hecho un tercio de siglo antes, aunque en esta ocasión la revuelta fue reprimida con mayor rapidez, especialmente en Lituania, porque, a diferencia de entonces, Polonia no contaba con un ejército propio, puesto que en 1831 se había suprimido. La represión fue feroz y Mikhail Muraviev, gobernador militar de Vilnius, recibió el apelativo de «Muraviev el de la horca». Aplastada la rebelión, Alejandro II puso al frente de la administración del Reino del Congreso a Nikolai Miliutin, que había desempeñado un papel muy relevante en el proceso de emancipación de los siervos. Su designación era una muestra clara de que el zar deseaba contrarrestar el empuje nacionalista polaco con una renovada atención a los problemas sociales, a los que los rebeldes habían prestado escasa atención. Alejandro II daba por perdida la lealtad de la nobleza terrateniente, pero deseaba ganarse al campesinado con el fin de introducir «un nuevo elemento en la sociedad polaca» y socavar «la influencia de la *szlachta* [nobleza polaca]», como dijo Yuri Samarin, que participó en la elaboración de la ley que se preparaba.

A esta relativa generosidad en el aspecto social —que logró sus objetivos, pues Polonia se mantuvo en paz y sin agitaciones hasta la Primera Guerra Mundial— correspondió una mayor dureza en el ámbito político-administrativo. Polonia perdió todo atisbo de autonomía y fue integrada en el Imperio como un conjunto de *gubernii* o provincias, que fueron denominadas «del Vístula». Pero en San Petersburgo el ambiente predominante era que no se podía volver a la política represiva de Nicolás I y que era necesario hacer alguna concesión.

La cuestión de Polonia no dejó de influir en la política respecto de las nacionalidades no rusas del Imperio, en un momento en que el empuje nacionalista era patente en toda Europa. El enorme mosaico de razas, lenguas y religiones que era el Imperio ruso suscitaba la admiración de los visitantes y estudiosos que se interesaban por la lejana Rusia y despertaba la curiosidad acerca de cómo se gobernaba aquel heterogéneo conjunto de pueblos. El escritor francés Anatole Leroy-Beaulieu, que visitó con frecuencia Rusia durante la década de los setenta, reinando todavía Alejandro II, dedica muchas páginas de su monumental *L'Empire des Tsars et les Russes* —que se ha comparado con *De la démocratie en Amérique* de Tocqueville— a esta cuestión y subraya el contraste entre «el suelo ruso... hecho para la unidad» pero «ocupado por las más diversas familias humanas. Razas, pueblos, tribus se entrecruzan entre sí hasta el infinito y sus divisiones son acusadas y realizadas por la diversidad de géneros de vida, lenguas y religiones [...]. La simple enumeración de las diversas razas de la Rusia europea es impresionante; no se cuenta menos de una veintena, y si no se quiere olvidar ningún pueblo, ninguna población, hay que doblar o mejor triplicar esta cifra»¹⁰.

Esta heterogeneidad queda a la vista en los datos aportados por Heller, procedentes de una *Enciclopedia eslava* publicada en San Petersburgo en 1899: de los 74.000.000 de habitantes del Imperio (datos de 1870), un 72,5 por 100 eran rusos; 6,6 por 100 fineses; 6,3 por 100 polacos; 3,9 por 100 lituanos; 3,4 por 100 judíos; 1,9 por 100 tártaros; 1,5 por 100 bashkires; 1,3 por 100 alemanes; 1,2 por 100 moldavos; 0,4 por 100 suecos; 0,2 por 100 kirghises; 1,1 por 100 kalmukos; 0,06 por 100 griegos y el mismo porcentaje de búlgaros; 0,05 por 100 armenios; 0,04 por 100 gitanos y 0,49 por 100 de «otras nacionalidades». Dada la importancia del elemento religioso, los ortodoxos eran automáticamente incluidos entre los rusos, lo que explica que no figuren en la anterior relación ni ucranianos ni bielorrusos. Pero, de acuerdo con el primer censo ruso, que data de 1897, las que se denominaban entonces «regiones de la Pequeña Rusia», esto es, Ucrania, contaban con una población de 11.921.860 habitantes y las «regiones bielorrusas» con 6.918.148¹¹.

A pesar de que la rebelión de Polonia había exacerbado los celos de San Petersburgo ante las nacionalidades y, como veremos, había conducido a una intensificación de la política de rusificación, desde el exterior no se percibían en Rusia tendencias separatistas de importancia, por lo que no se comprendía la represión de las lenguas y culturas nacionales, que se incrementó después de 1863.

La rebelión polaca supuso un frenazo para las políticas liberales respecto de las nacionalidades que Alejandro II había empezado a practicar, sobre todo en el marco de apertura que tuvo su máxima expresión en la emancipación de los siervos. Los tres escritores ucranianos más

destacados, Shevchenko, Kulish y Kostomarov, que habían sido perseguidos durante el reinado de Nicolás I, pudieron continuar desde finales de los cincuenta con sus esfuerzos por definir una identidad ucraniana diferenciada y en 1861-1862 iniciaron la publicación en San Petersburgo de una revista, *Osnova* (La Fundación).

LA ÚLTIMA ETAPA DEL REINADO: TERRORISMO Y REPRESIÓN

La rebelión de Polonia y la represión que la siguió no impidió, como hemos visto, que se continuaran las grandes reformas, como las que se llevaron a cabo en el ámbito judicial, en el militar o en el de la administración local. Hélène Carrère d'Encausse, que ha escrito uno de los mejores análisis de este período, especialmente en lo que concierne a la aparición y desarrollo del terrorismo, escribe que «la gran ambición de Alejandro II era crear en Rusia un Estado de derecho, y la reforma judicial de 1864, inspirada en los textos y en las prácticas en vigor en Europa occidental, constituía un elemento clave de ese propósito». Pero la *intelligentsia*, que aspiraba al cambio en profundidad y que, por tanto, desde una cierta lógica debería haberse sumado a esos planes —«aplaudir y acompañar», escribe la académica francesa—, no podía compartir esta «revolución desde arriba», porque su objetivo era acabar con el régimen, no mejorarlo. Se empieza a desarrollar así esa peculiar estrategia de la tensión que ocupa estos últimos años del reinado de Alejandro II, que tiene en el terrorismo su causa e instrumento fundamentales. Carrère d'Encausse aplica a la situación la máxima de Mao Tse-tung según la cual «el pez se pudre por la cabeza» y escribe que «la *intelligentsia* se apasiona por el pueblo, sufre con él, se identifica con él, pero, al mismo tiempo, considera que todo depende de la *cabeza* del cuerpo social y no de este gran cuerpo en su conjunto. La cabeza es el poder y, sobre todo, su detentador supremo, el soberano»¹². Así es como se designa al zar como el principal objetivo de la acción terrorista que se inicia ya en la década de los sesenta. Se piensa que abatir al zar traerá consigo, inevitablemente, la desarticulación total del sistema. Pero antes de que el terrorismo en sentido estricto haga su aparición, en Rusia se registraron actos de violencia política: en junio de 1862 había sido incendiado el mercado Apraxia, en San Petersburgo y, simultáneamente, otros fuegos se produjeron en diversos lugares de la capital. Poco después se produjo un primer atentado terrorista, dirigido no contra el zar, pero sí contra un miembro de la familia imperial, el gran duque Konstantin Nikolaevich, que precisamente tenía fama de liberal, hasta el punto de que algunos de los que planeaban el asesinato de Alejandro II ya habían calculado que el gran duque

podría ser su sucesor, lo que pensaban favorecería la adopción de las medidas constitucionales a las que aspiraba una buena parte de la *intelligentsia*. El atentado no logró su objetivo, pero sí mostró la falta de coordinación y la irracionalidad de estos primeros terroristas de la historia de Rusia.

Como reacción contra estos primeros fogonazos de violencia, estos años se caracterizarán por una decisiva vuelta de tuerca en la persecución y represión de esas tendencias revolucionarias que empiezan a utilizar el terrorismo, la violencia organizada, como medio de hacer avanzar su programa político, cuya meta era el derrocamiento del régimen zarista. Pero el punto de inflexión definitivo en este tira y afloja entre la *intelligentsia* revolucionaria y un poder decidido a defenderse a toda costa fue el fallido atentado de un estudiante desequilibrado, Dmitri Karakozov, contra Alejandro II, el 4 de abril de 1866. Mientras el zar paseaba por el Jardín de Verano de San Petersburgo, Karakozov disparó contra él, pero un artesano que se encontraba cerca acertó a desviar el brazo del terrorista. Heller, que subraya el enorme impacto que produjo el atentado en toda Rusia y que estima que «el disparo de Karakozov inaugura una nueva fase del movimiento revolucionario de Rusia», escribe: «Un hombre del pueblo impidió de este modo que un noble (arruinado) asesinara al zar». Sumido como estaba Alejandro II en la obsesión por Polonia, cuando el frustrado asesino fue conducido ante él le preguntó: «¿Sin duda, tú serás polaco?». Y cuando Karakozov le contestó que era ruso de la cabeza a los pies, el zar, incrédulo, le respondió: «Entonces, ¿por qué disparas contra un zar ruso?». El joven terrorista le contestó sin inmutarse: «¿Qué libertad has dado a los campesinos?»¹³. H. Carrère d'Encausse, por su parte, subraya que

[...] este atentado abre un período totalmente nuevo en la historia del poder ruso, el del tiranicidio. Hasta entonces, nadie en la sociedad se había atrevido a levantar la mano contra el soberano o contra los servidores del Estado. Período nuevo también en la medida en que no se trataba de un acto aislado, como todas las sociedades han conocido en diversos momentos, sino de un modo de lucha contra el poder que durará hasta el momento en que triunfe sobre él¹⁴.

Karakozov fue condenado a muerte y ahorcado, pero además se produjeron centenares de detenciones y se envió al exilio a más de treinta personas. En la dialéctica interna del régimen se impusieron los «halcones», que estimaban que había que hacer uso de mano dura y dejar de lado las reformas que, para ellos, habían estimulado a los enemigos del zar, que interpretaban su política reformista como muestra de debilidad. La respuesta de los terroristas fue incrementar aún más la violencia. Se ponía en marcha la diabólica espiral de la violencia, acción-reacción, que atraparía a la sociedad rusa durante los siguientes años.

El régimen, sintiéndose cargado de razón ante tanto horror irracional, reaccionó con un endurecimiento general que se percibe tanto en la censura como en la actividad de la famosa Tercera Sección. La obsesión por la seguridad se convierte en la primera preocupación del Estado. La lucha contra las ideas revolucionarias llega a extremos increíbles y hasta el Ministerio de Instrucción Pública, a cuyo frente se puso en ese mismo año de 1866 al reaccionario conde Dmitrii Tolstoi, modificó los planes de estudio para que los estudiantes se dedicasen al cultivo de las lenguas antiguas y se apartasen de las cuestiones de actualidad. La libertad de prensa fue severamente limitada y los delitos de prensa se sometieron, como los políticos, a tribunales

especiales¹⁵.

Ya en la década de los setenta empiezan a aparecer organizaciones fugaces que, ante las resistencias con que tropezaban en el medio rural, inician el trabajo revolucionario entre los trabajadores de las ciudades. Se pretende organizar a las masas para hacerlas más receptivas a la acción revolucionaria. La reacción policial y judicial fue implacable. De todas las organizaciones terroristas que surgieron en esos años, la más importante fue la llamada *Zemlia i Volia* («Tierra y Libertad»), el mismo nombre que ya había sido utilizado por otro grupo, nacido a principios de los sesenta y con el que no debe confundirse. Esta segunda y más importante *Zemlia i Volia* apareció en 1876 y en un primer momento se dedicó, una vez más, al trabajo social y revolucionario en el campo, pero no con visitas esporádicas, sino instalándose permanentemente en las aldeas. *Zemlia i Volia* decidió muy pronto pasar a la acción directa y su primera «operación» fue un rocambolesco plan para facilitar la huida de la cárcel del príncipe Kropotkin, prisionero en la fortaleza de Pedro y Pablo, también en 1876. En diciembre de ese mismo año, en colaboración con los trabajadores de San Petersburgo, organizó una manifestación callejera ante la catedral de Kazán de la capital, que se saldó con detenciones masivas y un proceso espectacular¹⁶.

A partir de entonces se generaliza la acción del terrorismo. «En diversas ciudades —escribe Heller— se tira contra los gendarmes, los procuradores, los ministros o se intenta apuñalarlos, lo que en ocasiones se consigue. Después vendrán las bombas». El movimiento terrorista se organiza y se anuncian atentados en proclamas firmadas por un Comité Ejecutivo del Partido Populista Revolucionario que llevan un sello con un revólver, un puñal y un hacha. El ministro de la Guerra, Dmitrii Miliutin, escribe en su diario: «El proyecto diabólico de una sociedad secreta dirigida a aterrorizar a toda la administración comienza a estar coronado por el éxito».

Ante esta acción, la reacción del régimen zarista tiene mucho de desconcertada y se ve sometida a bandazos que van de la máxima dureza a una cierta lenidad, fruto, sobre todo, de las divisiones internas y de los distintos enfoques que se contemplan en los ámbitos del poder. Los terroristas eran juzgados en ocasiones con un exceso de legalismo garantista que las autoridades zaristas tuvieron que abandonar muy pronto. Heller, refiriéndose a esta benévola actitud de los tribunales, escribe que

[...] el régimen de Alejandro II es increíblemente más suave que el de Nicolás II, pero esta moderación, confirmando las tesis de Tocqueville, engendró una creciente indignación entre sus adversarios. En la atmósfera de reformas y de liberalización del sistema, la Tercera Sección pierde su anterior eficacia en la lucha contra las fuerzas antigubernamentales.

Una buena muestra de ese desconcierto es lo poco que duran en su cargo los jefes de los Gendarmes y de la Tercera Sección —verdadera policía política del régimen—, que dimiten o son cesados con una increíble rapidez. Los procesos políticos no cesaron y solo en el año que va de septiembre de 1876 a septiembre de 1877 hubo diecisiete, cada vez con mayor número de acusados, 50 en febrero de 1877, 193 en el que se abrió en octubre de 1878. Como subraya Heller, «los acusados son, por regla general, jóvenes entre veinte y veinticinco años, y entre ellos hay muchas mujeres»¹⁷.

Uno de los nuevos grupos es *Naródnaia Volia*, esto es, «La Voluntad del Pueblo» o «La Libertad del Pueblo» (*Volia* tiene ambos significados), que asume el terrorismo como método de acción política. El «comité central» de este grupo terrorista «condena» a muerte al zar Alejandro II, que fue objeto de varios atentados de los que escapó milagrosamente, como el que llevó a cabo Aleksandr Soloviev el 2 de abril de 1879, mientras el zar paseaba por San Petersburgo. En el otoño de aquel mismo año *Naródnaia Volia*, bajo la dirección de Kilbachich y con la ayuda de Vera Figner y otros, preparó cuidadosamente un atentado contra el tren imperial en el que el zar regresaba de Livadia (Crimea), que fracasó tanto porque cambiaron los planes imperiales como porque fue detenido uno de los conspiradores, David Goldenberg, que contó a la policía lo que se estaba preparando. Un plan alternativo dirigido por Zheliabov también fracasó porque la dinamita que se había colocado en la vía férrea no explotó. Un tercer plan tampoco logró su objetivo porque la explosión afectó a un tren distinto del imperial.

Naródnaia Volia se dotó de una estructura mucho más trabada y supera el carácter de mero grupo de notables que habían tenido hasta entonces las organizaciones revolucionarias. En 1881, al final del reinado de Alejandro II, se calcula que contaba con varios miles de simpatizantes y unos quinientos militantes. Pero su comité ejecutivo, formado por una veintena de individuos, decidía en nombre de la organización sin contar para nada con los miembros ordinarios. En esta cerrada estructura se podría ver un germen de lo que en el futuro será el Partido Comunista. En el programa aprobado en enero de 1880 se definen como «socialistas y populistas» que asumen como objetivo inmediato «provocar un levantamiento político que transfiera el poder al pueblo». Anuncian que cuando el régimen zarista haya sido derrocado, convocarán una asamblea constituyente. El programa político de *Naródnaia Volia* incluye una amplia descentralización local basada en la autonomía de los municipios, libertad de expresión, entrega de la tierra a los campesinos y de las fábricas a los obreros y sustitución del ejército permanente por milicias territoriales. El tenor de estas propuestas muestra que ya no se trata de suprimir el poder político, sino de apoderarse del Estado y ponerlo al servicio de sus ideales¹⁸.

El 5 de febrero de 1880, cuando la familia imperial estaba a punto de entrar en el comedor de lujo del Palacio de Invierno, una horrible explosión mató a once soldados de la guardia e hirió a otras 55 personas. Cada nuevo atentado demostraba que los terroristas preparaban con más cuidado sus acciones. En esta ocasión, un activista, Stepan Khalturin, se había introducido en el Palacio de Invierno, bajo la cobertura de carpintero, pero el plan fracasó no solo porque el zar tardó más de lo previsto en penetrar en el comedor, sino porque los explosivos, situados en la planta inferior, eran insuficientes para producir el resultado que se buscaba. De todos modos, quedaba bien a la vista no solo que los terroristas eran capaces de introducirse hasta el mismo centro del poder, sino su capacidad para evaporarse, pues Khalturin huyó sin dejar rastro.

En suma, los ataques contra Alejandro II son continuos en su dos últimos años de vida, hasta el atentado final que acaba con ella en marzo de 1881. Tras el atentado del Palacio de Invierno (5 de febrero de 1880) y en un ambiente de huelgas, agitación estudiantil y descontento popular,

Alejandro II llamó al general Mikhail Loris-Melikov, gobernador general de Kharkov y héroe de la guerra ruso-turca, al que puso al frente de una Alta Comisión Ejecutiva para el Mantenimiento del Orden en el Estado y de la Tranquilidad Pública, con el encargo de velar por la seguridad interior y la personal del zar. Algunos meses después, en agosto o septiembre, desapareció esta institución y Loris-Melikov fue nombrado ministro del Interior y responsable de la Tercera Sección, que, de hecho, quedaba suprimida o subsumida en la organización del ministerio, en el que se creó una poderosa policía política, a la que dotó de amplias competencias. Convertido en el personaje más importante del Estado —solo escapaba a su control la política exterior, en manos de Gorchakov—, Loris-Melikov puso en marcha el último intento reformista del reinado, que, en aquel momento, buscaba desesperadamente acercarse a una opinión pública cada vez más adversa al régimen. Pero ya era demasiado tarde. De la tensa situación del momento puede dar idea el hecho, que, apenas llegado a San Petersburgo (20 de febrero de 1880), el mismo Loris-Melikov fue objeto de un atentado terrorista, del que se salvó por puro milagro.

Loris-Melikov fue denominado «dictador de terciopelo» porque se propuso hacer uso del clásico puño de hierro enfundado en guante de terciopelo. Siguiendo una propuesta que había hecho meses atrás otro reformista, el ministro de la guerra Dmitrii Miliutin, Loris-Melikov intentó implicar en la elaboración de las leyes que afectasen a la nobleza campesina a los *zemstva* rurales, en los que estaba representado hasta el campesinado, y a las administraciones municipales. Incluso se llegó a hablar de convocar la gran Asamblea de la Tierra, el Zemski Sobor, que no se reunía desde finales del siglo XVII. Loris-Melikov presentó al zar sus propuestas en abril de 1880, y en enero siguiente volvió a la carga con el proyecto de que todas las reformas que estaba planeando, en los ámbitos financiero y local, se sometiesen a un cuerpo consultivo en el que existirían delegados de esas instituciones. Escribe Heller que las propuestas de Loris-Melikov se parecían mucho al «liberalismo de salvaguardia» del liberal Boris Chicherin, que intentaba «conciliar los principios de libertad con los de un poder fuerte y el imperio de la ley», en una combinación inteligente de medidas liberales y poder fuerte.

Las medidas liberales permitirían a la sociedad una actividad autónoma, garantizando los derechos y la persona de los ciudadanos, preservando la libertad de pensamiento y de conciencia [...]. El poder fuerte daría a los ciudadanos la certeza de que a los mandos del Estado se encontraba una mano firme, con la que se podía contar, pero igualmente una fuerza razonable que sabría defender los intereses de la sociedad contra la presión de las fuerzas de la anarquía y las estridencias de los partidos reaccionarios¹⁹.

Los planes reformistas de Loris-Melikov encontraron una enorme resistencia en el entorno inmediato del zar, empezando por su propio hijo y heredero, el futuro Alejandro III. Los inmovilistas argumentaban que no se pueden hacer reformas desde una situación de debilidad y que solo después de restaurar el orden y de acabar con los movimientos de oposición tendría sentido plantearse los cambios, ya que en otro caso la reforma se convertiría en revolución. Ni que decir tiene que para los conservadores esos argumentos no eran más que un pretexto para que no cambiase nada.

A pesar de sus resistencias iniciales, Alejandro II llegó casi a aceptar la idea de una

Constitución, palabra y concepto tabú en el régimen zarista, cuya necesidad le ponderaba con insistencia Loris-Melikov. El 1 de marzo de 1881 Alejandro firmó el *ukase* en virtud del cual se creaba una comisión mixta formada por funcionarios y representantes de los *zemstvos* y de las ciudades que debía estudiar los nuevos proyectos de reforma. Cumplido este trámite, se dispuso a salir para la habitual revista dominical de las tropas, a pesar de que su esposa morganática, Yekaterina Dolguokaia —con la que después de un apasionado romance, se había casado en 1880 cuando falleció la emperatriz, María de Hesse-Darmstadt—, le suplicó que no lo hiciera, temerosa por la caza al zar que habían emprendido los terroristas de Narodnaia Volia. Alejandro la tranquilizó porque, dijo, una gitana le había predicho que moriría en el séptimo atentado contra su vida, y todavía solo llevaba cinco. El zar se desplazaba, solo sobre su trineo, a lo largo de un canal de la capital petrina, cuando una bomba fue lanzada contra él, pero no le alcanzó. Inmediatamente Alejandro descendió del trineo para atender a los numerosos heridos que yacían a su alrededor y entonces explotó una segunda bomba que le hirió mortalmente. Trasladado al Palacio de Invierno, falleció una hora después.

LA DIPLOMACIA RUSA DESPUÉS DE LA GUERRA DE CRIMEA

Una nueva política exterior

Terminada la guerra de Crimea, Nesselrode abandonó su puesto al frente de la diplomacia rusa y fue sustituido, en abril de 1856, por Aleksandr Gorchakov, que había acumulado una amplia experiencia diplomática desde los días de Alejandro I y que, entre otros puestos en el extranjero, había sido embajador en Viena en los cruciales días de la guerra. El nuevo ministro de Exteriores publicó, algunos meses después, una circular (21 de agosto de 1856 del calendario juliano aplicado en Rusia, 2 de septiembre según el calendario gregoriano occidental) en la que se contenía su visión de la política exterior del Imperio y lo que podríamos llamar su programa de actuación en el ministerio. Sus ideas no eran demasiado originales, pues, en buena medida, provenían de una «Nota sobre las relaciones políticas de Rusia» que Nesselrode había redactado unos meses antes (febrero de 1856), cuando ya era un hecho la derrota en Crimea. El humillante fracaso bélico había supuesto un duro golpe para Rusia, que se veía marginada y desposeída de su papel de gran potencia, que se había ido ganando desde los tiempos de Pedro el Grande y que,

desde la gran Catalina, era un hecho indiscutible del panorama internacional europeo.

Como otros muchos rusos, Gorchakov estimaba que había llegado el momento de dar un giro copernicano a la política exterior del Imperio, renunciando al activo intervencionismo de las últimas décadas e iniciando a una nueva etapa que él bautizó de «recogimiento». «*La Russie ne boude pas. La Russie se recueille*», escribirá en la citada circular, en lengua francesa, según los usos diplomáticos del momento. Esta palabra, «recogimiento», se convirtió en el santo y seña de la nueva política exterior y, como escribe Heller, «traducía la voluntad de ocuparse, ante todo, de los asuntos interiores y recuperar fuerzas antes de volverse de nuevo hacia las cuestiones del exterior»²⁰. Pero bajo esa apariencia de pasividad, Rusia no abandonaba del todo sus implícitos pero bien diseñados designios internacionales y, desde el primer momento, se lanzó a la búsqueda de aliados que le permitieran conseguir sus ambiciones inmediatas. Gorchakov expresaba muy claramente cuáles eran esos objetivos en la carta que escribió al nuevo embajador ruso en París, Kiselev, en la que le pedía que «buscase al hombre que le ayudase a anular las cláusulas del tratado de París relativas a la flota del mar Negro y a las fronteras de Besarabia». Esta meta suponía la revisión casi completa de cuanto se había convenido en aquel tratado, con el que se había puesto fin a la guerra de Crimea. La vieja cuestión de los estrechos, la gran obsesión de la diplomacia rusa, estaba en el fondo de aquella pretensión que, además, implicaba mantener el enfrentamiento con Gran Bretaña y, por tanto, la eliminaba de las lista de potenciales aliados. Los británicos, en efecto, eran los más interesados en mantener el *statu quo* al que se había llegado después de la guerra de Crimea, uno de cuyos aspectos más importantes era la prohibición de que Rusia mantuviese una flota en el mar Negro, lo que, de hecho, suponía que los barcos de guerra rusos no podían acceder al Mediterráneo. Esa hipotética alianza era aún más imposible si tenemos en cuenta que Rusia y Gran Bretaña estaban enfrentadas en el Gran Juego de Asia central, donde habían chocado sus intereses estratégicos y comerciales.

La diplomacia rusa consideró los estrechos, durante todo el siglo XIX, como un objetivo esencial de su política exterior, tanto por razones de seguridad nacional como comerciales. Por otra parte, la derrota militar no podía hacerle olvidar a Rusia su papel de «protector natural» de los súbditos eslavos y ortodoxos de la Sublime Puerta, a pesar de que, como subraya MacKenzie, «San Petersburgo veía a los Balcanes no como un fin en sí mismo, sino como un territorio-puente para llegar a Constantinopla y a los estrechos». Además, era bien sabido que Rusia tenía pocos intereses económicos directos en esa zona, lo que restaba fuerza a su política balcánica. Entre los diferentes pueblos eslavos de la zona, el principal apoyo de la política balcánica de Rusia había sido hasta entonces el principado de Serbia, a la que el tratado de Bucarest (1812) había reconocido una autonomía limitada, que tardó mucho en consolidarse, tanto por las continuas interferencias turcas como por la lucha a muerte entre las dos dinastías serbias, los Karageorgevich y los Obranovich. El tratado de París (1856) colocó la autonomía serbia bajo la garantía colectiva de las grandes potencias y restringió la soberanía otomana, prohibiendo la interferencia armada turca sin consentimiento de las potencias. La influencia rusa —junto con la

de su aliada Francia— se consolidó cuando, en diciembre de 1858, abdicó el príncipe reinante, Alejandro Karageorgevich, que fue sustituido por Milos Obrenovich, que murió al cabo de veinte meses (septiembre de 1860). La diplomacia rusa, dirigida por Gorchakov, se volcó en ayuda del hijo de Milos, el occidentalizado Mihailo, y de su ministro de Exteriores Ilia Garasanin, autor del llamado «Gran Proyecto» (*Nacertanje*), que diseñaba una «Gran Serbia» basada en la unión de todos los serbios, esto es, de los de Serbia, propiamente dicha, con sus hermanos de Montenegro, Bosnia y Herzegovina. La importancia que Gorchakov atribuía a Serbia es patente en su correspondencia. Era evidente que Rusia quería hacer de Serbia la punta de lanza de su estrategia contra Turquía, siempre con los estrechos en el punto de mira.

Es en aquellos años cuando se produce la venta de Alaska a los Estados Unidos, que ha sido objeto de muchas especulaciones y sobre la que han circulado no pocas falsedades. Recientemente, un historiador ruso, Nikolai Nikolaevich Bolkhovitinov, ha analizado las diversas tesis en presencia y ha estudiado la no muy abundante documentación disponible. La decisión rusa estaba basada en una cierta concepción estratégica, en virtud de la cual se deseaba delimitar con precisión cuáles debían ser los objetivos de la expansión rusa. Pero en San Peterburgo predominaba la idea de no ir más allá, pues no se veía a Rusia como una potencia marítima en el Pacífico. Se explica así la falta de interés por Alaska, un extenso territorio que, de haberse conservado, habría dado a Rusia una impagable ventaja estratégica cuando, ochenta años después de su venta, el mundo quedó dividido en dos bloques enfrentados, encabezados precisamente por los Estados Unidos y Rusia. Posiblemente, pocos rusos habían leído a Tocqueville cuando en *La democracia en América*, refiriéndose a los «dos grandes pueblos [...] los rusos y los angloamericanos» escribe su famosa «profecía»: «Su punto de partida es diferente, sus caminos son distintos. Si embargo, cada uno de ellos parece llamado por un designio secreto de la Providencia a tener un día en sus manos los destinos de la mitad del mundo».

Los ministros rusos de Exteriores y de Hacienda, Gorchakov y Reiter, perfilaron las cláusulas de un posible tratado con Estados Unidos, que comprendían el derecho de los rusos y de los demás habitantes de la colonia a permanecer en ella o regresar a Rusia, si así lo deseaban, el mantenimiento de sus derechos de propiedad y la libertad de practicar su culto religioso. Acordaron también que el precio de la venta «no sería menor de 5.000.000 de dólares». En marzo de 1867 el embajador ruso en Washington regresó a la capital americana y comunicó al secretario de Estado norteamericano, W. G. Seward, la buena disposición del gobierno ruso para negociar la venta del territorio ruso. Todo transcurrió después con una enorme rapidez, ya que Seward parecía tener una enorme prisa en concluir lo que ha quedado demostrado como uno de los mayores éxitos de la política exterior de toda la historia de los Estados Unidos. El 18 de marzo de 1867 el presidente Johnson le dio plenos poderes a Seward para negociar la compra y, como muestra de su buena disposición, elevó el precio que los americanos estaban dispuestos a pagar de 5 a 7 millones de dólares.

Opinión pública y política exterior. El auge de paneslavismo

Es evidente que, a pesar de la derrota en Crimea, Rusia no abandonó nunca del todo sus ambiciones respecto de los pueblos eslavos y ortodoxos de los Balcanes, a los que se sentía obligada a proteger e incluso a dirigir. Esta política balcánica estaba apoyada y estimulada por el movimiento paneslavista, muy fuerte en aquellos años tanto dentro como fuera del gobierno imperial.

En 1864, Ignatiev, un inquieto personaje de tendencias paneslavistas, fue designado embajador en Constantinopla. Desde ese puesto, en el mismo corazón del Imperio otomano que él deseaba dinamitar o, al menos, arrojar de Europa, prosiguió con renovado empeño su tarea encaminada a lograr el gran objetivo paneslavista de la liberación de los eslavos. El intrigante diplomático ruso, en completo acuerdo con el ministro de Exteriores serbio, Garasanin, proponía que una vez que los turcos hubieran sido derrotados, en la guerra con que soñaban los paneslavistas, se debía formar un Estado serbio-búlgaro, regido por Mihailo, el príncipe de Serbia. Esta Gran Serbia se anexionaría Bosnia, mientras que Herzegovina podría pasar a Montenegro. Pero los planes de guerra sufrieron un duro golpe cuando una misión militar rusa, enviada por el ministro Dmitri Miliutin, informó de la falta de preparación y de la mala organización del ejército serbio.

Pero si los paneslavistas, incluidos los que, como Ignatiev, formaban parte del aparato político y diplomático, proseguían sus empeños «liberadores» en los principados balcánicos, la posición oficial de San Petersburgo prefería una política de prudencia, que se orientaba al mantenimiento del *statu quo* y se oponía a estimular imprudentemente las aspiraciones nacionalistas de los eslavos ortodoxos sometidos a los imperios otomano y austro-húngaro. Gorchakov no había olvidado el propósito fundamental de recuperar para Rusia su posición de gran potencia, lo que suponía, como sabemos, la eliminación de las cláusulas impuestas por el tratado de París que impedían su actividad militar en el mar Negro. El ministro ruso, aprovechando la gran conmoción que se produjo en Europa con motivo de la guerra franco-prusiana en 1870, anunció a las grandes potencias que Rusia no se consideraba ya obligada por las cláusulas del tratado de París que la prohibían construir una flota en el mar Negro. El anuncio, en forma de circular diplomática, se produjo el 19 de octubre de 1870 (31 según la datación occidental) cuando era ya evidente la derrota de Napoleón III, aunque la guerra aún no había terminado.

El paso dado por la diplomacia rusa no fue aceptado sin resistencia por las potencias y provocó una crisis internacional. Fueron especialmente notables las objeciones formales de Austria y Gran Bretaña, para quienes una acción unilateral no podía alterar los acuerdos tomados en un tratado firmado por las grandes potencias. Bismarck aconsejó a Gorchakov que la decisión unilateral rusa fuera ratificada por una conferencia internacional y en enero de 1871 se reunieron en Londres representantes de Rusia, Prusia, Austria-Hungría, Francia, Gran Bretaña, Italia y la Sublime Puerta. Allí se firmó la Convención de Londres (1/13 de marzo), en virtud de la cual se permitía a Rusia la construcción de una flota de guerra en el mar Negro, que de este modo era «desneutralizado». El éxito diplomático de Gorchakov devolvía a Rusia su papel histórico en el concierto europeo, la

permitía recuperar su dignidad, aunque lo cierto es que hasta 1883 no volvieron a aparecer barcos rusos en las aguas del mar Negro. Se recuperaba el fuero, aunque no se hizo uso de él, por razones evidentemente de carácter financiero.

Los celos rusos ante Alemania, la nueva potencia germánica que acababa de unificarse, no impidieron que en 1873 (mayo-junio) se formase la llamada Liga de los Tres Emperadores (*Dreikaiserbund*), formada por Alemania, Rusia y Austria-Hungría, que se proponía mantener la estabilidad en Europa central y el aislamiento de Francia, derrotada poco antes frente a la nueva Alemania imperial. En la no descartable hipótesis de una nueva guerra con Francia, el canciller alemán quería tener las espaldas cubiertas, y eso significaba que había que mantener buenas relaciones con San Petersburgo. Se explica así la sorprendente creación de la Liga de los Tres Emperadores, en cuyo seno y bajo el arbitraje de Bismarck, convivían dos potencias, Rusia y Austria-Hungría, enfrentadas, tanto por sus históricos desencuentros como por sus contrapuestas ambiciones sobre los Balcanes.

La tercera crisis de Oriente y la guerra ruso-turca de 1877-1878

En el mes de julio de 1875, los campesinos eslavos de Herzegovina se levantaron una vez más contra los otomanos y poco después les siguieron los de Bosnia. La insurrección tenía un carácter puramente social y, en un principio, era ajena a todo planteamiento nacionalista. Castellan estima que se trató de «una *jacquerie* ajena a la idea nacional», pero cuando, poco después, se sumaron a la revuelta los cristianos ortodoxos que vivían en las ciudades, el levantamiento adquirió un carácter político²¹. Mientras que las cancillerías europeas sospechaban que detrás de la insurrección podía estar Rusia, Gorchakov, por su parte, llegó a pensar que era Alemania quien instigaba a los rebeldes.

Haciendo realidad sus planes bélicos, en julio de 1876 Serbia y Montenegro invadieron territorio otomano en medio del entusiasmo de los paneslavistas, que llegó a su momento culminante cuando se conoció la victoria de Sumatovac. Rusia siguió en su ambigüedad, pues, a pesar de la posición oficial, el gobierno no tomó ninguna medida eficaz para impedir el envío de voluntarios rusos así como de ayuda financiera para la guerra contra los turcos. Roto por los serbios un armisticio impuesto por las grandes potencias, la guerra se reanudó con una notable recuperación de los turcos, que se lanzaron imparablemente hacia Belgrado. Rusia, en ayuda de los «hermanos eslavos», envió un ultimátum a la Puerta, que condujo a un nuevo armisticio, que evitó la destrucción de Serbia pero que dejó sin resolver la cuestión de Bosnia-Herzegovina.

Alejandro II, que hasta entonces había supeditado la política balcánica a sus buenas relaciones con las grandes potencias, cambió sus prioridades y decidió que no se podía tolerar la situación humillante a la que estaban sometidos los eslavos ortodoxos, víctimas de la opresión otomana. En suma, Rusia abandonaba su prudente política anterior y se mostraba decidida a la guerra. Las lecciones de la guerra de Crimea, cuando Rusia se enfrentó a una coalición formada para defender

a Turquía, quedaban muy atrás y a su diplomacia solo le quedaba disponer las cosas de modo que su intervención contra Turquía no pusiera a toda Europa en su contra. Alejandro II y Gorchakov estaban decididos a evitar el error de Crimea y para ello debían evitar que Rusia quedara aislada y se lanzaron a una frenética actividad diplomática en la que Ignatiev desempeñó un papel destacado. Pero si, ciertamente, los rusos no lograron un apoyo claro y decisivo para sus planes bélicos contra Turquía, sí obtuvieron garantías suficientes de que las grandes potencias se mantendrían al margen.

Asegurada la neutralidad austriaca, el 12/24 de abril de 1877 el zar declaró la guerra a la Sublime Puerta, que se inició con un imparable avance de los rusos que hizo pensar a Europa entera que en unas pocas semanas ocuparían Constantinopla. Los británicos trataron de frenar lo que parecía una rápida y aplastante victoria y negociaron activamente con los rusos, especialmente con el embajador del zar en Londres, Shuvalov, diplomático profesional que no compartía en absoluto los planes y entusiasmos de los paneslavistas. Tanto Shuvalov como su colega de Viena, Novikov, advirtieron a San Petersburgo de que, para evitar complicaciones con Gran Bretaña, era conveniente acordar la paz con los turcos tan pronto como los rusos alcanzaran la cordillera Balcánica. Claramente, Gran Bretaña solo se comprometía a mantener la prometida neutralidad si Rusia no ocupaba ni Constantinopla ni los estrechos. Olvidada la prudencia inicial, el general en jefe ruso, el gran duque Nikolai Nikolaevich, tan pronto como cruzó el Danubio, a finales de junio, pidió a Serbia que se declarase independiente y se sumase a las hostilidades contra Turquía. También se pedían refuerzos a rumanos y griegos.

Este giro de la diplomacia rusa, que olvidaba tan pronto sus promesas, suponía un desafío a Gran Bretaña que no podía quedar sin respuesta. En julio, el secretario británico del Foreign Office, Derby, advertía a los rusos que no contaran con la neutralidad británica si se producía la ocupación de Constantinopla, aunque fuera temporal y derivada de las exigencias militares. Simultáneamente, la flota de Su Majestad Británica fondeaba en la bahía de Besika, muy cerca del estrecho de los Dardanelos. Pero la diplomacia británica estaba dividida y eso la tornaba indecisa.

La ofensiva rusa, sin embargo, perdió repentinamente fuelle y se estrelló ante la fortaleza de Plevna, en la ruta hacia Sofía, defendida por Osmán Pachá, que entre julio y diciembre clavó en sus posiciones a las tropas rusas. El sitio les costó a los rusos la vida de 35.000 de sus soldados, a los que habría que añadir la vida de unos 5.000 rumanos. El parón de los rusos ante Plevna y la resistencia de la guarnición turca encerrada en la fortaleza cambió muchas cosas, no solo porque a los rusos se les agotó el impulso inicial, sino porque la propia opinión pública de los países occidentales giró un tanto espectacularmente, pasando de condenar sin paliativos a los turcos a considerarlos unos héroes. Por todo eso Taylor escribe que

[...] Plevna es uno de los pocos enfrentamientos que cambió el curso de la historia. Es difícil vislumbrar cómo podría haber sobrevivido el Imperio otomano en Europa, incluso en forma reducida, si los rusos hubieran alcanzado Constantinopla en julio; probablemente se habría hundido también en Asia. Plevna no solo dio al Imperio otomano otros cuarenta años de vida. En la segunda mitad del siglo XX los turcos conservaban aún los estrechos y Rusia seguía estando «prisionera» en el mar Negro; y todo esto fue obra de Osmán Pachá, el defensor de Plevna²².

Pero, finalmente, Plevna cayó y los rusos, especialmente los paneslavistas, recuperaron el entusiasmo de los primeros días. Con la presencia, al lado de las tropas rusas, de contingentes rumanos, búlgaros y montenegrinos, «la guerra ruso-turca —escribe MacKenzie— asumió finalmente tanto el aspecto de una guerra de la Ortodoxia contra el islam como el de una guerra eslava de liberación nacional contra la Puerta»²³. Alejandro II y el propio ministro de la Guerra, Miliutin, se opusieron a la ocupación de los estrechos por miedo a una guerra con Gran Bretaña y Austria-Hungría, prohibiendo la ocupación de Gallipoli y Constantinopla, que estaban ya solo a dos días de marcha.

Tras un armisticio, que fue firmado en Andrinópolis el 31 de enero de 1878, se iniciaron las negociaciones del tratado que pusiera fin a las hostilidades y que se desarrollaron en San Stéfano, pequeña estación balnearia sobre el mar de Mármara, muy cerca de la capital del derrotado Imperio otomano, cuyo nombre actual es Yelsikov, el aeropuerto de Estambul. El principal negociador ruso fue el conde Ignatiev, que presentó al zar un programa máximo que contemplaba la plena independencia de una Gran Bulgaria, el control ruso de los estrechos y amplias ganancias territoriales para Serbia, Montenegro y Grecia. El zar rechazó estos objetivos máximos y se conformó con el programa mínimo, que también le presentó Ignatiev y que reducía mucho las aspiraciones territoriales de los principados eslavos ortodoxos. Rusia solo aspiraba a recuperar Besarabia y a obtener la creación de una «Gran Bulgaria», y esos objetivos no parecían difíciles de conseguir de los derrotados turcos. Gorchakov, que compartía la inclinación de Ignatiev por Bulgaria, y que estimaba que este país debía sustituir a Serbia como principal peón ruso en la zona, dio instrucciones al conde diplomático para que «se defendiese con terquedad cuanto hacía referencia a Bulgaria y acelerase las negociaciones de paz para poner a las grandes potencias ante el mayor número posible de *faits accomplis*». Ignatiev se quejaba de que los errores militares de los rusos y la débil diplomacia de San Petersburgo reducían su capacidad de obtener las máximas ganancias territoriales para los principados ortodoxos.

El tratado de San Stéfano se firmó el 3 de marzo de 1878 y su principal artífice, el conde Ignatiev, vivió su hora de máxima gloria. El tratado fue presentado como una resonante victoria diplomática rusa, aunque lo cierto es que si bien Bulgaria y Montenegro salían muy beneficiados, Rusia y los otros principados aliados obtenían magras ganancias. Pero lo cierto es que el texto alarmó a toda Europa y las grandes potencias se dispusieron inmediatamente a rectificar sus cláusulas, por lo que el aparente éxito no fue más que flor de un día. Se trataba, además, de un cambio geopolítico de tal entidad que difícilmente podía ser aceptado por las grandes potencias.

El congreso de Berlín

Alejandro II percibió claramente que insistir en el mantenimiento del tratado de San Stéfano provocaría inevitablemente una guerra y aceptó que todas sus cláusulas fueran discutidas y revisadas en un congreso general de las potencias. Los paneslavistas se opusieron al congreso,

que, en su opinión, no podía tener otra consecuencia que la humillación de Rusia. Pero la diplomacia rusa no veía otra salida al atolladero en que les habían metido las ensoñaciones de Ignatiev. El viejo Gorchakov, que sería el jefe de la delegación rusa en el congreso, reconoció la situación con realismo. Por eso afirmó solemnemente: «Rusia entrega aquí sus laureles y espera que el congreso los convierta en ramas de olivo». Bismarck, que estaba en la cumbre de su poder y de su influencia en Europa, asumió como propia, aunque con no pocas reticencias, la iniciativa de lograr un arreglo general que garantizase la estabilidad de Europa, que era su principal preocupación. Fue así como se convirtió en el «refractario anfitrión del congreso de Berlín», que se reunió entre el 13 de junio y el 13 de julio de 1878²⁴. Solo tenían condición de miembros de pleno derecho las grandes potencias, incluida Francia, que se reintegraba así al concierto europeo después de la crisis de 1870-1875, pero los Estados balcánicos enviaron representantes para hacer oír sus pretensiones. De hecho, a Berlín se llegó con una buena parte de la tarea ya resuelta, gracias a previos acuerdos anglorusos.

El congreso de Berlín ratificó un previo acuerdo anglo-ruso sobre la partición de la Gran Bulgaria en tres territorios diferenciados: el principado autónomo situado al norte de los Balcanes; la semiautónoma provincia de Rumelia oriental y lo que actualmente denominamos Macedonia. Los tres territorios, diferenciados por sus distintos estatutos, seguían formando parte oficialmente del Imperio otomano y se reconocían bajo su soberanía, aunque todo ello no dejaba de ser una ficción, especialmente por lo que hacía al nuevo principado de Bulgaria. Asimismo, se concedió a Austria-Hungría la ocupación de Bosnia-Herzegovina y de Novi Pazar, la franja entre Bosnia y Montenegro. Andrassy, ministro austro-húngaro de Exteriores rechazó el ofrecimiento de anexionarse ambos territorios, porque deseaba mantener la ficción de que no se trataba de ninguna partición del Imperio otomano. Rusia obtuvo la devolución de Besarabia y, además, la zona de Batum, en la costa oriental del mar Negro. Serbia, Rumanía y, por supuesto, Bulgaria, obtenían la independencia de facto. Los griegos no lograron que se escucharan en Berlín sus pretensiones, que comprendían Tesalia, Tracia y Creta. Nada se acordó tampoco respecto Albania, ya que, como dijo Bismarck: «No hay una nacionalidad albanesa».

LA CONSOLIDACIÓN DE LA EXPANSIÓN EN ASIA Y EXTREMO ORIENTE

La derrota rusa en la guerra de Crimea estimuló la anglofobia de muchos oficiales y

diplomáticos rusos, decididos más que nunca a enfrentarse con los británicos en Asia. Se trataba de seguir desarrollando el Gran Juego, del que esperaban obtener las bazas que no habían logrado en Oriente Medio y los Balcanes. Nicolás I había dicho que «allí donde la bandera imperial ha ondeado, ya nunca debe arriarse». Y la nueva generación de anglófobos, paralela de la generación de rusófobos que existía en Gran Bretaña, miraba con ansias expansivas y hasta con un cierto sentido misional hacia los ilimitados espacios de Asia. Apenas terminada la guerra de Crimea, un joven oficial y diplomático ruso, el conde Nikolai Ignatiev —del que nos hemos ocupado ya en apartados anteriores—, que en 1858 tenía solo veintiséis años, logró convencer al zar Alejandro II de que había que aprovechar la debilidad británica, subsecuente al gran motín que había estallado en India, para adelantarse y tomar posiciones en la disputada Asia central. Su anterior destino había sido el de agregado militar en la embajada de Rusia en Londres, donde había adquirido un buen conocimiento del mundo británico y había acumulado muchas informaciones valiosas sobre la propia Gran Bretaña y sus posesiones e intereses en Asia. Se explica así que en 1858 el zar le encomendara una misión secreta en Asia central que tenía como objetivo estudiar el grado de penetración política y comercial de Gran Bretaña en la zona, procurando socavar cualquier posición de influencia que la potencia rival hubiera podido lograr en los khanatos de Khiva y Bukhara. Por supuesto, también debía estudiar las capacidades militares de aquellos khanatos y profundizar en el conocimiento geográfico de la zona en cuestiones tan esenciales como la navegabilidad del Oxus y en las rutas hacia la India, a través de Persia y Afganistán.

Apenas había regresado de Asia central, el zar encargó a Ignatiev una nueva misión, aún más difícil y arriesgada, en el Extremo Oriente. Su misión consistía en lograr que los manchúes reconocieran formalmente la cesión de los territorios de Extremo Oriente conquistados por Muraviev. Tan pronto como llegó a la capital china, acosada por las tropas anglo-francesas, Ignatiev inició un hábil doble juego, bajo el disfraz de mediador entre chinos y occidentales, sin haber recibido, por supuesto, ningún encargo en este sentido. Aunque constató inmediatamente que la ratificación de los tratados seguía siendo imposible, se propuso no marcharse con las manos vacías. Cuando en noviembre de 1860 abandonaron territorio chino las tropas anglo-francesas, poco habituadas a las duras condiciones del invierno del norte de China, Ignatiev hizo creer a los manchúes que habían sido sus gestiones las que habían logrado tal resultado y se presentó como salvador de la dinastía manchú. Pocos días después, el joven diplomático, que tenía solo veintisiete años, consiguió firmar con los manchúes —en el más absoluto secreto y sin que los anglo-franceses sospecharan nada— el tratado de Pekín, por el que el Imperio ruso se anexionaba por completo, abandonando la ficción del dominio conjunto, un enorme territorio, cuya extensión igualaba a las de Francia y Alemania conjuntamente. Asimismo se permitía que los rusos abrieran consulados en Kashgar, en el Turkestán oriental, en lo que hoy es la provincia china de Xinjiang y en Urga, actualmente Ulan-Bator, capital de Mongolia. Se establecían, además, los procedimientos de comunicación entre las autoridades fronterizas de ambos lados sobre la base de una «perfecta igualdad» y se concedía a los mercaderes rusos una «protección especial» y un estatus extraterritorial. La apertura de los consulados significaba que los rusos adquirirían el derecho de acceso exclusivo a aquellos nuevos mercados. El éxito de estas gestiones, que se había

logrado, en buena medida, burlando a los británicos, tan interesados como los rusos en aquellos mercados, compensaba de algún modo la todavía reciente derrota de Crimea y confirmaba las posibilidades de la expansión de Rusia en Asia oriental²⁵.

Los anglófilos no cejaban en su empeño y, con Ignatiev al frente, insistían en la debilidad de la gran potencia británica después de tantas guerras como las que habían reñido con la propia Rusia, con Afganistán, con Persia y con China, además de los esfuerzos desplegados para aplastar la rebelión de India. Su punto de vista era que Gran Bretaña estaba entrando en «una fase pasiva» y que, por tanto, se podía tener la seguridad de que no estaba en condiciones de buscar nuevos conflictos. Pero, como señala Hopkirk, lo que decidió al zar a plantearse un plan de expansión en Asia central, en la línea de lo que había sugerido Ignatiev, fue un acontecimiento tan alejado de Rusia como la Guerra de Secesión de los Estados Unidos. El bloqueo que mantenían los Estados del Norte sobre la Confederación sureña, tradicionales suministradores de algodón a Rusia y otros Estados europeos, obligó a buscar otras fuentes de provisión de esta esencial materia prima para la industria textil. Los informes que se tenían en San Petersburgo sobre Asia central, especialmente sobre el fértil valle de Ferghana, coincidían en admitir que se trataba de una región muy propicia para este cultivo. Frente a los que proponían establecer un sistema de alianzas con los khanatos allí existentes, Ignatiev aseguraba que se trataba de gobernantes carentes de toda capacidad de mantener cualquier acuerdo y proponía la conquista pura y simple.

Como primera providencia, en el verano de 1864 los rusos decidieron cerrar la brecha de más de mil kilómetros que rompía la línea de fortalezas rusas establecidas desde años atrás en la estepa y que cercaban al khanato de Kokand. Para realizar este primer objetivo los coroneles Cherniaev y Verevkin se apoderaron de una serie de fuertes y de pequeñas ciudades situados en la parte norte del khanato. En contra de los temores de los rusos, los ingleses no movieron ni un solo dedo, aun cuando el khan se apresuró a pedirles ayuda. Animados por el éxito y por la falta de reacción, Cherniaev, excediéndose de las órdenes recibidas, intentó tomar Tashkent en octubre de 1864, y aunque inicialmente no lo logró, tuvo más suerte nueve meses después.

El zar calificó la acción como «un glorioso hecho» y condecoró a Cherniaev —que se autodesignó gobernador militar de Tashkent— con la Cruz de Santa Ana. Pero su actuación impulsiva no gustó en los medios oficiales y en San Petersburgo prefirieron retirarle, algún tiempo después, de aquel puesto avanzado donde podía ocasionar no pocos problemas. Como era de prever, los británicos protestaron, pero los rusos contestaron que se trataba de «necesidades militares». Miliutin fue un poco más allá y escribió: «No es necesario que solicitemos el perdón de los ministros de la Corona inglesa por cada avance que llevemos a cabo. Ellos no se molestan en consultarnos cuando conquistan reinos enteros y ocupan ciudades e islas extranjeras, ni les pedimos que justifiquen lo que hacen». En un momento en que los británicos acababan de apoderarse del Sind y del Punjab, por referirnos solo a territorios próximos a Asia central, no podía tener más razón el ministro ruso.

Esta campaña rusa en Asia central, la primera de una prolongada expansión que había de durar

veinte años, suscitó de nuevo los temores de los sectores más moderados de la Corte de San Petersburgo, a los que, como a Gorchakov, les preocupaba enormemente la reacción de las grandes potencias. A ese estado de ánimo obedeció el memorándum de diciembre de 1864, elaborado por el propio Gorchakov, que fue enviado a todos los gobiernos extranjeros, en el que se afirmaba que la posición de Rusia en Asia central era «la misma que la de cualquier otro Estado civilizado que entra en contacto con pueblos semi-bárbaros nómadas carentes de cualquier organización social estable». En tales casos, se continuaba, un Estado civilizado tiene que elegir entre «condenar a sus fronteras a perturbaciones sin fin... o avanzar cada vez más lejos y más adelante». Al elegir esta última opción, Rusia estaba motivada, según Gorchakov, por una necesidad extrema, mucho más que por ambición, y lo hacía respondiendo a sus propias circunstancias de la misma manera que los americanos avanzaban hacia el Oeste de acuerdo con sus intereses y necesidades, los franceses lo hacían en África, los holandeses en el sureste de Asia y los británicos en India.

Dos años después de la conquista de Tashkent, en julio de 1867, cuando ya el revuelo inicial se había calmado, se creó el Gobierno-General de Turkestán, lo que implicaba la creación de una nueva provincia permanente dentro del Imperio. Estaba claro que los rusos habían llegado para quedarse. Además, Tashkent se convertía en el centro de la acción rusa en la zona, de modo que Omsk y Orenburg dejaban de ser los puntos desde los que se gobernaban los territorios asiáticos y las bases militares desde las que partían las operaciones.

Tras la conquista de Tashkent, el khan de Kokand firmó un tratado con los rusos que aseguró la retaguardia del gobernador general ruso Konstantin Petrovich Kaufman, y le permitió concentrar sus esfuerzos contra Bukhara, a la espera de cualquier movimiento en falso del khan. Ese movimiento se produjo cuando en abril de 1868 Kaufman supo que en Bukhara se estaba produciendo una gran concentración de tropas con el propósito de expulsar a los rusos del Turkestán. Kaufman formó un contingente de 3.500 hombres y se dirigió contra Samarcanda, la legendaria ciudad que formaba parte del khanato de Bukhara, que se rindió el 2 de mayo, antes de que los rusos la asaltaran. El emir de Bukhara conservó su trono, pero se vio forzado a aceptar los términos de rendición impuestos por Kaufman y el khanato quedó reducido a la condición de mero protectorado ruso.

Sometidos Kokand y Bukhara, solo el khanato de Khiva, al abrigo de invasiones por los desiertos que lo rodeaban, a pesar de estar situado más al oeste, continuó desafiando al poder del zar. El inaccesible khanato quedaba muy lejos de los centros de operaciones rusos y, para llegar a él, era preciso establecer una ruta directa desde la Rusia europea, que de momento no existía. Para facilitar esa difícil comunicación, en el invierno de 1869, dieciocho meses después de la toma de Bukhara, se envió un pequeño contingente que embarcó en Petrovsk, en la costa occidental del Caspio y unos días después arribaba a la desolada costa oriental, en lo que hoy es Krasnovodsk. Este nuevo movimiento ruso, aunque se llevó a cabo con el mayor secreto, llegó a conocimiento de los servicios de inteligencia británicos, que empezaron a inquietarse. Los dos ministros de Exteriores, Gorchakov y lord Clarendon, se reunieron en Heidelberg y el británico preguntó al ruso si las conquistas rusas en Asia se debían a órdenes directas del zar o, como se había propalado tras la conquista de Tashkent, a extralimitaciones de los generales rusos destacados en

la zona. Gorchakov prefirió responsabilizar a los militares y volvió a asegurar a su colega que su gobierno no pensaba avanzar más allá de sus presentes posiciones, al tiempo que reiteraba que Rusia no mantenía ningún plan respecto de India. Lord Clarendon no se decidió a proponer ningún reparto de zonas de influencia, pero sí planteó la creación de una zona neutral entre los dos imperios. Gorchakov contestó que Afganistán podría cumplir ese papel, ya que era un país que, según ambos ministros, no interesaba en absoluto a ninguna de las dos potencias. Las negociaciones continuaron en las dos capitales, Londres y San Petersburgo, pero apenas si avanzaron porque tropezaron con un obstáculo cartográfico, ya que se ignoraba casi todo de aquellos parajes casi inexplorados y, en concreto, no se sabía exactamente dónde estaba la frontera norte de Afganistán, especialmente en la región del Pamir, que era la más conflictiva potencialmente porque allí los puestos avanzados rusos y británicos estaban muy próximos.

Estos cambios territoriales en Asia central se habían producido, evidentemente, en beneficio de Rusia, que cada vez de un modo más patente se configuraba como la potencia decisiva en la zona. Inevitablemente, la nueva situación estratégica influyó también en las relaciones ruso-chinas, que desde la firma del tratado de Pekín (1860) habían pasado por un período de enfriamiento, a causa, sobre todo, de la rebelión de las poblaciones musulmanes que habitaban en lo que hoy se denomina Xinjiang, llamada entonces Kashgaria. Cuando todavía no había terminado la revuelta, Rusia y China decidieron complementar el tratado de Pekín con otro tratado de delimitación de fronteras.

Alejandro II había decidido ya lanzar una expedición que conquistase Khiva, el único khanato que se resistía todavía al poder imperial ruso. Antes incluso de que se pusiera en marcha la proyectada expedición, los servicios británicos se enteraron de los planes rusos hacia Khiva, pero se limitaron a pedir garantías de que no se llevarían a cabo nuevas conquistas en Asia central, una petición que fue atendida sin mayor problema por San Petersburgo. Los rusos, que no habían olvidado los dos desastrosos intentos de conquistar Khiva, en 1717 y en 1839, que acabaron para ellos en catástrofe, prepararon esta vez con sumo cuidado la campaña. Al mando del propio Kaufman una fuerza de 13.000 hombres avanzó hacia Khiva desde tres direcciones distintas, Tashkent, Orenburg y Krasnovodsk. El khan se dio cuenta enseguida de que cualquier intento de resistir sería inútil y, con la vana esperanza de calmar a los invasores, liberó a 21 esclavos rusos, lo que, evidentemente, no produjo ningún resultado. A finales de mayo de 1873, agotadas sus maniobras dilatorias, el khan huyó y Kaufman entró victorioso en la ciudad. Desde el punto de vista estratégico, Rusia se aseguraba el control de la orilla oriental del mar Caspio y de la navegación del Oxus, el actual Amu Darya, y cerró la última brecha en la frontera sur del Turkestán ruso. Herat, en el oeste de Afganistán, considerada históricamente la puerta de entrada en India, quedaba solo a poco más de 800 kilómetros.

Para completar su expansión en Asia central, a los rusos les faltaba ocupar Turkmenistán. Los turcomanos o turkmenos habitan un extenso territorio desértico de algo menos de medio millón de kilómetros cuadrados situado entre el mar Caspio al oeste, Persia y Afganistán al sur, y los actuales Kazajastán y Uzbekistán al norte. Tradicionalmente, los turcomanos eran conocidos desde muchos siglos atrás por su condición de mercenarios (Saladino contó con muchos de ellos

en sus ejércitos) y los rusos los habían padecido secularmente como asaltantes de caravanas, que robaban las mercancías y asesinaban o esclavizaban a los viajeros. Nunca habían llegado a constituir una entidad política similar a las vecinas que fuera más allá de la tribu nómada. Desde el siglo XVII los rusos se habían aventurado en la zona con poco éxito. La fundación de Krasnovodsk (actualmente Balkhan) en la orilla oriental del mar Caspio en 1869, a la que ya hemos aludido, supone la primera base rusa en Turkmenistán. En 1874 se creó el distrito militar Transcaspiano, y desde entonces son evidentes los deseos rusos de consolidar su presencia en la zona. En 1879 los rusos decidieron atacar la fortaleza turcomana de Geok-Tepe, en el borde sur del temible desierto Karakum, que es necesario atravesar para llegar a Khiva. La fortaleza turcomana estaba estratégicamente situada, porque se halla a mitad de camino entre el Caspio y la ciudad-oasis de Merv (actualmente Mary). En los planes rusos ya figuraba el proyecto de construir un ferrocarril que desde Krasnovodsk, por Geok-Tepe y Merv, llegase a Bukhara, Samarcanda y Tashkent. Pero los rusos no contaban con la feroz resistencia turcomana, que les obligó a retirarse hacia Krasnovodsk. Aquello fue, según Hopkirk, «la peor derrota que habían sufrido [los rusos] en Asia central desde la malhadada expedición a Khiva de 1717, [que] representó un golpe devastador para el prestigio militar ruso». Los rusos no se resignaron a su derrota y desde finales de 1880 comenzaron los preparativos para una nueva expedición contra los turcomanos, a cuyo frente se puso al general Mikhail Skobelev, que se había distinguido en la reciente guerra contra Turquía y que nuevamente se dirigió contra Geok-Tepe, con el patente designio de vengar la derrota del año anterior. La resistencia turcomana fue feroz, pero la artillería de Skobelev y un túnel que los zapadores rusos excavaron bajo las murallas permitieron el asalto de la fortaleza, que cayó en manos rusas el 24 de enero de 1881. La represión de los rusos alcanzó niveles de inaudita crueldad, ya que el propio Skobelev confesaba sin ningún rubor: «Mantengo el principio de que la duración de la paz está en proporción directa con la carnicería que inflijas al enemigo. Cuanto más duramente les golpees, más tiempo permanecerán tranquilos»²⁶.

Entretanto, había continuado la penetración rusa en Extremo Oriente y se continuaban las difíciles relaciones comerciales con los japoneses, iniciadas por Putiatin a finales del reinado de Nicolás I. Estos primeros contactos de los japoneses con las potencias extranjeras coincidieron con un período crítico de la política interior japonesa. El *shogunado* del gobierno Tokugawa presentaba signos inequívocos de decadencia y la elite militar expresaba abiertamente su descontento por la política de cesiones ante las arrogantes potencias extranjeras, que no vacilaban en amenazar con la fuerza. Ante el enfrentamiento entre japoneses y occidentales, los rusos decidieron actuar por su cuenta sin unirse a las otras potencias extranjeras y dispuestos a hacer su propio juego. Pero Rusia tenía enormes dificultades para consolidar su posición de actor principal en la zona. Carecía tanto de una flota mercante como de una fuerza naval suficientes y en sus desolados territorios de la costa oriental siberiana no existían ni infraestructuras ni una mínima estructura económica que respaldase sus ambiciones comerciales y territoriales. Los establecimientos rusos eran escasos y estaban separados por enormes distancias y con grandes problemas de comunicación. La fundación de Vladivostok en 1860 pareció abrir perspectivas esperanzadoras, que muy pronto se mostraron insuficientes.

En 1847, Nicolás I designó a un joven general, Nikolai Muravev, que tenía treinta y nueve años, gobernador general en Siberia Oriental, con residencia en Irkutsk, junto al lago Baikal, un acto que Le Donne considera «un acontecimiento decisivo en la historia de la política fronteriza de Rusia». Se inicia entonces la consolidación de la presencia rusa en aquellos remotos territorios en los que hasta entonces les había resultado muy difícil instalarse, sobre todo por el acoso continuo de los chinos manchúes, que no estaban dispuestos a consentir que los rusos penetraran y se quedaran en el valle del Amur. Pero la llegada de Muravev coincidió con la decadencia manchú, lo que, evidentemente, facilitó sus planes. Desde tiempo atrás, los rusos se habían planteado la posibilidad de establecer un puerto en la desembocadura del Amur, pues ni Okhotsk, en la costa continental, ni Petropavlosk, en la península de Kamchatka, tenían condiciones adecuadas para establecer lo que ellos querían que fuese el gran puerto ruso en el Pacífico. El lugar adecuado parecía la desembocadura del Amur, que acortaba las distancias hacia las Kuriles y el archipiélago Nipón. En febrero de 1851, Muravev comunicó al Li-Fan Yuan, el departamento chino encargado de las relaciones con los extranjeros, que como el Amur delimitaba la frontera ruso-china en su curso alto, todo el río debía considerarse posesión común de ambas potencias, de modo que a ninguna otra podía permitirse la navegación o el establecimiento en su desembocadura. La aparición de balleneros norteamericanos en el estrecho Tatar —el que separa Sakhalin del continente— y el descubrimiento de yacimientos de carbón en la misma gran isla aumentaron el interés estratégico de aquellas aguas, lo que impulsó a Muravev a construir más fuertes en la costa sobre el estrecho. Esta tarea de construir defensas en la zona se intensificó aún más cuando estalló la guerra de Crimea, ante el fundado temor de un ataque anglo-francés, que efectivamente se produjo, aunque sin resultados, en agosto de 1854, contra Petropavlosk, en la península de Kamchatka.

El factor clave en toda la zona era Japón, que había mantenido un aislamiento durante más de dos siglos, pero en el que se había abierto un debate acerca del mantenimiento de la llamada política de exclusión. En marzo de 1852 el Congreso de los Estados Unidos ordenó el envío a Japón de una expedición al mando del comodoro Perry y, solo un mes después, un comité especial recomendó en San Petersburgo el envío de una expedición a China y Japón. En octubre de 1852 partió de Kronstadt la fragata *Pallada* al mando de Putiatin, que, doblando el cabo de Buena Esperanza, llegó a Nagasaki en agosto de 1853. Un mes antes Perry había recalado en la bahía de Edo, como se llamaba entonces Tokio. Putiatin había recibido instrucciones de negociar con los japoneses la fijación de fronteras en las Kuriles y Sakhalin y conseguir la apertura de algunos puertos nipones al comercio ruso. Aunque las negociaciones con los japoneses empezaron en enero de 1854, a Putiatin no se le permitió trasladarse a Edo, donde debían tomarse las decisiones, por lo que no se logró ningún avance. Como el invierno hacía imposible la navegación por el mar de Okhotsk, Putiatin navegó hasta las Filipinas, y cuando regresó a Nagasaki en octubre de aquel año 1854 se enteró de que Perry había logrado en marzo la apertura al comercio norteamericano de dos puertos, Shimoda y Hakodate. Se trasladó inmediatamente a Shimoda y logró firmar un tratado (tratado de Shimoda) en febrero de 1855 —el primer tratado ruso-japonés— en virtud del cual se abrían al comercio ruso los puertos de Shimoda, Nagasaki y Hakodate, se permitía a los

rusos comprar provisiones y carbón y se obtenían para Rusia los mismos privilegios que se concediesen a otras potencias. Asimismo se establecía la división del archipiélago de las Kuriles, fijándose la frontera en el estrecho Friza, lo que suponía que las dos islas más meridionales del archipiélago, Iturup y Kunashir, quedaban bajo soberanía nipona, mientras que Urup y todas las otras pequeñas islas más al norte pertenecerían a Rusia. El tratado de Shimoda evitó abordar la cuestión de Sakhalin, pero era evidente que la ocupación de la bahía Aniwa solo podía ser considerada por los nipones un acto de agresión e incluso parte de «un plan militar de acción contra el Japón», ya que la anexión de la bahía y de la isla por parte de los rusos privaría a los japoneses de sus más importantes fuentes de abastecimiento alimentario. El tratado de Shimoda fue completado por un tratado comercial firmado en Nagasaki en octubre de 1857. Se abandonaba Shimoda, considerado puerto poco seguro, y se establecía que en los otros dos puertos el comercio sería libre pero estaría sometido a un arancel del 35 por 100.

En mayo de 1855, Muravev —especialmente preocupado por resolver los asuntos pendientes con los manchúes— trató de llegar a un acuerdo territorial con los chinos, que no se habían molestado en responder a su anterior comunicación sobre el Amur. El encuentro ruso-chino tuvo lugar en septiembre y, ante los debilitados manchúes, los rusos reiteraron sus peticiones, que incluían, además de la libre navegación por el Amur, la evacuación de las tribus sometidas a los manchúes asentadas en la orilla izquierda del río. Varias expediciones en 1855 y 1856 instalaron en la zona más de 20.000 colonos rusos y una unidad de cosacos para su defensa, de modo que, escribe Le Donne, «a finales de 1856 la anexión del valle norte del Amur era un *fait accompli*»²⁷.

En 1873 las conversaciones ruso-japonesas se reanudaron en San Petersburgo, pero el tratado no se firmó hasta mayo de 1875. Rusia conseguía la soberanía plena sobre la totalidad de Sakhalin, pero cedía la totalidad del archipiélago de las Kuriles y la frontera se fijaba entre el cabo Lopatka, el extremo sur de la península de Kamchatka, y la primera de las Kuriles, la isla de Shumshu. A los japoneses se les permitía comerciar en el puerto de KusunKotan (actualmente Korsakov), en la polémica bahía Aniwa, pero no se les permitió hacerlo en Vladivostok y Petropavlosk, como habían pedido, aunque sí se les concedió la condición de nación más favorecida en los otros puertos de Okhotsk y de Kamchatka. En agosto se añadieron al tratado otras cláusulas en virtud de las cuales ambas potencias se reconocían derechos recíprocos de pesca y caza, así como el de mantener sus propiedades en los territorios que mutuamente se habían cedido. Rusia no pensó bien el balance de pérdidas y ganancias del tratado, ya que, como señala Le Donne, «Rusia ganaba Sakhalin, pero al precio de cerrarse el acceso al Pacífico norte. En vez de hacer a Japón dependiente de la buena voluntad de Rusia dentro del espacio “vallado” por las islas en el que patrullaría la escuadra rusa, Rusia quedaba sometida a la buena voluntad del Japón». El mar de Okhotsk quedaba cerrado, pero no por los rusos, sino por los japoneses. Un error estratégico mayúsculo que iba en contra de la lógica expansiva de los rusos a mediados del siglo XIX, que debía haberles conducido a garantizarse un perímetro que desde Kamchatka y las Kuriles llegase al estrecho de Corea y la península de Shandong, en el mar Amarillo. A un proyecto de ese tipo parecía apuntar la llegada de una escuadra rusa, en mayo de 1861, a la isla de Tsushima, en el estrecho de Corea, frente a la isla de Kyushu, la más meridional del archipiélago

nipón. Pero una vez más chocaron los intereses rusos con los británicos y, ante la determinación de estos últimos, Rusia se vio forzada a retirarse aquel mismo otoño²⁸.

LA CAÍDA DEL ZARISMO. ALEJANDRO III Y NICOLÁS II

Los reinados de los últimos zares, Alejandro III y Nicolás II, forman prácticamente una unidad, especialmente hasta los acontecimientos revolucionarios de 1905. Riasanovsky escribe que es «un período de reacción ininterrumpida» y, aunque subraya que, de hecho, las esperanzas reformistas habían desaparecido desde que Alejandro II abandonó su política liberal en 1866, añade que «el episodio Loris Melikov muestra que, mientras Alejandro II permaneció en el trono, no estaba excluida una política de progreso. Pero eso dejó de ser cierto con Alejandro III y Nicolás II»¹.

CONTRARREFORMA Y MODERNIZACIÓN DURANTE EL REINADO DE ALEJANDRO III

Segundo hijo de Alejandro II y de su esposa la zarina María Aleksandrovna (nacida María de Hesse-Darmstadt), el gran duque Aleksandr Aleksandrovich no fue inicialmente educado para el trono, cuyo heredero natural era su hermano mayor, Nikolai. Fue a sus veinte años, en abril de 1865, cuando la muerte inesperada de este le convirtió en zarevich, lo que le obligó a prestar atención a los asuntos políticos y administrativos, que hasta aquel momento no habían suscitado en él apenas interés. Hasta entonces su formación no había sido otra que la habitual en los jóvenes nobles rusos de la época, que, aparte de una educación secundaria más bien elemental, no iba más allá del aprendizaje de los idiomas más en boga del momento (francés, alemán e inglés) y de la imprescindible formación militar, tradicional en la familia imperial rusa, al igual que en otras casas reales europeas. Curiosamente, de su fallecido hermano no solo heredó la condición de zarevich, sino a su misma prometida, la princesa Dagmar de Dinamarca, ya que en su lecho de muerte Nikolai expresó el deseo de que su hermano se casase con ella. Como era habitual en este tipo de matrimonios, la princesa danesa, al contraer matrimonio con el heredero ruso, no solo se convirtió a la Ortodoxia, sino que, como era tradicional, cambió su nombre original por otro ruso, en este caso concreto por el de María Fiodorovna. Precisamente en ese mismo año 1865, en el que Alejandro se convirtió en heredero, Prusia había arrebatado a Dinamarca los ducados de Schleswig-Holstein, y este hecho, así como la indudable influencia de la danesa Dagmar sobre su

marido, explica la animosidad del futuro Alejandro III contra Prusia y contra la Alemania unificada bajo su liderazgo, en contraste con el patente progermanismo de su padre, Alejandro II. Los hechos históricos siempre obedecen a la convergencia de una serie de causas diversas, pero no cabe duda de que esta germanofobia de Alejandro III es una de las razones que explican que, andando el tiempo, la alianza de la autocrática Rusia con la República francesa se convirtiera en la pieza básica de la política exterior rusa.

Así como Alejandro II ha sido calificado como «el zar reformista», pues, como hemos visto, durante su reinado no solo se produjo la emancipación de los siervos —lo que le valió también el apelativo de *zar libertador*—, sino que se abordaron muchas otras reformas, Alejandro III es considerado frecuentemente la expresión de la reacción y la contrarreforma, ya que, desde el principio, se propuso el desmontaje de casi todo lo que había hecho su padre para adecuar parcialmente la autocracia a los nuevos tiempos. A veces se ha dicho que este talante contrarreformista y reaccionario de Alejandro III fue la consecuencia de la conmoción que le produjo el asesinato de aquel; pero, sin negar que este dramático hecho debió de causar en él una profunda impresión, es patente que su actitud más que conservadora se había puesto ya de manifiesto en muchas ocasiones mientras todavía reinaba su padre. Durante la guerra franco-prusiana, sus simpatías se inclinaron abiertamente por los franceses, mientras que su padre, el zar, no ocultaba que se sentía más cercano a Prusia, por entonces todavía aliado tradicional del Imperio. Durante la crisis de los Balcanes de la década de los setenta, los paneslavistas encontraron en el entonces príncipe heredero un decidido apoyo, en contra de la política prudente y poco propicia a las aventuras balcánicas que, durante mucho tiempo, fue la oficial de San Petersburgo.

El joven Alejandro dispuso de maestros destacados pero, como les ocurrió a otros Romanov, solo mostraba interés por la vida militar y por los estudios de estrategia que le impartió el general Dragomirov. Otros de sus preceptores fueron el historiador Sergei Soloviev y el académico Grot, que le enseñó la lengua rusa. Pero el más influyente y decisivo de sus maestros fue Konstantin Pobedonostsev, un reaccionario a ultranza que no solo le enseñó derecho, sino que con sus enseñanzas y consejos conformó su mentalidad reaccionaria. Como escribe Carrère d'Encausse,

[...] es apenas sorprendente que con tal maestro Alejandro III se sintiera poco inclinado a pensar en términos de cambio y a reflexionar sobre el porvenir de sus país volviendo la mirada al exterior. Si [Alejandro III] tuvo la reputación de obtuso —lo que será desmentido por Witte, que fue su colaborador más cercano— se debe sin duda en parte a esta educación².

No podemos olvidar que Pobedonostsev no fue solo un preceptor al uso, sino que después, durante todo su breve reinado de trece años, este polémico personaje fue el más importante y duradero de los consejeros de que dispuso Alejandro III. No puede por eso extrañar que en un hombre tan limitado intelectualmente como él, la influencia de Pobedonostsev dejara una impronta poderosa y perdurable.

En Alejandro III se cumplen a la perfección los dos factores que, según Heller, acompañan constantemente los cambios en el trono ruso. El primero es la difícil situación del país que el

nuevo zar recibe en herencia, acrecentada, en este caso, por el hecho del asesinato de su padre y predecesor. El segundo consiste en la tendencia de cada nuevo zar a deshacer lo que había realizado su antecesor, lo que convierte a Alejandro III en un neto «contrarreformista». A estos dos factores, Heller añade un tercero, que se podría considerar una constante: la falta de preparación del heredero, que se encuentra bruscamente en el trono sin haber tenido ocasión de formarse adecuadamente para las complejas tareas de gobierno. Lo que ya había ocurrido anteriormente con otros zares, se repite magnificado con Alejandro III, que se ve convertido en zar, cuando no podía ni imaginarlo, como consecuencia, precisamente, del inesperado asesinato de su padre. Aunque no hay que olvidar que este ya tenía sesenta y tres años y su hijo y heredero treinta y seis.

El nuevo zar sube al trono aferrado más que nunca a la autocracia como único valladar capaz de frenar la gran oleada que, desde lo más profundo de la sociedad rusa, pedía reformas, aunque, en la mayor parte de los casos, no se sabía muy bien cuáles podían y debían ser esas reformas. Alejandro III deja por ello sin efecto los documentos que su padre había firmado el mismo día de su asesinato, que suponían la puesta en marcha del proyecto de Loris Melikov que intentaba introducir elementos de representatividad en la estructura institucional del Estado. Alejandro III se felicita de que no se dé «este paso criminal y apresurado», a pesar de que, como señala Rogger,

[...] seguía siendo fuerte el deseo de someter las actividades legislativas y administrativas del Estado al control y revisión públicos [...] incluso entre los cortesanos de alto nivel y entre los oficiales de los regimientos de la guardia crecía la convicción de que una constitución era la única vía de ganarse a los moderados y de frenar a los «nihilistas» [...] ya que, lejos de pensar que las grandes reformas habían ido muy lejos, la mayor parte de los moderados (y, naturalmente, los radicales) criticaban la insuficiencia de cuanto se había logrado en el reinado anterior, como consecuencia de la brecha existente entre el gobierno y la sociedad [...] En los días que siguieron a la catástrofe [se refiere al asesinato del zar], seis de los periódicos más influyentes del país y algunas de las asambleas provinciales (*zemstva*) más importantes instaron al gobierno y al zar para que no cayera en la fácil tentación de una política de represión³.

Esta actitud propicia a la benignidad se explica porque, como señala H. Carrère d'Encausse, en aquel momento prevalecía en Rusia

[...] un clima general de espiritualidad, de identificación con el cristianismo inherente a la cultura rusa de aquel tiempo. Los debates de ideas en los que participan Dostoyeski, Aksakov, pero también los occidentalistas a ultranza como Turgenev, concebían el porvenir de Rusia en términos religiosos. En 1881 el zar se conforma todavía en lo esencial con el mito transmitido por los siglos, [de modo] que su identificación con Cristo y con el pueblo, si bien atenuada, sobrevive todavía.

Aunque, por otra parte, «en 1881 —añade la académica francesa— es la última vez que prevalece este mito del zar, mártir por su pueblo». A partir de entonces, en efecto, una sociedad más secularizada se desentenderá de los factores transcendentales a la hora de la reflexión y de la acción políticas. Pero este trasfondo religioso que todavía pervive explica por qué «las voces de los intelectuales más respetados, como León Tolstoi o Vladimir Soloviev, se elevaran para pedir al nuevo zar que actuase como debe hacerlo un cristiano, exhortándole al perdón». Pero de nada sirvió este clamor, ya que, como se sabe, todos los conjurados fueron ahorcados el 3 de abril siguiente, treinta y tres días después del asesinato de Alejandro II⁴.

El régimen ultrarreaccionario y contrarreformista no se instala, sin embargo, inmediatamente. En efecto, durante las primeras semanas del reinado en Rusia se lleva a cabo una batalla ideológica entre los reaccionarios, que apuestan por la autocracia sin fisuras, y los que creen llegado el momento de la reforma institucional; muy a menudo aparece en esta polémica la palabra «constitución», nefanda para los reaccionarios y aspiración no solo de los radicales, sino también de muchos moderados. El primer grupo está, como era de esperar, dirigido por Pobedonostsiev que, sorprendentemente, recibe el apoyo, con matices, de uno de los más notables liberales, Boris Chicherin, que, más preocupado por la garantía de la propiedad que por poner a las personas al abrigo de la libertad arbitraria, rechazó inicialmente la idea de una constitución, por considerarla prematura o dañosa. Chicherin expresa también su desacuerdo con la idea de una asamblea popular, en la que veía encarnado el concepto de la soberanía popular y entendía que no se debía limitar la autoridad del zar en un momento de turbulencias. Estimaba que, a la larga, la adopción de una constitución se haría inevitable, pero había que esperar a que el zar la considerase conveniente. El propio Loris-Melikov retocó sus propuestas iniciales para hacerlas más aceptables por el zar, pero cualquier esperanza de que Alejandro III aceptase estas aguadas iniciativas se vino abajo el 28 de abril. Aquel día se reunieron con el zar los ministros principales y se acordaron algunas reformas, con solo el voto discrepante de Pobedonostsiev. Pero, apenas habían terminado los ministros su reunión, se distribuyó por la ciudad un manifiesto imperial que rechazaba todo lo que los ministros acababan de acordar. El manifiesto no dejaba lugar a dudas acerca de cuáles eran los propósitos del zar: «En medio de nuestro gran dolor, la voz de Dios nos manda tomar con valor las riendas del gobierno, confiados en la Divina Providencia, con fe en el poder y la verdad de la autocracia que, para bien del pueblo, nos sentimos llamados a fortalecer y a proteger de cualquier intrusión». Como los demás Romanov, consideraba que su primera obligación era conservar intacto ese depósito doctrinal, del que extraía su legitimidad la monarquía rusa. En el mismo plano de exigencia, todos los zares habían entendido siempre que su principal compromiso era entregar a sus sucesores, sin mengua territorial, el Imperio que habían recibido de sus mayores. Esta defensa apasionada de Rusia y de su destino iba acompañada de un absoluto desprecio por Occidente, al que los rusos consideraban decadente. En un momento en que las monarquías occidentales —entre ellas las de los imperios germánicos, tradicionalmente más proclives al autoritarismo— habían tenido que transigir con las tendencias de la época introduciendo en sus instituciones elementos representativos, la Rusia oficial no veía ninguna necesidad de cambiar. Previendo las presiones de los sectores más occidentalistas, Pobedonostsev había advertido a Alejandro III:

Llegará el día en que los aduladores intentarán persuadirnos de que la única posibilidad de solucionar los problemas de Rusia y garantizar la paz durante vuestro reinado consiste en otorgar a los rusos una «constitución» de corte europeo. Esto es falso y Dios prohíbe a un auténtico ruso ver el día en que esto se convierta en una realidad⁵.

Tanto como la idea de una constitución, para Pobedonostsov era absolutamente inadmisibles cualquier atisbo de parlamentarismo, «el mayor engaño de nuestro tiempo», y afirmaba con plena convicción que el poder político solo debía reposar sobre dos pilares, la autocracia y la burocracia.

Por supuesto, el autor del manifiesto del 29 de abril (11 de mayo según el calendario occidental) había sido el propio Pobedonostsev, obsesionado por mantener la autocracia sin fisuras.

Una vez que Alejandro III reafirma su decidido propósito de mantener su poder autocrático, se sintió con fuerza suficiente para convocar en San Petersburgo, en septiembre de 1881, una comisión formada por treinta y seis personas, la mayor parte de las cuales representaban a los *zemstvos*, a las que se propone debatir acerca de dos problemas: el sistema de venta de la vodka y la ayuda a los campesinos emigrantes. Algunos vieron en este gesto, como señala Heller, una voluntad de permitir que la opinión pública participase en la resolución de los problemas del Estado. Pero nada más lejos de los propósitos del zar, como muestra el destino de una «avanzada» propuesta del nuevo ministro del Interior, el conde Ignatiev, que, a partir de una idea del eslavófilo Aksakov, propuso la convocatoria de un *Zemski Sobor* o «asamblea general de la tierra», institución específicamente rusa, que se había reunido esporádicamente durante los siglos XVI y XVII, y que él consideraba «capaz de cubrir de vergüenza a todas las Constituciones del mundo, mucho más amplia y liberal que todas ellas y que, además, mantiene a Rusia sobre sus bases históricas, políticas y nacionales». Pero Alejandro III rechazó la propuesta de Ignatiev —a pesar de que la asamblea propuesta solo tendría un carácter consultivo— y reiteró su propio pensamiento o, más bien, el de Pobedonostsev: «Estoy demasiado profundamente convencido de lo absurdo del principio representativo como para tolerarlo un día en Rusia bajo una forma que no es otra que la suya en toda Europa». El zar rechazaba así incluso los precedentes rusos en los que latía un elemento representativo. Este fracaso político forzó la dimisión de Ignatiev, que fue sustituido en Interior por el conde Dmitrii Tolstoi, de probada ejecutoria conservadora.

Desembarazado el zar de los elementos liberales y de los que, sin serlo, tenían un cierto talante reformista, se impuso sin limitaciones la todopoderosa influencia de Pobedonostsev, que se rodeó de gentes tan reaccionarias como el citado Dmitrii Tolstoi, que se convirtió en el ministro más importante, lo más próximo que se pueda imaginar a un jefe de gobierno; su nombre llegó a ser la expresión cumplida de la política reaccionaria que se aplicó en este período. El historiador inglés Hugo Seaton-Watson le juzga así: «Tolstoi se hizo un nombre en la historiografía rusa como uno de los reaccionarios más hipócritas y más influyentes del siglo XIX. Todos los rusos, liberales o radicales, le odiaban a coro». Y Chicherin escribirá en sus *Memorias*: «Raros son los que han causado tanto daño a Rusia como él». A partir de entonces la política rusa estuvo dirigida, según Heller, por una *troika* formada por Konstantin Pobedonostsiev, Dmitri Tolstoi y Mikhail Katkov, editor del periódico reaccionario *Moskovskie Vedomosti*. El hijo de Tolstoi se casó con la hija de este, lo que reforzó la cohesión interna de la *troika*⁶.

Este equipo gubernamental llevó a cabo una sistemática política represiva, una de cuyas primeras manifestaciones fueron los «reglamentos temporales», promulgados en el mismo verano de 1881 y que estaban dirigidos a garantizar la seguridad del Estado y el orden público. Inicialmente se les asignó una vigencia de tres años, pero fueron prorrogados hasta el final del zarismo, a pesar de que, dirigidos especialmente contra los grupos terroristas, se daba la circunstancia de que, salvo algunos casos esporádicos, el terrorismo solo llegó a alcanzar los

primeros años del siglo XX y la *Naródnaia Volia*, que ya estaba desmantelada en gran parte, se esfumó totalmente en los años siguientes. Estos «reglamentos temporales» establecieron, de hecho, en ciertas regiones específicamente designadas, un estado de excepción que daba a los funcionarios amplios y arbitrarios poderes. Asimismo el aparato policial fue reformado y reforzado, y en las direcciones locales de la policía de San Petersburgo, Varsovia y Moscú se crearon servicios especiales de investigación que recibieron el nombre de «secciones de seguridad» u *okhrankas*. Su misión era la persecución e instrucción de los delitos políticos y sustituyeron a la veterana Tercera Sección. Como explicó más tarde Witte, «Alejandro III estaba seducido por la idea de una Rusia dividida en pequeñas zonas rurales; en cada una de ellas se encontraría un noble respetable [...] y este noble-propietario protegería a los campesinos, les administraría justicia y les regeneraría»⁷.

Una regresiva reforma de la justicia no se limitó a las facultades judiciales atribuidas a los nobles terratenientes. Aparecen los tribunales militares y los juicios a puerta cerrada. Los pretextos para enviar a Siberia a muchas personas son tan caprichosos como «modo de pensar peligroso», «relaciones dudosas», «pertenencia a una familia nefasta» y otros similares. Un viajero norteamericano que viajó por Siberia en 1885 tuvo oportunidad de conocer a muchos de estos relegados y narró su estupefacción:

El gobierno es en Rusia el primero en dar ejemplo de ilegalidad, deteniendo sin mandato judicial, castigando sin juicio y desdeñando, con el cinismo más perfecto, las decisiones de los tribunales cuando son favorables a los detenidos políticos, confiscando el dinero y los bienes de los ciudadanos sospechosos de simpatizar con los movimientos revolucionarios y enviando a Siberia a muchachos y muchachas de catorce años [...]⁸.

La contrarreforma de Alejandro III tuvo uno de sus objetivos principales en el sistema educativo, ya que la clase gobernante rusa veía en la instrucción la fuente del nihilismo y en la Universidad el lugar propicio para que se extendieran y se contagiaban las ideologías deletéreas. Las universidades rusas habían más que doblado en diez años el número de sus estudiantes, que pasó de 5.679 en 1875 a 12.939 en 1885. En cifras absolutas la población universitaria era superior a la de los demás países, con excepción de los Estados Unidos. El reglamento universitario «liberal» de 1863, que había concedido a las universidades una amplia autonomía, fue sustituido por el de 1884 que suprimió la autonomía, sometió la enseñanza a la dirección del establecimiento y al ministerio y reforzó el control ejercido por los inspectores sobre los estudiantes, hasta el punto de que se les obligó a llevar uniforme. Se prohibieron las asociaciones estudiantiles y se hizo mucho más estricta la censura, controlando con rigor las obras existentes en las bibliotecas. El ministro de Instrucción Pública, Delianov, partía del supuesto de que la enseñanza era nefasta para las «clases inferiores» y en una famosa circular de 1887 recomendaba a los directores de los colegios el «respeto sin falta» de la regla de no aceptar a los hijos de padres que no pudiesen presentar «suficientes garantías de una buena vigilancia familiar». La lista de los «indeseables» comprendía a «los hijos de los cocheros, de los lacayos, de los cocineros, de las lavanderas, de los pequeños comerciantes y otras gentes del mismo tipo». Las cifras demuestran el «éxito» de la política de Delianov: los nobles que en 1833 representaban el 53 por 100 de los efectivos escolares

y que habían bajado al 49,2 por 100 en 1884, eran de nuevo el 56,2 por 100 en 1892. Se dio así un duro golpe a la educación de los campesinos, que había mejorado muy notablemente en los años anteriores gracias a las escuelas de los *zemstvos*, que respondían a la creciente demanda de alfabetización. Las ventajas que se concedían en el servicio militar a los que sabían leer y escribir estimulaban esa tendencia. Pero a Pobodenostsiev le preocupaban estas escuelas, en las que sospechaba que no se daba el tipo de enseñanza que a él le parecía adecuada, y por eso en 1874 se decidió crear escuelas parroquiales a las que se asigna la misión de «reforzar en el pueblo la enseñanza de la fe ortodoxa y de la moral cristiana».

Durante el reinado de Alejandro III el capitalismo irrumpe con fuerza en Rusia, tanto en el ámbito de la agricultura como en la naciente industria. Todas las corrientes del pensamiento ruso se oponen a un capitalismo que para los occidentalistas incrementa las desigualdades sociales y para los eslavófilos es contrario al «espíritu ruso», al tradicional sentido comunal. Se populariza el término «plutócrata» para designar a quienes se enriquecen rápidamente, algo que el común de las gentes piensa que solo se puede conseguir con la astucia y las malas artes. Precisamente ese término deriva de la palabra *plutovstvo*, que significa astucia. Se explica seguramente así por qué durante los dos primeros tercios del siglo XIX las únicas industrias pesadas existentes en Rusia eran del Estado y, casi siempre, tenían finalidades militares. El resto de la industria tenía un carácter artesanal. El retraso de la industria y, en general, de la economía rusa con relación a las de los países de Europa occidental era muy grande y los rusos tomaron conciencia de esa situación después de la guerra de Crimea, que mostró no solo la inexistencia de infraestructuras tan vitales como las carreteras y los ferrocarriles, sino también la superioridad naval de los enemigos, consecuencia inmediata de su desarrollo industrial. Como consecuencia de todo ello, durante el reinado de Alejandro II se había llevado a cabo un enorme esfuerzo de industrialización que, entre 1856 y 1881, había doblado, aproximadamente, la planta industrial del país, cuya red ferroviaria había pasado de 750 millas (1.207 kilómetros) a 15.000 (24.140 kilómetros).

Este impulso se prolonga durante el reinado de Alejandro III, en el que es precisamente en el campo de la economía y las finanzas donde se siguen llevando a cabo reformas, gracias a la eficacia del ministro de Hacienda, Nikolai Bunge, designado en 1881, que emprendió la reforma del sistema fiscal, estableció un impuesto sobre el capital y en 1883 suprimió la capitación, que gravaba a los campesinos. Con un criterio proteccionista, aumentó las tarifas aduaneras, a la vez que emprendía la reorganización del servicio ferroviario, que hasta aquel momento se había desarrollado de una manera anárquica. La gestión de Bunge se prolongó cerca de seis años, hasta 1887, en que —después de que Tolstoi le dijera al zar que estaba rodeado de «gente indigna de confianza»— fue sustituido por Ivan Vyshnegradskii, que se mantuvo hasta 1893. Bunge fue un ministro eficaz,

[...] un hombre decente e ilustrado que gozó de la buena opinión de sus contemporáneos, pensaba que la nobleza era una clase moribunda, redujo la presión fiscal del campesinado, dio los primeros pasos para proteger a los trabajadores de la explotación, pero fue incapaz de encontrar dinero para equilibrar el presupuesto o para invertir en el crecimiento futuro [...]⁹.

Vyshnegradskii, que era el candidato de Katkov y sus amigos para sustituir a Bunge, accedió al ministerio el 1 de enero de 1887. Su diferente orientación ideológica —si se puede hablar así— no supuso un cambio de la política económica, ya que siguió las pautas establecidas por su antecesor: era tan proteccionista como Bunge, continuó la reforma de la fiscalidad y fomentó las exportaciones, especialmente las de trigo, lo que le permitió no solo equilibrar la balanza comercial, sino lograr un superávit que se tradujo en un aumento de las reservas de oro. Esta política económica se tradujo en un rublo fuerte, que aumentó la capacidad de endeudamiento exterior de Rusia. Es este el momento en el que la política exterior rusa —por complejas razones que analizaremos más adelante en este capítulo— inicia su giro hacia Francia: se transfiere la mayor parte de la deuda exterior de Berlín a París y el capital francés elige a Rusia como un destino preferente.

A Vyshnegradskii le sucedió Sergey Yulyevich Witte, uno de los grandes hombres políticos de la última etapa del zarismo, que a principios de 1892 había sido nombrado ministro de Vías de Comunicación. Especialista en ferrocarriles, muy pronto se distinguió en la administración ferroviaria por su eficacia y su tolerancia, ya que, en contra de lo que era habitual en la época, se rodeaba de judíos, ucranianos o polacos, sin más requisito que su capacidad. Con motivo de un viaje del zar al sur había advertido la excesiva velocidad con que se desplazaba el tren imperial y el riesgo de un accidente. No se le hizo caso y el tren imperial descarriló, aunque la familia del zar se salvó por puro milagro. Solo unos pocos meses después, en agosto del mismo año 1892, Witte fue nombrado ministro de Hacienda, pero no abandonó su pasión ferroviaria. Según narra el propio Witte en sus *Memorias*, el zar le encomendó dos tareas principales: acabar la construcción del ferrocarril transiberiano (que había empezado un año antes, en 1891), haciéndolo llegar a Vladivostok, y, en segundo lugar, instaurar un «monopolio de bebidas», que tenía como objetivo poner en manos del Estado el comercio de la vodka. El zar estimaba que esta medida serviría para reducir la tradicional tendencia al alcoholismo de los rusos. Además, con el dinero recaudado con el impuesto sobre los alcoholes, se financió, al menos parcialmente, la construcción de ferrocarriles. Witte fomentó la creación de bancos e instituciones de ahorro y facilitó las operaciones de financiación de la industria y la convertibilidad del rublo. También reformó las leyes que regían las sociedades mercantiles y logró inversiones exteriores, no solo procedentes de Francia, sino también de Gran Bretaña, Bélgica y Alemania, que fueron esenciales para financiar la industrialización rusa. La gran empresa del Transiberiano no solo aspiraba a facilitar las comunicaciones con el inmenso territorio de Siberia, sino que alentaba en ella un ambicioso designio, ya que Witte deseaba que Rusia se convirtiera en el gran intermediario comercial entre Extremo Oriente y Europa.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE RUSIA EN LA EUROPA BISMARCKIANA

Alejandro III se interesó especialmente por la política exterior, en la que proyectó la misma mentalidad conservadora y autoritaria que era su norma de conducta en los asuntos internos. A esta disposición fundamental debe añadirse un enfoque, a veces, muy emocional de los problemas, que le hacía perder la perspectiva y, como escribe George F. Kennan, le llevaba a confiar en exceso en su propio juicio y a despreciar las críticas¹⁰. Muy propicio a los puntos de vista de los paneslavistas, veía con simpatía cuanto implicara una política de expansión en los Balcanes y hacia los Estrechos, aunque también debe subrayarse que su aversión por la guerra —fruto, según parece, de su experiencia personal en el campo de batalla durante la guerra ruso-turca de 1877-1878— hizo del suyo un reinado pacífico. Alejandro III fue, en efecto, el único zar, desde principios del siglo XIX hasta el final del zarismo, que no emprendió ni se vio comprometido en ninguna guerra.

Siguiendo la línea iniciada ya por Nicolás I respecto al uso del ruso en la Corte, ordenó que en la correspondencia interior del Ministerio de Asuntos Exteriores dejara de utilizarse el francés y que toda la documentación se redactara en lengua rusa. Compartía los mismos objetivos expansionistas que sus antecesores —el control de los Estrechos, Constantinopla—, pero era muy consciente de la debilidad de Rusia, que ya no era la potencia hegemónica de la primera mitad del siglo XIX ni podía decidir y actuar sin tener presentes los intereses de las otras grandes potencias.

Un antigermanismo elemental y casi visceral, fruto del ambiente paneslavista en que se había educado, era, seguramente, el rasgo fundamental de la «cultura política exterior» de Alejandro III. Pero la tradicional amistad de Rusia con Prusia, convertida pocos años antes en potencia creadora y dirigente del II Reich, y los vínculos de familia de los Romanov con el káiser matizaban relativamente este antigermanismo, bien a su pesar, en el caso de Alemania, pero en absoluto con relación a Austria-Hungría, enemigo jurado en los Balcanes. Esta matizada inclinación de Alejandro III por Alemania estaba también contrapesada por la profunda antipatía hacia Bismarck que sentían la emperatriz y su entorno danés —ya que, no en vano, había sido el canciller prusiano quien había arrebatado a Dinamarca los ducados de Schleswig-Holstein en 1865—, por no hablar del poderoso clan paneslavista, en el que la figura más destacada era Katkov. Este antigermanismo visceral alcanzaba, desde luego, su clímax en el caso de Austria-Hungría, en cuya contra jugaba no solo el recuerdo del desagradecimiento de Austria después de la ayuda de Nicolás I contra la sublevada Hungría en 1849 y su «traición» durante la guerra de Crimea, sino el furibundo anticatolicismo en que Alejandro III había sido educado por Pobedonostsiev. Como otros zares anteriores, veía con profundo desagrado las «intromisiones» del Vaticano en las zonas católicas de su imperio, como Polonia, en las que existía un abierto enfrentamiento entre ortodoxos y católicos, al que no era del todo ajena la católica Corte de Viena, que dominaba en la Galitzia polaco-ucraniana, desde la que exportaba «catolicismo» a las zonas próximas del Imperio ruso. Pero esta antipatía por lo alemán no significaba, sin embargo, que Alejandro III tuviera ninguna proclividad por Francia, cuyo régimen republicano era, como es de suponer, profundamente ajeno

a su sensibilidad. Como escribe Kennan,

[...] particularmente ofensivo a sus ojos era el cambio constante y caleidoscópico de personalidades a la cabeza del gobierno francés. No confiaba en las personas que permanecían solo unos pocos meses en el poder [...] lo que no quiere decir que fuera de ningún modo antifrancés. Admiraba la cultura francesa (en la medida en que tenía algún conocimiento de ella) y obviamente tenía cierta simpatía por la posición internacional de Francia.

Esta actitud quedó bien a la vista cuando, con motivo de su coronación en 1883, el representante especial francés le señaló que ambas potencias *ne sont pas sans avoir quelques intérêts en commun*. La respuesta del zar fue rápida: *Oui, oui, je le sais. Ayez de la stabilité, de la stabilité*¹¹.

Alejandro III tuvo que afrontar enseguida la sustitución de Gorchakov al frente de la política exterior del Imperio. En abril de 1882, se hizo con el cargo Nikolai Karlovich Giers, uno de los diplomáticos más competentes del momento, que se mantuvo al frente de los asuntos exteriores durante los trece años del reinado de Alejandro III. Pero no sería totalmente exacto afirmar que «dirigió» la política exterior del Imperio. La falta de coordinación entre los ministerios, a la que ya hemos aludido, y el papel preponderante del zar en las cuestiones exteriores, reducía mucho el papel del ministro. Como Giers afirmó en 1887, en los asuntos exteriores existían tres gobiernos: él mismo, los departamentos domésticos, es decir, el entorno del zar, y el poderoso editor Katkov. Añadía Giers que el emperador era un gobierno en sí mismo y por sí mismo. Y esto era especialmente cierto en el ámbito de la política exterior.

Rusia era muy consciente de que su posición en la escena internacional la condenaba a la debilidad, como había mostrado el congreso de Berlín. Lo que allí había ocurrido mostraba que cualquier intento ruso de avanzar para conseguir sus objetivos históricos en los Balcanes o en los Estrechos era evidente que se toparía con la oposición de las grandes potencias. Las potencias germánicas en el primer caso (Balcanes), o más exactamente Austria-Hungría apoyada por Alemania, y Gran Bretaña en el segundo (los Estrechos) impedirían cualquier pretensión rusa de alterar el *statu quo*. Y Rusia conocía perfectamente sus puntos débiles: las dificultades financieras y la falta de preparación de sus ejércitos, que habían impedido que la guerra ruso-turca de 1877-1878 alcanzara los máximos objetivos propuestos, no habían desaparecido y eso obligaba a una política exterior cauta, siempre pendiente de las posibles reacciones de Londres, Berlín o Viena. Se explica así la prudencia de Rusia en relación con su vieja aspiración a hacerse con el control de los Estrechos, que Giers, con realismo, calificaba como utópica e imposible de realizar en la venidera generación. Rogger escribe que tanto a Giers como al zar les habría sorprendido e incluso divertido saber que en 1867, el año que Rusia vendió Alaska a los Estados Unidos, Karl Marx había escrito que el inalterable objetivo de la política rusa era la dominación mundial¹². En la Corte de San Petersburgo subsistía, desde luego, el sueño expansionista de otros tiempos, pero se trataba de un expansionismo reprimido, que se sabía incapaz de alcanzar sus viejos y permanentes objetivos, al menos en Europa. Por eso Rusia volcó esas energías reprimidas en la conquista de Asia central y en el Extremo Oriente, donde las circunstancias eran mucho más favorables.

Por todas estas razones, Rusia era una decidida partidaria del mantenimiento del *balance of*

power en Europa, que ella misma había contribuido a establecer y mantener. A pesar de las simpatías personales del zar por el paneslavismo, bien manifiestas en su etapa de príncipe heredero, las responsabilidades del trono le hicieron mucho más prudente y, como había sucedido desde los tiempos de Alejandro I, la política oficial de Rusia, obligada a elegir entre el sentido de misión, que la llevaba a contribuir a la «liberación» de los ortodoxos sometidos al Imperio otomano, y la tendencia legitimista, que la empujaba a no ayudar a quienes se revelaban contra los poderes legítimos, solía inclinarse, con enormes dificultades y frente a sólidas resistencias, en esta última dirección. Además, cada vez pesaba con más fuerza en la política rusa el peligro de que los diversos pueblos no rusos que constituían el extenso imperio multinacional de los zares se «contagasen» del rampante nacionalismo que ya había prendido en los pueblos de los Balcanes.

A pesar de que, como escribe Taylor, «los vínculos familiares con Guillermo I significaban poco para él [Alejandro III] y la solidaridad monárquica aún menos», la confusión del momento, con un zar asesinado y su sucesor apenas instalado, explican que se firmara, el 18 de junio de 1881, la Alianza de los Tres Emperadores, llamada así para distinguirla de la Liga, la *Dreikaiserbund*. Este tratado no respondía a ningún impulso legitimista y su principal objetivo se concretaba en un pacto de neutralidad entre las partes, para el caso de que uno de los tres imperios se viera implicado en una guerra con una cuarta potencia. Quedaban muy lejos los días de la Santa Alianza, aunque para algunos historiadores este acuerdo entre los tres emperadores vendría a ser algo así como el último estertor de aquella vieja obra del legitimismo monárquico. Para Rusia, el vago acuerdo de 1881 suponía la seguridad de que en la eventualidad de una guerra con Gran Bretaña (en la que muchos rusos pensaban por los encontrados intereses de las dos potencias en Asia central), Alemania y Austria-Hungría se mantendrían al margen.

Aunque el congreso de Berlín recortó notablemente la «Gran Bulgaria» de San Stéfano, tal y como había sido diseñada por el conde Ignatiev, era evidente que el nuevo principado autónomo, aun estando teóricamente sometido todavía a la soberanía otomana, era, como escribe Kennan, «un satélite, si no un protectorado del trono ruso»: El nuevo príncipe debía ser designado por el zar ruso, aunque no podía ser miembro de ninguna de las grandes dinastías reinantes en Europa¹³. Era evidente que las potencias europeas no se resignaban a que Bulgaria se convirtiera en un «asunto interior» del Imperio ruso. En abril de 1879, Alejandro II designó a un joven príncipe alemán, Alexander von Battenberg, perteneciente a la casa de Hesse-Darmstadt, la misma de la emperatriz rusa, de la que el designado era sobrino, en cuanto hijo del gran duque Alexander de Hesse, hermano de esta. El nuevo príncipe, de veintidós años de edad, era apreciado por el zar, ya que había servido con el ejército ruso en la reciente guerra contra Turquía, precisamente en compañía del futuro Alejandro III. Desde el primer momento, el nuevo príncipe tuvo que enfrentarse con una clase política corrupta y dividida entre los dos partidos principales, liberales y conservadores, y con una Constitución que no definía bien los límites entre los poderes ejecutivo y legislativo. Pero Alexander no se resignaba a unas funciones ceremoniales y, desde el primer momento, se esforzó por dotarse de poderes efectivos. Además de los búlgaros, el príncipe se tuvo que enfrentar con «una horda de oficiales militares y políticos rusos, consejeros y administradores, muchos de ellos torpes y desprovistos de tacto, así como de otros hombres

brutales que habían llegado a Bulgaria con el propósito de convertir al príncipe en una marioneta en sus manos». Varios ministros del gobierno, incluido el de la Guerra, eran generales rusos. Inicialmente, el príncipe se inclinó hacia los rusos que, no en vano, le habían dado el trono y presionó cuanto pudo a la Asamblea para que le concediese poderes excepcionales. Esta actitud le llevó a un enfrentamiento inevitable con los políticos locales, cuyas ambiciones, recubiertas con la capa del nacionalismo, chocaban sin remedio con el paneslavismo teórico de los rusos, que no era otra cosa que defensa de los intereses imperialistas de San Petersburgo. Poco a poco, sin embargo, Battenberg se fue inclinando a los planteamientos nacionalistas de los búlgaros, de los que se convirtió en máximo portavoz. Y eso le enfrentó inevitablemente con los rusos, incluido su tío el emperador, que acabó obligándole a abdicar, tras una serie de rocambolescas vicisitudes.

Como escribe Rogger, «la crisis búlgara, a pesar de sus aspectos de comedia musical, tuvo la más serias, profundas y duraderas consecuencias para la política rusa y, en última instancia, para la paz de Europa»¹⁴. Francia, preocupada por un posible ataque alemán, aprovechó la ocasión para iniciar un proceso de aproximación a Rusia. Quienes defendían esta sorprendente iniciativa diplomática estimaban que si se concluyera una alianza con el imperio de los zares, Alemania quedaría amenazada por el oeste y por el este, en una gigantesca pinza que reduciría al máximo sus posibilidades de victoria. El propio Bismarck se había planteado también esa hipótesis y en un discurso ante el Reichstag, a propósito del voto de la nueva ley militar, que implicaba un aumento de los gastos de defensa, aludió a la «guerra en dos frentes» a la que Alemania podía verse forzada¹⁵. De ahí su propósito de tranquilizar a Rusia, haciéndola ver, sin embargo, los peligros a los que se expondría si se lanzara a ese proyecto contra natura de aliarse con un régimen, como la República francesa, tan alejado de los supuestos legitimistas de la autocracia rusa.

La decisión del zar, en octubre de 1886, de dar el plácet a un nuevo embajador francés, después de un período de enfriamiento de relaciones y de retirada del embajador de Francia en San Petersburgo, fue considerada síntoma de que un acercamiento más estrecho entre ambos países era posible. Las palabras que el 19 de noviembre de 1886 pronunció el zar en el acto de presentación de credenciales del nuevo embajador, Laboulaye, eran a este respecto significativas, pero no dejaban de ser sorprendentes, pues latía en ellas un cierto desprecio por la política francesa:

Vivimos un momento difícil y es posible que tengamos que enfrentarnos a duras pruebas y puede que sea muy necesario que en el curso de esas pruebas, Rusia pudiera poder contar con Francia y Francia con Rusia. Desgraciadamente, ustedes los franceses están atravesando circunstancias que les impiden mantener el espíritu de consistencia en su política y que difícilmente nos permiten actuar de acuerdo con ustedes¹⁶.

Seguramente, con esas palabras, tan escasamente habituales y que denunciaban un patente nerviosismo, el zar se hacía eco de los rumores de guerra que recorrieron Europa en las semanas finales de 1886 y en los primeros meses de 1887.

Pero nada de lo ocurrido en aquellos agitados años puede alterar el dato fundamental: en ningún momento —y a pesar de los gestos que tuvo que hacer ante sus aliados austriacos y ante su propio Estado Mayor— Bismarck dejó de ser un decidido partidario de la paz y del equilibrio de poderes en Europa. Algo parecido se puede decir del viejo y respetado kaiser Guillermo I, en vida

del cual hubiera sido inconcebible una guerra con Rusia. Incluso el antigermanismo de Alejandro III cedía ante el respeto que le inspiraba su tío abuelo. Pero muerto Guillermo I (8 de marzo de 1888) y forzado Bismarck a dimitir dos años después, se inició una nueva época en la que el peligro de guerra ya no era puramente un fantasma esgrimido por los sectores nacionalistas de las potencias, sino una amenaza efectiva que se haría horrorosa y catastrófica realidad un cuarto de siglo después. Con la llegada al trono alemán del nuevo káiser, Guillermo II —nieto de Guillermo I, que fugazmente fue sucedido por su hijo Federico III—, desaparecieron las últimas posibilidades de un entendimiento entre los dos imperios. Se iniciaba una nueva época en las relaciones internacionales europeas.

Durante la primera parte de la década de los ochenta, una alianza entre Rusia, el único imperio autocrático que quedaba en Europa, y Francia, la única República, aislada además internacionalmente, era una hipótesis impensable, salvo para los sectores nacionalistas de ambos países. Pero, a pesar de todas las reservas, la idea de algún tipo de acuerdo entre Rusia y Francia se fue abriendo camino en los ámbitos diplomáticos y políticos de ambos países. Casi al principio de este largo y complicado proceso, el 11 de marzo de 1889, Paul Cambon, a la sazón embajador de Francia en Madrid, enviaba desde la capital española a su ministro de Exteriores, Spuller, la siguiente reflexión sobre la debatida entente franco-rusa: «Si no puedes tener lo que te gusta, debes hacer que te guste lo que tienes. Y, hoy por hoy, nuestro único recurso es la esperanza de la ayuda de Rusia y la ansiedad que esta simple esperanza produce en Bismarck». El terreno para el entendimiento había sido preparado en el ámbito financiero cuando en noviembre de 1888 y después de arduas negociaciones, Rusia consiguió en París un crédito de 500 millones de francos. Los bonos rusos, que en Berlín habían cotizado a la baja, se convirtieron en una atractiva inversión en el mercado parisino. En ellos colocaban sus ahorros las familias medias y, como escribía un periódico económico la impresión del público, se podía sintetizar en estas palabras: ¡*Ces fonds russes, quelle belle affaire!* Al mismo tiempo se iniciaba con cautela la colaboración en el ámbito militar y, en el mes de enero de 1889, Rusia compraba a Francia una partida de 5.000 rifles de repetición del modelo Lebel, con el que estaba siendo equipada la infantería francesa. Por otra parte, los contactos personales entre militares rusos y franceses —sobre todo entre los generales Boisdeffre y Obruchev— eran frecuentes¹⁷.

La amistad entre los generales de ambos países tuvo ocasión de reafirmarse con motivo de las grandes maniobras del ejército ruso en agosto de 1890, a las que asistió una delegación francesa encabezada por Boisdeffre, que en aquel momento era el segundo jefe del Estado Mayor general francés. Allí los generales rusos, haciendo un alarde de camaradería, les dijeron a sus colegas galos que en caso de ataque alemán contra Francia podían contar con el concurso de Rusia y, unos u otros, aludieron vagamente a la posibilidad de una futura convención militar que ligara a ambos ejércitos¹⁸.

En mayo de 1891, el gobierno ruso tuvo una conciencia más aguda de su aislamiento internacional cuando supo que el tratado de la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia)

había sido renovado y, al anunciar en el Parlamento esta renovación, el gobierno italiano había aludido a los «acuerdos mediterráneos», secretos hasta ese momento. Esta información cayó como un mazazo en San Petersburgo, pues significaba que sus planes sobre los Estrechos eran prácticamente irrealizables. Todo esto hacía más patente el aislamiento ruso, que solo podía romperse llegando a un entendimiento con Francia. La visita, aquel mismo mes de agosto (1891), de una escuadra francesa, al mando del almirante Gervais, a la base rusa de Kronstadt, donde fue acogida con enorme entusiasmo, rompió el hielo entre ambos países. Quizá el gesto más significativo de aquella visita naval, que expresaba mejor que cualquier otra cosa el nuevo clima existente entre los dos países, fue el del zar Alejandro III descubriéndose para escuchar respetuosamente *La Marseillaise*, el himno revolucionario y antimonárquico, cuya interpretación había estado prohibida en Rusia hasta aquel mismo momento.

Giers aceptó el inicio de negociaciones para llegar a algún tipo de acuerdo que, según el sentir ruso, no tenía por qué ir más allá de una vaga entente sin demasiados compromisos concretos. Los franceses, por su parte, pensaban en una convención militar cuya cláusula fundamental debía ser una promesa de movilización simultánea e inmediata de los ejércitos de ambos países. Pero las reticencias rusas continuaban y solo desaparecieron cuando la misma escuadra francesa que había visitado Kronstadt fue invitada por los ingleses, en su viaje de vuelta, a atracar en Portsmouth, en gesto encaminado a mostrar, como escribió el primer ministro Salisbury a la reina Victoria, que «Inglaterra no tiene antipatía por Francia ni ningún tipo de partidismo contra ella». Era una palpable demostración de que si Rusia no llegaba a algún acuerdo con Francia, su aislamiento podía ser total. Como consecuencia de todo ello, en aquel mismo mes de agosto de 1891 se llegó a un acuerdo mínimo que se concretó en un intercambio de cartas por medio de las cuales Francia y Rusia, «con el propósito de definir e instaurar una entente *cordiale* que les una, y con el deseo de favorecer la conservación y el mantenimiento de la paz», acuerdan «consultarse mutuamente sobre cada cuestión susceptible de amenazar la paz general». Los franceses siguieron trabajando intensamente con el objetivo de llegar a una convención militar, a pesar de las resistencias rusas. Después de una larga espera, Alejandro III se decidió, ya en julio de 1892, a aceptar que se trasladase a San Petersburgo un negociador francés, que, de nuevo, fue el general Boisdeffre. Por parte rusa, llevó las negociaciones su colega y amigo el general Obruchev.

Se llegó finalmente a un texto que ambos generales firman el 18 de agosto (1892), cuya primera cláusula se refiere a la movilización inmediata y simultánea. Se especifica incluso que Francia pondrá en línea contra Alemania al menos 1.300.000 hombres y Rusia entre 700.000 y 800.000, ya que el resto lo destinará a luchar contra Austria-Hungría. Se establece también que ninguna de las partes hará la paz por separado, que la convención tendrá «la misma duración que el tratado de la Triple Alianza» y se guardará un «secreto absoluto» respecto del contenido de la convención.

Pero la convención solo lleva la firma de los dos generales, Boisdeffre y Obruchev, y solo tendría plena validez si ambos gobiernos la ratifican por escrito. Ratificación que, dado el carácter secreto de la convención, se producirá por decisión escrita del zar en el caso ruso y del gobierno en el caso francés. Cuando parece que todo está a punto, en noviembre de 1892, estalla el

escándalo del canal de Panamá, que desacredita a una buena parte de la clase política francesa y provoca una crisis de gobierno. Pero una cadena de acontecimientos que aumentaron peligrosamente la tensión internacional despejaron los obstáculos a la ratificación de la convención militar y el 27 de diciembre Giers comunicaba a Montebello, embajador de Francia en San Petersburgo, que el zar había dado su aprobación definitiva a la misma, y el 4 de enero de 1894 el gobierno francés hacía una comunicación similar¹⁹.

LA CULMINACIÓN DE LA EXPANSIÓN EN ASIA CENTRAL

Como señalamos en el capítulo anterior, a principios del año 1881 los rusos se habían apoderado de la fortaleza turcomana de Geop Tepe, lo que les permitió asegurar el control de la zona transcaspiana y del terrible desierto de Karakum, donde tantas caravanas había sido asaltadas, desde siglos atrás, por los bandidos turcomanos. Los militares rusos, que, excediéndose en ocasiones de las órdenes emanadas en San Petersburgo, practicaban la estrategia del avance continuo, estimaban que el obligado objetivo inmediato era la antiquísima y legendaria ciudad-oasis de Merv, que había sido denominada «la Reina del Mundo» por su esplendor y su riqueza. Algunos jefes locales de Merv habían sido invitados a la ceremonia de coronación de Alejandro III, donde tuvieron ocasión de contemplar su poderío, por lo que volvieron a su ciudad convencidos de que cualquier intento de resistir carecía de sentido. Como relata Hopkirk, en aquellas regiones, donde se enfrentaban los imperios ruso y británico, se corrió la voz de que ni la reina Victoria podría desafiar la voluntad del zar. Una inteligente estrategia de conocimiento y aproximación a los dirigentes locales de Merv culminó en febrero de 1884 y los rusos, sin derramamiento de sangre, se apoderaron de Merv desde la base del oasis de Tejend, a 80 kilómetros al oeste de la ciudad, conquistado poco antes²⁰.

La noticia sorprendió desagradablemente al gobierno liberal de Gladstone, considerado blando por los rusófobos, que aprovecharon la ocasión para esgrimir una vez más el espantajo de la secularmente temida invasión rusa de India. La conquista de Merv reiteraba la preferencia rusa por la práctica del *fait accompli* y cargaba de razón a los rusófobos, que veían confirmadas sus repetidas advertencias. Los expertos militares británicos estimaban que desde Merv la invasión de India por los rusos se hacía más fácil que desde los tres khanatos de Bukhara, Khiva y Kokand, separados del camino de India por elevadas cordilleras y extensos desiertos. Desde Merv, por el contrario, por la ruta afgana que pasa por Herat y Kandahar, el acceso a India era mucho más fácil.

Con los turcomanos sometidos y con el ferrocarril transcaspiano, que los rusos habían empezado a construir, las tropas del zar no tenían obstáculos de importancia para llegar rápidamente hasta la frontera afgana.

El Foreign Office británico hizo llegar sus protestas a San Petersburgo, que respondió con evasivas, afirmando que la ocupación de Merv se había producido a instancias de los propios turcomanos. Como muestra de buena voluntad se mostraron dispuestos a fijar una frontera bien definida entre el Asia central rusa y Afganistán —país sometido a la tutela de Gran Bretaña, que se había hecho cargo de su política exterior—, y efectivamente se creó una Comisión Conjunta para la Frontera Afgana. Pero los rusos fueron dando largas a la convocatoria, sin que la Comisión llevara a cabo el trabajo que tenía asignado.

Un acontecimiento que tuvo lugar en Asia central en 1885 vino a dar la razón a los rusófobos británicos. El oasis de Pendjeh, a mitad de camino entre Merv y Herat, estaba situado en la proximidad del paso de Zulficar, que da acceso a la meseta afgana, lo que le confería un obvio valor estratégico. Pendjeh había sido considerado por los británicos parte de Afganistán, en las conversaciones preliminares sobre la frontera, pero los rusos disputaron esa pertenencia, estimando que formaba parte de Merv y, por tanto, ahora era ruso. Ostensiblemente, los rusos supeditaban el arreglo definitivo de la cuestión fronteriza hasta que Pendjeh estuviera en sus manos. Los británicos movilizaron dos cuerpos de ejército para defender Herat si llegaba a ser necesario, al tiempo que los afganos enviaban tropas para reforzar las defensas de Pendjeh. Sobre la base de que el oasis era ruso, el general Komarov protestó enérgicamente exigiendo el desalojo de las tropas afganas. Komarov, que se había ido acercando paulatinamente con sus tropas a Pendjeh, envió a los afganos un ultimátum en el que, reiterando que el oasis pertenecía al zar, les daba un plazo de cinco días para que se retirasen. Cumplido el plazo, Komarov dio la orden de avanzar sin disparar, pero cuando los afganos hirieron al caballo de un cosaco, declaró «se ha derramado sangre» y ordenó el ataque en toda regla. En la lucha, que fue terrible, murieron más de 800 afganos, muchos de ellos ahogados en el río mientras huían. Por parte rusa se registraron 40 bajas, entre muertos y heridos.

La noticia de la toma de Pendjeh (1885) llegó a Londres una semana después y tuvo un efecto devastador e hizo pensar a muchos que ahora la guerra ya era inevitable. Gladstone calificó la situación como grave en la Cámara de los Comunes, que votó un crédito de 11 millones de libras, la mayor suma desde la guerra de Crimea, para hacer frente a un conflicto que parecía inminente. Entretanto llevaban a cabo diversos movimientos militares. Al mismo tiempo, el embajador británico en San Petersburgo advertía a Giers que un avance ruso hacia Herat supondría la inmediata ruptura de hostilidades. El sah de Persia, asustado por el avance ruso, reiteraba su voluntad de permanecer neutral, pero instaba a los británicos a ocupar Herat antes de que lo hiciesen los rusos. Parecía bastante evidente que nadie quería ir a la guerra por Pendjeh, aunque Herat era otra cosa. Los extremistas de ambos lados, rusófobos y anglófobos, continuaron la «guerra» periodística incitando a sus gobiernos respectivos para que ocupasen Herat.

Evitada *in extremis* la guerra, la Comisión Conjunta para la Frontera Afgana se pudo, por fin, reunir, y el fruto de sus trabajos fueron unos protocolos que fijaban la frontera, salvo la parte

oriental de la misma. En virtud de ese arreglo, los rusos conservaban Pendjeh, pero cedían a Afganistán el paso de Zulficar. Quedaba por resolver la fijación de la parte oriental de la frontera, en la abrupta región de Pamir, en la que el extremo norte de la frontera india tocaba con las de Afganistán y de China. Una zona que estaba siendo explorada por los británicos y los rusos desde años atrás, ya que los escarpados pasos de Pamir podían ser una vía de acceso para India. Allí convergen no solo las imponentes cordilleras del Hindu Kush, Pamir, Karakoram e Himalaya, sino los tres imperios, el ruso, el británico de India y el chino. En 1894 se llegó, por fin, a un acuerdo sobre la brecha de Pamir, y el estrecho corredor de tierra de nadie que, por el este, llegaba hasta la frontera china se convirtió en territorio afgano, formando el «pico de pato» que aparece al noreste en los mapas actuales de Afganistán. El corredor, que tiene una anchura máxima de unos 200 kilómetros y mínima de 16, se convertía en una lengua de tierra que separaba a los imperios ruso y británico. De alguna manera era un intento de evitar los enfrentamientos del Gran Juego.

EL REINADO DE NICOLÁS II: DESARROLLO ECONÓMICO, RESISTENCIA Y REPRESIÓN EN EL TRÁNSITO DEL SIGLO XIX AL XX

Alejandro III murió el 1 de noviembre de 1894, cuando todavía no había cumplido los 50 años y a pesar de que su buena salud hacía suponer que le quedaban por delante todavía muchos años de reinado. Solo durante las últimas semanas de su vida se hizo evidente que su final se acercaba, sin que nadie hubiera previsto el inesperado y temprano desenlace. Su hijo y sucesor, Nicolás II, que tenía en ese momento veintiséis años —había nacido el 6 de mayo de 1868— no estaba preparado para asumir tan pronto la compleja tarea de gobernar el Imperio. Su etapa educativa se había prolongado a lo largo de trece años bajo la estricta dirección del Alto Procurador del Santo Sínodo, el siniestro Pobedonostsev, que eligió cuidadosamente al resto de los profesores entre los más prestigiosos de Rusia, pero seleccionados siempre más por su ideología reaccionaria que por sus cualidades científicas. Carrère d'Encausse escribe que «los maestros que Alejandro III eligió para guiar a su heredero eran todavía mucho más limitados e insuficientes [que los que le asignaron a él en su juventud]»²¹.

Nicolás recibió las enseñanzas habituales que tradicionalmente se impartían a un zarevich, con

algunos toques de modernidad como el aprendizaje del inglés y de algunos rudimentos de ciencias naturales y economía, además de las ciencias jurídicas. Pero sus educadores fracasaron por completo porque no le prepararon para las futuras tareas de gobierno que le esperaban ni le pusieron en condiciones de entender no ya los cambios profundos que se estaban produciendo en Rusia, sino las transformaciones de todo tipo —también en los ámbitos social y político— que estaban teniendo lugar en Europa y a las que Rusia no podía permanecer ajena. Como era arraigada costumbre en los Romanov y en casi todas las casas reales europeas, la formación militar ocupaba una parte muy importante, pero el futuro Nicolás II carecía de las facultades de mando y organización que habían distinguido a algunos de sus antecesores. Quizá la mejor valoración de la educación que se le dio al hijo de Alejandro III es la que hizo Sergei Witte en sus *Memorias*: «El emperador Nicolás II ha recibido, para nuestro tiempo, la instrucción media de un coronel de la Guardia de buena familia». Añadía que, por sus capacidades, el nuevo zar «sobrepasa ampliamente a su augusto padre. Pero Alejandro III —subrayaba— tenía otras facultades que hacían de él un gran emperador»²². Al último zar —que ha recibido una atención especial por parte de historiadores, periodistas y otros escritores, casi igual a la de los grandes zares, como Pedro I o Catalina II, sin otra razón que la de haber sido el último Romanov— se le ha considerado habitualmente un hombre débil e influenciable en el que convergían, a la vez, una marcada falta de voluntad y una tozudez carente de cualquier atisbo de lucidez. Riasanovsky estima que

[...] el último zar no carecía de cualidades, por ejemplo, la simplicidad, la modestia y el apego a su familia. Pero estos rasgos de carácter —añade— pesaban poco en una situación que exigía fuerza, resolución, flexibilidad y capacidad de prever los acontecimientos. Un segundo Pedro el Grande podría, quizá, haber salvado a los Romanov y a la Rusia imperial: la hipótesis, en cualquier caso, no es absurda. Pero Nicolás II no era Pedro el Grande.

Para completar el perfil psicológico y político de Nicolás II, Riasanovsky escribe también:

Numerosos observadores se han quedado impresionados por el hecho de que el desgraciado emperador, tanto por sus actitudes como por sus actos, recuerda singularmente a un autómatas, pues era incapaz de tomar él solo una decisión. Su diario, desprovisto de color y de relieve, nos dice mucho acerca de su falta de lucidez. La tarea de decidir recaía sobre los diferentes ministros, que tomaban las decisiones cruciales, que el emperador no comprendía bien y cuya importancia calibraba mal. Más tarde fue la emperatriz Alejandra, una princesa alemana reaccionaria, histérica y autoritaria quien se convirtió en la eminencia gris del reino; a partir de aquel momento, personajes increíbles, como Rasputín, podían llegar y llegaron efectivamente a los puestos más influyentes del Estado²³.

Se ha comparado a menudo a Nicolás II con Luis XVI —el propio Riasanovsky lo hace— por su patente falta de cualidades para afrontar los tiempos turbulentos que a ambos les tocó vivir y en los que uno y otro tuvieron que poner en juego sus escasas facultades políticas. Tanto Luis XVI como Nicolás II fueron ciegos a los «signos de los tiempos» y se mostraron incapaces de adaptarse a unas circunstancias políticas, sociales y económicas que ya tenían muy poco que ver con las que habían tenido que afrontar sus antecesores. Ambos aceptaron algunas reformas que la situación revolucionaria les imponía, pero de mala gana y con la voluntad de volver a la situación anterior, tan pronto como las circunstancias fueran favorables. Seguramente, en los dos casos, las

reformas llegaban tarde y solo unos monarcas dotados de una excepcional capacidad política hubieran podido pilotar con éxito la nave del Estado, culminando un proceso de transición que ninguno de los dos logró entender nunca. Pero ni Luis XVI ni Nicolás II poseían esas cualidades y, en su impotencia, solo pudieron bregar inútilmente y sin pericia contra la tempestad que se los llevó por delante. Por eso uno y otro han pasado a la Historia como los últimos representantes de un «Antiguo Régimen» que, en su época, había perdido ya una buena parte, si no la totalidad, de su legitimidad histórica. Un *ancien régime* que, tanto en Francia a finales del XVIII como en Rusia a principios del XX, no era más que una mera supervivencia del pasado.

Como, por otra parte, era habitual en muchas familias reales, Nicolás desde muy niño tuvo que familiarizarse con la muerte y la desgracia. Pero, sin duda, el golpe más fuerte recibido por el joven Nicolás fue el asesinato de su abuelo Alejandro II en 1881, cuando solo tenía quince años. El terrible acontecimiento dejó una indeleble huella en el futuro soberano, que, de acuerdo, además, con lo que le enseñó su padre, se aferró a la fórmula autocrática. Si el gran zar libertador había pagado con su vida su sincera voluntad de aplicar al Imperio un amplio programa de reformas, era evidente que había que abandonar esa vía y volver a las confortadoras seguridades de la autocracia.

Seguramente, el acontecimiento más notable de esta etapa de formación del futuro zar fue el viaje a Oriente que Nicolás hizo en 1890, al que nos referiremos más adelante y que, sin duda, está en la base de la política de expansión por Extremo Oriente, y hasta podría decirse que explicaría, al menos parcialmente, la desgraciada guerra ruso-japonesa de 1904. Para él el Japón era un mundo extraño, desconocido y hostil. No obstante, el viaje le sirvió para conocer los territorios rusos de Siberia oriental y, en Vladivostok, puso la primera piedra del punto terminal del Transiberiano, la gran empresa ferroviaria que se iniciaba por entonces. Carrère d'Encausse concluye su relato del viaje a Extremo Oriente subrayando que, a su regreso, Nicolás «está más que nunca aferrado a su amor profundo y sincero por el campesino ruso, al que, comparado con los extranjeros que ha conocido, considera el mejor de los seres humanos»²⁴.

Nicolás, no muy dado a las aventuras galantes, se comprometió con Alix de Hesse-Darmstadt, a la que había conocido en casa de su tío, el gran duque Sergio, de cuya esposa era hermana y pronto surgió entre ellos un amor juvenil. Toda Europa conocía los problemas de salud que afectaban al linaje de los Hesse, muy especialmente la terrible enfermedad de la hemofilia, de la que no se sabía mucho pero sí que era transmitida por las mujeres de la familia. Se decía además que las mujeres de la familia Hesse se caracterizaban por su carácter inestable y por su tendencia a un misticismo enfermizo. La fundada sospecha de que Alix fuera portadora de esas taras físicas y psicológicas había llevado a los padres de Nicolás a favorecer —en contra de los prejuicios de la Corte— un romance que el zarevich mantuvo, sin demasiado entusiasmo por otra parte, con una bella y joven bailarina, Matilde Kchessinskaia. Pero al final se impuso la morbosa atracción de Nicolás por Alix, y Alejandro III no tuvo más remedio que acceder a un matrimonio que no le satisfacía en absoluto. En abril de 1894 Nicolás hizo un viaje a Coburgo para conocer a la familia de su futura esposa y celebrar la ceremonia de los esponsales, previa al matrimonio según las costumbres de la época. En junio de aquel año Nicolás hace un nuevo viaje, esta vez a Inglaterra,

para conocer a la reina Victoria, con la que Alix pasaba una temporada. Seguramente fue el período más feliz de la desgraciada vida de los últimos emperadores de Rusia, como queda constancia en el *Diario* de Nicolás. Pero, vuelto a Rusia, la enfermedad de Alejandro III se convierte en la preocupación de toda la Corte. A pesar de todos los esfuerzos de la medicina y del recurso a un supuesto clérigo milagrero, el padre Juan de Cronstadt, Alejandro III murió el 20 de octubre. El pueblo no esperaba su muerte y quedó muy impresionado por la noticia, pero, por encima de todo, muchos pensaron ilusionadamente que podría significar la apertura de una nueva etapa menos represiva, en la que se reanudarían las reformas y se avanzaría hacia la libertad.

Apenas convertido en zar, Nicolás y Alix celebraron su matrimonio. Como era tradicional, al convertirse a la Ortodoxia, según era obligado en la esposa del zar, Alix, que pertenecía a una familia protestante, cambió su nombre por el de Alejandra Fiodorovna. Por su madre, Alix era nieta de la reina Victoria de Inglaterra —que consideró a la huérfana la más querida de sus nietas— y, bajo su tutela, su infancia transcurrió en la Corte británica. Pero no se le pegó nada del espíritu parlamentario y liberal en que se desarrollaba aquella monarquía. Antes al contrario, una vez en San Petersburgo Alix fue el baluarte más sólido de la reacción más ciega, impuso a su imperial marido decisiones y nombramientos, nunca adaptados a las necesidades y problemas con que se enfrentaba Rusia, y acabó sumiendo a la familia imperial en la vergüenza del sometimiento a la extraña influencia de Rasputín, además de otros magos y curanderos que le precedieron. Fue el de Nicolás y Alejandra un matrimonio fiel y unido hasta la muerte, en un claro ejemplo de cómo, en ciertos casos, las virtudes privadas se pueden convertir en vicios públicos, pues a la familia imperial, encerrada en sí misma, sin contacto con la Rusia real, que hervía y bramaba más allá del Palacio de Invierno y de Tsarskoe Selo, le faltó inteligencia, astucia y realismo para, al menos, ensayar una estrategia de acomodación a los tiempos turbulentos —otra vez los *smutnoe vremia*, como a principios del siglo XVII, poco antes de que los Romanov llegaran al poder— que les tocó vivir, afrontar y padecer. Sometido a la nefasta influencia de Rasputín, Nicolás no supo nunca verdaderamente dónde estaba ni lo que pasaba a su alrededor y, al final, él y su familia dan la impresión de haber sido zarandeados y arrastrados como caídas hojas de otoño por el furioso e implacable vendaval de la Revolución, hasta su triste y desgraciado final en Ekaterimburgo.

A pesar de sus carencias políticas, Nicolás II, hombre de ideas simples y elementales, sí creía saber muy bien lo que quería: seguir al pie de la letra la política y el estilo de gobernar de su padre, manteniendo contra viento y marea el principio autocrático y oponiéndose a cualquier intento de reforma política que pudiera mínimamente liberalizar al régimen. Ahí se encerraba todo su programa político, como dejó bien claro en el Manifiesto que publicó con motivo de su acceso al trono: «Que todos sepan que, consagrando todas mis fuerzas al bien de mi pueblo, mantendré los principios de la autocracia de manera tan firme e inquebrantable como los mantuvo mi difunto e inolvidable padre». Y para que no hubiera ninguna duda al respecto salió al paso de los tímidos proyectos reformistas que circulaban por Rusia descalificándolos de entrada y por completo. Con toda seguridad, la pluma de Pobedonostsev no fue ajena a este reaccionario texto que, por su cerrazón, era ya una especie de involuntaria profecía del destino fatal que aguardaba al

zarismo. La decepción que produjo la reacción del nuevo zar fue enorme, pero Nicolás se sintió confortado no solo por el entusiasmo de su familia, sino por el apoyo de su primo, el emperador Guillermo II de Alemania, que el 7 de noviembre de 1895 le envió un mensaje en el que le decía: «Es indispensable que el principio *monárquico* manifieste en todas partes su poder. Por eso me siento feliz con el notable discurso que has pronunciado ante la diputación en respuesta a las peticiones de reforma. Estas palabras tan oportunas han producido en todas partes una fuerte impresión»²⁵. Y tanto. ¿Le tomaba el pelo el primo alemán al bisoño colega ruso? Porque por aquellos momentos el Imperio alemán, sin ser un modelo de democracia, había entrado claramente por la vía de la monarquía constitucional, flexibilizando las exigencias clásicas del principio monárquico, cuya defensa precisaba tan enardecidamente del Romanov.

A pesar de su voluntad continuista respecto de la política de su padre, Nicolás inició su reinado cambiando a los ministros, en un típico gesto de afirmación personal. Solo confirmó al ministro de Hacienda, Sergei Witte, porque estaba muy de acuerdo con la política de desarrollo económico de Rusia que venía llevando a cabo y que tanto había contribuido ya a la modernización del Imperio. También siguió Giers en Exteriores, hasta su fallecimiento en 1895. Confirmar a Witte y apostar por el desarrollo económico fue la decisión más acertada que tomó Nicolás en su primera etapa y, quizá, en todo su reinado. No se puede decir lo mismo de los otros nombramientos —en los que Pobedonostsev pesó siempre decisivamente—, para los que el criterio no era otro que su fidelidad perruna al zar. Es también muy significativo que, a diferencia de lo que había sido tradicional en Rusia, los mandatos de los ministros bajo Nicolás II fueron bastante más cortos. Como dato curioso se puede subrayar que mientras que en los setenta y nueve años que van de 1816 a 1895 solo hubo tres ministros de Exteriores —Nesselrode, Gorkachov y Giers—, en los veintidós que van de 1895 a 1917 hubo cinco (Lobanov-Rostovski, Lamsdorff, Muraviev, Izvolskii y Sazonov).

Como habían hecho todos los zares en los dos últimos siglos, la coronación de Nicolás II se hizo en Moscú y se fijó la fecha del 18 de mayo de 1896. Concluida la ceremonia oficial estaba prevista una gran fiesta popular en la que se distribuirían regalos, y se eligió para la misma la Khodynka, un enorme terreno abierto utilizado por la guarnición de Moscú para instrucción y maniobras de sus tropas, en el que se reunieron varios cientos de miles de personas. Por irresponsabilidad de las autoridades no se cubrieron las numerosas trincheras y fosos cavados allí por los militares para sus ejercicios, con el resultado de que cuando la multitud se abalanzó para no perderse los recuerdos de la coronación que se iban a distribuir, muchos centenares de personas cayeron en los fosos. Según cifras oficiales murieron aplastados por la avalancha 1.389 personas y resultaron heridas 1.301. La tragedia enlutó las celebraciones y fue interpretada como un mal presagio para el reinado que empezaba. Produce estupor, sin embargo, la reacción del zar ante aquel terrible acontecimiento, tal y como es relatada por su biógrafo Edvard Radzinsky, que reproduce la entrada correspondiente del diario personal del emperador:

18 mayo 1896. Todo iba hasta el presente como sobre mantequilla, pero hoy se ha cometido un pecado imperdonable [...] se produjo una terrible aglomeración humana. Terrible y trágica, pues unas mil trescientas personas han sido pisoteadas. Me he enterado a las nueve y media. Esta noticia me ha producido una impresión espantosa [...].

Esta última e increíble frase se refiere al baile que estaba previsto en la residencia del embajador francés, Montebello. Muchos de sus ayudantes aconsejaron al zar que, después de la enorme tragedia, el baile debía suspenderse o, en todo caso, él debía abstenerse de acudir. Pero, según testimonio del gobernador general de Moscú, el gran duque Sergei Aleksandrovich, que recoge Witte en sus *Memorias*: «El soberano no estaba en absoluto de acuerdo [con la suspensión]». Para él, «esta catástrofe era una inmensa desgracia que no podía ensombrecer las fiestas de la coronación; convenía, desde ese punto de vista, ignorar la catástrofe de Kodhynka». Todavía más: la madre de Nicolás II le recomendó el castigo ejemplar de los responsables del drama, sobre todo del gobernador general de Moscú. Pero la zarina intercedió por él y no ocurrió nada: no en vano el gran duque Sergei se había casado con su hermana predilecta. Heller, de quien tomamos el relato y las referencias, concluye: «El nuevo zar obedecía a su esposa»²⁷. Esta última referencia no es ociosa, pues marca el principio de la profunda hostilidad que el pueblo ruso sentirá desde entonces por la zarina.

Como en estos momentos iniciales del reinado Nicolás II era popular —el zar lo era por definición—, fue la emperatriz la que sufrió todo el peso del disfavor popular. Fue entonces cuando comenzó a circular el mote de *la Alemana* con que se la moteja, incluso si los que la conocían no ignoraban que ella detestaba precisamente todo lo que era alemán²⁸.

Como ya hemos adelantado, lo más positivo de esta etapa del reinado de Nicolás II fue la gestión de Witte, decidido a continuar la reforma financiera iniciada bajo Alejandro III. Witte no era, en absoluto, un liberal, ni siquiera un occidentalista, ya que mezclaba algunas ideas económicas, procedentes del economista alemán Frederick List, con una visión casi eslavófila de la especificidad de Rusia, a la que veía a la vez europea y asiática. Estaba convencido de que era preciso fomentar el desarrollo industrial de Rusia, pero, al mismo tiempo, era muy consciente de que el campesinado y la agricultura eran el fundamento de la vida rusa. No quería que los campesinos, tan esquilmados ya, pagaran el precio de esa necesaria industrialización. Como a otros antes de él y como al propio zar, le preocupaba el excesivo consumo de alcohol tradicional en Rusia y, ejecutando un viejo proyecto que, por otra parte, tardó en hacerse realidad, convirtió el alcohol en monopolio del Estado con la esperanza de que se redujera el consumo. Pero nada cambió al respecto: el consumo de alcohol, sobre todo en forma de vodka, no cesó de aumentar y una de las más importantes partidas de ingresos en las finanzas del Estado siguió siendo el dinero procedente del impuesto sobre el alcohol.

Para lograr una moneda estable y fuerte se propuso garantizar la paridad del rublo con el oro, a pesar de que, como Witte señala en sus *Memorias*: «Toda la Rusia pensante, o casi toda, se oponía a esta reforma». Solo le apoyaba el propio zar, al que había convencido de lo beneficioso de la medida. Así es como el 3 de enero de 1897, después de haber aumentado muy notablemente las reservas del metal precioso, se instauró el rublo-oro.

Pero donde Witte se empleó más a fondo, porque, sin duda era la gran pasión de su vida, fue en

los ferrocarriles, que se desarrollaron a un ritmo impresionante, como queda a la vista en el dato de que durante los diez primeros años del reinado de Nicolás II, entre 1895 y 1905, se dobló el kilometraje de la red ferroviaria. En este ámbito la gran obra de Witte, que produjo la admiración de todo el mundo, fue la del Ferrocarril Transiberiano, cuya construcción había empezado en 1891 y que en 1903 estaba ya terminado, con la excepción del tramo que contorneaba el lago Baikal. Este ferrocarril tenía algunas limitaciones, pues no disponía de doble vía, pero su importancia económica y estratégica es indudable.

Este desarrollo económico acelerado tuvo, como es natural, importantes consecuencias en el ámbito social que el zarismo no supo encauzar. El capitalismo produjo, como en los países de Europa occidental donde triunfaba, importantes transformaciones de la sociedad, especialmente la aparición de una incipiente burguesía y de un proletariado urbano, por más que la enorme mayoría de la población siguiera siendo la de los campesinos, muchos de ellos sin tierra, con el inevitable componente de descontento e inestabilidad social. En todo caso, los obreros empezaron a tener un peso cada vez más importante en la vida de las grandes ciudades e hicieron oír sus reivindicaciones: en 1897 se multiplicaron en San Petersburgo las huelgas de los obreros de la industria textil y el gobierno tuvo que promulgar las primeras medidas laborales, como las que limitaban la jornada de trabajo a once horas y media y, en el caso del trabajo nocturno, entre nueve y diez horas. Frente a las primeras organizaciones sindicales el gobierno reacciona con la creación de un falso sindicalismo manipulado por la policía, que aparece por iniciativa de un turbio personaje, Zubatov, pero con el pleno acuerdo del jefe de policía de San Petersburgo, Trepov, del gobernador de Moscú, el gran duque Sergio, y del ya poderoso Plehve, que desde 1902 estaba al frente de la *Okhrana* o policía política. En ese ámbito del sindicalismo «amarillo» aparecerá el famoso pope Gapón, que encabezaba la manifestación popular del «Domingo sangriento», que dio origen a la Revolución de 1905.

Las clases medias, constituidas sobre todo por profesiones liberales, adquieren una enorme relevancia social y se convierten pronto en un activo sector social, avocado a la participación política y decidido partidario de la reforma política, siempre aplazada en Rusia. Pero el más grave problema de Rusia seguía siendo el del campesinado, teóricamente libre desde 1861 pero que no disponía de tierra o solo poseía lotes insuficientes y, muy a menudo, de mala calidad. El zar se sentía en una especie de unión mística con los campesinos, pero ignoraba su auténtica suerte y no hacía nada por remediarla. Creía que la Rusia verdadera era la de ese campesinado que conocía tan poco y del que se había hecho una idea totalmente fantástica, sin conexión alguna con la realidad.

Rusia se había convertido en una sociedad más diversificada y pluralista, por la variedad, como escribe Rogger,

[...] de sus necesidades, sus intereses, sus puntos de vista y sus ocupaciones. Los abogados y hombres de leyes, médicos, periodistas, gerentes y técnicos, científicos y profesores que trabajaban para los negocios privados o para los gobiernos locales gozaban de un grado de independencia económica respecto del Estado sin precedentes y desarrollaron un sentido de su propia importancia en el funcionamiento de la sociedad que se reflejaba en el incremento de la conciencia política, el descontento y, en última instancia, en la acción.

Esta sociedad viva y dinámica entraba en agudo contraste con el régimen político, el más absolutista de Europa, en un momento en que hasta los imperios menos propicios al cambio, como los germánicos, habían dado pasos importantes hasta convertirse en gobiernos representativos. Se trataba de un dato tan patente que Lev (León) Tolstoi se atrevió a dirigir en 1902 una carta a Nicolás II en la que le decía que «la autocracia es una forma de gobierno inhabilitada, que puede servir para las necesidades de una tribu de África central [...] pero no para las del pueblo ruso, que ha venido asimilando crecientemente la cultura del resto del mundo. Por eso es imposible mantener esta forma de gobierno, excepto por la violencia»²⁹. Ni que decir tiene que Nicolás no le hizo el menor caso.

Si excluimos la política económica de Witte, el resto de la política del primer período del reinado de Nicolás II está marcada por una sola palabra: la reacción. Los «reglamentos temporales» no solo prolongaron su vigencia, sino que su ámbito de aplicación se amplió; el control de la prensa y de las publicaciones en general se hizo mucho más estricto; la Universidad también fue sometida a una vigilancia más rigurosa, poniendo trabas al acceso a la misma a quienes no gozaban de la confianza o de la simpatía del régimen; se recortaron los poderes de los *zemstva*, el único ámbito en el que había un atisbo de representación. Aun así, en las diez universidades y establecimientos de enseñanza superior que existían en Rusia, estaban inscritos cerca de 35.000 estudiantes, procedentes ya en esta época no tanto de las clases privilegiadas como de las nuevas clases ascendentes, de esas nuevas clases medias que buscaban hacerse un hueco en la hasta entonces cerrada y estratificada sociedad rusa. Esa procedencia hacía de ellos un vehículo adecuado de las reivindicaciones de cambio y no puede extrañar que la Universidad se convirtiera en un foco permanente de agitación.

Nicolás II hizo suyo el ya viejo lema de «ortodoxia, autocracia y nacionalidad» y, del mismo modo que, desde el comienzo de su reinado, trató de reafirmar el principio autocrático, se tomó muy en serio la consolidación de la ortodoxia, en su condición de guardián y autoridad máxima de la Iglesia, y la idea de nacionalidad, sobre la que se fundaba la política de rusificación, que con él llega a su más cumplida expresión, sin ningún tipo de consideración para las diferencias religiosas, étnicas y lingüísticas de aquel enorme Imperio multinacional. La política de defensa de la Ortodoxia condujo a la persecución de las numerosas sectas, tan habituales en Rusia desde el siglo XVII, cuyos miembros fueron objeto de duros castigos y de exilio forzado a Siberia y el Cáucaso, especialmente cuando se negaban a reconocer al Estado o a cumplir con el servicio militar. Muchos de ellos emigraron también a los Estados Unidos y al Canadá. Las otras Iglesias, diferentes de la ortodoxa, fueron objeto de innumerables persecuciones, como ocurrió con la Iglesia armenia, cuyos bienes fueron confiscados. El tratamiento de los judíos se endureció y se promulgaron nuevas leyes que limitaban sus derechos, sin someterse al procedimiento legislativo habitual, en el que intervenía el Consejo de Estado, sino aprobándolas por el Gabinete de ministros. De nada sirvió que algunos personajes destacados, como Witte, se opusieran a estas medidas, que trataban de convertir a los judíos en «ciudadanos de tercera». En esta política antisemita se distinguió Plehve, nombrado ministro del Interior en 1902, como señalaremos más adelante, que trató de salir al paso de la agitación de los campos y de las huelgas obreras, tratando

de desviar el descontento general contra los judíos y contra las nacionalidades no rusas. Los pogromos continuaron, sobre todo en la zona del suroeste, como el terrible de Kishinev en 1903 y la poco clara actitud de la policía ante estos brutales fenómenos alimentó la sospecha de que eran instigados desde la sombra por Plehve.

Por lo que hace a las minorías nacionales, tampoco se escuchó a Witte, que pedía un cierto respeto a los que él llamaba «extranjeros» y criticaba la idea de los «verdaderos rusos» (rusohablantes y ortodoxos), que era, de alguna manera, la oficial en la Corte.

No hemos tomado conciencia —escribió— de que desde los tiempos de Pedro el Grande y Catalina la Grande no hay Rusia, sino Imperio ruso. Cuando los extranjeros son casi el 35 por ciento de la población y los mismos rusos se dividen en «grandes rusos», «pequeños rusos» y «bielorrusos», es imposible, en los siglos XIX y XX, realizar una política que ignore este hecho de una importancia histórica capital, que ignore las particularidades de las otras nacionalidades que forman parte de la composición del Imperio ruso, y no tiene en cuenta su religión, su lengua, etc. La divisa de un imperio de ese tipo no puede ser: «Yo haré rusos de todos ellos»³⁰.

La oposición a esta política reaccionaria se deja sentir por todo el imperio, que entra en el siglo XX con huelgas en todas las regiones, manifestaciones estudiantiles, revueltas campesinas esporádicas y protestas de toda clase. La violencia terrorista hace de nuevo aparición en los primeros años del siglo, después de dos décadas de tranquilidad a este respecto. El nuevo ministro del Interior, Plehve, se convierte de tal modo en expresión de la reacción y la represión del final del zarismo que el historiador y político liberal Miliukov dirá que hay dos Rusias, la de León Tolstoi y la de Plehve. Heller añadirá que en aquella época había también dos líneas de gobierno: la de Witte y la Plehve³¹.

Plehve lleva la represión hasta extremos increíbles, que suscitan la exasperación en el movimiento revolucionario y desencadenan una nueva oleada terrorista. Asimismo fomenta la infiltración en las organizaciones revolucionarias, la creación de sindicatos manipulados por la policía, y Carrère d'Encausse le asigna también una parte de responsabilidad en la política que condujo a la guerra con Japón, ya que estimaba que «una “pequeña guerra” bien organizada y bien elegida serviría para reconstituir un acuerdo nacional»³². Pero Plehve fue víctima de la nueva espiral de violencia terrorista y el 15 de julio de 1904 —unos meses después de que estallase la guerra contra Japón— murió destrozado por una bomba. Le sucedió el príncipe Piotr Dmitrovich Sviatopolk-Mirski, que tenía fama de «hombre de honor» y que, desde el punto de vista personal, era la antítesis de su predecesor. En esa línea trató de recuperar el espíritu que había presidido la etapa de las «grandes reformas», en tiempos de Alejandro II, puso fin a las medidas de excepción, trató de asociar los *zemstva* a la política y practicó la tolerancia con las religiones no oficiales y con las nacionalidades no rusas, hasta el punto de que la académica francesa alude a «la esperanza de una *primavera política*». En efecto, con motivo del bautismo del zarevich, Nicolás II abolió definitivamente los castigos corporales (suprimidos desde 1863, pero que habían seguido practicándose) y perdonó las anualidades retrasadas que debían los campesinos por la compra de sus tierras. Asimismo se suavizó la censura y se evitaron los excesos de la política de rusificación forzosa³³. Pero esta «primavera» llegaba demasiado tarde y no alteró los planes de subversión

total del sistema que preparaban las organizaciones revolucionarias clandestinas.

En efecto, la resistencia al zarismo dejó muy pronto de ser espontánea e individualista para organizarse, de modo que aparecieron los primeros partidos políticos. Como factor que contribuyó a la progresiva toma de conciencia de la población rusa, se cita la terrible hambruna que padeció la provincia de Samara entre 1891 y 1892, que afectó a casi un millón de personas y que fue seguida de una epidemia de cólera. El gobierno se volcó en la ayuda a los damnificados, pero el esfuerzo resultó insuficiente y la sociedad civil rusa, en un movimiento sin precedentes, organiza la recogida de fondos y ayudas, con participación de instituciones, como los *zemstva*, o de personajes distinguidos como León Tolstoi. Como escribe Heller, «la opinión descubrió de este modo que era posible llevar a cabo acciones concertadas, sin contar con las estructuras gubernamentales». Y Rogger subraya que la experiencia de la hambruna renovó los ímpetus hacia el pensamiento de reforma política entre los liberales y los moderados. Por cierto, Heller recuerda que

[...] un joven abogado pasante que vivía en Samara en 1891, Vladimir Ulianov (el futuro Lenin), percibió el peligro de este movimiento de opinión. Estaba en contra de la ayuda a las víctimas de la hambruna porque, según él, «el hambre destruye las economías campesinas y, con ellas, la fe, no solo en el zar, sino también en Dios y, con el tiempo, empujará inevitablemente a los campesinos por la vía de la revolución, favoreciendo su victoria»³⁴.

En el tránsito del siglo XIX al XX las universidades habían pasado de la agitación puramente estudiantil a la politización revolucionaria. En 1902 se celebró un clandestino «congreso panruso» universitario en el que los estudiantes se proclamaron «vanguardia de la lucha por la libertad política». Como escribe Carrère d'Encausse:

Desde este momento se instala un estado de huelga casi permanente, ante el cual el poder replica con el envío de un creciente número de estudiantes al ejército. Pero esta sanción, además de desencadenar una respuesta estudiantil, produce los efectos más perversos: enviados a lejanas guarniciones, los estudiantes se vuelcan a realizar una intensa propaganda revolucionaria entre los reclutas, además de entre los ferroviarios, ya que los nudos ferroviarios están custodiados por el ejército³⁵.

APARICIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

En los últimos veinte años del siglo XIX se producen dos hechos importantes que cambian la estrategia revolucionaria de la *intelligentsia* rusa. Por una parte, el asesinato de Alejandro II en 1881 convence a los revolucionarios rusos de que el terrorismo no solo no acabará con la

autocracia, sino que la reforzará, como se vio durante el reinado de Alejandro III. En segundo lugar, el entusiasmo populista por el campesinado, como factor para la renovación de Rusia, se esfuma casi totalmente y, en su lugar, se pone la fe en las virtualidades revolucionarias del proletariado, como consecuencia de lo que podemos llamar la recepción del marxismo, gracias sobre todo a la acción de los exiliados.

Estas influencias procedentes del exterior explican que los primeros en organizarse fueran los sectores de izquierda, que antes incluso de que empezara el siglo xx ya habían fundado los dos partidos más importantes de esta tendencia. El Partido Obrero Social-Demócrata (POSD) y el Partido Socialista Revolucionario (SR). Pero estos partidos no nacieron de la nada, sino a partir de los dispersos grupos que habían mantenido su precaria existencia durante el reinado de los dos últimos zares o por el intermedio de publicaciones clandestinas o editadas en el extranjero. Este fue el caso, por ejemplo, de la revista *Iskra* (La Chispa), abanderada del marxismo, uno de cuyos editores era Aleksandr Ulianov, el hermano mayor del futuro Lenin, que adoptó ese nombre de acuerdo con un texto que un decembrista le había dirigido a Puskhin: «De la chispa nacerá la llama». El populismo que, como sabemos, tanta importancia tuvo en la Rusia de la década de los setenta, también mantuvo un atisbo de existencia. La abrumadora presencia e incidencia del capitalismo, que desafiaba los planteamientos del populismo clásico, fue tratada por el llamado populismo «legal», que, desde una posición de moderación, trataba de adaptar el legado populista a los nuevos tiempos. Sus representantes más notorios fueron V. P. Vorontsov, cuya obra más conocida fue *El destino del capitalismo en Rusia*, publicada en 1882, y N. F. Danielson, que había traducido el volumen primero de *El capital* y que se consideraba a sí mismo un marxista. Ya en la década de los noventa, insistió en la imposibilidad de un capitalismo ruso y el impacto catastrófico que había ya tenido en diferentes sectores de la economía nacional. Su preocupación consistía en evitar que Rusia «se convirtiera en tributaria de los países más avanzados» y, con Vorontsov, propugnaba la modernización de la economía rusa, pero sin seguir las pautas capitalistas y evitando que los costes cayeran sobre las espaldas de las masas³⁶.

En esta década final del siglo XIX se pone ya de manifiesto la diferencia fundamental entre populistas y marxistas, que se centra en el debate sobre el capitalismo. Mientras, los primeros solo ven catástrofes en la incidencia del capitalismo en la vida rusa, los segundos estiman que la causa de los males rusos no es la todavía escasa dosis capitalista que se ha aplicado en el país, sino la supervivencia de formas retrasadas de producción, como la comuna campesina.

El Partido Obrero Social-Demócrata será el partido del marxismo ruso y su principal inspirador fue Plekhanov, que ya en 1883 había fundado en Suiza un grupo denominado Grupo para la Emancipación del Trabajo, después de que en 1879 rompiese con Tierra y Libertad. Ese grupo se considera la primera organización marxista rusa. Estos primeros marxistas rusos insisten en que el desarrollo de las sociedades obedece a unas leyes generales y que la tesis populista de la especificidad de Rusia del valor revolucionario del campesinado solo puede tener una influencia retardataria. Otro de los que preparan el camino para la fundación del POSD es Iulii Martov, futuro líder de los mencheviques, que fundó en 1895, en San Petersburgo, la Unión para la Lucha por la Liberación de la Clase Obrera, muchos de cuyos miembros y dirigentes fueron detenidos.

Ya entonces se empieza a producir un fenómeno de gran significación, como es la separación entre los puntos de vista y los objetivos de los trabajadores y de los miembros de la *intelligentsia*, los *intelligenty*. Precisamente el deseo de evitar el divorcio entre los teóricos, como eran ellos mismos, y los trabajadores lleva a Plekhanov, Martov y Lenin a impulsar la creación de un partido en cuyo seno se debía producir esa necesaria fusión de intereses y enfoques.

En las nacionalidades no rusas más avanzadas también se inicia este trabajo de toma de conciencia y organización, a veces de un modo totalmente autónomo, en otras ocasiones en contacto con las organizaciones homólogas rusas. En 1893 se fundó el Partido Socialista Polaco, pero su carácter «nacionalista» entra en conflicto con las tesis más netamente marxistas y, por tanto, cerradas a cualquier enfoque nacionalista, que mantenían Rosa Luxemburg y Leo Jogiches, que fundaron el Partido Social Demócrata del Reino de Polonia, en el que esta última referencia tiene un carácter puramente territorial: son los socialistas que actúan en Polonia, pero que pasan por encima de cualquier reivindicación nacionalista, pues su único objetivo es la revolución proletaria. También los judíos se habían organizado y en 1897 y sobre la base de diversos grupos preexistentes fundaron la Unión General de los Obreros Judíos de Lituania, Polonia y Rusia, que muy pronto fue conocida con el nombre de *Bund*. Pero esta organización fue con el tiempo acentuando su carácter judío a costa de sus orígenes socialdemócratas.

A partir de estos principios, se llegó al que los marxistas rusos consideran el congreso fundacional del POSD, que tuvo lugar en Minsk en marzo de 1898 y su historia oficial denomina como su I Congreso. Pero las únicas nueve personas que asistieron al mismo fueron detenidas por la policía y el POSD no pudo empezar a funcionar. Hubo que esperar a julio de 1903, en que se celebró su II Congreso, pero esta vez en el extranjero, en Bruselas, de donde fueron expulsados, por lo que continuaron la reunión en Londres. Fue en este II Congreso cuando se produjo la famosa escisión entre bolcheviques y mencheviques. Lenin adquiere ya una enorme relevancia y aporta al Congreso su personal programa, contenido en el folleto *¿Qué Hacer?*, publicado en 1902. Ante la pregunta del título, la respuesta de Lenin es obvia: la revolución. Se suele decir que esa fecha y ese folleto marcan el nacimiento del leninismo. Las tesis de Lenin chocaban con los enfoques de los marxistas veteranos, pero no suscitaron un rechazo frontal porque sus excesos se atribuyeron a su falta de experiencia.

De acuerdo con la concepción leninista, el POSD inició su vida política muy desconectado de las masas, a las que teóricamente se debía. Los miembros relevantes de las dos fracciones procedían fundamentalmente de los estratos privilegiados de la sociedad y sus militantes ordinarios tenían su origen en las clases bajas urbanas y rurales, con una fuerte representación de trabajadores industriales. Irónicamente, escribe el mismo Rogger, «fueron los mencheviques quienes tuvieron unos seguidores más “elitistas”, más educados y más “urbanos” —profesionales y trabajadores especializados—, mientras que los bolcheviques tuvieron más éxito entre los más jóvenes, los menos cualificados y menos alfabetizados trabajadores manuales y campesinos». En víspera de la Revolución de 1905 los miembros del POSD eran unos 12.000, sin que se pueda especificar cuántos de ellos eran trabajadores. «No hay duda, sin embargo, de que tanto los mencheviques como los bolcheviques estaban dirigidos por *intelligenty* de clase superior y

media».

Los rivales más serios de los socialdemócratas en la izquierda fueron los Socialistas Revolucionarios, que recogían la tradición populista de mediados del siglo XIX, sobre todo, el elemento básico del populismo, que era la importancia atribuida a los campesinos, aunque la propia evolución social de la sociedad rusa les obligó a aceptar el peso creciente de los trabajadores industriales, muchos de los cuales también se integraron en sus filas. En el seno del partido de los Socialistas Revolucionarios, fundado como tal en 1901, existían diversas tendencias, pues, a diferencia de los que ocurría con los social-demócratas, no existía en él rigidez doctrinal ni estricta disciplina. Cada uno de sus componentes gozaba de una amplia autonomía funcional, muy alejada del centralismo leninista. Los socialistas-revolucionarios recogieron también de la tradición revolucionaria del XIX —y, en concreto de Narodnaia Volia, cuyos supervivientes se integraron en su partido— el uso de la táctica terrorista, que ejercieron a través de una «organización de combate», responsable de los atentados mortales que culminaron en 1904 con el asesinato del ministro de Interior Plehve.

Los liberales como corriente de pensamiento habían trabajado desde mucho tiempo atrás para liberalizar el régimen, oponiéndose a la idea una «autocracia liberalizada». Fue, precisamente, en los *zemstvos* donde se ensayaron, con escaso éxito, por otra parte, y siempre bajo la amenaza de la represión, los primeros atisbos de liberalismo. Se trataba de elementos moderados, deseosos de colaborar con la monarquía, pero que ante la intrasigencia del zarismo se fueron situando paulatinamente en la oposición, donde estaban cuando estalla la Revolución de 1905. También en 1879 los presidentes de cuatro *zemstvos* provinciales formaron con permiso oficial una Unión de Zemstvos que tenía como objeto estudiar proyectos de reforma. Pero cuando hicieron públicas sus pretensiones de verdadero autogobierno, inviolabilidad del individuo, independencia de los tribunales y libertad de prensa, se les prohibió que celebraran nuevas reuniones. Los liberales se vieron hundidos en la decepción cuando comprobaron que ni sus propuestas más modestas eran aceptadas por el sistema. No pudieron entender que los derechos y libertades que Alejandro II había concedido a los búlgaros no se aplicaran a los rusos, y ya reinando Alejandro III.

El primer intento serio de organización de los liberales y constitucionalistas —al socaire de la «primavera política» de Sviatopolk-Mirski— se inicia con la reunión que celebraron en París en septiembre de 1904 líderes de las diversas corrientes de esta tendencia, en la que se fundó la Unión para la Liberación. Después de largos debates, se llegó a un acuerdo sobre tres puntos: abolición del sistema autocrático, instauración de una democracia parlamentaria y emancipación de los pueblos sometidos del Imperio. Una emancipación, debe aclararse, que se limitaba a rechazar la política de rusificación y a propugnar el derecho de autonomía cultural de las nacionalidades. A partir de ahí se aceleraron los movimientos en el campo liberal y, en noviembre del mismo año, se celebró ya en San Petersburgo y con permiso del Ministerio del Interior —que hizo cuanto pudo por limitar el alcance del evento— un congreso nacional al que asistieron 104 delegados. El sector mayoritario se inclinaba por una constitución y una asamblea libremente elegida y dotada de los poderes de hacer las leyes y controlar la acción del Estado, mientras que la minoría no quería que se desembocase en un parlamentarismo que consideraban ajeno a las

tradiciones rusas y se conformaba con una asamblea puramente consultiva. El triunfo de los radicales supone el comienzo de un deslizamiento hacia la izquierda del liberalismo ruso, una tendencia que estará encarnada en figuras como Pavel Miliukov y Piotr Struve. Poco después se celebró el congreso de los *zemstva*, que se reunió en San Petersburgo, también en noviembre de 1904 y que dio origen, ya en 1905, a la Unión de las Uniones, que agrupaba a catorce organizaciones profesionales de médicos, maestros, etc.

Para los socialistas, el liberalismo organizado fue siempre un problema y discutieron mucho cómo debían ser sus relaciones con ellos, porque

[...] se trataba de un fenómeno más complejo que el descrito por Marx, ya que consistía en muy buena medida de elementos —propietarios, intelectuales, profesionales— que era difícil subsumir bajo el rótulo general de burguesía o de clase capitalista empresarial [...]. Para los liberales tal cosa implicaba una independencia de los intereses de clase y un enfoque no clasista, así como un grado de radicalismo político y de reformismo social, que el liberalismo clásico occidental había desplegado raramente.

Ya en 1905 los liberales formaron el Partido Constitucional-Demócrata, conocido como «cadete» por las iniciales K y D del nombre ruso del partido. Su primer presidente fue el historiador Pavel Miliukov y en él se incluían liberales de distintos matices, desde monárquicos constitucionales hasta republicanos.

Ante esta situación de descontento y protesta generalizada el gobierno no sabe sino dar sucesivas vueltas de tuerca a la máquina de la represión, por lo que no puede extrañar que la revolución fuera, como ha escrito Steinberg, una palabra «cargada de magia» en la que «pensaban, con amor y veneración, todos los que soñaban con la libertad», salvo las clases directamente beneficiadas por el régimen³⁷. Es difícil encontrar en ningún otro país, sobre todo en aquella época, tal acumulación de lo que los marxistas llamaban «condiciones objetivas para la revolución», que, efectivamente, eclosiona en enero de 1905, como primera manifestación de un largo proceso que se prolongaría hasta 1917.

11

GUERRA Y REVOLUCIÓN

LA POLÍTICA EXTERIOR RUSA HASTA LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Alejandro II, el zar que abolió la servidumbre, se ganó por esta razón el título de *el Libertador*, que los búlgaros también le dan por el papel que desempeñó para lograr la independencia de su país. Alejandro III mereció el apelativo de *el Pacificador*, porque durante su reinado Rusia no se vio envuelta en ningún conflicto armado, lo que no impidió que, durante su reinado, se completara la expansión en Asia central, que supuso para el Imperio más de cuatrocientos mil kilómetros cuadrados de nuevos territorios. Nicolás II, por su parte, asumió también esta vocación de paz, impulsado más por la patente debilidad del Imperio que por un genuino espíritu de paz o por un rechazo conceptual de la guerra como instrumento de las relaciones internacionales. El caso es que, apenas iniciado su reinado, el que había de ser el último zar, propuso a las potencias una conferencia por la paz y para el desarme cuyo propósito sería poner fin a la carrera de armamentos. La iniciativa no era totalmente desinteresada, pues Rusia, que se veía rezagada respecto de Austria-Hungría en la modernización de su ejército, pretendía que una serie de acuerdos internacionales aliviaran esa situación y la permitieran ganar tiempo. La conferencia se celebró en La Haya en mayo de 1899 con la participación de veintiséis países, y aunque no logró llegar a un acuerdo general, ni siquiera a establecer, como se había proyectado, un arbitraje obligatorio de los conflictos, se adoptaron algunas «reglas de guerra», como la que, provisionalmente, prohibía el uso de «proyectiles lanzados desde aerostatos». Su acuerdo más importante, sin duda, fue la creación del Tribunal Internacional de La Haya y representaba el inicio de tantas conferencias sobre desarme y limitación de armamentos como desde entonces han tenido lugar. Años más tarde, en 1907, se celebró una II Conferencia sobre los mismos temas en la que también estuvo presente Rusia.

En el estricto ámbito de la política europea, Rusia se atenía a los términos de su alianza con Francia, que tuvo una primera ocasión de manifestarse con motivo de las «atrocidades turcas», como se denominó la matanza de armenios a manos de los otomanos, que tuvo lugar en el otoño de 1894. Se les unió en la protesta Gran Bretaña, pero aquella cooperación en defensa de lo que hoy llamaríamos los derechos humanos y en contra del genocidio no llegó a nada y la hipocresía

de las potencias quedó muy a la vista. Taylor describe así el incidente:

Mientras el gobierno británico fue impulsado por un vendaval de indignación pública, los franceses se sumaron solo para comprobar que no se perjudicaba de ningún modo a Turquía. Por su parte, los rusos, opresores ellos mismos de muchos armenios, protestaron también, pero solo para constatar que de todo aquello no saldría nada que beneficiase a los armenios¹.

Rusia no acababa de olvidarse del viejo sueño de los estrechos y de Zargrado, como llamaban históricamente a Constantinopla, y en julio de 1895 en una reunión oficial en San Petersburgo se llegó a un acuerdo en el que se precisaba que «necesitamos el Bósforo y la entrada del mar Negro». Y se añadía: «El libre paso por los Dardanelos lo conseguiremos más tarde por vía diplomática». De todos modos, debe aclararse que este proyecto no se situaba en el estricto ámbito de las cuestiones europeas, sino que estaba conectado con Extremo Oriente. Como subraya Taylor, «el ferrocarril Transiberiano no estaba terminado, e incluso, cuando estuviera listo, sería solo de vía única. [En consecuencia] Rusia dependía de las rutas marítimas incluso en relación con Extremo Oriente, y eso significaba el paso por el canal de Suez así como por los Estrechos»².

El presunto pacifismo de Nicolás II, que había sido saludado por toda Europa con motivo de la Conferencia de La Haya de 1899, era mucho más aparente que real, como quedó a la vista por su actuación en Extremo Oriente, que es todo un ejemplo de aventurerismo agresivo y mal planificado y que llevó a Rusia a la derrota frente al Japón. La desgraciada política de Nicolás II respecto del Japón se ha explicado por algunos historiadores como fruto de un acontecimiento que tuvo lugar en 1891, cuando Nicolás era todavía zarevich y tenía solo 23 años. Visitaba el futuro Nicolás II oficialmente Japón cuando, en el curso de uno de los actos previstos, concretamente en la pequeña ciudad de Otsu, muy cerca de Kyoto, un policía japonés, víctima de un evidente desequilibrio mental, le dio en la cabeza un sablazo con una catana. El incidente pudo tener graves consecuencias, pero, afortunadamente, quedó en nada gracias a la pronta intervención de Jorge de Grecia, primo del zar, que le acompañaba en el viaje. El futuro zar, afirman quienes quieren justificar así su presunta arraigada animadversión contra los japoneses, habría sido incapaz de considerar el desgraciado incidente como un hecho aislado y, a partir de entonces, Nicolás II alentó un odio inextinguible hacia los nipones, a los que en su diario y, a veces, en conversaciones privadas llamaba, despectivamente, «los macacos»³. Parece indispensable, sin embargo, matizar esta afirmación, que extraemos de la obra de Heller, pues de la lectura del *Diario* del entonces futuro zar no se deduce en absoluto este odio. En la entrada correspondiente al 1 de mayo de 1891 (el atentado había tenido lugar el 29 de abril), ya en Tokio, se lee lo siguiente: «No guardo rencor al buen pueblo japonés por la repulsiva conducta de este fanático. Sigo admirando como antes su ejemplar sentido del orden y de la higiene y, debo confesarlo, continuo embelesado por las [...] que veo a lo lejos en las calles [...]»⁴.

Sin duda alguna, más allá de meras explicaciones de índole psicológica, y por razones mucho más complejas de orden geopolítico, el enfrentamiento de Rusia con Japón, que se venía fraguando desde bastantes años antes, se hizo inevitable desde los primeros años del siglo xx. Japón, como ya había hecho con la decadente China imperial, se sentía forzado a jugarse el todo

por el todo con Rusia, una vez que esta, por la inercia de su proceso expansionista y también por imperativas razones geopolíticas, había decidido convertirse en una potencia del Pacífico. Pero, como sucedió con Gran Bretaña en Asia central, esa rivalidad no hubiera tenido por qué acabar, necesariamente, en conflicto armado, que se hizo, sin embargo, inevitable por los imprudentes movimientos expansivos de Rusia.

Pero, antes que un cara a cara armado con Japón, en el que en San Petersburgo nadie acababa de creer, Rusia deseaba continuar su política de infiltración y dominio en China, que venía de mucho más atrás, como hemos visto en capítulos anteriores, y que, en este último tramo del siglo XIX, se centraba, sobre todo, en Manchuria. La China manchú era un imperio en plena descomposición, en una situación similar a la de la Turquía otomana, y Rusia intentaba aplicar al caso chino su secular experiencia con su vecino del sur: estimular el proceso de descomposición para obtener ventajas duraderas. Hasta aquel momento la potencia que había tenido más presencia e influencia en China había sido Gran Bretaña, que, gracias a su supremacía naval, había estado en condiciones de impedir la injerencia de otros países y que, de hecho, monopolizaba su comercio. Pero el comienzo de la construcción del ferrocarril Transiberiano cambiaba radicalmente los supuestos, pues iba a permitir a Rusia concentrar fuerzas en Extremo Oriente, en una cantidad y con una velocidad desconocidas hasta el momento, aparte de las obvias ventajas que eso supondría desde el punto de vista mercantil. Japón, por su parte, despierto ya de su sueño secular, en trance de una modernización acelerada y con patentes planes de poner pie en el continente, percibió el mismo peligro y decidió utilizar a Corea como el indispensable «colchón» frente a la nueva potencia del Pacífico. Este iba a ser el primer motivo de su enfrentamiento con Rusia, después de haber sido causa principal del enfrentamiento chino-nipón.

Corea se convirtió así, por su situación geopolítica, en la manzana de la discordia, como volvería a serlo, después de la Segunda Guerra Mundial, en el contexto del mundo bipolar que alumbró esa contienda.

Corea era tradicionalmente un reino tributario de la China manchú y el Gran Secretario manchú, Li Huang-chang, quería retenerlo a toda costa en la órbita china. Este dirigente chino cobró inmediata conciencia del peligro que representaba Japón, cada vez más interesado y presente en la península, y trató de evitar, por todos los medios posibles, la infiltración nipona. Japón había decidido ya romper el vínculo secular que unía a Corea con China y se enfrentó con el poder manchú en una guerra que empezó en agosto de 1894 y que terminó con la derrota china. Por el tratado de Shimonosheki (1895) el Japón obtenía «a perpetuidad» la península de Liao-tung, desde la desembocadura del Liao hasta la del Yalú, con Port Arthur, espléndida base naval, lo que suponía que Japón conseguía su objetivo de plantar sus reales en el continente. Asimismo Formosa (la actual Taiwán) y las islas Pescadores eran cedidas por China y quedaban bajo soberanía japonesa. Además, se reconocía la plena independencia de Corea, situación formal que encubría el total sometimiento a Japón.

El predominio japonés en la zona, de acuerdo con las prescripciones del tratado, era evidente, y, lógicamente, Rusia no iba a permanecer pasiva, pues con Japón en Port Arthur se esfumaban sus planes de influencia y predominio, por no hablar de los sueños de monopolio, en el Imperio

manchú. Apenas una semana después de la firma del tratado, Rusia, con el apoyo de Francia y de Alemania —que en aquel momento competían por la amistad rusa—, envió un ultimátum a Japón exigiéndole que abandonase la península de Liao-tung, al tiempo que se presentaba como «salvador de China», pues el principal argumento que se utilizaba era la integridad del Imperio manchú. Los japoneses, aconsejados por los británicos, aceptaron el ultimátum, cedieron Liao-tung y abandonaron Weihaiwei y, por supuesto, Port Arthur, ambicionado por San Petersburgo pero que, andando el tiempo, se convertiría en el símbolo del fracaso de la Rusia imperial en el Lejano Oriente. Pero Japón no olvidó la afrenta rusa, y cauta pero decididamente se preparó para un enfrentamiento que, ahora más que nunca, parecía inevitable. Corea quedaba convertida ya en manzana de la discordia entre ambas potencias, ya que ambas aspiraban a su control total y no parecían dispuestas a considerar ningún plan de reparto, como el que se impondría en la segunda mitad del siglo xx, con el paralelo 38 como línea divisoria.

Antes del enfrentamiento abierto con Japón —que no se produciría hasta ocho años después—, Rusia trató de obtener todos los réditos posibles de su auto-asignado papel de «salvadora» de China. En primer lugar, con ayuda de capital francés, San Petersburgo concedió a China el prestamo de 100 millones de rublos oro que necesitaba para satisfacer la indemnización al Japón prevista en el tratado de Shimonoseki. Como fruto de este acuerdo, en diciembre de 1895 se creó el Banco Ruso-Chino, lo que ponía al Imperio ruso en condiciones de intervenir en las finanzas chinas. Es digno de notarse que aunque los franceses contribuían con las cinco octavas partes del capital, solo tenían tres puestos en el consejo de administración, mientras que los rusos, por medio del Banco Internacional de San Petersburgo, disponían de cinco.

Unos meses después, en junio de 1896, Rusia y China firmaron un acuerdo secreto en virtud del cual se establecía entre ambos imperios una alianza militar que obligaba a los signatarios a prestarse asistencia «con todas sus fuerzas marítimas y terrestres» en caso de agresión de Japón a territorio chino, ruso o coreano. En ese caso, y mientras durase la guerra, todos los puertos chinos se abrirían para los barcos de guerra rusos. Rusia no pidió la cesión de ningún territorio chino, pero era evidente que esperaba la oportunidad para plantear esa exigencia, que era una consecuencia obligada de sus planes de expansión en la zona. Lo que sí logró Rusia fue la concesión por ochenta años del que sería llamado Ferrocarril de la China Oriental, que partía de Chita, en la zona de Siberia al este del lago Baikal, y llegaba a Vladivostok. La línea atravesaría toda la Manchuria y se convertiría, según los planes rusos, en instrumento fundamental de la penetración rusa en el norte del Imperio manchú. Estas intenciones quedaban bien a la vista, pues el ferrocarril tendría el ancho de vía ruso, en lugar del chino, más estrecho, lo que mostraba la voluntad de enlazar el ferrocarril de Manchuria con la red siberiana. Este ferrocarril se completó en 1903.

La ocasión que Rusia esperaba para exigir de China territorios se produjo cuando, en noviembre de 1897, Alemania, con el pretexto del asesinato de dos misioneros de esa nacionalidad, reclamó la bahía Kiaochow, en la costa sur de la península Shantung, que, con la de Liao-tung, forma el golfo de Chihli, que se abre sobre el mar Amarillo. Rusia, dando una interpretación abusiva del tratado que la unía con China, envió varios barcos a Port Arthur (base

naval situada en el extremo sur de la península de Liao-tung, a unas 100 millas al norte de la base alemana, y que actualmente lleva el nombre de Lushung), al tiempo que concedía un nuevo préstamo al debilitado Imperio manchú y exigía el monopolio de la construcción de ferrocarriles y de empresas industriales en las tres provincias que formaban parte de Manchuria y en Mongolia. Como se puede suponer, detrás de esta oferta que daba una nueva vuelta de tuerca a la cuestión ferroviaria estaba Witte, obsesionado con este medio de comunicación y transporte como moderno instrumento de penetración. Aunque después criticó algunos aspectos de la política rusa en Extremo Oriente, en enero de 1898 Witte le había dicho sin ambages al embajador británico que «la posición geográfica de Rusia debe quedar asegurada, más pronto o más tarde, por el predominio político en el norte de China», y añadió que, eventualmente, Rusia absorbería varias provincias chinas al sur de la Gran Muralla, incluida Pekín como premio mayor⁵. Las ambiciones rusas no podían ser más amplias ni más transparentes.

Una vez que Rusia logró el arriendo de Liao-tung, en la primavera de 1898, incrementó las presiones para lograr una nueva concesión ferroviaria, que, desde el Ferrocarril de la China Oriental en construcción, bajaría hacia el sur, hasta Port Arthur. Dos años antes ya se había negado China al proyecto, usando el pretexto del ancho de vía, al no querer aceptar el ancho ruso, incompatible con el chino. Pero ahora, con Rusia legitimada en su posesión de Port Arthur, la petición rusa tenía mucha más lógica y se hizo con la concesión para el que se llamó Ferrocarril de Manchuria del Sur, con ancho de vía ruso, que partiría de Harbin —punto importante en la línea del otro ferrocarril— y ponía a Port Arthur a quince días de San Petersburgo, lo que en aquella época era todo un record, pues evitaba un larguísimo viaje marítimo.

Después de que Rusia y Alemania consiguieran concesiones territoriales en China, las demás potencias, Francia y Gran Bretaña sobre todo, quisieron tomar parte en lo que parecía un reparto por anticipado del Imperio manchú. Rusia y Gran Bretaña acordaron que las concesiones ferroviarias al norte de la Gran Muralla fueran para Rusia y las del valle de Yangtsé para los británicos. Pero la agobiante presencia extranjera en China produjo en el verano de 1900 un levantamiento anti-imperialista, la rebelión de los Boxers o boxeadores, llamada así porque la secta del Loto Blanco, inspiradora de la revuelta, tenía en su bandera un puño, el «puño de la justicia». El ejército se sumó también al levantamiento y asedió el barrio de Pekín donde estaban las embajadas extranjeras. Las potencias europeas, más los Estados Unidos y Japón, formaron una fuerza de 35.000 hombres y 600 piezas de artillería, cuyo componente principal era el contingente ruso, al mando del general Linevich, que se apoderó de Pekín y liberó a los europeos sitiados. La rebelión fue un pretexto para que los rusos ocupasen Manchuria, lo que produjo un incremento de la irritación japonesa, que cada vez disimulaba menos sus intenciones guerreras, mientras el entorno inmediato del zar, falto no solo del más elemental realismo, sino de la inteligencia indispensable, en el sentido militar del término, no alcanzaba a enterarse del embrollo en que estaba enredándose Rusia.

LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Entre agosto de 1903 y febrero de 1904 se desarrollaron nuevamente negociaciones entre Rusia y el Japón sin que ninguna de las partes mostrase un interés real y efectivo por llegar a un acuerdo que delimitase las zonas respectivas de influencia en Corea y Manchuria, aunque hay que reconocer que Tokio hizo mayores esfuerzos y mostró mayor capacidad de compromiso.

Los japoneses, con la garantía del apoyo diplomático de Gran Bretaña y de los Estados Unidos, están convencidos de que tendrán que luchar. Los rusos piensan que podrán evitarlo e infravaloran la disposición y la determinación de sus oponentes y responden tarde y confusamente a las propuestas japonesas. La última comunicación rusa no llega a Tokio hasta después de que han empezado las hostilidades⁶.

Pero parece fuera de toda duda que fue Rusia la culpable directa de que la guerra se hiciera inevitable. Un historiador de origen ruso, Constantine Pleshakov, describe así la situación:

No se podía responsabilizar a Japón de la guerra inminente. Los oligarcas de Tokio estaban dispuestos a hacer concesiones. En fecha tan avanzada como octubre de 1904, el ministro del Exterior, Komura, había dejado en claro esa posición. Sugirió la posibilidad de que Japón reconociera que Manchuria se encontraba bajo el poder de Rusia a cambio de que Rusia renunciara a sus reclamaciones con respecto a Corea. El zar no accedió. En consecuencia, todas las negociaciones con Tokio se estancaron⁷.

El 13 de enero de 1904 Japón envió una nota imperiosa a los rusos exigiendo la inmediata retirada de Manchuria por parte de las tropas rusas, que no fue respondida. El 7 de febrero (24 de enero según el calendario juliano ruso) Tokio rompió las relaciones diplomáticas con Rusia, dos días después de que un consejo imperial nipón hubiese decidido iniciar inmediatamente las hostilidades. El virrey ruso Alekseiev pidió permiso a San Petersburgo para iniciar la movilización y declarar el estado de guerra, pero el ministro de Exteriores, Lamsdorff, le contestó aclarándole que «la ruptura de relaciones diplomáticas no implica en absoluto el principio de una guerra». En aquel momento, la flota principal japonesa se dirigía ya a toda máquina hacia Port Arthur, al mando del almirante Togo Heihachiro, un avezado marino que se había formado en el buque escuela inglés *HMS Worcester*, fondeado en Portsmouth⁸. Cuarenta y ocho horas después, los japoneses iniciaban por sorpresa las hostilidades sin previa declaración de guerra, pese a las seguridades del ingenuo Lamsdorf.

Solo una lamentable falta de información podía explicar que los rusos se sintieran tan seguros frente a los japoneses, por los que sentían un desprecio que les impedía valorar adecuadamente la fuerza militar japonesa y, en concreto, la de su Armada. En menos de cincuenta años Japón había conseguido poner a flote una de las más poderosas Armadas del mundo. Según Pleshakov, «en vísperas de la guerra contra Rusia, Japón disponía de seis acorazados, ocho cruceros acorazados, dieciséis cruceros ligeros, veinte destructores y cincuenta y ocho torpederos». A pesar de que la mayor parte de esta flota había sido construida en astilleros extranjeros, sobre todo ingleses, la construcción naval nipona crecía con extraordinaria rapidez. El espíritu de innovación japonés, que había de hacerse mundialmente famoso en la segunda mitad del siglo xx, ya era perceptible en

la industria de defensa⁹. A estas excelentes capacidades navales hay que añadir la profesionalidad de los marinos nipones, muy bien formados, como ya hemos señalado al referirnos al almirante Togo Heihachiro.

La flota japonesa reunía todas las condiciones para controlar las aguas del Pacífico oriental. Por el contrario, la flota rusa, a pesar de una honorable tradición que arrancaba de Pedro el Grande, no había sido capaz de llevar a cabo el inaplazable esfuerzo de modernización que todos los países con ambiciones e intereses marítimos habían realizado desde las últimas décadas del siglo XIX. La flota rusa había sido aniquilada en Sevastopol, durante la guerra de Crimea y, desde entonces no se había recuperado.

La burocracia y la corrupción —escribe Pleshakov—, las dos enfermedades rusas tradicionales, afectaban intensamente a la flota. Hasta las decisiones más insignificantes debían ser aprobadas por el Almirantazgo de San Petersburgo. La burocracia naval reprimía toda iniciativa. Robaba. Mentía. Engañaba... En 1904, Rusia tenía 100 almirantes. Inglaterra, poseedora de la mayor flota del mundo, tenía 69; Francia, 53; Alemania, solo 9. Muchos almirantes rusos jamás habían sido comandantes activos en el mar. Más de un tercio ni siquiera había navegado en los últimos diez años¹⁰.

Solo el almirante Makarov, valiente e innovador marino que se había distinguido en la guerra ruso-turca de 1877-1878, estaba a la altura de las nuevas exigencias del combate naval. En el Ejército de Tierra la situación era similar. Kuropatkin abandonó su cargo de ministro de la Guerra para ponerse al frente de las tropas destacadas en el Lejano Oriente, en un alarde de coraje que no se veía acompañado de la necesaria competencia.

Los efectivos navales rusos en Extremo Oriente eran relativamente modestos, ya que, entre los dos puertos principales del Pacífico, Vladivostok y Port Arthur, Rusia disponía exclusivamente de 3 acorazados, 1 crucero acorazado, 7 cruceros ligeros y 7 destructores. El gobierno ruso había hecho gestiones para comprar dos acorazados que Chile construía en Inglaterra, pero este país, aliado de Japón, se opuso a la transacción. Por el contrario, los japoneses sí pudieron comprar dos acorazados que se construían también en Inglaterra para Argentina y que serían bautizados como el *Nishin* y el *Kusuga*. La comparación entre ambas flotas era, por tanto, netamente favorable para los japoneses. Asimismo, como escribe un marino español, José María Blanco Núñez, de quien tomamos estos datos, «la flota japonesa, además, era homogénea, y la rusa un verdadero muestrario»¹¹. Resulta por todo ello increíble que los rusos, ignorantes de la clara superioridad naval cuantitativa y cualitativa nipona, confiaran casi ciegamente en su capacidad de controlar el mar. En un nuevo alarde de desinformación, los rusos estaban convencidos de que los efectivos militares de tierra de los japoneses no pasaban de los 200.000 hombres, cuando la realidad era que triplicaban esa cifra. Aferrados a la idea de la superioridad rusa sobre los «macacos» japoneses, el alto mando ni se molestó en trasladar las mejores tropas de que disponía, que tenían su base en Europa, a una zona que se empeñaba en considerar un teatro bélico de importancia menor.

Rotas ya las relaciones diplomáticas, sin que los rusos acertaran a calibrar la importancia y consecuencias de este gesto de Tokio, los acontecimientos se precipitaron imparablemente. El 8 de febrero de 1904 (27 de enero en la datación rusa), muy poco antes del mediodía, Togo atacó a

la flota rusa que estaba fondeada en Port Arthur, en una acción que ha sido considerada un anticipo del ataque de Pearl Harbour en 1941 y que tenía todas las características de lo que puede denominarse una acción preventiva. Un escuadrón ruso salió del puerto al día siguiente para enfrentarse con los nipones, con los que se enzarzaron en un cañoneo mutuo en el que los rusos llevaron la peor parte.

La guerra que no iba a tener lugar «porque yo no quiero», según la arrogante sentencia de Nicolás II, se había convertido en una pavorosa realidad, que cogió a los rusos carentes de la preparación indispensable frente a un adversario mejor armado y con la ventaja capital de tener sus bases muy cerca de los frentes de batalla. Por el contrario, los rusos, a 8.000 kilómetros, disponían de un ferrocarril todavía no terminado y de una sola vía. El zar nombró a Kuropatkin comandante en jefe de los ejércitos de tierra, pero, como había previsto Witte (que le había llegado a decir que cuando llegase a Mukden detuviera al almirante Alexeiev y lo enviase a San Petersburgo), el doble mando Kuropatkin-Alexeiev influyó negativamente en la conducción de las operaciones, que, para los rusos, fueron de desastre en desastre.

Nicolás II decidió formar un Segundo Escuadrón del Pacífico, que estaría constituido por buques de la flota del Báltico y que sería enviado hasta la zona de guerra, dando prácticamente la vuelta al mundo. Los problemas logísticos que planteaba semejante proyecto eran casi insuperables, pero el zar estaba dispuesto a superar todos los obstáculos. Y, ciertamente, se puede decir que lo logró, salvo el más importante y decisivo: obtener la victoria sobre la flota japonesa. No vamos a entrar aquí en el detalle de los complejos preparativos que hubo que superar para formar ese nuevo escuadrón. Solo nos referiremos a los aspectos más importantes de aquella operación¹².

Pero la guerra no se libraba exclusivamente en el mar, ya que, simultáneamente al ataque a Port Arthur, los japoneses habían realizado dos importantes operaciones de desembarco en el continente, que fueron todo un éxito. El avance japonés por Manchuria continuó sin pausa, aunque con muchas dificultades, tanto por la resistencia rusa como por lo abrupto del terreno. La gran batalla que puso fin a las hostilidades en tierra se produjo en febrero de 1905, duró casi todo el mes y tuvo lugar en las cercanías de Mukden. Un especialista ruso, A. A. Svechin, en una obra publicada en 1910, resume así el resultado de la batalla de Mukden: «Si no fuimos capaces de atacar, no fue por la superioridad del enemigo, ni por debilidad moral ni a causa de las pérdidas, sino solo por nuestra incapacidad para organizar un ataque a gran escala»¹³.

Las derrotas en tierra fueron seguidas por una decisiva batalla naval en la que la flota rusa fue aniquilada. Como ya hemos anticipado, en una discutible y arriesgada decisión, el zar, ante los problemas que habría suscitado el envío al Lejano Oriente de la flota del mar Negro, por el cierre de los Estrechos en virtud de los tratados internacionales, decidió despachar a la zona del conflicto a la anticuada flota del Báltico, al mando del almirante Zinovi Rozhestvenski, en un largo viaje que debía circundar África y doblar el cabo de Buena Esperanza. Más exactamente se decidió que la flota expedicionaria se dividiría en dos escuadrones: el más importante seguiría esa ruta del

cabo de Buena Esperanza, mientras que el otro utilizaría la vía más corta, que era la del canal de Suez.

La ambivalente relación anglo-rusa se puso a prueba con motivo de la larga singladura de la flota del Báltico. Inglaterra era todavía la dueña indiscutida de los océanos y los rusos eran conscientes de que en ese largo viaje habría muchas ocasiones en que los rusos podrían quedar a merced de la buena voluntad de los británicos, aliados con su enemigo. El objetivo de la operación era salvar Port Arthur y dominar el mar del Japón. Rozhestvenski, que era un buen profesional, estaba convencido de que cuando él llegara a la zona, la flota de Port Arthur habría sido ya aniquilada, por lo que debería enfrentarse a los japoneses solo con las unidades de la flota del Báltico, que eran una extraña colección de buques, muchos de ellos muy antiguos.

En los primeros días de la larga singladura tuvo lugar el incidente de Dogger Bank, que estuvo a punto de romper las ya delicadas relaciones anglo-rusas. En las primeras horas de la noche del 8 de octubre el buque de reparaciones *Kamchatka* informó que estaba siendo atacado, algo que parecía creíble en el ambiente de psicosis y temor a un ataque japonés que reinaba en escuadrón ruso y que había hecho pensar a algunos que unidades niponas podían haber llegado nada menos que al mar del Norte. Dogger Bank, donde se produjo el incidente, era un gran banco de arena situado a unas 60 millas al este de la costa inglesa. En un determinado momento, tras el aviso del *Kamchatka*, Rozhestvenski creyó ver con sus prismáticos un torpedero y dio la orden de abrir fuego a los cañones de su buque insignia, el *Suvarov*. Muy poco después se comprobó que el supuesto enemigo eran unos modestos barcos pesqueros ingleses, que fueron hundidos. Pero el cañoneo del *Suvarov*, que apenas duró diez minutos, produjo daños en otros dos buques de la flota, el *Donskoi* y el *Aurora*, algunos de cuyos hombres quedaron heridos, incluido el capellán de este último, que acabó muriendo, convirtiéndose en la primera víctima de la expedición. El «fuego amigo» producía las primeras bajas en el escuadrón. El almirante ruso, convencido de que los supuestos torpederos —que seguía creyendo haber visto— no podían estar muy lejos e ignorante de quiénes eran sus víctimas, ni siquiera se detuvo para recoger a los pescadores náufragos. Una actitud considerada, con razón, intolerable por los británicos, que agravó aún más las consecuencias del incidente y que estuvo a punto de ampliar el conflicto, pues, no lo olvidemos, Gran Bretaña era aliada de Japón.

Cuatro días después del incidente de Dogger Bank, también llamado de Hull, el escuadrón llegó a Vigo, ante la aprensión de las autoridades españolas, que, informadas del incidente y de su repercusión en la situación internacional, no sabían cómo reaccionar. El capitán de navío José María Blanco Núñez ha relatado con precisión las incidencias de esta escala en Vigo en el artículo ya citado de la *Revista General de Marina* (agosto-septiembre de 2004)¹⁴. Cuando ya estaba muy avanzada la primavera de 1905, la flota arribó a aguas del mar de la China. Caído Port Arthur desde diciembre, la presencia de la flota rusa en aquellos mares carecía, militarmente, de cualquier sentido. Agotados tras la larga travesía, se obligaba a los marinos rusos a enfrentarse con la flota japonesa, que estaba casi indemne y que tenía a su frente al habilísimo almirante Togo.

Las flotas rusa y japonesa se encontraron frente a frente el 14 de mayo, según la datación rusa

(27 de mayo, según el calendario occidental), en el estrecho de Tsushima, entre Corea y el archipiélago nipón. Rozhstvenski tardó en percibir la presencia y situación de los japoneses e, inadvertidamente, se metió en un cuello de botella. Muy pronto un nuevo explosivo japonés, la *shimosa*, empezó a hacer estragos en las naves rusas, que quedaron convertidas en infiernos flotantes. Cuarenta minutos después de iniciado el duelo entre los dos almirantes, el *Suvarov* había quedado fuera de juego y, apenas una hora después, corría la misma suerte el *Alejandro III*, que le había sucedido como buque insignia. Diversas vicisitudes afectaron a los barcos de la flota rusa, todas ellas tristes, aunque no exentas de rasgos de heroísmo, pero el resultado era evidente: el Segundo Escuadrón del Pacífico había sido aniquilado por los japoneses.

Los rusos, derrotados por tierra en Mukden, se veían ahora de nuevo derrotados en el mar, en Tsushima. Era ya imposible continuar la contienda. Después de la batalla se concluyó un armisticio, pues aunque ninguno de los dos contendientes estaba totalmente agotado, ni uno ni otro deseaban proseguir la guerra. Los rusos se habían quedado sin flota, pero contaban aún con numerosas tropas de tierra, pero no solo estaban en mala posición, sino que tenían que enfrentarse con la revolución que había estallado en la metrópoli, además de haberse agotado por completo los recursos financieros disponibles. Pero, sobre todo, se sentían hundidos moralmente, con el prestigio por los suelos dentro y fuera del país, y no estimaban realista la continuación de la lucha, a pesar de que el general Nikolai Linevich, que había sustituido a Kuropatkin como comandante en jefe, se mostraba dispuesto a pasar a la ofensiva. Los japoneses, por su parte, tenían también sus arcas agotadas y no se sentían con la fuerza suficiente como para dar a los rusos el golpe decisivo. Además, se encontraban muy satisfechos de lo que habían conseguido. Habían expulsado a los rusos de Corea, se habían acercado a Vladivostok, habían ocupado Sakhalin y habían logrado desembarcar un contingente en la desembocadura del Amur. Y, por supuesto, se habían apoderado de Port Arthur.

En secreto, Japón se dirigió a Estados Unidos, cuyo presidente, Theodore Roosevelt, acogió favorablemente la propuesta de mediación. Si en Washington habían contemplado con preocupación la consolidación del poder ruso en el Pacífico, no les inquietaba menos que Japón se constituyera en la potencia hegemónica en la orilla asiática del océano. Por eso los americanos se prestaron a patrocinar las negociaciones de paz, con el decidido propósito de lograr un cierto equilibrio entre los contendientes. No querían que el ganador se lo llevase todo ni que el perdedor quedase demasiado humillado.

La conferencia de paz se celebró en Portsmouth (New Hampshire) y el plenipotenciario ruso fue Sergei Witte, que siempre se había mostrado contrario a la guerra con los nipones. Era una clara señal de que Rusia deseaba verdaderamente la paz. El tratado de Portsmouth (agosto/septiembre de 1905) estableció que ambas potencias retirarían sus tropas de Manchuria, retirada que debía estar completada, según una convención posterior firmada en octubre, en abril de 1907. Rusia cedía a Japón sus derechos de arrendamiento sobre Port Arthur y el territorio adyacente; aceptaba la partición de Sakhalin a lo largo de paralelo 50 grados, con lo que las dos

bahías más grandes y más útiles de la isla quedaban en la zona japonesa, pero ambas potencias aceptaban la neutralización de la misma y se comprometían a no obstaculizar la navegación en los estrechos de Tatar (que separa a la isla del continente) ni de La Perouse (situado al sur y que la separa del archipiélago de Japón). Rusia cedía a Japón la mayor parte del Ferrocarril de Manchuria del Sur y se comprometía a que en la explotación del Ferrocarril de la China Oriental no perseguiría «propósitos estratégicos». Finalmente, Rusia reconocía a Japón «intereses políticos, militares y económicos prominentes» en Corea y se comprometía a no oponerse a cualquier tipo de medidas que Japón considerara conveniente adoptar en esa península. Rusia renunciaba a cualquier «concesión exclusiva en Manchuria» y concedía derechos de pesca a los japoneses en las costas rusas de los mares de Japón, Okhostk y Bering.

Riasanovsky se encuentra entre quienes estiman que los rusos quedaron bastante bien y escribe que «las cláusulas del tratado de Portsmouth llevaban la impronta de la hábil diplomacia de Witte [...] y representan, en conjunto, una solución bastante satisfactoria para Rusia». Y destaca no solo que, a pesar de la insistencia de Japón, no se previó ninguna indemnización de guerra, sino también que el gobierno ruso había concluido la paz en el momento oportuno, ya que cuando se firmó el armisticio, el país estaba ya enredado en lo que se había de llamar la Revolución de 1905¹⁵.

Indirectamente, la derrota rusa en la guerra contra Japón facilitó el fin del secular enfrentamiento con Gran Bretaña. Efectivamente, terminada la guerra, en Londres evolucionaba la situación a favor de un entendimiento con Rusia, secular rival en Asia central en el marco del Gran Juego. El secretario del Foreign Office, *sir* Edward Grey, que apostaba por la consolidación de la «Entente cordial» anglo-francesa, lo expresará netamente más adelante: «No podemos proseguir a la vez una política de entendimiento con Francia y otra dirigida contra Rusia». Al mismo tiempo, el nuevo ministro ruso de Exteriores, Izvolsky, tras la frustración que supuso la derrota en Extremo Oriente, estimaba que Rusia debía volver a desarrollar una política balcánica que, sin duda, encontraría la oposición de Austria-Hungría y aseguraba que había que buscar apoyos diplomáticos, dada su debilidad militar después de la derrota. Parecía difícil, en ese sentido, reforzar la alianza franco-rusa sin contar con el nuevo aliado de los franceses, Gran Bretaña. Como fruto de las negociaciones se llegó al acuerdo anglo-ruso de 30 de agosto de 1907. Por sus cláusulas, Tíbet se convertía en un Estado «tampón» neutral y Rusia renunciaba al contacto directo con Afganistán, medidas todas ellas que garantizaban la seguridad de la frontera noroeste de India, principal objetivo estratégico británico. Seguramente la parte más importante del acuerdo era la que versaba sobre Persia, que se dividía en zonas de influencia. La parte norte, al sur del Cáucaso, del mar Caspio y del Turkestán ruso, quedaba bajo la influencia rusa; el sureste, fronterizo con India y ribereño del golfo de Omán, bajo la británica, y la zona central, que incluía la costa del Golfo, sería neutral. Escribe Taylor que ninguna de las dos partes abordó la cuestión del petróleo y que «fue completamente por accidente que los británicos quedaran mejor situados al respecto»¹⁶. Esta opinión está confirmada por la del ministro inglés en Teherán, que estimaba que la zona atribuida a Gran Bretaña era «incapaz de desarrollo económico». Con este acuerdo de 1907 quedaba bien a la vista el interés político del gobierno de Londres por llegar a un

buen entendimiento con Rusia. Alemania quedaba excluida, pero, deseoso de mantener buenas relaciones con Berlín, Izvolski había tenido buen cuidado de poner al día a los alemanes antes de concluir el acuerdo. La reconciliación ruso-británica quedó confirmada en junio de 1908 cuando Eduardo VII y Nicolás II se encontraron en Reval (la actual Tallin, capital de Estonia). El Gran Juego había concluido.

LA REVOLUCIÓN DE 1905 Y SUS CONSECUENCIAS. LAS DUMAS.

El asesinato de Plehve el 15 de julio de 1904 y el nombramiento para sustituirle del príncipe Sviatopolk-Mirski, hombre moderado y de talante tolerante, hizo pensar a los más optimistas que Rusia podría haber dejado atrás su etapa más negra de autoritarismo y represión. El nacimiento en el mismo año 1904 en la familia del zar de un heredero masculino, después de cuatro hijas, fue considerado un feliz acontecimiento, heraldo de una época más benigna. Pero la alegría duró muy poco, una vez que se constató que el recién nacido padecía la terrible enfermedad de la hemofilia. La guerra con Japón también ensombreció el panorama, cuando las reiteradas derrotas en mar y tierra hicieron comprender a los dirigentes rusos que se las tenían que ver con un enemigo muy difícil. Las esperanzas se esfumaron enseguida y la vida cotidiana de los rusos ordinarios ni experimentó ninguna mejoría notable ni se libró de la represión y de la falta de horizontes.

Sobre este fondo de inquietud y resistencia, de reacción y represión, que se incrementa en Rusia en el tránsito del siglo XIX al XX, y que se agigantó aún más con el comienzo de la guerra con Japón, se fueron acumulando los elementos que hacían más que probable un estallido revolucionario. Faltaba una chispa para producir el incendio, como anunciaba el título de la revista de los bolcheviques, que, por cierto, no desempeñaron ningún papel destacado en el proceso. La chispa saltó inesperadamente y por pura casualidad el 22 de enero de 1905 (9 de enero, según el calendario juliano, vigente todavía en aquel momento en Rusia), una fecha que ha pasado a la historia con el nombre de «domingo sangriento» o «domingo rojo». Ni los bolcheviques ni ninguno de los otros partidos políticos que, como hemos dicho, ya existían y funcionaban, por supuesto en la clandestinidad, tuvieron nada que ver con el acontecimiento que desencadenó aquel abortado proceso revolucionario. Solo a Plekhanov se le puede atribuir una cierta capacidad de previsión cuando afirmó que el desastre de Port Arthur removería los fundamentos el régimen de Nicolás II como la derrota de Sevastopol lo hizo con el de Nicolás I. De la gravedad de la situación puede dar idea que en el número de Año Nuevo de la revista *Novoe Vremia* (Nuevos Tiempos), órgano que gozaba de todas las bendiciones del poder, se había

afirmado «no es posible vivir por más tiempo de esta manera», frase que se repitió después insistentemente. La propia clase política del régimen entendía que había que cambiar para sobrevivir. Pero ni Nicolás II ni su entorno inmediato parecían darse cuenta de la tempestad que se avecinaba.

Aquel 9/22 de enero, una gran manifestación pacífica, portando retratos del propio zar e iconos de las más veneradas imágenes, se dirigió hasta el Palacio de Invierno de San Petersburgo con la pretensión de presentar a Nicolás II —que, por cierto, no se encontraba allí— una serie de peticiones, extraídas muchas de ellas del programa de los liberales: asamblea constituyente, sufragio universal y secreto, plenitud de libertades civiles, responsabilidad de los ministros «ante el pueblo», igualdad de todos ante la ley, además de otras de carácter social y fiscal, como la jornada de ocho horas, impuesto progresivo sobre la renta, seguridad social para los trabajadores, derecho de huelga y fin de la guerra de Extremo Oriente. Al frente de la manifestación se encontraba el padre o pope Gapón, antiguo capellán de prisiones que, con estímulo y permiso oficial, había fundado una especie de «sindicato amarillo», protegido por la policía. Carrère d'Encausse escribe que «Gapón no era ni un agente provocador, ni un simple instrumento de la policía. De ahí su misterio y su fuerza. Él creía en lo que estaba haciendo: su aspiración era reconciliar al zar con su pueblo y, por eso mismo, actuaba abiertamente y, desde 1904, se había convertido en el dirigente del movimiento sindical de la capital». Este extraño personaje —«cuyo carisma era real»— había llegado a agrupar en su sindicato a 18.000 o 20.000 obreros, una cifra muy importante y, desde luego, muy superior a la de los inscritos en los movimientos sindicales de los socialdemócratas. Cuando en diciembre de 1904 se produjo un conflicto en las fábricas Putilov, con motivo del despido de algunos obreros, Gapón se puso al frente del movimiento que exigía su readmisión y, tras el fracaso de su intento, se generaron una serie de huelgas de solidaridad y se fue conformando la idea de una huelga general. Pero Gapón no pensaba en la revolución y solo aspiraba a presentar, respetuosa y pacíficamente, al soberano la causa del pueblo¹⁷. Por las intenciones de quien dirigía la manifestación y por la suplicante actitud de los manifestantes era imposible prever un desenlace sangriento. Aquella riada de gente que se dirigía hacia el Palacio de Invierno era el prototipo de la manifestación pacífica.

Por causas que no están plenamente aclaradas —aunque se lanzaron hipótesis que atribuían el incidente a una provocación voluntaria— el ejército disparó contra los manifestantes con el resultado de unos 150 muertos y varios centenares de heridos. La conmoción en toda Rusia fue enorme y en los días siguientes indignadas masas de trabajadores urbanos de otras ciudades se echaron a la calle, siguiendo el rastro de las de San Petersburgo. Una huelga prácticamente general se adueñó de una buena parte de Rusia. Como señala Riasanovsky, «según testimonio de muchas fuentes dignas de crédito, [la matanza] entrañó la ruptura decisiva entre el zar y los numerosos obreros que, hasta el “domingo sangriento” le habían seguido siendo fieles»¹⁸. Carrère d'Encausse ha insistido en que la más grave consecuencia política del «Domingo sangriento» fue la ruptura del vínculo secular que había unido al zar con su pueblo. En su libro *La malheur russe* escribe: «A pesar de la pompa que, al hilo de los siglos, había invadido cada vez más la corte, el contacto entre soberano y pueblo se había mantenido vivo durante mucho tiempo, de padre a hijo. Pero

progresivamente [...] este vínculo emocional se había ido atenuando, hasta desaparecer con Nicolás II». En su biografía sobre este zar, al comentar las cifras de muertos y heridos del «domingo sangriento» insiste en esta idea:

El verdadero balance está en las consecuencias políticas de esta sangrienta jornada. Ante todo, es la imagen del zar, padre del pueblo, que queda rota. Ha dejado masacrar a sus súbditos, esto es lo que queda en la conciencia colectiva; y la confianza popular en un soberano bueno, pero mal aconsejado, no se restaurará jamás. Además, la autocracia queda condenada en todos los espíritus, salvo en los que la hacen funcionar y en sus más irreductibles partidarios. Y esta masacre se añade, en la memoria popular, a las vidas sacrificadas en una guerra inútil. ¿Qué pasa, pues, con este régimen que no sabe más que matar o dejar matar?¹⁹.

La respuesta del régimen a las huelgas que se extendían por doquier fue la declaración de la ley marcial en San Petersburgo, con el general Trepov, un «halcón» próximo al gran duque Sergio, encargado de aplicarla, en virtud de su nombramiento como gobernador general de la capital. Un brutal despliegue de represión devolvió el orden a la capital en cuestión de días. Sviatopolk-Mirski, que, dimitido, se mantenía aún en Interior, fue al fin sustituido por Aleksandr Bulygin. Cediendo, al fin, mínimamente, ante las fuertes presiones que había tenido que sufrir desde que llegó al trono, Nicolás II firmó el 18 de febrero de 1905 tres documentos por medio de los cuales trataba de contentar a todos, a costa de hacer promesas claramente contradictorias entre sí. El primero de estos documentos es el que se ha llamado «el manifiesto de febrero», que parece deberse, una vez más, a la inspiración y la pluma de Pobodonostsev. En él el zar anuncia su voluntad de mantener la autocracia y llama a su defensa a todos los ciudadanos de buena voluntad. El segundo es un rescripto dirigido al nuevo ministro del Interior, Bulygin, en el que se expresa la voluntad imperial de convocar una asamblea consultiva, que asociaría a los ciudadanos al trabajo legislativo. El tercero es un *ukase* dirigido al Senado en el que se anuncian medidas de tolerancia religiosa y de alivio de las normas represivas que pesaban sobre las minorías étnicas.

Pero el régimen zarista seguía sin calibrar adecuadamente todo lo que estaba pasando y es increíble constatar cómo todavía en julio el gobierno insistía en medidas como la de una asamblea puramente consultiva, que, lógicamente, produjo una pésima impresión. Sobre todo porque un nuevo manifiesto imperial, publicado el 19 de agosto, en la misma línea del manifiesto de febrero, condenaba a los revoltosos y reafirmaba la autocracia, llamando a los súbditos leales a su defensa. La ceguera del régimen para tomar nota de la nueva situación y para recuperar la iniciativa era increíble. Contemplados aquellos sucesos con perspectiva histórica se puede concluir que nadie hizo más para derribar al zarismo que Nicolás II y sus supuestos leales. No cabe duda de que si el régimen autocrático hubiera estado a la altura de las circunstancias —y, en consecuencia, hubiera iniciado los pasos hacia su propia y efectiva disolución—, Rusia se habría librado de la Revolución bolchevique de 1917. El nuevo manifiesto arrancó a los optimistas las últimas esperanzas de que Rusia entrara por la vía de la modernización. La misma decepción general produjo la publicación de una ley que convocaba elecciones para una Duma de Estado de carácter consultivo que sería elegida indirectamente por un cuerpo electoral reducido, que discriminaba a

muchas categorías de ciudadanos. Esta Duma quedaba sometida totalmente a la voluntad del zar, que podía disolverla en cualquier momento y que fijaba su calendario y su orden del día. Además, los diputados, que no disfrutarían de inmunidad parlamentaria, tenían que aceptar el principio de la autocracia y jurar su acatamiento. Solo la promesa, reiterada una vez más, de una mayor tolerancia religiosa o la de derogar algunas leyes que discriminaban a las minorías étnicas tenían un cierto carácter positivo, en cualquier caso insuficiente. El fracaso de la iniciativa fue total y mostraba hasta qué punto el gobierno había perdido todo contacto con la bullente sociedad rusa²⁰.

En el verano de 1905 se multiplicaron las huelgas y las revueltas campesinas en muchas provincias. Se registraron, incluso, motines militares, el más conocido de los cuales fue el del acorazado *Potemkin*, inmortalizado por una película de Eisenstein, al servicio de la propaganda soviética. El zar y su entorno se mostraban incapaces de entender el proceso que se desarrollaba a su vista y, menos aún, encauzarlo o dirigirlo. El propio zar, que ya tiene plena constancia de que su hijo y presunto heredero está afectado por la hemofilia, se encuentra anonadado y se muestra incapaz de reaccionar ante tanto conflicto que le desborda.

Como protesta contra las torpes medidas del régimen, que no era capaz de darse cuenta de que los rusos ya no se conformarían con menos que con un régimen que implicase el fin de la autocracia, entre el 20 y el 30 de octubre se produjo una gigantesca huelga general, de la que se ha dicho que «fue la más grande, la más seguida y la más eficaz de todas las huelgas de la historia»²¹. La huelga empezó en Moscú el 7 de octubre promovida por el Sindicato de Ferroviarios, que no solo pedían mejores salarios y jornada de ocho horas, sino también reivindicaciones políticas como libertades civiles y una asamblea constituyente democráticamente elegida. A partir de aquel comienzo la huelga se generalizó y se sumaron a ella, además de los ferroviarios, sus iniciadores, los médicos, los estudiantes, los impresores, los funcionarios de correos y telégrafos, los profesores y los actores y bailarines de los teatros imperiales. En algunas ciudades se levantaron barricadas y hubo choques entre huelguistas y policías. La huelga fue ocasión para que, a través de innumerables reuniones, las reivindicaciones de los huelguistas y de los partidos políticos se aireasen y divulgasen por todo el país. Además, en el curso de la misma apareció espontáneamente una institución que había de tener una enorme relevancia en la historia posterior de Rusia; nos referimos a los *soviets*. Después de los creados en los Urales y en Ivanovo-Voznessensk, el 13 de octubre, ya en plena huelga general, se constituyó el *soviet* o consejo de los trabajadores de San Petersburgo, que había de cobrar una enorme importancia en el proceso revolucionario ruso y que se transformó rápidamente en un auténtico poder obrero. Ante la inacción de las autoridades, este *soviet* asumió funciones administrativas, como lo hicieron los que se constituyeron en otras ciudades, como el de Moscú, formado a finales de noviembre.

Ante esta gran eclosión popular al régimen no se le ocurrió reaccionar con alguna medida inteligente. Solo Witte percibió en profundidad el sentido de los acontecimientos y dio un vuelco a sus propias ideas: si en febrero había manifestado que el programa liberal era excesivo y que el gobierno representativo solo significaría anarquía y terror rojo, hasta el punto de que afirmó que lo que Rusia necesitaba era un dictador, el 6/13 de octubre sometió al zar un informe que contenía un preciso análisis de la situación y, como escribe Rogger, «casi parecía un miembro de la

intelligentsia liberal a la que poco tiempo antes había descrito como no representativa del país». Witte partía del reconocimiento de una grave situación que él veía como un levantamiento general de la sociedad, ante la cual, le decía al zar, solo cabían dos respuestas: una dictadura militar, que consideraba impracticable porque faltaban los medios para imponerla y, sobre todo, el hombre capaz de encarnarla, o bien una política de acomodación a la situación, que implicaba abordar la realización de una serie de reformas indispensables. Witte se inclinaba, desde luego, por la segunda alternativa y en su memorándum hacía suyos aspectos importantes del programa liberal y propugnaba la introducción de garantías para la inviolabilidad de los ciudadanos, las libertades de prensa, conciencia, reunión y asociación, así como la igualdad de todos los rusos ante la ley. Le parecía absolutamente imprescindible un gabinete de ministros capaz de aplicar una política uniforme y, desde luego, una Duma cuyas decisiones entendía que no entrarían en conflicto con el interés nacional. «Tenemos fe —concluía— en el tacto político del pueblo ruso porque es impensable que quiera la anarquía, que amenazaría, además de con todos los horrores del conflicto civil, con el desmembramiento del Estado». Witte no aludía para nada a una Constitución, ni insinuaba la supremacía de la Duma sobre el zar, pero, a pesar de la prudencia de las palabras empleadas, era evidente que lo que él describía se alejaba ya de la autocracia y suponía la aceptación de un principio de constitucionalidad, es decir, de limitación del poder.

Aunque todavía Nicolás consideró la idea de la dictadura militar, el fracaso de Trepov, que no lograba imponer el orden en la capital y, en general, la degradación de la situación le inducen a aceptar, con las mayores reticencias, algunas de las ideas de Witte, sobre todo después de que el influyente gran duque Nicolás le convenciera de que Rusia carecía de los medios necesarios para aplicar una política de fuerza. De este modo, el 18 de octubre se publicó el llamado «Manifiesto de Octubre», que hacía suyas algunas de aquellas ideas, como el consejo de ministros, dirigido por un primer ministro. Esta idea se convirtió al día siguiente en norma legal y Witte fue designado primer ministro. El manifiesto prometía también la plenitud de los derechos civiles, incluido el sufragio universal, y establecía como «principio incommovible» que ninguna ley sería efectiva sin la aprobación de los representantes elegidos por el pueblo. El manifiesto —que no hablaba para nada de Constitución, pero que tampoco aludía a la autocracia— es un documento de la máxima importancia en la historia de Rusia y algunos historiadores, como Carrère d'Encausse, Riasanovsky y Florinsky, han afirmado que con él el país se transformó en una monarquía constitucional. Una afirmación que se puede discutir, porque, aunque se introducían algunas limitaciones en el ejercicio del poder, lo cierto es que Nicolás II no renunció nunca expresamente a la autocracia. Pero el impacto del manifiesto en toda la sociedad rusa fue enorme y si algunos lo saludaron como el primer paso hacia la ansiada liberación, otros dudaron de la sinceridad de las intenciones del régimen y de su máximo representante. Como llegó a decir un liberal «kadete», V. D. Nabokov: «No podemos creer que los lobos de ayer se hayan transformado milagrosamente en los corderos de hoy». En el otro extremo del espectro político, los que podríamos llamar «ultras», más zaristas que el propio zar, empezaron a organizarse en bandas de «patriotas», como las denominadas «Centurias Negras» (a veces traducidos como «Cien Negros»), que se dedicaron a atacar a los revolucionarios, a los liberales, a los judíos, a los estudiantes, en suma, a todas las

categorías de ciudadanos, culpables en su opinión, de haber socavado el régimen zarista.

Witte, jefe ya del gobierno de Rusia, se dio cuenta de que eran necesarias nuevas leyes y nuevas instituciones, pero también nuevos hombres. Por ello, prescindió inmediatamente del más nefasto de los ministros de los gobiernos anteriores, Pobedonostsev, pero fracasó en su propósito de incluir a algunas de las personas más significativas del movimiento reformista moderado. Tal fue el caso de líder de los *zemstva*, Shipov, y de otros conocidos liberales, incluidos los que habrían de ser llamados «octubristas», que aceptaban el manifiesto imperial. Estos «no querían servir junto con un hombre que, tan claramente, era un producto de lo más odioso del viejo orden». La inclusión en el gobierno de Durnovo como ministro del Interior tampoco facilitó la adhesión de otras personalidades independientes. Pero el juicio de la posteridad ha sido bastante duro con los «kadetes» liberales porque se piensa que si hubieran colaborado con el experimento de Witte quizá la evolución hubiera sido diferente. En lenguaje que entenderían bien los españoles de finales del siglo XX, se podría decir que los «kadetes» optaron por la «ruptura», que en aquel momento era totalmente imposible porque, aunque en pérdida creciente de popularidad y de legitimidad, el zarismo era todavía demasiado fuerte y solo podía pensarse en una «reforma», que, con patentes limitaciones, era lo que quiso poner en marcha Witte, que conocía muy bien hasta dónde podía llegar. Aun si Witte hubiese deseado concederla, era seguro que el emperador vetaría la asamblea constituyente que pedían los «kadetes»²². El caso es que Witte, que, como escribe Carrère d'Encausse, «soñaba con un verdadero ministerio *político*, representativo de la sociedad, se vio forzado a rodearse de funcionarios». Apenas asumida la dirección del gobierno, Witte decretó una amnistía política (21 de octubre), que permitió el regreso de muchos exiliados que vinieron a fortalecer a las organizaciones revolucionarias. Pero la amnistía se estimó insuficiente por la oposición, y a los sectores más conservadores del régimen les pareció un escándalo²³.

La violencia, tanto la revolucionaria como la reaccionaria de las «Centurias Negras», que se cebaba en los judíos, no cesó y durante el invierno 1905-1906 la agitación se extendió por todas las zonas rurales del imperio, hasta el punto de que algunos autores, como Service, estiman que «solo el hecho de que Nicolás II pudiera seguir contando con gran número de regimientos que no se habían enviado a combatir al Extremo Oriente le permitió seguir en el trono». Y añade que «el zar estuvo en un tris de ser derrocado»²⁴.

Pero el gobierno se decidió a imponer el orden a cualquier precio y su reacción fue patente sobre todo a partir del otoño de 1905; jugó a su favor el resquebrajamiento de la unidad de la oposición y el cansancio de una buena parte de los ciudadanos, hartos, después de tantos meses, de la confusión y del desorden permanentes. La convocatoria de una nueva huelga general el 1 de noviembre no solo chocó con la hostilidad del público, sino con el poco entusiasmo de una parte de los trabajadores. Como el *soviet* de San Petersburgo era el motor principal de la agitación revolucionaria, la represión del gobierno se cebó especialmente en sus componentes. En noviembre fue detenido el presidente del Comité Ejecutivo del *soviet*, Nosar, y, solo una semana después, su sucesor, Trostki, que hacía sus primeras armas revolucionarias, junto con 256 delegados. La ley marcial, extendida a cuarenta y una provincias, se aplicó con enorme dureza. En

San Petersburgo, un regimiento de la Guardia —junto con los soldados de la guarnición local, que los revolucionarios habían pensado que se pasarían a su bando— destruyó las barricadas levantadas por los revoltosos, haciendo uso de la artillería, con el resultado de un número de muertos entre 500 y 1.000.

Mientras se volcaba en la represión, el gobierno daba nuevos pasos en el camino de las reformas, como las normas relativas a la prensa, promulgadas el 24 de noviembre, que suprimían la censura previa, si bien estableciendo penas de multa y cárcel para los editores de publicaciones que, en opinión de los funcionarios correspondientes, se hubieran excedido en el ejercicio de sus derechos. Witte consiguió que el zar accediera a que Finlandia recuperara su estatuto de autonomía (22 de octubre), pero, paradójicamente, en Polonia se establecía la ley marcial. El primer ministro encargó a su ministro de Agricultura, Kutler, un proyecto de reforma agraria que preveía la nacionalización de todos los dominios de más de mil hectáreas, la redistribución de las tierras, en usufructo, a los campesinos y la indemnización de los propietarios expropiados. Pero al zar le pareció un proyecto demasiado avanzado y cesó sin más a Kutler. En la misma línea de las reformas de Witte, hay que referirse a la ley electoral de 11 de diciembre de 1905, con arreglo a la cual se elegiría a la Primera Duma. Se concedía un amplio derecho de sufragio —sobre todo si lo comparamos con el proyecto Bulygin—, que, sin embargo, no solo estaba lejos de ser universal, sino que era indirecto, desigual y discriminatorio²⁵.

Pero, decididamente, el zar no se sentía a gusto con un primer ministro como Witte, cuya personalidad le desbordaba, y le pidió la dimisión. Así pues, antes incluso de que la Duma se constituyera, Witte, que había sido el motor del proceso, fue despedido de su cargo de presidente del Consejo de Ministros, una vez que había obtenido el nuevo préstamo francés que, como subraya Rogger, permitía al gobierno un amplio margen de independencia respecto de la Duma. «Nicolás, que le agradeció ese éxito, también le consideraba el autor de sus desgracias y le criticó por los resultados de las elecciones». Fue sucedido por un viejo burócrata, Goremykin, chapado a la antigua e incapaz, por tanto, de adaptarse a la nueva situación y, menos aún, de colaborar con la Duma. De su insignificancia da idea que se le llamara «Su Ilustre Indiferencia». Poco más de medio año (octubre de 1905-abril de 1906) había durado el gobierno Witte. Como una de las acusaciones del zar contra Witte era la incapacidad de este para restablecer el orden, también fue cesado el ministro del Interior, Durnovo, al que sucedió Piotr Arkadevich Stolypin, un alto funcionario que se había distinguido como gobernador, primero en Grodno (1902) y desde 1903 en la difícil provincia de Saratov, donde combinó su preocupación por la cuestión agraria con un implacable rigor contra las frecuentes revueltas campesinas. Carrère d'Encausse comenta: «Un presidente del Consejo de Ministros débil, un ministro del Interior fuerte: Nicolás II estima haber encontrado una buena combinación para restaurar el orden, recuperando además su autoridad sobre el gobierno»²⁶.

La Duma, que el mismo Rogger afirma que «no era un parlamento y [que] ni siquiera suponía la implementación de los principios proclamados el 17 de octubre», debía reunirse el 27 de abril de 1906. Cuatro días antes, el 23 de abril (6/10 de mayo según el calendario juliano), se dieron a conocer la Leyes Fundamentales, que se configuraban como la norma suprema del ordenamiento

jurídico ruso, esto es, una especie de Constitución, pero poco acorde con el significado que los liberales daban a este concepto, que implica siempre una limitación del poder, poco visible en estos textos si tenemos en cuenta que al emperador no solo se le atribuían inmensos poderes, sino que conservaba el simbólico y expresivo título de «autócrata» (aunque se había hecho desaparecer el adjetivo «ilimitado» que le había acompañado en otros tiempos), lo que hace difícil que se pueda hablar de «monarquía constitucional». Entre estos poderes que conservaba el zar se contaban el control total del poder ejecutivo, de las fuerzas armadas, de la política exterior, el poder de declarar la guerra y acordar la paz, las normas sobre sucesión en el trono, el control de la corte imperial y de los dominios imperiales, y otros de diversa importancia, como el del seguir siendo supremo dirigente de la Iglesia ortodoxa rusa. Era el zar quien convocaba las sesiones anuales de la Duma, respecto de la cual se arrogaba el derecho de disolución y el de veto de las medidas acordadas por la Cámara. Asimismo conservaba el derecho de promulgar *ukases* con fuerza de ley, que, sin embargo, debían ser sometidos a la aprobación de la Duma en la siguiente sesión de la misma, a más tardar dos meses después de que se iniciase esta última.

Por otra parte, los poderes legislativos y presupuestarios de la Duma estaban sometidos a estrecha regulación: así, se le escapaba el cuarenta por ciento del presupuesto, y carecía de cualquier competencia en los capítulos relativos a Ejército, Marina, Corte imperial y deuda pública. Los ministros eran responsables exclusivamente ante el emperador y podían ser preguntados por los diputados sin que estuvieran obligados a responder ni ser obligados a dimitir por un voto de censura. Solo podían ser sometidos a interpelación de acuerdo con una compleja normativa, ya que este derecho no correspondía a los diputados individuales, sino a la Cámara en su conjunto. A la vieja institución del Consejo de Estado se la constituía de hecho como una Segunda Cámara, con iguales derechos que la Duma, lo que socavaba gravemente los ya recortados poderes de esta, de la que se convertía en un eficaz contrapeso. En su conjunto, estas Leyes Fundamentales produjeron el descontento de toda la oposición. El líder «kadete» Miliukov las calificó como «un empeoramiento de las peores partes de las peores constituciones europeas», y el autor de un panfleto que circuló por aquellas fechas, Rubakin, dijo que las leyes no eran mejores que la Constitución que Abdul Hamid había dado a los turcos en 1876, que había sido suspendida un año después.

Según datos del historiador americano Warren B. Walsh, que recoge Riasanovsky, de los 497 miembros de la Primera Duma, la minoría mayoritaria (con el 38 por 100 de los escaños) era la de los «kadetes», con 184 diputados; 124 pertenecían a diversos grupos de izquierda; 45 eran de diversas formaciones de derechas; 32 a grupos nacionales o religiosos, como polacos o musulmanes y 12 no tenían adscripción política. Los «kadetes» no solo eran los más numerosos, sino también los mejor organizados y los que tenían dirigentes mejor preparados y más prestigiosos. De los «kadetes» se separaron los «octubristas», que aceptaban el Manifiesto de Octubre como base suficiente para una monarquía constitucional, mientras que el núcleo duro del partido se sentía muy insatisfecho y aspiraba a que fuera rápidamente superado. Se puede decir que la izquierda estaba infrarrepresentada, pues tanto los social-demócratas como los socialistas revolucionarios habían boicoteado las elecciones²⁷.

El 27 de abril (1906) el zar inauguró las sesiones de la Duma, pero —detalle significativo— no en la sede de esta, el Palacio Táuride, que había sido la residencia de Potemkin, el favorito de Catalina la Grande, sino en la sede imperial, el Palacio de Invierno, lo que mostraba quién tenía la primacía en el nuevo esquema institucional. La Duma preparó una respuesta al deslavazado discurso del Trono, aprobada por unanimidad, en la que se volvía sobre los grandes temas del programa liberal: sufragio universal, elecciones directas, estricta garantía de los derechos civiles, gobierno responsable ante la Duma, supresión del Consejo de Estado y expropiación de las tierras. Además, se pedía el castigo de quienes violaban los derechos civiles, así como el fin de las expediciones de las escuadras paramilitares, de los pogromos contra los judíos, de la pena de muerte y de la vigente ley marcial. Pero Nicolás se negó a recibir al presidente de la Duma, que se disponía a entregarle esa respuesta, y exigió que se le transmitiese por los canales ordinarios, es decir, a través de Goremykin, presidente del Consejo de Ministros. Era evidente que, con esta desairada actitud, las relaciones entre el zar y la Duma no iban a ser fáciles ni pacíficas. Para que no hubiera ninguna duda, el nuevo primer ministro, Goremykin, leyó el 13/26 de mayo, ante una Duma que le escuchó con un tenso silencio, una declaración en la que se afirmaba que las demandas de la Cámara eran inadmisibles o intempestivas porque violaban tanto las Leyes Fundamentales como la prerrogativa imperial y la seguridad del Estado. La respuesta de la Duma, tras un tenso debate, fue un voto de censura, que implicaba la petición de dimisión del gobierno.

Desde el primer momento era, pues, evidente que cualquier intento de colaboración entre el gobierno y la Duma era imposible, tanto por la intransigencia de esta como, sobre todo, por el patente propósito de gobernar sin tenerla en cuenta, relegándola a una posición subordinada. La tensión entre el gobierno y la Duma llegó a tal extremo que, tras 73 días y 40 sesiones totalmente infructuosas, el zar decidió disolver la Primera Duma el 9 de julio (1906), con el propósito de convocar nuevas elecciones, de las que, previa modificación de la ley electoral, esperaba que saliera una asamblea más dócil.

A pesar de su fracaso y de su fugacidad, la Primera Duma deja en la historia de Rusia y del zarismo una marca indeleble: la de la irreversibilidad de la situación y de la institución que la encarna. A Nicolás le habría encantado olvidarse de una asamblea que, a la vista de la primera experiencia, solo servía para complicar aún más la compleja tarea de gobernar el imperio. En su entorno, además, eran muchos los que le aconsejaban que se olvidara de una institución que era extraña a las tradiciones rusas y que, según estos elementos reaccionarios, podría convertirse en la piqueta que destruyera el entero sistema zarista. Pero estas resistencias llegaban tarde porque Rusia había llegado al punto de no retorno y ya no era posible prescindir de la Duma, que introducía en el sistema autocrático el antitético principio de la representación. El zar se plegaba, pero aspiraba a conseguir una Duma dócil y manejable. Por eso, decidido a que no se repitiera lo que él estimaba un fracaso de Witte al organizar las elecciones, confió a Stolypin —la estrella ascendente del panorama político ruso— el gobierno y, con él, el encargo de lograr unos resultados electorales más favorables.

Para Carrère d'Encausse,

[...] la llegada de Stolypin a la cabeza del gobierno es un acontecimiento de talla. Al soberano le gusta este hombre, dotado de una fuerte personalidad que, desde todos los puntos de vista, es muy diferente de la de Witte [...]. Nacido en 1863, es un hombre joven que tiene casi la misma edad del soberano [Nicolás había nacido en 1868], lo que le diferencia de tantos otros ministros, viejos y amodorrados [...]. El nuevo jefe del gobierno dice lo que piensa, no lo que el zar espera oír [...]. Si admite el orden constitucional es por puro pragmatismo, y en esto está también de acuerdo con el soberano. Como él, odia a los revolucionarios, como ha mostrado en Saratov. Pero está convencido de que Rusia debe vivir de acuerdo con su tiempo, por lo que las nuevas instituciones le son necesarias. Solo es preciso adaptarlas a la sociedad y, ante todo, a la sociedad rural; y es a esa tarea a la que Stolypin se va a dedicar²⁸.

Este enfoque tan optimista de la académica francesa llega hasta el punto de que el capítulo que dedica a esta etapa lo denomina, con interrogación: «¿Hacia un imperio liberal?». Los acontecimientos posteriores y la propia conducta de Stolypin demostrarán que solo forzando mucho las palabras se podría aplicar la etiqueta «liberal» a lo que Rusia vive en esta época. Preocupado por la cuestión campesina, Stolypin aprovechó el interregno entre la disolución de la Primera Duma y la constitución de la Segunda para promulgar una serie de *ukases* que iniciaban el proceso de la reforma agraria de acuerdo con sus ideas.

Convocada la Segunda Duma, el gobierno puso en juego todos los recursos imaginables para lograr unos resultados electorales más favorables, pero Stolypin fracasó, como había fracasado Witte antes de él. El hecho de que las elecciones se celebraran mientras el país estaba sometido al estado de excepción, lo que por sí solo arrojaría ya muchas dudas sobre la limpieza de tales comicios, quedó contrapesado por la participación de los socialdemócratas y de los socialistas revolucionarios, que se empeñaron activamente en la campaña electoral. Pero las esperanzas del gobierno de lograr una cámara más propicia a sus puntos de vista se mostraron vanas, pues las posiciones políticas se habían radicalizado y, en vez de converger al centro, se polarizaron en los extremos. Los «kadetes» perdieron en la Segunda Duma la posición preeminente que habían tenido en la Primera y solo consiguieron 98 escaños. Los socialdemócratas lograron 54 puestos (de ellos 18 para los bolcheviques); los socialistas revolucionarios, 37; los *trudoviki* (laboristas), 104, y los socialistas populares, 16. Los diversos partidos de la derecha, incluidos los «octubristas», consiguieron un total de 114 escaños y actuaron como la «mayoría gubernamental». Solo 31 diputados de la Primera Duma reencontraron su escaño en la Segunda²⁹.

Stolypin era un hombre inteligente al que no se le puede calificar de reaccionario, como quedó a la vista por su oposición a la disolución de la Primera Duma, pero muchas de sus actuaciones como ministro del Interior fueron de una enorme dureza. En efecto, su supuesta moderación no impidió que, durante la campaña electoral para la Segunda Duma, emplease todos los medios imaginables —incluidos los que no eran en absoluto legales— para que triunfaran las opciones más favorables al gobierno. Como Witte, Stolypin se propuso formar un gobierno de coalición en el que estuvieran representados por sus figuras más notables las principales fuerzas presentes en la Duma, pero todas las personalidades requeridas se negaron a entrar en el ejecutivo.

A pesar de todo, Stolypin estaba dispuesto a colaborar con la Duma, pero esta se mostró poco propicia a la colaboración y resultó tan ingobernable como la Primera. Stolypin no se arredró y al tiempo que intentaba la casi imposible colaboración, hacía un amplio uso de *ukases* con el propósito, baldío, de enfrentar a la Cámara con hechos consumados. Pero el problema de la tierra,

que ha sido históricamente la gran piedra de contradicción en la política rusa, se convirtió en la principal cuestión parlamentaria del momento, sin que fuera posible llegar a un mínimo acuerdo básico sobre la misma, por lo que se puede afirmar que esa fue la causa del fracaso de la Segunda Duma. Stolypin no aceptaba en absoluto que la propiedad privada de los nobles se expropiase, ni siquiera con indemnización. No le entusiasmaba asignar a los campesinos lotes de tierra en propiedad individual, sobre todo si procedían de la nobleza, y prefería que los campesinos adquirieran tierras de la comuna campesina. El debate sobre la reforma agraria de Stolypin demostró sin lugar a dudas la imposibilidad de establecer unas relaciones mínimamente normales entre gobierno y Duma, lo que condujo a un callejón sin salida que hacía previsible una nueva disolución. Una hábil campaña de cartas y telegramas de monárquicos y gentes de la derecha que exigían la disolución prepararon el terreno. Además, tanto el zar como el primer ministro se quejaron de que la Duma se había convertido en la plataforma desde la cual se lanzaban llamamientos al desorden y la rebelión. El pretexto inmediato utilizado por Stolypin fue un discurso del diputado Zurabov en el que, con una extraordinaria violencia, atacó a las fuerzas armadas, «derrotadas en Extremo Oriente y cuya actividad consiste en entrenar a las tropas para tareas represivas, en vez de instruir las para la defensa del territorio». Zurabov remató su intervención pidiendo a los militares que se negaran a desempeñar ese papel. Stolypin estimó que aquello suponía un llamamiento a la sedición y un «complot contra la seguridad del Estado», y pidió oficialmente a la Duma que levantara la inmunidad parlamentaria de todos los diputados socialdemócratas, a los que, tras encontrar en sus sedes folletos revolucionarios, se acusaba de conspiración para subvertir a las fuerzas armadas y preparar la revolución³⁰. La comisión de investigación creada al efecto estaba, por supuesto, en contra de tal pretensión, pero no le dio tiempo a pronunciarse porque la disolución se precipitó. Era el 16 de junio (3 de junio en el calendario juliano). La Segunda Duma había durado poco más de tres meses.

El mismo día en que fue disuelta la Segunda Duma, Nicolás II y Stolypin modificaron arbitrariamente la ley electoral, en flagrante violación de los procedimientos previstos en las Leyes Fundamentales. Asimismo se fijaba la fecha del 1 de noviembre de aquel año de 1907 para la constitución de la próxima Duma. La arbitraria reforma de la ley electoral, con el fin de lograr una Duma más dócil, era una patente muestra de que la autocracia no había terminado y de que no tenía ningún sentido hablar de «monarquía constitucional» ni de «imperio liberal». La nueva ley se alejaba del objetivo del sufragio universal y establecía un sufragio restringido, que ya no se utilizaba en ningún país de Europa. Pero eso no le importaba al zar, sino todo lo contrario, dada su visceral oposición a todo lo que oliera a parlamentarismo. No en vano en el manifiesto de disolución y reforma de la ley electoral aparecía una significativa frase: «La Duma debe ser rusa en su espíritu». La autocracia volvía por sus fueros y el zar daba marcha atrás respecto de las promesas del Manifiesto de Octubre. Riasanovsky escribe que,

[...] para justificarse, el zar invocó el poder que le había conferido la historia y su derecho a revocar lo que él mismo

había otorgado, y declaró que ¡no respondería del destino de Rusia sino ante el altar de Dios, que era quien se la había confiado! La modificación tenía evidentemente por objeto hacer elegir una Duma dispuesta a cooperar con el gobierno. Rogger escribe que «el *coup d'état* de Stolypin, llamado así porque violaba las Leyes Fundamentales, fue un movimiento atrevido que reflejaba, si es que no creaba, un realineamiento de las fuerzas políticas». Explica que las elecciones para los *zemstva* de 1906-1907 revelaron la importancia del retroceso del liberalismo. Los kadetes perdieron 14 de las 15 presidencias de *zemstva* que tenían; los «octubristas» ganaron 6, que sumadas a las 13 que ya poseían significaban 19 presidencias; la derecha pasó de no tener ninguna a conseguir 11. El giro a la derecha de los «octubristas» y la absorción del partido comercial-industrial, a finales de 1906, prefiguraban su configuración como aliados de Stolypin. Incluso los partidarios de la lucha armada de las masas no podían sino admitir que esta no tenía posibilidades en las presentes condiciones. La revolución había concluido primero en su fase proletaria, después en la campesina y finalmente en la parlamentaria. Stolypin había intuido y, a la vez, había acelerado su fin³¹.

Como consecuencia de la nueva ley electoral, la representación campesina se redujo a menos de la mitad, la de los obreros se recortó también de forma draconiana, mientras que el número de diputados de la nobleza aumentaba de manera totalmente desproporcionada, dado el reducido número de sus electores. Además, Polonia, el Cáucaso y algunas otras regiones fronterizas perdían diputados; Asia central no estaba representada, con el pretexto de que estaba demasiado retrasada. Al mismo tiempo, el modo de escrutinio, inspirado parcialmente en el ejemplo prusiano, se hacía más complejo y aún más indirecto. Asimismo se autorizaba al ministro del Interior a delimitar a su antojo las circunscripciones electorales. Se ha calculado que con la nueva ley electoral de junio de 1907 se llegaba a los siguientes resultados: el voto de un terrateniente contaba aproximadamente tanto como los sufragios de cuatro miembros de la alta burguesía, de 65 miembros de las clases medias, de 260 campesinos o de 540 obreros. En otros términos, los 200.000 miembros de la nobleza terrateniente disponían del cincuenta por ciento de los escaños de la Duma³². El resultado de esta ley electoral tan restrictiva fue la Tercera Duma, paradójicamente la única que cumplió íntegramente su mandato de cinco años, que se inició en noviembre de 1907. Los grupos que apoyaban al gobierno eran, como ya hemos señalado, los «octubristas» y asociados, con 154 escaños; 97 conservadores y moderados de derechas, que en 1910 constituirían la Unión Nacional Rusa, y, finalmente, 50 diputados de extrema derecha, que iban más allá, en sus planteamientos reaccionarios, que Stolypin y que el propio zar³³.

Además de la reforma agraria, en la que, por su complejidad, no vamos a detenernos, también fue notable la obra de Stolypin en educación. Se escolarizó un enorme número de niños, con el resultado de un espectacular descenso del analfabetismo, que era uno de los objetivos más claros del programa político del primer ministro. Mientras que a principios de siglo más de la mitad de los reclutas llamados al servicio militar eran analfabetos, en 1914 sabían leer y escribir el 75 por ciento de los conscriptos. Pero el indudable éxito de la enseñanza primaria, obra de los *zemstva* y de las asambleas municipales, no tuvo equivalente en la enseñanza secundaria, en la que fracasaron los esfuerzos de Stolypin para que accedieran a ella los hijos de las clases modestas. En el ámbito universitario, la voluntad de elevar el nivel con la apertura de nuevas universidades, como la libre de Moscú y la estatal de Saratov, se vio contrapesada por los vaivenes de la política universitaria, que si en algún momento ensayó alguna medida liberal, tan pronto como aumentaba la agitación estudiantil volvía a la mano dura. El ministro de Instrucción, Schwartz, volvió a poner en vigencia las normas restrictivas contra los estudiantes judíos, que habían dejado de aplicarse

desde 1905.

Stolypin trató de mejorar la situación de los judíos en el imperio derogando las normas que limitaban su derecho de residencia o el de ejercer profesiones y actividades. Pero sistemáticamente el zar se opuso a estas normas, con la consiguiente decepción de los judíos, muchos de los cuales optaron por la emigración o por la integración en grupos revolucionarios. Esta política antisemita, en cualquier caso, privó a Rusia de unas elites preparadas y dañó mucho su imagen exterior, hasta el punto de que los Estados Unidos denunciaron en 1911 el tratado ruso-americano de 1832, como protesta por el trato que se daba a los judíos.

Stolypin consiguió, además, un nuevo préstamo francés en enero de 1909 y estimuló la inversión extranjera, que en 1908-1913 suponía el 55 por 100 de todas las inversiones (en los años de Witte había llegado al 63,5 por 100). Su política económica fortaleció al rublo, que llegó a ser una de las monedas más sólidas, y logró que el presupuesto registrara superávit durante varios ejercicios. Asimismo la producción creció espectacularmente tanto en la agricultura como en la minería y la industria. Todo esto hizo posible que el Estado llevara a cabo una activa política de gasto que se volcó en la industria de defensa, lo que, a su vez, supuso un inestimable beneficio para la metalurgia, la ingeniería, los astilleros, la industria textil y la de alimentación humana y animal (forraje). Es un dato que merece ser destacado el interés de la Duma por la cuestión de la modernización de las fuerzas armadas. Como escribe Carrère d'Encausse: «El recuerdo de la guerra de Crimea y de los desastres de Extremo Oriente planea sobre los debates parlamentarios, tanto más porque a partir de 1909-1910 la atmósfera internacional toma un aspecto inquietante. Es entonces cuando Stolypin se decide a hacer votar los créditos para el Ejército y la Armada»³⁴. Los visitantes extranjeros estaban impresionados por el desarrollo ruso y algunos estimaban que en veinte años Rusia podría estar a la cabeza de Europa. Era la opinión de un economista francés, citado por Rogger, que pensaba que a mediados del siglo xx Rusia dominaría el continente, tanto desde el punto de vista político como del económico³⁵.

Curiosamente, el interés de la Duma por los problemas militares suscitó los celos del ministro de la Guerra, general Sukhomlinov, que estimaba que esas cuestiones pertenecían al «dominio reservado» del zar, actitud que provocó un choque entre el ministro y el presidente de la Comisión de Defensa, Guchkov. También el Consejo de Estado protestaba por la «injerencia» de la Duma y, posiblemente, Nicolás II animaba el conflicto desde la sombra, con la intención de reducir las facultades de la Duma. Un nuevo conflicto, el de los *zemstva*, enfrentó al primer ministro con la Duma. La causa fue un proyecto de ley que aplicaba a Polonia los *zemstva*, pero mientras Stolypin deseaba a toda costa atribuir en estas instituciones la primacía a los rusos, los octubristas querían restablecer un cierto equilibrio a favor de los polacos, para no dar un pretexto al nacionalismo de estos últimos. El proyecto fue aprobado en la Duma por una mayoría muy escasa pero, para sorpresa de Stolypin, fue derrotado en el Consejo de Estado, donde creía que no habría de tener problemas. Algunos de los consejeros de Estado que se opusieron con más virulencia al proyecto pertenecían al entorno inmediato del zar, por lo que Stolypin empezó a darse cuenta de que el zar, que controlaba a su gusto esta última asamblea, le estaba retirando su apoyo. Ante esta evidencia,

Stolypin presentó su dimisión, pero Nicolás II la rechazó: en Rusia los ministros no se marchaban cuando querían, sino cuando el zar lo decidía. Forzado Nicolás a no dejar contra las cuerdas a su todavía primer ministro, un extraño compromiso constitucional —la suspensión por tres días de las Cámaras legislativas en marzo de 1911— permitió la promulgación de la ley por vía de *ukase*, de acuerdo con las Leyes Fundamentales. Pero esta extraña pirueta, si salvó momentáneamente la cara del primer ministro, arruinó definitivamente su futuro político, ya que supuso su ruptura tanto con la Duma como con el zar y asestó un duro golpe a su credibilidad, que quedó mal ante todos, el zar, los liberales y los conservadores.

Unos pocos meses después, en septiembre de 1911, Stolypin caía asesinado en el Teatro de la Ópera de Kiev. Su asesino era un tal Bogrov, un típico agente doble que se movía en los medios socialistas revolucionarios y anarquistas, pero que también había trabajado para la policía. Poco antes, el propio Stolypin había dicho que la policía se encargaría de desembarazar al zar de un primer ministro que se había hecho indeseable.

Como ocurre a menudo en la Historia, particularmente en la de Rusia —escribe también Carrère d'Encausse—, tales muertes no son nunca completamente aclaradas, a pesar de los trabajos de las comisiones de investigación. Se dio pie para varias versiones, de las que la menos creíble parece ser en este caso la de un asesinato político inspirado por las propias autoridades³⁶.

La obra de Stolypin es, sin duda, la más importante que se lleva a cabo en la última etapa del zarismo y solo se puede lamentar que no pudiera culminarla. Muy seguro de sí mismo, en cierta ocasión llegó a decir: «Dadme veinte años y transformaré a Rusia». Una actitud que solo podía provocar el disgusto del zar. Quizá no tiene mucho sentido discutir si Stolypin fue o no un «liberal», porque, obviamente, una buena parte de su acción política hace imposible esa calificación, pero nadie le puede discutir la consideración de reformista. Se trataba de un hombre conservador y con un fuerte componente de nacionalismo ruso, que mostró prosiguiendo la política de rusificación forzosa de las regiones no rusas del Imperio, muy especialmente en Finlandia. También queda a la vista su carácter conservador, no solo por su política represiva, sino también por su chocante falta de rigor con el terrorismo de extrema derecha que por estos años hizo su aparición en Rusia y que en 1906 y 1907 asesinó a dos diputados de la Duma pertenecientes al partido «kadete».

LA CUESTIÓN DE LAS NACIONALIDADES

La gran expansión territorial del Imperio ruso, que culmina a finales del siglo XIX con las conquistas de Asia central, puso bajo la autoridad del zar un variopinto conjunto de pueblos, diversos por raza, religión y cultura, que complicó extraordinariamente la cuestión de las nacionalidades. En 1897 se llevó a cabo el primer censo de población medianamente fiable que se había hecho nunca en Rusia, que nos da una idea de cómo estaba compuesto desde el punto de vista étnico aquel enorme conjunto humano que totalizaba unos 122.666.000 habitantes. De acuerdo con los datos que aporta H. Bogdan, la composición de la población del Imperio en el tránsito del siglo XIX al XX sería la siguiente:

Eslavos	73,52 %	Rusos	44,3 %
		Ucranianos	17,8 %
		Polacos	6,7 %
		Bielorrusos	4,7 %
No Eslavos	26,48 %	Turcos	10,8 %
		Judíos	4 %
		Ugro-fineses	2,8 %
		Bálticos (Letones y Lituanos)	2,5 %
		Alemanes	1,4 %
		Montañeses del Cáucaso	1,3 %
		Georgianos	1 %
		Armenios	0,95 %
		Iraníes	0,6 %
		Mongoles	0,3 %
		Diversos	0,7 %

A esta división, elaborada a partir de una base etno-lingüística, Bogdan añade una repartición fundada sobre las religiones. De acuerdo con ella, las poblaciones de tradición cristiana, con no menos del 80 por 100, son ampliamente mayoritarias, seguidas por los musulmanes, con un 13 por 100, y los judíos, con un 4 por 100³⁷. De ese cuadro se deduce también que, en conjunto, los no rusos —eslavos y no eslavos— eran mayoritarios, pues totalizaban un 55,7 por 100. No están incluidos los dos millones y medio de habitantes del Gran Ducado de Finlandia. En total, un mosaico de más de 100 etnias habitaban en el Imperio de los zares, lo que planteaba inevitables problemas de gobernabilidad.

La política del Imperio respecto de estos pueblos no rusos no solo no fue la misma a lo largo del tiempo, sino que presentó matices muy notables, según los diversos pueblos a los que debía aplicarse, aunque en algunos momentos, como ocurrió durante la última etapa del zarismo, predominara claramente la política de rusificación. Señala Rogger que el poder central siempre buscó la uniformidad legal y administrativa y trató de imponer el principio de que el Imperio era una entidad unitaria rusa y no una estructura multinacional, y menos aún, de carácter federal³⁸. Hasta principios del siglo XIX, como subraya Bogdan, el poder zarista se había caracterizado por la moderación y la tolerancia hacia estos pueblos, y como contraprestación solo exigía de ellos un mínimo de lealtad. En Polonia, los países bálticos y Finlandia se respetaron las tradiciones políticas, culturales y religiosas e incluso el régimen social de la propiedad agraria, las Dietas locales siguieron funcionando, aunque, como en el caso de Finlandia, con amplios interregnos

entre sus sesiones.

La Revolución de 1905 interrumpió la política de rusificación, y por medio del Manifiesto de 30 de octubre de 1905, que, como sabemos, daba pasos hacia una cierta «constitucionalización» del régimen zarista, se garantizaba el respeto a las libertades nacionales y el derecho de cada nacionalidad a utilizar su lengua y a practicar su religión. Una primera consecuencia de esta nueva política fue la aparición, por todo el territorio del Imperio, de periódicos en las diversas lenguas nacionales.

La situación de estos pueblos no rusos suscita un intenso debate sobre la cuestión nacional, sobre todo entre los sectores políticos e intelectuales de la izquierda, que, sin embargo, no preocupó durante mucho tiempo a las clases dirigentes del Imperio. Estas habían extraído de la experiencia revolucionaria de 1905 la falsa impresión de que los llamados «alógenos», aparte de Polonia y algunos de los pueblos del Cáucaso, eran fieles al sistema zarista. En efecto, los pueblos no rusos apenas si habían tomado parte en los acontecimientos revolucionarios, pero el sistema zarista, en vez de agradecer este comportamiento, acentuó las medidas represivas, la política de rusificación y, en general, la falta de consideración hacia las nacionalidades no rusas. Basta con constatar cómo las leyes electorales se cebaron con ellas restringiendo cada vez más su representación en las Dumas, hasta el punto de que la ley de 1907 no daba ninguna representación a los «atrasados» pueblos de Asia central. En la Primera Duma los pueblos no rusos contaron con 89 representantes (frente a 265 rusos), número no demasiado amplio pero que permitía la presencia de todos los componentes importantes del complejo mosaico étnico del Imperio. Algo parecido ocurrió en la Segunda Duma, pero ya en la Tercera, elegida de acuerdo con la citada ley de 1907, los alógenos solo contaron con 39 diputados de un total de 442. Carrère d'Encausse alude al efecto de la derrota frente a Japón en los pueblos de los territorios asiáticos del Imperio:

El poder ruso, sus representantes locales, especialmente el gobernador del Turkeistán, general Kuropatkin, constataron, durante el período posterior a la derrota, que esta era valorada por las poblaciones autóctonas como un desquite en representación de todos los oprimidos: a partir de entonces se perfila una cierta solidaridad de los pueblos colonizados; no faltan los síntomas que expresan la satisfacción de las poblaciones no rusas por lo que consideran un debilitamiento del Imperio³⁹.

En suma, un nacionalismo naciente empezaba a germinar en estos pueblos, aparentemente dormidos, que se manifestaría con fuerza desde principios del siglo xx, pero sobre todo cuando la Primera Guerra Mundial llevó a su conciencia la convicción de que sus intereses nada tenían que ver con los rusos.

La ceguera del poder central, que intensifica su política de rusificación en la periferia no rusa del Imperio, hace crecer el resentimiento mientras, por otra parte, se debate con pasión la futura organización del Estado multinacional y se forman grupos y asociaciones de base nacional con propósitos culturales o abiertamente políticos. Como escribe Bogdan, «al endurecimiento del poder se respondió con la radicalización de la *intelligentsia* alógena, para la que, a partir de entonces, la cuestión nacional pasará por el derrocamiento del régimen»⁴⁰. Sobre todo a partir de 1905, en toda la periferia no rusa del Imperio se multiplican las iniciativas nacionalistas, que, en

conjunto, constituyen un movimiento imparables ante el que el poder zarista no sabe responder. Es curioso señalar —como hace Service— que aunque aparentemente la nación rusa es la principal favorecida del Imperio, la conciencia nacional rusa no estaba totalmente desarrollada, hasta el punto de que las tradiciones y lealtades locales conservaban mucha influencia sobre los rusos. Por eso, escribe este autor, «el nacionalismo no era un sentimiento predominante entre los rusos: en los albores del siglo xx, la mayoría estaba más motivada por las creencias cristianas, las costumbres campesinas, las lealtades aldeanas y la glorificación del zar que por los sentimientos patrióticos rusos». Por el contrario, «los polacos, finlandeses, armenios y georgianos tenían un sentido más definido de su identidad nacional que los rusos». Seguramente no es ajeno a este hecho el dato de que «los súbditos alemanes, judíos y polacos de Nicolás II tenían un nivel de alfabetización mucho más elevado que los rusos». El mismo Service reitera y matiza más adelante estas afirmaciones sobre el nacionalismo y escribe que «los campesinos rusos y ucranianos se identificaban más con su aldea que con cualquier imperio, dinastía o ideal nacional, y los habitantes del imperio que habían desarrollado una conciencia nacional, como los polacos, estaban profundamente descontentos por el trato que recibían, de modo que siempre causarían problemas»⁴¹.

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y LA CAÍDA DEL ZARISMO

El asesinato de Stolypin en marzo de 1911 y su sustitución por el débil pero bien intencionado Vladimir Nikolaevich Kokovtsov coinciden con un patente aumento del descontento popular y con el creciente descrédito de la familia imperial, especialmente de la emperatriz. El descontento popular tuvo su manifestación más notoria en el recurso continuo a la huelga por parte de los sindicatos, recién legalizados, que hicieron de la protesta permanente su arma predilecta. Entre 1910 y 1914 las oleadas de huelgas se suceden casi sin descansos con hitos significativos como los sangrientos acontecimientos que tuvieron lugar en las minas de oro del Lena en abril de 1912, duramente reprimidos por el gobierno, con el resultado de casi doscientos muertos, y que fueron denominados por la prensa como «el segundo domingo rojo». En la comisión de investigación que se creó se dio a conocer un joven abogado, Aleksandr Kerenski, que adquiriría mucha notoriedad y que sería elegido diputado en las elecciones para la Cuarta Duma, que tuvieron lugar en noviembre de 1912, que iban a ser las últimas del zarismo. Frente al centenar de escaños que obtuvieron los «kadetes» y sus aliados de centro-izquierda, la extrema derecha consiguió 145 (52 para los extremistas y 93 para los nacionalistas), mientras que los socialdemócratas solo

obtuvieron 13 y los *trudoviki* (laboristas) 10. Aquella asamblea no reflejaba, ciertamente, la configuración ideológica del país, sino más bien el talante de la clase dirigente del régimen, cada vez más inclinada del lado de la represión, que, una vez más, se había hecho una cámara a la medida, gracias a la ley electoral de 1907. Tras señalar que en 1913 se contabilizaron millón y medio de huelguistas, Carrère d'Encausse se pregunta: «¿Hay que concluir de todo ello que Rusia corría hacia la revolución?». Y se contesta: «Ciertamente no. Pero la sociedad se daba cuenta de las debilidades del sistema político y trataba de aprovecharlas para expresar sus reivindicaciones [...]. Todo atestigua una descomposición del sistema político ruso, incapaz de apelar a hombres de cualidad con sentido de los intereses del Estado»⁴².

Las continuas e insoportables presiones de la emperatriz —que culpaba a Kokovtsov de todos los males que aquejaban a Rusia y, sobre todo, de las crecientes críticas a la familia imperial, cada vez más patentemente prisionera y embaucada por Rasputin— llevaron al cese del primer ministro en febrero de 1914. La gestión de Kokovtsov no fue tan negativa, sobre todo si consideramos que estuvo permanentemente sometido a las intromisiones de Alejandra, que hacían muy difícil la ya de por sí compleja tarea de la gobernación del inmenso Imperio. Siguiendo las pautas de Witte, Kokovtsov obtuvo en el mercado financiero de París, en noviembre de 1913, un préstamo de 500 millones de francos, que sirvieron para construir un ferrocarril de interés estratégico destinado a proteger las fronteras occidentales del Imperio.

Pero es imposible relatar la evolución política de Rusia en este período crepuscular del zarismo sin aludir a la situación de la familia imperial y, muy especialmente, al papel desempeñado por la emperatriz Alejandra, que, como ya hemos dicho, influía y controlaba cada vez de un modo más evidente a su esposo Nicolás y, pasando por encima de él, a los ministros. La hemofilia del zarevich Aleksis, nacido en 1904, destrozó cualquier atisbo de normalidad que pudiera existir en aquella desgraciada familia. La enfermedad, mantenida en secreto, llevó a la emperatriz a la búsqueda incesante de un milagro, lo que se concretó en el recurso continuo a una serie de curanderos sin ningún crédito, que culminaron con su sometimiento total a Rasputín, que no solo se convirtió en el consejero personal y médico de la familia, sino que, además, intervino activamente en política, nombrando y destituyendo a cargos de la mayor importancia por el procedimiento de influir en Alejandra, que seguía dócilmente las sugerencias del supuesto «santo hombre». El entorno de la familia imperial se convirtió así en una especie de «corte de los milagros» en el que los embaucadores iban y venían ante el escándalo creciente no solo del círculo íntimo de los Romanov, sino también de ciertos sectores de la opinión pública, cada vez más conscientes e informados del penoso ambiente que reinaba en Palacio, donde el falso misticismo milagrero de la emperatriz se mezclaba continuamente con la más descarnada reacción autoritaria ante las reivindicaciones de una sociedad cada vez más despierta. No es nuestro objetivo dedicar a Rasputín más atención que la imprescindible, pero es necesario poner todo el énfasis en el enorme ascendiente que consiguió en la Corte rusa. A Stolypin, que le recibió a instancias de la emperatriz, le llamó la atención «su gran poder hipnótico», pero, al mismo tiempo, subrayó

también la «repulsión» que le inspiraba. Muy parecida fue la reacción de Kokovtsov, su sucesor, que llegaría a escribir en sus Memorias: «El problema Rasputín se convirtió en la cuestión más urgente, y la dominante durante todo el tiempo que dirigí el gobierno». La intromisión del *starets* en la intimidad de la familia imperial provocó muchos rumores acerca de sus relaciones con la emperatriz y las duquesas —«rumores tan falsos como escabrosos»— y suscitaron una corriente crítica contra Rasputin que culminó cuando, gracias a sus manejos, logró que el monje Heliodoro, su compañero de juergas, alcohólico y analfabeto, fuera nombrado arzobispo de Tobolsk⁴³.

Tras el forzado cese de Kokovtsov, fue nombrado primer ministro Goremykin, que ya lo había sido en 1906, después de Witte. Para nada se tuvo en cuenta la voluntad de uno y otro, tratados como piezas intercambiables sometidas al capricho de Rasputín y de la emperatriz. Goremykin comentaría que se veía como un viejo abrigo de piel al que se recurre cuando llega la ocasión, para meterlo de nuevo en el armario entre naftalina cuando se cambia de opinión. Pero lo cierto es que, bajo su mandato, Rusia prosiguió su progreso económico, claro está que mucho más por el propio impulso de una sociedad en cuyo seno era perceptible un dinamismo creciente que por los aciertos de la política del gobierno. Como ya hemos señalado anteriormente, no sería acertado calificar a la Rusia anterior a la Primera Guerra Mundial como un Estado constitucional, pero, desde luego, la autocracia ya no es lo que había sido antes de 1905 y cada vez son más patentes los elementos propios de un Estado de derecho.

La rivalidad de Rusia respecto de Austria-Hungría en los Balcanes, especialmente después de la anexión por el Imperio de los Habsburgo de Bosnia-Herzegovina y de las guerras balcánicas, y las crecientes dificultades con Alemania, cada vez más implicada en el Imperio otomano y con claros planes expansivos, simbolizados por el ferrocarril de Bagdad, son los datos más significativos. Por otra parte, la reconciliación con Gran Bretaña en Asia, después del acuerdo de 1907, y la posterior inclusión de Rusia, previamente aliada ya con Francia, en la Entente franco-británica configuran la alianza que se va a oponer a los llamados Imperios centrales, esto es, las dos potencias germánicas más el decadente Imperio otomano. Estas alianzas son, de alguna manera, soluciones forzadas por la necesidad sentida por sus componentes de no quedarse aislados. Rusia seguía teniendo problemas con Gran Bretaña en Asia, donde ambas potencias buscaban la hegemonía, y con Francia no faltaban discrepancias en Oriente Próximo, pero es evidente que cada vez parecía más intensa la rivalidad con Alemania y con Austria-Hungría y, además, más «difícil de mantener dentro de los márgenes de la diplomacia», como escribe Service⁴⁴. Estas rivalidades internacionales llegaron a tal grado de tensión que, contra lo que podría haberse esperado, no fue, en última instancia, la confusa situación interior la que produjo el estallido revolucionario y la caída de los Romanov, sino la guerra. Incluso si se hubiera producido el destronamiento de Nicolás II e incluso la caída de la dinastía, lo que es difícilmente imaginable sin la guerra es la llegada al poder de los comunistas.

No es nuestro propósito abordar el estudio de la Primera Guerra Mundial, que, incluso después del asesinato del archiduque Francisco Fernando, parecía que podía evitarse. La aceptación por Serbia de casi todas las condiciones impuestas por el ultimátum de Austria-Hungría hizo pensar que se alejaba el peligro de una guerra, y los más pesimistas solo preveían la posibilidad de una

guerra localizada, algo así como una nueva guerra balcánica y, desde luego, en cualquier caso, de corta duración. En algunos sectores próximos al poder se estimaba abiertamente que una guerra corta y, desde luego, victoriosa daría mayor unidad interna a la sociedad y al Imperio⁴⁵. Nicolás II trabajó para evitar la guerra y trató de convencer a Guillermo II para que frenase a Austria-Hungría. Pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que Rusia no podía permanecer al margen si su principal aliado balcánico, Serbia, era atacado. Por eso trató por todos los medios de acelerar la preparación de sus ejércitos, que, ciertamente, no estaban en condiciones de afrontar a sus enemigos potenciales, los imperios germánicos. Nicolás no quería en absoluto la guerra, pero sabía que no podía permitirse el lujo de la neutralidad. La derrota diplomática de 1908, cuando Rusia, tradicional defensor de los eslavos y de los ortodoxos, permaneció prácticamente impasible ante la anexión de Bosnia-Herzegovina por parte de Austria-Hungría, había dañado el prestigio del zarismo no solo desde el punto de vista internacional, sino incluso ante la propia opinión pública. Cuando el 15/28 de julio Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia, Rusia, para mostrar su resolución y prevenir el aniquilamiento de su aliado eslavo de los Balcanes, dio la orden de movilización. Alemania exigió que Rusia cesara en su preparación y, ante la negativa de San Petersburgo, le declaró la guerra el 19 de julio/1 de agosto, y, dos días después, hizo lo mismo con Francia. Cuando Alemania invadió Bélgica, aliada de Gran Bretaña, este país entró también en la contienda, al lado de Francia y de Rusia. En contra de cualquier previsión, iba a empezar la primera «guerra total», que duraría años y no semanas y en la que participarían tantos países que, después de haber sido denominada «Gran Guerra», ha pasado a la historia como Primera Guerra Mundial: «desde las guerras napoleónicas no había habido tantos países involucrados de manera directa en un conflicto militar»⁴⁶.

Como en los demás países implicados en la guerra, en Rusia la opinión pública se vio arrebatada por el impulso patriótico, y la enorme mayoría de la sociedad apoyó al gobierno y se dispuso a participar en el esfuerzo bélico. El hecho de que Rusia participase en la contienda al lado de las democracias occidentales hizo que incluso en los sectores más liberales se aceptase más fácilmente una guerra en la que algunos veían una oportunidad para la modernización política y social del país. La propia Duma, que celebró sesión el 26 de julio, cerró filas tras el gobierno y su presidente, Rodzianko, invitó al ejecutivo a que se dedicase a la conducción del gobierno y se olvidase de la asamblea hasta que acabasen las hostilidades. Solo los 5 bolcheviques, los 6 mencheviques y los 10 *trudoviki* (laboristas) se negaron a dar al ejecutivo un cheque en blanco. Lo que no impidió que los dirigentes de estos dos últimos partidos, como Kerenski y Khaustov, prometieran que la democracia rusa y el proletariado defenderían su tierra natal de cualquier ataque exterior. Y cuando, ya en agosto, la enorme mayoría de la Duma votó los créditos de guerra, estos grupos no se atrevieron a votar en contra y prefirieron ausentarse de la Cámara o abstenerse. Como escribe Rogger, «aun cuando estaban decididos a ‘hacer la guerra a la guerra’, no estaban seguros de que el pueblo fuera a seguirles». Como consecuencia de este ambiente, tan parecido a la *union sacrée* que en Francia unió a la derecha y a la izquierda en el empeño bélico, la movilización se llevó a cabo con escasos incidentes y las huelgas cesaron casi por completo. Kropotkin y Plekhanov, padres, respectivamente, del anarquismo y del marxismo se dirigieron a

sus camaradas para que considerasen que la derrota del militarismo germánico era su deber principal y prioritario⁴⁷.

En medio de este entusiasmo general solo unas pocas voces se opusieron a la entrada de Rusia en la contienda. Una de estas voces fue la de Witte, el antiguo primer ministro tan dado a oponerse a las corrientes predominantes de opinión. Cuando estalló el conflicto regresó apresuradamente de Biarritz, donde pasaba sus vacaciones estivales y le dijo al embajador francés, Maurice Paleologue:

Esta guerra es una locura. Le ha sido impuesta a la prudencia del emperador por políticos tan torpes como poco previsores. La guerra no puede sino ser funesta para Rusia. Solo Francia e Inglaterra tienen base para esperar algún beneficio de la victoria, pero nuestra victoria me parece muy dudosa [...]. Supongamos la victoria completa de nuestra coalición y a los Hohenzollern y los Habsburgo condenados a mendigar la paz. Pero entonces no solo se produciría la ruina de la prepotencia germánica, sino la proclamación de la República en toda Europa central. Y, al mismo tiempo, sería el fin del zarismo.

Con una lucidez de la que, desde luego, no hicieron gala ninguno de los políticos en el poder, Witte añadía que Rusia no tenía necesidad de ninguna conquista nueva, ya que ni siquiera había comenzado a explotar seriamente sus posesiones de Siberia, Turkestán y el Cáucaso, por no hablar de algunas partes de la propia Rusia. Además preveía ya que el desmembramiento de los imperios germánicos conduciría a una «Polonia reconstituida en su integridad territorial que no se conformaría ya con la autonomía que tan tontamente se le ha prometido. Polonia —subrayaba Witte— exigirá y obtendrá su independencia absoluta». Otra voz que se alzó en contra de la guerra fue la de Rasputín, que ya en 1908 había afirmado que «los Balcanes no valen la pena de una guerra» y que en 1914 telegrafía así a la emperatriz: «¡Que Papá no haga la guerra! Porque la guerra significará el fin de Rusia y de vosotros. ¡Pereceréis todos!». Y en un tono profético escribió al zar:

Querido Amigo. Lo digo una vez más. Una nube terrorífica cubre Rusia. Desgracia y pena inmensas, noche sin claridad sobre un mar de lágrimas sin límites. Y pronto la sangre [...]. Tú eres el Zar, el Padre del Pueblo; no permitas que los dementes se salgan con la suya y pierdan al pueblo. De acuerdo, se vencerá a Alemania. Pero ¿y Rusia? Cuando pienso en ella, no veo víctima más desolada en todos los siglos. Está toda ella ahogada en sangre⁴⁸.

Pero el entusiasmo patriótico empezó a esfumarse tan pronto como el pueblo se vio sumido en el torbellino de sufrimiento y muerte propio de cualquier guerra, y muy especialmente de aquella primera guerra total que se abatía sobre el continente europeo. Las primeras derrotas de los rusos en las batallas de Tannenberg y de los Lagos Mazurianos, en los meses de agosto y septiembre, obligaron a las tropas del zar a abandonar la Prusia Oriental y les costaron unas 170.000 bajas entre muertos, heridos y prisioneros, relativamente poco para lo que vendría después. Por otra parte, los avances rusos frente a los austro-húngaros en Galitzia y Bukovina, que les llevaron a principios de noviembre hasta Cracovia y el norte de Hungría, les sirvieron de compensación. Pero estas conquistas se perdieron después de la gran ofensiva que las potencias germánicas lanzaron en abril de 1915, que también les hizo perder a las tropas del zar la totalidad de Polonia, con sus industrias y minas de carbón, Curlandia, Lituania y una buena parte de Bielorrusia. Estos planes

combinados de las potencias germánicas aspiraban a forzar a Rusia a pedir una paz separada, como consecuencia de la acertada percepción de la debilidad de la máquina militar rusa. Pero entre defensiva y defensiva, de un modo similar a como sucedía en el frente occidental, en el oriental se pasó también por largas fases de guerra estática en que los ejércitos contendientes se vigilaban desde sus respectivos sistemas de trincheras, que, de norte a sur, cortan toda Europa como un anticipo de lo que sería el Telón de Acero.

Para mayor complicación, Rusia se había visto obligada a abrir un nuevo frente en el Cáucaso, ya que Turquía también había entrado en la guerra en octubre de 1914. La existencia de tres frentes obligó a una penosa división de los efectivos disponibles e impidió a Rusia llevar a cabo su plan inicial de aplastar a Austria-Hungría, considerado desde siempre por los generales rusos el enemigo más fácil de derrotar. Los fallos de la máquina militar rusa en cuanto a equipamiento y entrenamiento de sus efectivos se hicieron patentes en toda su gravedad. Unos fallos ante los que el Alto Mando ruso solo sabía hacer frente echando mano de su inagotable potencial humano, lo que se tradujo en una enorme carnicería, que no impedía los repliegues ni las derrotas. Escribe Rogger que «de los cerca de 15 millones de hombres que sirvieron en las fuerzas armadas rusas durante los tres años de la guerra, aproximadamente la mitad fueron eliminados por el enemigo de una u otra manera: 2,4 millones fueron hechos prisioneros; 2,8 millones fueron heridos o resultaron enfermos; 1,8 millones quedaron muertos». Y eso a pesar de que Rusia movilizó a menos hombres que Alemania y pocos más que Francia⁴⁹.

A estos fallos estrictamente militares hay que añadir los que provienen de la pésima dirección de la guerra. La falta de coordinación y de entendimiento entre el ministro de la Guerra, general Sukhomlinov, y el comandante en jefe, gran duque Nicolás, hace pesar sus efectos sobre la conducción de las operaciones. Para mayor confusión, Nicolás II estaba empeñado en hacerse cargo del mando supremo de las tropas, ya que estimaba que ese era su deber. En un primer momento su entorno inmediato logra impedir que el zar realice sus propósitos, generosos y valientes, pero totalmente equivocados, de trasladarse al frente de batalla, mas, a medida que el desarrollo de las operaciones se muestra cada vez más adverso, Nicolás II estima que está obligado a sufrir con sus soldados. Después de la ofensiva de la primavera de 1915 el pueblo ruso percibe la derrota en sus propias carnes.

Una vez que Rusia se ha visto implicada en la guerra, el zar y sus consejeros están decididos a obtener de la contienda las mayores ventajas posibles. A principios de 1915, el ministro de Exteriores ruso, Sazonov, exigió a sus aliados que, cuando se derrotara a los imperios centrales, el estrecho de los Dardanelos se incorporase al Imperio ruso. Para garantizar estas exigencias se firmaron con Gran Bretaña y Francia los correspondientes tratados secretos, que confirmaban la voluntad expansiva de Rusia.

Pero la situación no cesa de empeorar y en junio de 1915 el zar decide convocar la Duma, en medio de presiones que exigen que los ministros sean responsables ante el Parlamento, lo que, según el embajador francés, Paléologue, «significaría nada menos que el fin de la autocracia». A pesar de la resistencia de la emperatriz y su entorno, la Duma se reúne en la segunda mitad de julio. Según Carrère d'Encausse,

[...] esta sesión de la Duma —una Duma elegida todavía según criterios restringidos— marca un verdadero giro en la vida política rusa y demuestra que la institución parlamentaria, por el simple hecho de que existía y por mal elegida que estuviese, era capaz de asumir la autoridad, de imponerse, de superar su composición para transformarse en una verdadera asamblea. A pesar de todas las restricciones que le habían sido impuestas, la Duma gana la dignidad de un verdadero Parlamento durante este verano trágico de 1915.

En esta sesión, que se prolongó hasta bien entrado agosto, 345 diputados, sobre un total de 375 presentes, votaron una iniciativa para que fueran procesados el general Sukhomlinov y los funcionarios que habían colaborado con él, y se pidió que Rasputín desapareciese de la vida pública y que fuera expulsado de la capital. El 25 de agosto, el Bloque Progresista, que se había fundado poco antes de que comenzase esta sesión estival de la Duma, propuso un programa de nueve puntos, que fue apoyado por 300 diputados y que suponía la creación de un régimen parlamentario. Precisamente coincidiendo con la presentación del programa del Bloque Progresista, el mismo 25 de agosto, se anunció que Nicolás II asumía el mando supremo de las fuerzas armadas. El embajador francés, Michel Paléologue, que narraría más tarde en un importante libro sobre esta época el deplorable efecto que en los medios oficiales había producido la decisión de Nicolás II, que era considerado por muchos un gafe, escribe: «Será directamente responsable de las derrotas [...]. Se dice que el emperador y la emperatriz no se creen seguros en Tsarkoie Selo y quieren buscar refugio en medio del ejército»⁵⁰.

Nicolás no hace ningún caso de la Duma, le vuelve la espalda y pierde así la última oportunidad de evitar el desplome del régimen. Ni siquiera el hecho de estar en guerra le lleva a estimar que debe hacer un esfuerzo para lograr el máximo apoyo de toda la sociedad rusa, y si ya en noviembre de 1914 había arrestado a los diputados mencheviques y bolcheviques, acusados de oponerse al esfuerzo de guerra, desde finales de 1915 se incrementó la acción represiva de la temible policía política, la *Okhrana*, que actuó contra los huelguistas, que habían vuelto a salir a la calle. Por otra parte, y por medio de la creación de diversos comités, se trataba de intensificar el esfuerzo de guerra a cualquier precio, asociando en la medida de lo posible a la población. Objetivo inteligente al que, sin embargo, el zar, dada su innata desconfianza, no supo sacar partido. En esa misma línea está la nacionalización de las grandes fábricas de armamento de Petrogrado, Putilov y Obukhov, con lo que se intentaba impedir las huelgas y, con ellas, la parálisis de la producción.

Nicolás II, rechazando la idea de un ministerio responsable ante el Parlamento, convencido de que habría supuesto el paso hacia un verdadero sistema constitucional, no comprendió que estos comités habían abierto ya a los parlamentarios la vía del poder ejecutivo y echado las bases de una sociedad civil asociada al poder. Sin que se diera cuenta verdaderamente, Rusia se deslizaba hacia un sistema político diferente⁵¹.

Fruto de la influencia de la emperatriz sobre Nicolás II fue la destitución del primer ministro Goremykin, objeto de las críticas de la emperatriz y del *starets* desde tiempo atrás. Para sustituirle, Alejandra y Rasputín sugieren el nombre de Boris Stürmer, antiguo miembro del Consejo de Estado, de casi setenta años, del que elogian su firmeza, que no era sino un exceso de autoritarismo. Además, el designado había sido acusado de corrupción y, sobre todo, su apellido

alemán era la peor recomendación posible, en un momento en el que la guerra contra Alemania había llevado el antigermanismo de los rusos a un punto culminante. Recordemos que nada más empezar la guerra, la capital del Imperio perdió su antiguo nombre de San Petersburgo, por sus obvias resonancias alemanas, que fue cambiado por el de Petrogrado, de contundentes raíces rusas. Habían corrido rumores de que los alemanes estaban infiltrados en los círculos de poder y el pueblo había reaccionado llevando a cabo auténticos pogromos de alemanes en Moscú y en Petrogrado. Con ese telón de fondo es fácil entender el desastroso efecto que produjo el nombramiento de un hombre de ascendencia alemana para encabezar el gobierno.

El nuevo gobierno, odiado por todos, era inaceptable, por supuesto, también para la Duma, como quedó a la vista en un duro discurso de Miliukov en el que incluso llegó a denominar a la emperatriz «esa mujer alemana». Nicolás no tuvo más remedio que despedir a Stürmer en noviembre de 1916, nombrando para sucederle al ministro de Transportes, Trepov. Pero Nicolás hacía las cosas siempre a medias y mantuvo en el gobierno, como ministro del Interior, al odiado Protopopov —defendido a capa y espada por la emperatriz, que llegó a viajar a Mogilev para convencer al zar—, a pesar de las protestas del nuevo primer ministro. Trepov solo se mantuvo seis semanas en el poder y fue sustituido, ya en febrero de 1917, por el príncipe Golitsyn, un hombre sin experiencia política, sin influencia y sin ambiciones —según le define Rogger— que sería el último primer ministro del zar⁵². Con una torpeza infinita, este baile de ministerios alcanzó también a la cartera de Exteriores, en la que, a principios de 1917, Sazonov fue sustituido por el controlador general del Imperio, Nikolai Nikolaievich Pokrovski, que era un buen financiero pero que carecía de cualquier conocimiento del complejo mundo de la política internacional.

Al menos desde mediados de 1916, los políticos más señalados de la situación empezaron a plantearse el futuro. Cada vez estaba más aceptada por todos la idea de que el zar era el gran obstáculo no solo para alcanzar la paz, sino también para emprender la necesaria tarea de reorganizar y normalizar Rusia. Lvov, Guchkov, Miliukov y Kerenski, en la intimidad de las logias masónicas, se plantearon la posibilidad de llevar a cabo alguna acción contra el zar, pero, salvo Guchkov, que exploró con los generales del ejército la hipótesis de un golpe de Estado, los demás se echaron atrás. Es muy significativo que los propios generales que estaban con el zar en el cuartel general (*Stvka*) en Mogilev le hicieran saber a Guchkov que no harían nada para salvar a la monarquía. También lo es que nadie denunciase estas maniobras conspiratorias ante la temible *Okhrana*. Service llega a la conclusión de que «la opinión que Nicolás II merecía en las altas esferas se había vuelto por completo en su contra». Lo cierto es que cada vez estaba más generalizada la idea de que «la sustitución de Nicolás II facilitaría un incremento decisivo de la eficiencia económica y administrativa», hasta el punto de que «en 1916, incluso el Consejo de la Nobleza, un tradicional bastión zarista, estaba reconsiderando su lealtad al soberano». La propia familia imperial trató de influir sobre el soberano para que se desprendiera de la mala influencia de la emperatriz y del «santo hombre» y para que adoptase medidas políticas que enderezasen la situación. En el invierno de 1916 el gran duque Nikolai Mihailovich, cuyo talante liberal era bien conocido, visitó a su primo Nicolás II y le entregó una carta en la que le pedía que alejase a la

emperatriz, si no de su vida personal, sí, al menos, de todo cuanto concerniese a la política. Pero Nicolás II entregó, torpemente, la carta a Alejandra, que le pidió que si el gran duque insistía en esa cuestión, le enviase a Siberia. Poco después fue el gran duque Pablo, tío del zar, quien, en nombre de la familia, le pidió medidas de carácter político: «Anunciad una Constitución, para provocar un choque y cortar la hierba bajo los pies de los extremistas». Pero la respuesta de Nicolás II ante la sugerencia fue la de siempre: el día de su coronación había jurado transmitir intacto a su heredero el poder autocrático y nada le haría abandonar ese propósito. Hasta la viuda del gran duque Sergio, hermana de Alejandra, abandonó el convento en el que voluntariamente se había recluido, para tratar, inútilmente, de convencerla. La reacción de la emperatriz, de cuyo sano juicio hay muchas razones para dudar, la despachó con cajas destempladas. A pesar de todo, la influencia de Rasputín era cada vez mayor sobre aquella extraviada mujer, a la que halagaba diciéndola que era como una «segunda Catalina», mientras que el zar era un alma cándida, «un hijo de Dios», al que había que dirigir estrechamente para que no cometiera errores. Posiblemente el juicio del «santo hombre» sobre Nicolás se acercaba bastante a la realidad, pero no cabe ninguna duda de que la estatura política de Alejandra estaba a años luz de la de la gran Catalina.

Las intrigas de Rasputín llegaron a tal punto que, en la mejor tradición rusa, parece ser que maquinó hacer abdicar a Nicolás II en beneficio del zarevich, que quedaría sometido a la regencia de la emperatriz, lo que le habría dado al «santo hombre» todo el poder. En contrapartida, Alejandra temía también, insistentemente, que si eran los enemigos de la familia real quienes forzasen a Nicolás II a abdicar, a ella se le ingresara, también a la fuerza, en un convento —otra tradición rusa— mientras se elegía como zar al gran duque Nicolás, cuyo prestigio sobre el ejército seguía siendo muy grande⁵³. En este caótico ambiente conspiratorio y mientras no ya el pueblo sino la misma clase gobernante perdía ostensiblemente la confianza en el sistema y en su máximo representante, el descontento popular afloraba cada vez más a la superficie de un modo más patente. Desde finales de 1915 se registraron incidentes provocados por los nuevos reclutas que se negaban a incorporarse a filas. Al año siguiente se produjeron algunos motines en regimientos destinados a los frentes. Pero no se puede hablar de una rebelión generalizada, y desde el punto de vista de los rusos se trataba de incidentes aislados, sin que nadie viera en ellos el anuncio de una revolución inminente. La situación se hacía, sin embargo, insostenible y en muchas regiones de Rusia el campesinado, esto es, la mayor parte de la población, se vio condenado a la miseria. No solo se llevaban a los jóvenes para enviarlos a la carnicería del frente, sino que también eran requisados los caballos, faltaban los productos manufacturados y el hundimiento de los precios de los cereales y del heno agravó la situación de la mayoría de los campesinos. Aunque, como ocurre siempre en estos casos, algunos avispados aprovecharon la ocasión para enriquecerse. Pero no eran solo los campesinos los que tenían que afrontar el deterioro progresivo de sus condiciones de vida. También en las ciudades, especialmente en Petrogrado y Moscú, la situación se hacía difícilmente soportable, pues faltaban los alimentos y el carburante para calefacción. Como consecuencia, se multiplicaban las reuniones y manifestaciones públicas de protesta y menudeaban los incidentes, ante los cuales el ministro del Interior, Protopopov, no tenía más receta que la de incrementar la represión. A los soldados del

frente les llegaban cartas y rumores sobre la situación interior, lo que aumentaba su desmoralización y les conducía a la convicción de que ellos y sus familias, campesinos y obreros, eran los que llevaban la peor parte y a los que les tocaba padecer las privaciones que a los sectores más acomodados de la población parecían no afectarles. A su vez los soldados, a pesar de las prohibiciones, escribían cartas a sus familias en las que criticaban la conducción de las hostilidades y el trato de que eran objeto. La torpe política del zarismo parecía decidida a fabricar sin descanso una masa creciente de revolucionarios. No puede extrañar que los soldados de la guarnición de Petrogrado, «descontentos por la deficiente calidad de la comida y la rígida disciplina militar [fueran] cada vez más reticentes a obedecer las órdenes de reprimir los disturbios en otros sectores de la sociedad»⁵⁴.

La situación se le había ido de las manos al gobierno, incapaz de frenar la escalada de los precios y la escasez de ciertos productos, que se intentó atajar introduciendo el racionamiento. Tal fue el caso del azúcar, racionado en Moscú desde el otoño de 1916, o de la harina y el pan, racionados también en la segunda ciudad del Imperio desde el 20 de febrero, ya en vísperas de la revolución. El poder adquisitivo de los salarios descendió hasta niveles preocupantes, pues, salvo el período 1914-1915, los aumentos eran inferiores a la inflación. Service escribe que los obreros de Petrogrado, que eran los mejor pagados del país, «recibían en 1917 un salario en términos reales inferior entre un 15 y un 20 por 100 al de antes de la guerra». En suma, la clase gobernante había creído desde el principio que la guerra sería corta, y la inesperada prolongación de las hostilidades le impidió hacerse cargo de una situación imprevista y tomar las medidas adecuadas para afrontar la nueva realidad.

El asesinato de Rasputín, a finales de diciembre de 1916, por un grupo de conjurados entre los que destaca el príncipe Feliks Yusupov, esposo de una sobrina del zar, puso fin, simbólicamente, a una etapa, la última del zarismo, y, de alguna manera, abrió el período revolucionario. Pero no vamos a detenernos aquí acerca de un episodio que desborda el mero interés político y que, por otra parte, es suficientemente conocido. Lo que sí nos interesa destacar es que, desde aquellos últimos meses de 1916, tanto la agitación creciente del movimiento obrero como las conspiraciones a las que hemos aludido anunciaban evidentemente cambios políticos inaplazables e irreversibles, que llamaban imperiosamente a la puerta. El agotamiento del sistema, que carecía por completo de toda capacidad de recambio, hacía, incluso, no solo posible sino muy probable una revolución. Es como si, desde las entrañas de la Tierra rusa, la aplazada Revolución de 1905 pugnara por salir a la superficie para retomar la marcha que la represión no la había permitido completar.

El movimiento obrero había recobrado desde finales de 1916 toda su capacidad de agitación y el Grupo de Trabajadores de las industrias de guerra, que existía desde 1915, había asumido la dirección del movimiento, si bien, durante muchos meses, su principal característica había sido la prudencia. Advertía a los trabajadores que las huelgas prematuras y aisladas eran negativas y, por el contrario, recomendaba la acción común con las otras clases en contra del gobierno zarista. Pero el creciente descontento desbordó toda prudencia y, con motivo del aniversario del Domingo Sangriento de 1905, se organizó una huelga masiva (9 de enero de 1917, según el calendario

juliano) en la que, según algunas fuentes, se echaron a la calle en Petrogrado 300.000 personas, aunque otros datos limitan la participación a 140.000. El aplazamiento de la reapertura de la Duma, previsto para el 6 de enero, sirvió también como pretexto para los huelguistas. Algunos días después, el 24 de enero, el Grupo de Trabajadores, dominado por los mencheviques, convocó a una nueva manifestación para el 14 de febrero, día en que la Duma iba a inaugurar sus sesiones, pero, al mismo tiempo, lanzó un manifiesto en el que se pedía la formación de un gobierno provisional que defendiese los principios democráticos. Protopopov hizo detener de inmediato a todos los miembros del Grupo, aunque, a pesar de todo, la manifestación se celebró y logró reunir a no menos de 84.000 personas.

El 21 de febrero la agitación continuaba en Petrogrado, mientras los rumores de todo tipo se extendían por la capital. Faltaba el pan y se discutía la posibilidad de racionarlo, aunque desde el gobierno se afirmaba que había harina en abundancia. Asustados por el ambiente, tan cargado, los panaderos se sentían tentados de cerrar sus tiendas, lo que habría supuesto un irremediable conflicto. Al día siguiente, una huelga paralizó la fábrica Putilov de Petrogrado, una de las más grandes del país, y un día después las obreras de la industria textil se echaban también a las calles de la capital, protestando por las largas colas que debían guardar para conseguir pan y pidiendo la ayuda y la solidaridad de los obreros de las fábricas metalúrgicas. El 23 de febrero (8 de marzo del calendario occidental), jueves, era el Día Internacional de la Mujer y se repitieron las manifestaciones que paralizaron prácticamente en su integridad la vida productiva de la capital. La agitación netamente revolucionaria prosiguió durante los días siguientes con la novedad de que a los obreros y a las mujeres, que seguían ocupando las calles, se les unieron estudiantes y burgueses, lo que suponía que la revuelta ya lo era de toda la sociedad rusa. Abiertamente se había pasado de las reivindicaciones meramente materiales de las clases trabajadoras a las exigencias de cambio político, que hacían suyas todas las clases sociales. Ya no solo se pedía pan, sino el fin del zarismo. Ante esta situación, ni la policía, ni los cosacos, ni el ejército regular se atrevían a disparar contra el pueblo en masa, sino que, por el contrario, se produjeron escenas de confraternización. Se reconociese o no, aquello era ya una revolución en toda regla, mucho más amplia y generalizada que la de 1905 y, desde luego, con raíces populares más evidentes que la tópica Revolución bolchevique, que tendría lugar siete meses después. Es de notar que la propia emperatriz, en contra de la que había sido su actitud habitual, insistió en que no se debía disparar contra la multitud y hasta llegó a afirmar que el problema del aprovisionamiento podía volver loco a cualquiera, dando así una cierta justificación a la protesta popular. El día 25 la situación estaba claramente fuera de control. Ese mismo día Nicolás II envía un perentorio telegrama a Khabalov, comandante de la plaza: «Os ordeno detener, mañana, los desórdenes de la capital, que son inaceptables a la hora de una difícil guerra contra Alemania y Austria». El general fijó carteles anunciando que las tropas tenían autorización para disparar contra la multitud y aquella misma tarde-noche se escucharon los primeros disparos en la Perspectiva Nevsky, que causaron numerosas víctimas. Al caer la noche una compañía del regimiento Pavlovski se amotinó y, tras él, hicieron lo mismo todos los regimientos de la Guardia, históricamente las tropas más leales del zarismo. Los regimientos Preobrazhenskii, Semionovskii y de Lituania se pasaron al lado de los

amotinados, mientras que los intentos de restablecer el orden se saldaban con el fracaso más absoluto, ya que, una tras otra, todas las unidades militares hacían causa común con los rebeldes. Los obreros abrieron las cárceles y liberaron a los detenidos políticos, muchos de ellos dirigentes destacados del movimiento obrero y de los partidos de izquierda, que se sumaron inmediatamente a lo que ya era una revolución en marcha. El 27 de febrero muchos edificios públicos, incluido el propio Palacio de Invierno, residencia imperial, fueron invadidos por las masas, que incendiaron a los más odiados, como por ejemplo las sedes de la *Okhrana*.

Nicolás II desoyó a quienes, como Rodzianko, presidente de la Duma, le aconsejaban que tomase medidas políticas para afrontar la situación. El zar desconfiaba de las intenciones de los que le rodeaban y, sobre todo, de la Duma y creía que sus propuestas no eran sino tretas para forzarle a las concesiones políticas a las que siempre se había negado. Fiel a sus hábitos, pensaba, por el contrario, que era preciso intensificar la represión, por lo que pidió que algunos regimientos que estaban en el frente volviesen a la capital. Pero se encontró con que el Alto Mando, para el que la única prioridad era la guerra, no parecía muy dispuesto a inmiscuirse en lo que consideraba asuntos políticos. Era evidente que el régimen se había quedado sin apoyos. Su hermano, el gran duque Mikhail, le telegrafió instándole a que abandonase el Cuartel General y volviese a Petrogrado. El regreso del zar, al que se había resistido siempre, ya era inaplazable porque el 27 por la tarde el primer ministro Golytsin no solo había dimitido, sino que se había dirigido al zar pidiéndole que se formase una regencia provisional o una especie de dictadura encomendada al gran duque Mikhail. Era una manera de pedirle a Nicolás II que abdicara, sugerencia a la que en un primer momento se opuso contundentemente. El 1 de marzo, cuando viajaba de vuelta hacia Petrogrado, su tren fue desviado a Pskov por supuestas razones militares. Increíblemente, fue en aquella situación cuando se decidió a dar el paso hacia la reforma política, a la que se había opuesto tan testaruda y reiteradamente, pero que ya era absolutamente inútil. Allí mismo se redactó un manifiesto en el que el zar prometía «dar al Estado ruso un orden constitucional» así como «poderes al presidente de la Duma para que nombrase inmediatamente un Gabinete provisional que dispusiera de la confianza del país». Asimismo se aludía a la convocatoria de «una asamblea legislativa que examinase rápidamente un proyecto de nuevas leyes fundamentales para el Imperio ruso». Pero ya era demasiado tarde. Por sugerencia del general Alekseiev, los comandantes del frente dirigieron un mensaje a Nicolás II en el que le rogaban que, para salvar la monarquía, abdicase en favor de su hijo, el zarevich Alexis, que quedaría bajo la regencia del gran duque Mikhail.

Nicolás, a la vista de la situación, se dio cuenta de que no tenía otra salida y, aceptando la sugerencia, firmó en Pskov el acta de abdicación en el pobre Aleksis. La Duma —que ante la situación había designado una especie de gobierno con el nombre de Comité Provisional— fue informada del paso dado por el zar y envió inmediatamente a Pskov a Guchkov y a Chulgin para tomar nota oficialmente de la abdicación. Pero, antes de que llegasen, Nicolás pidió entrevistarse con un médico de su confianza, el doctor Fedorov, que, a sus preguntas, le hizo saber que, médicamente, el zarevich carecía de salud y de condiciones físicas para reinar normalmente. En ese momento, en Nicolás se impusieron los sentimientos de padre sobre los eventuales intereses

de la dinastía y decidió abdicar directamente en su hermano el gran duque Mikhail. Pero los diputados de la Duma, que desconocían la gravedad de la enfermedad del zarevich, sobre la que nunca se había informado abiertamente a la sociedad, no acabaron de entender las razones de la decisión de Nicolás y se opusieron a lo que veían como una grave alteración de las leyes de sucesión dinástica. Pero, aun sin explicar, la decisión ya estaba tomada y nada se pudo hacer para torcer la voluntad del zar, inútil en cualquier caso pues la suerte de la dinastía Romanov estaba ya perdida. Preocupado, no obstante, por guardar al máximo los formalismos legales y con la intención de que la transición fuera lo menos traumática posible, Nicolás firmó otros dos documentos, en virtud de los cuales se nombraba oficialmente al príncipe Lvov —que formaba parte del Comité designado por la Duma— jefe de gobierno y al gran duque Nikolai Nikolaievich, de nuevo, comandante en jefe del Ejército. Pero al gran duque Mikhail no le entusiasmaba la perspectiva, sobre todo cuando comprobó que la izquierda, con Kerenski como principal animador, exigía abiertamente el fin de la monarquía. En consecuencia, el 4 de marzo firmó también su propia abdicación, lo que suponía, efectivamente, el fin de la dinastía Romanov y de la monarquía en Rusia⁵⁵.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS GENERALES

- ANDERSON, M. S., *Europa en el siglo XVIII, 1713-1783*, Ed. Aguilar, Madrid, 1964.
- BILLINGTON, J. H., *The Icon and the Axe. An interpretative History of Russian Culture*, Vintage Books, Nueva York, 1970.
- BOGDAN, H., *Histoire des peuples de l'ex URSS. Du IX siècle á nos jours*, Perrin, 1993.
- CARRÈRE D'ENCAUSSE, H., *L'Empire d'Eurasie. Une histoire de l'Empire russe de 1552 à nos jours*, Fayard, 2005.
- , *Le malheur russe, Essai sur le meurtre politique*, Fayard, 1988.
- , *La Russie inachevée*, Fayard, 2000.
- CASTELLAN, G., *Histoire des Balkans. XIV-XX siècles*, Fayard, 1991.
- CHEW, A. F., *An Atlas of Russian History. Eleven centuries of changing borders*, Yale University Press, New Haven-Londres, edición revisada de 1970.
- CONTE, F., *Les Slaves*, Albin Michel, 1996 (1986).
- DORION, H. y TCHEERKASSOV, A., *Le Russionaire*, Eds. MultiMondes, Québec, 2001.
- GILBERT, M., *The Dent Atlas of Russian History*, J. M. Dent, London, 1993.
- GOEHRKE, C.; HELLMAN, M., LORENZ, R. y SCHEIBERT, P., *Rusia, Historia Universal*, tomo 31, Siglo XXI, Madrid, 1980.
- HELLER, M., *Histoire de la Russie et de son empire*, Plon, 1997.
- LEROY-BEAULIEU, A., *L'Empire des Tsars et les Russes*, Robert Laffont, París, 1990.
- MANTRAN, R. (dir. de la edición), *Histoire de l'Empire Ottoman*, Fayard, 1989.
- RAGSDALE, H., (ed.), *Imperial Russia Foreign Policy*, Woodrow Wilson Center Press, Cambridge University Press, 1993.
- RENOUVIN, P., *Histoire des Relations Internationales*, Hachette (3 tomos), París, 1953-

1955.

- RIASANOVSKY, N., *Histoire de la Russie des origins á 1984*, Robert Laffont, París, 1987.
- SELLIER, J. y A., *Atlas des Peuples d'Orient*, Eds. de la Découverte, París, 1993.
- SOLOKOFF, G., *La puissance pauvre. Une histoire de la Russie de 1815 á nos jours*, Fayard, 1993.
- TAYLOR, A. J. P., *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918*, Oxford University Press, 1979.
- WALICKI, A., *A History of Russian Thought. From Enlightenment to Marxism*, Stanford University Press, 1979.

SIGLOS VIII-XVI

- CRUMMEY, R. O., *The Formation of Muscovy 1304-1613*, (LHR), Longman, 1987.
- FENNELL, J., *Ivan the Great of Moscow*, Londres, 1963.
- , *The Crisis of Medieval Russia 1200-1304*, (LHR), Longman, 1983.
- FRANKLIN, S. y SHEPARD, J., *The Emergence of Rus 750-1200*, Longman History of Russia (LHR), Longman, 1996.
- GROUSSET, R., *L'Empire des steppes. Attila, Gengis Khan, Tamerlan*, París, 1939.
- KANTOROWICZ, E., *The King's two bodies. A study on medieval political theology*, Princeton, 1957.
- NÉSTOR, *Relato de los años pasados* (Primera Crónica o Crónica nestoriana), Ed. de Ángel Luis Encinas Moral, Miraguano Ediciones, Madrid, 2004.
- ROUX, J. P., *Histoire de l'Empire Mongol*, Fayard, 1993.
- TROYAT, H., *Ivan le Terrible*, Flammarion, 1982. (Existe edición española, *Iván el Terrible*, Vergara 2003).

SIGLOS XVII-XVIII

- ANDERSON, M. S., *Pedro el Grande*, Ed. Juventud, Barcelona, 1985 (1978).
- BERELOWITCH W. y MEDVEDKOVA, O., *Histoire de Saint-Pétersbourg*, Fayard, 1996.
- DUKES, P., *Catherine the Great and the Russian Nobility*, University of Cambridge Press, 1967.
- : *The Making of Russian Absolutism. 1613-1801* (LHR), Longman, 1990.
- ERICKSON, C., *La Grande Caterina*, Mondadori, 1997 (1995).
- KLIUCHEVSKY, V. O., *The Rise of Romanovs*, Barnes & Noble, Nueva York, 1970.
- LE DONNE, J., *The Russian Empire and the World 1700-1917. The geopolitics of expansion and containment*, Oxford University Press, 1997.
- MADARIAGA, Isabel de, *Catalina la Grande*, Espasa, 1994.
- MARSHALL, W., *Peter the Great*, Longman, Londres, 1996.
- RAEFF, M., *Comprendre l'Ancien Régime russe*, Seuil, 1982.
- RIASANOVSKY, N. V., *The Image of Peter the Great in Russian History and Thought*, Oxford University Press, 1985.
- SOLOVEYTCHIK, G., *Potemkin, El favorito de Catalina la Grande*, Losada, Buenos Aires, 1960 (1939).
- TROYAT, H., *Pouchkine*, Perrin, 1976 (1953).
- : *Terribles Tsarines*, Bernard Grasset, 1998.
- URE, J., *Los cosacos*, Ariel, 2002 (1999).
- VOLTAIRE, *Histoire de l'Empire de Russie sous Pierre le Grand*, París, 1819.

SIGLOS XIX-XX

- BAROJA, P., *Juan van Halen. El oficial aventurero*, en *Obras completas* (XIV), Círculo de

Lectores, 1999.

BERLIN, I., *Russian Thinkers*, Penguin Books, 1994 (1979).

BROWSE, D. R., *Training the Nihilists, Education and Radicalism in Tsarist Russia*, Ihtaca, Nueva York-Londres, 1975.

BRUPBACHER, F., *Michel Bakounine et le demon de la révolte*, Eds. du Cercle, 1970.

CARR, E. H., *Bakunin*, Grijalbo, Barcelona, 1970 (1937).

CARRÈRE D'ENCAUSSE, H., *L'empire éclaté*, Flammarion, 1987.

—, *Nicolas II. La transition interrompue*, Fayard, 1996.

CASTELAR, E., *La Cuestión de Oriente*, La Ilustración Española y Americana, Madrid, 1876.

CHERNIAVSKY, M., *Tsar and People, Studies in Russian myths*, New Haven-Londres, 1961.

FERRO, M., *Nicolas II*, Payot, 1990.

FLOYD, D., *La Primera Revolución Rusa*. Eds. Nauta, Barcelona, 1970.

GRENVILLE, J. A. S., *La Europa remodelada. 1848-1878, Historia de Europa*, Siglo XXI, 1979 (1976).

GRUNWALD, C. de, *Nicolas II*, Eds. Cid, Madrid, 1996.

HEPNER, B. P., *Bakounine et le panslavisme révolutionnaire*, Lib. Marcel Rivière et cie. París, 1950.

HOPKIRK, P., *On Secret Service East of Constantinopla*, John Murray, Londres, 1994.

—, *The Great Game. The Struggle for Empire in Central Asia*, Kodansha, 1992 (1990).

KARAM, P. y MOURGUES, T., *Les guerres du Caucase. Des Tsars à Tchétchenie*, Perrin, 1995.

KENNAN, G. F., *The Decline of Bismarck's European Order. Franco-Russian Relations 1875-1890*, Princeton University Press, 1989 (1979).

LEATHERBARROW, W. J. y OFFORD, D. C. (Eds.), *A Documentary History of Russian Thought (From Enlightenment to Marxism)*, Ardis, Ann Arbor, 1987.

LIEVEN, D., *Russia's Rulers under the Old Regime*, Yale University Press, New Haven-Londres, 1989.

MALIA, M., *Alexander Herzen and the Birth of Russian Intelligentsia*, Cambridge (Mass.), 1961.

MENNING, B. W., *Bayonets before Bullets. The Imperial Russian Army 1861-1914*, Indiana University Press, 2000.

- MEYER, J., *Rusia y sus imperios 1894-1991*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
- MOUROUSY, P., *Alexandre I tsar de Russie. Un sphinx en Europe*, Éds. du Rocher, 1999.
- PALÉOLOGUE, M., *La Russie des Tsars pendant la Grande Guerre* (3 tomos), Plon, París, 1923.
- PLESHAKOV, C., *La última Armada del zar. El épico viaje a la batalla de Tsushima*, Turner, Madrid, 2003.
- RADZINSKY, E., *El último zar*, Plaza & Janés, Barcelona, 1993.
- RAEFF, M., *Plans for Political Reform in Russia 1730-1905*, Englewood Cliff, New Jersey, 1966.
- , *Political Ideas and Institutions in Imperial Russia*, Wesrview Press, 1994.
- ROPERT, A., *La Misère et la Gloire (Histoire Culturelle du Monde Russe de l'an mil à nos jours)*, Armad Colin, 1992.
- SAETON-WATSON, H., *The Russian Empire 1810-1917*, University of Oxford Press, 1967.
- SAUNDERS, D., *Russia in the Age of Reaction and Reform 1801-1881* (LHR), Longman, 1998 (1992).
- SERVICE, R., *Historia de Rusia en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2000.
- TROYAT, H., *Nicolas I*, Perrin, 2000.
- VALLOTON, H., *Alejandro I*, Eds. Cid, Madrid, 1967.
- VENTURINI, F., *Les Intelectuels, le Peuple et la Révolution. Histoire du populisme russe au XIX Siècle*, París, 1952.

CRONOLOGÍA DE LA HISTORIA DE RUSIA (Hasta la caída de Nicolás II)

856

(862 según la *Primera Crónica*). Llamamiento al príncipe varego Rurik. Fundación del principado de Novgorod.

882

Oleg hace de Kiev la capital de su principado.

915

Los pechenegos invaden la *Rus*.

988

El príncipe Vladimiro se convierte al cristianismo y lo impone como religión del principado kieviano.

1019

Yaroslav el Sabio (907-1054) es coronado gran príncipe.

1061

Los polovtsianos irrumpen en la *Rus*.

1115-1125

Reinado de Vladimiro II *Monomakbo*.

1156

Yuri Dolgoruki funda la ciudad de Moscú.

1236

Invasión de los mongoles, dirigidos por Batú.

1240-1242

Victorias de Aleksandr Nevsky sobre los suecos (Neva) y sobre los Caballeros Portaespadas (Lago Peipus).

1299

El principado traslada su capitalidad de Kiev a Vladimir.

1325

Iván I *Kalita*, príncipe de Moscú. Desde 1328 es gran príncipe.

1380

Dmitrii Donskoi derrota a los mongoles en la batalla de Kulikovo.

1462-1505

Reinado de Iván III el Grande. Expansión del principado de Moscovia. En 1472 casa con Sofía Paleólogo.

1505

Vasilii III sube al trono como gran príncipe de Moscovia y de «toda Rusia». Continúa la expansión.

1511

El monje Philoteus, en carta a Vasilii III, denomina a Moscú «Tercera Roma».

1553

Sube al trono Iván IV (1533-1584) bajo la regencia de su madre Elena Glinskaia. Asume el poder en 1547.

1552

Conquista de Kazan.

1558

Comienza la guerra de Livonia.

1565

Iván IV instauro la *opritchinina*.

1582

Comienza la conquista de Siberia.

1584

Comienza el reinado de Fedor I.

1589

Creación del patriarcado de Moscú.

1591

Muerte del zarevich Dmitrii.

1598

Muerte del zar Fedor I y extinción de la dinastía de Rurik.

1598-1605

Reinado de Boris Godunov.

1598-1613

«Tiempos Turbulentos» (*Smutnoe Vremia*).

1605

El Falso Dmitrii es coronado zar.

1613

Mikhail Romanov es elegido zar por el Zemski Sobor.

1645-1676

Reinado de Alexis I.

1654

Ucrania se incorpora a Moscú. Comienza el cisma (*Raskol*).

1668-1671

Revolta de Stenka Razin.

1682

Los hermanos Iván V y Pedro I suben al trono como «co-zares» bajo la regencia de su hermana Sofía.

1689

Pedro I asume todo el poder.

1700

Guerra del Norte contra Suecia. Pedro I es derrotado en Narva.

1703

Fundación de San Petersburgo, que en 1713 será capital del Imperio.

1709

Victoria de Poltava.

1721

Paz de Nystadt. Fin de la Guerra del Norte. Pedro I es proclamado emperador.

1725

Muerte de Pedro el Grande. Le sucede su esposa Catalina I.

1730

Ana Ivanovna es proclamada emperatriz.

1741

Una revuelta palaciega proclama emperatriz a Isabel I, hija de Pedro el Grande.

1762

Nueva revuelta palaciega. Asesinato de Pedro III, heredero y sobrino de Isabel I y proclamación como emperatriz de su esposa Catalina II la Grande.

1768-1774

Primera guerra contra Turquía.

1772

Primer reparto de Polonia.

1773-1774

Rebelión de Pugachev.

1783

El khanato de Crimea se integra en Rusia.

1787-1791

Segunda guerra contra Turquía.

1793

Segundo reparto de Polonia.

1795

Tercer reparto de Polonia. *Finis Poloniae*.

1801

Revuelta palaciega. Pablo I es asesinado: su hijo Alejandro I es proclamado emperador.

1807

Paz de Tilsit entre Alejandro I y Napoleón.

1809

Victoria sobre Suecia e integración de Finlandia en el Imperio ruso.

1812

Napoleón invade Rusia. Comienza la «Guerra Patriótica».

1814

Alejandro I entra en París al frente del ejército aliado.

1815

Congreso de Viena. Santa Alianza.

1825

Muerte de Alejandro I. Revuelta decembrista. Nicolás I. emperador.

1826-1829

Guerras contra Persia y Turquía.

1830

Revolución en Polonia.

1849
Las tropas rusas, a petición de Viena. aplastan la insurrección en Hungría.

1855-1856
Guerra de Crimea. Derrota de Rusia y pérdida de influencia en Europa. Paz de París.

1855
Alejandro II sube al trono tras la muerte de Nicolás I.

1859-1885
Conquista del Cáucaso y del Turquestán.

1861
Alejandro II libera a los siervos.

1867
Venta de Alaska a los Estados Unidos.

1877-1878
Guerra contra Turquía. Creación de la «Gran Bulgaria».

1878
Congreso de Berlín.

1881
Asesinato de Alejandro II.

1891
Comienza la construcción del Ferrocarril Transiberiano.

1894
Nicolás II sube al trono.

1904-1905
Guerra ruso-japonesa. Primera Revolución rusa. Las Dumas.

1914
Comienza la Primera Guerra Mundial.

1917
Revolución en Petrogrado. Caída del régimen zarista.

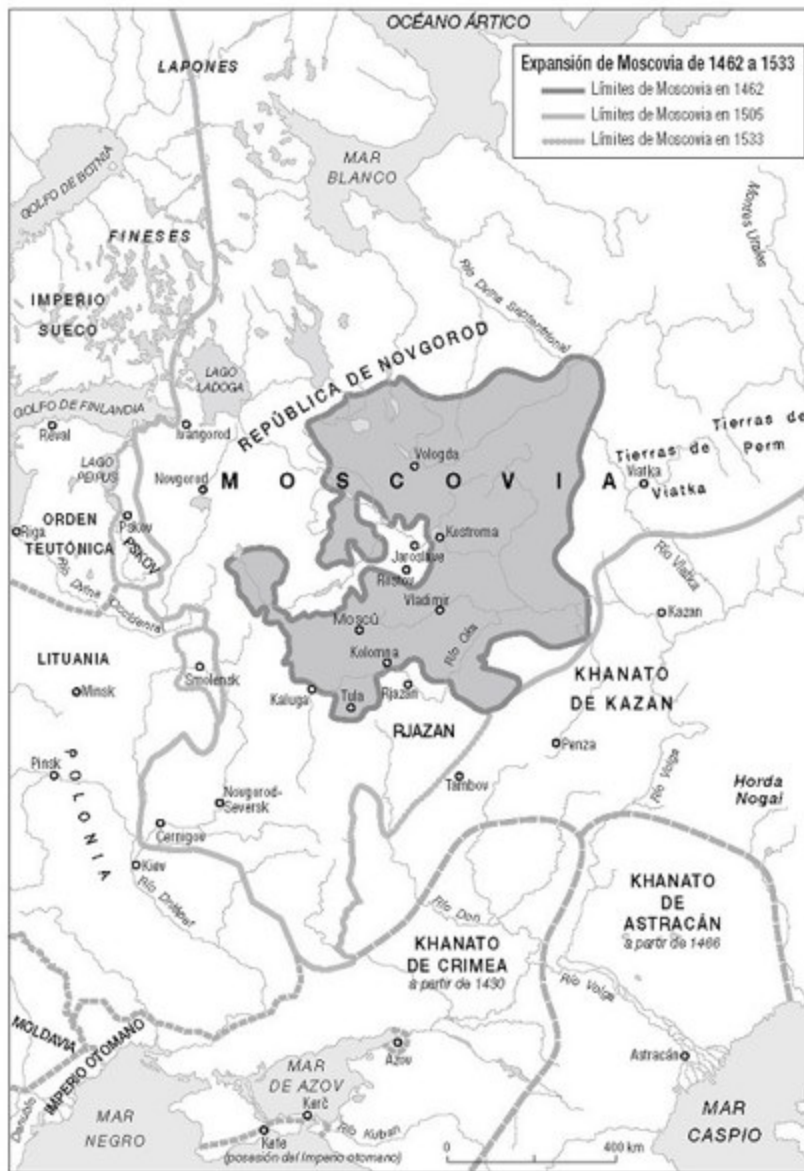
1918
Asesinato de Nicolás II y toda su familia en Ekaterimburgo.

MAPAS

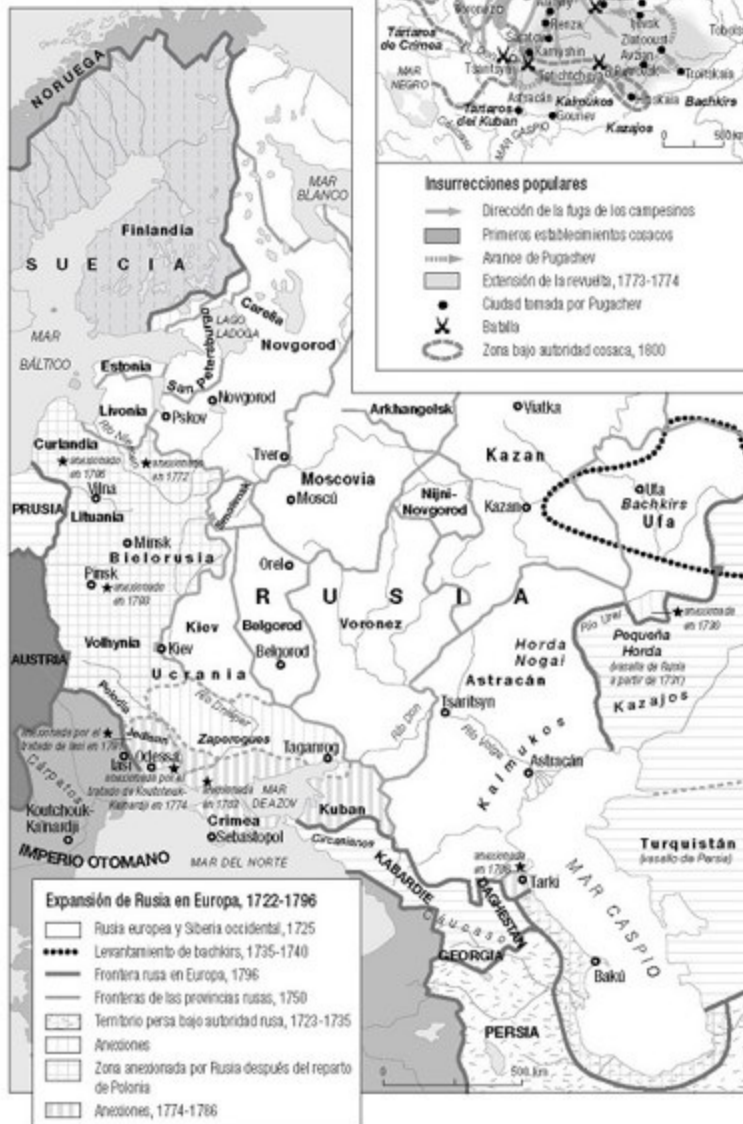
La Rusia de Kiev o Kieviana, 880 -1054

- Rusia entre 880 y 912
- Expansión de Rusia entre 912 y 972
- Expansión de Rusia entre 972 y 1054
- Zona pagadora de tributos a los rusos provisionalmente
- Imperio Khazar hasta 967
- Principales rutas comerciales
- Campaña de Sviatoslav
- Fortificaciones contra los nómadas
- Pueblos saqueados por Sviatoslav
- Batalla







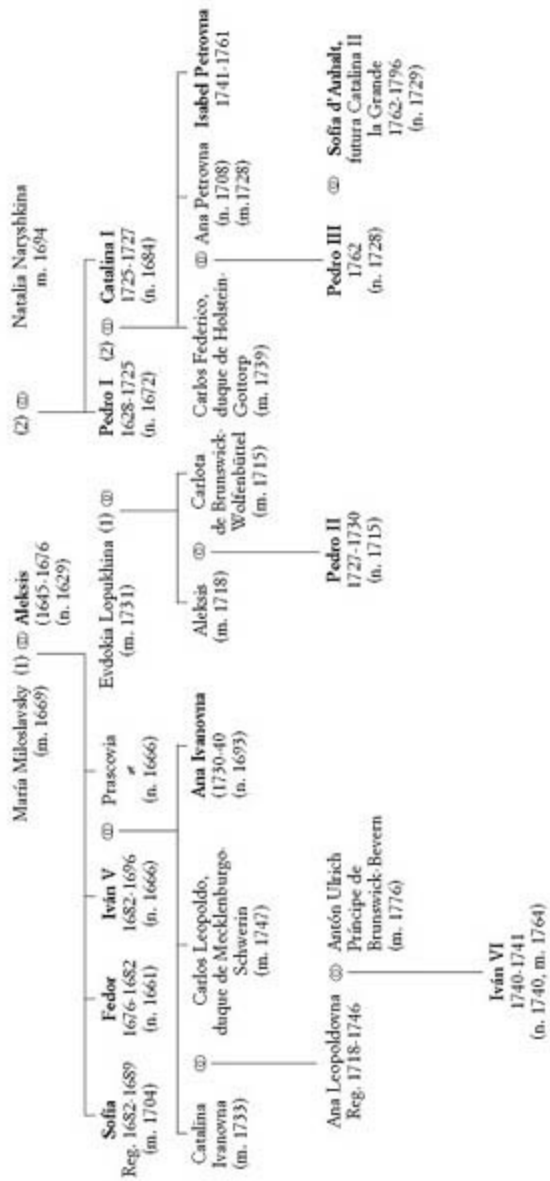


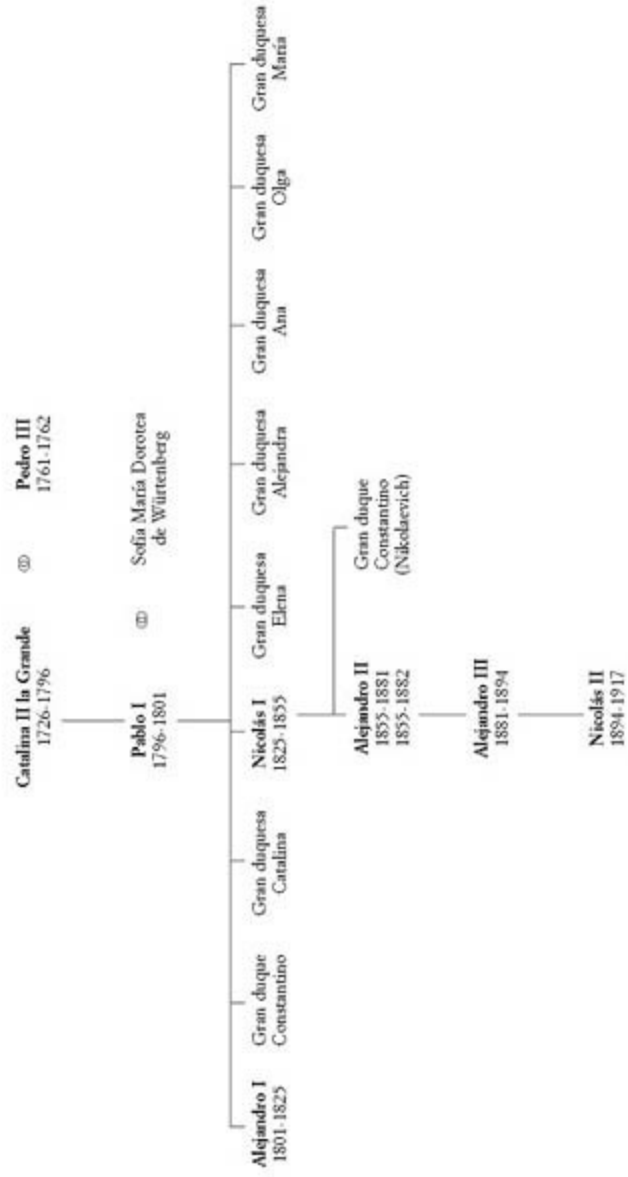


Rusia en Asia, 1689-1914

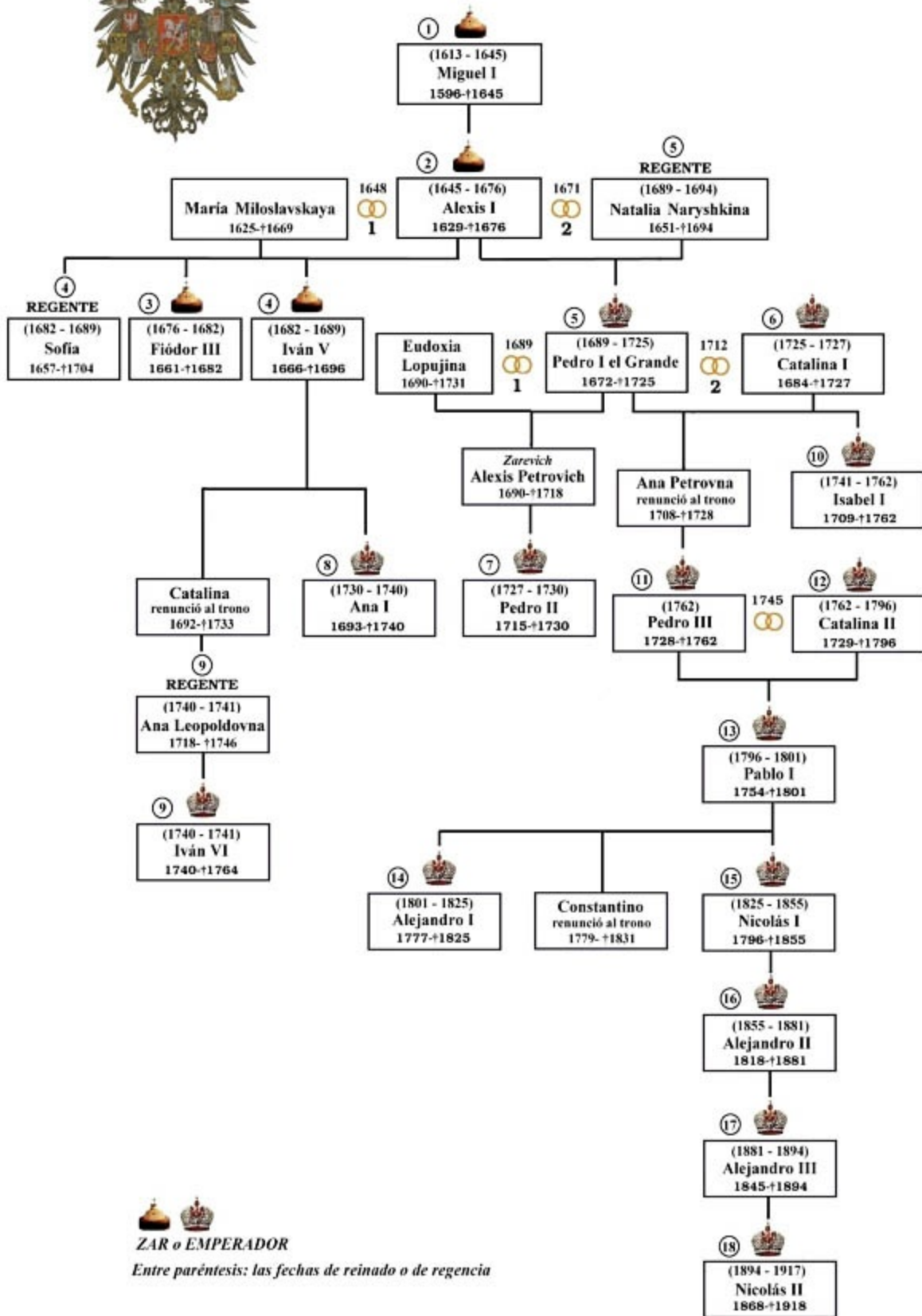
- Frontera rusa en 1796
- Imperio ruso en 1796
- Anexionado entre 1689 y 1762
- Zonas kazajas formalmente dependientes de Rusia
- Entre 1731 y 1800
- Adquirido hacia 1855
- Adquirido hacia 1876
- Adquirido hacia 1901
- Frontera en 1914
- Esfera de influencia rusa
- Expedición de Bering
- Expedición de Bering y Tchirikov

**ÁRBOLES GENEALÓGICOS DE LAS DINASTÍAS ROMANOV Y
HOLSTEIN GOTTORP**





Los monarcas de la dinastía Romanov (1613 ~ 1917)



IMÁGENES



Corona-sombrero de Vladimiro II el Monomakho, gran príncipe de Kiev (1113-1125).



Yuri Dolgorukii, hijo de Vladimiro II el Monomakho, príncipe de Suzdal y fundador de Moscú en 1147.



Dimitrii Donskoi en la batalla de Kulikovo contra los mongoles (1380).



Dimitrii Donskoi, gran príncipe de Moscú (1362-1389).



Iglesia de Nuestro Salvador, en Novgorod (1374).



Catedral de la Dormición o de la Asunción (1559-1585), en Sergiyed Posad (Zagorsk durante la época comunista).



Catedral de la Anunciación, en el Kremlin de Moscú (1484-1489).



Iván IV el Terrible, zar de Moscovia y de toda la Rusia (1533-1584).



Catedral de San Basilio en la Plaza Roja de Moscú (1555-1561), construida para celebrar la conquista de Kazán.



San Jorge y el Dragón. Icono del siglo XIV de la Escuela de Novgorod.



Maximiliano I de Habsburgo recibe a los boyardos de Iván III el Grande (1462-1505). El uso del título de zar (emperador) era un motivo de disputa entre Moscú y Viena.



Mikhail Romanov (1613-1645), primer zar de la dinastía. Su elección por el Zemski Sobor pone fin a los Tiempos Turbulentos.



Retrato de Pedro I el Grande, por *sir* Godfrey Kneller, pintor de cámara inglés nacido en Alemania.



Paisaje de San Petersburgo (1733), con la Fortaleza de Pedro y Pablo al fondo.



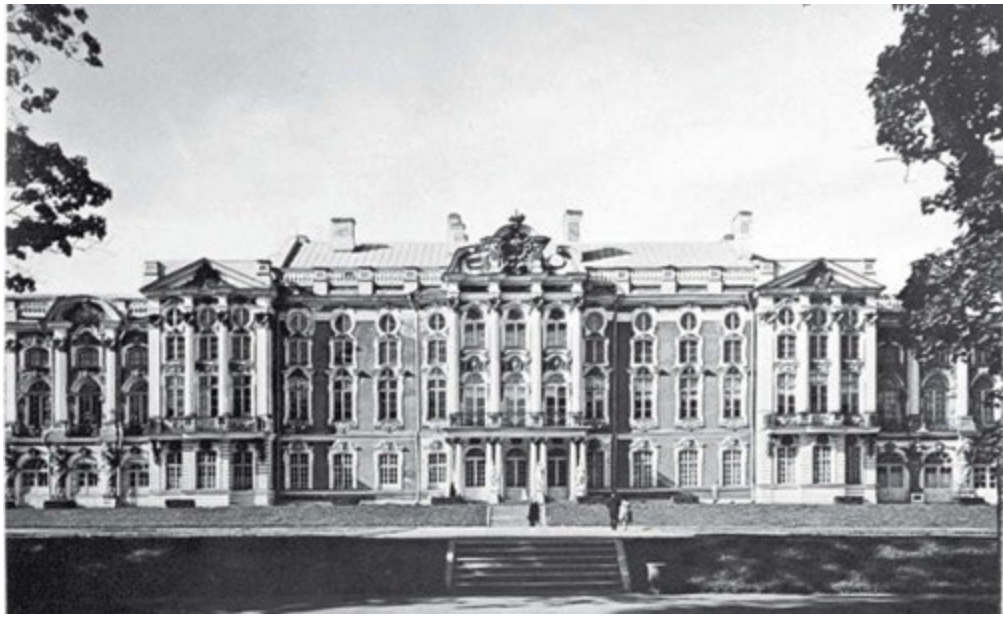
Torre de El Salvador (siglo XVII) en el Kremlin de Moscú. El reloj de esta torre se considera el más preciso de Rusia.



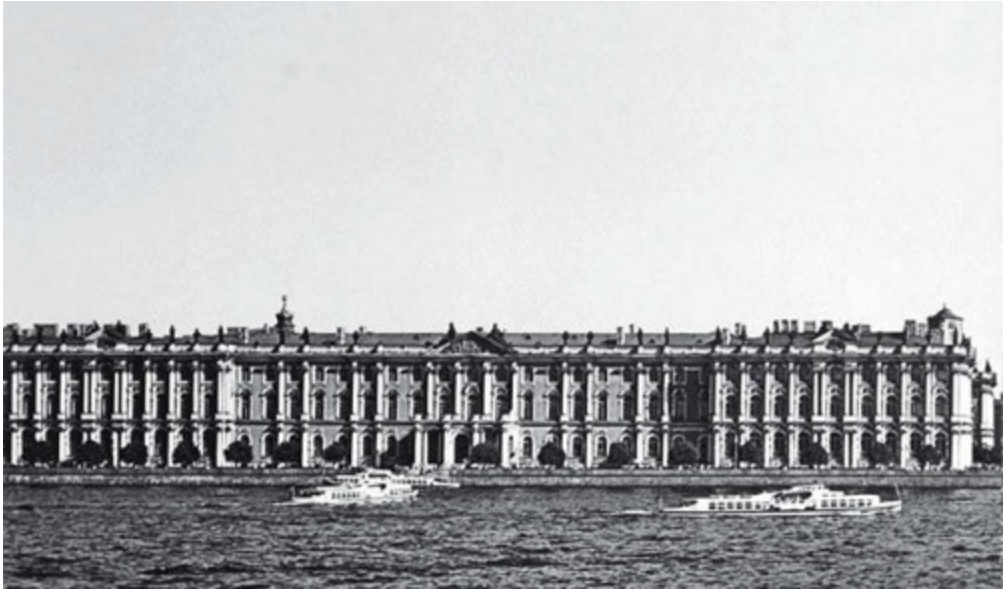
La gran duquesa Catalina (1745), casada con el zarevich y futuro emperador Pedro III, que se convertiría en Catalina II en 1762.



Palacio Imperial de Peterhof (hoy Petrodvorets), obra de Leblond (1679-1719), arquitecto francés que se inspiró en Versalles y trazó los planos de San Petersburgo.



El Kremlin o fortaleza de Moscú (1810). Grabado de F. Durfeldt.



Palacio de Invierno (Ermitage), en Leningrado, a orillas del Neva. Fue diseñado por Bartolomeo Francesco Rastrelli (1700-1771), arquitecto de la zarina Isabel Petrovna.



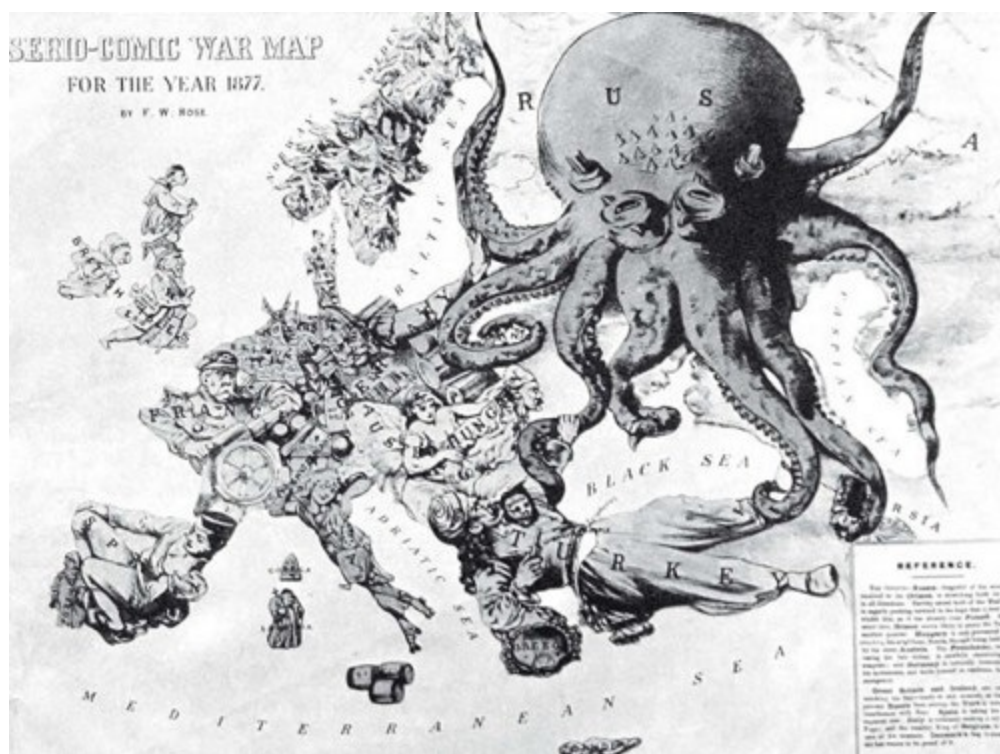
Alejandro I, emperador de Rusia (1801-1825).



Aleksandr Pushkin (1799-1837), figura señera de la literatura rusa.



Tratado de París de 1856, que puso fin a la Guerra de Crimea y supuso el fin de la influencia de Rusia en Europa.



Europa en 1877. Mapa inglés en el que se representa a Rusia como un pulpo expansionista.



Incendio de Moscú de 1812, como respuesta a la invasión de Napoleón.



El emperador Nicolás II (1868-1918), último zar de Rusia.



Fábrica Putilov en San Petersburgo. Una huelga de sus obreros fue la chispa que desencadenó la Revolución de 1905.



Domingo Sangriento en San Petersburgo (enero de 1905), que marcó el comienzo de la Primera Revolución rusa.



El zar Nicolás II con su familia en Peterhof (agosto de 1901). En brazos de la zarina la gran duquesa Anastasia, nacida aquel mismo año.



Aleksei Nicolaievitch, hijo del zar Nicolás II, nacido en 1904.



Grigorii Efimovich Novi (Rasputín).

Notas

[1] S. Franklin y J. Shepard, *The Emergence of Rus 750-1200*, Longman, 1996, pág. xvii.<<

[2] J. H. Billington, *The Icon and the Axe. An interpretative history of Russian Culture*, Vintage Books, Nueva York, 1970, pág. 3.<<

[3] M. Heller, *Histoire de la Russie et de son empire*, Plon, Paris, 1997, pág. 41.<<

[4] S. Franklin y J. Shepard, ob. cit., págs. 208-244.<<

[5] Jean Paul Roux: *Histoire de l'Empire Mongol*, Fayard, 1993, págs. 139-141.<<

[6] Como señala Fennell, las cuatro crónicas existentes que relatan la invasión tártara, con interesantes diferencias entre ellas, son la crónica suzdaliana llamada *Laurentina* o *Laurenstski*; la *Primera Crónica de Novgorod*; la *Ipatieski*, que refleja el espíritu del suroeste, es decir, Chernigov y Volynia, y la llamada *Sofiski*. Véase J. Fennell, *The Crisis of Medieval Russia 1200-1304*, Longman, 1983, págs. 64-65 y apéndice A.<<

[7] N. Riasanovsky, *Histoire de la Russie*, Robert Laffont, 1987, págs. 79 y 84-89.<<

[8] M. Heller, ob. cit., págs. 111 y sigs.<<

[9] J. H. Billington, ob. cit., pág. 48.<<

[10] A. Leroy-Beaulieu, *L'Empire des Tsars et les Russes*, Robert Laffont, 1990 (1898), pág. 184.<<

[11] J. H. Billington, ob. cit., págs. 49 y sigs.<<

[12] M. Heller, ob. cit., págs. 119-120.<<

[13] J. Fennell, *Ivan the Great of Moscow*, Londres, 1963, págs. 264-266.<<

[14] M. Heller, ob. cit., pág. 145.<<

[15] R. O. Crumney, *The Formation of Muscovy 1304-1613*, Longman, 1993 (1987), pág. 93.<<

[16] C. Goehrke: «El período moscovita», en M. Hellmann, R. Lorenz, P. Scheibert, *Rusia*, Historia Universal Siglo XXI, Ed. Siglo XXI, 1980 (1972), págs. 109-110.<<

[17] La transposición de *caesar* a *zar* (*czar* según otras grafías) no puede extrañarnos a los españoles, que tenemos una ciudad, *Zaragoza*, cuyo nombre latino era *Caesar Augusta*.<<

[18] J. H. Billington, ob. cit., pág. 87.<<

[¹] H. Carrère d'Encausse, *Le malheur russe. Essai sur le meurtre politique*, Fayard, París, 1988, pág. 63. <<

[2] R. O. Crummey, ob. cit., págs. 143-144. <<

[3] H. Troyat, *Iván el Terrible. Zar y gran príncipe de toda Rusia*, Vergara, 2003, pág. 15. <<

[4] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., pág. 70. <<

[5] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., pág. 75. <<

[6] M. Heller, ob. cit., pág. 190. <<

[7] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., pág. 80. <<

[8] Véase el relato de estos viajes en H. Troyat, ob. cit., págs. 89-93. <<

[9] M. Heller, ob. cit., pág. 220. <<

[10] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., págs. 106-107. <<

[11] H. Troyat, que se ocupa de este contencioso con Isabel I, señala la importancia del comercio anglo-ruso. Rusia exportaba pescado, sal, pieles, alquitrán, madera para construcción naval, cáñamo, lino, sebo y cera; sus importaciones de Inglaterra eran seda, vajillas, cobre, plomo, especias, armas y municiones. (Ob. cit., págs. 135-137). <<

[12] *Ibíd.*, pág. 164. <<

[13] *Ibídem*, pág. 157. <<

[14] H. Troyat: Ob. cit., pág. 220. <<

[15] La primera fecha se refiere al calendario ruso, juliano; la segunda, al occidental, gregoriano.

<<

[16] J. H. Billington, ob. cit., pág. 70. <<

[17] J. Ortega y Gasset, *España Invertebrada*, Obras completas, tomo III, pág. 109. <<

[18] J. Billington, ob. cit., pág. 70. <<

[19] *Ibíd.* <<

[20] *Ibíd.*, pág. 71 y nota 69 en pág. 653. <<

[21] *Ibídem*, pág. 75, y M. Heller, *ob. cit.*, pág. 236. <<

[22] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 174. <<

[23] J. H. Billington, ob. cit., pág. 104. <<

[24] N. Riasanovsky, ob. cit., págs. 175 y 178, y M. Heller, ob. cit., pág. 263. <<

[25] P. Barbour, *Dimitry*, Boston, 1966. <<

[26] R. O. Crummey, ob. cit., págs. 217-218. <<

[27] M. Heller, ob. cit., pág. 292. <<

[28] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 185. <<

[29] M. Heller, pág. 294. <<

[1] M. Heller, ob. cit., pág. 312. <<

[2] I. de Madariaga, *Catalina la Grande*, Espasa Calpe, Madrid, 1994, pág. 56. <<

[3] Sobre los cosacos véase J. Ure, *Los cosacos*, Ariel, 2002 (1999). <<

[4] V. O. Kliuchevskii, *The Rise of the Romanovs*, Barnes & Noble, Nueva York, 1970, pág. 129.

<<

[5] M. Heller, ob. cit., págs. 244-245. <<

[6] V. O. Kliuchevskii, ob. cit., págs. 130-131. Se narra allí el caso de un tártaro converso que llegó al Don en 1509 y después de servir al soberano moscovita durante 15 años, presenta un documento pidiendo que se exima de impuestos a su casa de Putivl, para cumplir sus deberes militares, en los mismos términos que los terratenientes locales. <<

[7] H. Bogdan, *Histoire des peuples de l'ex URSS. Du IX siècle á nos jours*, Perrin, 1993, pág. 97, y M. Heller, págs. 244-245. <<

[8] V. O. Kliuchevskii, *ob. cit.*, págs. 136-137. <<

[9] P. Dukes, *The making of Russian absolutism. 1613-1801*, Longman, 1990 (1982), págs. 12-13.

<<

[10] Oficina judicial o administrativa en el Moscú de los siglos XV al XVIII. <<

[11] J. H. Billington, ob. cit., pág. 113. <<

[12] *Ibíd.* <<

[13] P. Dukes, ob. cit., pág. 31. <<

[14] M. Heller, ob. cit., pág. 325. <<

[15] P. Dukes, ob. cit., pág. 37. <<

[16] J. H. Billington, ob. cit., pág. 197. <<

[17] P. Renouvin, *Histoire des Relations Internationales*, Hachette, tomo I, pág. 478. <<

[18] V. O. Kliuchevskii, *ob. cit.*, pág. 143. <<

[19] M. Heller, ob. cit., pág. 357. <<

[20] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 200. <<

[21] P. Dukes, ob. cit., pág. 42. <<

[22] C. B. O'Brien, *Muscovy and the Ukraine: From the Pereiaslavl Agreement to the Truce of Andrusovo, 1654-1667*, University of California Pubs. in *History*, tomo 74, Berkeley y Los Angeles, 1963, pág. 131. <<

[23] M. Heller, ob. cit., pág. 386. <<

[24] A. Peyrefitte, *L'Empire Immobile. Le choc des mondes*, Fayard, 1989, pág. XIX. <<

[25] J. Gernet, *El mundo chino*, Editorial Crítica, Barcelona, 1991 (1972), pág. 407. <<

[26] *Ibídem*, pág. 427. <<

[27] M. Heller, ob. cit., pág. 391. <<

[28] J. H. Billington, ob. cit., especialmente el capítulo III «The Century of Schism», apartado 1 «The Split Within». <<

[29] *Ibidem.* <<

[30] *Ibíd.*, págs. 127 y sigs. <<

[31] *Ibíd.*, págs. 347-349. <<

[32] *Ibídem*, pág. 132 y nota 33 (pág. 679). <<

[33] *Ibíd.*, pág. 355. <<

[34] *Ibíd.*, pág. 356. <<

[1] M. S. Anderson, *Pedro el Grande*, Ed. Juventud, Barcelona, 1985 (1978), pág. 38. <<

[2] M. Heller, ob. cit., pág. 406. <<

[3] M. S. Anderson, ob. cit., pág. 42. <<

[4] Voltaire, *Histoire de l'Empire de Russie sous Pierre le Grand*, París, 1819, pág. 102. <<

[5] M. S. Anderson, ob. cit., pág. 46. <<

[6] *Ibídem*, pág. 48. <<

[7] *Ibíd.*, pág. 49. <<

[8] M. Heller, ob. cit., pág. 412. <<

[9] Voltaire, ob. cit., págs. 113-114. <<

[10] *Ibíd.*, pág. 112. <<

[11] M. Heller, ob. cit., págs. 414-415. <<

[12] *Ibidem.* <<

[13] P. Dukes, *The Making of Russian Absolutism*, Longman, 1990 (1982), pág. 69. <<

[14] Voltaire, ob. cit., págs. 140-141. <<

[15] W. Berelowitch y O. Medvedkova, *Histoire de Saint-Pétersbourg*, Fayard, 1996, págs. 13-14.

<<

[16] *Ibíd.* <<

[17] P. Renouvin, ob. cit., pág. 592. <<

[18] *Ibíd.*, pág. 593. <<

[19] P. Dukes, ob. cit., pág. 72. <<

[20] M. S. Anderson, ob. cit., pág. 80. <<

[21] M. S. Anderson, «Rusia bajo Pedro el Grande y el cambio de relaciones entre el este y el oeste» en *Historia del Mundo Moderno*, Ramón Sopena, citado en el tomo VI «El auge de Gran Bretaña y Rusia», pág. 530. <<

[22] M. S. Anderson, «Rusia bajo Pedro el Grande y el cambio de relaciones entre el este y el oeste», *Historia del Mundo Moderno*, Universidad de Cambridge, tomo VI, pág. 530. <<

[23] P. Renouvin, ob. cit., pág. 596. <<

[24] M. S. Anderson, *Pedro el Grande*, pág. 98. <<

[25] *Ibíd.*, pág. 91. <<

[26] P. Dukes, ob. cit., pág. 75. <<

[27] R. Hatton, «Carlos XII y la Gran Guerra del Norte» en *Historia del Mundo Moderno*, Ramón Sopena, tomo VI, pág. 492. <<

[28] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 249. <<

[29] M. Heller, ob. cit., pág. 444. <<

[30] M. S. Anderson, *Pedro el Grande*, págs. 100-101. <<

[31] *Ibíd.* <<

[32] J. P. Le Donne, *The Russian Empire and the World 1700-1917. The geopolitics of expansion and containment*, Oxford University Press, 1997, pág. 92. <<

[33] Peter Hopkirk, *The Great Game*. Kodansha, 1994, pág. 16. <<

[34] *Ibíd.* <<

[35] P. Hopkirk, ob. cit., págs. 19 y 20. <<

[36] J. P. Le Donne, ob. cit., págs. 157 y 158. <<

[37] *Ibíd.*, págs. 158 y 166. <<

[38] M. Heller, ob. cit., pág. 446. <<

[39] *Ibíd.*, pág. 448. <<

[40] N. Riasanovsky, *ob. cit.*, pág. 251. <<

[41] *Ibídem*, págs. 240-241. <<

[42] P. Dukes, ob. cit., pág. 84. <<

[43] P. Dukes, ob. cit., pág. 86. <<

[44] *Ibíd.*, pág. 94. <<

[45] *Ibídem*, págs. 241-242. <<

[46] J. H. Billington, ob. cit., pág. 182. <<

[47] *Ibíd.* <<

[48] *Ibíd.*, pág. 183. <<

[49] *Ibíd.*, pág. 192. <<

[50] M. Heller, ob. cit., pág. 457. <<

[51] M. S. Anderson, *Pedro el Grande*, pág. 203. <<

[52] *Ibíd.*, pág. 205. <<

[53] *Ibíd.*, pág. 206. <<

[1] H. Troyat, *Terribles Tsarines*, Bernard Grasset, 1998, pág. 10. <<

[2] M. Heller, ob. cit., pág. 473. <<

[3] J. Le Donne, ob. cit., pág. 31. <<

[4] H. Troyat, ob. cit., pág. 27. <<

[5] Para ver en detalle la vida de la Corte rusa y otros aspectos de este período de la vida política de Rusia, véase la citada obra de Troyat, de la que se recogen muchos de los datos y referencias.

<<

[6] P. Dukes, ob. cit., págs. 117-118. <<

[7] H. Troyat, ob. cit., pág. 103. <<

[8] *Ibíd.*, pág. 111. <<

[9] M. Heller, ob. cit., pág. 489. <<

[10] *Ibíd.* <<

[11] H. Troyat, ob. cit., págs. 113-116. <<

[12] *Ibíd.*, pág. 130. <<

[13] *Ibíd.*, pág. 138. <<

[14] P. Dukes, ob. cit., pág. 120. <<

[15] *Ibíd.* <<

[16] M. Heller, ob. cit., pág. 510. <<

[17] H. Troyat, ob. cit., pág. 153. <<

[18] *Ibíd.*, págs. 183 y 191-195. <<

[19] M. Heller, ob. cit., pág. 511. <<

[20] H. Troyat, ob. cit., págs. 178-179. <<

[21] *Ibíd.*, pág. 247. <<

[22] G. Solokoff, *La Puissance Pauvre, Une histoire de la Russie de 1815 à nos jours*, Fayard, 1993. <<

[23] M. Heller, ob. cit., pág. 514. <<

[24] H. Troyat: ob. cit. págs. 228-233. <<

[25] P. Dukes, ob. cit., págs. 145-147. <<

[26] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 275. <<

[27] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., pág. 219. <<

[28] *Ibíd.*, pág. 220. <<

[29] M. Heller, ob. cit., pág. 543. <<

[30] H. Troyat, ob. cit., pág. 296. <<

[31] H. Carrère d'Encausse, ob. cit. Véase especialmente, en relación con la muerte de Pedro III y su sucesión por Catalina II, el capítulo VII, «Le régicide familial». <<

[32] *Ibíd.* Véanse especialmente las págs. 212-235. <<

[33] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 276. <<

[34] P. Renouvin, ob. cit., pág. 639. <<

[35] P. Dukes, ob. cit., pág. 131. <<

[36] P. Renouvin, ob. cit., pág. 655. <<

[37] Sobre el desarrollo de Prusia, véase S. Haffner, *The rise and fall of Prussia*, Phoenix, 1980. <<

[38] H. Troyat, ob. cit., pág. 259. <<

[39] P. Dukes, ob. cit., pág. 137. <<

[40] M. Heller, ob. cit., pág. 538. <<

[41] M. S. Anderson, *Europa en el siglo XVIII, 1713-1783*, Aguilar, Madrid. 1964 (1961), pág. 194.

<<

[42] P. Dukes, ob. cit., pág. 150. <<

[43] I. Young: «Rusia» en *Historia del Mundo Moderno*, Ramón Sopena, tomo VIII, «Las revoluciones de América y Francia, 1763-1793», pág. 222. <<

[44] J. P. Le Donne, ob. cit., págs. 161-162. <<

[45] *Ibíd.*, págs. 166-167. <<

[1] I. Young, ob. cit., pág. 223. <<

[2] M. Heller, ob. cit., pág. 551. <<

[3] I. Young, ob. cit., pág. 223. <<

[4] I. de Madariaga, ob. cit., págs. 39-40. <<

[5] P. Dukes, ob. cit., págs. 157-158. <<

[6] *Ibíd.*, pág. 156. <<

[7] I. Young, ob. cit., pág. 223. <<

[8] I. Young, ob. cit., pág. 224. <<

[9] N. Riasanovsky, ob. cit., págs. 310-311. <<

[10] I. de Madariaga, ob. cit., pág. 51. <<

[11] A. Walicki, *A History of Russian Thought*. Stanford University Press. 1979, pág. 3. <<

[12] *Ibíd.*, pág. 7. <<

[13] I. de Madariaga, ob. cit., pág. 41. <<

[14] M. Heller, pág. 559, e I. de Madariaga, ob. cit., págs. 44-45. <<

[15] N. Riasanovsky, ob. cit., págs. 286-287. <<

[16] A. Walicki, ob. cit., pág. 7. <<

[17] P. Dukes, ob. cit., pág. 175. <<

[18] Riasanovsky, ob. cit., pág. 303. <<

[19] *Ibíd.*, págs. 305-306. <<

[20] P. Dukes, ob. cit., pág. 184 <<

[21] P. Dukes, ob. cit, págs. 184-185. <<

[22] P. Renouvin, ob. y tomo cit., pág. 696. <<

[23] P. Dukes, ob. cit., pág. 159. <<

[24] I. de Madariaga, ob. cit., pág. 57. <<

[25] *Ibíd.*, págs. 104-105. <<

[26] G. Soloveytchik, *Potemkin*, Losada, Buenos Aires, 1960 (1939), pág. 44. <<

[27] J. P. Le Donne, ob. cit., págs. 167-168. <<

[28] *Ibíd.*, pág. 168. <<

[29] J. Whitney Hall, *El imperio japonés*, editorial Siglo XXI, 1973 (1970), págs. 227-228. <<

[30] I. de Madariaga, ob. cit., pág. 122. <<

[31] G. Soloveytchik, ob. cit., capítulo XIV: «Esplendor meridional», especialmente págs. 212 y 219-220. <<

[32] N. Riasanovsky, *ob. cit.*, pág. 173. <<

[33] Allen F. Chew, *An Atlas of Russian History. Eleven centuries of changing borders*, Yale University Press, New Haven-Londres, edición revisada de 1970 (especialmente mapas 20 y 24).

<<

[34] Le Donne, ob. cit., pág. 110. <<

[35] M. Heller, ob. cit., pág. 593. <<

[36] Véase, además de la obra citada en la nota 40, M. Gilbert, *The Dent Atlas of Russian History*, J. M. Dent, Londres, 1993. En referencia a la expansión en el Cáucaso, véase J. y A. Sellier, *Atlas des Peuples d'Orient*, Eds. de la Découverte, París, 1993, y muy especialmente el capítulo «Les peuples caucasiques et les Armeniens», págs. 88-114. <<

[37] A. Walicki, ob. cit., pág. 7. <<

[38] M. Heller, ob. cit., pág. 595. <<

[39] I. de Madariaga, ob. cit., págs. 253 y 259. <<

[40] Véase A. Walicki, ob. cit., pág. 8. <<

[41] *Ibíd.*, pág. 278. <<

[42] J. H. Billington, ob. cit., pág. 259. <<

[43] *Ibíd.*, pág. 225. <<

[⁴⁴] P. Mourousy, *Alexandre I tsar de Russie. Un sphinx en Europe*, Eds. du Rocher, París, 1999, págs. 14-16. <<

[45] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., págs. 235-237. <<

[46] *Ibídem*, págs. 237-239. <<

[47] *Ibíd.*, pág. 244. <<

[48] *Ibídem*, págs. 242-243. <<

[49] P. Dukes, ob. cit., págs. 198-199, y M. Heller, ob. cit., págs. 616-619. <<

[50] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., págs. 249-251. <<

[51] *Ibíd.*, pág. 246. <<

[52] P. Hopkirk, *The Great Game...*, ob. cit., págs. 26-29. <<

[53] H. Troyat, *Pouchkine*, Perrin, 1976 (1953), págs. 45 y 50. <<

[54] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 324. <<

[1] P. Mourousy, ob. cit, pág. 28. <<

[2] Seguramente, la mejor biografía de La Harpe es la de A. Boehlingk: *Frédéric-Cesar LaHarpe. 1754-1838*, La Baconnière, Neuchâtel, 1969. <<

[3] D. *Russia in the age of reaction and reform. 1801-1881*, (LHR) Longman, 1992, pág. 14. <<

[4] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 331. <<

[5] M. Heller, ob. cit., págs. 629-630 y 632. <<

[6] D. Saunders, ob. cit., pág. 23. <<

[7] M. Heller, ob. cit., págs. 634-635. <<

[8] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 379. Sobre el Liceo Imperial de Tsarkoie Selo véase H. Troyat, *Pouchkine*, ob. cit., especialmente el capítulo IV, «Le lycée. Les professeurs». <<

[9] D. Saunders, ob. cit., pág. 35. <<

[10] P. Renouvin, ob. cit., tomo II, págs. 141-145. <<

[11] P. Mourousy, ob. cit., pág. 114. <<

[12] Sobre las relaciones anglo-rusas en este período véase E. Dziembowski, *Les Pitt. L'Angleterre face à la France. 1708-1806*, Perrin, 2006, y especialmente las págs. 503 y sigs. <<

[13] P. Hopkirk, ob. cit., págs. 33-34. <<

[14] D. Saunders, ob. cit., pág. 45. <<

[15] H. Vallotton, *Alejandro I*, Eds. Cid, Madrid, 1967, pág. 98. <<

[16] P. Mourousy, ob. cit., capítulo «Les simulacres d'Erfurt», págs. 186-207. <<

[17] E. Radzinsky, *El último zar*, Plaza & Janés, Barcelona, 1993, pág. 110. <<

[18] M. Heller, ob. cit., pág. 665. <<

[19] H. Vallotton, ob. cit., págs. 130-133. <<

[20] M. Heller, ob. cit., pág. 667. <<

[21] M. Gallo, *Napoleón*, Planeta, 1998 (1997), pág. 651. <<

[22] H. Vallotton, pág. 171. <<

[23] *Ibíd.*, págs. 177-178. <<

[24] *Ibíd.*, págs. 193-194. <<

[25] P. Renouvin, ob. y tomo cit. pág. 369. <<

[26] H. Kissinger, *Diplomacy*, Simon & Schuster, 1994, págs. 82-83. <<

[27] H. Vallotton, ob. cit., págs. 218-220. <<

[28] H. Kissinger, ob. cit., pág. 83. <<

[29] *Ibíd.* <<

[30] *Ibíd.*, pág. 141. <<

[31] *Ibíd.*, págs. 77-87. <<

[32] D. Saunders, ob. cit., págs. 59-60. <<

[33] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 333. Sobre la introducción en Rusia del concepto de Estado de Derecho, véase H. Oda, «The Emergence of *Pravovoe Gosudarstvo (Rechtsstaat)* in Russia» en *Review of Central and East European Law* (1999, nº 3) págs. 373-434. <<

[34] H. Kissinger, ob. cit., págs. 86-91. <<

[35] H. Vallotton, ob. cit., págs. 227-228. <<

[36] Todo el relato de la muerte de Alejandro está en el capítulo xx de la obra citada de Mourousy «La double mort d'Alexandre Pavlovitch», págs. 376-404, que es la que hemos seguido preferentemente. Esta biografía, terminada en 1998, es la más reciente del misterioso zar. Heller no parece conocer estos últimos datos, ya que escribe: «Ciertos historiadores estiman que la exhumación del cuerpo de Alejandro I, que reposa en principio en la catedral de San Pedro y San Pablo, podría dar definitivamente la respuesta» (ob. cit., pág. 682). H. Vallotton dedica también bastantes páginas a la cuestión y aporta opiniones diversas para concluir: «Tras un examen profundo de estas preguntas respondemos sencillamente: el problema no está resuelto. Sin embargo —continúa— nos inclinamos por la versión oficial de la muerte en Taganrog». Y aporta una serie de hechos en apoyo de su posición. Concluye Vallotton: «La leyenda puede ser bella, muy bella, conmovedora, pero no es más que una leyenda» (ob. cit., págs. 278-280). <<

[37] H. Troyat, *Nicolas I*, Perri, 2000, págs. 36-63. Véase también del mismo autor, *Pouchkine*, págs. 372-373. <<

[1] H. Troyat, *Nicolas I*, págs. 18-20. <<

[2] Ibídem, págs. 22-24. <<

[3] N. V. Riasanovsky, ob. cit., pág. 352. <<

[4] H. Troyat, ob. cit., pág. 100. <<

[5] *Ibídem*, pág. 101. <<

[6] P. Renouvin, ob. y tomo cit., pág. 390. <<

[7] Robert Mantran (dir.), *Histoire de l'Empire Ottoman*, Fayard, 1989, pág. 421. <<

[8] H. Troyat, ob. cit., págs. 155-156. <<

[9] *Ibíd.*, pág. 157. <<

[10] P. Hopkirk, ob cit., págs. 281-282. <<

[11] A. J. Rieber, «Persistent factors in Russian foreign policy: an interpretative essay» en Hugh Ragdale (ed.): *Imperial Russia Foreign Policy*, Woodrow Wilson Center Press, Cambridge University Press, 1993, págs. 339-340. <<

[12] *Ibidem.* <<

[13] D. Saunders, ob. cit., págs. 179-181. <<

[14] En la parte dedicada a «La aventura de Rusia», Pío Baroja dedica una especial atención al Cáucaso, en su *Juan van Halen. El oficial aventurero*. Baroja toma de la *Etnografía* de Aranzadi la siguiente descripción: «Los cherkeses o circasianos se extienden por el Poniente desde Mingrelia al estrecho de Kerch; se parecen a los georgianos y se dividen en: abkases [abjacios], los más pequeños y morenos; cabardinos, de 1,73 de estatura, los varones, esbeltos, anchos de espaldas, cara enjuta y enérgica y cutis blanco; adigues [adigeos], de índice cefálico 81,5». <<

[15] V. Andresco, Introducción a su edición de Lev Tolstoi: *Hadji Murat*, Cátedra, 1997, págs. 14-15 y J. y A. Sellier, *Atlas des Peuples d'Orient (Moyen Orient, Caucase, Asie Centrale)*, La Découverte, París, 1993, pág. 96. <<

[16] J. y A. Sellier, ob. cit., págs. 96-97. <<

[17] H. Troyat, ob. cit., pág. 188. <<

[18] P. Renouvin, ob. y tomo cit., pág. 560. <<

[19] H. Troyat, ob. cit., pág. 194. <<

[20] P. Renouvin, ob. y tomo cit., pág. 563. <<

[21] H. Troyat, ob. cit., pág. 194. <<

[22] J. A. S. Grenville, *La Europa remodelada. 1848-1878*, Editorial Siglo XXI, 1979, págs. 246-247. <<

[23] H. Troyat, ob. cit., pág. 196. <<

[24] *Ibidem*, págs. 264-265. <<

[25] V. N. Vinogradov, «The personal responsibility of Emperor Nicholas I for the coming of the Crimean War: An episode in the diplomatic struggle en the Eastern Question» en Hugh Ragdale (ed.), *Imperial Russia Foreign Policy*, pág. 170, nota 18. <<

[26] M. Heller, ob. cit., pág. 749. <<

[27] A. J. P. Taylor, *The struggle for Mastery in Europe 1848-1918*, Oxford University Press, 1979, págs. 90-91. <<

[28] D. Saunders, ob. cit., pág. 201. <<

[1] M. Heller, ob. cit., pág. 759. <<

[2] D. Saunders, ob. cit., págs. 204-207. <<

[3] M. Heller, ob. cit., pág. 755. <<

[4] N. Riasanovsky, ob. cit., págs. 399-400. <<

[5] J. M. Valverde, *Historia de la Literatura Universal*, tomo III: «Del Romanticismo a nuestros días», Ed. Noguer, Barcelona, 1959, pág. 193. <<

[6] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 401. <<

[7] Ibídem, pág. 400. La principal obra de Blum se titula *Lord and Peasant in Russia from the Ninth to the Nineteenth Century*. <<

[8] D. Saunders, ob. cit., pág. 217. <<

[9] D. Saunders, ob. cit., pág. 268. <<

[10] Anatole Leroy-Beaulieu: *L'Empire des Tsars et les Russes* . Ed. Robert Laffont. París. 1990. pág. 50-51. <<

[11] M. Heller, ob. cit., págs. 790-791. <<

[12] H. Carrère d'Encausse, *Le malheur russe*, ob. cit., págs. 293-301. <<

[13] M. Heller, ob. cit., pág. 779. Heller ha tomado los datos del libro de Franco Venturini: *Les Intelectuels, le Peuple et la Revolution. Histoire du populisme ruse au XIX siècle*, París, 1952. <<

[14] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., pág. 303. <<

[15] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 412. <<

[16] *Ibidem*, págs. 331-333. Véase también H. Carrère d'Encausse, *ob. cit.*, págs. 307-308. <<

[17] M. Heller, ob. cit., págs. 783-784. <<

[18] D. Saunders, ob. cit., págs. 336-337. <<

[19] M. Heller, ob. cit., pág. 786. <<

[20] M. Heller, ob. cit., pág. 789. <<

[21] Georges Castellan, *Histoire des Balkans (XIVe-XIXe siècle)*, Fayard, 1991, pág. 317. <<

[22] A. J. P. Taylor, ob. cit., págs. 244-245. <<

[23] D. MacKenzie, «Russia's Balkan policies under Alexander II, 1855-1881», en Hugh Ragsdale (ed.), ob. cit., pág. 239. <<

[24] J. A. S. Grenville, ob. cit., págs. 449-501. <<

[25] P. Hopkirk, ob. cit., págs. 298-300, y J. P. Le Donne, ob. cit., págs. 182-184. <<

[26] *Ibíd.*, págs. 388 y 402-409. <<

[27] *Ibíd.*, págs. 175-182. <<

[28] *Ibíd.*, págs. 195-199. <<

[1] N. Riasanovsky, *Histoire de la Russie*, pág. 423. <<

[2] H. Carrère d'Encausse, *Nicolas II, la transition interrompue*, Fayard, 1996, pág. 71. <<

[3] H. Rogger, *Russia in the Age of Modernisation and Revolution. 1881-1917*, Longman, 1983, pág. 5. <<

[4] H. Carrère d'Encausse, *Le malheur russe*. ob. cit., págs. 332-334. <<

[5] D. Floyd, *La Primera Revolución Rusa (Resquebrajamiento del poder zarista)*, Eds. Nauta, Barcelona, 1970, pág. 6. <<

[6] M. Heller, ob. cit., págs. 826-827. La cita de H. Seaton-Watson corresponde a su libro *The Russian Empire 1810-1917*, Oxford, 1967, pág. 380. <<

[7] *Ibídem*, págs. 828-832. <<

[8] *Ibíd.*, págs. 832-836. El libro del americano George Kennan (no confundir con George F. Kennan, citado más adelante) se titulaba *Siberia and the Exile System* y fue editado en Londres en 1891. <<

[9] H. Rogger, ob. cit., págs. 35 y 77. <<

[10] G. F. Kennan, *The Decline of Bismarck's European Order* , Princeton University Press, 1979, pág. 61. <<

[11] *Ibíd.*, pág. 63. <<

[12] H. Rogger, ob. cit., pág. 163. <<

[13] G. Kennan, ob. cit., págs. 103 y sigs. <<

[14] H. Rogger, ob. cit., pág. 170. <<

[15] P. Renouvin, ob. cit, pág. 91. <<

[16] G. Kennan, ob. cit., págs. 209-210. Este libro contiene no solo un relato minucioso y documentado de todo el proceso que condujo al acuerdo franco-ruso, sino también una detallada descripción de la diplomacia rusa de aquellos años e, incidentalmente, de las de las otras potencias europeas. <<

[17] Sobre los contactos franco-rusos en los ámbitos financiero y militar véase G. Kennan, ob. cit., capítulo 12 «Financial and militar stirrings». La frase de Cambon está citada en A. J. P. Taylor, ob. cit., pág. 325. <<

[18] En el análisis del complejo proceso que llevó a la alianza franco-rusa es interesante el relato que hace P. Renouvin, ob. cit., págs. 99-105. <<

[19] *Ibíd.*, págs. 344-345. <<

[20] P. Hopkirk, *The Great Game...*, págs. 410-417. <<

[21] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., págs. 71-72. <<

[22] M. Heller, ob. cit., pág. 863. <<

[23] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 428. <<

[24] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., págs. 81-83. <<

[25] *Ibíd.*, pág. 98. <<

[26] E. Radzinsky, *El último Zar*, Plaza & Janés, 1993 (1992), pág. 80. <<

[27] M. Heller, ob. cit., págs. 864-865. <<

[28] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., págs. 95-96. <<

[29] H. Rogger, ob. cit. págs. 132-133. <<

[30] M. Heller, ob. cit., pág. 861. <<

[31] *Ibíd.*, págs. 861-862. <<

[32] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., pág. 125. <<

[33] *Ibídem*, págs. 157-158. <<

[34] M. Heller, ob. cit., págs. 859-860, y H. Rogger, ob. cit., pág. 141. <<

[35] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., pág. 117. <<

[36] H. Rogger, ob. cit., págs. 138-140. <<

[37] N. Riasanovsky, ob. cit., págs. 437-439. <<

[1] A. J. P. Taylor, ob. cit., págs. 354-355 y 357. <<

[2] *Ibíd.*, pág. 358. <<

[3] M. Heller, ob. cit., pág. 867 <<

[4] E. Radzinsky, ob. cit., pág. 48. <<

[5] J. P. Le Donne, ob. cit., págs. 202-203. <<

[6] *Ibíd.*, pág. 178. <<

[7] C. Pleshakov, *La última Armada del Zar*, Turner, 2003 (2002), págs. 43-44. <<

[8] Por cierto que, según un «rumor no comprobado» que recoge Pleshakov, Togo se habría convertido al catolicismo durante su estancia en Inglaterra (ob. cit., pág. 53). <<

[9] *Ibíd.*, pág. 51. <<

[10] *Ibíd.*, pág. 50. <<

[11] J. M. Blanco Núñez, «Centenario de la escala en Vigo de la escuadra rusa del almirante Rodjestvensky» en *Revista General de la Marina*, agosto-septiembre de 2004, tomo 247, pág. 255.

<<

[12] El más reciente estudio monográfico sobre esta compleja operación naval es la citada obra de Constantine Pleshakov. <<

[13] B. W. Menning, *Bayonets before bullets. The Imperial Russian Army. 1861-1914*, pág. 193. En esta obra de Menning se recoge la que, seguramente, es la mejor descripción de la batalla de Mukden y, en general, de las operaciones bélicas de la guerra ruso-japonesa. <<

[14] J. M. Blanco Núñez, ob. cit., págs. 263-264. <<

[15] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 436. <<

[16] A. J. P. Taylor, ob. cit., págs. 442-445. <<

[17] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., págs. 176-178. <<

[18] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 440. <<

[19] H. Carrère d'Encausse, *Le malheur russe...*, pág. 383 y, de la misma autora, *Nicolas II...*, pág. 180. <<

[20] H. Rogger, ob. cit., págs. 210-212. <<

[21] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 440. <<

[22] H. Rogger, ob. cit., págs. 214-217. <<

[23] H. Carrère d'Encausse, *Nicolas II...*, ob. cit., pág. 204. <<

[24] R. Service, *Historia de Rusia en el siglo xx*, Crítica, Barcelona, 2000 (1997), pág. 35. <<

[25] Estaban excluidos del voto los menores de veinticinco años, las mujeres, los trabajadores de factorías que tuviesen menos de 50 empleados, ciertas categorías de artesanos, los estudiantes, los sirvientes, los campesinos sin tierra y los soldados. <<

[26] H. Carrère d'Encausse, *Nicolas II...*, ob. cit., págs. 207-208. <<

[27] N. Riasanovsky, ob. cit., pág. 443. Los datos que aporta Carrère d'Encausse son diferentes: un total de 486 diputados; 179 para los «kadetes»; 94 laboristas o *trudoviki*; 18 mencheviques y 80 representantes de las nacionalidades; la derecha no consiguió ni la décima parte de los escaños (*Nicolas II...*, ob. cit., pág. 209). <<

[28] *Ibídem*, págs. 223-224. <<

[29] Hemos tomado estas cifras de Rogger (ob. cit., pág. 223). Riasanovsky da otras muy distintas: 99 «kadetes»; socialdemócratas, 64; socialistas revolucionarios, 20. «El número total de diputados de izquierda de la Duma se elevaba a 216, contra 124 en la asamblea precedente» (ob. cit., pág. 444). Heller da 65 a los socialdemócratas; socialistas revolucionarios, 37; *trudoviki*, 104. «El “bloque de izquierda” —continúa Heller— adquiere una influencia inmensa en el seno de la Duma, que cuenta con 518 diputados. Fue un revés, por el contrario, para los “kadetes”, que solo obtuvieron 99 mandatos. El “bloque de derecha” —partido conservador de los “octubristas” y organizaciones “Cien Negros” [“Centurias Negras”]— logró 54 diputados. Los escaños restantes fueron ocupados por delegados de los pequeños partidos y grupúsculos, que cambiaban de opinión según su humor». (ob. cit., pág. 897). Por su parte, Carrère d’Encausse da las siguientes cifras: socialdemócratas, 66 diputados, en su mayoría mencheviques; socialistas revolucionarios, 37; *trudoviki* o laboristas, 98; octubristas, 19; extrema derecha, 33; «kadetes», 98; polacos, 46, y musulmanes, 30. Destaca esta autora que el bloque de izquierda, con más de 200 diputados, era claramente el mayoritario, frente a una derecha con solo 52 diputados. <<

[30] H. Carrère d'Encausse, ob cit. págs. 233-234. <<

[31] H. Rogger, ob. cit., pág. 226. <<

[32] N. Riasanovsky, *ob. cit.*, pág. 445. <<

[33] H. Carrère d'Encausse da las siguientes cifras para la Tercera Duma: número de diputados, 422; octubristas, 154; diversos de derecha, 70; kadetes, 54; socialistas, 32, divididos entre socialdemócratas y *trudoviki* o laboristas; diputados de las nacionalidades no rusas, 36. Los socialistas revolucionarios boicotearon las elecciones y no tuvieron ninguna representación. <<

[34] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., pág. 249. <<

[35] H. Rogger, ob. cit., pág. 242. <<

[36] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., págs. 248-253. <<

[37] H. Bogdan, *Histoire des peuples de l'ex-URSS. Du IX siècle à nos jours*, Perrin, 1993. págs. 150-151. <<

[38] H. Rogger, ob. cit., pág. 182. <<

[39] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., pág. 291. <<

[40] H. Bogdan, ob. cit., pág. 177. <<

[41] R. Service, ob. cit., págs. 30-33 y 41. <<

[42] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., pág. 283. <<

[43] *Ibíd*em, págs. 270-281. La palabra *starets* significa literalmente *viejo*, pero designa sobre todo a un monje de cierta edad que actúa como guía espiritual. En la antigua Rusia, el *starets* era muy respetado por los buenos creyentes, que veían en él un santo y un profeta. (Véase Henri Dorion y Arkadi Tcherkassov, *Le Russionaire. Petit encyclopédie de toutes les Russies*, Eds. Multimondes, Québec, 2001, págs. 260-261.). <<

[44] R. Service, ob. cit., pág. 25. <<

[45] *Ibíd.*, pág. 44. <<

[46] R. Service, ob. cit., pág. 45. <<

[47] H. Rogger, ob. cit., págs. 255-256. <<

[48] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., págs. 316-318. <<

[49] H. Rogger, ob. cit., pág. 257. <<

[50] M. Paléologue, *La Russie des Tsars pendant la Grande Guerre*, Plon, París, 1923, 3 tomos. Citamos según Carrère d'Encausse. <<

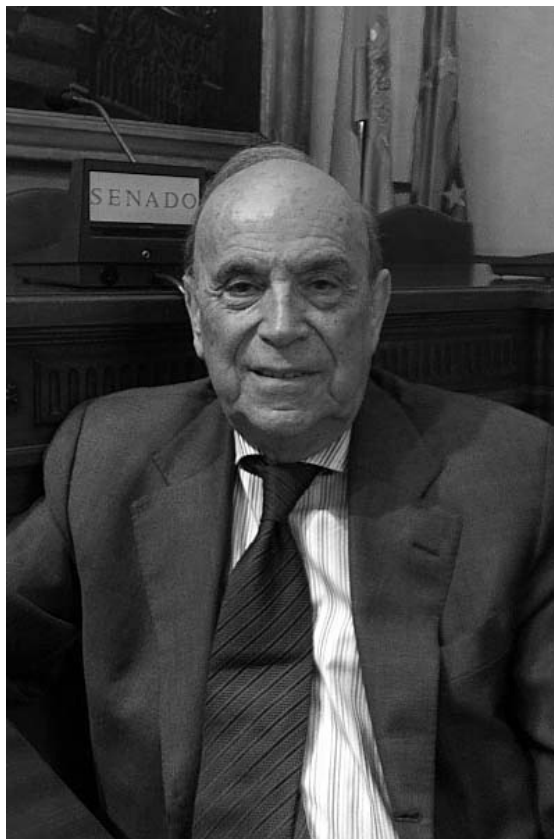
[51] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., págs. 365-367. <<

[52] H. Rogger, ob. cit., pág. 264. <<

[53] H. Carrère d'Encausse, ob. cit., págs. 378-382. <<

[54] R. Service, ob. cit., pág. 49. <<

[55] H. Carrère d'Encausse, *Nicolas II...*, págs. 403-419. <<



Alejandro Muñoz-Alonso (1934, Salamanca) es doctor en Derecho y licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid; catedrático de Opinión Pública de la Universidad Complutense y la Universidad San Pablo CEU y autor de numerosos libros: *La aritmética de la libertad* (1975), *Comunicación política* (1995), *El fracaso del nacionalismo* (2000), *Ocho años de política exterior* (2007) y *La Rusia de los Zares* (2007).

Ha sido diputado nacional durante las legislaturas IV, V y VI (1989-2000) y en la actualidad es senador por Madrid por el Partido Popular.